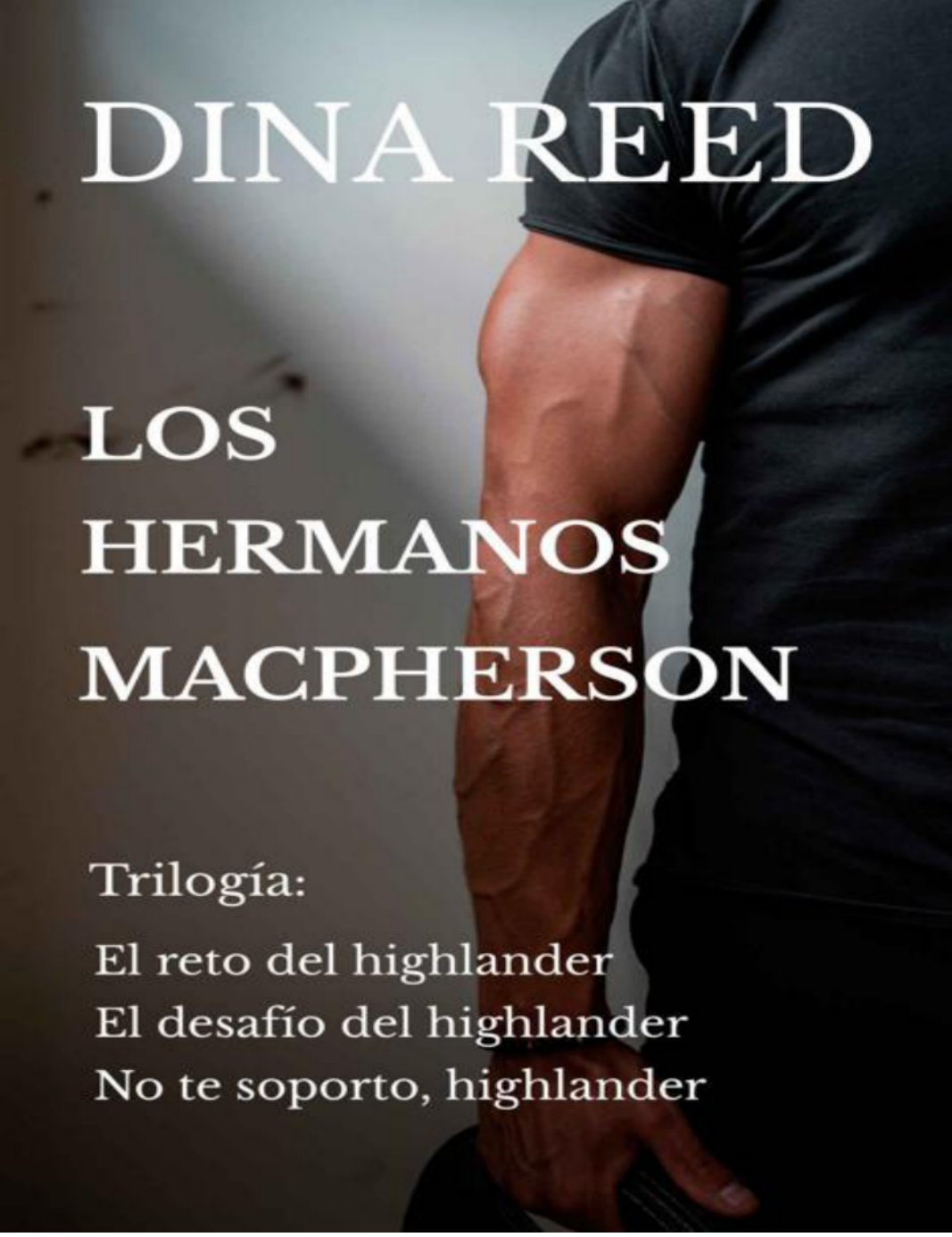
DINA REED
LOS HERMANOS MACPHERSON
Trilogía:
El reto del highlander
El desafío del highlander
No te soporto, highlander

los hermanos Macpherson

TRILOGÍA

©Dina Reed, junio, 2023

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images iStock.com/Wirestock

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

El reto del highlander
SINOPSIS
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
EPÍLOGO
El desafío del highlander
Capítulo 1

Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
EPÍLOGO
No te soporto, highlander
SINOPSIS
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
LA SERIE DE LOS HERMANOS MACPHERSON
EL RETO DEL HIGHLANDER
EL DESAFÍO DEL HIGHLANDER
NOVELAS DE DINA REED
REDES SOCIALES DE DINA REED

El reto del highlander

dINA reed

©Dina Reed, septiembre, 2022

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images iStock.com/GeorgiyDatsenko

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

SINOPSIS

Duncan Macpherson es un actor de cine, guapísimo y *sexy*, que lo tiene todo: fama, dinero, mujeres…

Es el mayor de cuatro hermanos y la oveja negra porque todos se dedican a las finanzas, menos él que decidió seguir su vocación y volcarse en la interpretación.

Duncan está muy unido a su familia, pero considera que el castillo que poseen en las Tierras Altas de Escocia, y al que apenas visitan dadas sus muchas obligaciones, se ha convertido en un gasto absurdo del que es mejor liberarse y convence al resto de la familia para que lo pongan a la venta.

Anne Brown, una joven que trabaja en una exclusiva agencia inmobiliaria, está más interesada que los propios Macpherson en vender el viejo castillo, pues si lo logra, su jefa le ha prometido el ascenso por el que lleva tanto luchando.

Y así es como se conocen el actor por el que todas suspiran y la chica que está absolutamente centrada en su trabajo.

Y no se caen nada bien. Anne piensa que Duncan es un arrogante y un engreído y Duncan que Anne no puede ser más borde y estirada.

Si bien se necesitan para conseguir su objetivo y juntos emprenden un viaje a las Highlands que lo va a poner todo del revés.

Porque el lugar les atrapa de una manera más que poderosa y el deseo y la pasión irrumpen de forma inesperada en sus vidas.

Claro que ellos no están en Escocia ni para enamorarse de esas tierras, ni mucho menos para encontrar el amor.

Ellos están ahí para vender el castillo y seguir con sus vidas, como si nada…

Sin embargo, ¿es posible dar marcha atrás cuando la pasión cala bien hondo y abre la puerta al amor?

Capítulo 1

Cuando apenas quedaba un minuto para que fueran las doce de la mañana, Anne recibió la llamada de Beverly, la recepcionista, que le dijo atropelladamente y con una emoción que no le cabía en el cuerpo:

—¡Duncan Macpherson está aquí! ¡En la oficina! ¡Y asegura que está citado contigo!

—Tienes la lista en tu computadora de las personas con las que me he citado esta mañana. No sé de qué te sorprendes —habló Anne, muy calmada.

—¡Es Duncan Macpherson, el actor! —replicó Beverly a la que le temblaba la voz de lo excitada que estaba.

Anne comprobó el estado de su manicura, pues para ella ese tío era un cliente más y le preguntó:

—¿Y?

—¡Dios, Anne! ¡Parece un *highlander* escapado de una novela romántica! ¡Es guapo, *sexy* y arrebatador! ¡Un auténtico macho alfa!

—¡Por favor, Beverly, compórtate! ¿No te estará escuchando?

—¿Cómo se te ocurre? Le he pasado a la salita de espera.

—Dile que pase —le pidió Anne.

—¿Le puedo pedir un autógrafo y hacerme una foto con él para mi Instagram? —preguntó Beverly con un punto en la voz de súplica que a Anne le exasperó, puesto que no entendía cómo podía ponerse así por ese tío.

Así que dio un respingo en su silla y exclamó apremiándola con el fin de que reaccionara:

—¡Beverly, somos gente seria! ¡Estás en el trabajo, no en una discoteca!

A Beverly lo que dijera Anne le daba lo mismo. Ella estaba en una nube de felicidad y no podía ni creerse que Duncan Macpherson estuviera en su trabajo:

—Entiéndelo, es mi actor favorito. ¡He visto todas sus películas! ¡Y hasta tengo un póster suyo en mi habitación!

Anne abrió los ojos como platos y preguntó alucinada:

—¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

—Veintitrés. Y para mí es un sueño que Duncan Macpherson esté en nuestras oficinas.

Anne esbozó una sonrisa de satisfacción y afirmó con una seguridad pasmosa:

—Está y es nuestro cliente.

Beverly, absolutamente fascinada y con una alegría que estaba a punto de desbordarla, replicó:

—¿Y desde cuándo? ¡Esto se avisa!

Anne agarró la elegante estilográfica que tenía sobre la mesa de su despacho impoluto y afirmó:

—Él aún no lo sabe, pero va a firmar con nosotros hoy mismo. Dile que pase de una vez, por favor.

Anne colgó y se miró en el reflejo de la pantalla de su computadora para comprobar que estaba todo en su sitio: la melena lisa y recta de color miel que llevaba cortada a la altura de los hombros y peinada con la raya al lado, el *gloss* de los labios, el rímel de sus largas pestañas rizadas y un poco de rubor en las mejillas que remarcó pellizcándolas sutilmente.

Ahora bien, ella no estaba haciendo todo eso porque el que estuviera a punto de atravesar el umbral de su puerta fuera el actor del momento.

Ella hacía siempre eso, pues le gustaba ofrecer a sus clientes una imagen impecable y para ella Duncan Macpherson era solo un cliente más.

Ella no era como su recepcionista y no iba a perder los papeles debido a que un tío guapo y exitoso de Hollywood estuviera a punto de entrar a su despacho.

Anne nunca había sido mitómana. No había pegado en las paredes de su habitación el póster de nadie. Ni mucho menos en las carpetas del instituto que siempre habían sido de un liso de lo más reluciente.

Y lo agradecía porque así, en esos instantes, estaba tan tranquila esperando la llegada del actor por el que a todas se le aflojaban la goma de las braguitas.

Pero a ella no…

O eso creía.

Pues, de repente, escuchó cómo alguien golpeaba con los nudillos la puerta y luego cómo se abría para dar paso al tío más bueno que Anne Brown había visto en su vida:

—¡Buenos días! Busco a la señorita Anne Brown…

Anne se quedó mirando a ese joven que no debía tener más de treinta años, de uno noventa de estatura, moreno, de pelo oscuro, ojos verdes, nariz recta, sonrisa perfecta, como todas sus facciones, con cuerpo de dios griego y vestido con cazadora motera, pantalones negros y botas, y tuvo que reconocer que su presencia era arrebatadora.

Era imposible estar frente a Duncan Macpherson y no sentir la fuerza abrasadora de su potente campo magnético.

Sin embargo, respiró hondo y decidió no darle más importancia, pues, al fin y al cabo, solo era un físico espectacular y nada más y replicó en un tono frío y profesional:

—¡Buenos días! Soy Anne Brown.

Algo que a Duncan le llamó tanto la atención, al no estar acostumbrado a que las mujeres fueran tan indiferentes ante su presencia, que le preguntó:

—¿Tú no quieres una foto conmigo, Anne Brown?

Anne contrarió el gesto, porque la pregunta de Duncan le pareció de lo más arrogante y respondió borde como ella sola:

—Soy Anne Brown, tu agente inmobiliario. No tu fan.

Luego, le tendió la mano que Duncan estrechó, tras dar unas cuantas zancadas con unos andares de auténtico macho alfa, y masculló:

—Todavía no.

Anne pestañeó deprisa y preguntó porque no le había quedado claro de lo que estaba hablando:

—¿Todavía no soy tu agente o tu fan?

Duncan sin soltarle la mano y con una sonrisa que Anne encontró de lo más irritante contestó:

—Ninguna de las dos cosas.

Anne le clavó la mirada y, convencida de que iba a firmar con ellos en exclusividad la venta del castillo, replicó:

—Estás en la mejor agencia inmobiliaria de Nueva York.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Y tú estás ante el actor que más películas va a rodar este año. Todas increíbles…

Anne confirmó una vez más que ese tío era un engreído insoportable y dijo cortante:

—Enhorabuena. Y ahora, ¿te importaría devolverme mi mano?

Duncan le soltó la mano, sonrió y dedujo dado el nulo interés que tenía esa chica por sus películas:

—No te gusta el cine. Eres más una ratoncita de biblioteca que se pasa el día leyendo.

Anne le miró alucinada de que ese tío se lo tuviera tan creído y habló para que le quedara bien claro:

—Me gusta leer. Leo mucho. Algo que imagino que tú harás muy poco… Y también me gusta el cine. El buen cine.

Anne sonrió tras soltar esas perlas y Duncan pensó que esa raspa de chica tenía una sonrisa preciosa y unas agallas que eran una garantía de que iba a encontrarle al mejor comprador.

—Perfecto —habló Duncan, clavándole sus penetrantes ojos verdes —. Compartimos el gusto por lo mismo, así que disfrutarás de la biblioteca que tenemos en el castillo y juntos veremos alguna película antigua.

Anne, que para nada pensaba que el actor se lo fuera a poner tan fácil, inquirió arqueando una ceja:

—¿Ya has decidido que vas a firmar la venta en exclusiva del castillo Macpherson con nosotros?

—Ajá —asintió con esa sonrisa irresistible por la que suspiraba el mundo entero.

Menos ella. Menos Anne Brown que, para cerrar el acuerdo cuanto antes, le pidió que tomara asiento y sacó un contrato de una carpeta elegante de piel negra:

—Este es el contrato. Solo tienes que firmar.

Duncan se sentó frente a ella, agarró el contrato y le pidió mientras lo ojeaba:

—Antes de firmar, me gustaría que los abogados de la compañía de mi padre le echaran un vistazo. El castillo es una propiedad familiar.

Luego, sacó una tarjeta con las iniciales plateadas de Macpherson Inversores, una de las compañías de inversión más importantes del país y se la pasó a Anne, a la que le faltó tiempo para enviarles el contrato por correo electrónico:

—Ya está enviado —le dijo Anne, con una sonrisa triunfante.

—Y mientras los abogados responden y añaden todo lo que estimen oportuno, me gustaría contarte cómo es el comprador que buscamos.

—Ese es nuestro trabajo. No te preocupes, que os encontraremos el mejor comprador —aseguró Anne, que no estaba dispuesta a que ese tío le dijera cómo tenía que hacer su trabajo.

—No dudo de tu profesionalidad. Pero a nosotros no nos sirve cualquier comprador. Amamos demasiado esa propiedad como para dejarla en manos de cualquiera. Tenemos unas condiciones que nuestros abogados han redactado y que en breve te remitirán.

A Anne no le hizo ninguna gracia que los Macpherson se pusieran tiquismiquis a la hora de elegir comprador y replicó molesta:

—¿Vais a pedir al comprador que cumpla una serie de requisitos?

Sin embargo, ellos tenían clarísimo lo que querían hacer con el castillo que durante siglos había pertenecido al clan familiar:

—Así es.

—Pero dificultará la venta —apuntó Anne, por si acaso no se habían percatado de ese pequeño gran detalle.

Duncan sonrió porque no había nada que le gustara más que un desafío, y la señorita Brown sin duda que lo era, así que replicó:

—Te acabo de decir que tenemos una profunda conexión con esa tierra, queremos un comprador que la sienta de la misma manera, y tú lo vas a encontrar. ¿No decías que esta es la mejor agencia inmobiliaria de Nueva York?

Anne asintió, convencida de que le iba a encontrar un comprador, aunque tuviera que ir a buscarlo al mismísimo infierno, y respondió para tocarle un poco las narices a ese ser tan soberbio y altanero:

—No amaréis tanto al castillo y a esas tierras, si estáis locos por vender…

Capítulo 2

Duncan se puso serio, dejó el contrato sobre la mesa y Anne notó como una especie de corriente eléctrica trepaba por su espina dorsal de pura ansiedad, por si había ido demasiado lejos con su provocación y estaba a punto de echar a perder el negocio…

—Es obvio que no tienes ni idea de lo que significa ser un *highlander* —se limitó a decir Duncan, clavándole la mirada a Anne.

—He leído muchas novelas románticas —reconoció Anne, temiendo haber herido el orgullo de casta de ese tío y quedarse sin el ascenso por el que llevaba peleando dos años.

Y Duncan, por su parte, pensó que esa chica que tenía enfrente no se parecía a ninguna que hubiera conocido antes.

Y no es que fuera una belleza espectacular como las mujeres con las que él acostumbraba a salir.

Anne era una chica menuda, que no debía medir más de uno sesenta y cinco, de ojos grandes y vivos, nariz respingona y una boca carnosa que tenía pintada con un poco de *gloss*.

No usaba mucho maquillaje, el pelo lo llevaba suelto y a través del traje sastre oscuro que lucía se intuía que tenía un cuerpo bonito.

Pero nada que ver con las mujeres sofisticadas y elegantes, de pechos voluptuosos, piernas larguísimas y vestidos de infarto con las que él solía relacionarse.

Anne era una chica mona, discreta, vestida con un traje anodino, pero que tenía más coraje en la mirada que todo un clan de *highlanders* juntos.

Y eso le gustó.

Le gustó tanto que tal vez por eso decidió explicarle para que no volviera jamás a soltar esa clase de impertinencias:

—Pero no has conocido nunca a un *highlander* de carne y hueso.

Anne pensó que no, que jamás había estado frente a un tío con una mirada de un color verde de lo más salvaje y con esa planta que era como para pedirle a gritos que la empotrara contra el armario que tenía enfrente.

Pero lo que replicó fue, en un tono de lo más incisivo y sin retirarle en ningún momento la mirada:

—No, nunca he conocido a uno. Hasta hoy.

Duncan apretó las mandíbulas y decidió seguir con la explicación:

—Un *highlander* ama a su tierra más que a nada en el mundo y la siente muy adentro, aunque este lejos. Es su fuerza y su motor, su inspiración y lo que da sentido a su existencia. Es de donde viene y lo que le recuerda quién es. Y el castillo Macpherson significa todo eso para nosotros y así va a ser siempre, aun cuando nos desprendamos de su titularidad, porque ya nos es inviable mantenerla. Durante muchos años, estuvimos yendo allí los veranos, hasta que mis hermanos y yo comenzamos a tener obligaciones y responsabilidades, y ya nos es imposible acudir. Aparte de que mantener un castillo es algo que muy costoso.

A Anne le seguía pareciendo que ese tío era un cretino, pero que defendiera de esa manera tan vehemente lo suyo, le gustó. Es más, solían darle confianza las personas que se enorgullecían de sus orígenes y tal vez por eso decidió reducir su hostilidad y replicar:

—Me puedo hacer una idea, aunque desconozco cuál es el estado real del castillo.

—Está muy bien conservado, pero lo mejor será que lo veas en persona.

—Y será la primera vez que visite Escocia —reveló Anne a la que la idea de conocer ese país le pareció fascinante.

—¿Nunca has estado en las Highlands? —preguntó Duncan, sorprendido de que aún no conociera semejante belleza.

—Es una de mis asignaturas pendientes.

—Muy pronto le pondremos remedio. Y entenderás por qué queremos que el comprador sea alguien muy especial. El castillo está ubicado en un pueblo pequeño y con mucho encanto, en la costa oeste, en una extensión de más de mil hectáreas de prados verdes que acaban en unos preciosos y abruptos acantilados junto al mar. Y el castillo es una fortaleza del siglo XVII en la que se han alojado aristócratas y reyes para disfrutar de jornadas de caza y de pesca y de fiestas increíbles en nuestros maravillosos salones. Ya tendrás ocasión de verlo, pero te adelanto que el castillo está repleto de auténticas obras de arte: cuadros, esculturas, instrumentos musicales,

mobiliario…

Anne, sorprendida por todo lo que estaba escuchando, confesó:

—He buscado información sobre el castillo de los Macpherson en Internet y la verdad es que apenas hay nada. Tan solo un par de fotos, en las que se atisba el castillo a lo lejos y poco más.

—Los Macpherson siempre han sido muy discretos.

—¡Quién lo diría! —replicó Anne que no pudo evitar hacer el comentario.

—Aunque te parezca lo contrario, yo soy un tipo bastante discreto.

—No has escogido una profesión que te permita llevar una vida discreta —apuntó Anne alzando las cejas.

Duncan, algo incómodo con la deriva que estaba tomando la conversación, le aclaró:

—Si lo dices por las porquerías que publican sobre mí en la prensa del corazón, te diré que todo es mentira.

—Estás de suerte. No sigo esa clase de prensa. No tengo ni idea de lo que dicen de ti, aunque me lo imagino.

Duncan le explicó para zanjar el asunto de una vez, porque era un tema que le ponía de un mal humor tremendo:

—Me adjudican romances con unas y con otras, pero todos son inciertos.

—Eres un monje —dijo Anne, irónica.

—Desde que lo dejé hace dos años con mi pareja, no he vuelto a tener ninguna relación. Y cuando necesito pasármelo bien, tengo amigas que son muy discretas. Todo lo demás que cuentan sobre mí es falso —insistió Duncan, que aborrecía todo lo que inventaban sobre su vida amorosa.

Llegados a ese punto, Anne le miró muy seria y le aclaró para que se quedara tranquilo:

—He dicho lo de la discreción, porque ser un actor tan conocido te obligará a estar siempre en el foco. Lo que hagas con tu vida privada, me importa un bledo.

—Soy muy celoso de mi intimidad. Por eso no hay fotos del castillo de mi familia, ni de mi casa de la Quinta Avenida, ni realmente la gente sabe quién soy en realidad, qué es lo que me motiva, qué es lo

que da sentido a mi vida… Soy actor, acudo a estrenos, concedo entrevistas, hablo de las películas, respondo a todo lo que quieran preguntarme con sinceridad, porque no sé ser de otra manera, pero no voy ventilando mi vida a los cuatro vientos, ni permito que nadie se meta en las cocinas de mi intimidad. ¿Tú sabes la de veces que me han propuesto hacerme reportajes en el castillo en plan *highlander*, con la americana y el *kilt*? ¡Me lo han ofrecido hasta marcas de todo tipo! Y siempre me he negado a abrir las puertas del castillo, que es lo más sagrado que tenemos.

Anne, que estaba cada vez más sorprendida con lo que estaba descubriendo sobre el actor, reconoció:

—Me estoy quedando perpleja, pues es verdad que es tanta la discreción de los Macpherson que yo pensaba que el castillo era una vieja mole que se caía a pedazos y resulta que es una mansión repleta de maravillas.

—Tiene catorce habitaciones, perfectamente equipadas, con chimenea, cuarto de baño, puertas ocultas y jardines interiores.

—¿Puertas ocultas? —preguntó Anne, convencida de que esa clase de puertas solo existían en las novelas.

—Hay habitaciones con puertas que conducen a distintas estancias. Es muy divertido.

Anne, que no estaba allí para hablar de cosas divertidas, sino para hacer negocios, replicó:

—Muy pronto encontraré al comprador que está buscando justo lo que el castillo Macpherson ofrece.

—Nosotros vamos a exigirte que sea alguien con la solvencia suficiente como para hacerse cargo de la conservación del castillo. Generación tras generación hemos trabajado muy duro por mantenerlo en un perfecto estado y deseamos que siga siendo así. Queremos venderlo a una familia o a un grupo empresarial con suficientes espaldas como para garantizarnos que el castillo va a conservarse con el mismo cuidado que le hemos procurado los Macpherson y con el mismo respeto a la naturaleza que lo rodea.

Anne entendía perfectamente lo que le estaba pidiendo, y valoraba muy positivamente que quisieran dejar en buenas manos la que había

sido la joya de la familia, así que le aseguró:

—No te preocupes, que encontraré un comprador que haga frente a la conservación y el mantenimiento del castillo y que tenga un proyecto solvente y serio que implique la sostenibilidad y la protección del entorno.

Duncan agradeció las palabras de Anne con una sonrisa y justo en ese momento recibió un mensaje de sus abogados que le adjuntaron las condiciones de los Macpherson para la venta y algunas matizaciones al contrato que también le enviaron a Anne.

—Mis abogados acaban de enviarte otro documento. Échale un vistazo y, si estás de acuerdo, redacta otra vez el contrato con nuestras condiciones y envíamelo para que lo firme.

Anne abrió el documento, lo ojeó por encima y le dijo a Duncan:

—De acuerdo. Lo paso a nuestro departamento legal y en cuanto esté listo, te lo mando.

—Perfecto. Y como tengo la agenda repleta y en quince días empiezo un rodaje, ¿te viene bien que el jueves viajemos a Escocia?

Anne se quedó perpleja porque estaban a martes y tenía un montón de trabajo, pero necesitaba cerrar el negocio como fuera y asintió:

—Perfecto.

—Iremos en mi avión privado. El jueves, a las seis de la mañana, vendrá un chofer a recogerte a tu oficina.

Anne pensó que ese tío no podía ser más presuntuoso, con ese despliegue de avión privado y organizándolo todo a su manera, si bien ella lo que quería era firmar ese maldito contrato, por lo que replicó:

—El jueves nos vemos.

Y ni siquiera se molestó en esbozar ni una sonrisa, tan solo estrechó la mano que Duncan le tendió mientras este pensaba que Anne Brown era la tía más estirada y borde que había conocido en su vida…

Capítulo 3

Al día siguiente, Duncan fue el último en llegar, con las pizzas del restaurante italiano de la esquina, a la casa familiar de Carnegie Hill, para ver el partido de fútbol amistoso de la selección escocesa.

Estaban todos menos, Rob, el pequeño, que estaba estudiando en la universidad de Harvard. Y Duncan ocupó un sitio entre su abuelo y su hermano Killian que, como todos, no paraban de animar al equipo y de cuestionar las decisiones del árbitro.

—¡Estaba la pizzería hasta arriba de gente! ¿Cuánto lleva el partido? —preguntó Duncan mientras abría las cajas de pizza.

—Siete minutos, ¡y eso que acaba de hacer ese tío es un penalti! —gritó Leopold, el padre de Duncan, que estaba totalmente metido en el partido.

Todos asintieron y siguieron concentrados en el juego, hasta que, a la hora del descanso, después de acabar con las pizzas, y con una cerveza en la mano, Duncan decidió contarles su plan para los próximos días:

—Esta mañana le he enviado el contrato firmado a Anne Brown y mañana vuelo con ella a Escocia.

—¿Eres consciente de que es la primera chica que vas a llevar al castillo? ¡Tú vas a acabar casado con ella! —exclamó el abuelo tras dar un sorbo a su cerveza y todos se partieron de risa.

Todos menos Duncan que les aclaró para que supieran con quién se las estaban gastando:

—Anne Brown sería la última chica con la que tendría algo. Es una estirada y una borde. Y además yo le caigo como el culo. Así que, abuelo, me temo que no habrá boda. Al menos no con ella.

El padre de Duncan, que era igual que ellos, alto, atractivo y de cabello fuerte y abundante, aunque canoso, se ajustó las gafas doradas y redondas y le preguntó a su hijo:

—Si esa chica te desagrada tanto, ¿por qué vamos a hacer negocios con ella?

—Es una buena profesional. Y trabaja en la mejor agencia inmobiliaria de la ciudad, que tú mismo me recomendaste —le recordó Duncan.

—Es que es la mejor. Pero podrías pedir a la directora que te cambie de agente. Si con Anne Brown no te sientes a gusto, exige trabajar con otra persona —le recomendó el padre de Duncan.

—No es que no me sienta a gusto con ella… —matizó Duncan.

Si bien el abuelo, que también era bien parecido a pesar de sus años, le interrumpió para decir mientras no dejaba de reírse:

—Lo que os decía: ¡esto termina en boda!

—Y ya sería hora de que llegara una mujer a la familia… —apuntó Leopold, con cierta pena al recordar a su esposa.

Puesto que la señora Macpherson había fallecido cuando Duncan apenas tenía siete años de una enfermedad cardiaca. Y, a pesar del tiempo pasado, el padre seguía enamorado de su esposa a la que jamás pensaba encontrar sustituta.

Y era exactamente lo mismo que le había sucedido al abuelo cuando perdió a su esposa tras una larga enfermedad.

Los Macpherson eran así. Cuando entregaban su corazón lo hacían para siempre…

—Os digo desde ya que Anne Brown no formará parte de esta familia. Pero la que sí tiene papeletas para hacerlo es Camila, la secretaria de Killian… —opinó Duncan, picando a su hermano.

Killian era el segundo de los hermanos, era muy parecido a Duncan en cuanto al físico, pero de carácter era muy serio y reservado, por lo que no le hizo ninguna gracia que Duncan mencionara a Camila:

—Entre Camila y yo no hay más que una relación profesional. Y ella tiene pareja. ¡No sé qué tonterías estás diciendo!

Duncan sonrió, porque estaba seguro de que Killian sentía por Camila mucho más de lo que reconocía y replicó:

—¿Ayer no fuiste a cenar con ella por enésima vez debido a que había discutido con su novio?

—Somos amigos. Me llamó porque no se encontraba bien. No hay nada más —respondió Killian ansioso por no seguir hablando del tema.

—El que os garantiza que jamás traerá una chica a la familia soy yo. Hay demasiadas mujeres bonitas como para quedarme con una —dijo Gare, que era el tercer hermano, alto, moreno, atractivo, *sexy*, alegre,

divertido y el mujeriego de la familia.

—Ya te llegará la hora. Como que te crees que te vas a librar… —afirmó el abuelo.

Todos se echaron a reír, el ambiente se relajó y, tras volver a abrir otras cervezas y antes de que el partido se reanudara, el padre sacó otra vez el tema del castillo:

—Estuve leyendo el contrato y las condiciones reflejan a la perfección qué es lo que queremos. Ahora solo falta que esa chica encuentre al comprador ideal, y la verdad es que lo va a tener muy complicado.

—Anne dice que lo va a encontrar. Es su trabajo —dijo Duncan encogiéndose de hombros.

—¿Quién va a querer un castillo perdido en las Highlands que es costosísimo? ¿Un loco? —comentó Killian, revolviéndose en el asiento.

—Siempre he pensado en alguna cadena hotelera de lujo, lo de las puertas secretas tiene un morbo increíble —respondió Gare, muerto de risa.

—Tendrían que alquilar el castillo a precio de oro, para poder amortizar la inversión. Y ni aun así —opinó Killian tras dar un sorbo a su cerveza.

—Creo que tiene que haber un comprador solvente que ame esas tierras tanto como nosotros. Y Anne Brown lo va a encontrar… —aseveró Duncan, que confiaba totalmente en la profesionalidad de su agente inmobiliaria.

Y llegados a ese punto, el abuelo se puso serio y tomó la palabra para decir a su familia:

—Encontrar a alguien que ame ese lugar tanto como nosotros es imposible. Y ya sabéis lo que me ha costado tomar la decisión de poner a la venta el castillo de nuestro clan.

—No había otra, abuelo. Llevábamos cinco años sin pisar el castillo, no hemos vuelto a pasar juntos unas vacaciones allí y el mantenimiento es costosísimo —habló Duncan que sabía perfectamente lo duro que había sido para su abuelo tomar la decisión.

—Tenemos dinero de sobra para mantener el castillo —le recordó

Leopold a su familia.

No en vano, era uno de los hombres más ricos de Nueva York, gracias a la compañía de inversiones que había fundado el abuelo Macpherson.

—Pero es un dinero a fondo perdido… —insistió Duncan—. ¿Qué os está pasando? ¿Habéis cambiado de opinión?

El abuelo negó con la cabeza y le explicó a su nieto con un punto de tristeza en la mirada:

—Soy inversionista. Sé mejor que nadie que el castillo Macpherson es un mal negocio. Pero hay cosas que no se rigen por la cabeza ni el cálculo. Y ese castillo es una de esas cosas. Es todo lo que somos y todo lo que seremos. Es donde están nuestras raíces y lo que nos recuerda siempre quiénes somos.

—Y siempre va a estar ahí, en pie… —habló Duncan emocionado con las palabras de su abuelo—. Cuando nos dé un ataque de nostalgia o estemos perdidos, siempre podemos ir a visitarlo, aunque el dueño sea otro. Además, tú, abuelo, me enseñaste que el orgullo de casta no está en lo material, sino en nuestros valores y en nuestros principios, y en ese lema que con tanto orgullo todos llevamos tatuado: «Valor y voluntad».

El abuelo asintió y luego añadió, justo antes de que el partido empezara otra vez:

—Ese es nuestro lema y nuestra insignia es un águila, para recordarnos que siempre hay que volar muy alto. Y esos valores son los que debéis seguir inculcando a las siguientes generaciones Macpherson.

—Ese es nuestro verdadero patrimonio, papá —dijo Leopold, con un orgullo infinito.

—Me parece que vais a tener que esperar un poco para que vengan nuevas generaciones —masculló Gare, con guasa.

Sin embargo, Leopold volvió a poner el toque de seriedad y cordura a la conversación y les dijo a todos:

—A mí me ha costado también mucho tomar la decisión de poner a la venta el castillo. Como negocio, obviamente, es ruinoso. Por eso os digo que el comprador tiene que ser alguien que haga la adquisición

guiado por el corazón y en cualquier caso sé que estamos haciendo lo correcto. Sobre todo, porque nosotros llevamos cinco años desvinculados de ese castillo.

—No lo hemos dejado abandonado, tenemos contratado a personal que se ocupa de mantenerlo impecable —le recordó el abuelo, atusándose una ceja canosa y poblada.

—Sí, pero hace cinco años que no nos reunimos para pasar momentos juntos. Los chicos tienen sus vidas y sus obligaciones y es mejor que el castillo pase a manos de alguien que pueda vivirlo y disfrutarlo, como nosotros lo hicimos en su día —afirmó Leopold, apelando una vez más a la sensatez.

—¿Y cuándo tus hijos te den nietos? ¿No querrás pasar tiempo en el castillo del clan? —inquirió el abuelo, con un nudo de pena en el estómago.

—Tenemos esta mansión maravillosa que tú levantaste con tanto esfuerzo en Carnegie Hill.

—No es Escocia. No son nuestras raíces. ¡Somos *highlanders*! —exclamó con orgullo el abuelo, llevándose la mano al pecho.

Leopold se arremangó la camisa, le mostró el tatuaje que tenía en la cara interior del brazo con el lema y la insignia del clan y le dijo:

—Esto es lo que somos, papá. Sé que tomar la decisión de vender el castillo es muy dura, pero lo que somos es mucho más que una tierra y un castillo. Y tú me enseñaste que así era…

El abuelo soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se pellizcó la barbilla y luego musitó:

—Solo espero que esa chica encuentre a un comprador que esté a la altura y que sea digno de habitar nuestro castillo.

Duncan miró a su abuelo y le aseguró para que estuviera tranquilo:

—Anne Brown es la mejor, abuelo. Yo no la soporto, es una borde y una estirada, pero sé que hará un trabajo excelente y que encontrará al comprador más idóneo. No te vamos a fallar, ya lo verás…

El abuelo sabía perfectamente quién era el comprador más idóneo, pero se limitó a suspirar y a decir:

—Así será.

Capítulo 4

Mientras Duncan se encontraba viendo el partido con su familia, Anne estaba aún en la oficina dejándolo todo listo para los próximos días…

—¿Cuántos días vas a estar fuera? —le preguntó Beverly que se pasó por el despacho de Anne, antes de marcharse a casa.

—Supongo que un par de días serán suficientes para reunirnos con el tasador y hacer fotos y videos.

—¿No vas a hacer *home staging* en el castillo?

Beverly se refería a que era habitual que Anne redecorara las casas que vendía con un experto en *home staging* para hacerlas más atractivas y sacarles mejor precio, pero en este caso era diferente:

—Es un castillo. Lo que vamos a vender es tradición y solera, así que no hay que mover ni un jarrón. Además, Duncan me ha asegurado que la casa está perfectamente conservada y mantenida.

Beverly suspiró, pestañeó deprisa y, tras sentarse frente a Anne, le preguntó:

—¿Cómo es él? ¡Cuéntame, por favor!

Anne miró a su recepcionista y amiga, se metió los dedos en la boca haciendo el gesto de que vomitaba y replicó:

—¡No le aguanto!

Beverly se partió de risa, pues estaba segura de que su amiga bromeaba y replicó:

—¡En serio! Tía, está tan bueno… ¡Qué mirada, por favor! ¡Si es que te corres de solo mirarlo!

—Te correrás tú, porque a mí me deja indiferente.

Beverly sonrió ya que no le creía para nada: Duncan Macpherson tenía una presencia tan imponente que ponía hasta las hormigas…

—¡Y voy yo y me lo creo!

—Reconozco que es atractivo. Y ya —afirmó Anne a regañadientes.

—¿Atractivo? ¡Es un dios griego con el que vas a tener la suerte de viajar en jet privado a su castillo! Tía, ¿tú sabes lo suertuda que eres?

Anne miró a su amiga alucinada porque no era consciente de lo que iba a significar para ella ese viaje:

—Te estoy diciendo que me cae fatal. ¿Cómo va a ser suerte pasar

unos días con un tío que no puedo ni ver? ¡Va a ser un puñetero infierno!

—¡Menudo infierno! ¡Yo quiero otro así para mí, por favor! Y a ser posible con Duncan Macpherson —bromeó Beverly, muerta de risa.

—Te cambio el puesto, encantada. Yo me quedo en Nueva York y tú te piras con el *highlander* a su castillo.

—¡Hecho! Pero te recuerdo que yo soy la recepcionista y tú la agente inmobiliaria. Y además te estás jugando el ascenso por el que tanto tiempo llevas luchando.

Anne resopló, miró por la ventana de su despacho, ubicado en el FiDi de Nueva York y le confesó a su amiga:

—Tengo un reto tremendo con el maldito castillo, amiga. Harper lo ha puesto como condición para mi ascenso, pero venderlo es algo muy complicado.

—A ti te apasionan los retos —le recordó Beverly, con la mirada chispeante—. Y hasta ahora no se te ha resistido ninguna casa. ¡Todo lo vendes!

—Esto es diferente. Siempre he trabajado con propiedades dentro del país, pero esta es la primera vez que me toca vender un castillo ubicado nada menos que en Escocia. Un castillo que además está en perfecto estado y que cuesta muchísimo mantener. ¿Quién va a querer comprar algo así?

Anne clavó la mirada en su amiga y esta respondió al momento:

—A una fanática de las novelas de *highlanders*…

—¡No digas chorradas! ¿Tú sabes el dineral que cuesta mantener un castillo como ese?

—Lo mismo hay alguna escritora de romántica millonaria a la que no le importa hacer la inversión, porque la va a recuperar pronto de tanto como se va inspirar en ese lugar maravilloso.

—¡Mira que eres fantasiosa, amiga!

Beverly suspiró y reconoció echando las manos a volar:

—¡Y romántica! ¿Tú te imaginas la historia de amor tan bonita que puedes vivir con Duncan Macpherson en su castillo escocés?

Anne soltó una carcajada, pues decidió que la mejor manera de tomarse lo que estaba viviendo era con humor:

—Lo que vamos a vivir él y yo juntos va a ser una historia de odio en toda regla. No nos soportamos. El rechazo que sentimos es mutuo. Y tengo más que claro que voy a ese lugar a trabajar.

—Duncan está soltero —insistió Beverly, que no pensaba darse por vencida.

—Lo sé. Me lo ha contado. Lo dejó con su pareja hace dos años.

Beverly la interrumpió para refrescarle un poco la memoria a su amiga:

—Perdona, ella fue la que le dejó a él. ¡Y lo supo el mundo entero!

Anne, que no tenía ni idea de los chismes de la farándula, frunció el ceño y preguntó:

—¿De qué hablas?

—De que Jade Lam, la actriz, y la que fuera pareja de Duncan, le puso los cuernos con Walter Mann.

Anne conocía esos actores que también eran muy famosos, pero no tenía ni idea de lo que su amiga estaba hablando:

—¿Qué?

—Tía, ¿cómo no conoces la historia? ¡Aquello fue tremendo! Pillaron a Jade liada con Walter en las playas de Malibú, donde ambos estaban rodando una película. Las imágenes dieron la vuelta al mundo, salían los dos en bolas, follando en la playa, y a eso tienes que añadir el agravante de que Walter era uno de los mejores amigos de Duncan. ¡Imagina por lo que tuvo que pasar el pobre!

Anne se quedó perpleja porque ella, que también había padecido la infidelidad de su novio, sabía lo que dolía una traición, pero que encima el traidor fuera su mejor amigo y que se enterara todo el mundo, tenía que haber sido un palo de los gordos.

No obstante, parecía que Duncan había dejado todo ese dolor muy atrás:

—Tuvo que ser duro, pero ahora parece totalmente recuperado. Dice que tiene amigas con las que pasa buenos ratos.

—Ahora dicen que está liado con Beth Slowy.

—¿Y esa quién es?

—Una modelo rubia y explosiva con la que se le ha visto unas cuantas veces.

Anne pensó que a Duncan le pegaba mucho tener una novia así de llamativa y replicó:

—Él dice que todo lo que publican en la prensa sobre él es falso. Yo no sé qué pensar.

—Ya sabes cómo es ese mundo. Inventan muchas cosas porque tienen que vender revistas, periódicos y programas de televisión. Pero si él te dice que esos romances son mentira, te estará diciendo la verdad.

—Duncan dice que sale con amigas discretas cuando tiene ganas de sexo y que todo lo que le adjudican en la prensa son inventos.

—Yo le creo. Igual que te ha reconocido que tiene rollos con amigas, podría también haberte confesado que está liado con todas esas tías que le endosan en las revistas.

Anne chasqueó la lengua, cerró su computadora y le dijo a su amiga:

—Me da igual con quien esté Duncan Macpherson. Yo lo único que quiero es venderle su castillo y lograr mi ascenso a la subdirección comercial de la inmobiliaria.

—¡Suena tan bien! ¡Y te lo mereces tanto!

—Cuando Harper me dijo el otro día que, si lograba vender el castillo, la subdirección sería mía no podía creerlo. ¿Todavía me tocaba demostrar más aún?

—Ya sabes cómo es Harper, es exigente y dura, supongo que por eso ha llegado a lo más alto.

—Sé que me está poniendo a prueba con esto del castillo. Quiere ver hasta qué punto soy resiliente y muestro suficiente paciencia, perseverancia y capacidad de aguante.

—¡Y además te toca de cliente a Duncan Macpherson que es todo un seductor!

—Pues conmigo va listo…

—Tía, a ver si te vas a tener que comer tus palabras. ¿Tú sabes lo que puede ser viajar con él en su avión privado y compartir largas noches con él al calor de una vieja chimenea?

—¡Lo sé! ¡Un puñetero horror! —exclamó Anne, muerta de la risa.

—Yo que tú, me llevaría lencería *sexy* por lo que pudiera pasar.

—Me voy a llevar la ropa interior más cómoda que tenga y unos buenos calcetines gordos para la noche, que en esos castillos tiene que hacer un frío tremendo. Y estate tranquila que no va a pasar nada con él. Lo tengo clarísimo…

Beverly negó con la cabeza, porque era una romántica empedernida y le recordó:

—No sabes lo que te tiene deparado el destino.

—Cómo se nota que te pasas el día consumiendo novelas románticas.

—Tú también las lees —le recordó Beverly.

—Pero yo soy realista y sé que esas historias en la vida real no suceden nunca. Son pura ciencia ficción.

—¿Y por qué no podrías enamorarte de un *highlander sexy,* millonario y exitoso?

—¿Tal vez porque no le aguanto? —replicó Anne, arqueando una ceja.

—Es un tío encantador, créeme. He visto y leído casi todas las entrevistas que le han hecho y es un cielo de hombre. Es un tío sincero, trabajador, generoso, inteligente, valiente y sueña con formar una familia en el futuro. Él siempre dice que es ante todo un hombre muy familiar…

—Es tan familiar que no paran de sacarle fotos con Beth Slowy —ironizó Anne.

Sin embargo, Beverly tenía una idea muy diferente sobre Duncan y le aconsejó a su amiga:

—Dale la oportunidad de conocerlo estos días, porque te vas a llevar una gran sorpresa…

Capítulo 5

Anne se pasó la primera hora del vuelo sin apartar la vista de su teléfono, hasta que Duncan le dijo, que estaba sentado frente a ella:

—Esos cacharros son los responsables de un montón de atropellos.

Anne levantó la cabeza y sin tener ni idea de qué estaba hablando preguntó:

—¿De qué hablas?

—De que los teléfonos móviles son los culpables de que la gente por la calle disminuya su nivel de atención y olvide que lo importante no es subir una foto a Instagram, sino el coche que viene a toda mecha y que puede atropellarlos.

Anne se tomó el comentario de la peor manera posible y le aclaró muy borde:

—Perdona, pero yo no estoy en Instagram haciendo el tonto. Estoy trabajando con el teléfono.

—Ya sé que eres una profesional muy seria y competente. Solo estaba haciendo un comentario en genérico. No te lo tomes de una manera personal, por favor —le pidió Duncan con una de sus sonrisas más irresistibles, con una de esas que nunca fallaban.

O, mejor dicho, una sonrisa que gustaba a todas, menos a Anne que tenía más púas que un erizo y que exigió:

—No hace falta que comentes nada. Gracias.

—Se me ha ocurrido de repente, después de estar un rato meditando. Me encanta hacerlo cuando vuelo. Me gusta dejar la mente en blanco, disminuir el ruido mental y comprobar cómo poco a poco mi sistema nervioso se relaja, es algo que va fenomenal para el sistema inmune.

Anne pensó que para él debía ser muy fácil dejar la mente en blanco, puesto que tampoco tendría demasiado en la cabeza y luego replicó:

—Tomo vitaminas para fortalecer mi sistema inmune. Y como muy sano.

—Yo también soy un tío muy sano. Ya sé que los actores tenemos fama de cocainómanos, pero soy absolutamente antidrogas.

—Los actores tenéis fama de tantas cosas… —musitó Anne dejando

la vista perdida en la ventanilla del avión.

—Pero sé que tú eres lo suficientemente inteligente como para ir más allá de los estereotipos —dijo Duncan con esa sonrisa que Anne pensó que a su amiga Beverly le hubiera hecho empapar las braguitas.

Sin embargo, ella era inmune a esa clase de trampas de seductor consumado y replicó cortante:

—Yo estoy aquí por trabajo, no para conocerte. Me importa un pepino cómo seas o dejes de ser.

Duncan se revolvió en el asiento y le preguntó ya que él era un tipo muy curioso:

—Sé que eres una estirada y una raspa, pero ¿por qué ha aumentado tu nivel de hostilidad hacia mí más todavía? ¿Tienes miedo a volar? Si es así, no te preocupes. Yo puedo ayudarte a que la travesía sea lo más agradable posible…

Anne le fulminó con la mirada, pues la sinceridad de ese tío le pareció de lo más desagradable y le ordenó:

—Si quieres hacerme la travesía agradable, te rogaría que cerraras el pico. Gracias.

—Jo, jo, jo, jo. Venga, dime la verdad. ¡Estás muerta de miedo!

Anne le miró desafiante, tomó aire y le dijo en un tono que no pudo resultar más antipático:

—Adoro volar. Así que lo siento. No soy como esas modelitos que subes a tu avión y que fingen tener miedo por las turbulencias para tener una excusa barata para lanzarse a tu yugular. Yo no soy así. Yo paso de ti. Y en la vida tendría sexo contigo ni en este avión, ni en ninguna otra parte.

Duncan abrió los ojos más todavía con lo que acababa de escuchar y replicó:

—¡A ti se te va mucho la pinza! ¿En qué momento he hablado yo de sexo? ¿Y cómo se te ha ocurrido pensar que podría tener sexo contigo? Por favor… ¡No eres para nada mi tipo! ¡Y jamás tendría nada con una tía que es más áspera que un tubo de lija!

Anne, que seguía retándole con la mirada, negó con la cabeza y replicó furiosa:

—Ya sé que te gustan las tías despampanantes de pechos gigantes,

tres metros de piernas y un cerebro de mosquito.

—Ja, ja, ja. Te equivocas. Lo que más valoro de una mujer es su cerebro —aseguró Duncan, con una sonrisa que Anne encontró de lo más irritante.

Sin embargo, esta vez la que se partió de risa fue Anne que replicó:

—Claro, claro, por eso siempre sales en la prensa del corazón colgado del brazo de Premios Nobel de Física o de Matemáticas.

—Ya te he dicho que todo lo que publican en esa clase de prensa es pura basura.

Anne no tenía tan claro que eso fuera cierto porque no había podido evitar cotillear el Instagram de Beth Slowy antes de irse a dormir y se había llevado una buena sorpresa:

—No hay más que meterse en el Instagram de Beth Slowy para darse cuenta de que lo que dices es falso. Las revistas te sacan con ella y no son inventos. El Instagram de esa chica está repleto de fotos contigo. ¡Y no pasa nada! A mí me da lo igual con quien te solaces…

—Beth es una amiga con la que me he encontrado en eventos y fiestas a las que no me queda más remedio que asistir y siempre se empeña en tomarme fotos. Pero yo no tengo nada con ella…

Anne volvió a fijar la vista en la pantalla de su teléfono y murmuró:

—A mí no me tienes que dar explicaciones.

—Sí, porque estás poniendo en duda mi palabra. Y si te digo que lo que cuentan en la prensa sobre mí es falso, es porque lo es. Ya sé que me sacan con Beth y que ahora somos la comidilla de la prensa rosa, pero yo no estoy con ella. Ni nos hemos liado jamás. Ni siquiera una sola vez. Yo no quiero nada con Beth. Está demasiado ávida de fama y sé perfectamente por lo que me busca y no para de pegarse a mí.

—En las fotos se te ve de lo más a gusto y relajado —comentó Anne que levantó la mirada y se la clavó.

—Soy una persona educada. Ella aparece siempre de repente, me agarra por el hombro y dispara la foto. ¿Qué quieres que haga? ¿Montar un pollo? Soy un hombre con una proyección pública, que debo cuidar mucho mi imagen. Pero vamos, que si lo que te preocupa es si estoy con ella: créeme, soy un tío tremendamente sincero, ni estoy con Beth ni estoy con nadie. Y estoy muy a gusto así.

Anne le miró, comprobó que había muchísima honestidad y verdad en su mirada y luego replicó:

—En eso te entiendo, porque yo estoy sola y estoy feliz de la vida, aunque te parezca una amargada.

—No he dicho que seas amargada, sino áspera.

—Tengo carácter. ¡Y me encanta! —habló Anne con una sonrisa de oreja a oreja.

—A mí también —aseguró Duncan.

Anne se cruzó de piernas porque no entendía nada y le preguntó:

—¿En qué quedamos?

—Me parece estupendo que tengas carácter, me gusta la gente que tiene agallas. Pero pinchas demasiado, y yo no podría tener nada con una chica como tú.

Anne descruzó las piernas, sonrió y soltó sin pensárselo:

—Ni yo tendría en la vida nada con alguien como tú. Estamos empatados. Y que sepas que yo no pincho, tan solo me limito a decir lo que pienso.

Duncan cerró los ojos, recostó la cabeza y masculló porque las posturas habían quedado más que claras:

—Cada uno es como es.

Anne le miró y sin entender cómo podía echarse a dormir en mitad de esa conversación dijo:

—Exacto. ¿Y ahora qué haces? ¡Me llamas erizo y te pones a dormir!

Duncan abrió un ojo y respondió tan tranquilo, encogiéndose de hombros:

—Ya te lo he dicho, cada uno es como es. Está todo bien, preciosa.

Anne se quedó rígida y le exigió porque odiaba que la llamaran de esa forma:

—No me gusta que me llamen preciosa, ni guapa, ni bonita, ni linda… Soy Anne y punto. ¿Estamos?

Duncan asintió, sacó de una caja roja reluciente que estaba en un lateral del asiento un antifaz y unos tapones, se los puso y, al momento, se quedó profundamente dormido.

Y Anne por su parte se sintió de maravilla al haber puesto en su

sitio a ese actor que estaba acostumbrado a que todas se derritieran por él.

Ella no era así. Lo sentía mucho, pero no era de las que perdían la cabeza por un tío guapo, millonario, con éxito y un jet privado que era una auténtica pasada.

Era la primera vez que volaba en uno y Anne estaba que no podía creerlo, aunque lo disimulara muy bien.

Los asientos eran enormes y confortables y una azafata encantadora estaba pendiente de ellos en todo momento para atenderles en lo que necesitaran.

Aquello no tenía nada que ver con los vuelos en turista a los que ella estaba acostumbrada y no le extrañaba que las tías se volvieran locas por disfrutar de esos lujos que podía permitirse Duncan Macpherson.

Llevar una vida así, de fiestas, de aviones privados, de mansiones espectaculares, era una tentación para cualquiera.

Pero no para ella. Anne nunca perdía el pie, sabía muy bien quién era y qué era lo importante en la vida.

Y por muy bueno que estuviera Duncan Macpherson y tuviera muchísimo dinero, ella nunca podría estar con un tío tan pagado de sí mismo como él.

Y con esa convicción, ella también se quedó dormida…

Capítulo 6

Y lo peor fue que Anne soñó con Duncan. Y no cualquier cosa. Soñó que Duncan se levantaba del asiento, recortaba la distancia que los separaba, la besaba en los labios y luego, tras empujar con la lengua, le penetraba la boca de la manera más *sexy* que le habían besado en la vida.

Un beso profundo, húmedo y abrasador que los dejó sin aliento y que le hizo musitar a Duncan:

—Eres *sexy* y muy dulce… Muy dulce…

Y Anne, bastante acalorada, se despertó abruptamente, como de una pesadilla, aunque si era sincera el beso le había gustado muchísimo, y después escuchó cómo la azafata le preguntaba:

—Disculpe, señorita, ¿desea un vino dulce antes de almorzar?

Anne dio un respingo, comprobó que la azafata sostenía una bandeja con un vino blanco que Duncan ya se estaba tomando mientras la miraba divertido y replicó:

—Está bien. Gracias.

Anne cogió la copa de vino blanco, dio un sorbo y Duncan le indicó:

—Es de mis viñedos.

Anne se pasó la punta de la lengua por los labios en un gesto que a Duncan le pareció de lo más sensual y reconoció:

—Es delicioso. Y no sabía que también hacías vino. Eres un hombre muy polifacético.

—No te cachondees, por favor.

—Lo digo en serio. Me sorprende.

—Tengo unos viñedos en los Hamptons.

—Y también imagino que tendrás una mansión de impresión —dedujo Anne agitando la copa al aire.

—¿Sigues burlándote de mí, señorita Brown? —replicó Duncan que no sabía por dónde cogerla, porque esa mujer le desconcertaba como ninguna.

—Es algo obvio. Eres un hombre con poder y dinero, es normal que tengas viñedos, una mansión, este avión privado… Lo puedes comprar todo.

—Todo no. Las cosas importantes no se compran. Eso lo aprendí

desde bien pronto en mi casa.

Duncan bebió un poco de vino y Anne confesó, pues tenía que darle la razón:

—A mí me tocó aprender cuando apenas tenía siete años que, por mucho que llorara, que por mucho que le suplicara, por más que le escribiera cartas y más cartas, mi padre no quería saber nada de mí. Nos dejó una mañana y no volvió jamás. Mi madre y yo nos quedamos solas y sin dinero porque se lo llevó todo.

Duncan se quedó impactado al escuchar el relato de Anne y le preguntó:

—¿No teníais familia o amigos que os ayudaran?

—Mi madre rompió con todos cuando se empeñó en casarse con mi padre. Y se mudó con él a Orlando, pero la cosa salió fatal, mi padre bebía, era vago, mujeriego… Una joya de hombre —respondió Anne con un punto de rabia y tristeza en la mirada.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Duncan, tras bufar.

—Es lo que nos tocó. La vida es así. Te da esos bofetones, pero te hacen mejor. Mi madre es una mujer fuerte, a pesar de todo, y lo que hizo fue comprar unos billetes para Nueva York con el dinero que nos prestó una vecina y empezamos de cero. Mi madre trabajó muy duro como limpiadora, de sol a sol, vivíamos en una vieja caravana y poco a poco pudimos salir adelante.

Anne dejó la vista vagando por la ventanilla, recordando esos días en los que su madre le dio esa lección de entereza y fortaleza.

Duncan conmovido por la historia de Anne también quiso compartir con ella algo que había sido muy duro para él:

—Perdí a mi madre cuando tenía siete años y todavía hoy la echo muchísimo de menos. Fue muy duro.

Anne le miró, tragó saliva y musitó porque entendía lo mucho que dolía aquello:

—Lo siento. La figura de una madre es tan importante…

—Y la del padre. Así que puedo hacerme una idea de lo que significó para ti que tu padre se fuera.

—Fue un palo muy grande, que hizo que mi madre y yo nos uniéramos más todavía. Y siempre recordaré la promesa que le hice la

primera noche que pasamos en la caravana mugrienta, cuando estábamos muertas de frío y fuera llovía a chuzos. Era una cría y le prometí que cuando fuera mayor le compraría una casa muy bonita, calentita, con chimenea, con jardín, con piscina y con todo lo que ella se merecía.

A Anne se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que beber un poco de vino porque tenía la garganta tomada por la emoción.

—¡Qué jodida es la vida! —masculló Duncan, que de pronto entendió por qué Anne tenía esas malditas púas.

No le había quedado más remedio que ponerse esa coraza para sobrevivir en un mundo que no había sido de color de rosa.

Para nadie lo era…

—De todo se sale —afirmó Anne, que se recompuso, respiró hondo y le contó—: Y mi madre ya tiene esa casa, se le compré en Rochester, donde vive feliz con cuatro gatos y adonde me escapo siempre que puedo. Bueno, realmente, tengo una hipoteca, aún queda para que la casa sea nuestra. Pero mi madre ya tiene el techo con el que siempre soñamos, el techo que le prometí aquella noche horrible.

—Eres una hija maravillosa. Tu madre tiene que estar muy orgullosa de ti. Y ahora entiendo por qué eres tan buena vendiendo casas. Tú sabes mejor que nadie lo importante que es tener un techo.

Anne se emocionó con el comentario de Duncan, sus ojos se llenaron de lágrimas y le dio mucha rabia porque lo que menos quería era mostrarse frágil y vulnerable ante él, por lo que carraspeó y dijo:

—Sé lo que es trabajar duro y además tengo la suerte de trabajar en lo que me gusta.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando en la inmobiliaria? —preguntó Duncan, tras dar otro sorbo a su vino.

—Llevo diez años. Empecé en la recepción al tiempo que cursaba mis estudios universitarios. Estudié Económicas gracias a una beca que conseguí en la inmobiliaria y poco a poco fui ascendiendo hasta hoy que, con veintiocho años que tengo, estoy a punto de alcanzar la subdirección, si logro vender tu castillo. Como ves, no me han regalado nada…

Duncan se envaró y replicó al notar cierto tono de reproche en la

última frase:

—Mi familia tiene mucho dinero, pero todo lo que tengo me lo he ganado a pulso. Y nadie me ha regalado nada tampoco. Con dieciocho años me fui de casa con una mano delante y otra detrás. Tuve una bronca monumental con mi padre porque no aceptaba que no quisiera estudiar Finanzas ni trabajar en el negocio familiar. Y me marché a buscarme la vida. Me pagué los estudios de Interpretación trabajando en miles de empleos diferentes. Cuando los acabé, no conocía a nadie de la industria y lo que hice fue a acudir a todos los castings. Como ves, he empezado en mi mundo de tan abajo como tú. En mi caso fue haciendo anuncios para la televisión y así estuve publicitando de todo hasta que un día uno de los mejores agentes de artistas se fijó en mí y se ofreció para representarme. Acepté y me consiguió un papel pequeño en una película de gran presupuesto que resultó un éxito y ahí empezó todo. Comencé a recibir más propuestas de directores y así hasta hoy que tengo treinta años y una carrera consolidada. Pero, créeme que no ha sido nada fácil, y que he trabajado y que trabajo como una bestia.

Anne se sintió un poco mal porque la verdad era que estaba convencida de que era un pijo de vida regalada y tuvo que recular diciendo:

—Desconocía esa parte de tu biografía.

—Me has prejuzgado, es lo que llevas haciendo desde que aparecí en tu despacho —dijo Duncan, con cierta acritud.

—Tu padre es uno de los hombres más ricos de Nueva York, lo normal es deducir que has crecido entre algodones —repuso Anne para justificarse.

—Te equivocas, porque mi padre nos ha educado en la disciplina, el esfuerzo y la austeridad. Desde muy pequeños puso especial empeño en que aprendiéramos lo que cuesta conseguir las cosas. Y me parece que nos educó de la manera correcta, a mí me gustaría inculcarles a mis hijos los mismos valores.

—¿Quieres tener hijos? —preguntó Anne, atónita, porque dada la vida que llevaba pensaba que no tendría muchas ganas de sentar la cabeza.

Sin embargo, Duncan le sorprendió diciendo algo que Anne no esperaba:

—Compré la casa de los Hamptons porque se suponía que iba a casarme con Jade y tener hijos. Pero al final todo se truncó… Lo nuestro no funcionó, no obstante, yo no renuncio a mi sueño de encontrar a una mujer que me acepte tal cual soy, que me quiera y con la que poder formar una familia bonita. ¿Y tú? ¿Quieres tener hijos?

Anne se envaró un tanto nerviosa, ya que no le gustaba demasiado hablar de sus intimidades y contestó:

—Me gustan los niños. Me encantaría tener hijos. Pero ahora mismo estoy muy volcada en mi trabajo. No tengo tiempo para nada.

—Te entiendo porque me pasa lo mismo. Trabajo muy duro, los rodajes son extenuantes y cuando acabo lo único de lo que tengo ganas es de ir a casa a desconectar y relajarme.

Anne apuró la copa de vino y dijo risueña al tiempo que alzaba las cejas:

—Y si te apetece algo más, llamas a tus amigas las discretas…

—Tú seguro que también tienes amigos…

Anne negó con la cabeza y le explicó para que viera hasta qué punto pasaba de todo:

—No tengo amigos de esa clase. Tengo un vibrador maravilloso que cumple esa función. Y no necesito nada más.

Duncan entornó la mirada que se oscureció y se volvió mucho más salvaje y dijo:

—No hay nada como la piel. Perdóname…

Y lo dijo de un modo que sonó tan *sexy* que Anne sintió como un latigazo en su sexo que le hizo morderse los labios, si bien lo que replicó fue:

—Pero el vibrador no da ningún quebradero de cabeza, ni me pide que desayunemos juntos en la cama.

Duncan soltó una carcajada y no pudo añadir nada más, puesto que apareció la azafata con la carta para el almuerzo…

Capítulo 7

Después de aterrizar, lo que Anne menos podía imaginar era que fueran a viajar hasta el castillo en la moto más espectacular que había visto en su vida…

—¿Vamos a ir al castillo subidos en eso? —preguntó Anne que no daba crédito.

Duncan le pasó el casco y el mono y respondió risueño:

—Le pedí a Ralph, una de las personas que trabaja en el castillo, que me trajera a una de las niñas de mis ojos. ¡Y te va a encantar! La mejor forma de disfrutar de los parajes de Escocia es la moto.

Anne no dudaba de que así fuera, pero no le apetecía para nada estar un buen rato pegada a la espalda de ese pedazo de tío, así que replicó:

—Preferiría ir en taxi.

—¿No te has subido nunca a una moto? —inquirió Duncan frunciendo el ceño.

Anne sonrió de oreja a oreja porque si había algo que ella amaba eran las motos…

—¿Quieres que te hable de este modelo de BMW? Porque si es así, mejor entremos en ese pub y a lo mejor nos dan las doce de la noche…

Duncan se tronchó de risa porque la señorita tan raspa era toda una caja de sorpresas y replicó:

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Me compré una Harley de segunda mano que tengo en Rochester. Me encanta cogerla siempre que voy. Y me gusta montar en moto sola. Ese es el problema…

Duncan sonrió más todavía, su sonrisa se amplió tanto que sacó a relucir su dentadura perfecta y dedujo:

—¿El problema es que temes que la cercanía de nuestros cuerpos despierte…?

Anne espantada, le interrumpió porque se le estaba desatando demasiado la imaginación:

—No se me va a despertar nada. No seas tan creído…

—Intento entender por qué te niegas a subir en la moto conmigo.

Eso es todo. Yo no tengo miedo a que se despierte nada porque tengo claro que…

—Ya, ya sé que no soy tu tipo. Ya me lo has dicho antes —le interrumpió Anne con cierta rabia.

—¿Te cabrea no serlo? —repuso Duncan, con una sonrisa burlona.

—¿Te cabrea a ti saber que ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra tendría algo contigo? —replicó Anne, con una mueca de lo más graciosa.

Duncan se envaró, negó con la cabeza y respondió con una sonrisa de felicidad tremenda:

—Al contrario, no imaginas lo feliz que me hace saberlo. ¡Así que ponte el casco y el mono y déjate de rollos!

Anne no le hizo ni caso, sacó su teléfono móvil y se puso a buscar cuánto le costaría un taxi desde el aeropuerto al maldito castillo y los ojos se le salieron de sus órbitas:

—¡La leche!

—¿Qué pasa? —preguntó Duncan, intrigado, al ver la cara de susto que Anne había puesto.

—Acabo de ver lo que cuesta un taxi hasta tu castillo y es un dineral. No puedo pasarle a mi jefa una factura semejante y yo no pienso pagarlo porque con ese dinero puedo llenar mi nevera un mes. Así que pásame el casco…

Duncan se partió de risa, le pasó el casco y pensó que, después de todo, lo que estaba convencido que iba a ser un viaje de pesadilla estaba resultando de lo más divertido.

Luego, cuando los dos estuvieron listos, se subieron a la moto y antes de arrancar le confesó algo a Anne:

—¿Sabes que siempre suelo montar en moto solo? No soporto tener a nadie de paquete. Alguna vez he llevado a mis hermanos… Y poco más…

—¿Nunca subes a tus amigas las discretas? —inquirió Anne, con retintín.

—Ni a ellas ni a ninguna mujer. Incluida a Jade que odiaba las motos.

Anne que no entendía nada, le preguntó con una curiosidad que iba

en aumento:

—Entonces, ¿por qué no has pedido a Ralph que te envíe un coche?

—¿Te soy sincero? —preguntó Duncan, con una cara de diablo tremenda.

—Dispara —respondió Anne temiéndose lo peor.

—Quería que se te pusieran un poco de corbata.

—O sea que querías que pasara un rato de puñetera pena. ¡Genial, señor Macpherson! Lo que estoy escuchando no puede ser ni más maduro ni más virtuoso. Tu clan entero tiene que estar muy orgulloso de ti.

—Solo quería chincharte un poco.

—Te ha salido el tiro por la culata, porque soy motera desde que recuerdo. Y si algo me hace feliz, es tener un bicho de estos entre las piernas.

—Y tu vibrador también, ¿no? —comentó Duncan que estaba pasándolo como no recordaba.

Anne se puso seria, pues se negaba a reírle el chiste y le ordenó:

—Arranca de una vez, highlander, porque como sigas tocándome las narices, me bajo y voy a tu castillo haciendo autostop.

Duncan arrancó tras soltar una carcajada y Anne se agarró a las asas, se apoyó bien en los reposapiés, se acercó lo justo y necesario a él y se dedicó a disfrutar del viaje.

Porque eso fue lo que hizo durante el trayecto que resultó ser una auténtica pasada, y no solo por el paisaje verde de ensueño, sino porque Duncan era un piloto estupendo y montar con él era todo un lujo.

Además de que tenía una espalda tan ancha y tan fuerte que era imposible no sentirse segura y un poco excitada también.

Aunque a Anne le fastidiara muchísimo reconocerlo, ir pegada a la espalda de ese tío tan cañón, con el motor rugiendo entre sus piernas, la estaba excitando, para su más absoluto pasmo y cabreo.

Porque no estaba allí para sentir esas cosas en su sexo, ella iba de camino al castillo para trabajar y punto.

Y además Duncan Macpherson era el último tío con el que tendría algo.

Y lo tenía tan claro que no paró de repetírselo una y otra vez al tiempo que sentía el viento en la cara y tenía unas ganas cada vez más intensas de abrazarse fuerte a la espalda enorme del *highlander* y sentir su calor, su fuerza y su virilidad.

Buf. Estaba fatal, pensó Anne. Y tal vez todo se debía a que no tenía sexo desde que ni se acordaba.

Sí, tenía que ser por eso. La sequía sexual le estaba jugando esa mala pasada y debía ser la razón por la que estaba teniendo esas fantasías con el *highlander*.

Fantasías a las que no pensaba dar ninguna importancia, porque no la tenía.

Lo que ella no sabía era que Duncan estaba sintiendo algo muy parecido y le tenía completamente desconcertado.

Y todo era debido a que no entendía por qué en cuanto esa chica se había sentado detrás de él, le habían entrado unas ganas infinitas de que le rodeara la cintura con las manos y que le abrazara.

Y no de cualquier manera, quería que Anne, la raspa, le abrazara muy fuerte, que se pegara bien a él y poder sentirla en su espalda entera.

Pero lo peor no fue eso…

Lo peor vino cuando llegaron las curvas y ella empezó a rozarle las piernas con las rodillas delicadas, una y otra vez.

Menudo tormento. Y menuda estupidez, pensó Duncan. Porque en su puñetera vida se había erotizado con el roce de las piernas. Pero ahí estaba, duro como una roca, por culpa de ese roce que no podía ser más inocente, pero que le tenía cachondo perdido.

Y no podía ser. No lo entendía. La señorita Brown no era su tipo. Y era una borde de pelotas, pero a medida que fueron recorriendo kilómetros, cada vez le estaban entrando más ganas de parar, para hacerle el amor hasta que gritara su nombre y lo escucharan en toda Escocia.

Menos mal que en un par de días acabarían con ese asunto y ya no tendría que preocuparse por la extraña atracción que estaba sintiendo por Anne Brown, la única mujer que había conocido que no cesaba de repetirle que no quería tener nada con él.

Y lo que era más gracioso, el sentimiento era recíproco porque no quería ni imaginarse lo que debía ser tener todo el día pegado a esa mujer taladrándole la cabeza con sus asperezas.

Así que decidió no darle más importancia al tema de la atracción y se concentró más todavía en la conducción a través de los maravillosos paisajes de las Highlands…

Capítulo 8

Cuando Anne entró en el regio castillo de los Macpherson sintió un escalofrío y no fue precisamente por el frío.

Era finales de septiembre, la temperatura aún era agradable y el lugar estaba perfectamente acondicionado.

Si bien el castillo era tan impresionante que de repente le envolvió una extraña emoción y además se sintió muy pequeña ante esos muros tan gruesos, los techos infinitos, las alfombras lujosas, los cuadros que colgaban esplendorosos de las paredes, los candelabros de oro… Allá donde mirase era todo un despliegue de lujo y esplendor, y desde luego que no le extrañaba que reyes y aristócratas se hubieran alojado en el castillo alguna vez, porque estaba a la altura de todos ellos.

—¡Guau! —farfulló Anne con la vista puesta en una araña de cristales que era sencillamente espectacular.

Duncan se encogió de hombros y se justificó porque desde siempre había tenido una relación extraña con el castillo:

—Ya sé que al principio impacta bastante…

Anne le miró alucinada y replicó fascinada con lo que estaba viendo:

—¿Al principio? ¡Yo jamás podría acostumbrarme a tanta belleza! ¡Es como un castillo de cuento!

Duncan se revolvió el pelo y se puso a rememorar cosas de su infancia:

—Aquí veníamos los veranos, pero yo siempre he sido un culo inquieto y me escapaba al pueblo. Me gustaba socializar y estar con la gente, a la que ocultaba que era un Macpherson.

—¿Por qué? —preguntó Anne, curiosa.

—La primera vez que le dije a unos chicos que estaban jugando al fútbol que era uno de ellos, salieron corriendo.

—¿Qué clase de gente era tu clan para que el pueblo os tenga tanto temor?

—No se trata de temor, los Macpherson han sido desde siempre justos y generosos, se trata de respeto. Ellos lo muestran así.

—Huyendo de ti.

—No soy nada clasista. Creo que el mérito es el que debe regir todas

las esferas de la sociedad. Pero en estos lugares algunas personas aún se siguen rigiendo por principios antiguos y piensan que no deben mezclarse perros y gatos.

Anne entendía perfectamente lo que le estaba explicando Duncan, más que nada porque ella había padecido el clasismo en sus carnes en los tiempos en los que estaban en la pobreza más absoluta, así que replicó para distender un poco el ambiente:

—¿Y tú qué eres? ¿Perro o gato?

—Supongo que un gato que se escapaba del castillo y que hizo amistad con un chico que se llama Murray y que se convirtió en su mejor amigo.

—¿Murray sigue viviendo aquí?

—Lleva el pub que heredó de su padre, el típico pub escocés, luego iremos para que le conozcas. Es un sitio muy especial. Sirven el mejor whisky que podrás probar jamás.

—Yo es que no soy muy de whisky.

—Estás en Escocia, tendrás que probarlo. Aunque sea mójate los labios…

Anne abrió más aún los ojos al escuchar esas palabras inocentes, pues no había ninguna carga erótica en ellas, pero le provocaron tal corriente en su sexo que hasta se humedeció.

—Dios. O sea, vale…

Y Duncan al percatarse del nerviosismo repentino de Anne le explicó para que no pensara lo peor sobre él:

—A ver, que lo del whisky es solo una sugerencia. No pienses que soy déspota arrogante: soy un tío normal.

Anne echó un vistazo a su alrededor, sonrió y ya más calmada le aseguró:

—Esto muy normal no es.

—Por eso tuve tanta suerte al hacerme amigo de Murray. Nos conocimos jugando a las canicas y congeniamos al instante. Además, le conté la verdad, que siendo un Macpherson iba a tener muy difícil hacer amigos. Y él me dio la solución: a partir de ese momento, me convertí en su primo de Nueva York, que regresaba a Escocia todos los veranos.

Duncan puso una cara muy graciosa con la travesura y Anne no pudo evitarse echar a reír:

—¡No me digas más! ¡Ahí te diste cuenta de que lo tuyo era el teatro! Quiero decir, la interpretación, ja, ja, ja.

Duncan también soltó una carcajada y le confesó tras buscar algo en el cajón de una consola que debía tener siglos.

—Pues me temo que hacerme pasar por uno de los Sutherland fue el primer papel que interpreté con sobresaliente.

—¡Qué modestia la tuya! —replicó Anne, irónica.

—Fíjate si el papel funcionó que aún hoy se siguen creyendo que somos primos.

—¿Y cuando te veían con tu familia en el pueblo no se mosqueaban? ¿O los Macpherson no salían del castillo?

—Mi familia es muy sencilla. ¡Claro que salían al pueblo! Y yo lo que hice fue crear otro personaje.

Duncan, entonces, se puso unas gafas redondas de pasta negra que había sacado de la consola y Anne exclamó muerta de risa:

—¡Harry Potter!

—Cuando iba al pueblo con mi familia, me ponía estas gafas, me repeinaba el pelo hacia atrás con gomina, me colocaba unos jerséis de cuadros horribles, del mismo color del tartán de mi clan e interpretaba el papel del niño Macpherson.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y la gente no se daba cuenta de que era el mismo niño que se hacía pasar por el primo de Murray? —inquirió Anne que no salía de su asombro.

—¡Qué va! Pasaba al lado de ellos y ni se percataban de que era el mismo niño con el que el día antes habían estado jugando al fútbol. ¡Bordaba mi papel!

—Desde luego que tu vocación no pudo ser más temprana.

—¡Y lo que disfrutaba jugando a ser otro!

—¿Tu familia no se mosqueaba de ver las pintas que llevabas cuando ibas al pueblo? —preguntó Anne, que estaba muerta de risa de verle con esas gafas.

—A mí es que siempre me ha encantado disfrazarme. Me gustaba correr por el castillo disfrazado de pirata, así que no les extrañaba que

quisiera ir al pueblo disfrazado de niño repelente. En fin, que mi familia respetó mucho mi creatividad y que me perdiera en mis mundos de fantasía, hasta que dije que me lo quería tomar en serio: entonces, las cosas se torcieron. Mi padre quería que me dedicara a las Finanzas como ellos y yo decidí venirme a estudiar a Edimburgo. Aquí estudié Interpretación y con mi título regresé para Nueva York a buscarme la vida.

—¿Estudiaste aquí? —preguntó Anne que la verdad era que no tenía ni idea de la vida de Duncan.

—Me mudé a un piso de estudiantes con Murray. Fueron unos años estupendos.

—Al final Murray acabó convertido en un primo de verdad.

—Más que primos somos como hermanos. Ya le conocerás. ¿Y tú cómo te sientes? ¿El castillo te sigue imponiendo?

Duncan se quitó las gafas, las guardó otra vez en la consola y ella reconoció:

—Es mucho más de lo que esperaba. Este lugar es tan apabullante que te hace sentir chiquitita.

—Nos pasa a todos. Pero tranquila que somos gente maja que aún no nos hemos comido a nadie…

Y luego Duncan se mordió los labios de un modo tan *sexy* que Anne tuvo el absurdo pensamiento de que no le importaría que ese *highlander* se la comiera a ella, enterita.

Si bien, en su lugar, lo que dijo fue, retirándose un mechón de pelo que le caía por el rostro:

—Y yo tampoco voy a permitir que un Macpherson me coma…

Capítulo 9

Algo en el inconsciente de Duncan hizo que se tomara las palabras de Anne como una provocación, pues le entraron unas ganas tremendas de agarrarla por el cuello, darle un beso como no le había dado nadie en su vida y que así no volviera a decir jamás que no iba a permitir que un Macpherson la comiera.

Pero al momento se percató de que ese pensamiento era tan arrogante y tan primitivo que lo apartó de la cabeza y le pidió a Anne:

—Subamos al primer piso, donde están los dormitorios.

Anne siguió a Duncan a través de una escalera de madera de nogal que crujía con cada pisada y cuya pared derecha estaba cubierta de retratos de distintas personas de épocas pasadas:

—Supongo que estos son tus parientes —comentó Anne al tiempo que subía las escaleras con la mochila al hombro, donde había metido ropa para un par de días.

—Así es y en todos aparece siempre el águila, que es la insignia de nuestro clan. Nos gusta volar lejos y muy alto. Y nuestro lema aparece siempre aquí debajo…

Duncan se paró delante de un cuadro y le mostró una inscripción que aparecía en la parte de abajo y que Anne leyó:

—Valor y voluntad.

Duncan asintió y le confesó algo que poca gente conocía:

—Todos los Macpherson llevamos tatuado el lema en nuestra piel, para que no olvidemos nunca de dónde venimos y qué principios deben guiar siempre nuestros pasos.

—¿Y no dicen que los actores no deben tatuarse para poder meterse con más facilidad en la piel de cualquier personaje?

—Ahora se pueden borrar los tatuajes con programas informáticos. Pero yo tomé la precaución de grabarme el lema en un lugar donde no se ve. O, mejor dicho, un lugar que solo han podido ver algunas afortunadas…

Anne resopló porque Duncan le pareció un creído para variar y le pidió tras chasquear la lengua:

—Sigamos subiendo la escalera, por favor.

Y Duncan al ver la cara que había puesto Anne se apresuró a

explicarle:

—Lo de las afortunadas no lo he dicho porque hayan tenido la suerte de follar conmigo, sino por conocer el lema de los Macpherson que es de lo más inspirador y motivador. Un lema así, da te una fuerza increíble cuando todo flaquea.

—Valor y voluntad. No está mal —murmuró Anne.

A lo que Duncan replicó enojado puesto que se estaba metiendo con lo más sagrado que tenía:

—¿Cómo que no está mal? ¡Es una jodida ley! Con valor y voluntad se consigue todo. ¿O acaso tú no has salido a flote a costa de agallas y de tesón?

—No me han faltado nunca agallas y tesón, pero si estoy aquí hoy es sobre todo por el amor tan grande que tengo a mi madre. Por ella me hice fuerte, por ella trabajé muy duro y por ella soy lo que soy. El amor es mi motor.

—Para los Macpherson la familia también es lo más importante. Y a pesar del desencuentro que tuve con ellos por querer perseguir mis sueños, al final recapacitaron y entendieron que debía seguir mi propio camino. Y ahora no se pierden ninguno de mis estrenos, están siempre y sé que se sienten muy orgullosos de mí.

Duncan siguió subiendo las escaleras y Anne no pudo evitar fijarse en el culo redondo y apretado y después en la espalda fuerte y ancha y tuvo que tragar saliva porque lo de ese tío era impresionante.

—¡Madre mía! —soltó Anne, que no pudo evitar hablar en voz alta.

Duncan se giró para decirle, convencido de que había metido la pata otra vez:

—Y no te cuento esto porque sea un maldito cretino arrogante. Es para que sepas que hemos limado asperezas entre mi familia y yo y que ahora va todo como la seda.

—Me temo que no sabes leer la mente porque no estaba pensando en nada de eso —replicó Anne, un tanto borde.

—¿Y en qué estabas pensando para decir lo que has dicho?

Anne ni loca iba a confesar que en su pedazo de culo, así que respondió con lo primero que se le ocurrió:

—Estaba maravillada con la cantidad de cuadros que cuelgan de las

paredes. ¡Esto parece un museo!

—Y si estuviera aquí el abuelo, te contaría la historia de todos y cada uno de estos tíos. ¡Todas historias increíbles!

Duncan siguió subiendo las escaleras, hasta que llegaron arriba y luego la condujo por un largo y ancho pasillo por el que también crujía bastante la madera.

—¡Esto cruje como si fuera un barco! —exclamó Anne, asombrada.

—Ya verás por la noche, desde la cama se escuchan los crujidos de la madera y parece como si hubiera gente paseando por los pasillos.

Anne puso una cara divertida, porque con ella esos trucos no iban a servirle:

—No tengo miedo a nada. Así que tranquilo que no voy a salir disparada a tu cama buscando protección.

—En el castillo hay un fantasma. O eso dicen. Yo jamás lo he visto.

—Si le veo, le saludaré y seguiré a lo mío —dijo Anne, justo cuando estaban frente a una preciosa puerta de madera rústica que Duncan abrió.

—Tienes valor, señorita Brown. ¿No tendrás por ahí algún antepasado Macpherson?

—Yo soy la primera de los míos que pisa estas tierras. Así que gracias a Dios no nos une nada.

Duncan apretó los dientes y le invitó a que pasara a la habitación con un gesto de la mano:

—Este es tu dormitorio. Es la habitación del príncipe. La llamamos así porque en ella se alojó el hijo del rey.

Anne entró en la habitación y lo primero en que se fijó fue en que tenía una terraza enorme con vistas al prado y al mar.

—¡Qué pasada! —exclamó tras soltar la mochila y dejarla encima de la cama con dosel y pegarse al cristal para contemplar las vistas.

—Desde aquí pueden verse focas y delfines y es una belleza el contraste del verde del prado con el azul furioso del mar.

Anne asintió y Duncan se colocó justo detrás de ella para admirar también ese paisaje tan precioso:

—He leído tantas novelas románticas de *highlanders* que parece que estoy metida de lleno en una de ellas.

Duncan no pudo evitar acercarse más a Anne, que olía de maravilla, a flores frescas y replicó:

—A lo mejor estás protagonizando una historia de esas y aún no lo sabes.

Anne soltó una carcajada, se giró y Duncan estaba tan pegado a ella que chocó con su pecho firme y fornido y habló rotunda:

—Sé que estoy aquí para trabajar. Y no hay más.

Duncan se apartó de ella, que salió disparada en dirección a la cama y él aclaró:

—A lo mejor podrías encontrar el amor con alguien del pueblo…

Anne sacó la cámara de fotos de la mochila y regresó al ventanal para retratar esa maravilla:

—Estoy trabajando, Duncan. El amor no entra en mis planes. Y esta luz de la tarde es preciosa y tengo que aprovecharla para sacar muchas fotos.

—Me parece perfecto. Estás en tu casa. Haz las fotos de lo que quieras. ¿Tu habitación te parece bien? ¿O te cambias a otra?

Anne echó un vistazo rápido a la habitación que era el lugar más lujoso y exclusivo en el que había estado en su vida, con mobiliario que debía valer un riñón, alfombras exquisitas, chimenea enorme y demás, y solo pudo replicar:

—Ni en el más exclusivo hotel del mundo estaría mejor. Este lugar es un sueño para cualquiera. Y tengo que hacer muchas fotos para encontrar lo antes posible a alguien que se enamore perdidamente del castillo Macpherson.

—Esta es la misma cama en la que durmió el príncipe. Es muy confortable. Y si las almohadas no son de tu gusto, me lo dices y te paso otras.

Anne echó un vistazo a la cama con dosel gigante y, para su sorpresa, Duncan se sentó en un lateral, empezó a saltar un poco y aquello crujió de un modo de lo más escandaloso:

—¡Qué ruido, por favor! —exclamó Anne, sobresaltada.

—Es una de las camas menos discretas de la casa. Como folles aquí, se entera media Escocia. Al príncipe se la ofrecieron porque aún estaba soltero…

Anne se echó a reír y a continuación le dijo para que se quedara tranquilo:

—Es la cama perfecta para mí.

Duncan se levantó, se plantó frente a ella y, de repente, se le pasó por la mente la imagen de ellos dos juntos en esa cama, sudando, buscándose las bocas, con las lenguas enredadas y los cuerpos perfectamente encajados y se puso tan nervioso que decidió que lo mejor era marcharse de allí.

Así que se dirigió a la puerta y, desde el umbral, le dijo:

—Genial. ¿Te parece bien que sirvan la cena a las nueve?

Anne dijo que sí y Duncan se marchó dejando la habitación impregnada de su aroma a madera y a cítrico.

Luego, ella se sentó en la cama y se dejó caer hacia atrás, fascinada de estar en la misma estancia que había frecuentado un príncipe de verdad.

Y cerró los ojos, feliz de estar allí, pero para su más absoluto pasmo, lo que le sucedió es que de improviso le dio por imaginarse lo que debía ser tener al *highlander* encima de ella, con el falo bien duro clavado en la humedad palpitante y sintió tal latigazo en su sexo que creyó que se corría.

Así que nerviosa y excitada, se incorporó y pensó que había leído demasiadas novelas románticas de *highlanders* y que por eso se le iba así la pinza.

Y no le dio más importancia, agarró de nuevo la cámara y se entregó a fondo a su trabajo…

Capítulo 10

A las nueve en punto de la noche, Anne apareció en el comedor principal donde Duncan le estaba esperando vestido con un jersey azul de cachemira y unos pantalones vaqueros que le sentaban como a nadie.

Ella se había puesto para la ocasión un vestido negro, entallado y sencillo, de corte a la rodilla, y se había recogido el pelo en un moño alto que dejaba a la vista su blanco y largo cuello.

—¡Qué elegante! —exclamó Duncan en cuanto la vio aparecer.

—Este vestido tiene mil años. Lo compré en un *outlet* y lo llevo siempre a mis viajes porque es el clásico vestido negro que no se pasa de moda y además el tejido no se arruga.

Duncan, que no estaba acostumbrado a que las mujeres le hicieran esa clase de confidencias, replicó:

—Eres tan especial, Anne Brown.

—Déjame adivinar: soy la primera chica que va a cenar contigo con un vestido que costó siete dólares.

—¿Siete dólares? ¡Buena pesca! —reconoció Duncan, mirando el vestido de arriba abajo.

Mejor dicho, mirando el vestido y sobre todo fascinado con la bonita figura que tenía Anne.

Porque a pesar de que no tenía nada que ver con las mujeres con las que él solía relacionarse, tenía un cuerpo bien proporcionado y con todo muy bien puesto.

—Imagino que las mujeres con las que tú sueles ir a cenar llevarán vestidos de tres mil dólares para arriba.

Duncan no pudo evitar que los ojos se le fueran a los pechos altos y redondos de Anne y de pezones tan duros que, a pesar del sujetador, se marcaban a través de la tela. Y replicó sintiendo que la sangre se le iba a la entrepierna:

—Lo que menos me importa de una mujer es su vestido.

—¡Lo que te interesa es quitárselo! —exclamó Anne divertida.

Duncan, aun a riesgo de quedar como un presuntuoso fanfarrón, le dijo la verdad:

—La mayoría de las veces se lo quitan ellas solas. No tengo que

hacer ni el esfuerzo de bajarles la cremallera.

—¿Cómo? ¿Están contigo y de repente se quedan en bolas?

—La verdad es que no suelo llegar nunca al segundo plato, normalmente en las citas me piden que nos vayamos a algún lugar apartado. Ya sabes, reservados, cuartos de baño… y me piden que las folle de pie o que les empotre contra cualquier pared.

Anne se quedó boquiabierta y, con un calor súbito que le entró por el cuerpo, replicó:

—¡Qué prisas llevan!

—Demasiadas. Y yo estoy harto de todo eso…

—Descuida que conmigo vas a tener una cena de lo más aburrida y sosa. ¡No pienso quitarme el vestido hasta que esté en mi habitación, me pondré después el pijama de franela y me meteré sola en la cama del príncipe!

Duncan esbozó una sonrisa que ella encontró de lo más *sexy* y arrebatadora y replicó:

—Contigo nada es soso ni aburrido.

Luego, apartó una de las sillas de madera maciza de uno de los extremos de la mesa larga y rústica y con un ademán de la cabeza le pidió que se sentara:

—¡Qué galante! —exclamó ella, que se dirigió hacia la silla y se sentó.

—Mi abuelo me enseñó a hacer estas cosas que ya están muy pasadas de moda. Perdóname…

Duncan se fue hasta la otra punta de la mesa y se sentó frente a ella que estaba admirada con la cantidad de cosas ricas que había en la mesa:

—¿Todo esto es para nosotros?

—Como no sabíamos tus gustos, le he pedido a Ralph que traiga un poco de todo.

Anne se fijó en que había platos de ensalada, de verdura, de pizza, de pescado, de carne, de pavo…

—¡Aquí hay comida para una semana! Y tiene toda una pinta estupenda.

—Come lo que te apetezca. No te preocupes que aquí no se tira

nada.

—Me quitas un peso de encima porque me duele muchísimo tirar comida sabiendo que hay gente que pasa hambre.

Duncan la miró y no se atrevió a hacerle la pregunta, tan solo se limitó a mascullar:

—Entiendo.

No obstante, Anne decidió confesarle algo que no solía contar a nadie. Y no porque se avergonzara, sino porque era muy celosa de sus cosas:

—Después de que mi padre nos dejara sin nada, mi madre y yo estuvimos durante un tiempo comiendo gracias a la comida que cogíamos a última hora de los contenedores de los supermercados. Ya sabes, comida caducada y demás…

Y tras decir esto, Anne estiró el brazo para coger un pedazo de pizza barbacoa.

—Sé lo que es, porque más de una vez me tocó ir a esos contenedores durante mi etapa universitaria —confesó Duncan, tras coger otro pedazo de pizza.

—¿Tu pizza favorita es la de barbacoa? —preguntó Anne al tiempo que saboreaba esa delicia.

—¿También es la tuya? —replicó pegándole un buen bocado a la pizza.

Anne asintió, los dos se echaron a reír por la coincidencia, y después decidieron probar la ensalada que estaba también exquisita.

—¿Ralph es cocinero? —quiso saber Anne, pues estaba todo tan bueno que quería felicitarlo.

—La comida la ha preparado Fanny que es nuestra cocinera. En el castillo trabajan una docena de personas que están siempre supervisadas por Ralph, que es el responsable de que todo funcione a las mil maravillas.

Anne se fijó en el comedor que lucía impecable, con una araña colgada del techo espectacular, cuadros de época y esculturas que debían tener un valor incalculable y replicó:

—Está todo en un estado de conservación estupendo.

—Las obras de arte hemos decidido que las donaremos al pueblo

para que se exhiban en un museo que pensamos crear.

—¿Un museo dedicado al clan de los Macpherson?

—Al clan y a la historia de este lugar al que vamos a estar siempre muy vinculados.

Anne probó un poco del vino con el que Duncan había llenado su copa y confesó:

—He estado haciendo fotos hasta hace un rato y estoy impresionada con el castillo, con las vistas, con los prados, con los acantilados… ¡Es todo tan hermoso que podría quedarme a vivir aquí para siempre!

Duncan asintió porque durante mucho tiempo él pensó igual que Anne:

—Amo tanto esta tierra que desde que era un mocoso soñaba con vivir aquí para siempre. No imaginas los pollos que montaba cuando acababa el verano y tocaba regresar a Nueva York. Mi padre tenía que meterme en el coche arrastrándome. Incluso un año me até a uno de los árboles del jardín para que no me llevaran.

—Te comprendo. Es un sitio muy especial. Es regio y esplendoroso, pero al mismo tiempo tiene algo mágico y encantador que te hace sentir muy bien.

—¿Ya no te sientes pequeña? —inquirió Duncan, tras probar la carne que estaba igualmente riquísima.

—Obviamente el castillo impone, pero siento también su energía y su fuerza y no me siento pequeña. Me siento con ganas…

Duncan, con la mirada brillante, asintió porque sabía perfectamente de lo que estaba hablando:

—Es el espíritu de los Macpherson, es una vibración, una energía, que solo logran captar las personas con una sensibilidad especial. Curiosamente, las personas con un espíritu afín al de nuestro clan. Y tú, sin duda, eres muy Macpherson.

Anne se echó a reír y siguió disfrutando de la cena que estaba exquisita. Y ya cuando acabaron, ella le recordó para que lo tuviera en cuenta y con la intención de levantarse y retirarse a su habitación:

—Mañana a las nueve en punto viene el tasador.

—Perfecto. Y ahora, ¿te parece si nos vamos al pub de Murray a tomar una copa? —le propuso Duncan, tras limpiarse la boca con la

servilleta.

—Tengo correos pendientes del trabajo aún sin responder y quiero empezar a trabajar con las fotos y videos que he hecho esta tarde.

—¿Vas a trabajar a estas horas? Descansa un poco, ¡vente al pub a despejarte!

Anne negó otra vez con la cabeza, se levantó y volvió a insistir en lo mismo:

—He venido a trabajar y eso es lo que voy a hacer. Vete tú a divertirte…

—Voy a ver a Murray. Hace un montón que no nos vemos y me apetece muchísimo compartir un rato con él.

Duncan se levantó también, se acercó a ella que le miró y luego dijo:

—Nos vemos entonces mañana a las nueve para reunirnos con el tasador.

—Antes podemos desayunar juntos. ¿A las ocho te parece bien? Fanny prepara unas tortitas con sirope de arce que son irresistibles.

—No hace falta que me prepare nada. Yo misma puedo hacerme un café y unas tostadas con el pan que ha sobrado de la cena.

—Pero es que a Fanny le encanta hacer su trabajo. Así que te espero a las ocho en el comedor.

—Está bien —dijo Anne porque después de todo lo más práctico era desayunar en el castillo para perder el menor tiempo posible.

Y luego se puso a recoger las cosas de la mesa, para asombro de Duncan que le pidió:

—¡No hace falta que recojas nada! Hay una persona encargada de hacerlo.

A pesar de lo que le dijo, Anne se puso a recoger los restos de la cena en tanto que decía:

—No me cuesta nada recogerlo y así esta persona podrá retirarse antes.

—Te repito que es su trabajo y que Dylan está encantado de hacer su tarea.

Anne cargada hasta arriba con los restos de la cena y los platos sucios, miró a Duncan y habló:

—Soy así. Me siento mejor si hago esto.

Y se marchó hacia las cocinas mientras Duncan pensaba que la señorita Brown era tan diferente a todas que esos días de estancia en Escocia se le iban a hacer muy cortos.

Demasiado cortos…

Capítulo 11

Cuando Duncan entró en el pub de su amigo Murray, se sintió como en casa, sonrió y se fue directo a la barra a abrazarse a su amigo que estaba feliz de tenerle de vuelta en Escocia.

Después, acabó de atender a unos clientes y tras dejar la barra en manos de Andy, su ayudante, se fue a sentarse con Duncan en una de las mesas que estaban junto a la ventana a ponerse al día de sus vidas, con un buen vaso de whisky escocés en la mano.

Y allí, en ese pub de escocés, de mobiliario de madera con solera, con bancos corridos, barriles de cerveza y paredes repletas de fotos de clientes que llevaban frecuentando el lugar desde que ni se sabía, porque el pub de Murray había pertenecido a su abuelo y su abuelo lo heredó del suyo, los dos amigos estuvieron charlando.

Y hubo algo en todo lo que le contó Duncan que a Murray no le encajó, dado lo mucho que conocía a su amigo, que era más bien un hermano.

—Entonces, ¿esa chica que dices que no soportas la tienes alojada en tu castillo?

—¿Dónde quieres que pase la noche? —preguntó Duncan, frunciendo el ceño y extrañado por la pregunta.

—Podía haberse quedado en el hostal de Wendy, pero tú has decidido llevarla a tu castillo.

Duncan tomó un trago de whisky, que paladeó gustoso, porque su amigo servía el mejor del mundo y le aclaró:

—Es una adicta al trabajo y está obsesionada con no perder ni un segundo de su valioso tiempo. Alojándola en mi castillo, le ahorro los trayectos al pueblo y le facilito su trabajo. No hay más.

—¿Es atractiva? —inquirió Murray que entornó la mirada.

—No tiene nada que ver con las tías que suelen gustarme. Ya sabes. Mujeres explosivas, de cabelleras abundantes, tetas enormes y piernas infinitas. Ella es una chica normal.

—¿Y por qué lo dices en ese tono? —preguntó Murray agitando su vaso de whisky al aire.

—¿Qué tono?

—Como si te diera rabia de que, a pesar de que no la soportes, esa

chica te atraiga.

Duncan se revolvió en la silla y replicó negando con la cabeza:

—No te he dicho en ningún momento que me atraiga. Solo que es una estirada y una arisca.

—Y también me has contado que no se parece a ninguna, que has alucinado cuando te ha contado su historia, que la admiras por su capacidad de lucha, su fortaleza, su esfuerzo y su sacrificio y que te ha terminado de rematar cuando, en su sencillez y normalidad tras la cena, se ha levantado a recoger los platos.

Duncan se pasó la mano por la cara y reconoció ante su amigo:

—Ella sabe lo que es comer comida caducada recogida de un contenedor de un supermercado. Y se dedica a vender casas porque conoce mejor que nadie lo importante que es tener un techo y un hogar. Es una chica que se ha ganado a pulso lo que tiene y que sabe valorar las cosas. Disfruta de todo, hasta de un pedazo de pizza. Tenías que haber visto el gusto con el que se lo comía.

—Las mujeres que conoces ahora solo ponen esa cara cuando las llevas a comer caviar —replicó Murray, risueño.

—Y tras comérselo, me agarran por las solapas de la chaqueta y me piden que las folle duro en los reservados. Pero Anne lo que hace es pasar de mí y encerrarse a trabajar duro en su habitación.

Murray clavó la mirada a su amigo y confirmó lo que estaba pasando:

—Y eso es un reto para ti.

Duncan arqueó una ceja porque no tenía ni idea a lo que se estaba refiriendo:

—¿De qué reto hablas? Te estoy diciendo que no la soporto y que el sentimiento es mutuo. Nos lo hemos dejado además bien clarito.

—No suelo fiarme de las palabras, ya sabes que se las lleva el viento. Yo me fijo en los hechos. Y los hechos me dicen que, durante el trayecto en moto al castillo, ibas con la polla a punto de reventar los pantalones.

Duncan se arrepintió en ese instante de haberle contado a su amigo lo que le había pasado y replicó:

—¡Eso no tiene nada que ver! Mi cuerpo ha reaccionado así, pero no

tiene importancia. Lo importante es que no la trago…

—No la tragas, pero no puedes evitar admirarla.

—Es que tiene una historia de vida que es como para admirarla. Su madre y ella se quedaron sin nada, viviendo en una caravana que se caía a pedazos y han logrado salir de ahí con esfuerzo y con tesón. Joder, parece una Macpherson, con valor y voluntad, ha logrado pagarse los estudios universitarios con una beca, conseguir un buen puesto de trabajo y comprarle una casa a la madre en Rochester.

—Desde luego que no tiene nada que ver con Jade —murmuró Murray tras servirse otro poco más de whisky.

—¿No te enseñaron que las comparaciones son odiosas? —inquirió Duncan, con rabia.

—Lo siento, pero es inevitable.

—Jade nació en una familia acomodada y creció rodeada de privilegios y caprichos. Le dieron todo y la verdad es que no valoraba nada.

—Leí hace poco que el director de su última película la despidió porque estaba harto de sus caprichos de estrella y de que llegara siempre tarde a los rodajes y con el guion sin aprender.

—¡Menuda novedad! —exclamó Duncan apurando su whisky—. Cuando estaba conmigo cumplía con sus responsabilidades y obligaciones porque la llevaba a los rodajes y me quedaba hasta las tantas ayudándole a preparar los papeles. Estaba siempre pendiente de ella y hablando con unos y con otros para justificar sus caprichos de niña consentida. Si no la mandaron por aquel entonces a freír espárragos, fue porque yo medié para que no lo hicieran. Pero me temo que Walter no está tan encima de la carrera de Jade como yo. Y este no será el primer rodaje del que la echen. Jade es muy poco profesional y trata fatal a la gente, cree que todos están ahí para satisfacer hasta el más mínimo de sus caprichos. Y cuando no consigue lo que quiere, monta en cólera y es jodidamente insoportable.

—Aún recuerdo cuando te tuvieron que dar unos puntos de sutura en la pierna porque te tiró un plato en un restaurante. Y todo por contradecirla y asegurar que el bistec que te habían puesto estaba tierno.

—Ella es así. No tiene tolerancia a la frustración. No sabe manejar la ira. Es egocéntrica, caprichosa, altanera… Mejor no seguir hablando…

—Siempre te dije que Walter te hizo un favor quitándotela de encima. Porque tú, con tus valores tan tradicionales, jamás habrías roto con ella —opinó Murray que le conocía muy bien.

—Teníamos un compromiso. Y si doy mi palabra, la cumplo. Aunque reconozco que me equivoqué desde el principio, porque cometí el error de creer que lograría que cambiara.

—La gente no cambia. Y menos ella. Una tía crecida entre algodones, acostumbrada a que siempre se haga su santa voluntad.

—Pues fíjate si soy pagado de mí mismo que yo creí que con mi amor lograría cambiar, que maduraría, que se haría responsable de su vida y que templaría su carácter.

—Y el pago a tu amor y confianza en ella fue ponerte los cuernos con Walter —le recordó Murray, aunque le doliera.

Duncan puso la vista en la ventana, bufó y decidió cambiar de tema porque ya no tenía sentido hablar de aquello:

—Ya ni me duele. Y la que ha salido perdiendo es ella que va a malograr su carrera y su vida entera. Yo lo intenté, pero ya no puedo hacer más.

—Sí que puedes. Ahora lo que tienes que hacer es enamorarte otra vez. Y esa chica te gusta…

Duncan miró a su amigo, atónito, porque no se estaba enterando de nada:

—No sé cómo tengo decirte que Anne y yo somos como el perro y el gato.

—Y tú sabes que trabajar detrás de una barra te da el superpoder de ver más allá y veo que lo tuyo con esa chica puede salir jodidamente bien.

—¿Jodidamente bien? Jo, jo, jo, jo. No va a pasar nada entre nosotros. Mañana vendrá el tasador, ella terminará con su trabajo y el sábado volveremos a Nueva York. Y ya cuando nos encuentre comprador, quedaremos para la firma y listo. Esto es todo lo que va a pasar con Anne Brown.

Murray negó con la cabeza y se sinceró con su amigo al que quería como un hermano:

—Esa chica es especial y tú mismo lo has dicho: parece una Macpherson. Te gusta que sea una tía luchadora, que sepa lo que cuesta tener un techo sobre la cabeza y que no se le caigan las bragas ante su sola presencia.

Duncan decidió no seguir con el tema, pues tenía bien claro lo que iba a pasar y replicó:

—Mejor hablemos de Mandy, tu pelirroja.

Mandy era la esposa de Murray, se conocieron en la universidad y llevaban juntos desde entonces.

—Ella también fue un reto para mí. ¿Te acuerdas? No nos soportábamos tampoco, yo le parecía un tosco y un rudo y a mí ella me parecía una cursi y una tiquismiquis. Pero cada vez que nos mirábamos ardíamos por dentro, había tal pasión que cuando nos quedamos atrapados en aquel maldito ascensor, nos besamos como salvajes y desde entonces estamos juntos.

Duncan sonrió y celebró que su amigo y Mandy fueran tan afortunados:

—Me acuerdo que cuando llegaste a casa y me contaste que te habías enrollado con ella, me partí de risa. Porque estaba cantado que ibais a acabar juntos, a pesar de que tú dijeras que era una insufrible.

—Lo mismo que me pasa a mí ahora… —replicó Murray, con un gesto muy simpático.

—No es lo mismo. No compares, por favor. ¡Yo no tengo nada que hacer con Anne Brown! ¡Pero nada de nada!

Capítulo 12

Anne se quedó trabajando en el castillo, despachando correos, revisando las fotos y los videos y se percató de que le faltaban unas instantáneas del castillo de noche, que estaba iluminado de una forma también majestuosa.

Y como eran casi las dos de la mañana y pensó que Duncan seguiría de farra y el personal de la casa estaría descansando, se fue tal y como estaba en pijama de franela a hacer las fotos a la fachada del castillo.

Y así estuvo tirando fotos, hasta que ya no pudo más del frío que hacía y de la humedad, y muriéndose de ganas de hacer pis, volvió al castillo y corrió hasta la primera planta, donde se metió en el primer baño que encontró a la derecha del pasillo.

Después, se lavó las manos y creyó salir por la misma puerta por la que había entrado, pero lo que apareció ante sus ojos fue un pasillo más estrecho y más oscuro que despertó su curiosidad.

Y encendió la luz de la linterna del teléfono móvil y se adentró por él hasta llegar a otra puerta que imaginó que estaría cerrada.

Pero se equivocó. Y cuál no fue su sorpresa que la puerta se abrió y se encontró con Duncan desnudo que estaba a punto de meterse en la cama…

—¡Dios mío! ¿Qué haces en pelotas? —preguntó Anne que estaba con el corazón que se le iba a salir del pecho del susto que se había pegado.

Duncan arqueó una ceja y le preguntó a ella porque el ofendido tenía que ser él…

—Perdona. ¿Qué haces tú en mi dormitorio?

Anne echó un vistazo a la habitación y estaba repleta de fotos de películas de Duncan, vamos que no había duda de que era su habitación.

—No era mi intención entrar en tu habitación —se justificó Anne un tanto nerviosa con la situación.

Y también alucinada con el impresionante cuerpazo que tenía Duncan, el mejor que había visto Anne en toda su vida.

Duncan se echó a reír y replicó divertido con la situación:

—¿Vas a fingir que eres sonámbula?

—¿Qué? —replicó Anne, pestañeando muy deprisa.

—Que no eres la primera que se hace pasar por sonámbula para acabar metida en mi cama.

Anne indignada con la acusación de Duncan, frunció el ceño y exclamó cabreada:

—¡Tío, eres lo peor! ¿Cómo puedes ser tan creído? Pues que sepas que no todo el universo se muere por follar contigo. ¡Yo no, desde luego!

Duncan se cruzó de brazos, se acercó más a ella y dijo en un tono de lo más mordaz:

—Ya veo. Por eso te acabas de colar en mi habitación justo cuando acabo de quitarme la ropa.

—¿Y yo cómo iba a saber que en este instante te estabas despelotando? ¡No seas paranoico! Ni que te hubiera puesto cámaras… Lo que ha sucedido es que me he levantado a hacer unas fotos nocturnas de la fachada del castillo, que está iluminado con mucho gusto y que es digno de retratar y luego me he metido en un cuarto de baño.

Duncan con una sonrisa de diablo tremenda, replicó para sacar más de sus casillas a Anne:

—¿De verdad piensas que me voy a creer que te has puesto a hacer fotos a estas horas de la madrugada?

Anne le mostró la cámara que tenía colgada del hombro y, molesta porque desconfiara de sus palabras, le advirtió:

—Yo nunca miento, Duncan Macpherson. Te estoy contando lo que ha sucedido. He entrado en un cuarto de baño y he salido por una puerta distinta a la que había entrado…

—Una puerta que da a un pasillo más estrecho y más oscuro. ¡Era obvio que no era la misma puerta por la que has entrado! —exclamó Duncan, que tampoco le gustaba que le tomaran el pelo.

—Era obvio, pero me ha entrado curiosidad por ver con qué comunicaba y he llegado hasta la puerta que supuse que estaría cerrada.

—Cierro la puerta cuando hay invitados en casa, pero jamás cuando estoy solo.

—¿Y yo qué soy? ¿Acaso no soy tu invitada?

—Sí, pero no paras de repetirme que me detestas y que jamás tendrías nada conmigo. ¿Cómo iba a imaginarme que en realidad deseas que te haga el amor como nunca te lo han hecho y que por eso has cruzado el pasillo estrecho y oscuro y has abierto esa puerta?

Anne se echó a reír, porque solo se pudo tomar de esa forma las palabras del *highlander*:

—¿En serio crees que me habría adentrado por el estrecho pasillo si llego a saber que conducía a tu dormitorio?

—¿Adónde crees que conducía?

—¡A cualquier sitio menos a tu cama! ¿Consideras que esta situación es cómoda para mí?

Duncan se quedó mirándola, con el pijama de franela, la cara lavada y un cabreo considerable y pensó que estaba preciosa:

—¡No tengo ni idea! —respondió Duncan, que en la vida se había visto en una situación similar.

—Por favor, Duncan. ¡Esto es muy desagradable! Solo quería ir a al baño y regresar a mi habitación…

—Si hubieras querido ir a la habitación, no habrías atravesado el pasillo oscuro y estrecho. Tú estabas buscando algo más…

—Como profesional. Quiero decir que como me dijiste que el castillo está lleno de puertas secretas, pensé que esta conduciría a alguna habitación que tendría alguna peculiaridad.

—¿Una peculiaridad como un *highlander* desnudo? —repuso Duncan, envarándose más todavía.

A Anne le dio tanta rabia que replicara semejante cosa que le dijo clavándole la mirada, porque no quería mirar para otro sitio:

—Te crees irresistible, pero a mí me provocas la más absoluta indiferencia.

Duncan sonrió, recortó la distancia que los separaba, se situó frente a ella y afirmó:

—Te entiendo, porque me pasa lo mismo.

Anne aspiró el aroma varonil de Duncan, sintió el poderío de su campo magnético del que era imposible no sentirse atraída, tragó saliva y habló:

—Entonces, espero que te haya quedado claro que estoy aquí por casualidad. Ni lo buscaba, ni pienso buscarlo jamás…

Duncan se mordió el labio inferior de un modo tan *sexy* que Anne sintió un latigazo en su sexo y luego le susurró al oído, tan cerca que sintió el roce de la punta de la nariz en la oreja:

—Yo tampoco me meteré en tu cama, a no ser que tú me lo pidas.

Anne se quedó rígida, él fijó la vista en los labios carnosos y ella atinó a decir:

—¿A qué estás jugando, Duncan?

Duncan que estaba como hechizado con los labios turgentes de Anne, y no podía dejar de pensar en qué sabor tendrían, en cuál sería su textura, en cómo sería penetrar esa boca con la avidez de su lengua, se puso tan nervioso que se revolvió el pelo con la mano, se encogió de hombros y le recordó:

—Te estoy diciendo la verdad. No te soporto. Me parece que eres una estirada y una borde, pero si me pidieras que…

Antes de que siguiera por ahí, Anne le paró en seco y le informó de algo:

—En la vida he pedido a nadie que se acueste conmigo. Yo me enamoro y lo demás surge…

—Eres de las que solo tiene sexo con amor —dijo Duncan clavándole la mirada de un verde que se oscureció más aún.

—Y yo jamás podría enamorarme de ti. No soporto el ego que tienes, piensas que todas estamos locas por ti y que nos morimos por follar contigo y disfrutar de tus privilegios de millonario. Pero conmigo te equivocas. No me muero por hacerlo contigo y todo lo material que tienes me importa un bledo. Soy muy feliz sin jet privado, sin castillo, sin apartamento en la Quinta Avenida y sin cenar caviar por las noches.

—No ceno caviar jamás.

—Es un decir… Vamos, lo que quiero que se te quede bien grabado es que paso de ti. No sé si lo pillas…

Duncan que estaba poniéndose duro de la sola contemplación de la boca jugosa de esa chica que pasaba de él, decidió que lo mejor era darse la vuelta y meterse en la cama.

Y al hacerlo, dejó a la vista el culo perfecto, la espalda enorme y musculada, las piernas fuertes y el pene más duro y grande que Anne había visto en su vida.

Y ella sintió tal excitación, que notó cómo los pezones se le pusieron duros de repente y que sus braguitas se mojaron de un modo de lo más escandaloso.

—No soy tan imbécil como te piensas. Lo he pillado muy bien. Y ahora, ¿serías tan amable de apagar la luz antes de salir? —le pidió Duncan tapando la tienda de campaña con ambas manos.

Anne, que estaba ansiosa perdida de lo excitada que se había puesto, preguntó:

—¿Y ahora qué hago?

Duncan sonrió como un diablo y respondió con toda la ironía del mundo:

—Menos meterte en mi cama, lo que quieras.

—¡Estás como una regadera! ¡Ahora no quieres que me meta en tu cama, pero hace un instante estabas dispuesto a meterte en la mía, si te lo pidiera! —le soltó Anne que se estaba desquiciando por momentos.

—Soy un hombre generoso y altruista, me gusta ayudar al necesitado. Mejor dicho, a la necesitada…

Anne furiosa, miró a Duncan, le apuntó con el teléfono móvil y le gritó:

—¡Eres odioso, Duncan Macpherson!

Luego, agarró la puerta por la que había entrado y se marchó de allí dando un sonoro portazo.

No obstante, cuando iba caminando furibunda y a grandes zancadas por el pasillo, escuchó a Duncan gritar:

—¡Buenas noches, señorita Brown! ¡Y no te preocupes que mañana tomaré la precaución de cerrar con llave la puerta de mi alcoba!

Capítulo 13

A las ocho en punto de la mañana, los dos estaban desayunando en el comedor principal y, en cuanto Dylan se retiró a las cocinas y se quedaron a solas, Duncan le dijo muy serio:

—He estado reflexionando sobre lo que pasó anoche y quería pedirte perdón por haberte llamado necesitada.

Anne, que estaba comiendo tranquilamente las tortitas con sirope de arce que estaban buenísimas, replicó:

—No hay nada que perdonar. Sé perfectamente quién soy y de qué tengo necesidad y de que no. Lo que digas me resbala…

—Ya, pero te estoy pidiendo mis más sinceras disculpas por haberte ofendido.

—No me has ofendido.

—Porque pasas olímpicamente de mí —dedujo Duncan tras dar un buen mordisco a una manzana roja.

—Y porque lo que quedó anoche bien patente fue que el que está necesitado de verdad eres tú, que estabas duro como una barra de acero.

Duncan que en ese momento estaba dando un sorbo a su zumo de naranja, estuvo a punto de escupirlo:

—Lo que le sucedió anoche a mi polla no tiene nada que ver contigo.

Anne esta vez fue la que por poco no se atraganta al escuchar semejante estupidez y repuso:

—¿Entonces por quién te empalmaste? ¿Por el fantasma del castillo?

Duncan se bebió el zumo del tirón, se limpió la boca con la servilleta y respondió:

—Eres una chica bonita y mi cuerpo reaccionó de esa manera. Pero no tienes nada de qué preocuparte. Sé que me odias y me parece genial.

A Anne le gustó que le dijera que era una chica bonita, aunque ni muerta iba a reconocerlo ante Duncan y lo que hizo fue soltar una sonora carcajada y decir:

—Ja, ja, ja, ja. ¿Te gusta que te odie? ¿Eres masoca, *highlander*?

—Me refiero a que los dos sabemos lo que hay y lo asumimos de

buen grado. Así que te ruego que aceptes mis disculpas y te garantizo que en lo sucesivo seré de lo más cordial y civilizado.

Anne se terminó sus tortitas, bebió un poco de agua y replicó mordaz:

—¿Tú sabes lo que es eso?

Duncan fue a replicar algo, pero apareció Dylan y decidió que lo mejor era callarse.

Luego, terminaron con el desayuno y se dirigieron juntos al vestíbulo a recibir al tasador que llegó puntual a su cita.

Con él, un hombre adusto y delgado de mediana edad, que tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz y que no paraba de tomar notas sin decir ni una sola palabra, recorrieron el castillo entero.

Recorrido que por cierto Anne aprovechó para hacer más fotos y videos y para echar miraditas al culo de Duncan, sin que él se diera cuenta.

No podía evitarlo. Los ojos se le iban solos a esa parte de la anatomía de Duncan y, lo que fue peor, llegó incluso a pensar lo que debía ser estar aferrada a esas nalgas redondas y duras mientras él se la metía muy dentro.

Y al momento descartó ese pensamiento tan absurdo porque a ella qué le importaba lo que se sentía teniendo a Duncan Macpherson metido entre sus piernas, empujando muy duro y haciéndolo como salvajes.

Luego, decidió que lo mejor era centrarse en hacer fotos y videos y así estuvieron hasta las dos de la tarde, pues el castillo era enorme.

A esa hora, el tasador dio por terminado su trabajo y les aseguró que el lunes tendrían el informe a primera hora. Acto seguido, se despidió de ellos y Duncan le propuso un plan para que Anne continuara con su trabajo al tiempo que disfrutaba de un almuerzo diferente:

—¿Te apetece que después del paseo por el castillo vayamos a comer al prado y de paso sigues haciendo fotos a los exteriores del castillo? Aún te queda mucho por ver…

—El paseo ha sido de lo más exhaustivo y ¡menos mal que no pensáis vender las obras de arte, porque la tasación habría durado mil

años!

—El tasador era como una comadreja concienzuda, no se le pasaba una.

—Lo importante es que lo tase al mejor precio y del resto yo me encargo —aseguró Anne echándose la cámara al hombro.

—Perfecto. Entonces, ¿almorzamos en el prado aprovechando que hace un día estupendo?

—De acuerdo, pero más que nada porque quiero aprovechar la luz para hacer bonitas fotos de los alrededores —especificó Anne.

Duncan esbozó una sonrisa divertida, pues ella no perdía ocasión para meterle pullas y replicó:

—Ya sé que no lo haces porque quieras compartir tu valioso tiempo conmigo: el tío que más detestas del universo.

—¡Qué arrogante eres, por favor! ¡No eres tan importante, Duncan Macpherson!

—¿Hay personas a las que detestas más que a mí?

Anne asintió, debido a que había una persona que le había hecho mucho daño:

—Mi ex. Le pillé en nuestra cama con otra…

—Joder, lo siento —murmuró Duncan, porque sabía bien lo que era padecer una infidelidad.

—Sucedió hace dos años. Ya no duele nada.

—No duele, pero no has vuelto a estar con nadie desde entonces.

—No ha surgido… —replicó Anne tras morderse el labio inferior.

—¿No ha surgido o te has blindado para que nadie vuelva a hacerte daño?

—¿Ese no serás tú y estás proyectando en mí lo que te pasa a ti? —inquirió Anne desafiándole con la mirada.

Duncan apretó fuerte las mandíbulas y reconoció lo que no se había atrevido a confesar a nadie:

—Cuando te dan un palo semejante, te vuelves muy desconfiado. Al menos yo me he vuelto… Y en mi caso, lo tengo mucho más complicado porque siempre tengo la duda de si se acercan por mí por lo que soy o por lo que represento. Ya sabes, el actor de éxito que, según tú, cena sándwiches de caviar por las noches…

—No es lo que representas, es lo que eres: un actor con fama y dinero.

Duncan le clavó la mirada de un verde alucinante, se puso serio y le habló con el corazón en la mano:

—No quiero en mi vida a una mujer que esté enamorada de mi fama y de mi dinero. Quiero a una chica que se enamore de lo que soy de verdad. Y eso es muy complicado, porque vivimos en un mundo muy superficial en el que se tienen muy pocas ocasiones de conocer a las personas. Va todo muy deprisa además…

—Y se te desnudan antes de que llegue el segundo plato —dijo Anne con guasa.

—Tú ríete, pero esto que me está pasando contigo es nuevo para mí.

—¿El qué? ¿Viajar con una mujer necesitada?

Duncan bufó, pues estaba muy arrepentido de lo que le había dicho y respondió:

—Te vuelvo a pedir perdón por lo que dije. Y a lo que me refiero que es novedoso para mí es a poder cenar tranquilamente con una mujer, a proponerle un picnic sin más intención que disfrutar de la comida, del paisaje y de una buena conversación…. Y conocernos poco a poco…

—Conocernos para confirmar que somos como el agua y el aceite.

Duncan negó con la cabeza, se llevó la mano a la barbilla y replicó convencido:

—Quién sabe. Quizá hasta podríamos llevarnos una sorpresa…

Anne abrió bien los ojos, puso una cara de pánico tremenda y negó con la cabeza:

—¡Déjate de sorpresas! Es más que evidente que entre tú y yo es imposible que surja nada.

—Me niego a ser tan categórico. La vida siempre nos sorprende…

—No será en nuestro caso. Más que nada porque estoy cerrada al amor y, además, si con eso no fuera suficiente, tú eres mi antitipo.

—Jo, jo, jo, jo. ¡Jamás me habían dicho nada semejante! ¡Me meo!

—Es lo que hay —replicó Anne encogiéndose de hombros.

—Voy a avisar a Ralph para que nos preparen un buen picnic.

Anne sonrió y se le ocurrió algo mucho mejor y más divertido:

—Vamos a las cocinas y preparémoslo nosotros mismos…

Capítulo 14

Después de almorzar sobre una manta en el prado verde, escuchando el murmullo del riachuelo cercano, Duncan retiró las cestas de mimbre donde habían llevado la comida y se tumbó todo lo largo que era.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Anne que estaba que no daba crédito.

—Voy a echarme una siesta bajo este sol tan rico. Anoche me dormí a las tantas, después de que profanaras la intimidad de mi alcoba.

Anne se tronchó de risa y replicó para que dejara de decir tonterías:

—¡No seas payaso!

—¿Hay algo más bonito que ser un payaso? Me encanta hacer reír a la gente. De hecho, mi próxima película es una comedia romántica. Hago de un tipo estirado de Wall Street que se enamora de la chica que limpia las oficinas de su edificio.

A Anne le gustó el argumento, sonrió y reconoció tumbándose al lado de Duncan:

—Iré a verla, porque esa clase de películas me encantan.

—¿Y esta sorpresa? —inquirió Duncan con un destello muy fuerte en la mirada.

—Me gustan mucho las comedias románticas. ¿Qué tiene de raro?

—Me refiero a que quieras tumbarte a mi lado.

—Yo también estoy que me caigo de sueño. Después de todo el rollo, me costó conciliar el sueño…

Duncan le clavó la mirada y le pidió con una curiosidad tremenda:

—Detalla qué quieres decir con la palabra rollo…

—¿Esto es un examen o qué?

—Es que me gustaría saber… ¿Te quedaste algo trastornada después de ver mi cuerpo desnudo?

Anne se echó a reír, porque el *highlander* era incorregible y contestó:

—He visto unos cuantos cuerpos desnudos antes que el tuyo.

Aunque, a decir verdad, jamás había visto uno como el de él, pero eso se lo calló.

—Estaba vacilándote… Pero ahora te diré la verdad, tuve una erección por culpa de tu boca.

Anne sintió una punzada en su sexo que le hizo juntar las piernas y le pidió:

—No quiero saber la verdad.

—¿Por qué? —replicó Duncan arqueando una ceja.

—Porque estoy aquí por trabajo y tú porque quieres vender esta maravilla de castillo. No hay más.

Duncan apartó la vista de Anne, se colocó mirando al cielo, cerró los ojos y comentó:

—Me hace muy feliz saber que al menos el castillo Macpherson sí que te ha enamorado.

Anne colocó las manos debajo de la cabeza, cerró los ojos también porque el sol aún molestaba y le dijo:

—Dudo que haya alguien que no se enamore de este lugar tan especial…

Duncan chasqueó la lengua y le contó para que supiera que estaba equivocada:

—Jade estuvo una vez y solo aguantó una noche. Le parecía un lugar inhóspito y aburrido…

—¿Aburrido con la biblioteca tan maravillosa que tenéis?

—Ella odia leer.

—¿También odiaba pasear por estos prados infinitos? Porque yo no me cansaría nunca de hacerlo.

—Y además está lleno de rincones especiales, este al lado del riachuelo es solo uno de ellos. Por no hablar de los jardines en los que puedes perderte durante horas…

—Calculo que tendréis más mil hectáreas de prados y terrenos…

—Ajá. Te recuerdo que aquí venía el rey a cazar y se perdía por estos terrenos. Pero tranquila que ya nadie caza y las especies están protegidas.

—Desde luego que el comprador se va a llevar una auténtica joya —opinó Anne que estaba fascinada con el castillo Macpherson.

—Y yo me alegraré porque así también tú conseguirás el ascenso. Los dos ganamos.

Ambos abrieron los ojos, se miraron y sonrieron pues, aunque se detestaran, lo cierto es que iban en el mismo barco.

—Esta situación es tan extraña… —reconoció Anne, tras morderse el labio inferior de un modo que Duncan encontró irresistible.

Duncan asintió, ya que estaba experimentando exactamente lo mismo:

—Sé que te estás preguntando lo mismo que yo, ¿cómo puedes sentirte tan a gusto con alguien que no soportas?

—¿Verdad? —inquirió Anne, asintiendo divertida—. En Nueva York llevo una vida de locos, siempre corriendo de aquí para allá, hacía tiempo que no tenía un momento de desconexión como este.

—Me pasa lo mismo. Creo que la última vez que me tumbé en la hierba para echar una cabeza fue cuando estaba en la universidad.

—No lo hago ni cuando voy a Central Park a correr —le confesó Anne, que se sentía de maravilla.

—Yo también suelo ir a correr por Central Park a las seis de la mañana.

—A esa hora voy yo, seguro que alguna vez nos hemos cruzado, pero como yo paso de todo… —aseguró Anne.

Y Duncan la interrumpió para precisar más concretamente:

—Básicamente de quien pasas es de mí.

—¡Y tú de mí! Anda que te vas a fijar tú en una chica de lo más normalita…

Duncan la miró y confesó con la vista puesta en los labios jugosos que se moría por probar:

—Tú no eres nada normalita, Anne Brown. Eres una chica excepcional.

Anne, volvió a cerrar los ojos y especificó divertida:

—Una chica excepcional que no tiene las tetas como balones, ni el culo enorme, ni las piernas larguísimas…

—No estaba hablando del físico, me refería a que eres una mujer admirable, luchadora y talentosa, pero si quieres que hable de tú físico te diré que eres una chica preciosa, con un cuerpo bonito y una boca que me vuelve loco.

Anne abrió los ojos, comprobó que la estaba mirando y se envaró por lo que acababa de escuchar:

—¿Y esto a qué cuento viene?

—Estoy sincerándome contigo. No pretendo nada.

—Si es así, yo también tengo que decirte que tienes el mejor culo que he visto en mi vida.

Duncan se echó a reír, porque jamás había conocido a una mujer tan franca:

—Es la primera vez que me lo dicen…

—¿En serio? ¡No me lo puedo creer! Pero si tienes un culazo de impresión… ¡Y un cuerpo que es un escándalo!

—Las mujeres no pierden demasiado tiempo hablando de mi culo, más que nada lo que hacen es clavar sus uñas en mis nalgas duras mientras me suplican que se la clave bien dentro.

Anne se llevó las manos a la cabeza y masculló porque lo de ese hombre no tenía remedio:

—¿Cómo puedes ser tan…?

Duncan decidió terminar la frase por ella y replicar para que no le cupiera ninguna duda:

—Soy sincero, Anne. Pero estoy harto de eso y me encanta estar tirado aquí en el prado escuchándote hablar de mi culo. O de lo que quieras… No pienses que soy tan egocéntrico…

—Eres actor. Como poco tienes que ser un tanto exhibicionista…

—Para nada. Soy actor porque me gusta jugar a ser otro. Pero para mis cosas soy muy reservado. Mi círculo de confianza, esos que lo conocen todo sobre mi, se limita a Murray, mis tres hermanos, mi padre y mi abuelo. Nadie más. Bueno, antes también incluía a Walter, pero se lió con mi prometida y nuestra amistad se fue a paseo.

—Yo pillé a mi ex cono una desconocida, y fue horrible: no quiero ni imaginar por lo que tuviste que pasar.

Duncan apretó fuerte las mandíbulas y reconoció con la vista clavada en el cielo:

—Murray me dijo anoche que en el fondo Walter me hizo un favor y estaba en lo cierto. La relación con Jade estaba fatal y la convivencia con ella era un infierno. Es una chica muy caprichosa, voluble, inestable y con un carácter muy fuerte. Yo hice todo lo que estuvo en mi mano para que se tomara el trabajo en serio, para que tratara bien a la gente, para que aprendiera a valorar las cosas… Sin embargo, no

lo logré, la han echado del último rodaje y me temo que su carrera va de mal en peor.

—¿Trataba mal a la gente? —preguntó Anne que no salía de su asombro.

—Tenía un problema con el control de la ira. Cuando las cosas no eran como ella esperaba se ponía muy nerviosa, gritaba, rompía cosas, lanzaba objetos…

—¿A ti te lanzó cosas?

—Me tocó esquivar unas cuantas y otras impactaron en mi cuerpo. Nada serio. Tan solo unos cuantos puntos de sutura, pero así no podía vivir… Lo que pasa es que no sabía cómo dejar la relación. Tenía un compromiso con ella y sabía que, si la dejaba, ella corría el riesgo de perder el norte. Estaba desesperado y al poco ella me engañó con uno de mis mejores amigos.

Anne soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y replicó lamentando por lo que había pasado:

—Pienso como Murray, tu examigo te hizo un favor apartándola de tu vida. Los amores tóxicos hay que dejarlos cuanto antes.

—No pienso vivir un infierno así jamás. En la vida volvería a tener nada con una mujer tan narcisista, caprichosa y desquiciada. Yo lo que busco es alguien normal, una chica sencilla y trabajadora, que conozca lo que cuesta ganarse las cosas, que sea responsable y profesional, que sepa lo que quiere y que valore cosas que son tan importantes para mí como la familia, el esfuerzo y el tesón. Vamos, que estoy buscando a alguien como tú…

Duncan clavó la mirada en Anne que estaba perpleja con lo que acababa de escuchar y replicó:

—Pero no yo…

Capítulo 15

Duncan se echó a reír al ver la cara de susto que Anne acababa de poner y replicó:

—¡Menuda cara de acojone has puesto! ¡Ni que te hubiera pedido que me acompañaras a la batalla de Culloden!

—Pues casi…

—¿Salir conmigo para ti sería como ir a la guerra?

—¿Qué otra cosa podría esperar? —replicó Anne que estaba alucinada con el tema—. ¡La raspa y el engreído! ¡Menuda parejita!

—No te encuentro tan raspa.

—¿Solo un poco? —replicó Anne, con una sonrisa que Duncan encontró preciosa.

—A medida que te voy conociendo más entiendo por qué te has tenido que poner esa coraza de pinchos…

Anne clavó la vista en el cielo y decidió sincerarse también:

—No debe ser nada fácil tener los pies en el suelo cuando eres un actor guapo y exitoso.

—Y además el hijo de uno de los hombres más ricos de Nueva York. Antes de ser actor famoso, solía aparecer en las revistas de chismes como uno de los solteros más codiciados de la Gran Manzana.

—No leo esa clase de revistas, pero en la universidad sí que tuve que estudiar el modelo de negocio de la compañía de inversión de tu padre. Es un referente en el mundo de la empresa…

Duncan la miró gratamente sorprendido porque era también la primera vez que una mujer reconocía saber semejante cosa:

—Las modelos y actrices con las que suelo salir, conocen la compañía de mi familia por ese tipo de revistas.

—Pues yo sé que tu abuelo empezó con la compañía invirtiendo en empresas con una amplia trayectoria, pero que se encontraban en problemas puntuales, para rescatarlas y hacerlas mucho más fuertes. Y así, poco a poco, siguió invirtiendo en negocios de las mismas características, compañías de todo tipo en horas bajas, pero con un recorrido solvente a sus espaldas, que reflotaba y al poco hacía mucho más grandes.

—Así se gestó el imperio de mi familia, señorita Brown. Te felicito.

Yo no lo habría podido explicar mejor…

—Es admirable lo que han hecho los tuyos con su compañía.

—Toda mi familia trabaja en finanzas menos yo, que soy la oveja negra —dijo Duncan, incorporándose un poco y apoyando la cabeza en la mano.

—Pero supongo que seguirás sus consejos en cuanto a las inversiones… Y esto no te lo digo porque esté interesada en saber cuántos ceros tiene tu cuenta corriente.

—Mi cuenta corriente tiene muchos ceros. Y tienes razón en cuanto a que he seguido los consejos de mi familia y tengo bien invertido el dinero en distintos fondos y activos, aparte de en la compañía de mi familia en la que creo con fe ciega.

—Y haces bien en creer, la compañía Macpherson es un valor seguro. Yo si tuviera dinero, invertiría en ellos sin dudarlo. Pero de momento mis ahorros van para pagar la hipoteca de la casa de mi madre.

—Habla muy bien de ti lo que haces por tu madre y no tenías ni que haber mencionado que no estás interesada en los ceros de mi cuenta corriente. Ya sé que no eres una chica interesada…

Anne también se incorporó un poco, se colocó frente a él, apoyando la cabeza en la mano y le contó:

—Cuando me enamoro, lo hago del corazón. El dinero, el físico, el estatus, el poder: todo eso me da igual. Yo me gano bien la vida con mi trabajo y con mi esfuerzo. No busco un tío con dinero para que me dé todos los caprichos que se me antojen. Además, soy bastante austera. Y soy de enamorarme del corazón de las personas, aunque por ahora me haya salido siempre fatal.

Duncan estaba escuchándola fascinado porque le sonaba a ciencia ficción:

—¿Eres real, Anne Brown?

Anne le miró divertida, al no entender para nada el sentido de su pregunta:

—¿Crees que soy un holograma o qué?

—Te lo digo porque las mujeres que suelo conocer en los ambientes que frecuento suelen ser frívolas, caprichosas y unas trepas ávidas de

dinero, estatus y fama.

—A mí desde luego que eso no es lo que me mueve. El dinero no me impresiona y tampoco soy de las que babean por un actor famoso…

Duncan sonrió y solo pudo mascullar mirando la boca carnosa de Anne, como si fuera un manjar que se moría por devorar:

—Doy fe.

Anne sintió como un pequeño hormigueo en su sexo al sentir la mirada lobuna de Duncan sobre su boca y confesó:

—Aunque reconozco que anoche cuando te vi desnudo en tu habitación…

Anne se calló, Duncan alzó una ceja y le preguntó muerto de la curiosidad:

—Sigue hablando. Estamos solos en un castillo perdido en lo más profundo de las Highlands. Nadie va a enterarse…

—¿Y tú?

—Yo estoy ansioso por saber qué despertó en ti mi cuerpo desnudo.

Anne miró a los ojos al *highlander* que le estaba comiendo con la mirada y musitó:

—Sabes que eres irresistible para todas.

—A mí me importa un bledo ser irresistible para todas, yo lo que quiero saber es si te gustaría que te besara, porque me muero por conocer a qué sabe tu boca.

Anne se mordió los labios, sin apartarle la mirada que era de un verde de lo más salvaje y le preguntó:

—¿Estás pidiéndome un beso, *highlander*?

Duncan recortó la distancia que los separaba, acercó la boca a la de ella, le acarició los labios suaves con los suyos y respondió con el corazón bombeándole muy fuerte:

—Me encantaría, si es que lo deseas.

Anne le agarró con una mano por el cuello y ambos abrieron las bocas que encajaron como si estuvieran hechas la una para la otra.

Luego, ambos soltaron un gemido de lo más excitante al tiempo que movían los labios para que quedaran perfectamente acoplados. Y, seguidamente, Anne abrió la boca para él, que con la punta de su lengua dura, exigente y caliente se abrió paso a través de los dientes y

la penetró arrancándole un nuevo gemido.

Y, entonces, el beso se desató, él la agarró por la nuca para hacerlo más húmedo y más intenso, mucho más profundo, y ambos sintieron que el mundo desaparecía y que su cuerpo entero se arrebataba de puro placer.

Anne notó como sus pezones se endurecían, cómo su sexo empapaba sus braguitas y Duncan cómo su pene saltaba otra vez en sus pantalones poniéndose tan duro que Anne lo percibió.

Porque los dos acabaron completamente pegados y ella sintió esa dureza presionar su pubis de un modo que la estaba excitando muchísimo.

Tanto que notaba que su sistema nervioso estaba estremecido por completo y que ese beso le estaba abriendo la puerta a tantas sensaciones que lo que le quedaba de cordura estaba a punto de derrumbarse.

Porque Duncan Macpherson la estaba besando como no lo había hecho nadie: con posesión, con exigencia, con pasión, con fuego, con lujuria...

Y él estaba sintiendo algo parecido, puesto que, aunque había besado a infinidad de mujeres, ninguna le había hecho sentir lo que Anne con ese beso.

O al menos no lo recordaba.

Anne besaba con deseo y pasión, pero también con una entrega, una dulzura y una verdad que no había conocido en la vida.

Y aquello le pilló tan de improviso que sintió que sus neuronas iban a estallar porque no entendía nada, por no hablar de su polla que estaba a punto de romper los calzoncillos.

Y por si ya no tenía bastante, ella terminó de rematarlo cuando, al finalizar el beso, le sonrió de un modo que a Duncan le conmovió por completo y solo pudo musitar:

—Besas como nadie, Anne Brown.

—Lo mismo digo, *highlander*.

—¿Y ahora qué? —preguntó él, con el corazón que se le iba a salir por la boca y unas ganas infinitas de hacérselo hasta que los gritos de su orgasmo se escucharan en toda Escocia.

—Ahora ya conoces a lo que saben mis besos…

Capítulo 16

Anne cerró los ojos, se colocó el jersey, que llevaba atado en la cintura, debajo del cuello a modo de almohada, y Duncan hizo lo mismo tumbándose también a su lado.

Y los dos, al momento, cayeron en un sueño muy profundo del que despertaron un rato después, por culpa de unas gotas de lluvia enormes.

—¡Está lloviendo! —exclamó Anne, tras ver las nubes negras que tenían encima—. ¿Pero cómo es posible si hace un rato hacía un sol espléndido?

—Esto es Escocia. Es muy habitual. Lo que no es habitual es que me quede frito con una chica después de besarla —comentó Duncan, retirándose las gotas que tenía por la cara.

—Me he sentido tan bien, estaba tan a gusto y relajada, que me he quedado dormida como un tronco. Y hasta he soñado…

—Te he hecho en sueños lo que no te he hecho despierto —dijo Duncan con una cara de diablo tremenda.

Anne se levantó al estar lloviendo cada vez más y replicó:

—No me acuerdo lo que he soñado, pero era algo bonito.

Duncan se levantó también, recogió las cosas a toda prisa y replicó alucinando con lo que le estaba pasando con Anne:

—Y lo que nos está sucediendo también es muy bonito.

Anne le ayudó a recoger las cosas del picnic al tiempo que reconocía:

—El día estaba precioso con el sol, pero con lluvia este lugar es más hermoso aún. El mar ruge, el viento te azota la cara, el prado se agita y todo tiene como más carácter, más fuerza, se siente el espíritu de las Highlands.

Duncan con la mirada chispeante, se situó frente a ella y musitó porque a él le pasaba lo mismo con el clima:

—Siempre digo lo mismo. Cuando la gente se queja del clima, de la lluvia, del viento, de los cielos negros y el mar revuelto, yo siempre digo que eso es lo que hace que seamos como somos. Justo lo que acabas de decir…

—Supongo que es algo que todo el mundo percibe…

—Otra de las razones por las que Jade se negaba a venir, era por el clima que tenemos en estas tierras. Lo odia. Ella es más de sol y de playa. Y no sabe valorar esto, justo esto, el viento, la lluvia que te empapa, el mar que ruge, el viento que agita los pastos susurrándote viejas leyendas…

—A tanto no llego, las viejas leyendas no las escucho. No te voy a engañar. Y lo de mojarse está bien, pero solo por un rato. Yo me voy al castillo que no quiero ponerme como una sopa. ¡Ya me he quedado sin ropa para cambiarme!

Y tras decir esto, Anne salió corriendo con una de las cestas del picnic que se colocó sobre la cabeza y con Duncan detrás que iba con la otra cesta en la mano y que al momento la alcanzó mientras gritaba:

—¡No te preocupes por la ropa! ¡Puedo dejarte algo!

—¿A qué hora tienes pensado que salgamos de vuelta para Nueva York?

Duncan la miró extrañado al haber dado por hecho otra cosa:

—Pensaba volver el lunes a primera hora y pasar el fin de semana aquí.

Anne le miró sorprendida porque eso no era lo que habían acordado antes de salir:

—Dijimos que volveríamos el viernes. Ya tengo material suficiente para empezar a trabajar.

—Dijimos eso cuando pensaba que eras una estirada y una raspa, ahora que pienso otra cosa y que me has besado y que he caído en un sueño muy profundo como un príncipe: ¡todo ha cambiado!

—Ja, ja, ja, perdona, pero las que caen en sueños profundos son las princesas.

—Yo quiero seguir descubriendo lo que puede pasar después de ese beso. ¿Te imaginas un fin de semana juntos tú y yo, solos, en este castillo maravilloso?

La lluvia empezó a caer más espesa y más densa y sobre el mar empezaron a descargar unos rayos que a Anne le asustaron…

—¡Eso será si no nos cae un rayo antes! ¿Tú has visto la que hay liada sobre el mar?

—Todavía queda un poco para que la tormenta nos caiga encima. No te preocupes. No te va a pasar nada. Pero tú sigue corriendo…

Anne corrió más deprisa todavía, mientras se escuchaban ya los truenos de la tormenta que estaba desatada sobre el mar.

—Dios… —murmuró Anne, muy intranquila.

—¿Te asustan las tormentas? —le preguntó Duncan, preocupado.

—No es que me asusten, es que no me traen muy buenos recuerdos que digamos. No puedo evitar acordarme de los días en que mamá y yo estuvimos viviendo en la caravana. Es solo eso…

Duncan la agarró de la mano, y con una facilidad pasmosa, colocó un brazo de bajo de las rodillas, la levantó en volandas y la cogió en brazos:

—Conmigo estás segura, Anne. No pienso permitir que te pase nada.

Anne que no daba crédito con lo que estaba pasando, y que no sabía cómo había acabado en los brazos de Duncan, replicó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Un alarde de fuerza? ¡Voy a llegar antes al castillo si corro con mis propias piernas!

O eso creía, porque Duncan se echó a correr a una velocidad que Anne se quedó asombrada y eso que iba cargando con ella encima:

—He entrenado con los cuerpos de élite del ejército americano para preparar distintos papeles para películas de acción. Podría cargar contigo a esta velocidad hasta la última punta del país. Y ahora, llámame estúpido y creído, que me lo merezco.

Anne no dijo nada, se abrazó más fuerte al cuerpo fornido de Duncan y a pesar de que los truenos eran más feroces todavía, ella dejó de sentir la angustia y el desasosiego que le producían siempre las tormentas.

En los brazos de Duncan se sentía bien, tranquila y protegida, a pesar de que estaban cayendo rayos y truenos que ponían los vellos de punta.

Y decidió contarle algo que, aun cuando había pasado el tiempo, todavía le seguía removiendo por dentro:

—Un día que estábamos en la caravana, hubo una tormenta horrible que formó tal corriente de agua que nos desplazó más de un kilómetro. El miedo que pasamos fue horrible. Parecía que la caravana

iba a volcar en cualquier momento, íbamos a la deriva empujadas por el torrente de agua, hasta que gracias a Dios chocamos contra un muro y ya pudimos salir corriendo y ponernos a salvo.

Duncan abrazó a Anne con más fuerza y le aseguró con una convicción que a ella le conmovió:

—Fuiste muy valiente, Anne. Eres muy valiente. Y te juro que en mi vida he admirado a nadie tanto como a ti.

Anne no pudo evitar que dos lágrimas le recorrieran el rostro y le contó:

—Cuando la tormenta pasó, pudimos rescatar la caravana y seguir viviendo en ella, pero cada vez que llovía me ponía en secreto a rezar, a pesar de que mamá no perdía jamás los nervios y me aseguraba que no pasaba nada. Y no, no era valiente, Duncan. Yo tenía mucho miedo, pero no me permitía mostrarlo. No quería preocupar a mamá, no quería que pensara que tenía una hija cobarde, sin embargo, estaba muy asustada. Y reconozco que los días de tormenta, cuando escucho truenos como los que están sonando ahora, a mi mente regresan las imágenes de mi madre y yo, empujadas por la corriente en la vieja caravana y no es nada agradable.

—Vuelvo a decirte lo mismo, Anne. Eres muy valiente. Porque ser valiente no significa no tener miedo, sino a pesar de tenerlo hacer frente a lo que venga. Y tú fuiste muy valiente aquel día y todas las tormentas que vinieron después y en las que aguantaste el tipo como una campeona.

Anne, aprovechando que tenía cubierta la cara de agua por la lluvia, dejó que las lágrimas siguieran cayéndole por el rostro y musitó:

—Siento la chapa que te he dado con esto. Tú estabas disfrutando de tu tormenta escocesa y te he estropeado el momento con mis tonterías.

Duncan negó con la cabeza y le recordó para que se tranquilizara:

—Y tú también estabas disfrutando hasta que los truenos te han hecho revivir aquel suceso tan terrible que padeciste. No es una tontería.

Y tras decir esto, un trueno sonó muy fuerte, Anne sintió miedo, pero se abrazó más aún a Duncan y se le pasó.

Y entonces se percató de que Duncan tenía razón en todo lo que le acababa de decir:

—Ahora que lo pienso, a lo mejor no fui tan cobarde como pensaba. Tienes razón. Porque mi madre y yo volvimos a la caravana y resistimos las siguientes tormentas. Y eso fue lo que me hizo ser fuerte y convertirme en lo que soy. Igual que a los *highlanders* les han curtido estas tierras…

Duncan miró a Anne con un orgullo que no le cabía en el cuerpo y sintiéndola una igual le aseguró:

—Tú tienes ese mismo espíritu, aunque hayas nacido en Nueva York. Tú eres una guerrera valiente y fuerte, una grandísima mujer, a la que no puedo admirar más…

Capítulo 17

Al llegar al castillo, ambos se fueron a cambiar a sus respectivas habitaciones, después de que Duncan le pasara un montón de ropa que supuso que podría servirle para salir del paso.

Anne se lo agradeció y quedaron en que se verían en el comedor principal a la hora de la cena, pues ella iba a aprovechar para trabajar hasta esa hora.

Aunque lo cierto fue que Anne no pudo concentrarse demasiado en el trabajo porque no podía parar de pensar en Duncan. Y, sobre todo, en el beso y en lo bien que se había sentido en los brazos fuertes de ese hombre que se suponía que no soportaba.

Y eso la tenía tan desconcertada que cuando recibió la llamada de Beverly para comentar unos asuntos del trabajo, acabó hablando de Duncan, que no se podía sacar de la cabeza…

—Perdóname, Beverly. Se me había olvidado que ya me he enviaste esta mañana esos correos electrónicos. Estoy con la cabeza que no sé dónde la tengo…

—¿Y eso, Anne?

—Es por Duncan —reconoció muy a su pesar.

—¿Se te está haciendo muy cuesta arriba el viaje? Ni te he querido preguntar para no molestarte…

—Eres mi amiga. Puedes preguntar lo que quieras. Y el viaje no es que se me esté haciendo precisamente cuesta arriba. Me está pasando justo al revés…

Beverly no pudo contener la carcajada y le faltó tiempo para exclamar:

—¡Eres una chica lista! ¡Yo sabía que más pronto que tarde tú también te harías fan de Duncan Macpherson!

Anne respiró hondo y le contó hechizada con el aroma de la camiseta blanca enorme que Duncan le había prestado y que olía tanto a él que era como si estuviera en la misma habitación:

—Más que fan, nos hemos besado.

Beverly soltó un gritito histérico y exclamó fuera de sí:

—¡Te has liado con Duncan Macpherson! Dios, ¡esta es mi chica! ¡Bravo por ti, amiga! ¡Qué buen gusto tienes! ¡Te felicito y te tengo

una envidia, pero de la mala!

—Ja, ja, ja. ¡Para, que solo nos hemos dado un beso! ¡Y qué beso! Este tío besa de un modo que hace que veas el universo de colores.

—Sé perfectamente como besa.

Anne frunció el ceño porque eso era nuevo para ella y preguntó alucinada:

—¿Qué?

—Me he visto sus películas un montón de veces. Y en todas pega unos morreos que se te aflojan la goma de las braguitas. Es de los que hunde bien la lengua, como si te estuviera follando la boca y a todas se les pone una cara de gusto que lo flipas.

Anne soltó una carcajada convencida de que ella habría puesto la misma cara:

—¡Besa de escándalo! Sabe muy bien lo que hace.

—Tía, ¿y solo le has dado un beso? ¡Tú aprovecha y bésale hasta que se te desgasten los labios!

—Después del beso, nos quedamos dormidos…

Beverly, tronchada de la risa y convencida de que bromeaba, replicó:

—O sea que el polvo fue bestial y los dos caísteis exhaustos en un sueño de lo más profundo.

—No. Solo hubo un beso y nos echamos a dormir la siesta. Sé que suena rarísimo. Pero eso fue lo que pasó. Estábamos tan a gusto que, después del beso, cerramos los ojos y nos venció el sueño. Luego, nos despertó la lluvia que dio paso una tormenta de mil demonios, y que me hizo recordar una experiencia traumática de mi pasado, cuando una riada de agua arrastró la caravana donde vivíamos y él ha sido un cielo conmigo. Me ha cogido en brazos, me ha tranquilizado y me ha hecho sentir tan bien que la angustia que tenía se me ha pasado rápido.

—Es que Duncan es un amor. El verano pasado se metió en el Caribe en un mar de lo más revuelto para salvar a tres niños.

A Anne no le extrañó que hubiera sido tan generoso y valiente:

—El lema de su clan es valor y voluntad y la verdad es que lo sigue a rajatabla. ¿Sabes que se entrenó con los cuerpos de élite del ejército

para preparar un papel?

—Y cuando hizo de cirujano, leí que asistió a un montón de operaciones de lo más complicadas. Se prepara los papeles a conciencia… Pero dejemos de hablar de cómo trabaja sus personajes y cuéntame más de tu romance con él.

Anne soltó una carcajada nerviosa, porque la palabra romance les venía demasiado grande:

—Solo nos hemos dado un beso y luego me ha traído en brazos a casa porque yo estaba presa de la angustia y la ansiedad. Luego, hemos quedado para cenar a las nueve y no ha pasado nada más.

—¡Y nada menos! ¡Nena, que te ha besado! ¿Qué más quieres?

—Ha habido un beso y ya está.

—Un tío que no quiere nada contigo, no te coge en brazos para que te sientas segura y a salvo.

—Es muy protector, y lo debe hacer con todas. Él es así —aseguró Anne.

—Lo que ha sucedido bajo esa tormenta ha sido muy mágico y muy íntimo. Y además ha logrado que tú te muestres vulnerable, cosa que yo jamás he visto en todos estos años que te conozco.

Anne tragó saliva porque su amiga estaba en lo cierto, siempre estaba con la coraza puesta y siempre tenía sus emociones bajo control:

—Ha sido por culpa de esos malditos truenos en el mar. Me han removido demasiadas cosas y es cierto que he mostrado mis temores como jamás me he atrevido a hacerlo con nadie. Y te juro que aún no sé por qué lo hecho…

—Porque Duncan es especial y te has sentido muy cómoda con él.

—Me he sentido muy segura y muy tranquila en sus brazos. Y me tiene desconcertada, porque se supone que no le aguanto. ¿Me entiendes lo que te quiero decir? —preguntó Anne a su amiga, intentando encontrar algo de sentido a lo que le estaba pasando.

—Lo que me quieres decir es que estás conociendo más a Duncan y te estás dando cuenta de que no es como pensabas.

—Estoy descubriendo facetas de él que me están gustando mucho. Pero es un actor de Hollywood por el que todas pierden el culo.

—Sí, pero ese tío resulta que hoy te ha besado a ti y solo a ti.

—Dice que está harto de mujeres caprichosas y superficiales y está muy tocado por el daño que le hizo su ex. No solo le traicionó, era una tía con un carácter terrible que hasta le agredía…

—Tú porque no sigues la prensa rosa, pero leí que Jade hace poco le arrojó un secador de pelo a una peluquera a la cabeza y por poco no la mató. Es una loca peligrosa. Yo no sé cómo Duncan pudo aguantar tanto tiempo a esa mujer horrible.

Anne tragó saliva de solo pensar en el infierno que le había tocado pasar a Duncan y replicó:

—¡Menos mal que se libró de ella! Y después ha debido de conocer solo a trepas caprichosas, porque se sorprende de que yo sea tan normal que quiera recoger la mesa después de cenar o que quiera ganarme la vida con mi trabajo y esfuerzo.

—En el mundillo en el que se mueve, tiene que haber cada una que para qué. Y luego debe estar todo el día mosqueado sin saber si se le acercan por interés o por lo que él es.

—¡Exactamente! Ese es el runrún que tiene. Y yo como pasé de él desde el primer día que le vi y no me interesa ni su dinero ni su fama, soy como la novedad y le debo despertar cierta curiosidad.

—No eres la novedad, eres una chica increíble y tiene que estar alucinando contigo.

—Dice que me admira y la verdad es que parece sincero. Y por si ya no tenía bastante, me ha pedido que pase el fin de semana con él.

Beverly soltó otro gritito de emoción y exclamó dando brincos:

—¡Te vas a pasar el fin de semana follando con el *highlander*! Tía, ¿tú sabes lo suertuda que eres? Y él también, por supuesto…

—Ja, ja, ja. No sé lo que voy a hacer aún. Lo estoy pensando, por un lado, no te voy a negar que siento por él una atracción muy fuerte, pero, por otro, estoy muy centrada en mi carrera, Beverly. No quiero tener pareja ni nada por el estilo y no soy de las que tengo sexo por vicio.

—¿Sexo por vicio? Nena, ¿qué es eso? ¡Pareces mi abuela! ¡Sería en todo caso sexo por placer! ¡Y está muy bien! Yo lo practico siempre que puedo y me deja la piel de un brillante que la gente me pregunta

que qué mascarilla me pongo. Ja, ja, ja. Cuando les digo que mi mascarilla es follar como una coneja ponen una cara que ¡tenías que verlos!

Anne se río con el descaro y el desparpajo de su amiga, si bien ella no tenía nada que ver con Beverly:

—Yo soy de las que solo tengo sexo cuando me enamoro. Pero no te voy a negar que me excité muchísimo de solo estar pegada a él en la moto…

—¿Cómo no te vas a excitar si este tío esta como para suplicarle que te la meta hasta en el neceser del maquillaje?

—Ja, ja, ja. ¡No seas bruta! Y de verdad que tú te lo tomas a risa, pero yo es que no puedo ni concentrarme del agobio que tengo. No sé qué hacer. Estoy metida en un lío del que te prometo que no sé cómo salir.

—Es que no tienes que salir. Tienes que quedarte ahí, en el castillo a pasar un fin de semana que no vas a olvidar en toda tu vida.

—Ayer le vi desnudo por error, me colé en su dormitorio sin querer…

Beverly se tronchó de risa porque le costaba creer semejante cosa:

—¡Venga, tía! A mí puedes decirme la verdad…

—La verdad es que este castillo está lleno de puertas secretas y me colé por una y aparecí en el cuarto de él que estaba en bolas. ¡Y madre mía qué cuerpazo! Tiene un culo de impresión y…

—¿Pollón?

—¡Ay, no seas vulgar! Pero sí, lo tiene.

—Y lo tiene porque se empalmó al verte…

—Dice que fue por mi boca…

Beverly se echó a reír y le aconsejó a su amiga para que se dejara de dudas:

—Déjate llevar. Los dos os gustáis, hay mucho deseo y os estáis conociendo. Sigue adelante y deja que la vida te sorprenda. Además, tú eres una chica valiente y te fascinan los retos.

Las palabras de su amiga calaron muy hondo en Anne, se percató de que tenía razón y al final optó por decir:

—Nunca me he visto en una situación como esta y estoy

desconcertada, pero me parece que tienes razón…

Capítulo 18

A las nueve en punto de la noche, Anne se presentó en el comedor principal con el pelo suelto y una camiseta azul de manga larga de Duncan que se puso a modo de minivestido.

—¡Estás preciosa! —exclamó Duncan, en cuanto la vio aparecer y le dio un beso en la mejilla de lo más dulce.

—Tu camiseta me queda como un vestido corto…

Duncan miró de arriba abajo a Anne y pensó que todo lo que se ponía le sentaba de maravilla:

—Te queda muy *sexy*.

Anne se excitó de escucharle y de ver lo guapísimo que estaba con una camisa blanca y unos pantalones negros que le marcaban bien el bulto que tenía entre las piernas y le pidió sin que estuviera pecando de falsa modestia:

—Tampoco exageres.

Sin embargo, Duncan lo veía de una manera muy diferente porque replicó:

—Estás preciosa y además marcas los pezones duros a través de la tela. No hay nada más *sexy* que eso…

Anne ya sí que se ruborizó entera de la vergüenza que le dio que sus pezones la hubieran delatado y replicó:

—No hacía falta que fueras tan sincero…

Duncan sonrió, apartó la silla para que se sentara, ella lo hizo, él la acomodó bien y, a continuación, fue a su sitio mientras decía:

—Luces una camiseta sencilla como si fuera un modelo de alta costura de miles de dólares. Tienes mucho estilo y clase, Anne. Y perdona por lo que he dicho de tus pezones endurecidos. Soy bastante primitivo.

Duncan se sentó en la mesa y Anne asintió porque lo de los pezones le había dejado descolocada:

—No estoy acostumbrada a que los hombres hagan mención a mis pezones.

—Ni a que te digan que tienes unas tetas preciosas, redondas y bien puestas.

Anne dio un sorbo a la copa de vino, pues la verdad era que no solía

escuchar esa clase de cosas:

—He tenido tres novios y todos eran bastante parcos en palabras. No solían decirme nada parecido.

—Yo no soy tu novio, pero no he podido evitar decírtelo. Te pido que me disculpes por ello.

Duncan dio un sorbo a su copa de vino y Anne decidió que iba a jugar a lo mismo, así que replicó:

—No hay nada que perdonar y no me resisto a comentarte que marcas un tremendo paquete con esos pantalones.

Duncan a punto de atragantarse con el vino, soltó una carcajada y repuso:

—¿Cómo lo haces para sorprenderme siempre, Anne Brown?

Anne se encogió de hombros y respondió sin darle importancia:

—Me limito a ser yo. Y como soy muy sincera me gustaría que supieras que no he parado de darle vueltas al asunto de quedarme en tu castillo a pasar el fin de semana.

—Ajá. Dime, ¿qué has decidido? —preguntó Duncan al tiempo que se servía unas verduras a la plancha.

Anne se sirvió una ensalada y le explicó para que supiera qué era lo que había:

—No tenía ni idea de qué hacer, hasta que he hablado con Beverly. La chica de recepción y mi mejor amiga y ella me ha recordado que soy una chica valiente a la que le gustan los retos.

Duncan le clavó la mirada con un punto de lo más salvaje y asintió porque él no tenía ninguna duda de que lo era:

—Así es exactamente como yo te veo…

—Esta situación es muy nueva para mí. Primero, porque en la vida he tenido sexo sin amor. Y luego porque tú eres un cliente y yo tengo como norma no mezclar trabajo y placer.

Duncan probó la verdura que estaba deliciosa y celebró que Anne estuviera abriéndose tanto con él:

—Entiendo perfectamente. ¿Y qué es lo que tienes decidido hacer? Hagas lo que hagas, seguiré pensando que eres la tía con más agallas que conozco.

A Anne le gustó que le dijera aquello y más después de haberse

mostrado vulnerable ante él:

—¿Sabes que nunca me permito mostrarme frágil con nadie? Jamás muestro mis emociones, siempre las tengo bajo control, pero contigo no sé qué me ha pasado que me he dejado llevar.

—¿Y te sientes mal por haberlo hecho?

Anne negó con la cabeza y reconoció porque era la verdad:

—Ha sido muy liberador. De hecho, ahora me siento mejor, como si hubiera soltado un lastre.

—A veces necesitamos soltar los fardos de excesiva carga emocional que llevamos.

—A mí me ha venido genial hacerlo, te agradezco que me hayas reconfortado tanto y que me hayas hecho sentir tan bien cuando estaba pasando una angustia terrible.

—Solo te he abrazado, nada más que eso.

—Me has hecho sentir muy protegida y es una sensación que no voy a olvidar. Gracias a ti, ahora cuando escuche truenos y se desate una buena tormenta, te prometo que ya no pensaré en ese día fatídico en la caravana, sino en esta tarde en Escocia, cuando un *highlander* rudo y valiente me llevó en brazos hasta un castillo de ensueño.

Duncan negó con la cabeza, quitándose importancia porque para él solo había hecho lo correcto y habló:

—Hice lo que sentí que tenía que hacer. Eres mi invitada, tenía que ponerte a cubierto lo antes posible y si mi acción además ha servido para generar un recuerdo bonito que borre el angustioso, miel sobre hojuelas.

Anne sonrió agradecida, le miró emocionada y le confesó:

—Has hecho algo muy especial por mí, Duncan. Y, a pesar de que jamás he hecho nada semejante, he decidido que voy a quedarme a pasar el fin de semana en el castillo.

Duncan sonrió feliz con la noticia, soltó los cubiertos y confesó aliviado:

—¡No imaginas la alegría que me da escuchar que quieres quedarte!

—Este viaje está siendo de lo más extraño, me subí en el avión pensando que iba a ser una pesadilla, pero estoy descubriendo una tierra que me tiene enamorada desde el minuto uno y te estoy

descubriendo a ti que eres mucho más de lo que yo pensaba.

Duncan sintió un mariposeo en el estómago y replicó con sinceridad:

—Yo tampoco pensaba que fuera a suceder esto, pero me apetece muchísimo compartir más tiempo contigo.

—Nunca he hecho nada parecido a esto y mucho menos con un cliente. Pero contigo voy a saltarme todas las normas y no tengo ni idea de lo que pasará, pero sé que no quiero marcharme de este castillo. Todavía no.

Duncan tragó saliva porque la entendía perfectamente:

—Este castillo tiene algo que hace que no quieras marcharte. Una de las cosas que más me preocupaba antes de venir era precisamente esto. Tomar la decisión de venderlo, que partió de mí, era fácil estando en Nueva York, pero estando aquí sabía que iba a ser todo muy diferente. Y eso es lo que me está pasando. Ahora que estoy en la casa de mis ancestros, en la sede de mi clan, se me están revolviendo demasiadas cosas por dentro y es como si fuera más consciente que nunca de mis raíces. Y aunque la esencia del clan la vamos a llevar siempre con nosotros en el corazón, estando aquí, pisando las tierras que siempre fueron nuestras, durante siglos, no puedo dejar de pensar en que a lo mejor la tierra y este castillo tiene mucha más importancia de lo que creo. Y, sobre todo, estoy dudando de si la decisión de vender es la correcta.

Anne estaba acostumbrada a que sus clientes tuvieran esa clase de dudas, si bien en el caso de Duncan lo entendía más todavía:

—Esas dudas son normales en cualquier proceso de venta. Sobre todo, en casas muy vividas y con demasiados recuerdos. Los clientes dudan mucho antes de vender, porque sienten que de alguna manera están dejando atrás una parte importante de ellos. Por mi experiencia sé que lo importante es lo que llevas en el corazón y que apegarse a las cosas demasiado no es bueno. Pero también sé lo importante que es tener un techo firme y sólido, un lugar que te recuerde quién eres, donde puedas descansar después de la lucha y que te dé inspiración y fuerzas para seguir adelante. Cuando cuento esto, muchos clientes me dicen que la casa donde viven ya no es ese lugar, que se les ha

quedado pequeña, que necesitan un jardín, que echan de menos no tener piscina interior o spa, que prefieren cambiar de zona porque les pilla más cerca del trabajo o de los colegios… En fin, esa serie de cosas que hacen que después de todo tomar la decisión sea algo hasta cierto punto lógico y consecuente. Pero en el caso de este castillo reconozco que tomar la decisión de vender tiene que ser algo muy complicado. Porque no vas encontrar un lugar en el mundo que te recuerde lo que eres y que sea más inspirador y más motivador que este.

Duncan resopló y agradeció muchísimo la sinceridad de Anne:

—Eso es lo que no paro de pensar. Y te agradezco tus palabras, porque hay que ser muy honesta para decir algo así, trabajando para la inmobiliaria y cuando además te estás jugando el ascenso.

—No puedo ser de otra forma, Duncan. Te digo lo que siento. Con mis clientes siempre soy así de sincera. Lo que sucede es que, en la mayoría de los casos, la venta siempre conviene porque es para mudarse a un sitio mejor que va a cumplir mucho más con sus sueños y expectativas. En tu caso es diferente…

—La principal motivación para vender el castillo fue el dinero. Mantener esto es muy costoso y es absurdo el gasto cuando ya no venimos por aquí. Estamos todos demasiado ocupados…

Anne dio un sorbo a su copa de vino y le dijo tras limpiarse la boca con la servilleta:

—A lo mejor ese es el verdadero problema…

Capítulo 19

Después de cenar, Duncan le propuso ver una película clásica, una comedia romántica, *La fiera de mi niña*, y cuando acabaron, él le confesó:

—¿Tú sabes la de tiempo que llevaba deseando hacer esto?

Estaban sentados en uno de los salones del castillo que tenía una pantalla de televisión enorme, unos sillones confortables, una alfombra mullida y colorida y una chimenea que hacía que el ambiente fuera muy acogedor.

—No me extraña. En este salón se está genial.

—Aquí nos solíamos juntar a ver películas y partidos de fútbol. Pedíamos pizza, comíamos palomitas, poníamos esto perdido y luego papá nos obligaba a limpiarlo. Era muy divertido.

—¿Tienes nostalgia?

—No es nostalgia. Tengo recuerdos muy bonitos de aquellos días, pero sé que el tiempo pasa y que hay que seguir con nuestras vidas. Lo que me sucede es que, desde que empezó mi carrera de actor en Hollywood, siento que va todo tan deprisa que no tengo ni tiempo para hacer cosas como esta.

—Te entiendo… Yo me paso el día trabajando y cuando llego a casa, lo que hago es seguir haciéndolo. No paro ni los fines de semana. Como los clientes están tan ocupados, siempre tengo que estar quedando con ellos los sábados y los domingos. En fin, para que te hagas una idea, tengo Netflix y no he visto entera ni una sola serie.

Duncan sonrió, ya que la entendía perfectamente y esa vida era una locura:

—Necesitaba esto. Parar un poco. Disfrutar de un whisky con Murray, de un picnic, de una buena lluvia en la cara, de una cena tranquila, de una película escuchando tu risa…

Anne asintió, porque no había parado de reír durante toda la película:

—Es una de mis películas favoritas.

—En su día fue un fracaso de taquilla, decían que era imposible empatizar con los protagonistas.

—Están todos locos, pero ¿quién no está loco en el mundo en el que

vivimos?

—Y retrata a la perfección lo que es enamorarse. Es eso que te sucede de repente y sin saber ni cómo ni por qué. Pero que pasa…

Anne sonrió, clavó la vista en la chimenea y replicó convencida:

—Y que te cambia todo.

Duncan asintió y la miró sintiendo algo muy extraño en el pecho porque eso era justo lo que él llevaba buscando toda su vida:

—Yo creo en eso. Yo quiero un amor justo así. Que llegue a mi vida y que lo cambie todo. Pero es muy difícil encontrar algo semejante y más con la profesión que tengo.

Anne, sin apartar la vista de la chimenea, le confesó con total sinceridad:

—Yo tampoco lo he encontrado. He estado enamorada de mis novios, pero en ningún caso salió bien. En mis dos primeros noviazgos decidimos dejarlo por aburrimiento, porque la relación estaba estancada, y el último me engañó.

—Yo antes de Jade salía con muchas chicas, pero con ella decidí sentar la cabeza. Me enamoré como nunca y sentí que había llegado el momento de comprometerme y formar mi propia familia. Estaba equivocado y te juro que ahora lo pienso y no paro de preguntarme cómo pude enamorarme de ella.

—Me pasa lo mismo con mi ex.

—Es lo peor del enamoramiento, se te nubla la razón y acabas metiendo a tu peor enemigo en casa —contó Duncan, que sabía bien de lo que hablaba.

—Menos mal que pudimos descubrir a tiempo quienes eran. Yo con mi novio también me planteé casarme y tener hijos. Y mira con lo que salió… Mejor descubrir su verdadero rostro durante el noviazgo que después cuando hay niños de por medio —aseguró Anne que agradecía haberse librado de su ex.

Duncan la miró y le dijo con una verdad absoluta en la mirada:

—Yo jamás te engañaría…

Anne le clavó la mirada, abrió más aún sus ojazos enormes y repuso sintiendo mariposas en el estómago:

—Ni yo.

—Lo sé porque no has dejado de decirme la verdad desde el momento en el que nos hemos conocido. Y eso me gusta muchísimo. La sinceridad es una de las virtudes que más valoro.

—Como yo —reconoció Anne—. Aunque me haya tocado escuchar que soy una estirada…

Duncan se echó a reír, se levantó a servirse un vaso de whisky escocés y le preguntó:

—¿Quieres? Es el mejor del mundo. Me lo trae Murray.

—Ponme muy poco. Solo para probarlo…

Duncan le sirvió el whisky, se lo ofreció y al cogerlo le rozó los dedos y ella sintió un estremecimiento súbito:

—Gracias —dijo Anne, y dio un sorbo para que no viera que hasta se había ruborizado con el roce de la piel.

—Nunca vas a probar un whisky como este. Y te lo digo, aunque me llames vanidoso y arrogante…

Anne sonrió y reconoció porque aquello no tenía parangón con nada:

—No me gusta demasiado el whisky, pero este es una auténtica maravilla.

Duncan se sentó junto a ella y con una voz absolutamente arrebatadora le dijo:

—La maravilla es que estés aquí…

—No sé qué hago tomando un whisky frente a una chimenea con un actor de Hollywood, pero no cambiaría mi puesto por nadie.

Duncan sonrió, con la mirada muy brillante y reconoció tajante:

—Yo tampoco. De hecho, no recuerdo cuando fue la última vez que me sentí tan a gusto con una mujer.

Anne se echó a reír y le recordó por si acaso lo había olvidado:

—Soy la misma chica a la que llamaste raspa.

—A mí ya no me raspas, Anne Brown.

Anne le clavó la mirada, pestañeó deprisa y replicó tras dar un sorbo al whisky y sentir cómo le abrasaba al bajar por la garganta:

—Contigo he bajado mis defensas.

—Y no tienes que temer nada por haberlo hecho.

—Aprendí muy pronto que la gente aprovecha tus debilidades para

hacerte daño. Por eso decidí que lo mejor es ir por la vida con la coraza puesta…

—Los guerreros van con la coraza puesta, pero cuando llegan a casa se la quitan. Tú puedes hacerlo aquí, estás en casa y puedes descansar en mi pecho —le dijo Duncan, llevándose la mano al corazón.

Anne se estremeció entera, porque las palabras de Duncan le llegaron demasiado adentro…

—A veces me siento tan agotada que me tiraría el día entero en la cama. Pero no me permito descansar ni los domingos. Supongo que es porque me ha costado mucho conseguir lo que tengo y porque en el fondo tengo pánico a perderlo todo, como me pasó cuando era niña y papá se marchó dejándonos sin nada.

—Eres una mujer inteligente, trabajadora y competente, jamás te va a faltar nada. No obstante, entiendo tus temores…

Anne se mordió el labio inferior y musitó sintiéndose un poco mal:

—No sé qué hago contándote estas cosas, que jamás hablo con nadie.

—Porque a lo mejor llevas demasiado tiempo callándotelas y necesitas contarlas a alguien. Desahogarse es bueno, Anne.

—Son temores que tengo sepultados en el fondo de mi alma y que jamás he compartido con nadie. Todos creen que soy una mujer fuerte y muy segura de mí misma…

—Y lo eres. Yo te veo exactamente así.

—Lo soy, pero…

Anne no pudo terminar la frase porque se escuchó un trueno muy fuerte y ella sintió un escalofrío que le hizo dar un respingo.

—Otra vez está aquí la tormenta. ¡Ven! —le pidió Duncan a Anne.

Duncan apuró su whisky, la abrazó fuerte y ella le dijo tras hacer lo mismo con su bebida:

—Estoy bien, pero no dejes de abrazarme.

Anne se abrazó a él, cerró los ojos y escuchó cómo fuera llovía a cántaros y empezaba a tronar cada vez con más fuerza.

—Eres muy fuerte, Anne. Es normal que tengas esos temores por el pasado tan duro que te ha tocado vivir…

Anne con la cabeza apoyada en el pecho de Duncan, le contó algo

que tampoco le había confesado a nadie:

—De vez en cuando sigo teniendo pesadillas con aquella tormenta horrible en la que nos arrastró la riada. Y suelo despertarme gritando y bañada en sudor… Y no es algo que me haga sentir orgullosa precisamente, al revés me hace sentir tan frágil que jamás me he atrevido confesárselo a nadie.

—No tienes nada de lo que avergonzarte. Al revés, tienes que sentirte muy orgullosa por haber sabido salir de esa situación tan complicada y darle a tu madre un verdadero hogar. Y en cuanto a las pesadillas, es la forma que tiene la mente de recordarnos que esos viejos traumas están ahí y que debemos de trabajar para superarlos.

—Yo creo que lo estoy haciendo, porque es la primera vez en mi vida después de que sucedió aquel incidente que estoy escuchando truenos y rayos sin parar y me siento segura.

Duncan sintió que se le ensanchaba el pecho de felicidad y le dijo para que se tranquilizara del todo:

—Aquí estás segura, en el castillo Macpherson jamás te pasará nada…

Anne sonrió y habló con la mirada más dulce que Duncan había visto en su vida:

—Más que el castillo, me parece que es tu abrazo el que me calma.

—Has encontrado la calma en mi abrazo, porque tú has permitido que así sea. Tú eres la valiente, en ti está la fuerza, tú puedes hacer frente a todas las tormentas que vengan, porque eres muy grande, preciosa. Y perdona por llamarte así.

Anne sonrió, le miró a esos ojos verdes que brillaban como nunca y susurró:

—Me gusta que me llames así…

Capítulo 20

Duncan le acarició el pelo, la miró con ternura y le dijo con la voz tomada por la emoción:

—Si supieras la de veces que he soñado con tener esta clase de intimidad con una mujer…

—Yo jamás pensé que me abriría así con alguien, justo como lo estoy haciendo contigo. Pero lo necesitaba, porque me siento bien.

—Y tú me haces sentirme tan bien que este castillo parece que fuera nuestro verdadero hogar. Como si lleváramos aquí toda la vida juntos…

Anne alzó la cabeza del pecho, le miró a los ojos, luego a la boca y musitó:

—No sé qué es lo que está pasando, pero voy a dejarme llevar…

Duncan también fijó la mirada en la boca carnosa, acercó los labios a los de ella y susurró:

—Y yo me muero por volver a besarte…

Anne pegó los labios a los de él, los besó y luego abrió la boca que él penetró con una voracidad y una urgencia que hizo que ella sintiera un hormigueo intenso en su sexo.

Las lenguas se enredaron, perdieron la cordura con ese beso que los dejó sin aliento y cuando Anne gimió al separar las bocas, él volvió a besarla con más ganas y más hambriento.

Y fue tanto el ímpetu que Anne acabó tumbada en el sofá con él encima, que no dejaba de presionar el miembro durísimo contra el sexo húmedo de ella.

Anne con un deseo infinito, se agarró fuerte a las caderas de Duncan y comenzó a frotarse contra la dureza mientras no paraban de besarse apasionados.

—¿Sientes cómo me pones, Anne? ¿Notas mi dureza? Tienes un poder absoluto sobre mí…

Anne sin dejar de restregarse contra el pene durísimo, profirió un gemido que él ahogó con un nuevo beso, mucho más exigente y duro.

—Dios, Duncan… —musitó después de que la besara, y sintiendo un rayo de placer extremo que nacía del centro de su sexo.

—Estás muy mojada y quiero probarlo, deseo saber a qué sabes…

Anne sintiendo que los pezones se le iban a disparar de lo duros que lo tenían, se quitó la camiseta y se quedó en sujetador que él le quitó con una pericia tremenda.

Se notaba muchísimo la experiencia que tenía en esas lides y Anne supo que ese hombre era un amante extraordinario cuando se metió un pezón duro en la boca y lo mordisqueó de un modo tan exquisito que sintió un placer infinito en el mismísimo clítoris.

Luego, siguió con el otro pezón y después bajó a lengüetazos hasta el sexo que mordió a través de la fina tela de las braguitas.

—Me gusta tu olor, Anne. Me gusta muchísimo…

Y tras decir esto, le bajó las braguitas, las arrojó al suelo y luego le separó las piernas, recorrió con la lengua la cara interior del muslo y acabó enterrándola en el centro del placer de Anne, que jadeó derretida de placer.

Después, Duncan comenzó a devorar la vulva, a lamerla, a chupetearla, a mordisquear sutilmente el clítoris con los dientes y, en definitiva, a hacerle de ese modo el mejor sexo oral que Anne había recibido en su vida.

Duncan era un amante generoso y hambriento, que la devoraba entera, demorándose en cada pliegue y procurándole un placer que le hizo estremecerse entera cuando enterró dos dedos en su interior y tras curvarlos un poco accedió justo a ese punto infinito de placer.

Anne gimió, se pellizcó los pezones con fuerza de lo excitada que estaba, y él comenzó a estimularle ese punto al tiempo que ella pensaba que ese hombre había sabido encender el fuego que tenía dentro como nadie.

Porque gemía, gritaba, arqueaba la espalda, se tiraba de los pezones y le pedía más y más, y Duncan se lo daba.

La penetraba con los dedos, le estimulaba el punto G, le acariciaba con la lengua el clítoris durísimo, haciéndole arder la sangre de tal manera que Anne sintió que no iba a poder aguantarlo mucho más.

Más que nada porque sintió una descarga muy fuerte en su sexo y después una oleada de sensaciones tan eléctricas y tan extremas que desembocaron en un duro latigazo en el clítoris, que él mordisqueó sutil con los dientes y ya sí que Anne no pudo resistir más y acabó

sucumbiendo a un orgasmo que la hizo gritar como nunca se había permitido hacerlo.

Luego, un trueno muy fuerte se escuchó como si estallase contra las paredes del castillo y Anne rompió a llorar, desbordada por todo.

Duncan se tumbó a su lado, le retiró las lágrimas con los dedos y le preguntó:

—¿Qué pasa, preciosa?

Anne todavía con la respiración acelerada por el orgasmo, le miró y le confesó:

—Nunca me he dejado llevar tanto…

—Tú siente. Y no te preocupes por nada más. Y exprésate como te apetezca.

—En la vida había gritado así en el sexo. Claro que jamás me habían hecho un cunnilingus como este…

Duncan la besó en la boca con pasión y fuego, luego descendió con la mano hasta el sexo húmedo, hundió nuevamente dos dedos en el estrecho y ardiente interior y confesó:

—Me gusta el sexo. Y me gusta la sensación de que tu placer me pertenece…

Duncan comenzó a penetrarle el sexo con los dedos, a estimularle su punto del placer y Anne creyó que iba a volverse loca de deseo.

Duncan sabía darle placer como nadie y más cuando la llevó a un punto en el que se sintió tan invadida por tantas sensaciones extremas y exquisitas que él solo tuvo que pulsar el clítoris unas cuantas veces para arrancarle otro orgasmo esta vez más intenso todavía:

—Cómo aprietas mis dedos, preciosa. ¡Me encanta ver cómo te corres para mí!

Y no solo eso, porque Duncan la notó tan dispuesta y preparada que decidió que podían ir a más y volvió a masturbarla.

La penetró con los dedos, estimulando su punto, duro, implacable y con tanta contundencia que no solo le provocó otro orgasmo, sino que la llevó a tal cota de placer que ella sintió que se rompía en mil pedazos y lo hizo porque para su asombro más absoluto, pues jamás había experimentado nada igual, se derramó por completo.

Luego, Duncan la besó en los labios y ella, que aún estaba con la

respiración agitada y el corazón bombeándole muy fuerte, quiso devolverle el placer y le desabrochó los pantalones.

Fue entonces cuando Anne se percató de que Duncan tenía tatuado el lema de su clan justo en la base del pubis y lo acarició con la yema de los dedos, en tanto que Duncan se liberaba de la camisa.

—Me encanta tu tatuaje —dijo Anne, fascinada.

Y, a continuación, sacó la erección del calzoncillo, se arrodilló ante él y se metió el glande en la boca.

Él cerró los ojos y gruñó al sentir la boca cálida y los labios sedosos rodeando su sexo.

Luego notó como la mano suave de Anne sostenía la base de su miembro y comenzaba a chuparle el glande con auténtico frenesí.

Duncan le agarró de la cabeza con ambas manos y ella le miró con un fuego y un deseo que hizo que se pusiera más duro todavía.

Anne al notar la respuesta a sus caricias, sintió un latigazo muy fuerte en su sexo que aún palpitaba con las contracciones orgásmicas y se metió hasta el fondo el miembro duro de Duncan.

Duncan gimió al sentir que ella le atrapaba entero con su boca. Y le erotizó mucho más notar esa calidez, esa humedad y esa suavidad y comenzó a penetrarla, a entrar y a salir dentro de ella.

Primero fue suave y lento y poco a poco fue yendo a más, clavándose más y más dentro hasta que las mandíbulas de Anne se tensaron al máximo y se puso al borde de la arcada.

Pero le dio lo mismo, quería sentirle así, quería que experimentara el mismo placer que él le había dado, quería que se corriera con su boca.

Así que siguió subiendo y bajando por el tronco, aceptando, lamiendo, chupando, hasta que él sintió que ya no podía más, que una fuerte corriente eléctrica empujaba por la base de su espalda y le pidió a gritos que se saliera.

Ella lo hizo, él agarró el miembro por la base y descargó un potente y viscoso chorro sobre los pechos redondos y turgentes de Anne.

Ella, que recibió la descarga como una corriente de placer infinita que sacudió fuerte su sexo, se llevó las manos a los pechos y comenzó a extenderse las esencias de Duncan.

Él jadeante, sudoroso y exhausto, se quedó fascinado al ver cómo ella recibía su placer de esa manera tan *sexy* y cómo los pezones tan duros estaban rebosantes de sus esencias.

Luego, Anne le miró, se pasó la lengua por los labios y él sintió que estaba ante una auténtica diosa.

—Anne, eres un sueño.

Anne que en la vida había disfrutado tanto del sexo, le miró estremecida y musitó:

—Contigo hago cosas que jamás me había atrevido hacer.

—Haz lo que desees, preciosa.

—Es la primera vez que alguien se derrama sobre mis pechos, es la primera vez que yo me derramo entera…

Duncan posó el dedo índice sobre los labios sedosos de Anne, los recorrió con el dedo y musitó:

—Podemos disfrutar tanto juntos…

Anne abrió la boca, aceptó el dedo por completo en su interior y Duncan jadeó porque sabía que la noche solo acababa de empezar…

Capítulo 21

Después de un baño en el jacuzzi en la habitación de Duncan, él la llevó a su cama donde se tumbaron juntos…

—No puedo creer que esté en tu cama —le dijo Anne con una sonrisa enorme.

—No me gustaría que estuvieras en ningún otro sitio.

Duncan le dio un beso de lo más *sexy* en el cuello, ella gimió y replicó:

—No quiero estar en ninguna otra parte.

Fuera seguía lloviendo a cántaros y los rayos y los truenos no cesaban…

—Y de verdad que lamento este tiempo. Si quieres ponemos música para librarnos por un rato de los truenos.

Anne se apretó contra él, le besó en los labios y confesó:

—Esta ha sido la mejor terapia de choque que podía recibir.

Duncan se pasó la punta de la lengua por los labios y con la mirada encendida de deseo le preguntó:

—¿Quieres que te folle como nunca te lo han hecho para que asocies los truenos al mejor polvo de tu vida?

—Si me llegas a decir esto antes de besarme o de hacerme sexo oral, habría pensado que eres un fanfarrón y creído de tomo y lomo, pero ahora que sé cómo te las gastas, no me queda más remedio que decirte que sí. Porque estoy segura de que me lo vas a hacer como nadie y sé que vas a acabar con mi maldito miedo a las tormentas de una vez por todas.

Duncan se pegó completamente a ella, sintió su calor y la humedad de la vulva que frotó con su pene y le dijo:

—Quiero que a partir de ahora asocies las tormentas a la pasión y al deseo que te invadió por completo una noche en las Highlands. Me encantaría que, a partir de hoy, cada vez que escuches un trueno, recuerdes la noche en la que te hice el amor con todo el fuego que arde dentro de mí.

Anne gimió al sentir el miembro duro frotándose contra su sexo y musitó:

—No voy a olvidar esta noche nunca, *highlander*. Te prometo que no

lo voy a hacer…

Duncan la agarró entonces por el cuello, le devoró la boca y luego le dijo para que se quedara tranquila:

—Me hago controles y siempre practico el sexo seguro.

—Yo igual.

—Tengo los resultados de mi última analítica en el teléfono móvil. Espera un segundo que te lo enseño…

Anne negó con la cabeza, porque sabía que ese hombre era incapaz de mentir con algo tan importante y repuso:

—No hace falta. Sé que no jugarías con algo tan serio.

Duncan le agradeció la confianza con otro beso, luego sacó de la cartera que tenía en un cajón de la mesilla un preservativo y le aseguró:

—Nunca haría nada que pudiera perjudicarte, preciosa.

Anne con los ojos brillantes, asintió y susurró excitada de solo ver cómo Duncan rasgaba el envoltorio dorado:

—Ni yo a ti.

Duncan sacó el preservativo, se lo enfundó y se tumbó al lado de ella mirándola con un punto de ternura y de lujuria a la vez en la mirada:

—Lo sé, Anne. Nos conocemos desde hace nada, pero siento que te conociera desde siempre. Y confío en ti. Sé que jamás harías nada que pudiera hacerme daño.

Anne asintió, acercó los labios a los de él y él se apoderó de la boca carnosa, devorándola con auténtica posesividad.

Luego, descendió con la mano hasta el sexo de Anne, comprobó que estaba lista para recibirle y se colocó sobre ella mientras le mordisqueaba el cuello y las clavículas.

Anne gimió y confesó deseando tenerle dentro de ella de una vez por todas:

—Me muero por hacerlo contigo, Duncan…

Duncan la miró con el corazón latiéndole con fuerza, tanteó la entrada y se deslizó poco a poco dentro de ella.

Anne gimió de deseo y un poco de dolor. El miembro de Duncan era grande, pero se aferró fuerte a las nalgas apretadas y duras, pues no

quería que por nada del mundo se apartara de ella.

—Eres muy estrecha, Anne —dijo Duncan tras introducirse hasta el fondo.

Ella gritó, arqueó la espalda y él se quedó quieto. Se miraron y los dos sintieron que el corazón se les iba a escapar por la garganta.

La conexión era perfecta y la sensación de fusión tan potente que Anne musitó temblando:

—Quédate un momento así, deja que mi cuerpo se adapte a ti. Quiero tenerte muy dentro, quiero sentirte tanto que lo llenes todo.

Duncan la besó en la boca, le mordisqueó los labios, volvió a hundir la lengua hasta el fondo y luego la enroscó con la de ella hasta hacer el beso abrasador.

—Estoy muy dentro de ti y nunca nadie me apretó tan fuerte.

Anne gimió, le besó y él descendió después hasta los pezones que succionó hasta provocar que ella sintiera una descarga eléctrica en el clítoris.

Anne gritó, apretó fuerte las nalgas de Duncan y este notó perfectamente cómo el interior de ella iba cediendo poco a poco.

—Házmelo, Duncan, te lo ruego…

Un trueno sonó muy fuerte, ella se sobresaltó, Duncan se salió del estrecho interior y volvió a enterrarse despacio al tiempo que le decía:

—Estás a salvo. Estás conmigo. Y te voy a hacer el amor como solo un *highlander* sabe hacerlo.

La besó como nadie y comenzó a penetrarla despacio y profundo, y a hacer encajar los cuerpos que parecían hechos para acoplarse el uno al otro.

Y los gemidos, los chasquidos de los cuerpos y la tempestad que descargaba fuera se fusionaron en una especie de ruido de fondo que los envolvió de un modo que no era amenazante.

Porque volvió a sonar otro trueno y Anne ya no se sobresaltó, sino que se aferró más fuerte a Duncan que al notarla mucho más dilatada, decidió cambiar el ritmo y comenzó a hacérselo más fuerte y más rápido.

Y Anne creyó que iba a ser incapaz de soportarlo, que iba a romperse en mil pedazos, aunque el placer fuera infinito…

Pero Duncan sabía bien lo que hacía y siguió penetrándola para que gozara como nunca, hundiéndose duro y contundente, arrancándole unos gemidos que le excitaron mucho más y que le llevaron a pedirle que cambiaran de postura porque necesitaba mucho más de ella.

Así que le pidió que se sentara encima de él a horcajadas, ella lo hizo, se enterró el miembro enorme hasta el fondo y él le pidió con la voz ronca de lo excitado que estaba de verla sentado encima de él, con los pezones de punta y la boca abierta de puro deseo:

—Cabálgame, preciosa.

Anne le dio un lametazo en los labios, le besó desesperada y comenzó a mover sus caderas, en tanto que Duncan le daba pellizcos sutiles en los pezones durísimos.

Y empezaron a hacerlo en esa postura, hasta que ella sintió que estaba preparada para incrementar el ritmo y lo hizo.

Comenzó a agitar las caderas más fuerte y a hacer que Duncan jadeara preso de un placer indescriptible.

Más que nada porque Anne se lo estaba haciendo como nadie, entregada por completo y con las manos apoyadas en el torso fornido mientras era la auténtica dueña y señora de su placer…

Y en agradecimiento, Duncan la agarró fuerte de las caderas y empezó a moverlas para ayudarle a hacer el ritmo más firme y duro, más implacable, tanto que Anne sintió un latigazo fuerte en el clítoris debido al entrechoque de los cuerpos y luego una oleada de placer inmenso que hizo que estallara en un orgasmo que provocó que gritara en medio de esa noche de tormenta.

—Eres una diosa, Anne…

Duncan la agarró por la nuca, calló el grito con un beso y sintió un placer absoluto cuando los músculos internos de ella empezaron a apretarle muy fuerte…

—Córrete para mí, Anne. Así… Muy duro…

Y tras decir esto, y sin parar de notar los espasmos orgásmicos, la penetró un par de veces hasta el fondo y él también estalló con el corazón desbocado.

Luego, se quedaron mirándose, sudorosos, jadeantes y saciados, y él aún pudo sentir las sutiles contracciones que eran cada vez más

suaves.

—Me encanta sentir cómo tu sexo me aprieta para sacármelo todo.

—Es que lo quiero todo. Quería toda tu leche… —susurró Anne.

—Ya la tienes. Es para ti.

Anne se mordió los labios, sonó un trueno que hizo retumbar las paredes y le dio lo mismo. Ni se inmutó.

—Me da igual todo. Que fuera truene y que caiga la mundial. Estoy como en una nube de la que no pienso bajarme.

Duncan tiró con cuidado de ella para que se tumbara sobre él…

—Pégate a mí que quiero sentir tu piel, pero no te salgas aún que necesito seguir dentro de ti.

Anne se tumbó sobre el cuerpo de Duncan que era un amasijo de músculos perfectos, aspiró su delicioso aroma a hombre a pesar del sudor y de los fluidos y musitó:

—Aquí me tienes. Soy toda tuya.

—Y yo todo tuyo. Y tenemos un largo fin de semana por delante en el que vamos a trabajar muy duro para que superes tu trauma. He visto los pronósticos del tiempo y el temporal va a durar hasta el lunes.

Anne sonrió, le besó suave en los labios y repuso con los labios pegados a los de él:

—¿Temporal? ¿Qué temporal? Ya ni escucho los truenos…

Y los dos se echaron a reír, con una complicidad que parecía que se conocieran desde hacía siglos…

Capítulo 22

Después de pasarse la noche haciendo el amor, durmieron por la mañana sin que nadie los molestara.

Luego, despertaron, se ducharon juntos y bajaron al comedor para comer algo mientras veían como caía una espesa cortina de lluvia por los grandes ventanales del castillo…

—Amo este lugar —dijo Anne mientras se comía una tostada con aguacate y tomate.

—Es muy hermoso y contigo lo es más todavía —habló Duncan tras beberse el zumo de naranja del tirón.

—Eso se lo dirás a todas, *highlander* —replicó Anne que esa mañana había amanecido radiante.

—Eres la primera chica que con la que tengo sexo en el castillo.

Anne arrugó el ceño y replicó porque recordaba haberle escuchado que Jade había estado allí:

—¿Y Jade?

Duncan resopló y confesó, pues con ella se abría como no lo había hecho con nadie, ni siquiera con Murray:

—A Jade le encantaba utilizar el sexo para dar premios y castigos. Y la mayor parte del tiempo me castigaba sin sexo, obviamente. Excepto los primeros tres meses de relación, el resto del tiempo lo hicimos poco y mal. No era una mujer generosa en ningún ámbito… Y no sabes lo mal que me siento al contarte esto. Es la primera vez que lo hablo con alguien y sé que da una pésima impresión hablar mal de la ex. Pero es lo que viví y me siento contigo lo suficientemente cómodo como para contártelo.

Anne dio un sorbo a su vaso de zumo de piña y asintió al entenderle perfectamente:

—Como tú dijiste todos necesitamos desahogarnos. Y no tienes nada que ver con esos tíos que echan la culpa de lo que pasó a las ex para eximirse de culpas y quedar como víctimas. Tú me has contado lo que viviste y sé que fue tal y como lo cuentas.

Duncan cogió una manzana roja, le dio un buen mordisco y le agradeció sus palabras:

—Gracias por creer en mí. Es un tesoro que no imaginas cuánto

aprecio. Y sí, te lo vuelvo a repetir, eres la primera chica con la que he hecho el amor en este castillo y es algo que no voy a olvidar jamás.

Anne que estaba mordisqueando su tostada, sintió mil mariposas en el estómago y confesó:

—Yo tampoco lo voy a olvidar.

Duncan mordió otro poco de manzana, le clavó esa mirada de un verde salvaje y dijo:

—En este castillo he vivido momentos muy felices, pero lo que ha pasado esta noche se lleva la palma.

Anne bajó la voz por si el personal de servicio aparecía para traer o llevarse cualquier cosa de la mesa y susurró:

—Es la primera vez en mi vida que me paso la noche entera haciendo el amor.

Duncan se alegró, pero no por vanidad sino porque esa chica se merecía que la amaran con todo, entregándose al máximo como él había hecho esa noche:

—Esta noche repetiremos…

Anne tras fijarse en que no aparecía nadie en el comedor cuchicheó:

—Eres un amante magnífico. No me extraña que las tías se mueran por estar contigo. Debe haberse corrido la voz de lo bueno que eres en la cama…

—No tengo ni idea de cómo soy en la cama. Solo sé que quería abrazarte, que quería protegerte, que quería que te sintieras segura y que quería demostrarte lo muchísimo que ardo por ti. Me pones como nadie, Anne.

Anne abrió los ojos como platos, se terminó su tostada y farfulló:

—¿Yo? Quiero decir que no tengo nada que ver con esas chicas con las que tú sales…

—Esas chicas no tienen ni la mitad de tu fuego, ni de tu pasión, ni de tu entrega, ni de tu generosidad. Lo das todo. Y permites que yo te entregue todo lo que tengo que darte. Nunca he conocido a nadie como tú. Y además tienes que saber que eres una mujer *sexy* y preciosa. No tienes nada que envidiar a esos cuerpos de plástico…

Anne cogió una loncha de pavo asado, se la puso en el plato y le pidió:

—No hace falta que exageres, Duncan. Sé que has estado con muchas mujeres y seguro que todas son más experimentadas que yo. Solo he estado con tres chicos y ninguno era un amante tan bueno como tú. Así que imagino que lo mío será de lo más normalito…

Duncan arrugó el ceño porque le daba rabia que a Anne le costara entender lo que había significado esa noche para él:

—Por mucho que te empeñes no pienso decirte que eres una más, porque no es cierto. No te pareces a ninguna. Eres apasionada, entregada, generosa y muy dulce. Una diosa. Una mujer fascinante dentro y fuera de la cama. Porque lo mismo disfruto contigo en la cama, que en el comedor compartiendo este desayuno a las tantas del día.

Anne tras probar el pavo que estaba delicioso le contó, pues estaba que ni se lo creía:

—Es la primera vez en la vida que me despierto a estas horas. ¡Qué horror!

—¿Horror por qué? —preguntó Duncan que empezó a comerse unos huevos revueltos.

—Porque tengo tan metido dentro que no debo perder el tiempo, que tengo que trabajar duro, que me siento hasta un poco culpable por haber dormido hasta estas horas.

—¡Necesitas relajarte un poco y desconectar! ¿Y cómo no nos íbamos a levantar a estas horas, si hacía ya un buen rato que había amanecido cuando decidimos hacerlo otra vez?

—Eres una máquina. No sé cómo aguantas tanto —susurró Anne, un tanto ruborizada.

—Tú más, porque te corriste más veces que yo…

—Perdí la cuenta.

Duncan la miró con una mirada lobuna que hizo que la sangre de Anne ardiera y masculló:

—Y lo mejor es que sigo teniendo tantas ganas de ti que ahora mismo te tumbaría en la mesa, te arrancaría otro orgasmo con la lengua y te la metería hasta que te corrieras otra vez.

Anne no pudo replicar nada, porque Ralph apareció en el comedor para preguntar si necesitaban alguna cosa y, cuando se quedaron a

solas de nuevo, ella dijo apurada:

—Madre mía, ¿nos habrá escuchado?

—No te preocupes. Ralph es el hombre más discreto que conozco. Y el más eficiente, no hay más que ver cómo funciona el castillo. Y hablando del castillo, he estado pensando que a lo mejor si me hago unas fotos con el *kilt* de mi clan y una americana podría ayudar como argumento de venta. Ya sabes que los *highlanders* están siempre de moda y tienen mucho tirón.

Anne se terminó el pavo y preguntó porque estaba sorprendida con lo que le estaba proponiendo:

—¿Quieres salir en las fotos que utilicemos para la venta del castillo vestido como el típico *highlander*?

—No quiero que saques mi rostro. Siempre me he negado a retratarme en el castillo. Me lo han pedido medios y marcas, pero he defendido mi intimidad con uñas y dientes. Con todo, sí considero que quedarían muy chulas las fotos del castillo con un *highlander* de espaldas…

Anne lo vio claramente y encontró que la imagen podía ser de lo más potente:

—Sin duda puede ayudarnos a vender…

—En cuanto terminemos, me cambio de ropa y hacemos las fotos. Acabo de consultar el pronóstico del tiempo y he visto que va a parar de llover durante un par de horas. Podemos aprovecharlas para hacer las fotos y después ir al pueblo para que lo conozcas. ¿Te apetece el plan?

Anne que se moría por ver a ese hombre vestido como un *highlander*, sonrió y exclamó:

—¡Me encanta!

—Y a mí me encanta tu entusiasmo y tu energía.

—¡Energía de raspa! —le recordó Anne, arqueando una ceja.

—Energía de mujer seria y profesional que le gusta implicarse a fondo en lo que hace. Y energía de mujer maravillosa que está abierta a que le pasen cosas.

Anne se puso un tanto nerviosa con eso de estar abierta a que le pasaran cosas y dijo un tanto borde, como siempre que se sentía un

poco desbordada:

—La idea desde luego que me ha parecido estupenda, como también la de visitar el pueblo para hacer unas cuantas fotos y mostrar a los clientes qué pueden ofrecerle los alrededores…

A Duncan las palabras de Anne le sentaron como si le hubieran arrojado un jarro de agua fría y confesó para que supiera cuáles eran sus intenciones:

—Tú piensa en los clientes, yo lo que quiero es mostrarte el pueblo que es tan importante para mí con el fin de que puedas seguir conociéndome un poco más y de mostrarme tal y como soy.

A Anne le pareció bien que quisiera mostrarse tal cual era y que no le exigiera a ella absolutamente nada. Eso le hizo relajarse, ya que prefería que las cosas siguieran avanzando como lo habían hecho hasta ese momento, en el que ella había ido abriéndose según le apetecía y se había dejado llevar sin más. Así que lo replicó fue…

—Podemos hacerlo todo…

Y Duncan respiró un tanto aliviado porque de nuevo estaba sintiéndose conectado con ella…

Capítulo 23

Cuando Duncan apareció ante Anne vestido con una americana a medida en la que era fácil adivinar el potente torso y el *kilt* con los colores del clan Macpherson, ella sintió que se licuaba entera.

—¡Dios! Con un argumento de venta así, la gente va a comprar el castillo y lo que haga falta.

Duncan frunció el ceño porque no le hacía mucha gracia lo que acababa de decir Anne:

—Y es esa la razón por la que siempre me he negado a que me vean vestido así. No quiero que se comercialice ni que se juegue con lo más sagrado que tenemos. Y tampoco quiero que se frivolice…

Anne se mordió los labios, se echó la cámara al hombro y le dijo para que no se agobiara:

—Con las fotos que tengo es suficiente. No hace falta que poses.

Duncan asintió y le explicó para que supiera qué era lo que le sucedía:

—En este caso, sí que me parece conveniente hacerlo porque vamos a utilizar la imagen para vender el castillo. Y es lógico que aparezca un *highlander* ya que es la esencia de esto. Lo que no soporto es cuando quieren aprovechar el tirón que tienen los *highlanders* y nuestros símbolos para vender colonias baratas o revistas de chismes apestosos.

Anne le entendió perfectamente y le aseguró para que se relajara del todo:

—Solo te voy a hacer fotos de espaldas y con el castillo al fondo. Y se utilizarán exclusivamente para el catálogo de venta de la inmobiliaria.

—Lo sé, Anne. Y me fío absolutamente de ti. Sé que jamás me traicionarías. Y si quieres sacarme unas cuantas fotos para ti, de recuerdo de estos días, no tengo ningún inconveniente…

A Anne la idea le gustó tanto que asintió y Duncan acabó posando sentado en un sillón con solera, que debió conocer al primer Macpherson y con una actitud que no podía ser ni más guerrera ni más *sexy*.

Anne se puso a disparar y él no dejó de mirarla, con esa mirada

suya tan intensa, tan cargada de intención, y ese magnetismo que irradiaba del que era imposible escapar.

—Me encanta el tartán verde y amarillo. Es una combinación de colores preciosa —dijo Anne, alabando los colores del clan Macpherson.

Duncan dejó de posar, la miró y le contó al tiempo que se ponía de pie:

—Y a mí. Es la combinación que más me gusta. Si tuviera que elegir una, elegiría justo esta. Y no imaginas lo bien que me siento con el *kilt*. Es como si me salieran raíces que me apegaran más fuerte aún a la tierra. Y es jodido, Anne Brown. Muy jodido.

—Me puedo hacer una idea de la cantidad de sensaciones, emociones y pensamientos que te tienen que rondar y que deben hacerte dudar más todavía sobre si la decisión de venta es la adecuada.

Duncan resopló, ya que eso era justo lo que le estaba pasando y estaba bastante confundido:

—Así es. Y por si ya no tenía suficientes recuerdos maravillosos asociados a este castillo, de repente apareces tú y me regalas los días más perfectos que he podido tener en este sitio.

—Lo que ha pasado entre nosotros no tiene ninguna importancia —se apresuró a decir Anne.

Algo que le sentó fatal a Duncan que la miró sorprendido y le preguntó:

—¿Para ti no tiene importancia? Porque para mí la tiene toda.

—¡Pues imagina para mí que me has ayudado con mi trauma! ¡Claro que significa mucho para mí estar aquí estos días contigo! Pero a lo que me refiero es a que no debe importar nada esto nuestro, a la hora de que tomes la decisión de vender.

Duncan se echó el pelo abundante hacia atrás, en un gesto que resultó de lo más *sexy*, como todo él y replicó:

—Todo importa. Y tú ya formas parte de esto. Pero bueno, hemos tomado en familia la decisión de vender y a pesar de mis dudas supongo que lo que debemos hacer es seguir adelante. Así que vamos afuera a que me hagas unas bonitas fotos en el exterior. A la gente le

encanta ver a un tío con falda y preguntarse si lleva algo debajo…

Anne se echó a reír, Duncan se dirigió hasta la puerta y ella le siguió mientras decía:

—Es una pregunta que a veces se suele por pasar la cabeza…

Duncan abrió la puerta de la casa, se quedó mirando hacia fuera y le pidió a Anne:

—Hazme una foto así, de espaldas, mirando al exterior.

Anne lo hizo. Cogió la cámara, se puso a disparar sin parar y cuál no fue su sorpresa que de repente Duncan que estaba de espaldas a ella, sin mostrar el rostro, se giró y para su pasmo más absoluto la miró, se levantó la falda y le mostró su impresionante culo apretado y redondo.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Qué haces, Duncan?

—Despejar tus dudas.

—¡Voy a borrar ahora mismo estas fotos! ¡Me has enseñado el culo de repente y he disparado unas cuantas fotos!

Duncan se bajó la falda, se acercó a ella, divertido por la gamberrada y le pidió:

—Son fotos única y exclusivamente para ti. Un recuerdo muy personal que quiero que te lleves de Escocia.

—Yo creo que lo mejor es que las borre, Duncan —dijo Anne, un tanto azorada.

Sin embargo, Duncan la agarró por los hombros, la besó en los labios y le pidió:

—Quiero que te las quedes. Es un recuerdo de un momento simpático. Y sé que contigo mi imagen está a buen recaudo.

—Por descontado. No pienso mostrárselas a nadie. Aunque el universo entero pagaría lo que fuera por verlas.

—Pues no es por vanidad, o a lo mejor sí, pero por una foto mía enseñando el culo y vestido de *highlander* posiblemente te pondrían delante un cheque en blanco.

Anne tenía tan claro que ella jamás comercializaría con algo así que le aseguró rotunda:

—Jamás vendería tu intimidad a nadie. Me parece algo asqueroso, indecente y sucio. Y no borro las fotos, porque tú me lo has pedido.

Pero te juro que jamás verán la luz…

Duncan la volvió a besar dulce en la boca y musitó con los labios pegados a los de ella:

—Lo sé, preciosa. Y si he dejado que me retrates así es porque confío absolutamente en ti. Esto jamás lo habría hecho con otra persona. Solo contigo. Conozco muy bien los principios y valores que tienes y sé que jamás me traicionarías.

Anne asintió agradecida de que confiara tanto en ella y replicó:

—Nunca, Duncan. Te doy mi palabra de que tu intimidad está a salvo conmigo.

Duncan la agarró por la nuca con una mano y le dio un beso de los suyos, salvaje, profundo y arrebatador y, luego, cuando los dos estaban casi sin aliento le dijo:

—Contigo me siento a salvo siempre, Anne. Así que no hace falta que me prometas nada…

Y se lo dijo con una verdad en la mirada y una fuerza que creyó que se iba a derretir entera.

Seguidamente, salieron de la mano al exterior y Duncan propuso que Anne le retratara desde lo alto de la loma que estaba junto al castillo y a ella le pareció genial.

Así que Anne se subió a la loma y desde allí hizo señales a Duncan de que estaba lista.

Duncan levantó un pulgar, se dio la vuelta y posó delante del castillo de su clan, solo, con el *kilt* y la actitud guerrera de generaciones y generaciones de Macpherson.

Porque ese hombre que posaba orgulloso, dándole la espalda, de pie y con una dignidad tremenda, era el ejemplo perfecto del valor y de la voluntad.

Era un guerrero valiente y duro, de los que jamás arrojan la toalla, dispuesto a enfrentarse a lo que fuera.

No obstante, Anne también se dio cuenta, en lo alto de aquella loma, que esa foto además simbolizaba a la perfección que Duncan era un hombre solo.

Obviamente, tenía a su familia, a Murray, a la gente de su trabajo, a las amigas discretas y a una infinidad de mujeres que se morían por

estar en su cama.

Pero la realidad era que cuando ese hombre llegaba a casa estaba solo y, aunque se llevaba bien con su soledad, soñaba con algo que no tenía.

Pues por culpa de una ex tóxica que le había herido y de un trabajo que le ponía en el foco y que provocaba que muchas personas se le acercaran por puro interés, le era muy difícil encontrar eso que llevaba ansiando tanto tiempo: alguien con la que formar la familia con la que siempre había soñado.

Y tal vez por eso, porque ese castillo le recordaba todo lo que no tenía, había sido el primero en mostrar interés en venderlo.

O al menos esa era para Anne la verdadera razón y no que fuera costoso mantenerlo, pues los Macpherson eran una de las familias más ricas de Nueva York.

Así que para ella no era una cuestión de dinero. Era que, en ese castillo, Duncan había pasado los veranos más felices con su familia y él ahora estaba solo.

Todos hacían sus vidas y Duncan, además, dadas sus circunstancias, cada vez estaba más convencido de que jamás podría lograr su sueño.

Por eso había decidido vender, para que el castillo Macpherson no le recordara que su sueño de ser feliz, con una pareja y una familia propia, a la que cuidar y proteger era para él una auténtica quimera.

Anne además le entendía tanto que, de solo pensarlo, sintió un pellizco de angustia en la tripa, porque ella conocía bien ese sentimiento.

Ella, a pesar de que había aprendido a llevarse bien con su soledad, extrañaba muchos días tener un compañero en el que apoyarse, confiar y compartir tantos momentos. Alguien a quien amar con todas sus fuerzas y con el que cumplir el que también era su sueño de formar una familia.

Pero llevaba una vida tan ajetreada, trabajaba tanto que su sueño cada vez lo veía más lejano y a veces dolía.

Por eso entendía tanto a Duncan, al que estuvo haciendo fotos sintiéndose más conectada que nunca con él…

Capítulo 24

Después de la sesión de fotos, Duncan se cambió de ropa y se fueron en moto al pueblo donde hicieron una parada obligatoria en el pub de Murray, que insistió en llevarlos a su casa a que comieran una buena carne de ternera Angus y eso fue lo que hicieron.

Y tras una comida deliciosa y copiosa, en casa de Mandy y Murray, ella le propuso a Anne salir un rato al jardín antes de que rompiera a llover para enseñárselo y los chicos se quedaron en el salón disfrutando de un whisky…

—Conozco a Duncan desde la universidad y puedo asegurarte que jamás le he visto tan feliz con una chica —le confesó Mandy en cuanto se quedaron a solas porque Anne no le pudo caer mejor.

Anne se puso un tanto nerviosa y le dijo a Mandy que también le cayó de maravilla:

—Te prometo que no sé lo que está pasando. ¿Me creerías si te digo que cuando me subí al avión estaba segura de que jamás tendría nada con Duncan? ¡Me parecía tan arrogante y tan creído…!

Mandy se echó a reír porque esa historia le sonaba bastante…

—Pídele a Duncan que te cuente cómo nos llevábamos en la universidad. ¡Nos aborrecíamos! Pero entre nosotros había una tensión sexual no resuelta tan grande que un día nos quedamos atrapados en un ascensor y aquello se desató de tal forma que desde entonces estamos juntos.

Anne se echó a reír, ya que parecía mentira que esa pareja tan compenetrada se hubiera detestado alguna vez:

—¡Qué increíble!

—Estaba convencida de que era un insensible y un bruto y él que yo era una flor de pitiminí, insoportable y cursi. Sin embargo, aquí estamos, después de tantos años y yo con un retraso que me tiene con una ansiedad tremenda.

Anne la miró emocionada y le dijo a Mandy a la que de pronto le asomó un punto de preocupación en la mirada:

—¡Eso es estupendo!

—Cuando llevas tres abortos no lo es. Tengo tanto miedo que ni siquiera se lo he dicho a Murray.

—¿Te has hecho la prueba de embarazo?

—Ha dado positivo, pero estoy bloqueada. Hemos sufrido mucho con los abortos, Anne. Muchísimo. Los dos queremos tener familia y cada pérdida ha sido una pena muy grande. No obstante, los dos somos muy luchadores, la dificultad nos ha unido más todavía y los dos queremos seguir peleando por tener nuestro sueño. El bebé ya está aquí, si bien tengo terror a que esta vez suceda lo mismo. Estoy muy asustada…

Anne abrazó fuerte a Mandy que empezó a llorar en sus brazos y musitó para que se tranquilizara:

—Es normal sentirse así, Mandy. Es muy duro por lo que habéis pasado, pero tú lo has dicho, sois valientes y fuertes y sé que va a salir todo bien. El lunes tienes que ir a ver a tu médico y ya verás como esta vez es diferente.

Mandy se apartó un poco, se enjugó las lágrimas con los dedos y le preguntó:

—¿Por qué lo sabes? ¿Tienes poderes de adivinación o algo así?

—Tengo el poder de ver el coraje y el valor de una mujer enamorada. Y no me preguntes por qué, pero sé que va a salir bien. Tengo ese pálpito. No hay más que mirarte a los ojos para saber que va a ser así…

Mandy volvió a abrazar a Anne muy reconfortada con sus palabras y le habló emocionada:

—Tiene a Duncan en el bote. Y ojalá que algún día vuestros hijos y los nuestros se hagan también amigos y correteen por aquí llenando todo esto de risas.

A Anne se le llenaron los ojos de lágrimas con la imagen tan bonita de los niños jugando, pero no tenía ni idea de lo que iba a pasar con Duncan y ella en el futuro:

—Con Duncan estoy viviendo el momento. Ya te digo que no nos soportábamos y en Escocia nos estamos descubriendo… Pero no sé en qué va a acabar todo esto.

Mandy sonrió porque ella sí que lo sabía y le confesó agarrándola por el hombro:

—Yo te digo, Anne Brown, que, igual que tú me ves a mí como

madre, yo te miro y te veo convertida en una Macpherson.

—¿Yo?

—Sí, señorita. Tú. Es más, es ya como si lo fueras. Eres una mujer con arrojo y fortaleza. Y sé que serás la esposa perfecta para Duncan. Ya lo verás.

Las chicas se quedaron hablando fuera en el jardín, en tanto que ellos conversaban dentro de lo mismo…

—Estoy preocupadísimo, Duncan. He pillado un test de embarazo de Mandy en la basura y es positivo.

Duncan sonrió feliz, alzó su vaso de whisky y se puso a brindar por ello:

—¡Qué buena noticia! ¡Brindemos!

Murray negó con la cabeza y sin que se le quitara el rostro de preocupación le confesó:

—Ya hemos perdido tres bebés, Duncan. Y ella no ha querido decirme que está embarazada otra vez. Yo lo he descubierto por casualidad y no sé cómo hacer para decirle que estoy con ella en esto, que pase lo que pase voy a estar siempre a su lado.

—Como me lo acabas de decir a mí. Exactamente igual.

Murray apretó fuerte las mandíbulas, negó con la cabeza y dijo con la voz tomada por la emoción:

—Quería esperar a que ella fuera la que me diera la noticia, pero de momento no se atreve y la noto muy angustiada. Dios, me gustaría tanto abrazarla y decirle que todo va a salir bien…

—Díselo y abrázala. Lo mejor es hablar las cosas. Sé que a ti te cuesta como a mí sacar afuera lo que tienes dentro, pero es lo mejor, Murray. Ella te necesita a su lado más que nunca.

—Hemos sufrido mucho con los abortos, pero ya sabes cómo nos las gastamos por estas tierras. Somos tercos, cabezones y guerreros. Jamás nos rendimos y de nuevo está embarazada. Dios quiera que esta vez salga bien... —masculló Murray con un deje de preocupación en la voz.

Duncan asintió, clavó a la mirada a su amigo y le dijo convencido:

—Va a salir bien. Ya lo verás.

—Ojalá que salga tan bien como lo tuyo con Anne. Esa chica es un

regalo que te ha caído del cielo. Es justo lo que llevas esperando desde siempre —dijo Murray, tras dar un trago a su whisky.

Duncan sintió un escalofrío al escuchar las palabras de Murray y le confesó:

—Lo que me está pasando con ella es algo extraordinario. Se supone que no nos aguantábamos, pero resulta que estamos descubriendo que tenemos una conexión total en todos los ámbitos.

Murray esbozó una sonrisa gamberra, arqueó una ceja y preguntó:

—¿Conexión total significa que no salís de la cama más que para lo justo?

—Conexión total es que me gusta muchísimo y estoy desconcertado.

—Te va a pasar con Anne lo mismo que a mí con Mandy, ya lo verás. Se supone que nos odiábamos, nos liamos y hasta hoy, que estamos esperando a nuestro bebé que Dios quiera que llegue bien.

—Claro que llegará. Y yo seré el padrino de ese pequeñajo. Y en cuanto a Anne y yo, nos estamos dejando llevar, pero no sé si esto tendrá mucho más recorrido.

—Ella te mira de un modo que yo juraría que sí —le dijo Murray que no les había quitado ojo durante el almuerzo.

—Estamos pasando unos días muy bonitos, hay química, conexión, pero yo no sé si Anne está preparada para afrontar el reto de tener una relación seria con un tío como yo.

—Si está enamorada de ti, y yo creo que lo está porque no hay más que ver la cara que tiene cuando te mira, esto tiene mucho futuro. Y te lo digo porque en la vida te he visto tan pillado por una chica. Es que ni con Jade estabas así…

Duncan sintió un estremecimiento por todo el cuerpo al escuchar la palabra enamoramiento y replicó:

—Lo que estoy sintiendo por ella es mucho más fuerte que lo que sentí por Jade y mucho más de lo que he sentido por nadie. Me atrae como ninguna, me vuelve loco en la cama y fuera de ella, y tengo unas ganas infinitas de cuidarla, de protegerla y de dárselo todo. Joder, tío, ¿tú crees que esto es amor?

—¿Qué va a ser entonces?

—Es todo tan inesperado… Vine a Escocia seguro de que iba a ser

un viaje de pesadilla, aguantando a la estirada de la agente inmobiliaria, y ahora resulta que Anne Brown se me está metiendo tan dentro que no quiero regresar a Nueva York. Te juro que estoy tan a gusto con ella que me quedaría tranquilamente el resto de la vida encerrado con ella en el castillo, sin hacer nada más que amarla.

Murray se echó a reír, pues para él no había duda: su amigo estaba más que pillado…

—Dios quiera que en unos meses tengamos un bautizo, pero lo que sí tengo claro es que lo que habrá será una boda.

Duncan contrarió el gesto porque tenía muchísimas dudas de que eso pudiera ser así:

—Anne es una chica sencilla, discreta y tranquila que no sé si estaría dispuesta a tener un marido como yo. Un actor de Hollywood del que no paran de contar mentiras y más mentiras en los medios de comunicación. Todos los días me inventan romances, si una chica se toma una foto conmigo, ya es mi nuevo amor… ¡Es una puta locura de vida!

—Ella es una chica lista y sabe que eso son patrañas. Lo importante es que confíe y crea en ti. Lo que digan los demás, los inventos de la prensa y todos esos rollos dan exactamente lo mismo.

—Anne es un sueño. Tiene todo lo que siempre he buscado en una mujer. Es generosa, valiente, buena, ocurrente, divertida, *sexy*… Sería una pareja perfecta para mí y una madre maravillosa para mis hijos.

Duncan dijo esta última frase y Murray se echó a reír porque aquello ya sí que despejaba todas las dudas:

—¿Y todavía me preguntas que si estás enamorado? ¡Tío, más te vale que vayas buscando un anillo de compromiso, porque tú estás pillado hasta las trancas!

Capítulo 25

Antes de que descargara la tormenta que acechaba en forma de cielos negrísimos, Anne y Duncan volvieron al castillo.

Y de regreso, Duncan decidió parar en un mirador en lo alto de una colina desde el que podía divisarse el castillo, los impresionantes prados, los acantilados y el mar furioso, con el fin de que Anne tomara unas fotos:

—Este lugar es espectacular. Tiene unas vistas magníficas al castillo Macpherson —dijo Duncan tras parar, dejar la moto afirmada al suelo, quitarse el casco y mostrarle lo que tenían ante sus ojos.

Anne también se despojó del casco y se quedó absorta contemplando esa belleza de la que era imposible no enamorarse.

—Es tan hermoso, Duncan…

Duncan se giró, la miró y musitó con el corazón latiéndole muy fuerte:

—Tú sí que eres hermosa.

Y lo que hizo después fue, sin bajarse aún ninguno de los dos de la moto, girarse del todo, pegarla contra él y apoderarse de la boca carnosa de Anne que penetró con su lengua ávida de todo.

—Y tú besas como nadie, Duncan.

Duncan la estrechó más aún para que notara la dureza de su erección y le confesó con una mirada lobuna tremenda:

—Te queda tan *sexy* mi camiseta blanca que estoy loco por quitártela.

Anne gimió al sentir el miembro duro presionando fuerte su vulva, se mordió los labios y musitó con una excitación tremenda:

—Quítame lo que quieras…

Duncan ni se lo pensó, le quitó la camiseta, luego el sujetador y se quedó mirándola extasiado.

Luego, le acarició los pechos, los amasó, pellizcó los pezones que estaban muy duros y se los llevó a la boca, primero uno y luego el otro, arrancándole unos gemidos que a Duncan le erotizaron más todavía.

Y no se lo pensó, en lo alto de aquella colina, se desabrochó el pantalón y sacó la erección que Anna acarició con la mano.

—Quiero estar dentro de ti. Lo necesito tanto, Anne —masculló Duncan con la voz tomada por el deseo.

Y, entonces, lo que hizo fue sacar un condón de la cartera, ponérselo y pedirle a Anne que se sentara encima de él.

Anne que en la vida había hecho nada semejante, le preguntó temblando de deseo:

—¿Crees que la moto aguantará que me suba encima de ti y que te cabalgue como una amazona?

—Tranquila, que será perfecto…

Duncan la besó hundiendo la lengua hasta el fondo, luego la agarró por las caderas, la levantó, tanteó la entrada y la noto tan húmeda, tan preparada para él, tan abierta que se clavó fuerte y duro de una embestida seca.

Anne se envaró, le miró encendida de deseo y exclamó:

—¡Dios! ¡No puedo creer que estemos haciendo esto!

—Está a punto de que caiga una tremenda, no va a venir nadie por aquí.

—Jamás lo he hecho al aire libre y mucho menos subida a una moto en lo alto de una colina, desde la que diviso coches pasar.

—Desde abajo solo se atisba una pareja besándose en la moto. Pero es imposible que vean que te la tengo metida hasta el fondo y que me muero por follarte hasta que grites mi nombre.

A Anne le excitaron tanto las palabras de Duncan que contrajo los músculos interiores hasta hacerle gemir a él, y luego comenzó a moverse despacio y lento mientras él le mordía los pezones.

—Van a detenernos por escándalo público. Estoy con medio cuerpo desnudo —murmuró Anne.

—Desde abajo apenas se intuyen los dos cuerpos abrazados y la moto. No se perciben los detalles. Y no te preocupes que no va a venir nadie a detenernos. Entre otras cosas, porque no pienso permitir que nadie pare lo que acabamos de empezar.

Y tras decir esto, Duncan descendió con las manos hasta las caderas de Anne que comenzó a mover para que aumentara el ritmo y hacer aquello tan intenso y placentero que los dos gritaban sin dejar de besarse, de mordisquearse y de pedirse mutuamente más y más.

Y se lo dieron, porque Duncan la levantó, la bajó de la moto, la cogió en volandas y la llevó así hasta la puerta de una vieja cabaña de piedra que estaba a escasos metros.

Y allí, con una facilidad pasmosa, y como si ella pesara menos que una pluma, la colocó frente a él, le pidió que le rodeara el cuerpo con las piernas y la penetró de una sola embestida hasta el fondo.

Luego, la empujó con cuidado contra la puerta de madera de la vieja cabaña y le susurró:

—La puerta es de madera lacada de una sola pieza. Es lisa y no tiene nada con lo que puedas lastimarte la espalda.

—Dios, vas a hacérmelo aquí, contra la puerta de la cabaña —masculló Anne, con la respiración agitada por la excitación.

—No puedo esperar a llegar a casa. ¿Tú sí?

Anne negó con la cabeza y Duncan la besó en la boca, penetrándola con la lengua dura y exigente.

Después, comenzó a bombear, a penetrarla profundo y lento, sintiendo que lo que estaba haciendo era mucho más que un polvo a salto de mata.

Estaba fundiéndose con ella, estaban encajando los cuerpos para ser uno solo solo y aquello era tan intenso que la miró con la boca abierta por el placer, jadeante y sudorosa y musitó:

—Eres perfecta para mí, Anne. Absolutamente perfecta.

Anne sintió que le daba un vuelco al corazón, le miró, le apretó muy fuerte el miembro con los músculos interiores y solo pudo replicar:

—Házmelo duro, Duncan. ¡Quiero sentirte como nunca!

Duncan le concedió el deseo, se lo hizo tal y como se lo había pedido y ella gritó mientras sentía la puerta fría en la espalda que arqueaba con cada embestida.

Porque Duncan era implacable, salvaje, contundente, se hundía dentro de ella una y otra vez buscando el placer infinito para ambos a la vez que no dejaban de besarse, de mordisquearse, de mirarse sintiendo que los corazones se les iban a escapar del pecho.

Y así estuvieron hasta que Anne ya no pudo más y de la presión del pubis de Duncan sobre su clítoris sucumbió a un orgasmo feroz que le hizo gritar el nombre del hombre que más placer le había dado en su

vida.

Duncan.

El mejor amante. El hombre con el que estaba haciendo cosas que jamás se había atrevido a imaginar. El tío que se suponía que detestaba, pero del que ahora no quería separarse por nada del mundo.

Porque Duncan era demasiado y Anne no quiso ni figurarse lo que sería a partir de ahora la vida sin él.

Y mientras Anne pensaba en todo eso, Duncan sentía los espasmos presionándole muy fuerte, como si quisiera sacarle todo lo que tenía para ella:

—Te juro que en la vida nadie me absorbió así. Es como si quisieras meterme muy dentro de ti —le susurró Duncan al oído.

Y Anne sintió que se derretía entera porque aquello que estaban haciendo no era algo solo físico, no solo era sexo y él tenía razón. Le quería dentro de ella, tan adentro que estaba segura de que ya lo tenía en su corazón.

Pero no dijo nada, se limitó a besarlo con toda su alma y él respondió penetrándola unas cuantas veces más, duro y profundo, hasta que notó que una energía muy fuerte empujaba desde la parte baja de su espalda y ya fue inevitable. Le sobrevino un orgasmo brutal que descargó en un chorro abundante contra la pared de látex en tanto que ahogaba su grito bronco besando desesperado la boca carnosa de Anne.

Después, los dos con las respiraciones agitadas y acompasadas, se quedaron mirándose, rodeados por toda esa belleza y ella musitó:

—Voy a echar mucho de menos estas tierras…

Duncan apretó fuerte las mandíbulas, asintió y le dijo sintiendo un montón de mariposas:

—Puedes volver siempre que quieras.

Anne con los ojos llenos de lágrimas, replicó temiendo que la magia que tenían se esfumara para siempre en cuanto volvieran a Nueva York:

—Escocia no será lo mismo sin ti.

Duncan, sintiendo retumbar el corazón en los oídos de lo

emocionado que estaba, le confesó:

—Quiero volver contigo. No me imagino aquí con nadie más.

A Anne se le escaparon un par de lágrimas y reconoció sintiendo que en la vida se había abierto más alguien:

—Ni yo tampoco. Este lugar me ha cautivado tanto que no tengo ganas de volver a Nueva York. Me quedaría aquí la vida entera…

Duncan que no podía creer lo que estaba escuchando, la dejó en el suelo, la besó con todo lo que tenía en el corazón y musitó:

—¿Tú crees que esto que tenemos podría seguir en Nueva York?

Anne fue sincera con él, porque era lo que estaba sintiendo y no quería traicionar a su corazón:

—Yo no quiero perder esto que tenemos. No lo esperaba. No sé lo que es. Pero me gustaría seguir adelante y descubrirlo, si tú quieres…

Duncan la abrazó fuerte porque no era que lo quisiera, sino que le acababa de hacer el hombre más feliz del mundo y repuso:

—¡Lo deseo tanto, Anne que hace un rato le he confesado a Murray que me quedaría la vida entera aquí contigo amándote!

Anne soltó una carcajada de pura felicidad, se pasó la mano por la cara y exclamó:

—¡Esto es una locura! ¡Pero no quiero que pare!

—¡Ni yo! Además, debemos parecer muy conectados porque Murray dice que nos ve casados y todo.

—Ja, ja, ja. ¡Mandy va más allá y ve a sus hijos y a los nuestros correteando por el jardín!

Duncan no sabía cómo sacar el tema sin delatar a su amigo y farfulló:

—¿Te ha hablado Mandy de niños?

Anne que tampoco quería traicionar la confianza que había depositado Mandy en ella se limitó a asentir y decir:

—Ellos sueñan con tener niños…

—De momento, no han podido, pero sé que muy pronto recibirán una gran bendición.

Anne emocionada y con los ojos vidriosos asintió porque ella también tenía esa intuición:

—Le he dicho lo mismo a ella. Y también me ha hablado de que,

igual que yo los veo aumentando la familia, ella presiente que lo nuestro acabará en boda.

—Ja, ja, ja. Murray me ha dicho lo mismo. Los adoro a los dos y ojalá que lo que lleva Mandy en su vientre… —dijo Duncan, que metió la pata sin darse cuenta.

Anne se quedó perpleja, pestañeó deprisa y le preguntó hablando atropelladamente:

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Murray le pilló el test de embarazo en la basura. Y está muy preocupado. No sabe cómo hacer para que sepa que él va a estar siempre a su lado, pase lo que pase. Y yo le he dicho que de la misma manera que me lo estaba diciendo a mí.

Anne acarició el rostro de Duncan con la mano y susurró sintiendo una ternura especial por él:

—Eres muy buen amigo. Y le has dado el mejor consejo. Ella está ansiosa y angustiada, han sufrido mucho con las anteriores pérdidas, pero yo le he aconsejado que vaya el lunes al médico y también le he confesado que tengo el pálpito de que esta vez saldrá bien.

—Yo también lo tengo.

—Y sé que hoy mismo lo van a hablar y que juntos sabrán afrontar este desafío con valentía y fortaleza. La gente de estas tierras es brava…

—Tan brava como tú, que pareces de aquí —dijo Duncan tras besarle en la boca.

—Mandy dice que parezco una Macpherson —comentó Anne, divertida.

Sin embargo, Duncan se lo tomó absolutamente en serio y replicó hablando con el corazón en la mano:

—Para mí sería todo un honor que te convirtieras en una de nosotros…

Capítulo 26

Después de unos días increíbles en Escocia, regresaron a Nueva York y la magia continuó porque ese mismo lunes quedaron a la salida del trabajo de Anne para cenar, tomar una copa y luego pasar la noche en el apartamento de Duncan.

Y así sucedió noche tras noche hasta que Duncan empezó el rodaje de su nueva película y el coche de la producción venía a buscarle a las cinco en punto de la mañana.

Pero vamos, que desde que volvieron de Escocia, Anne apenas pisó su apartamento más que para coger ropa y regar las plantas…

—Al paso que vais, me parece que lo que más te conviene es dejar el alquiler de tu apartamento —sugirió divertida, Beverly, una mañana de primeros de octubre que entró al despacho de Anne a dejar unos informes.

—Nos estamos dejando llevar y no nos planteamos nada más —le contó, con una sonrisa enorme.

—Pues tendrás que hacerlo más pronto que tarde porque lo que estás haciendo es tirar el dinero. Y eso es lo que menos te gusta del mundo.

Anne negó con la cabeza, pues sabía muy bien lo que estaba haciendo:

—No pienso dar pasos en falso. Y tampoco quiero anticipar nada. Voy vivir el momento y no agobiarme con nada más.

Beverly contrarió el gesto, sacó su teléfono móvil y le mostró a su amiga, ya que consideraba que su deber era hacerlo:

—Me parece genial que no quieras agobiarte, pero no sé si has visto esto…

Anne miró la portada de una revista de cotilleo en la que salían ella y Duncan del cine, y de la mano, y cuyo encabezado rezaba: «Duncan Macpherson tiene una misteriosa y nueva acompañante».

Anne sintió un escalofrío por todo el cuerpo porque lo que menos esperaba en ese momento de su vida, en donde todo funcionaba tan bien, era eso:

—¡Fuimos al cine el jueves pasado! ¿Y dónde estaban esos tíos metidos? ¡No vimos a nadie!

—Ahora con los teléfonos móviles, todo el mundo puede ejercer de reportero por un día. Puede haber sido cualquiera y se ha llevado una pasta por vender la foto.

Anne con una cara de horror tremenda, al no entender que hubiera gente que se ganara la vida metiendo la nariz en las vidas ajenas, murmuró:

—¿Y encima pagan dinero por hacer algo tan asqueroso?

Beverly se encogió de hombros y, como buena consumidora de chismes que era, le abrió los ojos:

—No es asqueroso, Anne. A la gente le gusta saber qué hacen sus estrellas favoritas, adónde van, con quién comen, cómo pasan su tiempo libre, con quién se acuestan…

Anne puso una cara más de horror todavía y exclamó indignada:

—¡Solo faltaría que también nos sacaran en la cama!

—En cuanto te he visto en la portada de mi revista de chismes favorita, me ha hecho mucha ilusión, porque eres tú la que va de la mano del *highlander,* pero ¿sabes lo que esto significa verdad?

—No me asustes, amiga —respondió, temiéndose lo peor.

—El afán de saber de estas revistas es voraz. No van a parar de seguiros y de investigar a fondo para saber quién eres.

Anne se puso de pie de un respingo, miró por la ventana cómo la gente iba frenética a cumplir con sus obligaciones y habló:

—¿La gente no tiene bastante con sus vidas que tiene que entrometerse en la de otros?

—Hay personas que, como yo, somos curiosas y queremos saber de los famosos. No pienso que hagamos mal por ello…

Anne se giró y le dijo a su amiga, muy preocupada por lo que pudiera pasar de ahora en adelante:

—A mí saber que hay gente escondida detrás de las farolas para hacerme fotos, para empezar, me corta el rollo que ni imaginas. Y me obliga a anular mi espontaneidad y a ir por la calle con mil ojos. Aparte de que no me hace gracia que el mundo se entere de que la misteriosa acompañante de Duncan Macpherson es su agente inmobiliaria. ¿Te imaginas lo que puede suceder si esto llega a los oídos de la jefa?

Y tras decir esto, y como si la hubiera invocado, la puerta del despacho de Anne de repente se abrió y apareció su jefa con una sonrisa triunfante:

—Anne Brown nunca dejas de hacerme sentir que trabajo con los mejores.

Anne que se suponía que se estaba refiriendo a que el día anterior había cerrado la venta de un ático en el Upper East Side replicó:

—Los señores Thomas están encantadísimos con la compra…

Harper negó con la cabeza, se cruzó de brazos y replicó para decirle con una sinceridad pasmosa:

—No me has sorprendido con esa venta, me has dejado alucinada al enterarme de lo que has sido capaz para asegurarte que Duncan Macpherson vaya a vender con nosotros.

Anne se llevó las manos a la cara de pensar que su jefa hubiera sido capaz de llegar tan lejos y le explicó tras bajar las manos:

—Harper, mi compromiso con la compañía es total. Vivo por y para ella, pero eso que insinúas, no va conmigo.

Harper, que era una mujer, alta y sofisticada, que lucía un traje italiano de corte impecable, de color azul noche, y llevaba siempre el pelo recogido en un moño tirante bajo, batió las manos y repuso:

—¡No vengas ahora con remilgos, Anne! ¡No voy a juzgarte desde el punto de vista moral! ¡Allá tú si te gusta jugar con los sentimientos ajenos! Lo que adoro de esto es que estás dispuesta a todo con tal de conseguir el maldito ascenso. Y como estrategia reconozco que es perfecta. No hay nada mejor que enamorar a Duncan Macpherson para que cuando le entren las dudas de vender, que le entrarán porque ese castillo es una joya, estés ahí tú en el papel de enamorada, para esclarecerle las dudas y convencerle de que lo haga. Ético no es, pero aquí estamos para vender. Y todos lo sabemos. Así que vengo a felicitarte…

Anne negó con la cabeza, al no poder consentir que su jefa la estuviera viendo con esos ojos:

—Pero es que resulta que yo sí que tengo ética y jamás haría nada semejante.

Harper se quedó mirándola patidifusa, pues tenía a Anne por una

chica más lista:

—¿Te has enamorado de él?

Anne se había negado a plantearse a sí misma esa pregunta y desde luego que no pensaba responderla. Más que nada porque no tenía ni idea de lo que le estaba pasando con Duncan.

—Nos caímos rematadamente mal, pero en Escocia empezamos a descubrir otras cosas y digamos que nos estamos conociendo.

Harper, que estaba alucinada con el relato, le preguntó sin dar crédito:

—¿Te lo tiraste en el castillo?

—¡Es la primera vez que hago algo semejante! —exclamó Anne que no pudo evitar delatarse—. Mi máxima es separar trabajo y placer.

—¡Más tonta eres tú! —repuso Harper, para sorpresa de Anne—. Yo echo de menos los días en que enseñaba casas de ensueño y tenía muchísimo sexo de alto voltaje con clientes de lo más atractivos. No eres la primera ni la última, Anne. Yo disfruté mucho de ese pasatiempo hasta que me casé y decidí serle fiel a mi esposo. Craso error. Él me engañó desde el primer día con su compañera de golf y ahora soy una divorciada que se pasa el día encerrada en un despacho maravilloso y no tiene tiempo ni para echar una cana al aire. Así que lo único que puedo aconsejarte es que ni se te ocurra enamorarte de Duncan Macpherson. Tiene una reputación que debería hacer saltar tus alarmas…

—Perdona, Harper, pero yo soy lectora habitual de revistas de chismes y puedo asegurarte que Duncan jamás ha sido infiel o ha traicionado a nadie. Fue al revés, su pareja le engañó y cuando le han retratado con chicas es porque estaba soltero —le recordó Beverly a su jefa.

Harper frunció el ceño y le preguntó tras consultar la hora en su reloj de muñeca:

—¿Y por qué tienes tanto tiempo para leer esa revista? ¿Acaso no tienes trabajo suficiente en la recepción? ¡Anda, vuelve a tu puesto que estamos en horario laboral, no en tiempo de cháchara con amigas!

Beverly se marchó y Anne se quedó a solas con su jefa que le advirtió:

—Ten mucho cuidado, Anne. Duncan Macpherson es un hombre guapo, famoso, poderoso y con muchísimo dinero. No me gustaría que te hicieran daño.

Anne, convencida de que conocía perfectamente a Duncan, le dijo:

—Él nunca me haría daño. Es una buena persona, con un corazón enorme.

—Él puede ser lo que quiera, pero cuando estás tan alto y tienes tanto poder y dinero, suelen rondarte personas que son muy oscuras y pueden llegar a jugar muy sucio. Cuídate mucho, si no quieres salir lastimada. Y te lo digo porque por este trabajo he conocido a gente muy poderosa y he visto cosas que me dejaron con el corazón helado.

Anne tragó saliva, y sintiendo una ansiedad tremenda, le confesó a su jefa:

—Cuando estoy con él, solo somos Duncan y Anne. Quiero decir que solo somos un chico y una chica, que van al cine, que cenan en un italiano, que corren juntos por Central Park…

Harper sonrió, porque se dio cuenta de lo que estaba pasando y habló con la intención de protegerla:

—Tú estás enamorada de ese actor a más no poder. Y debes tener presente que no es un chico anónimo que trabaja en un despacho cualquiera. Él es un hombre con el que todas sueñan y que además es el hijo de una grandísima fortuna. Entiendo que estás enamorada y que solo ves lo bonito que estás viviendo, pero tienes que estar alerta. Él es una presa muy codiciada y van a querer ponerte muchas zancadillas. Y más ahora que has salido en la prensa. En cuestión de horas el mundo sabrá que eres su agente inmobiliaria, van a decir cosas feas sobre ti, van a rebuscar en tu pasado y serán muchas las energías que se aúnen para que lo vuestro se frustre.

Anne se sentó de lo mal que se estaba poniendo y le preguntó porque estaba desbordada:

—¿Me estás queriendo decir que lo mejor es que lo deje con Duncan antes de que no pueda controlarlo?

—¿Cómo vas a dejarlo si estás enamorada de él? —replicó Harper, convencida.

Y Anne no pudo añadir nada más, porque, aunque había intentado

esquivar la pregunta ante sí misma, Harper estaba en lo cierto.

Se había enamorado de Duncan Macpherson…

Capítulo 27

A la misma ahora que Anne estaba reunida con su jefa, Duncan lo estaba con su padre y sus dos hermanos, aprovechando un receso en el rodaje.

—¡Ya lo sabe el mundo entero! ¡La agente inmobiliaria te ha cazado! —exclamó Killian, tras arrojar la revista encima de la mesa de reuniones.

Duncan agarró la revista de un manotazo, porque no sabía a cuento de qué venía la reunión urgente que había convocado su padre en el despacho y sintió una punzada en el estómago horrible:

—¿Esta gente nunca se va a cansar de joderme la vida?

Killian se revolvió el pelo con la mano y volvió a insistir para que se percatara de quién era su verdadero enemigo:

—Tu problema no son los medios de comunicación, que todos sabemos cómo son, sino esa chica que te ha enredado para asegurarse una jugosa comisión.

Duncan que no deseaba escuchar ni una patraña más, se puso de pie y le advirtió a su hermano con un cabreo tremendo:

—No voy a permitir que hables así de Anne. ¿Estamos?

—Lo que nosotros no estamos dispuestos a permitir es que esa chica te anule el juicio y acabemos haciendo un pésimo negocio —masculló Killian encarándose con su hermano.

Y fue un momento tan tenso que el padre, Leopold, se levantó y medió para apaciguar los ánimos:

—¡Por favor, muchachos, hablemos esto de forma civilizada!

Sin embargo, Duncan apretó fuerte las mandíbulas al no estar dispuesto a que su hermano dudara de la honorabilidad de Anne:

—¡Anne Brown es la mujer más decente y honesta que conozco y jamás utilizaría ninguna artimaña sucia para lograr una venta!

Killian se quedó mirando a su hermano de un modo duro y severo y le dijo porque creía que lo estaba haciendo por su bien:

—Permíteme que ponga en duda tu ojo con las mujeres, Duncan.

Duncan echando chispas por los ojos de pura rabia, apretó fuerte los puños y le gritó a su hermano:

—¡Cometí el error de enamorarme de Jade! ¡Lo reconozco! Pero lo

pagué bien caro y gracias a ese desastre aprendí y ahora sé muy bien lo que quiero.

Killian soltó una carcajada de lo más sarcástica y exclamó para advertir a su hermano:

—¿Quieres a tu lado a una mujer que se te ha abierto de piernas porque necesita ganarse un ascenso en su compañía?

Duncan ya no pudo más, se arrojó sobre su hermano, le dio un fuerte empujón que le hizo trastabillar y la cosa no fue a más porque Gare le agarró fuerte por detrás…

—¡Tío, para! ¡Somos hermanos! Podemos resolver esto de una forma que no sea a golpes.

Leopold se puso detrás de Killian para evitar que se fuera a por Duncan y le exigió en un tono que no admitía réplica:

—¡Pide perdón a tu hermano!

Killian miró a su padre escandalizado porque no podía estar pidiéndole eso:

—No voy a pedir perdón por velar por los intereses de la familia.

Leopold entornó la mirada y, en un tono mucho más duro, le ordenó a su hijo que se retractara:

—Nosotros jamás insultamos a las mujeres de nuestra familia.

Killian, que no tenía noticia de que esa chica formara parte de su familia, repuso:

—¿De qué hablas, papá? Duncan es un hombre soltero.

Leopold negó con la cabeza y como hombre sabio que era se dio cuenta perfectamente de lo que estaba pasando:

—Duncan ha defendido el honor de esa chica como solo lo puede hacer un hombre enamorado.

Killian resopló y se tomó a risa lo que estaba escuchando:

—¿Cómo se va a enamorar de una tía que es obvio que le ha engatusado por puro interés?

Duncan solo tuvo que escuchar eso para que le entraran otra vez ganas de irse a por Killian, menos mal que Gare le frenó y le exigió a Killian:

—Tío, ¡cierra el maldito pico! ¡No todos somos como tú!

Killian miró a Gare ofendido y, con la vena del cuello hinchada, le

preguntó encarándose con él:

—¿Y cómo soy yo?

—Un tío frío, insensible y duro que jamás entregará su corazón a nadie —respondió Gare por él.

Sin embargo, Duncan tenía una versión muy distinta de lo que le sucedía a Killian:

—Pues yo creo que todos los Macpherson tenemos un corazón de fuego, incluido Killian, aunque no lo parezca. Lo que sucede es que está cagado de miedo…

Killian miró a su hermano con una rabia tremenda porque le hubiera llamado cobarde y le gritó:

—¿De qué diablos estás hablando, Duncan?

—Hablo de que estás enamorado de Camila y no tienes huevos ni para reconocerlo.

A Killian le dio tanto coraje que su hermano dijera semejante cosa que lanzó un grito y se fue a por Duncan con la intención de agarrarlo por las solapas y hacerle tragar sus palabras. Cosa que no sucedió porque intervino Leopold que le sujetó y le exigió al estar harto de tanto despliegue de testosterona:

—¡Ya está bien, Killian! ¡Y pide disculpas a tu hermano!

Killian con un cabreo monumental, miró airado a su padre, pues le parecía que lo que le estaba pidiendo era de lo más injusto:

—Perdona, pero el ofendido soy yo. ¡Me acaba de llamar cobarde!

Leopold, que si tenía una virtud era la de ser justo, le dijo a su hijo rotundo:

—El amor no se puede fingir, hijo. Es obvio que estás enamorado de Camila y que no te atreves a…

Antes de que su padre le llamara también cobarde, le recordó:

—Es una mujer que tiene pareja. Y yo soy un tío que tiene principios. Jamás me entrometería en una relación.

—Una pareja que hace aguas y que están a punto de romper —le recordó Gare.

Killian furioso con que su hermano se entrometiera en sus asuntos le reprochó:

—¡Mira quién fue a hablar! ¡El que va con unas y con otras! ¿Tú me

vas a venir a dar consejos, Gare?

Y Leopold, deseoso de dar por zanjada esa cuestión y volver al trabajo, les ordenó a sus hijos:

—¡Sentaos y hablemos del tema por el que os he reunido!

Todos se sentaron, con las caras largas y Duncan tomó la palabra dándose por aludido:

—Estoy saliendo con Anne. No sé cómo ha sucedido. Ella me parecía una estirada y una siesa, yo le parecía un creído arrogante, pero el viaje a Escocia lo cambió todo. Allí tuvimos la oportunidad de conocernos mejor, de ir más allá de los prejuicios que teníamos sobre el otro y surgió algo muy bonito que hemos logrado que siga en Nueva York. Anne es la mujer más fascinante que he conocido en la vida. Y parece una auténtica Macpherson, es trabajadora, luchadora, tenaz, apasionada, ocurrente, honesta, sincera, buena, generosa… Viene de abajo, su padre les abandonó llevándoselo todo y ella y su madre partieron de cero y no bajaron jamás los brazos. Batallaron como guerreras, Anne se pagó los estudios universitarios trabajando en la inmobiliaria y con su esfuerzo ha conseguido comprar a su madre la casa de sus sueños. La casa que, una noche horrible de tormenta, le prometió que le daría.

Leopold conmovido por el relato, se revolvió en el asiento y exclamó admirado:

—¡Es una gran chica!

—Conoce tan bien lo que significa tener un techo, que se desvive por encontrar el mejor hogar para sus clientes. Y es tan decente y digna que jamás haría nada por interés. Lo que ha surgido entre nosotros ha sido algo inesperado para los dos. Ella no quería nada conmigo, pero poco a poco el castillo hizo su magia y logró que descubramos que entre nosotros hay algo que crece cada día, que es muy bonito y que no queremos que termine.

—¡Vamos, que te has enamorado! —concluyó Gare para que su hermano llamara a las cosas por su nombre.

Y Duncan, aunque no se había atrevido a verbalizarlo hasta ese momento, les dijo convencido:

—Sí, estoy enamorado de Anne Brown.

Leopold, emocionado con la declaración de su hijo porque sabía lo mucho que había sufrido con Jade y se merecía ser feliz, le dijo orgulloso de él:

—Te felicito, hijo. El amor es para valientes y tú sin duda que lo eres.

Killian se mosqueó con las palabras de su padre y opinó porque tenía muchas dudas sobre la relación de su hermano con Anne:

—No sé si el amor es para valientes o para pobres ignorantes que no saben dónde se meten…

Leopold fulminó a su hijo con la mirada y antes de que Duncan hablara para ponerle en su sitio, él intervino muy serio:

—Hablas así porque aún no has tenido el arrojo de dejar que tu corazón hable, como lo ha hecho tu hermano. Cuando lo hagas, podrás opinar sobre lo que es el amor. Hasta entonces, calla, pues aquí el único ignorante que no sabe de lo que habla eres tú.

Killian apretó fuerte las mandíbulas, bajó la mirada y Duncan agradecido por las palabras de su padre dijo:

—Lo que ha sucedido con Anne es algo maravilloso. Somos muy felices juntos y lo único que deseamos es que esto pueda seguir así mucho tiempo. Y en cuanto al castillo, podéis estar absolutamente tranquilos. Anne es una gran profesional que nos encontrará el mejor comprador…

Killian que estaba que se subía por las paredes, carraspeó un poco y dijo sin disimular su enojo:

—Ojalá. Y ya veremos cuando ella tenga su ascenso qué sucede con eso tan bonito que dices que tenéis…

No obstante, Duncan estaba tan seguro de lo que tenía con Anne que le faltó tiempo para replicar:

—Cuando cerremos la operación, seguiremos juntos y tú tendrás que tragarte tus apestosas palabras…

Gare se echó a reír y, para relajar el ambiente, exclamó divertido:

—Yo que tú, Killian, iba encargándome el chaqué, porque me da que muy pronto nos vamos de boda.

Y todos se troncharon de risa, menos Killian que estaba con un cabreo impresionante…

Capítulo 28

Esa noche, cuando Anne llegó al apartamento de Duncan, tuvo que esquivar unos cuantos reporteros que estaban esperándola con micrófonos y cámaras y que no paraban de hacerle preguntas.

Ella se zafó de la prensa gracias a la ayuda de Albert, el portero, que salió a su rescate y, en cuanto llegó a casa, lo primero que hizo fue abrazarse a Duncan.

—Creí que no iba a poder llegar a casa…

Duncan la abrazó con fuerza y le contó porque el asunto le tenía muy agobiado:

—Estaban ahí cuando he llegado a casa y no sabía qué hacer. Teníamos la opción de vernos en otro lugar, pero íbamos a tenerlos detrás porque ahora mismo nos tienen montado un dispositivo de seguimiento las veinticuatro horas del día.

Anne, que en la vida había vivido nada semejante, preguntó con un agobio tremendo:

—¿Cómo puedes soportar vivir así?

—Es por rachas. Mientras eres noticia. Luego, se olvidan de ti y van a por otro.

—Y tú eres noticia porque estás con la chica misteriosa.

—Esta mañana he quedado con mi familia en el despacho de mi padre y me han enseñado la maldita revista. Lo siento mucho, Anne. Imagino que para ti esto tiene que incordiarte muchísimo.

—A mí me la ha enseñado Beverly y no daba crédito. ¿Cómo puede haber gente que viva de fisgonear en vidas ajenas?

—Porque hay otro montón de gente ávida por saber de las vidas de los famosos.

—Ya, Beverly consume esas revistas, pero la verdad es que es muy duro tener que soportar su atosigamiento. ¡Es espantoso! Los reporteros me han metido la alcachofa en la boca y no han parado de hacerme preguntas. ¡Qué agobio!

Duncan se apartó un poco de ella, se revolvió el pelo con la mano y le dijo temiéndose lo peor:

—Yo lo único que espero es que esto no cambie nada de lo nuestro. Aunque sé que es muy complicado convivir con una nube de

reporteros que te siguen a todas partes.

—No les he respondido nada. Quería hablar contigo antes, porque no tengo ni idea de cómo se gestiona esto.

—Yo también he preferido que lo hablemos en persona y por eso no te he comentado nada antes, cuando hemos conversado por teléfono. Y lo único que puedo aconsejarte para lidiar con este asunto es que intentes llevarlo con la mayor naturalidad posible.

—No es muy natural tener a reporteros metiéndote alcachofas en la boca.

—Lo sé. Es la novedad. Te aseguro que pronto se cansarán…

Anne dejó el bolso en el perchero y la chaqueta y, luego, se sentó en el sofá para contarle con cierta preocupación:

—Mi jefa ha venido a hablar conmigo para felicitarme por mi estrategia para asegurarme el ascenso.

Duncan, indignado con lo que estaba escuchando, replicó:

—¿Cómo puede pensar algo así? A mí me ha pasado lo mismo con Killian, cree que estás conmigo por puro interés.

—Vivimos en un mundo materialista donde el que manda es el dinero. Es normal que haya gente que piense de esa manera. Pero yo le he aclarado a Harper lo que hay entre nosotros y me ha pedido que me cuide, ya que, según ella, tú eres un hombre de éxito y poderoso y hay gente que puede hacerme mucho daño.

Duncan preocupado con el tema, se sentó al lado de Anne, la abrazó y le dijo:

—Nunca está de más ser precavido y no vamos a descubrir ahora que este jodido mundo es una selva. Pero yo no voy a permitir que te suceda nada, Anne.

Anne le miró, le besó suave en los labios y le confesó llevándose la mano al pecho:

—Harper dice que ha tenido ocasión de conocer a los círculos más altos de poder y que allí suceden cosas bastante feas.

—Supongo que sí, pero te repito que tú no tienes nada que temer.

—No te voy a negar que me he inquietado un poco cuando me ha dicho eso y luego los reporteros en la puerta han conseguido que me ponga bastante ansiosa.

Duncan la agarró por el cuello, la beso con pasión y ternura a la vez y le susurró con los labios pegados a los de ella:

—Estás en casa. Estás a salvo.

Anne, que quiso ser completamente sincera con Duncan, decidió contarle todo lo que le había sucedido esa mañana:

—Harper me ha pintado las cosas de tal modo que le he preguntado que si lo que me estaba queriendo decir era que lo dejara contigo, antes de que pudiera perder el control de la situación, y ella me ha respondido que eso es imposible porque estoy enamorada.

Duncan sintió como que un rayo le atravesaba entero y preguntó deseoso por saber:

—¿Y tú qué le has dicho? ¿Estás enamorada de mí?

Duncan era la primera vez que le hacía esa pregunta a Anne y ella, con el corazón que se le iba a salir por la garganta, respondió:

—No le he dicho nada. Ella ha dado por hecho que lo estoy y se ha marchado de mi despacho.

Duncan, que esperaba que Anne fuera más clara y que no se fuera por las ramas, insistió:

—Pero a mí sí que puedes responderme…

Anne sonrió, le besó en los labios y confesó sintiendo un montón de mariposas en el estómago:

—Durante este tiempo que llevamos juntos, he decidido vivir el momento y no plantearme nada más. Y he luchado con todas mis fuerzas para esquivar esta pregunta que tú me estás haciendo. No quería precipitarme, ni confundirme, ni equivocarme, prefería seguir viviendo esto con la intensidad con la que lo estamos haciendo antes de ponerle un nombre. Un nombre que supuse que acabaría llegando a medida que lo que sentía se fuera afianzando y haciendo más fuerte. Como así ha sido, pues hoy sin lugar a dudas puedo asegurarte que estoy enamorada de ti, Duncan Macpherson.

Duncan, que había estado escuchando con muchísima atención, sintió que le iba a estallar el corazón de felicidad, la tomó de la mano y le confesó:

—Y yo estoy enamorado de ti, preciosa. Y no sé desde cuándo, igual desde mucho antes de lo que soy consciente, pero lo que sí puedo

contarte es que esta mañana me he visto reconociéndolo ante mis hermanos y he sentido una gran liberación. Porque si te digo la verdad, antes de ese momento, evitaba verbalizar lo que sentía por ti por si se malograba… Esto que tenemos es tan bonito que no quiero que se estropee.

—Ni yo —musitó Anne.

Duncan la abrazó y en su afán de que lo suyo pudiera seguir creciendo le dijo:

—Tenemos que cuidarlo mucho y ya que tenemos claros nuestros sentimientos, creo que lo mejor que podemos hacer para seguir con nuestra relación con cierta normalidad es bajar y contarle a la prensa que estamos saliendo juntos.

—¿Quieres que nos plantemos delante de los reporteros y les digamos que estamos juntos? —preguntó Anne, sintiendo un vértigo tremendo por lo que le estaba pidiendo.

Duncan asintió, la tomó de los hombros y respondió, pues si de algo sabía era de tratar con los medios:

—Créeme, la mejor manera de que dejen de perseguirnos a todas partes es dar la noticia y se marcharán a por otro objetivo.

Anne se mordió el labio inferior de la ansiedad y le contó a Duncan algo que la tenía muy preocupada:

—Pero eso me pondrá más en el punto de mira y Harper me ha advertido de que van inventar cosas desagradables sobre mí. Aparte de que dice que habrá quienes pongan su empeño en que lo nuestro termine…

Duncan se apretó el puente de la nariz y, con un afán infinito de protegerla, le aseguró:

—No voy a permitir a nadie que diga nada malo sobre ti. A nadie. Ni siquiera a mi familia, como de hecho me ha sucedido esta mañana que he estado a punto de liarme a puñetazos con mi hermano Killian por sembrar la sospecha sobre nuestra relación.

—¿Vas a estar liándote a puñetazos con un montón de gente?

—Cuando han dicho mentiras sobre mí y me han adjudicado romances de todo tipo, no he movido un dedo porque me la bufa. No quiero perder ni un segundo de mi tiempo demandando a esas revistas

de chismes. Pero contigo va a ser diferente y te prometo que como se atrevan a inventar cualquier cosa sobre ti, voy a ir a por todas contra ellos. Mi familia trabaja con el mejor bufete de abogados del país y te puedo garantizar que les vamos a crujir a tantas demandas que se les van a quitar las ganas hasta de mentar nuestros nombres.

Anne se sintió mucho más tranquila con las palabras de Duncan y replicó:

—¿Y de verdad crees que si hablamos con los medios nos dejarán de seguir adonde vayamos?

—Es lo mejor. Tenemos que dar la noticia nosotros. Y lo siguiente que voy a hacer es ponerme en contacto con los abogados para que estén al tanto de todo lo que se dice en la prensa de ti y actúen en consecuencia, por si se les ocurre difamarte o calumniarte.

Anne asintió, si bien aún estaba preocupada por algo que le había dicho Harper:

—¿Y cómo haremos para enfrentar a esa gente que dice Harper que puede querer acabar con lo nuestro?

Duncan la abrazó fuerte y le respondió para que se tranquilizara:

—Estando juntos y unidos, nadie ni nada va a poder con nosotros, Anne.

Capítulo 29

Y tras esa conversación, Anne y Duncan decidieron salir a cenar al restaurante de la esquina y antes pararse en el portal delante de la prensa para hacer unas breves declaraciones…

—¡Hola! Quiero agradecer el interés y solo tengo que decir que estoy muy feliz de comunicar que estoy saliendo con Anne Brown. Ella es una agente inmobiliaria y la mujer que ha conquistado mi corazón.

—Y tú el mío —dijo Anne, que estaba aferrada a la mano de Duncan.

Duncan miró con una emoción enorme a Anne, pues era alguien ajena a ese mundo y estaba haciendo un esfuerzo considerable por enfrentar a la prensa y encima para contar algo tan íntimo como que estaba enamorada y no pudo sentir más admiración por ella.

Y ya ansioso por estar a solas con Anne, decidió terminar las declaraciones diciendo:

—Somos muy felices, damos las gracias a las personas que quieren nuestra felicidad y os deseamos todo lo mejor. ¡Buenas noches!

Anne y Duncan se marcharon al restaurante caminando de la mano y la prensa que estaba arremolinada en el portal rompió a aplaudir entusiasmada con esa pareja que era el amor hecho carne.

Se les veía tan cómplices, tan conectados y tan enamorados que después de esas declaraciones que se emitieron al instante en todos los programas de chismes de la noche y después en todos los matinales y las consiguientes revistas del corazón, se convirtieron en la pareja favorita de la gente.

Todo el mundo hablaba de lo sencillos que eran, de lo simpáticos, de lo encantadores, de la buena pareja que hacían y de que se les veía tan felices que ya estaban anunciando que la boda seguramente sería para la primavera.

Y aunque esa locura que se desató por ellos hizo que los primeros días les siguieran a todas partes más todavía, porque la gente quería saber más de la felicidad de esa pareja que hacía volver a creer y a soñar con el amor, pasadas un par de semanas dejó de tener tanta fuerza su historia y la prensa empezó a colgarse de otros temas más candentes y morbosos.

Algo que Anne y Duncan agradecieron porque volvieron a disfrutar de sus salidas sin una nube de reporteros detrás y a seguir con su relación con cierta normalidad.

Y así llegó noviembre y Anne decidió que había llegado el momento de que su madre conociera a Duncan.

Antes lo había evitado porque se negaba a romper la tranquilidad y la intimidad de su madre y que ella también acabara saliendo en los medios.

Pero ahora que las aguas se habían calmado y que ya no estaban en el foco máximo de atención, decidieron aprovechar el fin de semana que Duncan tenía de descanso en el rodaje para ir a verla a la casa de Rochester.

Y Duncan se quedó alucinado porque la señora Brown era físicamente idéntica a su hija…

—¡Pero de carácter no se parece nada a mí! Ella es dulce y cariñosa. Y yo soy una raspa estirada —comentó Anne divertida, tras hacer las presentaciones.

La señora Brown feliz de tenerlos en casa, los abrazó a los dos y le dijo a Duncan emocionada:

—Anne es la hija más buena y más noble del mundo. Es mi orgullo y lo que más quiero. Y si te ha elegido a ti como compañero, ahora tú también serás como un hijo para mí.

—Mamá, ¡es la primera vez que te escucho decir semejante cosa! —exclamó Anne sorprendida con lo rápido que había aceptado a Duncan.

—Porque es la primera vez que te veo feliz y enamorada. Y porque veo en Duncan todo lo que he deseado siempre para ti. Un hombre que te respeta, te cuida, te ama y te protege. Un hombre bueno, trabajador, sencillo y honesto que sé que solo desea para ti lo mejor, como yo.

La señora Brown se emocionó mucho al decir esas palabras y Anne y Duncan también…

—Yo no tengo madre, señora Brown. La perdí muy pronto y no hay día que no la extrañe. Pero sé que ella ha puesto a Anne en mi camino para que tenga una buena compañera y a usted para que sepa otra vez

lo que es el cariño de una madre —dijo Duncan, con los ojos vidriosos.

La señora Brown abrazó a Duncan y le dijo con el fin de que supiera que estaba en casa:

—Esta es tu casa, Duncan. Y no dudes de que tu madre desde el cielo tiene que estar muy orgulloso de ti. Como yo lo estoy… Me pareces un gran hombre y para mí es un honor que formes parte de nuestra familia.

—Mamá, hablas como si acabáramos de contraer matrimonio. Para un poco, por favor —le reprendió Anne, porque le parecía que se estaba pasando.

Sin embargo, Duncan sonrió, encantado con el recibimiento que le estaba dando la madre de Anne:

—No le haga caso, señora Brown. Y usted siga diciéndome cosas tan bonitas, aunque su hija ahora me dirá que soy un creído…

Todos se echaron a reír y la señora Brown dijo tras invitarles a pasar al comedor, donde les tenía preparado un asado delicioso:

—Sé que lo vuestro está empezando, pero tengo la experiencia de vida suficiente como para saber que es algo fuerte y sólido que va dar unos frutos preciosísimos.

Anne se llevó las manos a la cara de la vergüenza que le estaba entrando:

—¡Mamá! ¿Te vas a poner ahora a hablar también de nietos? ¿Qué pretendes que Duncan se agobie y salga por piernas?

Duncan se partió de risa y le dijo a la señora Brown que no pudo caerle mejor ni parecerle más entrañable:

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora Brown, y pienso que los hijos que vamos a tener Anne y yo van a ser guapísimos.

Todos volvieron a troncharse de la risa y en ese ambiente tan agradable transcurrió el fin de semana en casa de la madre de Anne.

Y así fue como poco a poco su relación se fue consolidando, día a día, y luego, llegó diciembre y dieron un pasó más.

Concretamente, tuvo lugar la primera presentación en público de la pareja en un acto oficial, de los que Duncan tanto renegaba.

Pero su asistencia era inevitable porque era el estreno de la nueva película del productor con el que estaba terminando de rodar la suya.

Así que tocaba ir de fiesta y para la ocasión se puso un esmoquin que dejó a Anne sin respiración en cuanto le vio.

Claro que él se quedó igual de impresionado cuando Anne apareció ante él con un vestido rojo entallado y el pelo recogido en un moño alto.

—Estoy muy nerviosa. Es la primera vez que acudo a un estreno de cine —reconoció Anne, cuando iban en el deportivo de Duncan de camino al evento.

—Son todos iguales. Ya te acostumbrarás. Porque me temo que te va a tocar venir a acompañarme a unos cuantos —le dijo Duncan, tras tomarla de la mano en un semáforo en el que paró.

—No creo que me acostumbre jamás, no he nacido para ser una estrella de cine.

Duncan le besó la mano y musitó con una cara de enamorado tremenda:

—Tú has nacido para ser la estrella de mi corazón.

Anne le miró con una sonrisa de felicidad máxima y repuso:

—Y tú la del mío.

—Y te agradezco en el alma que me acompañes al evento porque sé lo poco que te gustan estos saraos y el esfuerzo que haces en asistir.

—Contigo voy al fin del mundo, pero es verdad que estos actos sociales me ponen muy nerviosa.

—Todavía estamos a tiempo de no ir. Puedo llamar al productor y darle cualquier excusa —le propuso Duncan tras arrancar otra vez y ponerse en camino.

Anne negó con la cabeza, pues era consciente de la importancia de esos eventos para la carrera de Duncan.

—Tienes que asistir. Es trabajo también. Es tu productor y, aunque no participes en esta película, tienes que estar en el estreno para empezar con la promoción de la próxima tuya. No puedes faltar a la cita…

—Si quieres, puedo dejarte en casa. No hace falta que asistas. No quiero que te sientas incómoda en ningún momento.

Anne negó con la cabeza y le explicó a Duncan que la escuchaba atento:

—Quiero acompañarte al estreno. Estoy atacada porque es algo nuevo para mí. Pero por nada del mundo voy a dejarte solo. Somos una pareja y yo voy a estar a tu lado.

Duncan sintió que se le ensanchaba el pecho de la emoción y no pudo contener las dos palabras que ya le abrasaban en la garganta:

—Te amo, preciosa. Te amo tanto…

Anne se estremeció al escuchar esas palabras tan profundas que Duncan había pronunciado por primera vez y solo pudo musitar:

—Y yo.

—Qué ganas tenía de decírtelo, pero siempre me mordía los labios por si te parecía demasiado precipitado.

Anne le entendió perfectamente, al haberle sucedido exactamente lo mismo:

—Yo también tengo unos cuantos te amo atascados en la garganta.

—Que no se te atasquen, por favor. Estoy deseando escucharlos y quiero que sepas que no solo estoy agradecido por tu compañía, sino que estoy muy orgulloso de acudir con la más preciosa de las mujeres.

Anne era una chica segura de sí misma, pero tenía ojos en la cara y sabía perfectamente qué tipo de mujeres iban a acudir al evento:

—¡No exageres tanto, *highlander*! El estreno va a estar lleno de bellezas de rostros perfectos, melenas leoninas, pechos abundantes y piernas infinitas. Yo soy de lo más normalito.

Duncan apretó fuerte las mandíbulas, negó con la cabeza y le dijo rotundo:

—A mí esas bellezas me dejan indiferente. Son todas iguales. Como clonadas. Es como si las hubiera operado el mismo cirujano y les hubiera dejado la misma cara inexpresiva y anodina y el cuerpo con los mismos volúmenes y proporciones. Yo te prefiero con creces a ti, que eres preciosa, natural, espontánea y…

—Muy estirada —bromeó Anne, divertida.

—Me encanta como eres, Anne, y me tienes absolutamente a tus pies…

Capítulo 30

En cuanto llegaron a la entrada del teatro donde se celebraba el estreno, la gente que estaba aguardando fuera rompió a chillar y a aplaudir enloquecida.

El público gritaba el nombre de Duncan y todos le reclamaban para hacerse fotos con él.

Duncan sin perder la sonrisa ni la compostura, se acercaba a las vallas para posar con sus fans, mientras no quitaba ojo a Anne que se quedó un poco apartada de él.

Y así estuvo un buen rato, hasta que salió alguien de la organización y los condujo a un *photocall* donde les acribillaron a fotografías y preguntas durante más de diez minutos.

Anne aguantó el tipo como pudo, cegada por los flashes y mareada por tanta pregunta que Duncan, que tenía tantas tablas, respondió con una desenvoltura admirable.

—Creo que ni en mil vidas podría acostumbrarme a esto —dijo Anne, en cuanto abandonaron el *photocall* y se quedaron a solas esperando a que les acomodaran en la sala para ver la película.

Duncan lo entendía perfectamente, la besó en la mejilla y le aseguró muy orgulloso de ella:

—Lo has hecho muy bien, preciosa.

—Estoy que apenas veo con los flashes y luego qué agobio con tanta preguntita… ¡Son incansables!

—Lo quieren saber todo.

—Ya lo he visto. ¡Hasta te han preguntado por tu color favorito de la ropa interior femenina! —exclamó Anne, que no daba crédito.

—Son muy indiscretos.

—Después de que nos preguntaran como ochenta veces que para cuándo la boda, he estado a punto de responder que a ellos qué les importa —musitó Anne, que había quedado agotada con el interrogatorio.

—Es lo que dan ganas de responder. Pero esto es también trabajo y hay que ser siempre educado, correcto y comprender que la gente quiere saber sobre nuestras vidas privadas.

—Hay que ser de una pasta especial para sobrellevar todo esto —

habló Anne que, a medida que conocía más el mundo de Duncan, aumentaba la admiración que sentía por él.

—Soy un actor vocacional y tengo más que asumido que es el precio a pagar por hacer lo que me gusta. Lo que me preocupa es que este no es tu mundo y que la prueba de hoy te esté sobrepasando.

Duncan la agarró por la cintura, la pegó contra él y Anne sintió tantas cosas que le dijo:

—No estoy cómoda. Este no es mi sitio. Pero sé que es importante que esté hoy aquí contigo y no pienso dejarte solo. Ni hoy, ni cuando me necesites.

Duncan se sintió tan apoyado, tan respaldado, tan comprendido y tan conectado con Anne que la tomó por la nuca y le dio un beso de impresión en la boca que hizo que los reporteros, que estaban en el photocall con otros actores, los dejaran de lado y se pusieran a dispararles fotos sin parar.

Porque sin duda eran la atracción del evento, se les veía tan enamorados y felices que llamaban la atención de todo el mundo y hacían creer en la magia del amor que hacía posible que un actor exitoso perdiera la cabeza por una chica normal.

—Dios, ¡nos están haciendo fotos! —exclamó Anne, tras el beso.

Un reportero se acercó a ellos, les metió una alcachofa en la boca y les habló entusiasmado:

—Lo vuestro parece la típica novela romántica hecha realidad. El actor famoso y millonario y la chica del montón que…

Duncan frunció el ceño, paró en seco al reportero y le dejó claro porque no iba a consentir que nadie rebajara a Anne:

—Aquí el único que hay del montón eres tú que haces esos comentarios tan estúpidos. Anne es una mujer magnífica y talentosa. ¿Estamos?

El reportero agachó la cabeza y, sin saber dónde meterse, se fue por donde había venido…

—Madre mía, Duncan… —murmuró Anne, un tanto tensa con la situación.

Duncan apretó fuerte las mandíbulas y le recordó para que no lo olvidara:

—No voy a pasar ni una, Anne. No lo voy a permitir…

Y en esas estaban cuando Duncan se fijó en que Jade y Walter se dirigían hacia ellos con unas caras hasta los pies, como si acabaran de discutir.

—Ahí vienen mi ex y mi examigo —masculló Duncan, a quien no le pilló de sorpresa que estuvieran porque ellos también habían rodado con el mismo productor.

Anne le cogió de la mano y le dijo a Duncan al que notó que se había puesto bastante tenso:

—Estoy contigo, Duncan. Todo va ir bien.

Duncan soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, besó a Anne en los labios y luego escuchó una voz masculina decir justo detrás de su cogote:

—¡Buenas noches, Duncan! ¿Podemos dejar atrás viejos rencores?

Duncan se giró y comprobó cómo Walter le tendía la mano que Duncan estrechó por cortesía y luego le presentó a Anne.

Jade entonces intervino para colgarse del cuello de Duncan, darle dos besos y después decir tras mirar a Anne de arriba abajo con cara de asco:

—¿Esta es la chica de la peluquería con la que dicen en la prensa que sales?

Duncan se mordió los labios, miró a Jade con rabia y le dijo enojado:

—Anne es agente inmobiliaria. Y una gran profesional. Algo que tú nunca sabrás lo que es…

Jade sonrió para disimular que no había acusado el golpe y le pidió a Duncan con un tono de voz que él encontró de lo más irritante:

—¿Podríamos hablar un momento a solas?

Duncan se negó, pues no se fiaba para nada de ella y respondió borde:

—No tengo nada que hablar contigo, Jade.

—Es algo muy importante —insistió Jade.

Y Duncan, para quitársela cuanto antes de encima, replicó en un tono duro y seco:

—Tienes un par de minutos. Ni uno más.

Luego, le dio un beso en la mejilla a Anne y le susurró al oído:

—Espérame aquí, por favor. Será muy breve.

Anne asintió, agarró una copa de champán que le ofreció un camarero y le dijo a Duncan:

—Te espero aquí.

Y Walter que también cogió otra copa, le dijo a Duncan con una sonrisa de lo más falsa:

—Yo me quedo con Anne, haciéndole compañía. Vete tranquilo.

Duncan fulminó a Walter con la mirada y le soltó con inquina:

—No me marcho tranquilo por ti. Lo hago por Anne que sé que sería incapaz de traicionarme.

Y tras decir esto, se dirigió con Jade hasta un rincón apartado donde ella le comentó mirándole con pena:

—Lamento muchísimo lo que te hice y que te hayas quedado tan trastornado como para acabar con esa chica tan vulgar…

Duncan se envaró, se revolvió el pelo furioso y exclamó haciendo ademán de irse:

—Tú sí que eres vulgar. Anne jamás caería tan bajo.

—No es de tu clase. Es una empleada. No tiene glamur. Ni sofisticación. No te pega para nada. Te va a decepcionar y nunca podrá darte lo que yo. Yo sí que soy de tu clase. He crecido en una familia con dinero y poder. Soy una actriz de éxito. Conozco bien el mundillo. Y te puedo hacer feliz como nadie…

Duncan se echó a reír, la miró con desprecio y le soltó:

—¿Tú que me dejaste para irte con mi amigo?

—Walter me pilló volando bajo, me manipuló, me engañó y me acabó obligando a hacer algo que no quería. Estoy harta de él. Va a lo suyo. Le importo una mierda. Y he descubierto que me está engañando con su nueva compañera de rodaje. Me equivoqué y te pido perdón. Te necesito, Duncan. Walter me tiene tan nerviosa y paranoica que cada vez controlo menos y me estoy ganando una fama de insoportable horrible que provoca que me estén llamando muy poco. Como siga con él, mi carrera se va a ir a la mierda. Tienes que ayudarme. Tenemos que volver a ser lo que fuimos. Todavía estamos a tiempo. Deshazte de esa chica que no vale nada y quédate conmigo

que soy lo que mereces…

Duncan la miró con un desprecio infinito, frunció el ceño y, feliz de haberse quitado a semejante pécora de encima, repuso:

—Tú sí que no vales nada. Eres despreciable y no te quiero en mi vida para nada. ¡Así que vete a paseo, Jade Lam!

Jade se llevó las manos a la cara y, en un gesto de lo más fingido y teatral, se puso al borde de las lágrimas exclamando:

—Duncan, ¡sin ti no soy nada!

Duncan la miró con desprecio, porque daba vergüenza ajena el teatro que estaba haciendo y masculló:

—Ten un poco de dignidad. Madura. Toma las riendas de tu vida. ¡Y olvídate de mí!

Y tras decir esto, Duncan voló hasta donde estaba Anne, la mujer que no sabía qué había hecho para merecer, pero que amaba cada día con más fuerza…

—Vámonos a la sala que va a empezar la proyección —dijo ofreciéndole el brazo para que Anne se enganchara.

Ella se agarró del brazo de Duncan y se despidió de Walter que le dijo a su antiguo amigo:

—Tienes mucha suerte, Duncan. Anne es una mujer fabulosa. Saliste ganando con el cambio, porque yo no sé cómo quitarme de encima a Jade…

Duncan le miró con sumo desprecio, se encogió de hombros y farfulló:

—Ese no es mi problema…

Capítulo 31

Diciembre avanzaba y a Anne le tocó llevarse una desagradable sorpresa, cuando al mediodía se escapó para ir un rato a su apartamento y se encontró con que le habían desvalijado la casa.

No quedaba absolutamente nada. Ni siquiera las plantas que una vez a la semana iba a regar y lo primero que se le ocurrió fue que tal vez su casera había cometido un error y sus pertenencias estaban en algún guardamuebles…

—Señora Ludgren, la llamo porque acabo de entrar al apartamento y no hay absolutamente nada. Y lo primero que he pensado es que a lo mejor usted ha cometido el error…

La señora Ludgren la interrumpió para que tomara rápido cartas en el asunto:

—Lo siento mucho, Anne. Pero me temo que han asaltado tu casa: tienes que llamar ahora mismo a la policía.

A Anne le entró un miedo tremendo y de repente le dio por pensar que los ladrones estaban aún dentro escondidos en cualquier rincón y le dijo a su casera:

—Eso es lo que voy a hacer. La mantendré informada.

Y tras despedirse de ella, Anne colgó, salió a toda prisa de la casa y desde el portal llamó a Duncan:

—Dime, preciosa. ¿Sucede algo?

Duncan justo en ese momento había hecho una pausa en el rodaje y sabía que si Anne le llamaba no era por una estupidez.

—Me he venido al apartamento y está vacío. ¡Me lo han robado todo! —habló Anne con la respiración entrecortada de la impresión que le había dado ver cómo la habían dejado sin nada.

Duncan muy preocupado, empezó a recoger sus cosas con la intención de ir a buscarla:

—¿Estás en el apartamento?

—No. Me he salido. Tengo miedo de que pueda haber alguien dentro.

—Has hecho bien. ¿Y se lo han llevado todo?

—Absolutamente. No están ni las plantas. Lo primero que me ha dado por pensar era que mi casera se había equivocado y me había

enviado un camión de mudanzas. La he llamado y no tiene nada que ver con esto. Dios, Duncan, ¿pero qué pesadilla es esta? Todo lo que había era mío. Comprado con mi esfuerzo y mi trabajo. ¡Y me han dejado hasta sin microondas!

—Tranquila que voy para allá. Llama a la policía. Tenemos que denunciar. Y hasta que no se esclarezca lo sucedido no quiero que vuelvas a pisar ese apartamento. ¿Entendido?

Anne asintió y agradeció muchísimo que Duncan no la dejara sola en ese momento tan horrible para ella.

—Te espero aquí. Y ahora voy a llamar a la policía… Te amo, Duncan.

—Y yo, preciosa. Tranquila que no estás sola.

Anne colgó, llamó a la policía que acudió al momento y luego un poco después llegó Duncan que la reconfortó con su abrazo.

Y después de declarar y de que la policía le recomendara que tuviera especial cuidado porque ese robo era un tanto extraño, los dos se quedaron a solas en ese apartamento vacío y Anne le dijo:

—No imaginas el golpe tan duro que esto significa para mí, Duncan. Me hace revivir lo que sucedió con mi padre. Otra vez me toca perderlo todo de un plumazo. Absolutamente todo.

Luego, se quedó mirando a Duncan y ya no pudo más: rompió a llorar arrojándose a sus brazos.

Duncan la abrazó fuerte, le acarició la espalda y le aseguró lamentando muchísimo lo sucedido:

—Vamos a encontrar a los culpables y van a pagar por lo que han hecho. Te lo juro, Anne.

Anne alzó la vista, contempló su casa vacía y se sintió tan mal que ni le entraba el aire por la nariz:

—No me puede estar pasando esto otra vez, Duncan. ¡Me lo han quitado todo!

Anne rompió a llorar y a hiperventilar y Duncan la agarró por los hombros y le pidió para que no le diera un ataque de ansiedad:

—Respira despacio, por favor. Toma el aire por la nariz y suéltalo lento por la boca. Y confía en mí. Vamos a encontrar a los hijos de puta que te han hecho esto y ahora nos vamos a ir a casa.

Anne siguió las indicaciones de Duncan, empezó a controlar la respiración y a sentirse mucho mejor, a pesar del horror que estaba viviendo:

—Muchas gracias por estar aquí conmigo, Duncan.

—Lo que lamento es no haber pillado in fraganti a esos cabrones que habrían recibido su merecido. Pero ya los cogeremos…

—¿Para qué querrían mis plantas? ¿O mi cafetera? Es que esto no tiene sentido. ¿Para qué se lo han llevado absolutamente todo?

Duncan contrarió el gesto porque era algo que le preocupaba bastante y más después de lo que les había dicho la policía:

—En un robo por dinero se suelen llevar lo de valor y lo demás lo dejan. Esto me temo que no lo han hecho por dinero…

Anne le miró agobiada y le preguntó con los ojos vidriosos:

—¿Por qué entonces?

Duncan soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se encogió los hombros y respondió:

—No lo sé. Pero lo descubriremos y lo van a pagar bien caro. Y hasta entonces te rogaría que no volvieras más por aquí.

Anne asintió, pues se le habían quitado las ganas por completo:

—Ahora a finales de diciembre me vence el contrato y estaba pensando en hablar contigo el tema de si renovaba o no…

—Es absurdo que renueves si te pasas el día en mi apartamento. Y yo feliz de que lo hagas.

—Ya. Pero que cada uno tuviera su propio apartamento hacía que mantuviéramos nuestra independencia y que la relación fluyera sin presiones de ningún tipo.

—Ya hemos pasado esa etapa, Anne. Ahora los dos queremos estar juntos y es absurdo que renueves el contrato de un apartamento que apenas pisas. Aparte de que ya no es seguro que vuelvas por aquí.

—No pienso volver. Y menos mal que ya me había llevado a tu casa un montón de cosas. Entre ellas mis libros favoritos, casi toda mi ropa o mi joyero con mis baratijas...

Duncan le acarició el rostro de la cara con el dorso de la mano y musitó convencido:

—No digas mi casa, por favor. Es de los dos.

—Yo no tengo un apartamento en la Quinta Avenida —dijo Anne con una sonrisa.

—Me encanta verte sonreír otra vez. Y sí que lo tienes. Es tu casa, Anne. Y además el apartamento cuenta con una seguridad y una vigilancia que en este momento necesitamos para estar tranquilos.

—Y allí siempre me he sentido muy a gusto. Bueno, contigo me siento como en casa en cualquier parte…

Duncan la miró y le habló con un amor y una ternura que a Anne le desarmó:

—Por eso a pesar de que esta situación te haya hecho rememorar tu pasado, no tiene nada que ver. Ya no eres aquella niña indefensa. Ahora eres una mujer con agallas y sabes salir airosa de cualquier situación. Tienes arrojo suficiente como para enfrentar esto y además me tienes a mí que no voy a permitir que nadie te lastime. Así que dame la mano y vámonos a casa…

—Tienes rodaje esta tarde y yo tengo mucho trabajo también.

—Voy a llamar para decir que me ha surgido un contratiempo y tú vas a hacer lo mismo. ¿Y sabes qué vamos a hacer?

Anne negó con la cabeza porque no tenía ni idea de lo que iba proponerle, si bien se aventuró a decir:

—¿Contratar a unos detectives privados para que investiguen el caso?

—De eso me encargo yo. Pero nosotros a lo que nos vamos a dedicar esta tarde es a ir a comprar adornos navideños y a decorar el apartamento.

—No sé si tengo cuerpo, Duncan.

—Claro que lo tienes. Porque si te arrugas ¿sabes qué pasa? Que ellos vencen. Y eso no es lo que queremos. Así que vamos a dejar que los profesionales investiguen, yo te voy a cuidar y tú solo tienes que centrarte en sobreponerte y pensar que esos canallas van a recibir su merecido.

—Es muy jodido sentir que de repente puede venir cualquiera y apoderarse de todo lo que es tuyo. Es tal la impotencia y la indefensión que siento que tengo una mezcla de rabia, pena y dolor dentro que son tremendas. Y encima a eso se le suma que este horror

me retrotrae a lo que viví con mi padre y me duele más todavía. Pero tienes razón en que la vida me ha curtido tanto que ahora soy una mujer fuerte y no me van a vencer. Así que vámonos a casa y celebremos la vida, que estamos juntos y que lo que de verdad importa jamás nos lo podrá arrebatar nadie…

Duncan miró a Anne con orgullo y admiración y exclamó:

—¡Esa es mi chica! ¡Así se habla!

Capítulo 32

Anne tuvo durante una semana pesadillas con el apartamento vacío, pero después remitieron.

La policía y los investigadores privados se pusieron desde el primer día a trabajar duro en el caso, si bien aún no se sabía absolutamente nada sobre quién podía estar detrás del robo.

No obstante, estaban confiados en que pronto tendrían alguna pista que llevaría hasta los culpables.

Y lo que ya sí que estaba bastante avanzada, a esas alturas, era la negoción para la venta del castillo con un comprador de lo más solvente.

Se trataba de John Grant, un cantante de éxito británico, hijo de un aristócrata y de una millonaria, que se había encaprichado del castillo en cuanto lo había visto y que tenía dinero suficiente como para respaldar el proyecto ambicioso de conservación y mantenimiento.

A la operación ya solo le faltaban unos flecos para cerrarse, por eso Duncan le pidió a Anne el favor de que pasara con él la Navidad en Escocia, las últimas antes de que el castillo se vendiera definitivamente.

Y Anne aceptó. Se moría por pasar la Navidad con Duncan, en su maravilloso castillo en tierras escocesas y en compañía además de Mandy y Murray que llevaban el embarazo adelante sin ningún sobresalto.

Con ellos pasaron la cena de Nochebuena y luego estuvieron celebrándolo en el pub con toda la gente del pueblo que no podía ser más acogedora.

Con ellos cantaron, bailaron y rieron hasta que amaneció y decidieron regresar en moto al castillo, pues estaban empezando a caer los primeros copos de nieve.

Y ya cuando por fin estaban en la cama, desnudos, abrazados, al calor de la chimenea y tapados con unas buenas mantas, Duncan la estrechó contra él y exclamó entusiasmado:

—¡Feliz Navidad, Anne!

—¡Feliz Navidad, *highlander*!

—¿Sabes que estas van a ser las primeras que paso en Escocia y en

el castillo? —le confesó Duncan—. Siempre las pasábamos en Nueva York, pero no imaginas lo que extrañaba Escocia y lo que deseaba que, aunque fuera una sola vez, viniéramos al castillo a pasar las Navidades. Pero papá estaba siempre muy atareado y nunca vinimos. Si bien yo siempre intuí que las Navidades aquí tenían que ser únicas, como así ha sido. Y sobre todo gracias a ti, que has hecho que estas sean una de las mejores de mi vida.

Duncan la besó en la boca con pasión y fuego y Anne le confesó también:

—Me pasa lo mismo. Echo de menos a mi madre, esta es la primera Navidad que paso sin ella, pero esta noche, cuando hemos hablado, me ha asegurado que está feliz en casa de sus vecinos. Son unas personas adorables que la han acogido como una más de la familia. Se pasa el día con ellos, tienen una gran amistad y esta noche me ha contado que lo estaba pasando fenomenal. Los Thompson tienen ocho hijos, un montón de nietos y mi madre con ellos es muy feliz. Siempre soñó con tener familia numerosa y cuando está con sus vecinos se siente como si fuera una tía de la familia y se lo pasa en grande.

—Sé lo mucho que tu madre significa para ti, lo unidas que estáis y por eso insistí en que se viniera a Escocia a pasar la Navidad con nosotros.

—Ella me dijo que vendrá cuando lleguen los críos… —dijo Anne, risueña—. Y yo repliqué que se dejara de anticipar cosas y que además la venta del castillo era inminente, que si quería conocerlo tenía que ser ahora. Sin embargo, ella no cree que vayas a vender…

Duncan se puso muy serio, la mirada se le oscureció y reconoció:

—Yo tampoco.

—Ya, sé que parece increíble. Pero te he encontrado el mejor comprador, John Grant tiene el perfil que estábamos buscando y está ansioso por cerrar la operación para venirse a vivir al castillo cuanto antes. Además, me ha contado que tiene pensado rodar aquí el videoclip de su próximo tema.

Duncan se mordió los labios, frunció el ceño y se sinceró con Anne:

—No soporto la música que hace ese tío. Y de solo pensar que la porquería que interpreta va a retumbar en las paredes del castillo

Macpherson hace que se me pongan los pelos de punta.

—A mí me parece que hace canciones muy pegadizas y lo importante es que cumple con todos los requisitos que exigís para la venta. Es una persona con espalda financiera, que tiene un proyecto magnífico y que está muy concienciado con la protección de la naturaleza.

Duncan apretó las mandíbulas y, con una cara de desagrado considerable, repuso:

—Todo eso está muy bien, pero no me imagino a un inglés que canta como el culo siendo el dueño de todo esto.

—No desafina. Otra cosa es que no te guste la música que hace. Y no lo hará tan mal cuando triunfa en todo el mundo…

Duncan negó con la cabeza, porque realmente eso era lo de menos y se abrió con Anne:

—Si te digo la verdad ni me imagino al inglés, ni me imagino a más familia que a la nuestra habitando este castillo. Yo también he echado mucho de menos a los míos esta noche. Siempre he pasado la Nochebuena con ellos, ya sabes que estamos muy unidos, pero cuando les planteé venir a pasar estas fechas, todos salieron con que estaban ocupadísimos y que además no querían cortarnos el rollo romántico a nosotros.

—Ja, ja, ja, ja. Mi madre también me dijo lo mismo. Concretamente, lo que afirmó fue que cuando hay dos enamorados, el resto del mundo sobra.

Duncan sonrió como un diablo, la besó en la boca y musitó:

—La verdad es que sí, con Mandy, Murray y toda la gente que había en el pub nos lo hemos pasado genial, pero yo necesitaba con urgencia estar a solas contigo. Así que sí, me sobran todos…

—¡Y a mí también!

Los dos se echaron a reír y luego Duncan siguió contándole lo que le sucedía:

—Estamos muy bien aquí juntos. Y encima nieva. Es la primera vez que veo nevar en el castillo. Y es demasiado hermoso… Tanto que no hace más que reafirmar algo que llevo un tiempo rumiando y que esta noche tengo más claro que nunca.

Anne arrugó la nariz y, como si pudiera leerle el pensamiento, susurró:

—No quieres vender.

Duncan sonrió, se encogió de hombros, resopló y le confesó abriéndole su corazón:

—Como sabes, fui el que tomé la decisión de vender, pero me temo que no fue por una cuestión económica. Ya sé que yo insistía en que sí, pero la realidad es que después de mi ruptura con Jade, lo pasé muy mal y hasta llegué a convencerme de que difícilmente encontraría a alguien a quien amar y con la que formar una familia. Así que ¿para qué iba a querer conservar un castillo familiar, si yo nunca iba a tener mi propia familia? Y, además, mi familia de origen no tiene tiempo de venir al castillo a que pasemos unos días juntos. ¿Para qué mantenerlo? Entonces, fue cuando acudí a ti y todo cambió. Vinimos a este lugar y aquí descubrí que todavía había esperanza para mí. Que mi sueño de encontrar a una mujer preciosa a la que amar y ser correspondido y poder formar una familia con ella a lo mejor sí que podía ser posible. Y así han seguido pasando las semanas, nuestra relación se consolida y yo cada día tengo más claro que quiero pasar contigo el resto de mis días.

Anne sintió que le daba un vuelco al corazón y con los ojos vidriosos solo pudo musitar:

—Te amo, Duncan.

—Y me encantaría tener hijos contigo, una nueva generación de Macpherson a los que quiero enseñarles lo que implica pertenecer a este clan. Quiero que se sientan orgullosos de lo que son y que aprendan a amar esto como a nosotros nos lo enseñó mi padre. Y aunque la esencia de lo que uno es se lleva en el corazón, la tierra y lo tangible también son muy importantes. Estas paredes conservan tanta historia y tanta tradición que no puedo cometer el error de arrebatárselas a mis hijos. Sería muy injusto quitarles algo de lo que yo he disfrutado muchísimo y que me ha enseñado a ser quien soy. Así que Anne, eres la primera persona a la que se lo digo, pero tengo decidido que no quiero vender. Quiero venir al castillo contigo y con nuestros hijos y vamos a liarla muy parda aquí dentro.

Anne, emocionada, se echó a reír, y le felicitó porque sentía que había tomado la mejor decisión:

—Me parece que has decidido lo correcto, aunque yo me vaya a quedar sin ascenso.

—Dios… ¡Tu ascenso! ¡Es verdad! ¿Quieres que hable con Harper?

Anne batió las manos y exclamó porque lo que menos le importaba era eso:

—Mi ascenso ya llegará. No pasa nada. Es mucho más importante que tú hayas tomado la decisión de no perder tus raíces.

—Eres muy generosa, Anne. Siempre piensas en los demás antes que en ti.

—Te amo y deseo lo mejor para ti. Como pareja te digo que has tomado la mejor decisión, pero como agente inmobiliaria también porque ningún sitio podrá ofrecerte todo lo que te da este castillo.

—Eso es cierto…

—Te lo dije desde el principio. Y hoy te lo vuelvo a decir. Es más, piensa en lo que me pasó a mí con el apartamento. Me lo desvalijaron entero. Lo perdí todo. Pero es muy fácil reponer un frigorífico, una lavadora o un microondas… Por no hablar de que puedo encontrar infinidad de apartamentos más luminosos, espaciosos y mejor ubicados.

—Tú no tienes que buscar nada, ¡ya tienes tu casa! —le interrumpió Duncan, risueño.

—Pero me entiendes lo que te quiero decir…

—A la perfección, señorita Brown. Tú tenías razón. Lo que nos da el castillo Macpherson es irremplazable. Es como tú. Exactamente igual. Solo tú me haces sentir, solo tú me has hecho conocer lo que significa el amor verdadero y solo contigo quiero pasar el resto de mi vida.

Duncan la agarró por las caderas, la pegó contra él, ella sintió la potente erección contra el vientre y susurró con el sexo palpitante:

—¿Tan claro lo tienes?

Duncan se apoderó de la boca de Anne, la besó con voracidad y aseguró con los labios rozando los de ella:

—Absolutamente.

Capítulo 33

A la vuelta de la Navidad, lo primero que hizo Duncan fue reunirse con su familia para hacer dos cosas muy importantes:

—Os he convocado esta noche porque aparte de que he invitado a Anne a cenar para presentárosla y llegará en media hora, tengo que deciros que ya no quiero vender.

Killian que estaba sentado en el sofá del salón familiar, se revolvió en el asiento y preguntó:

—¿Pero no decías que había un comprador que era perfecto y estaba muy avanzado todo?

—Sí. Anne es una profesional formidable y nos encontró a nuestro hombre. Lo que pasa es que he cambiado de opinión. Y si lo he hecho, ha sido precisamente por Anne. Ya sé que parece un trabalenguas, pero os lo voy a explicar. Para eso he venido…

El abuelo interrumpió a su nieto porque él también sabía leerle como nadie y le dijo:

—Has venido para decirnos que estás enamoradísimo de esa chica y que quieres que tus hijos sepan también de dónde vienen.

—Exacto, abuelo —dijo Duncan, levantándole los pulgares.

—Las raíces son tan importantes que me alegro de que por fin te hayas dado cuenta —replicó el abuelo, mirando con orgullo a su nieto.

—Ha sido gracias a Anne. Después de lo que pasó con Jade, incluso llegué a convencerme de que jamás lograría formar una familia. Así que lo de tener un castillo familiar, al que vosotros no os dignáis ni a pisar, la verdad es que empezó a bufármela. Pero luego, regresé a Escocia con ella y todo cambió. Nos enamoramos y ahora mi forma de ver el asunto ha cambiado completamente. Quiero que conservemos el castillo y quiero que mis hijos aprendan y disfruten tanto como nosotros lo hicimos. Y, por supuesto, que me gustaría que vuestros hijos disfrutaran también.

Gare soltó una carcajada, pues aquello era ciencia ficción para él:

—¡Conmigo no cuentes! Yo no pienso reproducirme. De solo pensar que me tengo que atar a una sola mujer: ¡me pongo malo!

—Y yo tampoco pienso traer más niños a este jodido mundo —dijo Killian apretando fuerte las mandíbulas.

—Yo también decía lo mismo y miradme: ¡soy feliz! ¡Y he visto nevar en Escocia!

—Ya sabéis cuál es mi postura —intervino Leopold—. Sé lo importante que es el castillo para nosotros, pero como tú insistías en vender y pusiste sobre el tapete los números, no podía rebatirlo. Aparte de que, si te soy sincero, sabía que esto iba a pasar…

—¿El qué, papá? —preguntó Duncan sorprendido.

—Sabía que en cuanto pisaras Escocia, te iba a ser muy difícil tomar la decisión de desprenderte de algo que es tan valioso para nosotros. Pero tenías que ser tú el que se diera cuenta de ello.

—Si no llega a ser por Anne, igual sí que hubiera cometido el error de vender —aseguró Duncan, feliz de haberla encontrado.

Leopold se ajustó las gafas y le dijo a su hijo celebrando que hubiera encontrado su lugar en el mundo:

—Ella está en tu destino para eso. Y yo me alegro muchísimo de que hayas descubierto algo que tu abuelo y yo tuvimos también la suerte de conocer. Algo que tus hermanos algún día seguro que del mismo modo descubrirán…

—Yo no tengo nada que descubrir —comentó Gare carcajeándose y alzando las manos.

—A mí dejadme tranquilo —murmuró Killian.

—No escupáis al cielo, cabrones —masculló entre risas Duncan.

—Déjalos que ya espabilarán. Y ahora, cuéntanos, ¿para cuándo la boda? —preguntó Leopold que estaba muy feliz por su hijo.

—¿No es todo un tanto precipitado? Creo que se te está yendo demasiado la pinza con esa chica —opinó Killian, que no paraba de revolverse en el asiento.

—Yo me dejo llevar por el corazón. Cosa que deberías hacer tú de vez en cuando —se aventuró a recomendarle Duncan.

—A mí me parece que vas demasiado deprisa y que te vas a acabar pegando tal bofetón de realidad que te va a doler demasiado —insistió Killian, agitando el vaso de whisky que tenía en la mano.

—Yo amo y me dejo llevar. No pienso en las consecuencias, ni actúo con la cabeza.

—Y así te va —le reprochó Killian.

Duncan se encaró con él y, con una sonrisa enorme, replicó:

—Yo soy feliz. Aquí el único que parece que le han metido un palo por el culo eres tú. Así que cierra el pico y deja de envidiarme.

Killian se levantó, dejó el vaso de whisky sobre la mesa y le soltó a su hermano cabreado:

—Me marcho que tengo cosas que hacer.

—Anne está a punto de llegar. La he invitado para que os conozca. No puedes marcharte.

—No me hagas esto más difícil, Duncan. Te he dicho que tengo cosas que hacer. Y que sepas que yo no te he envidio en absoluto. Cuando un hombre se enamora, está perdido. Y yo no quiero eso para mí.

Duncan le clavó la mirada y retó a su hermano diciendo:

—Hablas así porque nunca has tenido el coraje de amar de verdad. Pero eres un Macpherson y sé que lo harás. Entonces, hablaremos…

Killian se acercó más todavía a él y le dijo desafiándole con la mirada:

—No te parto la cara, por respeto a papá y al abuelo, pero esta es la última vez que me dices que soy un cobarde. Y ya veremos cuánto te dura la felicidad con tu agente inmobiliaria… Yo creo que poco, porque ahora que el negocio se le ha ido a tomar por saco, ya no te necesita para nada. Así que disfruta de lo poco que te queda…

Duncan con una rabia tremenda en la mirada, se abalanzó sobre su hermano y si la cosa no llegó a más, fue porque los separaron.

—¿Qué os está pasando a vosotros dos últimamente? ¡Parecéis críos! —les gritó Leopold poniéndose en medio de ellos.

—Killian tiene una inquina contra Anne que es incomprensible. No la conoce y no la he hecho absolutamente nada. ¿Por qué actúa así con ella? —preguntó Duncan.

—Porque eres imbécil y no te das cuenta de que te la van meter doblada otra vez. ¡Se ve de lejos que esa tía está utilizándote! —exclamó Killian echando fuego por los ojos.

—¡Basta, Killian! No voy a consentir que hables así de Anne. Pide disculpas a tu hermano —le exigió Leopold.

Y Killian lo que hizo fue largarse dando un sonoro portazo…

Luego, el abuelo tomó la palabra y les dijo para que el ambiente se relajara un poco:

—Creo que Killian necesita comer más fibra…

Todos se echaron a reír y después Duncan les comentó porque era algo que le preocupaba:

—Solo espero que con el tiempo acabe aceptando a Anne.

Gare agarró a su hermano del hombro y le dijo convencido:

—Lo hará. Pero ahora no le hagas ni caso. Está amargado. Tu felicidad le hace recordar lo que no tiene y lo que cree que jamás podrá tener con Camila y vuelca toda esa rabia y frustración contra Anne.

—¡Buen análisis, Gare! —aseguró Leopold, apuntando a su hijo con el dedo índice.

A Duncan le parecía que era un buen análisis, pero el tema no le hacía ni pizca de gracia:

—Me parece fatal que lo pague con Anne. Ella no tiene culpa de nada y…

Duncan dejó la frase en el aire porque llamaron al timbre y era ella. Anne, que esa noche él encontró que no podía estar más preciosa con un traje de chaqueta rojo y a la que le bastaron unos minutos para meterse en el bolsillo a todos…

—Mi hijo nos ha hablado muchísimo de ti, pero ahora que hemos tenido el honor de conocerte entendemos por qué ha perdido la cabeza por ti —dijo Leopold, cuando ya estaban en mitad de la cena.

—Y siempre estaremos en deuda contigo por haberle hecho entrar en razón y quitarle la idea absurda de que vendiera el castillo —comentó el abuelo, divertido.

—No era una idea tan absurda, abuelo. ¿Para qué quería un castillo si no tenía con quien compartir bonitos momentos? Vosotros no vais y yo estaba solo…

Anne que estaba sentada frente a él, sonrió y le dijo alto y claro:

—Ya no lo estás.

El abuelo entonces lanzó un suspiro y solo pudo exclamar tras probar la lubina:

—¡Qué bonito es el amor! ¡Y qué falta hacía una mujer en esta casa!

¡Ya era hora! Así que cuida bien a este tesoro de chica, Duncan…

—Todo es muy bonito, pero ¿te acuerdas de lo que decías de la pobre Anne hace unos meses? —intervino Gare, para chinchar un poco a su hermano.

Sin embargo, la que replicó fue Anne que le confesó a Gare:

—Mejor no me preguntes qué era lo que yo pensaba de tu hermano.

Todos rompieron a reír y de nuevo Leopold tomó la palabra para decir a Anne:

—Me alegro de que tuvierais el coraje y la madurez suficiente como para conoceros de verdad y daros cuenta de que os complementáis a la perfección y de que estáis hechos el uno para el otro.

—Y ojalá que algún día Killian lo acepte… —murmuró Duncan, que aún respiraba por la herida.

A Anne le habían contado cuando había llegado que Killian había tenido que ausentarse, pero en ese instante Gare fue un poco más allá y le explicó:

—Killian no está atravesando un buen momento. Está frustrado y amargado porque está enamorado de Camila, su secretaria, y lo suyo no puede ser. Y ver a Duncan tan feliz, le recuerda lo que no tiene, se pone fatal y lo vuelca contra ti.

—¿Contra mí? —replicó Anne, tras probar también su pescado.

—No te lo tomes de forma personal. Se trata de que está bloqueado y canaliza su frustración contra quien menos culpa tiene —le explicó Gare.

—Él cree que estás conmigo por conveniencia y que ahora que ya no hay castillo que vender, me dejarás —le confesó Duncan con una cara de enojo que no podía con ella.

Anne se quedó aturdida y Leopold se apresuró a decir:

—Te pido disculpas en su nombre, Anne. Mi hijo Killian es una buena persona y sé que con el tiempo esta situación se revertirá. Como dice Gare no está atravesando un buen momento y no sabe ni lo que dice. No le tengas en cuenta nada.

—He estado a punto de liarme a trompazos con él otra vez. Porque es justamente al revés. Si fueras una persona interesada, me habrías empujado a vender para hacerte con tu ascenso y la suculenta

comisión. Sin embargo, has renunciado a todo eso porque sabes que no vender era lo más conveniente para mí —les explicó Duncan, lamentando que Anne tuviera que escuchar que su hermano dudaba de sus intenciones.

—Sin duda, eres una chica muy generosa y desinteresada, Anne. Y te pido también perdón en nombre de mi nieto. Para nosotros es un honor tenerte en la familia —dijo el abuelo, con una sonrisa franca.

Anne agradeció las palabras de todos y les habló convencida también de que aquello acabaría solucionándose:

—Soy una persona que sobre todo cree en los hechos, más que en las palabras. Y lo único que puedo decir es que el tiempo le demostrará a Killian que no tiene razón, que estoy con Duncan por amor y nada más que por amor. Pero también entiendo su desconfianza, que en el fondo habla de lo mucho que quiere a su hermano y el afán que tiene de protegerlo.

—Tus palabras te honran —habló Leopold, con una inclinación de cabeza.

Sin embargo, Duncan se subió por las paredes y le dijo a Anne:

—¡El tiempo le va a hacer que se trague sus palabras! ¡Eso es cierto! Como también lo es que, si tanto me quiere, que se preocupe de peligros reales y no de ti, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Anne sonrió y el abuelo alzó la copa para decir encantado con que su nieto hubiera recibido la bendición de tener el amor de esa chica:

—¡Brindemos por ello, familia! Porque para mí, Anne, eso es lo que ya eres. De la familia. Una auténtica Macpherson…

Capítulo 34

Y así, con la presentación formal de Anne en la familia y la maravillosa acogida por todos, a excepción de Killian, que era un caso aparte, la relación parecía más consolidada y fuerte que nunca.

Si bien la mañana del último día del año sucedió algo que fue un auténtico cataclismo.

Algo que ni Anne ni Duncan jamás hubieran ni sospechado y que supuso que lo suyo saltara por los aires…

En el caso de Anne, la pesadilla empezó a las ocho en punto de la mañana, cuando Beverly entró en su despacho con una revista en la mano y una cara que era un poema.

—¿Qué pasa? —preguntó Anne con un presentimiento malísimo.

—No te has pasado por los kioscos, ¿verdad?

—Ya sabes que no leo esa clase de revistas. Dios, voy a morirme de la ansiedad. ¡Dime! —le exigió con la vista puesta en la revista que sabía que contenía algo que podía afectar gravemente a su futuro con Duncan.

Porque solo podía ser eso, de lo contrario su amiga no tendría esa cara de preocupación…

—Coge aire porque es muy fuerte.

Luego, Beverly se sentó frente a ella y le mostró la revista en la que aparecía Duncan vestido con el *kilt* y la chaqueta, en la puerta de su castillo y con el culo al aire y debajo un titular que decía: «El *highlander* lo enseña todo».

Anne, blanca como la pared, le arrebató la revista de las manos y farfulló con un nudo en la garganta que no la dejaba apenas hablar:

—Esta foto se la hice yo.

Beverly se llevó las manos a la cara, porque ya sí que no entendía nada y le preguntó:

—¿Y cómo han llegado hasta la revista unas fotos privadas tuyas?

Anne con dos lágrimas recorriéndole el rostro porque sabía lo que significaba la publicación de esas fotos le aseguró a su amiga:

—Te juro que no tengo nada que ver con esto.

Beverly le pasó un clínex a su amiga y repuso al tenerlo también muy claro:

—No tienes ni que decírmelo. Solo te pregunto que qué ha podido pasar para que esta gente se haya hecho con estas fotos.

Anne respiró hondo, miró a su amiga y de repente lo entendió todo:

—La tableta donde guardé esas fotos estaba en mi apartamento.

Beverly sintió un escalofrío tremendo al ver hasta qué punto se podía jugar sucio por conseguir un dinero fácil y exclamó:

—¡Te desvalijaron la casa para conseguir esto!

—La policía nos dijo que era un robo muy extraño y ahora estamos descubriendo qué era lo que buscaban: destrozarnos nuestras vidas.

Anne se echó a llorar, su amiga la abrazó y le dijo conteniendo las lágrimas también:

—Tienes que llamar ahora mismo a Duncan.

Anne, bañada en lágrimas, replicó sintiendo que lo suyo estaba ya más que acabado:

—Duncan en cuanto haya visto estas fotos lo que habrá pensado es que le he traicionado. Y después le habrá llamado su hermano Killian para decirle que estaba en lo cierto. Que yo era una trepa y una interesada que, como no pude llevarme un buen pellizco con la venta del castillo, he compensado la pérdida vendiendo su intimidad a una revista.

Beverly horrorizada con lo que estaba escuchando, negó con la cabeza:

—¿Cómo van a pensar eso de ti?

—Killian no me traga. Sospecha de mis intenciones desde el primer día. Y Duncan solo puede tomarse esto de una manera: como una soberana traición.

Luego, agarró la revista otra vez y se horrorizó más todavía al comprobar que era un reportaje de más de treinta páginas en las que se mostraba todo lo que Duncan siempre se había negado a enseñar.

—En el reportaje aparece al detalle todo el interior del castillo, los exteriores y otro montón de fotos en las que él sale… —relató Beverly por si acaso no se había dado cuenta.

—Y no dicen en ningún momento que estas fotos son robadas. ¡Qué canallas!

—Lo único que dicen es que les han llegado esas fotos que

reproducen por su interés informativo.

—¿Qué interés informativo tiene sacar el culo de Duncan en portada? Y encima vestido con el *kilt* de su clan. ¿Tú sabes la afrenta que supone esto para él? Es un deshonor tal que yo lo mejor que puedo hacer es desaparecer…

Anne comenzó a recoger las cosas, muy nerviosa, en tanto que su amiga le decía:

—Tú no has hecho nada. Y lo que tienes que hacer es aclararlo todo con él y que sepa que eres otra víctima.

Anne tras cerrar el ordenador y colgarse el bolso, se puso de pie y le dijo sintiéndose peor que nunca en su vida:

—Duncan es muy celoso de su intimidad. Le han ofrecido cheques en blanco para sacarlo en su castillo, vestido de escocés y él siempre se ha negado. Ese castillo es lo más sagrado que tiene. Es lo que es. Y ahora por mi culpa lo han profanado todo.

—¿Qué culpa tienes tú, Anne?

—Yo hice unas fotos para la inmobiliaria, pero las otras, como la que aparece en la portada, se suponía que eran solo para mí y que yo iba a conservar a buen recaudo. Y lo que hice fue guardar esas fotos íntimas en mi tableta con una contraseña. Pero cometí el error, el fatídico error, de no llevarme la tableta conmigo. Y eso es algo imperdonable, Beverly.

—¿Qué dices? Tú no tienes culpa de que esos sinvergüenzas te asaltaran.

—Yo me llevé conmigo mis libros, la ropa, mi bisutería… Todo lo que es importante para mí. Menos las fotos de Duncan…

—Perdóname, amiga, pero ¿para qué ibas a llevarte unas fotos del culo de Duncan, si puedes verlo en vivo y en directo cuando te place?

Anne sonrió a pesar del momento tan complicado que estaba pasando y luego exclamó:

—¡No tiene perdón! Y yo me voy. Dile a Harper que no me encontraba bien, por favor.

—¿Adónde vas a ir?

—No tengo ni idea. Pero no puedo quedarme aquí. Tan solo quiero meter mi cabeza en un agujero hasta que esta pesadilla pase.

—Es Nochevieja. ¡Tiene que estar todo petado! Aparte de que te recuerdo que tú no eres de las que huyen ante los problemas. Eres de las que les planta cara…

Anne, con una pena infinita y sin poder reprimir las lágrimas, confesó:

—No tengo fuerzas para plantarme ante Duncan y decirle que para mí eran más importantes mis cosas que su intimidad y que le he dejado con el culo al aire ante el mundo.

Beverly agarró a su amiga por los hombros y le recordó para que recapacitara:

—No te llevaste la tableta a su apartamento porque tú lo que utilizas es el portátil y el teléfono. Y, precisamente, no guardaste las fotos ahí porque consideraste que estaban más seguras en la tableta en tu casa.

—El móvil y el portátil lo llevo por la calle, en el metro, en el autobús, y sí, en su día pensé que la tableta estaba más segura en mi casa. Pero resulta que me equivoqué y teniendo Duncan una vigilancia y una seguridad en su apartamento tremendas, me tenía que haber llevado para allá la tableta. Pero no lo hice. Y he acabado traicionándole… Y me siento tan mal que solo quiero desaparecer y desear que Duncan encuentre pronto a una chica que sí que le merezca.

Beverly abrazó otra vez a su amiga que rompió a llorar y le pidió:

—¡No hagas de esto un drama mayor del que es, por favor!

Anne se apartó las lágrimas de un manotazo y exclamó muy agobiada:

—No estoy haciendo ningún drama. Es la verdad. Le he fallado y voy a pagar por ello.

—¿Quién te ha puesto el castigo? ¿Tú?

—Yo sí, yo me impongo el castigo antes de que me lo ponga nadie. Me voy y tú tranquila que estaré bien. Rota y muerta de pena, pero bien… Y el día 2 volveré al trabajo y supongo que para entonces tendré fuerzas para enfrentarme a Duncan, pedirle perdón y desearle todo lo mejor con una mujer que sí le merezca…

Beverly se llevó las manos a la cara de la desesperación, al sentir

que su amiga no podía ser más terca:

—¡Él no quiere conocer a ninguna mujer! Él te ama a ti y entenderá que tú no tienes culpa de nada. Aparte de que imagino que va a meter tal demanda a la revista que estoy segura de que hasta podrían cerrarla.

—Duncan tiene los mejores abogados y supongo que es lo que hará. Justo después de decidir que rompe conmigo por traidora… Y es evidente que es lo mejor que puede hacer, porque le he demostrado con creces que no soy de fiar…

Capítulo 35

Y mientras Anne caía en ese bucle de autocompasión, Duncan acababa de llegar a la reunión urgente que había convocado Killian en el despacho de su padre:

—¿Qué pasa esta vez? ¿Tú no dejas de dar por saco ni en Nochevieja? —dijo Duncan en cuanto entró todo ufano en la sala.

Y fue el último en llegar. Su padre y Gare ya estaban allí con unas caras largas que a Duncan le hicieron presagiar lo peor:

—¿Qué pasa? ¿El abuelo está bien? —pregunto con una punzada en el estómago.

Killian lanzó la revista encima de la mesa y respondió con un cabreo monumental:

—Todo lo bien que puede estar después de enterarse de que el mundo entero te ha visto el culo, vestido con el *kilt* de nuestro clan.

Duncan echó mano a la revista y sintiendo que su sueño se hacía pedazos solo pudo balbucear:

—¿Esto es una broma? Tiene que ser una broma.

Killian se cruzó de brazos y contestó con la suficiencia que le daba saber que eso iba a pasar:

—Esto es de lo que llevo advirtiéndote desde el primer día. Esa chica no es de fiar. Y aquí tienes la prueba. Te ha vendido por un buen puñado de dólares. Me figuro que, como la venta no fructificó, tuvo que buscar el dinero en otra parte. Y sin importarle nada. Ni tu reputación, ni la de nuestra familia, ni la de todo nuestro clan. Porque esto es lo más indigno que nos han hecho a los Macpherson en la vida. Y Anne Brown va a pagar por esto… ¡Eso os lo garantizo a todos!

Duncan abrió la revista, vio que había muchísimas fotos y la cerró porque no podía soportarlo.

Él que había rechazado todas las ofertas que le habían hecho para retratarle en el castillo, ahora se veía expuesto y con el culo al aire. Aquello era tan bochornoso que no sabía ni dónde meterse. Pero de algo estaba más que seguro: Anne no tenía la culpa de nada. Y así se lo hizo saber a su hermano.

—Anne es inocente. Los culpables hay que buscarlos en otra parte. Y no dudes de que yo mismo me encargaré de que paguen por esto.

—Pienso lo mismo que tu hermano. Anne no tiene nada que ver con esto y deberías dejarla a margen —dijo Leopold para enojo de Killian que no entendía cómo podían seguir confiando en ella.

—¿Cómo no va a tener nada que ver si es obvio que la foto en la que Duncan sale con el culo al aire la ha tomado ella? —replicó Killian que estaba que bufaba.

Duncan para acabar con las especulaciones les contó con una rabia tremenda:

—Las fotos me las hizo Anne con su cámara. La de la portada y todas las que aparecen en el interior.

—¿Y todavía dudáis de que es una trepa que solo se mueve por dinero? Esta tía no tiene ni principios ni valores. Es una mercenaria —aseguró Killian.

Y Duncan no pudo más, dio un golpe en la mesa y le exigió:

—¡Basta ya! ¡Y cierra el pico, Killian! Por mucho que te joda, Anne me ama y jamás sería capaz de hacer algo que me perjudicara.

—Ya veo, ya…

—¡Calla, joder! —le exigió a gritos—. Y ¡escúchame! A Anne le desvalijaron el apartamento hace unos días y la misma policía nos dijo que era un robo muy extraño.

Leopold que no sabía nada de lo sucedido, se envaró en la silla y exclamó:

—¡Esto tenías que habérnoslo contado, hijo!

—El asunto está en manos de la policía y de investigadores privados que he contratado. De momento, no sabemos nada. Pero hoy hemos averiguado qué era lo que buscaban en casa de Anne.

—Haceros daño. ¿Y sospechas de alguien? —preguntó Gare, entornando los ojos.

—Es triste, pero hay gente que a la que le jode mucho nuestra felicidad —respondió Duncan, clavando la vista en Killian.

Killian se revolvió en el asiento, se puso como un basilisco y gritó:

—¡Esto ya sí que es el colmo! ¡No me puedo creer que confíes en esa tía que conoces de hace nada y no creas en mí que soy tu hermano!

Duncan negó con la cabeza, apretó fuerte las mandíbulas y replicó:

—No te he acusado de nada. Pero de lo que sí que estoy seguro es

de que te alegras de esto que ha sucedido.

—No me alegro. Sé que estás muy ilusionado con esa chica, pero no te conviene para nada. Como ya se está viendo…

—Lo único que he visto hasta ahora es que alguien le robó esas fotos…

—Eres tan ingenuo, hermano. ¿Cómo puedes tener esa venda en los ojos? ¿No te das cuenta de que te ha vendido y de que ha tirado por los suelos tu reputación y la de todo nuestro clan? —inquirió Killian que no pensaba parar.

—¡No exageres tampoco! ¡La reputación no se tiene en el culo! —exclamó Duncan que estaba hastiado de su hermano.

A lo que Gare, que estaba echando un vistazo a las redes sociales mientras sus hermanos discutían, añadió tronchado de la risa:

—¡Y además la gente está encantada con él! Todo el mundo está hablando de tu culo perfecto y me meo porque están pidiendo al director de la revista que en los siguientes números saquen al resto de los hermanos Macpherson.

—¡Tú siempre tan frívolo! —le reprendió Killian a Gare.

—¡Y tú siempre tan serio y tan trágico! Entra en las redes y verás cómo la gente lo que comenta es que Duncan es un tío divertido y auténtico que les cae de putísima madre.

—¡No me puedo creer que estés haciendo semejante lectura de este terrible hecho! —exclamó Killian apretándose el puente de la nariz.

—Lo que está haciendo tu hermano es tomarse esto de la manera más inteligente, y es con sentido del humor. No podemos abordar esto de otra manera —intervino Leopold, encogiéndose de hombros.

—¡Genial! ¡Atentan de una forma asquerosa contra la intimidad de Duncan y nos lo tenemos que tomar a risa! ¿Nos estamos volviendo locos o qué? —inquirió Killian, frunciendo el ceño.

—Yo no voy a parar hasta que se descubra quién está detrás de esto y lo pague. Pero no pienso permitir que este incidente me amargue la existencia ni me destroce mi vida.

—¿Y si descubres que es Anne quien vendió las fotos? —preguntó Killian que no podía evitar hacer de abogado del diablo.

—Te voy a contar lo que va a suceder: daré con el responsable, tú

tendrás que comerte tus palabras y pedirle perdón a Anne —aseguró Duncan—. Y ahora me marcho que necesito hablar con ella para que sepa que tiene mi confianza absoluta.

Duncan se marchó de las oficinas de su padre y se fue directamente al trabajo de Anne, donde, nada más llegar, Beverly le contó lo que había pasado:

—Se ha marchado, Duncan. Y no me preguntes adónde porque no me lo ha querido decir. Estaba destrozada con lo de la revista. Yo se la he mostrado esta mañana para que la viera y se ha derrumbado. Se siente muy culpable porque ella te hizo esas fotos y en vez de llevarlas consigo a tu casa que tiene más seguridad, las dejó en el apartamento y se las han robado.

Duncan con un agobio tremendo, se revolvió el pelo con la mano y masculló:

—Ella no tiene culpa de nada.

—¡Eso le he dicho yo! Anne guardó las fotos con contraseña en la tableta, pero esos cabrones se la robaron y han debido de contratar a un hacker para recuperar esas fotos.

—Ese debió ser el verdadero motivo del robo, buscar material sensible con el que ganarse un buen dinero.

—La revista les ha tenido que pagar un dineral por las fotos. ¡Y se está vendiendo tanto que han anunciado que van a sacar más ediciones!

—¡Los de la revista van a tener que vérselas conmigo! Pero antes tenemos que averiguar quién está detrás de este despropósito y ahora yo ya me marcho a buscar a Anne. Necesito que sepa que estoy con ella a muerte.

—No te puedo ayudar, no me ha querido decir adónde se ha ido…

—Pero yo sí sé dónde está… —dijo Duncan, con un convencimiento absoluto.

Capítulo 36

Cuando Anne entró en la casa de su madre en Rochester con su propia llave, se llevó un susto de impresión cuando se encontró con Duncan sentado en el sofá y rodeado de los gatos:

—¡Dios mío! ¿Qué haces tú aquí?

Los gatos salieron disparados a la habitación contigua. Duncan se levantó, se fijó en que tenía los ojos hinchados de tanto llorar, la abrazó y le dijo, feliz de tenerla en sus brazos:

—Sabía que vendrías a casa de tu madre a pasar estos días con ella. Y he conducido en el deportivo hasta Rochester porque necesito que sepas que estoy contigo y que tú no tienes culpa de nada de lo que ha sucedido con esa revista de chismes.

Anne se apartó de él y con el corazón encogido y los ojos vidriosos exclamó:

—¡Claro que la tengo! ¿Y dónde está mi madre?

—Se ha marchado a comprar cosas para la cena. Está encantada de que vaya a pasar la Nochevieja con vosotras. Y en un rato quiere presentarme a los vecinos. Por lo visto son fans míos…

—Aún no sabe lo de las fotos, claro… Yo solo le he contado que venía a pasar unos días con ella —dedujo Anne, porque de lo contrario su madre no estaría tan contenta.

—Lo ha visto en la televisión. Mi foto es la noticia del día, Anne. Es de lo que todo el mundo habla. Y tú misma madre me ha contado que me han nombrado el mejor trasero del país…

Anne se llevó espantada las manos a la cara al no poder más de la vergüenza:

—¡Y todo por mi culpa! ¡Es que lo mío no tiene perdón de Dios!

Sin embargo, Duncan le apartó las manos y le contó para que viera que no tenía nada por lo que angustiarse:

—¡No eres culpable de nada! Además, ha sucedido algo increíble con las fotos, lejos de dañar mi imagen, está pasando todo lo contrario. La gente se ha puesto de nuestro lado, comentan que hacemos una pareja preciosa y que desde luego esto que han hecho de robar las fotos es algo vil y asqueroso.

—¿Y ya hablan de robo? —preguntó Anne, mordisqueándose el

labio inferior.

—¿No estás al tanto de las últimas noticias? —inquirió Duncan, sorprendido.

—He salido pitando de la oficina, me he cogido el primer autobús a Rochester y ni he mirado el teléfono. No quiero saber nada del mundo por unos días. Claro que lo que jamás podía imaginarme era que tú fueras a venir y que además llegaras antes que yo.

—He llegado antes y me ha dado tiempo de llamar a la revista y exigirles que, si no quieren que les meta una buena demanda, le envíen el dinero ganado a costa de mi trasero a la oenegé, que tiene el primo de Murray en el pueblo, dedicada a la conservación y la protección de la naturaleza. Sé que trabajan muy bien y el dineral que están ganando a mi costa les vendrá de maravilla para seguir haciendo cosas en favor del medio ambiente.

A Anne la idea le pareció genial, pero no por eso iba a dejar de sentirse menos culpable:

—Cometí un error imperdonable, Duncan. Tú confiaste en mí y yo he traicionado esa confianza al no poner a buen recaudo eso tan valioso que me habías entregado.

—A ver, Anne, te agradezco que tengas esa opinión de mi trasero, pero tampoco es para tanto…

Anne esbozó una pequeña sonrisa, cosa que a Duncan le encantó y ella replicó:

—No le quites hierro. Lo que ha pasado ha sido muy grave y te he demostrado que no puedes confiar en mí.

Duncan negó con la cabeza y decidió explicarle lo que realmente había sucedido:

—Antes de partir para Rochester, he recibido una llamada de la policía. Han encontrado a los culpables que entraron a robar a tu casa. Y son los mismos que fueron a la revista a vender las fotos.

—¿Qué? —preguntó Anne, que estaba que no daba crédito.

—Llevaban varios días siguiéndoles la pista porque en la esquina de tu calle hay un banco y tiene una cámara que logró captar la salida de estos tíos con el camión. Dieron con ellos, tenían los teléfonos pinchados y por eso hemos podido saber quién está detrás de todo

esto.

Anne se quedó lívida y le preguntó con unos nervios que no podía con ellos:

—¿Le conocemos?

—Por desgracia sí. Fue Jade la que pagó a esa gente para encontrar algo sucio sobre ti que provocara nuestra ruptura. Como no lo encontró, decidió vender las fotos para que todo el mundo creyera que tú me habías traicionado por dinero. Pero se equivocó en una cosa: yo jamás he dudado de ti, pues tengo una total y completa confianza en ti, Anne.

Anne, con el alma en vilo, se llevó la mano al vientre de la ansiedad que tenía y musitó:

—Esto es de lo que quería prevenirme Harper cuando me dijo todo aquello…

—Lo que ha hecho Jade ha sido tan sucio que, en cuanto me he enterado, he filtrado la noticia a la prensa. Y a esta hora, todo el mundo sabe cómo esas fotos llegaron a la redacción de la revista.

Anne que estaba mareada con tanta información miró alucinada a Duncan y replicó:

—¿La gente ya sabe que fue tu ex la que mandó que desvalijaran mi casa y la que vendió las fotos que encontró en mi tableta?

—A estas horas tiene un enjambre de reporteros en la puerta de su casa, Walter ha hecho un comunicado en el que dice que hace días que rompió con ella y que no tiene nada que ver con el robo y los abogados de Jade han lanzado otro comunicado en el que reconocen el delito, pero alegan que ella actuó bajo una especie de locura transitoria debida a los celos que siente por nuestra felicidad y aseguran que ya está en tratamiento.

—¡Qué horror, Duncan! ¿Cómo ha sido capaz de llegar tan lejos? —inquirió Anne que estaba asqueada.

—Me he sorprendido hasta mí que actuara con tanta maldad. Y sin duda por mucho que sus abogados apelen a un trastorno en su salud mental, tendrá que verse las caras con la justicia. Y he dado la consigna a mis abogados de que sean implacables con ella. Es justo que tenga un buen escarmiento por lo que ha hecho.

—¡Esto es muy fuerte! —exclamó Anne que apenas le salía la voz de lo impresionada que estaba.

—Pero lo más alucinante de todo es que lejos de hacernos daño, ha provocado todo lo contrario, porque me siento más unido a ti que nunca, te amo más y a raíz de verme en la portada haciendo el payaso, me han llamado tres directores con los que estaba deseando trabajar para rodar tres comedias…

Anne sonrió otra vez, se alegró mucho por Duncan y musitó:

—Me alegro mucho, Duncan. Te mereces todo lo bueno.

Duncan se abrazó a ella, la besó en los labios y luego dijo encogiéndose de hombros:

—No sé si merezco una chica tan buena como tú, pero lo que tengo claro que es nada ni nadie va a lograr apartarme de ti.

Anne, con los ojos llenos de lágrimas, solo pudo farfullar muy emocionada:

—Lo que nos ha hecho Jade ha sido una canallada. Pero yo tenía que haber cuidado mejor de tus fotos y es algo que…

Duncan la volvió a besar, esta vez con pasión y ganas, la miró después a los ojos y le pidió:

—¡Deja de martirizarte con eso, Anne! Tú actuaste bien, hiciste lo más prudente: dejar las fotos en tu casa, protegidas con unas contraseñas. La que obró con mala fe fue Jade y no te preocupes que va a pagar por ello. De hecho, ya lo está haciendo: se le han caído todos los contratos y a estas horas todo el mundo habla pestes de ella. Tiene el rechazo de toda la sociedad y dudo mucho que vuelva a trabajar en su vida, y ya no solo hablo de actriz, sino de nada. ¿Quién va a querer contratar a una persona tan mala?

—¡Yo desde luego que la quiero bien lejos de mi vida!

—Descuida, que jamás va a volver a hacernos daño. No lo voy a permitir. Ni a ella ni a nadie. Por cierto, justo antes de que llegaras recibí la llamada de Killian pidiéndome disculpas por haber dudado de ti. Se le veía muy arrepentido, se las he aceptado si bien le he dicho que con quien debe disculparse sobre todo es contigo. Y me ha pedido que quedemos para cenar cuando tú quieras, si es que deseas volver a mirarle a la cara. Él cree que tendrías motivos de sobra para no

hacerlo, como yo también. Se ha pasado contigo muchísimo y estás en tu derecho de no volver a querer saber nada de él.

Anne soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y decidió que con Killian solo podía hacer una cosa:

—Me prejuzgó y dudó de mí, pero entiendo que lo hizo porque quería protegerte. Es tu hermano y no tengo inconveniente en conocerlo y demostrarle lo mucho que se ha equivocado conmigo.

Duncan sonrió con una cara de enamorado tremenda y replicó:

—Sabía que ibas a decir algo parecido. Y Killian es un buen tío. Está rarísimo últimamente, pero es por Camila. Su secretaria le tiene loco y no sabe cómo abordar el asunto. ¡Ojalá acabe abriéndole su corazón y pueda ser tan feliz como yo lo soy!

Duncan agarró a Anne por la nuca y la besó en la boca al tiempo que sacaba una cajita de la chaqueta de su impecable traje azul oscuro hecho a medida:

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Anne que se fijó en que tenía algo en la mano.

Duncan abrió la cajita y apareció un anillo de compromiso de oro blanco y diamantes y respondió con el corazón que se le iba a salir por la boca:

—Algo que compré hace un par de semanas y que pensaba entregarte esta noche. Pero como cenaremos con tu madre y ya no vamos a poder estar a solas, quiero dártelo ahora y preguntarte que si quieres casarte conmigo.

Anne se quedó mirando el anillo, desbordada porque el día ya no podía ser más intenso y musitó:

—¡Pero si yo he venido a Rochester convencida de que lo nuestro había terminado!

Duncan clavó la rodilla en el suelo y le pidió a Anne con los ojos brillantes de emoción:

—Anne Brown, eres la mujer de mi vida y ya no concibo mi vida si no es junto a ti. Así que ya solo puedo hacer una cosa y es pedirte te cases conmigo y que me hagas el hombre más feliz.

Anne, que todavía le costaba creer que un día que había empezado tan rematadamente mal acabara de aquella manera, repuso

emocionada:

—¿Esto está pasando, Duncan? ¿De verdad que quieres casarte conmigo?

—Lo deseo con todo mi corazón. ¿Y tú?

Anne miró a ese hombre que había creído en ella contra viento y marea, que la había defendido ante los suyos y ante cualquiera con uñas y dientes, y que la amaba como nadie lo había hecho, y solo pudo responder con una sonrisa de felicidad que no le cabía en el rostro:

—Yo igual. ¿Cómo voy a rechazar la propuesta de matrimonio del tío con el mejor trasero del país? Sí, quiero casarme contigo, *highlander*.

Los dos soltaron una carcajada, Duncan celebró que Anne se hubiera relajado lo suficiente como para poder hacer bromas con lo sucedido, y luego le puso el anillo que encajó a la perfección…

EPÍLOGO

Nueve meses después, se celebró en pleno mes de agosto una boda por todo lo alto en el castillo de los Macpherson en Escocia.

Anne entró en la capilla del castillo del brazo de Leopold, que a esas alturas se había convertido en un padre para ella.

Y en cuanto Duncan la vio entrar, más bella que nunca, los ojos se le empañaron de la emoción y se sintió el hombre más dichoso del mundo.

Anne llevaba un traje de estilo medieval con una cola muy larga, que Beverly, su dama de honor, le ayudó a que luciera perfectamente, teniendo cuidado de estirarla hasta que llegó al altar.

Luego, cuando Leopold dejó a Anne junto a su prometido, les dio su bendición y se sentó en el lugar reservado para él, donde también estaban el abuelo, los tres hermanos, Murray, Mandy y su precioso bebé, Duncan, al que le habían puesto el nombre de su padrino.

Duncan miró entonces a Anne, ella sonrió de felicidad plena y él musitó:

—Estás bellísima y te amo tanto…

Anne sonrió y replicó porque Duncan estaba también más guapo que nunca vestido con el *kilt* de su clan, como toda su familia, y lucía una cara de felicidad y de orgullo que no podían ser más grandes:

—Tú estás espectacular y te amo igual…

Los dos se emocionaron hasta las lágrimas y la señora Brown, que contemplaba la escena desde la primera fila de los bancos de la derecha, no pudo reprimirlas tampoco.

Se alegraba tantísimo de la felicidad de su hija, se lo merecía tanto, que les lanzó un beso a los dos, deseándoles todo lo mejor y una larga vida juntos.

Harper, que estaba al lado de la señora Brown, también les hizo un gesto de complicidad y estaba feliz de que esa historia de amor hubiera acabado así de bien, a pesar de todos los contratiempos.

Y no podía sentirse más orgullosa de su subdirectora, pues, aunque la venta del castillo no prosperó, Anne demostró que se tenía merecido el ascenso con creces.

Después, la ceremonia empezó y Killian no pudo evitar girarse un

montón de veces para mirar a Camila, que estaba sentada unos bancos más atrás y que seguía la ceremonia muy emocionada.

Y Killian, aunque se mostrara frío y duro, también lo estaba. Y celebraba que Anne y Duncan pudieran culminar su amor de esa manera tan hermosa.

Y desde luego que estaría de por vida agradecido a Anne por haber tenido la generosidad de perdonarle y aceptarle en su vida, después de lo mucho que había desconfiado de ella y de lo mal que la había tratado.

Pero ella era una mujer magnífica y no solo le había sabido disculpar, sino que se había convertido en una confidente con la que se estaba abriendo más de lo que había hecho con nadie.

Además, desde el primer encuentro, en la cena donde se conocieron, se quedaron a solas un rato y él le había contado lo que de verdad le reconcomía por dentro.

Y era Camila.

Tenerla todos los días a su lado, y no que no pudiera ser suya, era algo que le tenía atormentado y Anne no solo le escuchó, sino que le dio los mejores consejos.

Y su perspectiva cambió tanto, gracias a la influencia de Anne, que justo ese día en la capilla del castillo, cuando ellos se estaban prometiendo amor eterno, él decidió que todo iba a cambiar y que iba a luchar como un Macpherson por el amor de Camila…

Con valor y voluntad.

Pero eso es otra historia…

La de Anne y Duncan termina aquí, con el beso increíble que se dieron tras el sí quiero y que selló su unión…

Porque cuando un Macpherson entrega su corazón, lo hace para siempre.

El desafío del highlander

dINA reed

©Dina Reed, octubre, 2022

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images iStock.com/Casarsa

ID de la fotografía: 108226058

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

SINOPSIS

Killian es el segundo de los hermanos Macpherson y en apariencia lo tiene todo. Es guapo, *sexy*, multimillonario y tiene un montón de mujeres ansiosas por librarle de la soltería.

Sin embargo, él solo sueña con una: Camila.

Camila es su secretaria y después de cinco años de relación laboral, donde ha luchado por controlar lo que siente por ella, ya no puede más.

Tenerla todos los días a su lado, y que no pueda ser suya, es algo que le tiene atormentado. Y a ella también…

Hasta que llega el día en que no pueden reprimirse más y la pasión y el deseo se desatan dejándoles a los dos completamente desbordados.

Killian quiere mucho más que sexo y Camila también. Sin embargo, las cosas no van a ser nada fáciles para ellos y en un viaje de negocios a las Highlands, todo dará un vuelco inesperado.

Camila tendrá que hacer frente a un pasado que tiene oculto, a unas heridas que aún no han cerrado y a unos secretos terribles que no va a poder acallar por más tiempo.

Y es algo tan fuerte que podría peligrar todo su mundo. Y sobre todo su historia de amor…

¿Sabrán salir airosos del duro desafío? ¿El amor será suficiente cuando toda la verdad salga a flote?

Capítulo 1

Killian contempló a través del ventanal del salón de baile del castillo de los Macpherson cómo Camila estaba sentada sola, en un banco del jardín, con la vista puesta en las estrellas y salió a acompañarla…

—Me parece que la fiesta está ahí dentro. ¿Puedo? —preguntó Killian, indicándole con un gesto de la mano si se podía sentar a su lado.

Camila, con una sonrisa, asintió y respondió encantada:

—Por favor…

Killian se sentó a su lado, pegado a ella, y exclamó tras aflojarse un poco el nudo de la corbata y clavar la vista en el cielo:

—¡Qué maravilla! Los cielos de Escocia no se parecen a ninguno.

Camila miró también al cielo y replicó con un deje de tristeza en la voz:

—Son únicos.

Killian la conocía tanto, después de que llevara trabajando con él cinco años, codo con codo, como su secretaria, que inquirió con cierta preocupación:

—¿Todo bien?

Camila soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, asintió, forzó la sonrisa y respondió:

—Sí. Solo es nostalgia. Se me pasará…

Camila había nacido en Atlanta, tenía la nacionalidad norteamericana, pero sus padres, que eran escoceses, cuando ella apenas era un bebé, decidieron regresar a su país, y allí era donde se había pasado la vida entera hasta que hacía algo más de siete años decidió dejar su hogar para buscarse la vida en Nueva York.

Y como Killian sabía que su secretaria había estado esos años sin pisar esas tierras dijo:

—Este lugar marca demasiado. Es normal que sientas nostalgia.

Camila, que cuando tomó la decisión de dejar Escocia fue con la intención de no volver jamás, le contó:

—He vuelto a Escocia por ti. Y porque por el cariño y la gratitud tan grande que tengo hacia tu familia, debía asistir a la boda de Anne y

Duncan. Ellos son además adorables conmigo, pero estar en Escocia me hace demasiado daño.

Killian sabía que Camila no tenía relación con nadie de su familia, pero desconocía las razones que la habían llevado a esa situación. Y jamás le había presionado para que se las contara, respetaba sus espacios y sus silencios, y estaba seguro de que cuando llegara el momento, ella acabaría abriéndose.

—Te agradezco muchísimo el esfuerzo que has hecho para estar aquí con nosotros en este día tan especial —dijo Killian, que lamentaba profundamente el dolor de Camila. Una pena que podía verse con tan solo asomarse a la ventana de sus ojos.

—Y yo te agradezco que no quieras hacerme preguntas incómodas.

—Sé que no hace falta que te pregunte nada, sino que serás tú la que se abra a mí, cuando consideres que estás preparada para hacerlo.

Camila se mordió los labios, los ojos se le llenaron de lágrimas y, con un nudo en la garganta, replicó:

—Nunca voy a estar lista, Killian. Siempre lo voy a tener muy dentro de mi corazón, como esa llave que se lanza a lo más profundo de un pozo y que nadie irá a recoger jamás.

Killian la sintió de repente tan vulnerable que la agarró de la mano para que supiera que no estaba sola:

—Yo voy a estar a tu lado. Siempre.

Camila, estremecida al sentir la mano fuerte y ancha de Killian sobre la suya, no pudo evitar que dos lágrimas cayeran por su rostro y masculló:

—No soy la mejor compañía esta noche. Lo mejor será que te unas a la fiesta y disfrutes de la celebración de la boda de Anne y Duncan.

Killian miró a Camila, con esos ojazos suyos, de un azul intenso y oscuro, y habló con unas ganas inmensas de abrazarla:

—Estoy donde quiero y debo estar, que es contigo.

Camila apartó la vista de Killian, porque no podía resistir su mirada, la posó en las manos entrelazadas de ambos y confesó sintiendo una emoción muy especial:

—Es la primera vez que nos damos la mano.

Killian acarició el dorso de la mano de Camila con el pulgar y

reconoció también:

—Necesitaba hacerlo. Además, hoy durante la celebración de la boda, cuando Anne y Duncan se estaban prometiendo amor eterno en la capilla del castillo de nuestro clan, he tenido como una especie de revelación.

Camila alzó la vista, pestañeó deprisa y le preguntó con el corazón latiéndole con más fuerza:

—¿Una revelación? ¿De qué tipo?

Killian sin soltar la mano de Anne y ansioso por abrirle su corazón, bajo esa noche estrellada de agosto, preciosa y serena, respondió:

—Sobre nosotros.

Anne sintió un escalofrío súbito y, absolutamente desconcertada, inquirió:

—Cuando Anne y Duncan se estaban dando el «sí, quiero», ¿tú pensabas en nosotros?

Killian apretó fuerte las mandíbulas, asintió y contestó con la verdad que llevaba mucho tiempo callando:

—He pensado en nosotros y en que yo soy un Macpherson. Nuestro lema es «valor y voluntad» y así es como debo actuar en todas las esferas de mi vida. Desde que llegaste a mi oficina sentí algo muy especial por ti, pero eras la mejor secretaria que había tenido jamás y puse por delante el trabajo. Decidí que lo mejor era no mezclar las cosas y dejar a un lado lo que estaba sintiendo por ti. O esa fue mi intención, porque mis sentimientos fueron a más y a más y, cuando por fin me percaté de que eran irremisibles, tú me confesaste que estabas enamorada de Marlon.

Camila que en la vida había tenido una conversación de ese tipo con su jefe, abrió mucho los ojos y musitó temblando de pura emoción:

—¿Tú sientes cosas por mí, Killian?

Killian asintió, y con la fuerza y el orgullo que le daba estar en las tierras de su clan, se enfrentó a la verdad más grande que tenía en su corazón:

—Cuando he visto a mi hermano y a Anne darse el «sí, quiero», lo que he deseado en ese justo instante es que fuéramos nosotros los protagonistas, que fuéramos ambos los que nos comprometiéramos

para hacernos felices para siempre. Pero para eso, sé que tengo que ser tan valiente como lo han sido ellos, que debo luchar por lo que amo y que tengo que dejar de reprimir esto que siento por ti. Y sé que tienes pareja, y lo he respetado todo este tiempo, pero ese chico no te conviene y…

Antes de que siguiera hablando, Camila le interrumpió para contarle algo que Killian desconocía:

—Lo he dejado con Marlon. Ya no somos pareja.

Killian la miró perplejo y, con una felicidad que tuvo que disimular, replicó sin poder aún creerlo:

—¿Has roto con tu novio? ¿Por qué no me lo has contado hasta ahora?

Camila resopló, pues si alguien sabía cómo había sido su relación con Marlon ese era Killian, al que había llorado sus penas un montón de veces. Así que poco tenía que contarle…

—No te he contado nada porque lo dejamos hace una semana y no me apetecía hablar del tema. Fue muy desagradable lo que sucedió, ya que, tras comunicarme, como cada mes, que no tenía dinero ni para pagar el alquiler, ni las facturas, ni una mísera cesta de la compra, y que, como siempre, otra vez me tocaba correr con los gastos de todo, me envió por error un mensaje, que iba dirigido a una de sus amiguitas, en el que le decía que se moría por follarla y que se pasara al día siguiente por la mañana por el apartamento, aprovechando que yo estaba en el trabajo…

A Camila se le quebró la voz, pero se negó a llorar porque ese tío no merecía ni una de sus lágrimas:

—¡Joder! ¡Qué canalla! —exclamó Killian, que odiaba a ese tío con todas sus fuerzas.

Camila asintió y tuvo que reconocer porque Killian siempre había estado ahí para abrirle los ojos:

—Ya sé que tú me advertiste de esto…

—Pero tú no querías ver la realidad. Marlon es un músico que trabaja en la noche, con muchas tentaciones y demasiadas ganas de divertirse.

—¡Ojalá trabajara en la noche! Últimamente lo único que hacía era

llegar borracho a casa y sin un céntimo en el bolsillo. Y el resto del día se lo pasaba en casa vagueando en el sofá, o eso era lo que yo pensaba, porque resulta que se ha estado trayendo tías a casa y acostándose con ellas mientras yo no paro de trabajar. Pero ¿cómo he podido ser tan imbécil, Killian?

Camila se mordió los labios de rabia, frustración y decepción, si bien Killian le dijo para que tranquilizara:

—El amor dicen que es ciego…

Camila negó con la cabeza y reconoció por primera vez ante Killian, tras respirar hondo:

—Yo nunca he estado enamorada de Marlon.

Killian se quedó atónito, pues ya sí que no entendió nada y le preguntó:

—¿Por qué estabas con él?

Camila se encogió de hombros y confesó por primera vez ante Killian:

—Yo también he estado reprimiendo muchas cosas…

Capítulo 2

Killian, que no salía de su asombro, frunció el ceño y le preguntó ansioso por saber mucho más:

—¿De qué estás hablando, Camila?

—Hablo de que yo también sentí la misma atracción y deseo por ti, pero no quise arriesgarme a perder mi puesto de trabajo. Así que tomé la decisión de contener mis sentimientos y ya cuando apareció Marlon en mi vida empezar a salir con él. Era un chico atractivo, que se preocupaba por mí, que me hacía reír, que me cuidaba, que me trataba bien y que se suponía que trabajaba en el mundo de la música. Tocaba en bares por las noches y tenía un montón de canciones compuestas que iba a colocar en el mercado. O es lo que me vendió. Porque al poco resultó que Marlon tenía un carácter de mierda, que era un vago redomado, y que lo único que le importaba de mí era que trajera un sueldo a casa todos los meses. Y de respeto ya ni hablemos… ¡Debo tener tantos cuernos que no sé cómo entro por las puertas!

Llegados a ese punto, a Killian solo le interesaba saber una cosa:

—¿Por qué has aguantado con él tanto tiempo?

—Al principio, pensé que sería una racha. Que su mal humor obedecía a que ninguna discográfica quería contratarle, pero que pronto cambiaría la suerte y volvería a ser el chico que conocí. Pero no fue así. Su carácter se fue haciendo cada vez más terrible, empezó a beber cada vez más y a llegar cada día más tarde a casa. No obstante, yo me aferraba a esa relación para no tener que enfrentarme a la verdad.

Camila se paró en seco y los ojos se le llenaron de lágrimas al tiempo que Killian preguntaba con el corazón que se le iba a salir por la garganta:

—¿Qué verdad?

Camila le clavó la mirada y respondió con una sinceridad absoluta:

—Que me siento atraída por ti desde la primera vez que pisé tu despacho. Pero yo no te convengo, Killian…

—¡Eres una chica excepcional! ¿Qué estás diciendo? —inquirió Killian que la notó excesivamente angustiada.

Camila bajó la vista, se aferró fuerte a la mano de Killian y contestó:

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Killian la tomó por la barbilla, la alzó para que le mirara a los ojos y aseguró:

—Sé que eres una mujer valiente, inteligente, fuerte, trabajadora, generosa, leal…

A Camila se le cayeron dos lagrimones por el rostro y negó con la cabeza porque no tenía la misma opinión de sí misma:

—No me conoces a fondo, no lo sabes todo de mí. De lo contrario, no pensarías así.

Killian la agarró por los hombros, la miró a los ojos y dijo convencido:

—Llevamos cinco años trabajando juntos y te conozco lo suficiente como para saber que estoy enamorado de ti.

Camila, sin poder contener las lágrimas, habló atropelladamente:

—Killian, créeme, lo mejor es que todo siga como hasta ahora. No cambiemos nada.

Killian sacó un pañuelo del bolsillo, le enjugó las lágrimas y replicó:

—¿Te acuerdas la primera conversación que tuvimos en mi despacho? Los de Recursos Humanos me habían enviado a un montón de chicas y ninguna me convencía, hasta que apareciste tú aquella mañana de invierno.

Camila que recordaba ese día perfectamente, y lo que sintió al ver por primera vez a Killian, el hombre más imponente y *sexy* que había conocido jamás, repuso:

—Lo primero que me preguntaste fue que cómo me postulaba al puesto de secretaria de dirección con los estudios de Económicas inacabados y dos años de experiencia laboral como cajera de supermercado.

Killian sonrió al rememorar ese día que no iba a olvidar en la vida, de lo que le impactó la presencia de Camila, que era tan diferente a todas.

Para empezar, no tenía nada que ver con las mujeres explosivas con las que salía cuando le apetecía un rato de diversión.

Camila era una chica menuda, no debía medir más de un metro

sesenta, era rubia, de ojos enormes de un azul profundo como un mar bravo, nariz pequeña y boca en su justo grosor.

Vestía con ropas sencillas, una camisa blanca, unos pantalones negros, un abrigo grueso de paño rojo, unos tacones de media altura y un bolso negro que llevaba cruzado en bandolera.

Apenas llevaba un poco de brillo en los labios y colorete, el pelo suelto con la raya al lado y tenía un sutil y delicioso olor a rosas.

Y a Killian le resultó su imagen tan natural y tan fresca que se quedó muy impresionado, porque era lo más opuesto tanto a las modelos sofisticadas de taconazos y trajes carísimos, como a las aspirantes a secretarias que lucían recogidos adustos y trajes de lo más grises y feos.

Ella era distinta a todas. Y solo tuvo que mirarla a los ojos para saber que era la mujer más especial que había conocido en su vida, ya que Camila no podía tener más determinación, coraje y ganas en la mirada.

Y con sus palabras, en aquella primera conversación que tuvieron lo confirmó:

—Con tu respuesta mataste dos pájaros de un tiro, pues no solo me pusiste en mi sitio, sino que hiciste un alarde de tu talento y de tu inteligencia al mostrarme todo lo que implicaba un trabajo de cajera.

—La gente piensa que es un trabajo menor y están muy equivocados. Desempeñando un puesto de cajera aprendí lo que es el trabajo en equipo, a volcarme en el cliente, a hacer inventarios, a conocer el flujo del dinero y a ser puntual. Y, como te dije aquel día, después de dos años de trabajo muy duro en el supermercado en el que aprendí muchísimo, sentí la necesidad de ir a más y de hacerlo con los mejores. Y por lo mucho que había estudiado el mercado, porque a pesar de que no pude terminar mis estudios por circunstancias de la vida, no he dejado nunca de formarme por mi cuenta sobre Inversión y Finanzas, tenía muy claro que la mejor compañía del sector es Macpherson Inversores.

—Y te pusiste a hablar sobre la compañía con más criterio y conocimiento que muchos de los consejeros. Me dejaste fascinado y lo remataste cuando, acto seguido, afirmaste que no estabas dispuesta a

trabajar en otro sitio. Me gusta la gente que apuesta en grande —comentó Killian risueño, al recordar aquellos tiempos.

—Y no era un farol. Si no me llegas a contratar, me habría cambiado de sector. De hecho, mi jefe del supermercado me había pasado el contacto de una empresa siderúrgica que también necesitaba una secretaria de dirección.

Killian negó con la cabeza y dijo con una rotundidad que a Camila le encantó:

—En la vida te habría dejado escapar, señorita Gibson. Eras justo lo que llevaba mucho tiempo buscando. Y encima eres escocesa como nosotros…

Camila sonrió al recordar cuando Killian le comentó ese dato de su biografía el primer día que se conocieron:

—Y a mí no se me ocurrió nada mejor que decir que detestaba a Escocia, a los escoceses y a todos sus tartanes.

Y Killian volvió a hacer lo mismo que aquel día en que le confesó aquello por primera vez. Se tronchó de risa:

—Ja, ja, ja, ja.

Camila también se rio y reconoció mientras pensaba en lo guapísimo que era su jefe y lo mucho que le gustaba verle sonreír.

Porque Killian, aunque fuera el más serio y reservado de la familia Macpherson, con ella siempre sacaba su mejor humor y se reían mucho juntos.

Y de su físico qué podía decir, era un hombre impresionante, de uno noventa de estatura, guapo, de pelo abundante, mirada enigmática y azul, nariz recta, boca perfecta, sonrisa preciosa, cuerpazo increíblemente trabajado y un magnetismo del que era imposible resistirse.

No en vano, Killian Macpherson era uno de los solteros más codiciados de Nueva York y tenía a una legión de féminas deseándole echar el lazo.

Sin embargo, en ese instante estaba sentado frente a ella, la tenía tomada de la mano y escuchando con suma atención cómo decía:

—Tras soltarte aquello, estaba convencida de que acababa de perder todo lo que había ganado hasta el momento y que me ibas a mandar a

paseo.

—¿Qué dices? ¡Me encantó tu sinceridad! Fue otro punto extra a tu favor. Y luego, ¿recuerdas lo que te dije?

Camila se puso seria, asintió y recordó algo que no iba a olvidar en la vida:

—Me dijiste que ibas a esforzarte al máximo para que cambiara de opinión y acabara amando a Escocia, a los escoceses y a sus tartanes.

Killian la miró a los ojos, después a la boca carnosa que deseaba desde hacía muchísimo tiempo besar y musitó:

—Con que termines amándome me basta…

Camila sintió una especie de latigazo en su sexo, tragó saliva y musitó con las mismas ganas de besarlo que él:

—¿Y correr el riesgo de perder lo que tenemos? Trabajamos bien juntos, somos amigos y yo…

Killian interrumpió a Camila posando el dedo índice sobre los labios y habló en un tono de voz que ella encontró sencillamente arrebatador:

—Tú solo respóndeme a una pregunta, ¿quieres que te bese?

Capítulo 3

Camila se moría por ese beso desde hacía mucho tiempo, lo que sucedía era que la pregunta, según ella, estaba mal planteada por lo que replicó, después de que Killian apartara el dedo de la boca jugosa:

—No se trata de lo que yo quiera, Killian, se trata de que debo hacer lo correcto. Y lo mejor para los dos es que todo siga como hasta ahora. Ir más allá y dejarnos llevar solo nos traería problemas…

Killian frunció el ceño y por poco no rompió los pantalones por la entrepierna, cuando ella se mordió el labio inferior, en un gesto que encontró irresistible. Luego, carraspeó un poco y repuso:

—Pienso que es justamente al revés, el problema es no dejarnos llevar…

Camila tragó saliva, porque su jefe la estaba mirando de una forma que empapó las braguitas y le explicó:

—Si nos dejamos llevar, corremos el riesgo de que baje mi productividad o de que cometa demasiados errores. Y, entonces, la plantilla empezaría a cuestionarse si estoy en el puesto por mis méritos o porque estoy liada contigo, por no hablar de que podrían surgir un montón de conflictos de intereses. Dios, Killian, tú eres un tío inteligente, ¿de verdad que tengo que explicarte esto?

Killian se apretó el puente de la nariz, resopló y dijo convencido, puesto que sabía perfectamente quién era Camila Gibson:

—No pasaría nada de eso porque tú eres una profesional seria y responsable. Y sé que lo nuestro no afectaría en absoluto a tu rendimiento, ni a tu motivación, ni a tu capacidad de trabajo, ni a tu espíritu crítico. Seguirías diciéndome las verdades que no se atreve a decirme nadie, como hasta ahora, y ni una sola persona pondría en duda en ningún momento ni tu talento ni tus capacidades porque es más que obvio que te has ganado el puesto por tu valía y profesionalidad.

Camila se echó la melena a un lado y, muy nerviosa por la deriva que estaba tomando la conversación, le confesó:

—Es imposible que todo siguiera igual, después de tener algo contigo.

—Desde luego que todo cambiaría, pero para mejor. Yo no tengo

duda de que el amor te hace mejor y más fuerte. Mira a Anne y a Duncan, ella potencia lo mejor de él y viceversa. Para mí eso es el amor. Te obliga a ser mejor para el otro. Y yo es lo que quiero hacer, quiero ser mi mejor versión para ti.

Camila, que para nada se esperaba que su jefe, en la boda de su hermano, fuera a tirarle los tejos de esa manera, musitó:

—Me cuesta creer que esto esté pasando…

Killian apretó fuerte las mandíbulas, se llevó la mano al corazón y le dijo para que no le quedara duda:

—Llevo demasiado tiempo callando lo que siento y hoy me he dado cuenta de que no puedo soportar ni un segundo más sin abrirte mi corazón. Anne me ha ayudado mucho a madurarlo y hoy en la ceremonia, los he visto tan felices y he sentido tanta admiración por el paso que han dado, que han sido una inspiración muy fuerte para mí y aquí estoy abriéndome en canal porque estoy enamoradísimo de ti, Camila.

Camila suspiró y, creyendo que el corazón se le iba a salir por la garganta, farfulló:

—Pero es que hay cosas de mí que…

Camila bajó la vista al suelo, se le quebró la voz y Killian que no soportaba verla así, le alzó la barbilla con la mano, le clavó la mirada y dijo:

—Me gusta todo de ti. Me gustas tal y como eres.

Camila, estremecida de emoción y de deseo, le miró a los ojos azules que eran puro fuego, luego a la boca que había soñado tantas veces con besar y susurró:

—Y tú me gustas a mí, pero…

—¡Al cuerno el pero! —exclamó Killian que se acercó tanto a ella que casi que los labios de ambos se rozaron.

Y, entonces, Camila, ya sí que no pudo más y le besó en los labios, despacio y suave. Luego, Killian empujó con la lengua para penetrarle la boca y se desató la locura.

Ella entreabrió los labios, él invadió la boca dulce y cálida, las bocas se acoplaron, las lenguas se enredaron y el beso se volvió intenso, lascivo y exigente.

Camila le agarró por la nuca con las manos para que no dejara de besarla, para que lo hiciera más duro y más profundo, y él la besó justo como deseaba hasta que los dos se quedaron sin aliento.

A continuación, se quedaron mirándose, con los labios casi pegados y Camila preguntó pues era algo que le preocupaba muchísimo:

—¿Y ahora qué? Tendremos que firmar un contrato consensual para evitarnos cualquier tipo de problema, en el que se estipule que nos relacionamos de forma voluntaria y que en cualquier caso jamás va a implicar ningún favoritismo por tu parte hacia mí, ni esto va a derivar en una merma de mis competencias, ni…

Killian, que lo que en menos estaba pensando en ese momento era en el trabajo, masculló con un bulto en su entrepierna que era escandaloso:

—Por mi parte no tengo necesidad de firmar nada porque confío absolutamente en ti. Sé que jamás me meterías en ningún lio por falta de ética o de escrúpulos y estoy seguro de que siempre vas a tener un comportamiento exquisito en la empresa como profesional. Pero si tú necesitas un documento que avale…

Camila le interrumpió porque le urgía que su jefe la entendiera:

—Lo que me sucede es que tengo miedo a que el deseo y la pasión puedan poner en peligro lo que tenemos. Tu amistad es muy valiosa para mí y trabajar en tu empresa es lo mejor que me ha pasado en la vida. No quiero que cambie nada. Y si hay alguna manera de protegernos ante cualquier posible eventualidad, yo no tendría inconveniente en firmar un contrato.

Killian la agarró por los hombros y replicó convencido de que Camila le hacía sentir como nadie:

—Confío en ti y no necesito nada más.

Después, la volvió a besar en los labios, las bocas encajaron a la primera y las lenguas volvieron a desatarse en una excitante danza que provocó que Killian recorriera la espalda de Camila con la mano y que ella posara la suya sobre el torso duro y fuerte que era un verdadero escándalo.

Porque su jefe estaba como quería y de solo tocarle esos pectorales perfectos había sentido un latigazo en el clítoris que la tenía

chorreando.

Así de brutal era el impacto que ejercía Killian sobre ella, pero es que a Killian le estaba pasando lo mismo, pues ya solo tenía ganas de hacérselo hasta que gritara su nombre.

Si bien, de momento, se tuvo que conformar con la boca jugosa, que devoró hasta que escuchó de pronto un carraspeo y luego unas risitas de lo más tontas que les obligaron a apartarse.

Y comprobaron que era Gare, el tercero de los cuatro hermanos Macpherson y el más mujeriego, que acababa de salir al jardín acompañado de dos bellezas a las que llevaba cogidas por la cintura.

—¡Vaya, vaya! ¡Hemos hecho bien en salir! ¡Parece que la fiesta está mucho más animada en el jardín que adentro! —exclamó Gare, divertido y con unas copas de más.

Camila que no sabía cómo había cometido el error de besar a su jefe en el jardín y que cualquiera pudiera sorprenderles, bajó azorada la vista al suelo y Killian molesto con su hermano se puso de pie y le dijo:

—No estoy para bromas, Gare.

Gare alzó las cejas, soltó una carcajada y les explicó a sus dos acompañantes:

—Mi hermanito está así de cabreado porque le hemos pillado con el carrito del helado. Pero tú tranquilo —dijo dirigiéndose a Killian—, que no voy a contar a nadie que por fin le has comido los morros a Camila.

Killian apretó fuerte los puños, gruñó y exigió a su hermano en un tono duro y amenazante:

—¡Basta! ¡Lárgate de aquí, si no quieres que te cierre el pico de un puñetazo!

Gare al ver a su hermano con la vena del cuello hinchada y echando chispas por los ojos, soltó a las chicas, levantó las manos y masculló:

—¡Tranquilo, tío! Entiendo que te haya jodido que os hayamos cortado el rollo, pero por descontado que voy a ser discreto. Yo no he visto nada esta noche. ¿Te vale así?

Killian se revolvió el pelo con la mano, miró a su hermano ofuscado y gritó:

—¡Sal de mi vista!

Gare se carcajeó, se enganchó otra vez a las dos chicas y entraron a la fiesta mientras Killian se excusaba con Camila…

—Lo siento mucho, Camila. Lo que menos imaginaba era que el imbécil de mi hermano fuera aparecer.

Camila se puso de pie, negó con la cabeza y le dijo a Killian aún abochornada con lo sucedido:

—Gare está en su casa y puede salir al jardín cuando le dé la gana. La que ha hecho lo que no debe soy yo. Y creo que ya la he liado suficiente por esta noche. Lo mejor es que me retire. ¡Buenas noches, Killian!

Camila se dirigió hacia la puerta que conducía a los dormitorios del castillo Macpherson, donde le habían dispuesto uno para que pasara la noche y Killian salió tras ella, la agarró del brazo y exclamó porque la noche no podía terminar así:

—¡Espera! ¿Te vas a ir ahora?

Camila no tenía ganas de encerrarse en su habitación sola, pero ponerse a follar con su jefe en el castillo del clan y con toda la familia Macpherson pululando por ahí era un auténtico despropósito.

Así que se guardó sus ganas, miró a Killian que la miraba como un lobo hambriento y respondió:

—Es lo mejor…

Killian soltó a Camila y, con unas ganas infinitas de besarla de nuevo, musitó:

—No voy a dejar de pensar en ti.

Camila sintió un latigazo duro en su sexo, le clavó la mirada ávida de deseo y repuso justo antes de marcharse hacia la puerta de acceso a las habitaciones:

—Yo tampoco voy a dejar de pensarte…

Capítulo 4

Después del beso, las cosas entre ellos siguieron como si no hubiera pasado nada, regresaron a la rutina de Nueva York y Killian estaba desesperado, pues no sabía cómo gestionar el asunto.

Así que lo que hizo fue llamar a su cuñada Anne, aun a riesgo de que pensara que era un auténtico idiota:

—Disculpa que te moleste, Anne. Sé que estás en Bali en plena luna de miel y lo que menos te apetecerá es conversar con el borde de tu cuñado…

Anne se echó a reír y le dijo mientras estaba tumbada en una hamaca en la playa:

—Nunca molestas, Killian. Y si llamas, sé que es porque es importante. Así que dispara, tu hermano se ha ido a nadar y yo estoy tranquilamente tumbada en la playa con un cóctel margarita.

Killian resopló, se acercó al inmenso ventanal de su despacho, se aflojó el nudo de la corbata y replicó:

—¡Menuda te ha caído conmigo! Pero es que te juro que no sé cómo abordar esto que me está pasando con Camila.

A Anne no le sorprendió para nada que fuera de Camila de quien quisiera hablar y aseguró:

—Soy toda oídos. Cuéntame, por favor…

Killian se pasó la mano por la cara y le contó a su cuñada hablando atropelladamente:

—El día de vuestra boda sucedió algo entre nosotros…

—¿Os liasteis? —preguntó Anne que no pudo disimular la felicidad que le provocaba la noticia.

Killian carraspeó, puesto que le costaba muchísimo hablar de sus sentimientos, pero necesitaba tanto soltar lastre que respondió:

—Nos besamos, pero tuvimos la mala suerte de que de repente apareciera Gare con dos tías y la magia se esfumó.

Anne notó a su cuñado tan agobiado que repuso para que no perdiera de vista lo esencial:

—Lo importante es que hubo un beso…

Sin embargo, Killian no lo veía de la misma manera que Anne y le contó con un deje de preocupación en la voz:

—Gare me dijo que sería discreto. Y espero que lo cumpla porque de lo contrario…

—Gare es un Macpherson. Sois gente de palabra.

—Más le vale que lo sea. Y no sabes la rabia que me dio verle aparecer justo en el momento que llevaba tanto tiempo esperando. Camila lo pasó fatal, la pobre no sabía dónde meterse y después decidió retirarse a dormir. Yo, entonces, le dije que no iba a dejar de pensarla y ella aseguró que haría lo mismo. Pero ha pasado una semana desde el beso y es como si no hubiera sucedido nada entre nosotros. He intentado sacar a colación el tema en distintas ocasiones, pero Camila evade el asunto y se pone a hablar de otra cosa. Y te juro que no entiendo nada, pues en Escocia fue todo muy mágico. Me sinceré, le dije que estaba enamorado de ella, le abrí mi corazón y Camila, a pesar de que mostró reparos por la relación profesional que nos une, me confesó que había roto con el novio y que también sentía por mí. Así que ¿me quieres explicar qué está ocurriendo? ¿Por qué me evita? ¿Por qué se comporta como si no hubiera sucedido nada?

Anne dio un sorbo a su cóctel margarita, respiró hondo y luego respondió:

—La clave está en los reparos que dices que tiene por ser tu secretaria.

—Habló de firmar un contrato consensual. Ya ves tú, ¡qué tontería! Ni que fuéramos dos extraños. Yo sé muy bien quién es Camila Gibson, aunque se empeñe en que hay cosas de ella que no conozco y que al parecer no iban a gustarme.

—¿Cosas como qué? —preguntó Anne, para intentar ayudarle.

—No tengo ni idea. Pero me limité a decirle que me encanta tal y como es. Con todo. No sé qué jodidas cosas no me habrá contado, pero me da lo mismo, Anne. Lleva trabajando a mi lado cinco años y sé que es la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida. La he visto en todas las situaciones y es extraordinaria.

—A mí me parece una chica encantadora y lo único que te puedo decir es que tengas paciencia. Viene de una ruptura con su novio y tal vez necesite un poco de tiempo para procesarlo todo. Y verte todos los días en el trabajo tampoco ayuda demasiado. Por no hablar de lo

complejo que es enamorarse de alguien en el trabajo y más cuando de quien te enamoras es de tu jefe. Tiene que estar bastante sobrepasada, si bien no dudo de que está enamorada de ti. Os vi juntos en la boda y había una química y una complicidad entre vosotros tremenda. Las miradas que os cruzabais eran de puro fuego y además se ve que sois muy buenos amigos…

Killian agarró fuerte la estilográfica que tenía sobre la mesa, la apretó de pura ansiedad y masculló:

—Pero tal vez lo ha pensado mejor y no quiere que crucemos la línea.

—Tienes que darle tiempo y cuando sienta que está preparada estoy segura de que tendrá una conversación contigo.

—Después de ver que evitaba el tema, no he seguido insistiendo. Y me parece que lo más sensato es lo que tú dices. Voy a dejarla todo el tiempo que necesite y cuando esté lista, hablaremos. No voy a presionarla. Y te agradezco, Anne, que me escuches y me des tan buenos consejos.

—Gracias a ti por la confianza. Ya sabes que me tienes para lo que quieras…

Killian sonrió y pensó que su cuñada no podía ser mejor tía:

—Me alegro tanto de que no solo me hayas perdonado por haberme portado tan mal contigo, sino que encima hayamos terminado convertidos en amigos.

—Te perdoné porque sabía que la razón última de tu rechazo era proteger a Duncan.

Killian se sentía tan arrepentido por cómo se había portado con ella que replicó:

—Te prejuzgué, supuse que eras una trepa arribista que solo querías aprovecharte de él y sacarle el dinero. Fui horrible contigo. Y no merecía que ni me miraras a la cara.

—No me conocías. Y todos prejuzgamos alguna vez… Lo que te dije fue que con el tiempo te demostraría quién era.

Killian pensó que vaya si lo demostró y reconoció, agradeciendo que fuera tan comprensiva:

—Me diste una tremenda lección de vida, de generosidad y de

perdón, y no sabes lo que me alegro de que mi hermano haya tenido la suerte de casarse con una mujer tan formidable como tú.

—Tampoco soy una santa, pero tú tranquilo que las cosas con Camila sé que se van a solucionar.

Killian la interrumpió para darle un dato más que su cuñada desconocía:

—O a complicar, porque resulta que la semana que viene tenemos que hacer un viaje de negocios a Escocia.

Sin embargo, Anne no encontraba ningún problema a que fueran a pasar muchas horas juntos:

—¡Eso es perfecto! Porque así seguro que vais a tener un momento para hablar.

—Ella no se siente bien en Escocia. Allí le sucedió algo que, no me ha contado, que provocó que tuviera que abandonar el país.

—Quizá sea el momento de que se enfrente con su pasado. Y qué mejor que tú estés a su lado para hacerlo…

—Le dije el día que nos conocimos que iba a hacer que cambiara de opinión sobre Escocia y los escoceses, pero no sé si me permitirá que lo haga.

—Lo hará cuando se sienta preparada. A mí me pasó con tu hermano y sucedió en Escocia. De repente, los dos nos abrimos, nos mostramos vulnerables el uno frente al otro y surgió el amor.

Killian dejó perdida la mirada por el ventanal, soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y habló:

—Ojalá que nos pase lo mismo y en Escocia vuelva a suceder la magia. Pero no voy a provocar ni a precipitar nada…

—Exactamente. Tienes que dejar que surja solo. Y sé que va a ser así porque entre vosotros hay algo muy fuerte que no vais a poder reprimir por mucho más tiempo.

Killian volvió a sentarse en el sillón giratorio de su elegante y funcional despacho y manifestó:

—Eso espero y deseo, Anne. Y ya no te robo más tiempo. Disfrutad mucho de vuestra luna de miel.

—Tú disfruta también del viaje a Escocia y de verdad que creo que en el fondo solo es una cuestión de paciencia. Al final ella se acabará

abriendo y el universo entero se confabulará para que el amor triunfe.

Killian sintió un ligero cosquilleo por el cogote al escuchar la palabra amor y le recordó a su cuñada:

—Eres una romántica, Anne. Yo en cambio soy un cínico y un escéptico, y no puedo dejar de pensar en que a lo mejor el amor no es para mí.

—Tú tienes un corazón enorme, te mereces un gran amor y sé que lo vas a vivir.

Killian no tenía ni idea de las dimensiones de su corazón, pero sí de lo que había sucedido en Escocia:

—Yo lo único que sé es que, en vuestra boda, al veros tan felices, encontré una motivación y una inspiración tan fuerte como para luchar por lo que quiero. Y me lancé: solo espero no haberla pifiado.

—Apostar por el amor siempre es un acierto. Ya lo verás…

Capítulo 5

Apenas una hora después, Camila entró en el despacho de su jefe para pasarle un informe que le había pedido y él aprovechó para comentarle el asunto del viaje que iban a tener que realizar próximamente:

—Quiero hablarte de un negocio que tenemos entre manos, al que debemos echarle el guante como sea. ¿Te puedes sentar un momento?

Camila asintió y se sentó frente a su jefe que estaba guapo a rabiar como siempre. Llevaba un traje oscuro a medida, como todos los que tenía, una corbata roja, y desprendía tanta seguridad y tanto magnetismo que el sistema nervioso de Camila empezó a alterarse.

Y desde luego que no era una novedad porque su cuerpo siempre reaccionaba cuando estaba frente a Killian Macpherson, si bien desde que se habían besado en Escocia todo había ido a más.

Y en ese instante en que estaba sentada frente a él, lo único de lo que le estaban entrando ganas era de lanzarse a su cuello y devorarle entero.

Y no podía ser.

Ella era su secretaria y estaba ahí para trabajar duro y nada más. Por eso, desde que habían vuelto de Escocia se había negado a hablar del asunto, a pesar de que Killian lo había intentado.

Pero Camila no podía.

Se moría por volver a besarlo, necesitaba estar con él, si bien le agobiaba muchísimo lo que iba a pasar después.

Y no tenía ni idea de cómo encararlo…

Además, lo había pasado tan mal cuando Gare les había pillado en el jardín que, de momento, había decidido que lo prudente era eludir el tema. Y Killian, no solo parecía entenderlo, sino que había dejado de hacer alusión al asunto y estaba actuando también como si no hubiera sucedido nada entre ellos.

Y ella lo agradecía muchísimo, porque estaba desbordada y aún no sabía cómo hacer frente a lo que les estaba pasando.

Así que se sentó frente a él, esbozó una sonrisa y le habló:

—Supongo que quieres hablarme de la compra de la empresa de bebidas refrescantes de la que te pasé el informe el otro día.

Killian negó con la cabeza a la vez que pensaba que su secretaria tenía la sonrisa más bonita del mundo.

Y esa mañana además estaba guapísima, se había recogido el pelo en una coleta baja, llevaba un sencillo vestido azul marino de corte a la rodilla y unos zapatos rojos y el resultado era que no podía estar más *sexy*.

Camila era así. No necesitaba pintarse como una puerta, ni ponerse vestidos muy cortos con escotes profundos o lucir taconazos. Con cualquier cosa que luciera resultaba una mujer tremendamente atractiva.

O por lo menos lo era para él que se derritió ante esa sonrisa y que después dijo:

—Se trata de un negocio que estoy llevando con suma discreción y del que no sabe nadie absolutamente nada. Tú eres la primera persona a la que se lo cuento.

Camila abrió mucho los ojos y se removió en la silla reactivada por la adrenalina que se le disparó tras escuchar a Killian.

Y le encantaba, porque cuando su jefe ponía el ojo en un negocio, empezaba la acción de la buena y eso a ella también le ponía.

—¡Cómo me gusta! ¡Habla!

Killian sonrió, pues otra de las cosas que adoraba de Camila era que le apasionaba el trabajo tanto como a él y su nivel de compromiso llegaba hasta tal punto que disfrutaba de aquello como si fuera la principal accionista de la compañía.

—Se trata de una cadena hotelera que lleva más de cincuenta años en el negocio, sin exigencia de muchísimo de capital, con buenos indicadores a largo plazo, que ahora mismo tiene un precio por acción bajísimo en relación al valor que nos puede generar en el futuro y, por si esto no fuera poco, es un negocio que comprendo. ¿Quién no ha estado en un hotel alguna vez?

Killian arqueó una ceja con esa mirada suya lobuna de cuando tenía un jugoso negocio entre manos y Camila ansiosa por saber más preguntó:

—¡Pinta de maravilla! ¿De qué cadena estamos hablando?

Killian sonrió de oreja a oreja y respondió convencido de que a

Camila le iba a parecer un negocio redondo cuando le dijera el nombre y respondió:

—La cadena Mackay.

Sin embargo, al escuchar ese nombre, Camila puso un gesto de horror infinito, se llevó las manos a la cara y musitó:

—No. ¡No puedes invertir ahí!

Killian sin entender nada, arrugó el ceño e inquirió porque era obvio que ella poseía información que él desconocía:

—¿Qué sabes sobre ellos?

Camila resopló, se apartó las manos del rostro y respondió lo primero que se le ocurrió, con una cara de agobio que no podía con ella:

—A ver, Killian, diversificar en estos momentos no creo que sea lo más conveniente para Macpherson Inversiones.

—No estoy de acuerdo. Hay que apostar fuerte cuando es más que evidente que todo está a nuestro favor. Los indicadores económicos a largo plazo de la cadena Mackay son excelentes y vamos a comprar con la intención de conservar la cadena por bastante tiempo, hacerla mucho más fuerte y lograr que suba al máximo la acción.

Camila contrarió el gesto y comentó, pues tenía que ser un mal sueño que su jefe estuviera negociando con Mackay:

—Pero si ahora el precio de la acción está por los suelos será por algo…

—Porque estamos en crisis y hemos tenido la suerte de que el mercado cotice a la baja esta empresa más que sostenible, solvente y sólida. Es una estupenda oportunidad de negocio, Camila. No entiendo tus objeciones.

Killian le clavó la mirada y Camila tuvo que apartarle la suya porque era incapaz de sostenérsela.

Además, su jefe tenía razón y el negocio era una auténtica oportunidad, pero iba a tocarle negociar con la persona que más daño le había hecho en la vida.

Y eso era algo que Killian desconocía y que, de momento, no estaba dispuesta a contárselo.

Ni a él ni a nadie. Era su secreto, doloroso y muy triste, que llevaba

más de siete años guardándoselo en lo más profundo de su corazón. Así que alzó la mirada y solo pudo musitar:

—No me hagas caso.

Killian se echó hacia delante, la miró preocupado y le preguntó al notarla rarísima:

—Eres mi mano derecha y mi persona de confianza. Necesito saber lo que piensas. ¿Crees que es el clásico negocio que tiene buena pinta por fuera pero que está podrido por dentro?

Camila se llevó las manos al vientre y respondió con los ojos llenos de lágrimas:

—Te digo que no me hagas caso porque es cierto que la cadena Mackay tiene una gran ventaja competitiva, es sólida, fiable y si inviertes en ella aumentarás los beneficios en poco tiempo.

—¿Entonces? —preguntó Killian que no entendía absolutamente nada.

—Te estoy diciendo que no me hagas caso. Te he puesto esas objeciones porque me he agobiado un poco al escuchar el apellido Mackay.

Killian entornó la mirada, apretó fuerte las mandíbulas y quiso saber:

—¿Conoces a los Mackay?

Camila sintió cómo una bola de bilis le reptaba por la garganta, asintió y respondió:

—Pero no quiero hablar de ello, Killian. Quédate con lo que te importa. Es una gran oportunidad de negocio, la cadena Mackay tiene grandes perspectivas de futuro, un magnífico equipo directivo y una plantilla que no presenta ningún problema.

—Así es como lo había analizado y ya sabes que cuando surge la ocasión, me lanzo de cabeza. Hay que ser muy agresivo con estas oportunidades porque podemos perder nuestra presa. El que no corre vuela…

—Es una buena inversión. No pierdas más tiempo y compra.

—Tengo una reunión la semana que viene con Mackay, pero necesitaba hablarlo contigo. Tu opinión sabes que es fundamental para mí. Pero la verdad es que me has preocupado con tu reacción

cuando has escuchado el apellido Mackay.

—En los negocios hay que ser frío. Olvídate de mi reacción y apuesta por ellos. Es el momento perfecto para hacerlo, sus acciones nunca han estado tan bajas.

—Es lo que tiene el mercado, si tienes paciencia y sabes esperar el momento, puedes pescar un pez gordo. Ahora lo que se trata es de ser valiente y arrojarse a la piscina porque ocasiones así no duran mucho. Así que hay que tomar una decisión rápida y yo necesito saber si tú estás conmigo.

Camila le miró y se quedó muy confundida porque ya no tenía ni idea de si estaba hablando de negocios, de lo suyo o de todo a la vez y replicó:

—¿Quieres saber si te apoyo en la compra de la cadena Mackay?

Capítulo 6

Killian asintió y matizó al sentir que ella necesitaba que él dejara las cosas claras:

—No voy a hablar de ningún tema que no sea estrictamente laboral. A no ser que tú quieras otra cosa.

Camila se mordió el labio inferior, le miró con una ansiedad tremenda pellizcándole el vientre y replicó:

—Por ahora, te agradecería que nos ciñéramos a lo estrictamente laboral. No me encuentro preparada para hablar de lo que pasó en Escocia…

—Ni para hablar de por qué te ha cambiado el semblante cuando has escuchado el apellido Mackay.

Camila resopló, le miró sintiendo un agujero enorme en lo más profundo del corazón y dijo:

—Para eso mucho menos, Killian. Así que centrémonos en los negocios y si necesitas mi opinión te diré que la cadena Mackay es una magnífica opción. Igual que el otro día te aconsejé que no apostaras por aquella aerolínea ya que solo iba a traerte quebraderos de cabeza por las subidas del precio del combustible y lo conflictiva que es su plantilla, en el caso de la cadena Mackay te digo que es una buena inversión. Y, si te he puesto antes esos reparos, ha sido porque no hablaba con la cabeza, sino con el corazón. Y el corazón no cuenta cuando tienes que invertir…

—La verdad es que me han extrañado tus objeciones porque sabes mejor que nadie que soy un inversor a contracorriente. Es lo que nos enseñó mi abuelo. Hay que tener paciencia, esperar el momento y cuando aparece la oportunidad, hay que tener agallas y lanzarse.

Camila sabía que Killian estaba hablando de negocios, pero ella no pudo evitar ir más allá y decir:

—Ya, y es verdad que las oportunidades no duran para siempre. Así que yo también entendería que quieras hacer tu vida…

Killian se sorprendió mucho con las palabras de Camila porque con ella estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta:

—No quiero estar con nadie más que contigo, Camila. Y si hablo de esto es porque tú has sacado el tema.

—He sacado el tema porque no quiero que pierdas el tiempo. Eres un hombre libre. Puedes hacer lo que te dé la gana.

Killian le clavó la mirada, una mirada absolutamente arrebatadora y habló en un tono de voz jodidamente *sexy*:

—Soy un hombre libre que está enamorado de ti. Así que ni quiero conocer a otras mujeres, ni pienso ir por ahí a desfogarme con otras. La única mujer con la que deseo estar eres tú.

Camila sintió que le daba un vuelco al corazón, se llevó la mano al pecho y musitó:

—Killian… Yo…

Killian vio a Camila tan desbordada que le dijo para que no se agobiara más:

—No hace falta que digas nada. Si necesitas tiempo para digerir todo esto que nos está pasando, perfecto. Esperaré lo que haga falta. Y no hablaré del tema a no ser que tú quieras hacerlo. ¿De acuerdo?

Camila asintió, se retiró un mechón detrás de la oreja y respondió:

—Te agradezco tu paciencia.

—Lo aprendí de mi abuelo. Él nos enseñó lo importante que es en la vida saber esperar. Para todo… Y en el caso particular de los negocios, él asegura que se hizo millonario gracias a la paciencia. Y le creo. Cultivo la paciencia desde que era un crío y eso me ha llevado a hacer grandes negocios, como este que tengo entre manos con la cadena Mackay. Y como te decía, la semana que viene iremos a cerrar el trato con Joseph Mackay.

Camila sintió hasta ganas de vomitar cuando escuchó el nombre de la persona que le había destrozado la vida y replicó:

—¿Iremos?

A Killian le sorprendió la pregunta y respondió por si lo había olvidado:

—Eres mi secretaria de dirección. Siempre me acompañas a los viajes.

Camila se puso muy seria y, con un punto en la mirada de tristeza muy profundo, susurró:

—En este no voy a poder, Killian.

Killian muy preocupado al verla tan mal, se apresuró a decir:

—Voy a estar a tu lado en todo momento.

—Lo sé. Pero no voy a ser capaz de estar sentada en una mesa frente a Joseph Mackay —aseguró con los ojos llenos de lágrimas.

Y Killian la sintió tan frágil y tan vulnerable que no pudo evitarlo y se levantó del asiento, se situó detrás de ella, la tomó por los hombros y le dijo:

—Joder, Camila, no me gusta verte así. Tú eres fuerte. Eres una tía con muchísimas agallas. Y puedes con todo…

Dos lágrimas cayeron por el rostro de Camila y reconoció agradeciendo la presencia de Killian tras ella y la manera en que la agarraba por los hombros tan reconfortante y protectora a la vez:

—Con todo no, Killian. Esto puede conmigo…

Killian negó con la cabeza, pues estaba seguro de que ella era más fuerte que todo eso:

—Esta vez no. Esta vez va a ser diferente, porque estás más empoderada que nunca y porque estoy a tu lado y no voy a permitir que nadie te haga daño.

Camila se enjugó las lágrimas con los dedos, se levantó de la silla, se quedó frente a su jefe y le preguntó:

—¿Por qué me tiene que pasar esto ahora? Por si no tenía suficiente, aparece en escena Joseph Mackay…

Killian se encogió de hombros, le acarició la mejilla con el dorso de la mano y respondió:

—Porque quizá para que tu mundo se ponga en orden necesitas enfrentarte a todo lo que temes. Incluido a mí.

Camila negó con la cabeza, miró a los preciosos ojos azules de pestañas espesas de su jefe y replicó:

—Yo no te temo, Killian. A ti no. Pero sí que no me gustaría perder lo que tenemos. Y es algo que me agobia tanto que prefiero seguir reprimiendo lo que siento, antes de pifiarla hasta el fondo. ¿Me entiendes?

Killian asintió y también le confesó con unas ganas enormes de estrecharla contra él y devorarle la boca:

—Solo sé que no dejo de pensar en el beso que nos dimos.

Y Camila con las mismas ganas, repuso sin dejar de mirarle y

temblando entera:

—Yo tampoco puedo dejar de pensar en tu boca…

Killian se mordió el labio inferior de un modo de lo más *sexy* y preguntó con una mirada de hambre que no podía con ella:

—En mi boca, ¿dónde? ¿Dónde quieres que ponga mi boca?

Camila sintió cómo una especie de corriente eléctrica la recorría de arriba abajo la espina dorsal y susurró sin poder poner ya ni la más pequeña resistencia.

Killian Macpherson tenía tal poder sobre ella que perdió todo lo que le quedaba de cordura y musitó:

—La necesito en todas partes…

Killian, devorándola con la mirada, la agarró con una mano por la nuca y se apoderó de la boca jugosa de Camila, que entreabrió los labios y las lenguas de nuevo se encontraron haciendo que el beso fuera muy húmedo, muy intenso y muy excitante.

Tanto que Killian coló una mano por debajo del vestido, ascendió acariciando la suave piel de Camila hasta el vértice de sus piernas, que encontró tan mojado que musitó:

—Dios, estás empapada…

Camila abrió las piernas, él coló un par de dedos por dentro de las braguitas y acarició esa humedad mientras ella gemía derretida de placer.

Luego, le bajó las braguitas de las que ella se deshizo de un puntapié y se arrodilló frente a Camila que musitó estremecida de deseo:

—Estoy tan mal que, aunque sé que estoy haciendo algo que no debo, y que puede entrar cualquiera de repente, me da lo mismo. Necesito tu lengua en mi sexo…

Killian que estaba ávido por conocer su sabor, le levantó el vestido y sin más prolegómenos le dio un lametazo en la vulva que la hizo gemir de placer.

—Joder, ¡cómo me gusta tu sabor! —masculló Killian, que hundió de nuevo la lengua en el sexo de Camila para recorrer hasta el último de sus pliegues.

Y aquello se hizo tan excitante, tan exquisitamente bueno, que

Camila no paraba de apretar la cabeza de Killian contra su sexo para que siguiera, para que continuara dándole con su boca un placer como nadie había sabido entregarle.

Y él siguió lamiendo, chupando, mordisqueando, hasta que ella colocó un pie sobre el hombro fornido y así Killian tuvo el acceso perfecto para profundizar más aún en el beso húmedo e intenso.

Y tras recorrer la vulva hasta el último de sus recovecos, Killian la penetró un poco con la punta de la lengua y la reacción de Camila fue envararse, morderse fuerte los labios para evitar gritar y después confesar:

—La de veces que he soñado con que me penetrabas con tu lengua, pero la realidad supera mis fantasías.

Killian duro como una roca y con unas ganas de follarla tremendas, siguió penetrándola así y luego cambió la lengua por dos dedos.

Y empezó a penetrarla de ese modo, hasta que los gemidos de ella le hicieron incrementar el ritmo para hacerlo tan implacable que Killian solo tuvo que golpetear el clítoris con la lengua para arrancarle un orgasmo brutal que él sintió perfectamente…

—Joder, ¡cómo me aprietas con tu coño!

Camila se llevó la mano a la boca y se mordisqueó un par de dedos para ahogar el grito que le nacía desde lo más profundo de la garganta y disfrutó de ese tremendo orgasmo que la dejó temblando entera.

Luego, él sacó los dedos, se puso de pie frente a ella y la besó en la boca con exigencia y dureza:

—¡Me has comido entera! —susurró Camila, con los labios pegados a los de él.

Killian la tomó por las caderas, la estrechó contra su dureza y dijo con un tono de voz arrebatadoramente varonil:

—Pero aún quiero más. Muchísimo más…

Capítulo 7

Killian se apartó de ella, se dirigió a la puerta que cerró con pestillo y después echó mano al bolsillo de la cartera y sacó un condón de envoltorio dorado.

—Mejor así —musitó Camila tras ver lo que acababa de hacer con la puerta.

Killian se abrazó de nuevo a ella, le pegó la erección durísima al pubis y masculló con la mirada hambrienta de puro deseo:

—¿Quieres que sigamos, Camila? ¿Tú tampoco tienes suficiente?

Camila asintió y descendió con la mano hasta la dureza que estaba empujando contra su pubis.

—¡Es enorme! —exclamó Camila, tras poner la mano sobre la erección de su jefe que era grande y dura como una barra de titanio.

Luego, le bajó la cremallera del pantalón, coló la mano en el calzoncillo, agarró la polla más increíble que había visto en su vida y que parecía a punto de reventar de lo hinchada que estaba y la recorrió con la mano.

—Dios, Camila, tengo tantas ganas de estar dentro de ti…

Y tras decir esto, Killian abrió el condón y se lo enfundó mientras Camila no podía dejar de mirar lo que su jefe tenía entre las piernas.

Porque aquello era escandaloso y aunque durante esos cinco años junto a él había intuido a través del bulto que marcaba en el pantalón que la tenía grande, lo que había aparecido ante sus ojos superaba todas sus expectativas…

—Me muero por follar contigo —confesó Camila, tras alzar la mirada y encontrarse otra vez con los maravillosos ojos azules de su jefe.

A continuación, se quitó el vestido y se quedó frente a él solo con el sujetador de encaje negro al que a Killian le faltó tiempo para quitárselo con una pericia increíble.

Y, entonces, se quedó fascinado ante la contemplación de los pechos pequeños, redondos y de pezones rosados y durísimos:

—¡Eres preciosa!

—Marlon no paraba de decirme que me tenía que operar los pechos —confesó Camila, que nunca se había sentido acomplejada con su

cuerpo hasta que Marlon con sus críticas había conseguido que generara un montón de inseguridades.

—Son perfectos, Camila —musitó Killian, que los acarició con ambas manos, los amasó y luego tomó con cuidado los pezones para pellizcarlos sutilmente.

—Dios —farfulló Camila, que estaba tan excitada con los tironcitos en los pezones que estaba sintiendo una especie de descargas eléctricas sobre el clítoris.

Y acto seguido, Killian tomó los pezones con la boca que chupó, mordisqueó, sopló y luego volvió a succionar…

Una y otra vez, hasta que descendió con la mano por la espalda hasta el trasero pequeño y redondo y la estrechó fuerte contra su dureza.

—Estás chorreando…

Camila movió las caderas, para frotarse contra la erección en tanto que él hundía fuerte los dedos en las nalgas.

—Me muero por hacerlo y que seas duro —confesó Camila.

Killian gruñó, le dio la vuelta y le masajeó las nalgas con ambas manos:

—Tienes un culo maravilloso…

—A Marlon tampoco le gustaba, me decía que una mujer bonita tiene un culo grande y respingón.

Killian se pegó a ella, enterró el miembro entre la hendidura de las nalgas y se frotó contra ella a la vez que decía:

—¡Olvídate de ese tío! Tienes un cuerpo de diosa…

Y tras decir esto, la mordió en el cuello de un modo exquisito, ella gimió y se echó hacia delante apoyando las manos sobre la mesa del despacho de su jefe.

Killian entonces la agarró por las caderas, se situó detrás de ella y le preguntó mientras tanteaba la entrada de su sexo:

—¿Quieres que te lo haga así? ¿Te penetro duro desde atrás?

Camila asintió y él se la metió de una embestida profunda y seca que le hizo gritar de una mezcla de sensaciones de lo más potente.

—¡Perdona! No he podido reprimir el grito… —murmuró Camila que estaba aferrada muy fuerte al borde de la mesa.

—El despacho está insonorizado, ya lo sabes.

—Ya, pero no puedo estar pegando estos gritos…

Killian salió del interior y volvió a hundirse hasta el fondo, arrancándole un nuevo grito.

—No se escucha nada afuera. Expresa lo que sientas.

Killian volvió a entrar y salir del estrecho interior unas cuantas veces más en tanto que ella mascullaba:

—Es tan grande. Me llenas por completo. Como nadie…

Y después de un bombeo a un ritmo profundo y lento, Killian tiró fuerte de los pezones duros y ella creyó que se iba a correr ahí mismo.

—Tú sí que no te pareces a nadie. Eres única. Eres todo. Eres mi diosa —dijo Killian en un tono tan *sexy* y tan varonil que Camila necesitó más de él.

Y tras arquear la espalda con la última embestida, más profunda y más contundente, le pidió sin parar de jadear:

—Dame más, por favor… ¡Más!

Killian lanzó un sonido gutural bronco, clavó fuerte los dedos en las caderas y comenzó a penetrarla con un ritmo mucho más fuerte y más implacable…

—¿Así, preciosa? ¿Te gusta que te folle muy duro?

Camila asintió entre gemidos y él le folló tal y como le había pedido a la vez que ella murmuraba:

—Aunque me partas en dos. Te necesito muy dentro. Fóllame, Killian…

Killian se empleó a fondo, le hizo el amor como no se lo había hecho a nadie en la vida y llegó un punto en que la notó tan excitada que descendió con una mano hasta el clítoris, lo presionó duro y le arrancó un orgasmo tan fuerte y tan feroz que él tampoco pudo aguantar mucho más.

Y cuando aún sentía los espasmos de las potentes contracciones vaginales, se corrió como no recordaba derramándose entero.

Luego, sudorosos y con las respiraciones agitadas, se apartaron, ella se giró y se quedaron frente a frente.

Se miraron y los dos sintieron tantas cosas que no se atrevieron a decir nada.

Tan solo estuvieron así, mirándose durante un momento que ambos encontraron precioso y luego Killian la abrazó.

—¡Ha sido increíble!

Camila apoyó la cabeza en el torso fuerte y musculado de Killian, se pegó bien a él y de pronto tuvo una sensación de protección como nunca había sentido.

—¡Qué bien se está en tus brazos de *highlander*!

Killian tenía un cuerpo muy trabajado, tenía unos músculos fuertes y duros, hacía mucho ejercicio, corría, nadaba, hacía pesas, pero sobre todo tenía una presencia de guerrero tan imponente que a su lado era imposible no sentir esa sensación de seguridad.

De que en sus brazos nada podía pasarle, que junto a él estaba a salvo de todo mal…

Y Killian al escuchar sus palabras, suspiró, le acarició el pelo y le dijo:

—Adoro tenerte en mis brazos. Y hacer el amor contigo es lo más increíble que me ha pasado en la vida.

Camila alzó la vista, sonrió ruborizada y le pidió porque así le parecía:

—¡No exageres! Soy una chica normal y corriente. Imagino que habrás conocido a mujeres mucho más experimentadas que yo en estas lides.

Killian contrarió el gesto, seguro de que el impresentable de Marlon también le había hecho creer que era una mal amante y aseguró:

—Eres una mujer extraordinaria y hacerlo contigo ha sido lo más bonito que recuerdo que me haya pasado en los últimos tiempos.

A Camila se le llenaron los ojos de lágrimas, lo besó en los labios y le confesó:

—Marlon siempre estaba quejoso con mi cuerpo, con mi sexualidad y al final acabó convenciéndome de que yo no era lo suficientemente buena ni para él, ni para nadie. Y perdona que te hable de Marlon, pero es que nunca he sido tan consciente como hasta ahora del daño que me ha hecho.

Killian la abrazó fuerte, la miró a los ojos y le dijo sintiendo que el corazón no podía latirle ni más fuerte ni con más ganas:

—Eres todo lo que siempre he soñado y en la vida me he sentido tan vivo como en este momento. Así que olvida, por favor, todo lo que te dijo ese cretino y créeme. Eres preciosa, te deseo como a nadie y estoy enamorado hasta la médula de ti…

Capítulo 8

Los siguientes días continuaron teniendo sexo en la oficina, pero en ningún momento Camila se pronunció respecto a sus sentimientos hasta que, justo el día antes del viaje programado para reunirse con Joseph Mackay y después de hacer el amor en el despacho de Killian, ella reconoció:

—Para mí esto es mucho más que piel…

Killian sintió un cosquilleo en el cogote al escuchar las palabras de Camila y se abrazó más fuerte a ella, que estaba tumbada y desnuda junto a él en el sofá.

—Y para mí igual, preciosa —musitó acariciándole muy lento la espalda.

Camila sonrió, le besó suave en los labios, cerró los ojos y le confesó:

—No quiero volver a casa.

Killian comprobó que eran las diez de la noche en el reloj digital que tenía sobre la mesa de su despacho y le propuso:

—Si quieres podemos pedir algo para cenar y pasar la noche aquí.

Camila abrió los ojos, pestañeó deprisa y preguntó risueña:

—¿Quieres pasar la noche en el sofá? Te recuerdo que mañana volamos a primera hora.

Killian, sorprendido, porque era la primera noticia que tenía replicó:

—¿Volamos? ¿Quieres acompañarme a mi viaje a Escocia?

Camila resopló, se puso seria y respondió con absoluta sinceridad:

—Lo he estado pensando mucho y creo que tienes razón. A lo mejor ha llegado la hora de hacer frente a lo que temo…

—¿Te refieres al amor?

Camila sintió que le daba un vuelco al corazón, se ruborizó como una pava y confesó:

—¿Después de lo que acabamos de hacer me estás preguntando si tengo miedo al amor?

—Hemos follado como salvajes, pero una cosa es el sexo y otra muy diferente el amor.

—Te acabo de decir que esto es más que piel, Killian. Lo nuestro es mucho más que sexo y, por supuesto, que yo también estoy

enamorada de ti. Pero el amor no tiene nada que ver con el enamoramiento. El amor necesita tiempo. Y yo no tengo miedo al amor, pero sí a que descubras esa parte de mí que desconoces y que salgas corriendo.

Killian recorrió con el dedo índice el perfil de Camila, desde la frente al cuello y replicó:

—Todos tenemos luces y sombras. Pero cuando se ama, se ama la totalidad. Lo bueno y lo malo.

Camila arrugó el ceño y dijo con un tono de tristeza profundo en la voz:

—Lo que me pasó en Escocia fue tan fuerte y tan duro que no he tenido ni fuerzas para volver a pisar esas tierras. Si lo hice hace poco, fue por ti y tu familia, porque os debo muchísimo y tenía que estar en la boda. Y si ahora voy a enfrentarme después de más de siete años a Joseph Mackay es porque tengo que ser profesional y acudir como tu secretaria de dirección a esa reunión tan importante, y también porque tú me has dado la fuerza suficiente como para enfrentarme a esa parte tan horrible de mi pasado.

Killian no quería presionarla, no quería agobiarla, pero no pudo evitar decirle:

—Si necesitas hablar, si quieres soltar lastre, si necesitas un hombro…

Camila negó con la cabeza, se mordió los labios y repuso sintiendo un nudo horrible en la garganta:

—Te lo agradezco, Killian, pero aún no puedo. He hecho un gran trabajo mental para acudir contigo a esa reunión, pero todavía no me siento capacitada para hablar de esa parte de mi vida.

—Lo respeto y que sepas que eres muy valiente por haber decidido enfrentarte a Mackay, sea lo que fuere que te sucediera con él.

Camila sintió un escalofrío por todo el cuerpo al escuchar el nombre del hombre que le había desgraciado la vida y confesó:

—Te juro que estaba convencida de que su destino jamás iba a volver a cruzarse con el mío, pero la vida parece que quiere que nos volvamos a ver las caras.

—Y esta vez es diferente, porque tú ya no eres aquella chiquilla que

tuvo que abandonar Escocia y además me tienes a tu lado.

Camila asintió porque era cierto. Ella no tenía nada que ver con la chica que abandonó el país humillada y despojada de todo y tenía a Killian a su lado, no obstante, le inquietaba algo:

—Lo que no sé es cómo reaccionará Mackay al verme. La última vez me exigió bajo amenazas que no volviera a acercarme ni a cincuenta kilómetros de su castillo.

—Pues el castillo Mackay está apenas a cincuenta kilómetros del castillo Macpherson. Así que me temo que ya has contravenido sus exigencias.

—Pero él no lo sabe. Sin embargo, mañana me va a tener enfrente.

—Nadie puede impedir que ejerzas tu libertad. Puedes ir donde te dé la gana. ¿Qué es eso de amenazar a alguien con que no pise unas tierras bajo amenazas?

A Camila se le llenó la mirada de temor y de tristeza y respondió con la voz tomada por la emoción:

—Así se las gasta Joseph Mackay.

—Esta vez verás como todo será diferente. Ayer hablé de nuevo con él por teléfono y está deseando que firmemos.

—Su cadena es un buen negocio, pero él como ser humano es lo peor.

Y tras decir esto, Camila se puso tan mal que empezó a temblar como una hoja:

—¿Qué pasa, cielo? —le preguntó Killian, que la estrechó fuerte contra él para que se tranquilizara.

Dos lágrimas recorrieron el rostro de Camila, se las apartó de un manotazo y respondió:

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Y si la visita a Mackay te va a provocar un sufrimiento y una ansiedad tremendas, prefiero que te quedes en Nueva York.

Camila negó con la cabeza, pues lo había meditado mucho y había decidido que tenía que acudir a la reunión.

Era su deber como empleada de Macpherson Inversiones y también había llegado la hora de plantar cara al pasado.

Y por supuesto que iba a resultar duro y terriblemente doloroso, pero se sentía más fuerte que nunca y Killian le había dado el empuje último que necesitaba para atreverse a hacerlo, por lo que le aseguró:

—Voy a ir contigo, Killian. Tengo que hacerlo, aunque duela. Esta vez no voy a permitir que Joseph Mackay me amedrente y me haga huir dejando todo atrás.

Killian la miró estremecido con lo que acababa de escuchar y preguntó sin dar crédito:

—¿Ese hombre llegó a tener tanto poder sobre ti?

Camila sintió un asco terrible al pensar en Mackay y respondió:

—Es un hombre muy poderoso y cruel, capaz de lo más terrible.

Killian se revolvió el pelo con la mano, de lo mucho que se estaba inquietando y le preguntó:

—¿Qué fue lo que te hizo? Y perdona que te haga una pregunta tan directa, pero es que me niego a hacer negocios con un tío que te haya lastimado.

Camila no pensaba contarle nada, porque no podía, era algo que tenía tan dentro de su corazón, sepultado bajo capas y capas de dolor que ni podía hablar de ello, tan solo se limitó a responder:

—Haz el negocio. Lo prioritario es que compres la cadena Mackay.

Killian negó con la cabeza, la tomó por la barbilla y le dijo para que no lo olvidara nunca:

—Mi prioridad eres tú. Y no pienso anteponerte ante nada. Por muy bueno que sea el negocio, no pienso hacer tratos con una persona que te hirió.

Camila no estaba preparada para contarle nada, pero sí que creyó necesario decirle:

—Pero es que a mí me interesa que te hagas con el control de la cadena Mackay.

—¿Por qué? —preguntó Killian—. ¿Por mí y la compañía de inversión o por ti?

—Por los dos. Los dos ganamos con la compra.

—¿Y tú qué ganas, Camila? —inquirió Killian, desconcertado.

Camila no podía contarle nada, por lo que se limitó a responder:

—Todo. Tienes que ejecutar la compra como sea.

Killian la besó en los labios y musitó con los labios pegados a los de ella:

—Si es lo que deseas, así será. Cerraremos el trato con Mackay por la única razón de que tú deseas que así sea…

Capítulo 9

Después de pasar la noche juntos en el apartamento de Killian que estaba muy cerca de la casa familiar de los Macpherson en Carnegie Hill, volaron a Escocia en el jet privado con el que siempre solían viajar.

Pero esta vez fue diferente, porque en cuanto Olivia, la azafata que siempre solía atenderles, se retiró a la cabina, ellos se agarraron de la mano y se besaron como si no hubiera un mañana…

—Joder, ¡no me canso de besarte! —exclamó Killian, después de ese morreo que fue espectacular.

Camila sonrió y sintiéndose de maravilla le confesó:

—Jamás pensé que iba a sentirme así de bien a pocas horas de reencontrarme con Mackay.

—¡Eso es genial, preciosa!

—La culpa la tienen tus besos que me trastornan por completo. ¡Estoy en una jodida nube de la que no quiero bajar! —canturreó Camila, apoyando la cabeza en el hombro de Killian.

—Yo sí que estoy en una nube. Ni con quince años sentí esto, aunque tenías que haberme visto por aquel entonces, ¡parecía un señor de cuarenta!

—Ja, ja, ja, ja.

—No te rías. ¡Es verdad! Era tan serio y aburrido que las chicas huían de mí…

—¿Por qué será que no te creo? Eres un *highlander* rabiosamente guapo y *sexy*, con un sentido del humor que encuentro divertidísimo.

—Gracias, pero ya te enseñaré una foto de aquella época. Llevaba un corte de pelo horrible, unas gafas de pasta enormes y lucía un corrector dental de esos aparatosos. En fin, era un auténtico adefesio. Y encima borde y serio: ¡huían de mí como de la peste!

Camila le agarró de la mano y dijo convencida absolutamente de ello:

—Yo no habría huido…

—Ojalá te hubiera conocido en el colegio, a estas alturas estaríamos casados y con cinco hijos como poco.

Los dos se echaron a reír y, luego Camila, tras echar un vistazo al

cielo precioso que lucía ese día, comentó:

—Esto que nos está pasando es muy bonito y me ha hecho muy bien dejarme llevar. Me siento mejor que nunca, siento que fluyo y que de alguna manera me merezco que me pasen cosas buenas.

—¡Por supuesto que lo mereces! ¿Alguna vez creíste lo contrario?

Camila resopló, miró a Killian y respondió con un punto de pena en la mirada:

—Hubo un momento en que mi vida fue tal desastre que llegué a convencerme de que no merecía nada.

—Pues muy mal hecho —dijo Killian, frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero en ese momento estaba perdida. No había cumplido con las expectativas de mi familia, perdí su aceptación y su cariño, me quedé completamente sola y no encajaba en ningún sitio. Hasta que llegué a Macpherson Inversiones y allí encontré lo más parecido que he tenido a una familia. Por eso tengo tanto miedo a perderlo. Allí no solo es donde puedo desempeñar un trabajo que me gusta, es que tengo estupendos amigos y sobre todo estás tú.

Killian la besó en la boca y también le confesó para que no se sintiera sola:

—Sé lo que es sentir que no encajas en ninguna parte. Mi madre murió cuando era muy pequeño y tuve que madurar muy deprisa. Razón por la que tenía más que muerto y enterrado a mi niño interior. O eso creía hasta que apareciste en mi vida y todo cambió. Tú me devolviste la ilusión y las ganas de creer en que, a pesar de que el mundo sea una mierda, a veces se hace la magia y pasan cosas tan maravillosas como que tú y yo estemos aquí agarrados de la mano y comiéndonos a besos.

—¿Sabes que yo también había perdido la capacidad de sorprenderme y de entusiasmarme con las cosas, hasta que ha sucedido esto? Justo esto… —musitó acariciando el dorso de la mano de Killian con el pulgar.

—No hay que dejar nunca de creer, ni de esperar que la vida nos sorprenda y nos traiga cosas buenas.

Camila asintió, se llevó la otra mano al pecho y se abrió a él como nunca lo había hecho con nadie:

—Hasta hace nada ni me permitía soñar con cosas bonitas, pero desde que ha pasado esto entre nosotros estoy empezando a conectar con una parte de mí en la que he descubierto que no hay dolor, ni pena, ni frustración, ni rabia, ni desesperación, tan solo amor. Y desde ahí estoy viviendo esto y siento que estoy más conectada que nunca con la verdadera esencia de lo que soy, y no con lo que esperaban o esperan los demás que sea.

—Lo que opinen los demás tiene que importarte un rábano. Tienes que ser tú y punto.

—Es una lección que he aprendido con sangre, porque no he imaginas lo mucho que he sufrido por no tener la aprobación y el reconocimiento de mis padres, por no ser lo que Marlon esperaba, por permitir que los demás me juzgaran y me criticaran por no responder a sus expectativas.

—Lo importante es lo que tú sientas y que actúes conforme a lo que eres. No a lo que los demás te digan que es lo correcto.

Camila sonrió, con los ojos azules muy brillantes y aseguró convencida:

—Es lo que voy a hacer. Y ese también es el motivo por el que estoy subida a este avión. Porque, aunque sé que no es nada conveniente tener un romance en el trabajo y mucho menos con el jefe, no voy a renunciar a vivir esto. Es una locura, me juego mucho y tengo miedo, pero no por eso voy a dejar de vivirlo. Y lo mismo me sucede con la visita a Joseph Mackay… Él me amenazó para que no volviera por esas tierras, pero estoy cansada de tener miedo. No puedo vivir así.

—Es que no debes hacerlo —insistió Killian, al que le gustó muchísimo que hubiera tomado esa determinación.

—Voy a plantarme frente a él para que sepa que no queda nada de aquella chica frágil y vulnerable. No obstante, también te repito, que esta fuerza y este coraje que siento es gracias a ti.

Killian negó con la cabeza y le dijo con un convencimiento absoluto:

—No. Eres tú la que tienes un valor y una voluntad que pareces uno de los nuestros.

—En mi familia que yo sepa no hay ni un solo Macpherson —bromeó Camila—. Pero adoro vuestro lema…

Killian se arremangó un poco la camisa, para mostrarle el tatuaje con el lema de su clan que todos los Macpherson también llevaban tatuados.

—Me lo tatué en la cara interna de la muñeca para no tener más que girar la mano para recordar quién soy y de dónde vengo. Esta es mi esencia.

Camila posó el dedo índice sobre el tatuaje de Killian, que había visto muchas veces, pero jamás había tocado, lo acarició despacio y musitó:

—Y yo la adoro. Y de verdad que te agradezco lo que has hecho por mí.

Killian arqueó las cejas, le clavó la mirada y le preguntó:

—¿Qué es lo que según tú he hecho por ti?

—Tener un vínculo sano conmigo desde el primer día. Nunca me has juzgado, ni me has fallado, me aceptas como soy, respetas mis espacios y siempre que te necesito estás. Siempre estás, señor Macpherson.

—Como tú siempre estás para mí —dijo Killian sintiendo que no podía estar más enamorado de ella.

—Y que tú estés en mi vida significa mucho para mí, es una fortuna y un lujo tener a mi lado una persona como tú. Me haces sentir tan importante y tan especial que te prometo que siento una gratitud infinita.

Killian le dio un beso dulce en el cuello y replicó feliz como no recordaba:

—La misma que siento yo hacia ti. Tenerte en mi vida es algo tan extraordinario que gracias a ti debo tener el nivel de endorfinas por las nubes.

—Me pasa igual, yo también debo tener las endorfinas a tope y por eso me siento más fuerte que nunca.

—Eres fuerte, Camila. Mucho más de lo que crees, independientemente de lo que sientas por mí.

Killian le clavó la mirada, primero a los ojos y luego a la boca, y Camila gimió de solo anticipar el beso que sabía que iba a darle.

Como así fue, porque él la tomó por la nuca con una mano y la besó

hundiendo la lengua hasta el fondo.

Luego, después de ese beso colosal, Camila se quedó observando las facciones arrebatadoramente varoniles de su jefe, sus cejas espesas, los ojazos que eran de un azul de lo más salvaje, la nariz perfecta, la boca con la que podía llevarla al séptimo cielo en cuanto a él le diera la gana, la mandíbula cuadrada y fuerte y solo pudo mascullar:

—¿Por qué eres tan escandalosamente guapo y *sexy*?

Killian posó un dedo sobre la boca carnosa de su secretaria, luego recorrió los labios de una comisura a otra en tanto que le preguntaba:

—¿Y yo por qué tengo ganas de follarte a todas horas?

Camila sintió una corriente eléctrica que empezó en la nuca y acabó en el clítoris, después colocó una mano sobre el bulto tremendo de la entrepierna de su jefe y respondió:

—Lo mejor va a ser que le pongamos remedio. Y, además, Olivia no va a venir con el almuerzo hasta dentro de una hora.

Y para sorpresa y deleite de Killian, Camila le bajó la cremallera del pantalón, sacó la erección y se agachó para metérsela en la boca.

Y Killian al sentir la boca dulce y jugosa de Camila sobre su glande y luego cómo poco a poco iba aceptándole hasta que le engulló entero, masculló:

—Joder, ¡qué sueño es este! No quiero despertar…

Y cerró los ojos para disfrutar del infinito placer que Camila le estaba regalando con la boca…

Capítulo 10

Siete años y algo después de que Joseph Mackay la amenazara con que no volviera por allí, Camila estaba de vuelta en el castillo y sintiéndose más segura que nunca.

Quién se lo iba a decir. Pero ahí estaba, siguiendo a un joven mayordomo que ella no conocía y que les estaba guiando hasta el despacho de Mackay, bien erguida, con la espalda muy recta y con la barbilla alta.

Ella no tenía nada de lo que avergonzarse, Camila no era la que había amenazado, ni chantajeado, ni había provocado un dolor infinito a nadie.

Sin embargo, Joseph Mackay no podía decir lo mismo y era el que le debía muchísimas explicaciones.

Pero sabía que no iba a dárselas.

Él estaba convencido de que había hecho lo correcto, aunque hubiera significado arrancarle a Camila el corazón con sus propias manos.

No obstante, los días de dolor, pena y lágrimas habían quedado atrás, y en ese instante que estaba de vuelta lo que sintió fue unas tremendas ganas de luchar por lo que era suyo.

Ahora bien, tenía que ser cauta. Sabía muy bien ante quién se estaba jugando las cartas.

Y Joseph Mackay no solo era un tío cruel y vengativo, capaz de cualquier cosa para salirse con la suya, sino que era un tipo muy inteligente que siempre se las ingeniaba para salir ganando.

Así que respiró hondo, se dijo a sí misma que todo iba a salir bien, si bien a pesar de eso, sintió un pequeño pellizco de ansiedad en el vientre que Killian aminoró dándole la mano y apretándola para que le sintiera:

—¿Todo bien? —le susurró al oído.

Camila le miró, asintió y musitó con una sonrisa franca que a Killian le encantó:

—Ahora sí.

Camila también le apretó la mano y luego se soltaron porque acababan de llegar a la planta y tres puertas más allá estaba el

despacho de Mackay.

Un despacho que ella conocía demasiado bien y que le traía unos recuerdos tan horribles que, cuando se encontró frente a la puerta maciza de maderas nobles, sintió como un ligero mareo de pura ansiedad.

Así que volvió a hacer varias respiraciones profundas en tanto que el mayordomo abrió la puerta y le comunicó a Mackay que estaban allí.

Una voz profunda y cavernosa le exigió al mayordomo con un tono inflexible y duro que los hiciera pasar y Camila pensó que no había vuelta atrás.

De nuevo, estaba en el castillo Mackay, más de siete años después, pero esta vez era todo tan distinto, habían cambiado tanto las tornas que entró en el despacho con paso firme, clavándole la mirada al tío más horrible con el que se había topado en la vida y que aún no se había percatado de su presencia.

Joseph Mackay, un hombre de unos ochenta años, alto, fuerte y calvo, de ojos saltones, boca de hilo y nariz ganchuda, vestido con un impecable traje gris y con una presencia que verdaderamente intimidaba tenía la vista puesta en Killian al que estrechó la mano con fuerza mientras que dejaba a la vista sus colmillos afilados, tras esbozar una sonrisa de lo más gélida.

—¡Bienvenido al castillo del clan Mackay! —exclamó Mackay.

—Gracias a ti, Joseph, por la invitación. Y permite que te presente a mi novia: Camila Gibson.

Camila, que no esperaba para nada que la presentara como su novia, cuando apenas llevaban unos días juntos, se envaró, abrió los ojos como platos de la impresión y luego se dirigió a Mackay para decir:

—¡Hola, Joseph! Estoy de vuelta…

Joseph Mackay que estaba rígido como un palo, y sin poder creer lo que estaba viendo, farfulló echando chispas por los ojos de pura rabia:

—¿Qué haces aquí, Camila?

Si bien el que respondió fue Killian que le explicó a la vez que no perdía detalle de lo que estaba sucediendo entre ellos:

—Camila además de mi novia es también mi secretaria de dirección. Tiene que estar en la reunión. Ella es la que está al tanto de los contratos y la documentación que vamos a necesitar para cerrar la operación. Y me alegra que ya os conozcáis.

Camila apretó fuerte las mandíbulas, negó con la cabeza y dijo mirando fijamente a Mackay:

—Yo no me alegro para nada de que Joseph Mackay se cruzara en mi camino.

Mackay que estaba muy alterado por la presencia de Camila, a la que estaba convencido de que no iba a volver a ver en la vida, repuso:

—¿Y para qué has venido entonces?

El que respondió fue Killian que estaba alucinado con la tensión que se mascaba en el ambiente:

—Ya te lo he dicho. Ha venido porque es mi secretaria de dirección.

Mackay miró con desprecio a Camila, con esas miradas suyas que tantas veces le habían hecho sentir a ella como una mierda, y le preguntó a Killian:

—¿Y tu secretaria de dirección te ha contado el dolor y el sufrimiento que trajo a esta familia hace unos años?

Camila le miró furiosa, le apuntó con el dedo índice y le dijo intentando contener los nervios:

—¿Cómo puedes tener la desvergüenza de acusarme de semejante cosa?

—Limítate a responder, Camila. ¿Killian conoce lo que sucedió? —inquirió con la boca fruncida y lanzándole una mirada de odio que daba hasta miedo.

Pero Camila no pensaba achicarse, esta vez sí que no, por lo que le desafió con la mirada y respondió:

—Killian no sabe nada porque aún no he reunido fuerzas para contar a nadie lo que pasó.

Mackay soltó la típica carcajada de malvado de película de terror y exclamó mirándola con muchísimo asco:

—¡Que mal interpretas el papel de víctima!

Camila le devolvió una mirada cargada del mismo asco y no pudo replicar nada, pues Killian decidió intervenir, al no estar dispuesto a

tolerar ni una falta más de respeto por parte de Mackay:

—¡Ya basta, Mackay! Desconozco qué fue lo que sucedió hace años, pero sé que hizo sufrir tanto a Camila que no pienso tolerar ni un desprecio más.

—¿Y no te da qué pensar que no haya querido contarte nada? ¡Yo estaría más que mosqueado!

Camila le miró furibunda y Killian respondió agarrándola de la mano:

—Conozco a Camila desde hace cinco años y confío y creo en ella. Respeto sus silencios y sé que, cuando se sienta preparada, me contará lo que pasó. Por eso te advierto desde ya, que, a la próxima falta de respeto hacia Camila, daré por rotas las negociaciones. ¿Estamos?

Mackay asintió de mala gana y, con un gesto con la mano, les invitó a que tomaran asiento. Luego, él ocupó su sitio, Killian le pidió a Camila que sacara la documentación en la que quedaba estipulado hasta el más mínimo detalle de la operación y le contó:

—Estaremos en Escocia una semana. El próximo viernes nos reuniremos y, si estás conforme con esto que te entrego, firmaremos.

Mackay echó un vistazo rápido a la documentación y le dijo a Killian:

—Como imaginarás, no eres el único que me ronda. Cuando las acciones están a la baja, ya sabes que acuden todos los cuervos.

—No soy un cuervo. Yo vengo a proponerte que tu cadena crezca hasta hacerla tan fuerte que su valor suba como la espuma. Y mi proyecto es a largo plazo, en Macpherson Inversores sabes que no compramos para vender rápido.

Mackay lo sabía tan bien que tras cerrar la carpeta de la documentación le informó de que:

—Por eso eres mi principal opción. No quiero dejar el negocio en manos de gente que sé que en menos de cinco años lo habrán echado a perder. Yo lo que quiero es robustecer a la cadena y sé que solo con Macpherson Inversiones lograré la inyección de capital que necesitamos para hacernos mucho más grandes. Y sé además que tus apuestas son a largo plazo. Eso me gusta y me interesa, pues necesito dejar un legado de valor a los que vienen detrás de mí.

Y tras decir esto, miró a Camila con desdén y ella le retiró la mirada porque le enfermaba su sola presencia.

Después, Killian habló terminando de poner sus cartas sobre la mesa:

—Nosotros estamos muy interesados en comprar. La cadena Mackay tiene la acción a un precio bajo en el mercado, pero sabemos que sus fundamentos económicos a largo plazo son buenos. Es una empresa seria y solvente que lleva ofreciendo sus servicios hoteleros desde hace más de cincuenta años. Así que cumple con los requisitos que exigimos y nuestras condiciones están expuestas en la información que te he entregado. Estúdialo con tus asesores y el viernes, si estás de acuerdo con nuestras exigencias, cerraremos la operación…

Capítulo 11

Después de dar por terminada la reunión, Mackay los acompañó hasta la puerta donde Camila se excusó:

—Necesito ir al cuarto de baño.

—Al fondo del pasillo a la izquierda tienes uno —dijo Mackay sin siquiera mirarla a la cara.

—Lo sé. Desgraciadamente, me conozco este castillo como la palma de mi mano.

Y tras decir esto, Camila se adentró por el pasillo con paso firme y decidido en tanto que Killian pensaba que no podía sentirse más orgulloso de ella.

Tenía tanto coraje que no solo había sido capaz de sentarse frente al déspota de Mackay, sino que se comportaba con una seguridad tan grande que le había dejado más que claro a ese anciano que ya no podía hacerle daño ni con sus desprecios ni con sus desplantes.

Así que aquel primer encuentro había terminado: Camila 1, Mackay 0. O eso creía Killian porque, en cuanto Camila se perdió por el fondo del pasillo y ya no podía escucharlos, Mackay aseveró:

—Enamorarse es un peligro porque nos nubla la razón.

Killian chasqueó la lengua y le pidió, puesto que detestaba los rodeos:

—¡Al grano, Mackay! ¿Qué es lo que quieres decirme?

—¡Ten mucho cuidado con Camila! Aléjate de ella, si es que tienes algo de aprecio por tu vida.

Killian enarcó una ceja, atónito con lo que estaba escuchando y replicó:

—¿Qué estás insinuando?

Mackay le miró muy serio, entornó la mirada y luego soltó con una frialdad que estremecía:

—Camila Gibson es una asesina.

Killian puso una cara de incredulidad tremenda y le faltó tiempo para replicar:

—¿Qué me estás contando, Mackay? ¿Qué broma macabra es esta?

Mackay levantó las cejas canosas y pobladas y respondió:

—Ojalá fuera una broma, pero te estoy diciendo la verdad.

Killian no pudo evitar sonreír, pues aquello no había por dónde cogerlo:

—Camila no tiene antecedentes penales. He viajado con ella a países donde exigen esa información y sé que no ha estado jamás en la cárcel.

Mackay le miró con condescendencia, como si fuera un pobre ingenuo que se hubiera tragado el cuento de la cándida de Camila y le reveló:

—Se libró porque no solo se revolcaba con uno de los mejores abogados de Escocia, sino que también acabó atrapando en su red de seducción al mismísimo juez del caso. Y salió libre…

Killian se envaró, convencido de que todo lo que estaba diciendo ese hombre era absolutamente falso:

—¡Te estás pasando de la raya, Mackay! ¡No te voy a permitir ni una injuria más! No sé de dónde has sacado esa cantidad de patrañas, pero te exijo una disculpa.

Mackay soltó otra carcajada horrible de las suyas y le dijo para que supiera a lo que atenerse:

—¿Patrañas? Vete al pueblo y pregunta a la gente por lo que sucedió con Camila Gibson. O mejor aún: habla con sus padres. Viven a la entrada del pueblo y te adelanto que no quieren saber nada de ella de tanta ignominia y vergüenza como los cubrió. Así que no tengo nada por lo que excusarme. Más bien deberías darme las gracias por advertirte. Hazme caso, Killian. Tienes una venda puesta porque estás enamorado, pero esa chica es diabólica. Aléjate cuanto antes de ella. Es una mantis. Es una experta en seducir a hombres poderosos, sacarles todo, destrozarles las vidas o incluso ir más allá y hacer que la pierdan. Solo espero que tú no seas la próxima víctima, por eso te estoy previniendo contra ella.

Killian se pasó la mano por la cara, puesto que el retrato que le estaba haciendo de Camila, como una auténtica mujer fatal, fría y pérfida, estaba en las antípodas de la Camila que él conocía y le exigió:

—¡Calla! Sé muy bien cómo es Camila. No necesito ir a hablar con la gente del pueblo para que me cuenten cómo es la mujer que amo.

—No la conoces, Killian. Además, ¿me quieres explicar por qué no ha querido contarte nada de su pasado? ¿No te da qué pensar?

—No tengo ni idea de qué fue lo que le hizo huir de aquí, pero me puedo empezar a hacer una ligera idea a raíz de las barbaridades que acabo de escuchar de tu boca.

—Es la pura verdad. Imagino que Camila te habrá vendido, como a todos, la imagen de la pobre chica, casi virginal, humilde y sencilla, pero es una víbora que puede acabar contigo en cuanto se lo proponga.

Killian miró con un cabreo impresionante a Mackay porque no pensaba escuchar ni una mentira más y replicó:

—Camila no es ninguna psicópata.

—¡Abre bien los ojos y cuida bien tus espaldas, Killian! Y si no quieres acercarte a hablar con la gente del pueblo, espera un momento que voy a pasarte unos cuantos números de teléfono para que te ilustren sobre quién es la chica que te estás follando.

Killian ya sí que no pudo más, y con el vaso de su paciencia colmado, se abalanzó sobre Mackay al que agarró por las solapas para gritarle fuera de sí:

—¿Cómo tengo que decirte que no voy a permitir que faltes el respeto a mi novia?

Mackay se puso muy nervioso, le empezó a temblar la barbilla y farfulló:

—¿Ves lo que consigue esa chica? ¡Ha logrado sacar lo peor de ti!

Killian tiró más fuerte de las solapas y, con los ojos inyectados en sangre y la vena hinchada, le advirtió:

—Eres tú el que ha provocado esto. Y reza para que no saque lo peor de mí, porque te aseguro que no te va a gustar para nada. Así que, si te importa tu jodido negocio y su futuro, más te vale que te abstengas en lo sucesivo de decir ni una sola palabra relativa a Camila. Es que no quiero ni que pronuncies su nombre, ¿te queda claro?

Mackay que estaba a punto de orinarse en los pantalones del susto que le entró al ver a Killian como un auténtico *highlander*, guerrero y duro, dispuesto a todo para defender lo suyo, respondió:

—Está bien, pero luego no digas que no te advertí.

Killian llegó a su límite, y no le quedó otra que cerrarle el pico a Mackay de un derechazo en el rostro que le dejó tirado en el suelo:

—Yo sí que te lo he advertido, Mackay. ¡No quiero ni que la mientes! ¡Y veremos si me sale de los cojones cerrar este puto negocio! Si hay algo que detesto es tener vínculos profesionales con gentuza a la que desprecio como tú.

Mackay, torpemente, se levantó del suelo y se llevó la mano al labio inferior que le estaba sangrando:

—No creo que tu abuelo se sienta muy orgulloso de ti cuando se entere de que has pegado a un anciano —le reprochó.

Killian pensó que ese tío no podía ser más asqueroso y le recordó para que lo tuviera en cuenta:

—Estoy seguro de que mi abuelo y todo mi clan se sentirán muy orgullosos de mí cuando se enteren que he defendido el honor de la mujer que amo. No sería un Macpherson si permitiera que alguien profiriera semejantes injurias y calumnias sobre una mujer que ya ha sufrido demasiado.

Mackay fue a replicar algo, pero no lo hizo porque de pronto apareció Camila que estaba de vuelta del cuarto de baño y preguntó muy preocupada al ver que aquel le estaba sangrando el labio:

—¿Qué ha pasado?

Killian agarró de la mano a Camila, le sonrió y le dijo para que se tranquilizara:

—Está todo bien, preciosa. He estado aclarándole algunos puntos a Mackay que tenía un tanto confusos. Pero ahora ya está todo en orden, ¿verdad, Mackay?

Mackay asintió de mala gana, taponándose la herida del labio con los dedos y dijo:

—Te espero el viernes que viene.

—Y yo espero que para entonces lo tengas todo tan claro que no me obligues a que vuelva a tener que explicarte las cosas a la manera de Killian Macpherson. ¿Estamos, Mackay?

Mackay, se colocó bien las hombreras de la chaqueta que se le habían torcido por la caída, y respondió:

—No hay duda de que eres un Macpherson. Mi abuelo siempre decía que era un clan de guerreros bravos y astutos.

—Los abuelos siempre dicen verdades como puños. Así que hazle caso…

—Nos vemos el viernes. ¡Cuídate, Killian! —exclamó Mackay.

Y Killian se lo tomó de la peor manera posible, por lo que le exigió apuntándole con el dedo y echando chispas de rabia por los ojos:

—¿Me estás tomando el jodido pelo, Mackay? ¿Me vas a obligar a que te ponga los puntos sobre las íes a mi manera de nuevo?

—¡Te he dicho que te cuides porque es una frase hecha! ¡No saques las cosas de su contexto!

Killian le miró desafiante y le advirtió sin dejar de apuntarle con el dedo:

—¡Cuida mejor tú de las cosas que salen por tu boca!

Y tras decir esto, tiró de la mano de Camila y se echó a andar para salir cuanto antes de ahí…

Capítulo 12

A las ocho de la tarde llegaron al castillo Macpherson y Camila decidió darse un baño antes de la cena.

Con toda la intensidad de la jornada, estaba exhausta y necesitaba un baño caliente de espuma para descontracturar la musculatura.

—¿Vienes? —le propuso Camila, que le rodeó el cuello con los brazos y se pegó a él.

Killian la agarró por la nuca, la besó con todas sus ganas, pero muy a su pesar tuvo que declinar la invitación:

—Tengo que atender unos asuntos urgentes de trabajo.

—Déjalo para después. Yo te ayudo.

Killian la besó otra vez con posesividad, con pasión, con todo su fuego, y luego le dijo:

—Te lo agradezco, pero lo mejor es que termine con la tarea cuanto antes. Y luego tenemos la noche entera para nosotros…

Camila puso los ojos en blanco, sonrió y masculló tras darle un lametón en los labios:

—Eso suena tremendamente tentador, señor Macpherson.

Killian sonrió y le dijo feliz de que estuviera con él en el castillo de su clan:

—Me encanta verte así. Estás radiante, señorita Gibson. Y tienes una sonrisa preciosa. No sé si te lo he dicho alguna vez…

—*Mmmm*. Me parece que unas cuantas. ¿Entonces, no vienes conmigo?

Killian le dio un beso suave y dulce en los labios, negó con la cabeza y le aseguró:

—Pero te prometo que te resarciré luego y con creces…

Camila le besó y musitó con los labios pegados a los de él:

—¡Trato hecho!

Y se marchó al cuarto de baño enorme que estaba en la estancia que Killian había escogido para que pasasen esas noches juntos.

Era una de las habitaciones principales, con unas vistas privilegiadas al jardín y con los acantilados y el mar al fondo.

Y sobre todo era la habitación favorita de Killian y la que siempre ocupaba cuando iba al castillo.

Aunque últimamente no lo hacía mucho por culpa de tantas obligaciones profesionales como tenía.

Por eso esa semana que tenían por delante en las Highlands, aunque iban a trabajar duro, se las iba a tomar también como unas vacaciones en las que pensaba disfrutar mucho de Escocia, de su castillo y sobre todo de ella.

Camila. La mujer de la que estaba enamorado y por la que estaba dispuesto a todo para defenderla de cualquiera que quisiera hacerle daño.

Y sin duda una de las personas de la que pensaba protegerla era de Mackay. Pero necesitaba saber mucho más…

Era obvio que él no le había contado más que patrañas, si bien necesitaba saber a qué obedecía esa inquina.

Qué había detrás de toda esa sarta de mentiras que le había contado en la reunión. Y, principalmente, lo que le preocupaba era esa terrible acusación que estaba seguro de que ocultaba una historia muy dura, de la que la pobre Camila aún no podía ni hablar.

Así que, aun cuando le había asegurado que iba a respetar su silencio y que aguardaría el momento en que ella se sintiera preparada para hablarle de su pasado, él decidió ir un paso más allá porque necesitaba ayudarla.

Tenía que conocer la verdad, saber a qué estaba jugando Mackay y tener las armas suficientes para salir airoso del trance.

Así que aprovechando que Camila estaba dándose ese baño de espuma, él se encerró en la biblioteca del castillo y llamó a Connor James, uno de sus mejores amigos y el dueño de una de las agencias de detectives más prestigiosas de Nueva York.

—Connor, Killian al habla. Te necesito. ¿Puedes dedicarme unos minutos?

—Me pillas metido hasta las cejas en un tema de espionaje industrial, pero cómo no voy a sacar unos minutos para atender a un amigo que me necesita. ¿De qué se trata?

—De Camila.

Connor se echó a reír, porque él estaba convencido de que quería hablar de un tema serio:

—¡Joder, tío! Pensé que me requerías porque necesitabas que investigara algún tema profesional, no para hablar del cuelgue que tienes con esa chica.

—No te llamo para hablar de mi cuelgue. Y por cierto que sepas que llevas unos cuantos capítulos de retraso porque estamos saliendo…

Connor soltó otra carcajada, pues llevaba años diciéndole a su amigo que se lanzara de una puñetera vez y replicó:

—¡Por fin, tío! ¡Un poco más y te declaras a los ochenta años!

—Nos besamos en la boda de Duncan y… ¡Maldita sea! ¿Qué hago hablándote de esto?

—Tú sabrás. Tú eres el que me ha llamado para contarme que tu vida es de color de rosa.

—¡No me toques los huevos, anda! Y de rosa nada, porque sucede que estoy en Escocia por un asunto de trabajo y la persona con la que tengo que hacer negocios es quien más daño ha hecho a Camila en la vida.

—¿Y para qué coño vas a hacer negocios con un tiparraco así?

—El negocio es más que ventajoso, pero la motivación principal es que Camila me lo ha pedido.

—¿Camila quiere que hagas tratos con el tío que le hizo tanto daño? ¡Joder, tío, esto es rarísimo! —comentó Connor que no entendía nada.

—Conozco a Camila desde hace cinco años, pero jamás me ha hablado de las razones por las que tuvo que abandonar Escocia. Dice que aún no está preparada y yo lo respeto, pero hoy ha ocurrido algo y por eso recurro a ti como profesional. Necesito que investigues algo…

—Tú dirás. Estoy a tu servicio siempre. Ya lo sabes.

—Hoy después de la reunión que he mantenido con Joseph Mackay, así se llama el tipo este, Camila se ha ido al cuarto de baño y el otro ha aprovechado para advertirme que me aleje de ella porque es una asesina.

Connor, que conocía a Camila de salir a cenar y tomar copas con ellos, soltó una carcajada:

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué bueno! ¡Me descojono vivo!

Sin embargo, Killian se puso muy serio y le dijo bajando el tono de

voz para que nadie le escuchara:

—¡Te estoy diciendo la verdad! Ese tío me ha contado que es una especie de psicópata experta en seducir a hombres con pasta y dejarlos en la mierda. Y si no salió pringando con cárcel con el tío al que supuestamente mató fue porque estaba liada con el mejor abogado del país, que fue su defensor, y porque también tuvo algo con el juez del caso.

Connor, que no se podía creer lo que estaba escuchando, replicó:

—Tío, ¡esto que me cuentas tiene que ser una broma!

—Mackay me ha invitado a que me acerque al pueblo a hablar con la gente para que me cuenten lo que sucedió y que les pregunte a los padres de Camila que viven allí y a los que supuestamente llenó de deshonor y de vergüenza.

Connor bufó porque todo aquello era tan feo que no sabía ni qué decir:

—¡Qué chungo es este tío!

—Le he tenido que cerrar la boca de un puñetazo, pero como comprenderás necesito saber qué es lo que pasó para tener cogido a este tío de los huevos. Esto huele fatal y quiero descubrir qué hay detrás de toda la mierda que me ha contado.

—Si quieres, me pongo a trabajar ahora mismo…

—¡Por favor, ponte! No puedo esperar a que Camila se encuentre con fuerzas para contarme la verdad. Necesito saberlo antes y yo solo espero que me entienda.

—Lo que te ha contado ese tío es demencial. Conozco a Camila y sé que es incapaz de matar ni a una mosca. Y, por descontado, que lo que menos tiene es el perfil de una mujer fatal que va seduciendo y tirando como colillas a los tíos.

—Es justo al revés. Su ex era un músico vago y sin talento que le sacó toda la pasta y encima le puso los cuernos. Por eso te digo que en esta historia hay algo que atufa y necesito descubrir qué es.

—Voy a empezar a mover mis hilos ahora mismo y, en cuanto sepa cualquier cosa, te doy un toque.

—Mejor déjame un mensaje y yo te llamaré cuando pueda. Voy a pasar toda esta semana con ella en Escocia y no quiero que se entere

de que estoy hurgando en su pasado. Pero no me queda otra, Connor, la amo y necesito saber para ayudarla.

—Claro que sí, tío. Es perfectamente comprensible. Tú, tranquilo, que vamos a desenmascarar a ese cabronazo de tío…

Capítulo 13

Ya en la cena, mientras estaban probando las exquisiteces que Fanny, la cocinera, los había preparado y en cuanto Ralph se marchó a las cocinas después de servirles el segundo plato, Camila confesó:

—Este lugar es tan bonito… ¡Qué araña, qué cuadros, que muebles tan espectaculares…! Parece que estoy protagonizando una novela romántica de *highlanders*.

Killian tras cortar un trozo de su bistec y probarlo, replicó porque él lo tenía clarísimo:

—No lo parece, preciosa. Lo estamos protagonizando…

Camila se ruborizó, sonrió y siguió abriéndose a su jefe que estaba guapísimo bajo la luz anaranjada de la araña, al remarcársele más aún las facciones tremendamente varoniles:

—Te parecerá una tontería, pero desde que me dejo guiar por el corazón es como si el universo estuviera conspirando a mi favor.

—No me parece ninguna tontería. Atreverse a dejarse llevar por el corazón siempre tiene premio.

Camila dio un sorbo a su copa de vino que estaba delicioso, como todo lo que había sobre la mesa que Ralph había preparado con sumo esmero, y reconoció:

—Y además está sucediendo justo cuando lo daba todo por perdido, cuando ya no esperaba absolutamente nada.

Killian dio un sorbo también a su copa y le recordó para que no lo olvidara jamás:

—Nunca hay que perder la esperanza. La vida siempre nos trae cosas buenas. Y puedes contar conmigo para lo que sea.

—Nunca creí que fuera a ser capaz de reencontrarme con Mackay y lo he hecho. ¡No imaginas lo bien que me siento! ¡Estoy con la autoestima en su pico máximo! —exclamó exultante Camila batiendo las manos.

—Ese hombre es lo peor que me he echado a la cara en mucho tiempo. Y debes saber que en cuanto te has ido al cuarto de baño, se ha dedicado a hablarme de ti.

A Camila no le extrañó para nada porque ese era el estilo de Mackay, siempre iba culebreando por detrás:

—Lo esperaba. Y supongo que te habrá dicho que te alejes de mí porque soy lo peor.

Killian le clavó la mirada, apretó las mandíbulas y le contó lo que no paraba de rondarle por la cabeza:

—Me ha dicho auténticas barbaridades sobre ti, le he tenido que cerrar el pico con un puñetazo, y si te digo la verdad a estas horas de la noche me estoy replanteando hacer negocios con él.

Camila que estaba cortando un trocito de carne, levantó la vista del plato y le rogó como si le fuera la vida en ello:

—Ni se te ocurra…

Killian se limpió la boca, después de beber de su copa, y preguntó con el ceño fruncido:

—¿Por qué, Camila? ¿Por qué es tan importante para ti que invierta en el negocio del tío que te arruinó la vida? ¿Es tu forma de vengarte? Y espero que no te tomes esto como una intromisión a tu intimidad. Respeto que no quieras contarme algunas cosas porque tienes una herida muy profunda que te impide hablar, pero entiende que necesito comprender tus razones.

Camila soltó los cubiertos, se mordió el labio inferior de lo nerviosa que estaba y repuso:

—Quiero que inviertas porque es un excelente negocio para ti y porque me interesa que seas tú el que tengas el control de la cadena.

Killian agitó su copa al aire y preguntó con una intriga tremenda:

—¿Te interesa que me haga con el 51% de las acciones de la cadena Mackay? ¿Por qué?

—Porque si no compras tú, lo hará cualquier otro y sé que en menos de cinco años habrá hundido a la cadena.

—¿Y por qué te preocupa tanto el futuro de la cadena Mackay? ¿Por qué quieres que la empresa se robustezca?

Camila bajó la vista al plato, volvió a cortar otro trozo de carne y respondió:

—Me importa mucho su futuro, pero no puedo decirte más…

Killian se pasó la mano por la cara, resopló y comentó, esperando que no se agobiara:

—Entiende que esto es muy difícil para mí…

—Lo sé —dijo Camila, que alzó la cabeza y le miró otra vez con ese punto de tristeza en la mirada.

Killian se desarmó completamente al verla así y decidió no seguir hurgando más en la herida y replicar:

—Pero lo respeto…

—Y yo no sabes cuánto te agradezco que me entiendas y que respetes que de momento prefiera no hablar del tema.

Y, como la amaba y estaba a muerte con ella, ya solo pudo decir:

—Y si lo que deseas es asegurar el futuro a largo plazo de la cadena Mackay, cerraremos el trato el viernes.

Camila se llevó la mano al pecho y, con los ojos llenos de lágrimas, musitó:

—No voy a tener vida suficiente para agradecerte lo que estás haciendo…

—No tienes nada que agradecerme. Fríamente la compra de la cadena Mackay es un negocio redondo.

—Pero tener que negociar con Joseph Mackay es un tremendo asco.

—No te preocupes que le he puesto en su sitio y sabe perfectamente a lo que se expone.

Camila fue a replicar algo, pero no pudo porque de repente sonó un trueno muy fuerte y Killian exclamó:

—¡Hay tormenta! ¡Qué raro que llueva en Escocia!

—¿Puedes creer una de las cosas que más extraño de Escocia son estas tormentas furiosas?

Killian asintió porque a él le pasaba lo mismo, adoraba esas tormentas tremendas en las que el mar se embravecía, el viento golpeteaba fuerte las contraventanas y los relámpagos hacían que se iluminaran las habitaciones.

—Lo puedo creer porque no hay nada que me guste más que una tormenta y más si estoy en la cama con una mujer a la que deseo hacérselo toda la noche.

Camila no dijo nada, porque apareció Ralph con los postres, si bien volvieron al tema cuando, un rato después, estaban a solas en el salón principal, tomándose un whisky escocés frente a la chimenea, y Killian le susurró al oído:

—Todo el personal se ha ido a descansar.

Camila sonrió, bebió un poco de whisky y replicó echándose la melena hacia atrás:

—Nunca he hecho el amor frente al fuego…

Killian le arrebató el vaso de whisky, lo dejó sobre la mesita, la agarró por los hombros y, tras apoderarse de la boca jugosa de Camila, y devorarla hasta que se quedaron sin aliento, musitó:

—Yo te lo voy a hacer…

Otro trueno muy fuerte retumbó en la estancia y Camila le contó:

—Me gustan las tormentas porque tengo la sensación de que pueden borrar lo malo, el miedo, el dolor, los errores… Y logran que me sienta bien, serena y confiada… Hasta que sale el sol y me recuerda que no fui lo suficientemente buena, que no cumplí con las expectativas ajenas, que cometí muchísimos errores…

Killian le acarició el rostro con la mano y le dijo para reconfortarla:

—¿Y no crees que es hora de que te perdones?

Camila le miró emocionada, asintió y respondió con el corazón que se le iba a salir por la boca:

—Tienes toda la razón. Y no solo me voy a perdonar, sino que estoy decidida a luchar por lo que es mío.

Killian la agarró por la nuca, la besó con fuerza y ganas en la boca y le dijo después:

—Y yo lucharé contigo. No olvides que pertenezco a un clan de guerreros —le recordó mostrándole el tatuaje de su muñeca.

Camila volvió a acariciar con el dedo el tatuaje y musitó sintiendo ese lema como propio:

—Valor y voluntad.

—Así será, preciosa, actuaremos con valor y voluntad. Pero antes, voy a follarte…

Camila gimió de solo anticipar lo que iba a suceder y se quitó el vestido, pues le sobraba ya toda la ropa:

—Dios, Killian, ¡me pones como nadie!

Killian la atrajo hacia sí, la miró hambriento y mordisqueó los pechos a través de la tela del sujetador. Luego se lo quitó y volvió a meterse los pezones duros en la boca…

Capítulo 14

Camila terminó tumbada en el sofá y Killian comenzó a recorrerla a besos desde el cuello hasta el vértice de sus piernas.

Una vez allí, le retiró las braguitas y pasó a recorrer con la lengua cada uno de los pliegues con lo que consiguió arrancarle nuevos gemidos.

—¡Eres un jodido dios del sexo, Killian Macpherson! —murmuró Camila que en su vida le habían hecho un cunnilingus tan bueno.

Killian la miró con una mirada diablesca y volvió a devorarla y a penetrarla con su lengua ávida de todo.

Y así estuvo un rato hasta que notó el clítoris tan duro que estaba seguro de que el orgasmo de Camila era inminente, por lo que decidió parar.

—No quiero que te corras aún… —dijo Killian, que apartó la cara del sexo henchido, se incorporó y comenzó a quitarse la ropa.

Camila aún tumbada, contemplaba cómo su jefe se deshacía de la ropa de un modo tan *sexy* que hasta soltó un pequeño gemido de tan solo anticipar que ese amasijo de músculos perfectos y duros iban a estar sobre su cuerpo.

Y ya completamente desnudo, Killian sacó un preservativo de la cartera y se lo enfundó para asombro total de Camila que estaba fascinada con lo que estaba viendo.

Porque Killian Macpherson no solo tenía el cuerpo más espectacular que había visto jamás, es que tenía una polla tan ancha, larga e hinchada que era como para perder el sentido.

—Te juro que no puedo creer que eso haya estado dentro de mí —confesó Camila, mirando fascinada el pene enorme.

Luego se levantó, puso las manos sobre el torso de guerrero duro y bravo de Killian y lo recorrió hasta acabar justo con las manos en la polla durísima.

Killian gruñó al sentir las manos de Camila sobre su miembro y la besó con una exigencia voraz.

Acto seguido, se sentó en el sofá y tiró de la mano de ella para que se pegara, le dio la vuelta y le pidió que se sentara encima de él.

Camila dobló las piernas para sentarse, él tanteó la entrada, la

encontró y ella por fin se sentó, aceptándole entero.

Y gritó feliz de tenerle de nuevo entre sus piernas, llenando con su polla enorme hasta el último de sus espacios.

Luego, se pellizcó fuerte los pezones de lo excitadísima que estaba y Killian, para que aquello fuera a más, le dio un mordisco en el cuello que provocó que la sangre de Camila ardiera entera.

Y así, con el torso de Killian, fuerte y duro, pegado a su espalda, Camila empezó a mover las caderas con las manos apoyadas sobre los fuertes y duros muslos de Killian.

—¿Ves cómo mi polla encaja perfectamente en tu interior? —inquirió Killian mientras no dejaba de penetrarla.

—Es increíble, Killian. Es tan jodidamente grande y ancha. Siento que voy a quebrarme…

—Pero no lo vas a hacer. Tienes un coño perfecto para mí.

—Y a mí me encanta que me llenes como nadie. Me siento tan al límite, tan abierta que es como si fuera a romperme… Dios, ¡es lo más excitante que he sentido jamás!

Y tras decir esto, Camila comenzó a incrementar el ritmo de sus caderas para hacerlo más fuerte, más intenso y más electrizante.

Y así estuvieron haciéndolo hasta que cambiaron de postura.

Ella se sentó a horcajadas sobre él, se enterró el miembro durísimo de nuevo, y frente a frente, se devoraron las bocas con desesperación.

Después, él la agarró por las caderas y comenzó a empujarlas contra él, en tanto que ella no paraba de moverlas, en movimientos tan sinuosos y sensuales que incrementaron el placer más todavía.

—¡Me cabalgas como una jodida diosa, Camila!

Camila le pegó un mordisquito en el labio inferior, luego hundió la lengua hasta el fondo, le besó hasta que se quedó seca y musitó:

—Tú sí que eres un puto dios.

Luego, él le clavó la mirada y Camila sintió tantas cosas que creyó que el corazón se le iba a salir del pecho.

—¡Me encanta follarte, Camila! —le susurró Killian al oído, y luego descendió con la lengua desde la oreja hasta la clavícula.

Camila gritó de puro deseo y excitación, volvieron a mirarse y ese cruce de miradas fue más intenso y más profundo todavía. Y ambos

sintieron tal fusión que era imposible distinguir dónde empezaba el cuerpo de uno y dónde acababa el del otro.

Entonces, Camila se quedó quieta, con la polla de Killian completamente dentro de ella y, sin dejar de mirarle a los ojos, susurró:

—Amo sentirte así, tan profundo, tan dentro, que entre nosotros no haya ni un pequeño espacio que nos separe.

Killian le dio un lametazo en la boca, luego se la comió con un hambre feroz y descendió con una mano hasta el clítoris:

—Tienes el clítoris muy duro y chorreante…

Y tras decir esto, comenzó a golpetearlo con el pulgar de una manera tan exquisita que Camila sintió que no iba a poder soportar aquello mucho más.

Y emprendió un ritmo más frenético a sus caderas mientras sentía cómo una especie de corriente eléctrica viajaba por su espina dorsal hasta su sexo. Y una vez allí, sintió cómo una energía bestial estallaba en su pleno centro, en su vértice más sagrado y Killian solo tuvo que presionarle duro el clítoris para arrancarle un orgasmo que le hizo gritar como nunca.

Killian, sintiendo esas potentes contracciones apretando duro su polla, ahogó el grito de placer maravilloso con un beso exigente y abrasador y luego masculló:

—Ordéñame bien, preciosa. Apriétame así, fuerte, muy fuerte, sácame toda mi leche. Es tuya. Es para ti…

Camila siguió gritando porque los espasmos tan fuertes aún no cedían y Killian decidió agarrarla por la cintura, ponerse de pie y cargar con ella hasta la pared que tenían enfrente en la que había dos cuadros de época que debían valer un ojo de la cara.

—Dios mío, ¿me vas a empotrar contra la pared? —preguntó Camila, que rodeó el cuerpo duro y fuerte de Killian con las piernas y sintió la polla más hinchada que nunca muy dentro de ella.

—Quiero metértela muy duro y llenarte el coño de leche…

Camila apoyó la espalda sudorosa en la fría pared del castillo Macpherson y gritó cuando él entró y salió dentro de ella con la pasión que solo puede tener un *highlander*.

Y, así duro e implacable, sin hacer ninguna concesión, y mientras fuera el cielo se rompía por los terribles rayos y truenos, le hizo el amor como solo podía hacerlo un hombre como Killian Macpherson.

Y se enterró en ella unas cuantas veces, dándoselo todo, entregando la piel y la vida, hasta que llegó un punto en que no pudo más.

Y tras mirarla de una manera que a Camila le tembló absolutamente todo, la besó en la boca desesperado, empujó las caderas con más fuerza, se la metió más que nunca y una oleada de placer infinito partió de la zona baja de la espalda y estalló en forma de líquido blanquecino y espeso que impactó contra la pared de látex.

Y justo en ese instante, cuando el semen salía a chorro, un sonido gutural nació desde lo más profundo de la garganta de Killian, luego la miró y sintió que tenía tanto en su corazón para entregarle que solo pudo decir una cosa:

—Te amo.

Y acto seguido se descargó entero, liberó hasta la última gota de leche, y los dos se quedaron con los corazones desbocados, las frentes sudorosas pegadas y las respiraciones agitadas pero acompasadas.

Y la sensación de unión fue tan potente que era más que evidente que aquello era mucho más que sexo.

Sin embargo, Camila no dijo nada.

Ella prefirió quedarse en silencio y decirle con su mirada, con su piel y con el beso profundo y dulce que le dio en la boca lo que sentía por él.

Killian entonces la dejó en el suelo, la abrazó fuerte y le dijo con esa voz suya de *highlande*r protector y guerrero:

—Eres una mujer poderosa y sé que sabes cuidarte bien, pero te juro que jamás permitiré que nadie te haga daño, Camila.

Camila se abrazó a él y le dijo con la cabeza apoyada en el pecho fornido:

—Nunca me he encontrado tan fuerte como ahora, pero en tus brazos siento una protección y una seguridad como jamás he conocido.

Killian le acarició el pelo y le confesó sintiendo que no podía ser más feliz:

—Y para mí es un sueño tenerte en mis brazos, y además aquí, en Escocia, y en el castillo de mi clan. Este sitio significa muchísimo para mí, es todo lo que somos y todo lo que seremos. Y yo me muero por darte todo lo mejor que tengo, Camila. Absolutamente todo…

Camila solo tuvo que mirar a los ojos de Killian de un azul de lo más profundo e intenso, para saber que le estaba diciendo la verdad, que ese hombre era capaz de darlo todo por ella…

Capítulo 15

El fin de semana siguió lloviendo a mares, pero les dio lo mismo. Se quedaron en el castillo, disfrutando de ellos y del sexo. No obstante, en cuanto el domingo el temporal dio una tregua por la tarde, se fueron al pub de Murray a tomar una copa.

El garito de Murray era el clásico pub escocés, con muebles de madera, bancos corridos, barriles cerveceros y fotos de clientes colgadas de las paredes a discreción.

Era un pub con solera, puesto que Murray lo había heredado de su abuelo y su abuelo del suyo y allí era adonde acudía todo el pueblo.

Esa tarde además estaba Mandy que acababa de dejar a su precioso bebé Duncan con su abuela para poder relajarse un ratito.

Y allí estuvieron charlando animadamente los cuatro, en ese pub atestado de gente, como siempre, gente encantadora y acogedora, por otra parte, hasta que Killian recibió un wasap que le cortó el rollo completamente:

CONNOR:
Tío, tengo una información que debes conocer cuanto antes.

Killian que había leído el mensaje con absoluta discreción, colocando el teléfono debajo de la mesa, se revolvió en la silla e intentó mantener la calma.

Pero no lo logró porque Camila se dio cuenta al instante de que pasaba algo y le preguntó:

—¿Todo bien?

Killian no supo ni qué responder, no quería mentir a Camila. Él odiaba las mentiras, pero tampoco podía confesarle que le había pedido a Connor que escarbara en su pasado, aunque fuera para protegerla.

Así que resopló y le dijo una verdad a medias…

—He recibido un wasap y tengo que hacer una llamada. Es algo importante relacionado con la cadena Mackay.

Como faltaba poco para que se cerrara la negociación, Camila supuso que el mensaje sería del gabinete jurídico para rematar

algunos flecos del contrato o algo parecido:

—Los del gabinete son unos pelmas. No van a parar hasta que los llames. Mira a ver qué quieren…

—Aquí hay mucho ruido, mejor me salgo un momento afuera a hablar.

Camila asintió, le besó en los labios y le dijo para que se fuera tranquilo:

—Perfecto, yo me quedo aquí charlando con Mandy y Murray y este maravilloso whisky. ¡Es delicioso! ¡Es el mejor que he probado en la vida!

—Ya te lo dije cuando veníamos, jamás vas a catar nada mejor. Y ahora me voy. ¡Gracias por ser tan comprensiva!

Killian abandonó el pub, caminó hasta donde tenían aparcado el coche, no muy lejos de allí, y le faltó tiempo para escribir a Connor.

KILLIAN:

Estoy solo. Puedo hablar. ¿Tú?

Killian envió el wasap sintiendo un cosquilleo de nerviosismo en la nuca, más que nada porque Mackay le daba muy mala espina y temía lo que Connor hubiera descubierto, y al instante recibió otro wasap:

CONNOR:

Te llamo ahora mismo. Pero lo que tengo que contarte es tan fuerte que lo mejor es que te asegures que nadie pueda escucharnos.

Killian se puso más nervioso todavía y con el corazón latiéndole en las sienes escribió a toda prisa:

KILLIAN:

Acabo de salir del bar de Murray donde estábamos tomando unos whiskies. Ahora estoy solo metido en el coche. Y tengo puesta la aplicación que me recomendaste para evitar pinchazos telefónicos.

Pero si consideras que no es suficientemente segura la comunicación, tal vez lo más conveniente es que te pilles un vuelo y me lo cuentes en persona.

Killian envió el mensaje y al momento recibió la respuesta de su amigo:

CONNOR:

Estoy de trabajo hasta arriba, ya quisiera ir a Escocia a tomarme un whisky en el pub de Murray, pero me es imposible. Y en cuanto a las comunicaciones, descuida que está todo controlado. Te llamo…

Y tras decir esto, a los dos segundos, Killian recibió la llamada de su amigo que no se anduvo por las ramas:

—Tío, lo que te contó Mackay es cierto.

Killian se quedó tan impresionado que por poco no se le cayó el teléfono de la mano y replicó:

—¿Qué mierdas me estás contando?

—Lo que oyes. Resulta que Joseph Mackay acusó hace algo más de siete años a Camila Gibson del asesinato de su hijo.

Killian se envaró en el asiento, tomó aire porque estaba que no podía ni creer lo que estaba escuchando y repuso:

—No tenía ni puta idea de que el hijo de Mackay hubiera muerto. Mejor dicho, no tengo ni pajolera idea de nada referido a su familia. Solo sé que asegura que necesita que cerremos el trato para robustecer la empresa que heredarán los suyos. ¿Pero quiénes son? No lo sé…

—No he investigado aún quiénes serán los herederos, de momento lo único que te puedo contar es que su hijo Angus Mackay murió hace algo más de siete años tras tomarse un tubo de pastillas.

Killian agarró con fuerza el volante, con la mano libre, y masculló porque no entendía nada:

—¿Y Camila qué culpa tuvo del suicidio de este pobre infeliz?

—Mackay nunca creyó en la versión del suicidio y según él fue Camila la que le envenenó. Según consta en el sumario, Mackay declaró que Camila y Angus eran novios. Mackay testificó que había

escuchado muchas veces a su hijo pelear con ella por sus constantes infidelidades y que unos días antes de morir oyó cómo ella le amenazó con matarle, si contaba a sus padres la escandalosa vida que llevaba. Al parecer, según Mackay, Camila se veía con unos y con otros y recibía regalos carísimos. De hecho, en el juicio aportó testimonios de vejestorios que le habían comprado joyas y demás.

Killian, con una rabia tremenda por lo que estaba escuchando, gritó exasperado al no poder soportar ni una calumnia más:

—¡No me creo absolutamente nada!

—Según me han contado algunas fuentes, Mackay compró testigos. Y la cosa se puso tan fea para Camila que si no llega a ser porque la defendía el mejor abogado de Escocia y tenía al juez de su parte, habría acabado entre rejas.

Killian bufó y sintiendo que la cabeza le iba a explotar del impacto que le estaban causando las palabras de su amigo, le preguntó pues había algo que le descuadraba:

—Camila era una chica de clase social humilde. ¿Cómo se pudo pagar esa defensa? ¿Y qué es eso de que el juez estaba de su parte?

Connor se quedó unos instantes en silencio y luego le dijo a su amigo todo lo que sabía, aun cuando era consciente de que no le iba a gustar nada lo que le iba a tocar escuchar:

—Las malas lenguas dicen que era amante de los dos…

Killian dio un respingo en el asiento, luego un puñetazo al volante y le exigió:

—¡Joder, Connor! ¡No te he pedido ayuda para que me vengas con chismes maliciosos! Para eso ya tengo a Mackay…

—Tranquilo, tío. Estoy aquí para ayudarte. Te estoy dando la información que manejo. Y tengo fuentes solventes que aseguran haber visto a Camila entrar y salir de las casas de ambos en incontables ocasiones.

Killian se revolvió el pelo con la mano porque estaba que no podía más de la ansiedad:

—¿Me estás diciendo que Camila se veía con sus amantes que seguro que eran hombres casados en sus propias casas?

—Casados y que le triplican la edad.

—¡Pero qué estupidez es esta!

—Como detective privado puedo decirte que hay cantidad de gente que tiene sexo con las amantes en su propio domicilio. Y con esto no digo que sea el caso, ojo.

Killian gruñó, convencido de que los principios y valores de Camila le impedían liarse con maduros casados, y replicó:

—Sigue investigando porque estoy seguro de que Camila recibió la ayuda de estas personas por alguna razón decente y justa. No me cabe duda de que la verdad estaba de su lado…

—Lo que está claro es que Mackay no pudo meterla en la cárcel porque ella tenía una buena coartada. El día que sucedieron los hechos, Camila estaba en cama por una fuerte gripe. De hecho, en el sumario consta que llevaba tres días de baja por enfermedad y he podido ver el parte médico. También te cuento que he sabido por mis fuentes que Mackay intentó sobornar al médico para que no entregara el informe y también a la anciana a la que Camila cuidaba y que también testificó a su favor.

Killian, que estaba ya sobrepasado por tanta información, repuso:

—¿Camila trabajaba cuidando ancianos?

—Es lo que aparece en el sumario… Pero lo que es evidente es que Mackay trató por todos los medios de destruir a Camila. Ten mucho cuidado. Por mi trabajo sé que la sed de venganza es infinita. Y más cuando se trata de un padre que quiere vengar la muerte de un hijo.

Killian tenía clarísimo que iba a proteger a Camila a capa y espada y le ordenó a su amigo:

—Sigue investigando. Averigua cuál fue realmente la relación que Camila tuvo con Angus. No me creo que fueran novios. Y desde luego que tenemos que descubrir lo antes posible cuál fue la verdadera motivación que llevó a Mackay a querer a meter a Camila entre rejas y luego, cuando no pudo lograr su objetivo, a amenazarla para que saliera del país. Joder, me temo que aquí hay algo mucho más gordo detrás…

Connor de nuevo se quedó en silencio unos instantes y luego soltó la bomba:

—Hay mucho rumor… Y sobre todo hay uno que es muy fuerte…

Sin embargo, Killian no estaba dispuesto a escuchar ni un rumor más por lo que repuso:

—Averigua la verdad. ¡Ya no quiero escuchar otra cosa más que eso!

Connor entendió a su amigo y le pareció lo más prudente y sensato por lo que habló:

—En eso estoy. Antes del viernes tendrás toda la información. Pero hazme caso y ándate con mil ojos. Y si no te conociera bien, te aconsejaría que contrataras un buen guardaespaldas, pero tú eres un jodido *highlander* y sé que sabrás defenderte con el coraje y los huevos del jodido guerrero que eres…

Capítulo 16

De regreso al castillo Macpherson, en el deportivo que Killian conducía por esos parajes verdes y únicos, junto a acantilados rocosos, Camila recostó la cabeza en el asiento y musitó:

—Muchas gracias, Killian, por estos días tan hermosos. Hacía tiempo que no desconectaba tanto…

Killian aferrado al volante, sonrió, y le dijo porque la entendía muy bien:

—Me pasa lo mismo. Y a pesar de que estemos trabajando, esta semana juntos también está teniendo algo como de vacaciones.

Camila resopló, perdió la mirada en el paisaje sobre el que se cernía una noche preciosa llena de estrellas y replicó:

—Nunca me he tomado unas vacaciones. Prefiero ahorrar el dinero…

Killian frunció el ceño y le preguntó porque todo el mundo, al menos en la infancia, había gozado de unos días de vacaciones:

—¿Nunca? ¿Ni cuando eras niña?

Camila negó con la cabeza y reconoció con tristeza en la mirada:

—Mis padres son de origen humilde. Mi madre limpia casas y mi padre es jardinero, no descansan nunca. Ni se toman vacaciones. Nunca salíamos a ninguna parte. Y mis padres lo que hacían en verano antes de irse a trabajar era dejarme una lista de tareas que tenían que estar hechas para cuando llegaran agotados. Era duro, pero puedo decirte que gracias a eso sé poner enchufes, tapizar sillas, reparar grifos, cocinar riquísimos platos, confeccionar ropa o eliminar las abolladuras de los coches…

Killian sintió que Camila hubiera tenido una infancia tan dura y penosa, pero le gustó que por primera vez hubiera tenido la confianza de contarle esa etapa de su vida.

Era un paso importante entre ellos, se lo agradeció con una sonrisa y luego le dijo:

—Vas a tener que desquitarte, Camila, y disfrutar de unas merecidas vacaciones, y a ser posible conmigo.

Camila suspiró, clavó la mirada en las estrellas infinitas y musitó:

—Ojalá.

—¿De veras que te gustaría? —preguntó Killian sin apartar la vista de la carretera.

Camila ni lo dudo, colocó una mano sobre la pierna fuerte y musculosa de Killian y respondió:

—Sería un sueño. Poder estar a tu lado es lo mejor que me ha pasado en la vida…

A Killian le gustó mucho escuchar esas palabras, pero necesitaba saber tanto sobre ella que replicó en un tono claramente de broma:

—¿De veras? ¡Eso se lo dirás a todos!

Camila se puso muy seria, negó con la cabeza y le confesó para que no le quedara ninguna duda:

—No se lo he dicho jamás a nadie. De hecho, en mi vida he pronunciado un «te amo».

Killian pensó que a él tampoco se lo había dicho, pero era la primera noticia que tenía de que Camila jamás había pronunciado esas dos palabras y le comentó:

—Tú eres la primera persona a la que le he dicho un «te amo». Pero yo pensé que tú con Marlon…

Camila contrarió el gesto al escuchar el nombre de Marlon y le explicó cruzándose de brazos:

—Nunca estuve enamorada de Marlon. Me aferré a él para poder sacarte de mi mente y de mi corazón. Pero no pude, porque ya estabas demasiado dentro.

Killian sintió un mariposeo brutal y luego le dijo con los ojos brillantes:

—Y tú también estás dentro, muy dentro de mí, preciosa.

Camila también sintió esas mariposas en el estómago y siguió abriéndose para él:

—Y antes de Marlon no hubo nadie…

Lo que acababa de decir Camila era muy importante, porque estaba reconociendo que lo suyo con Angus Mackay no había significado nada. No obstante, insistió como el que no quiere la cosa:

—¿Antes de Marlon no saliste con ningún chico? ¿Ni en la universidad?

—Tuve las típicas tonterías de la adolescencia, algún rollete por ahí

en la universidad, pero nada serio. Tú eres la primera persona de la que me enamoro…

Que Camila no hubiera mencionado a Angus Mackay en su pasado sentimental fue algo que le dejó perplejo, porque si Camila no había tenido nada con Angus, ¿cómo Mackay había sido capaz de declarar que Camila no solo había sido su novia, sino que le había dado una mala vida tremenda con sus infidelidades y que le había acabado envenenando para que no contara a sus padres quién era realmente?

¿Por qué razón Mackay había sido tan cruel y tan terrible con ella? ¿Por qué ese empeño en arruinarle la vida y destrozarle la reputación?

¿Cómo una chica que apenas ha tenido unos rollos sin importancia en la universidad de repente aparece en un sumario por un caso de asesinato como una mujer pérfida y sin escrúpulos que se pega a hombres viejos y poderosos por un repugnante interés?

Desde luego que Killian no entendía cómo Camila había llegado a verse envuelta en esa pesadilla y podía hacerse una ligera idea de lo mucho que habría sufrido estando en boca de todos.

Porque sabía muy bien cómo eran los pueblos y ella, sin duda, en aquellos días habría sido la comidilla de la gente.

Pero, obviamente, no pudo comentar nada a este respecto y se limitó a replicar abriendo su corazón como jamás lo había hecho, porque lo necesitaba y porque quería que Camila supiera que estaba y que iba a estar siempre ahí para ella, que ya no estaría nunca más sola y que siempre iba a contar con su amor incondicional:

—Yo tampoco he tenido nada serio antes de ti. He salido con mujeres, me he divertido, pero jamás he sentido por ninguna lo que siento por ti. Tú eres la primera mujer con la que deseo pasar el resto de mis días.

Camila se llevó la mano al pecho de la impresión que le dio escuchar esas palabras y repuso muy emocionada:

—Killian, ¡qué hermoso! Yo tampoco he sentido esto por nadie, pero por todo lo que me ha pasado en la vida me cuesta proyectarme en el futuro, he aprendido que lo mejor es centrarme en el presente y apurarlo al máximo. ¿Lo entiendes?

Killian a medida que iba sabiendo más de la vida de Camila,

entendía más cosas y por eso respondió:

—Lo comprendo, pero también entiende que yo quiera expresar lo que siento por ti. Lo tengo clarísimo, Camila. Sé lo que quiero y eres tú.

Camila sonrió y comentó porque se había quedado muy impresionada al conocer la historia de Mandy y Murray y de pronto se acordó de ellos:

—¡Qué pena que no nos hubiéramos conocido en la universidad como Mandy y Murray! Habría sido todo tan distinto…

Camila dejó colgando la frase y el silencio que vino detrás Killian lo percibió cargado de tanto dolor, de tanto sufrimiento, de tantas humillaciones e injusticias que le aseguró:

—Habría dado lo que fuera por haberte conocido de niños y te juro que nadie te habría tocado ni un pelo. Y ya sé que sabes defenderte sola y que…

Camila negó con la cabeza y replicó con la rotundidad del que sabe bien de lo que habla:

—Soy una mujer fuerte y luchadora, pero hay momentos en que la vida golpea tan fuerte que tú sola no puedes pelear contra todo lo que te viene.

—Eso nos pasa a todos, Camila. No siempre podemos afrontar solos los embates de la vida. Pero ya no estás sola. Yo estoy aquí dispuesto a luchar contigo contra quien haga falta. Además, te diré algo, eso fue lo que me enseñó mi abuelo. Los Macpherson pertenecemos a un clan antiguo de *highlanders* y a mí me enseñaron que cuando alguien que te importa está en apuros, hay que coger la espada y luchar junto a él. Y no dudes de que estoy contigo y voy a pelear a tu lado todo lo que haga falta…

Camila sabía que Killian hablaba tan en serio que de nuevo apoyó la mano sobre el muslo fuerte y musitó:

—Lo sé, Killian. Y tú también puedes contar conmigo para lo que sea. Por cierto, ¿qué ha pasado con la llamada del despacho? ¿Todo bien?

Killian odiaba mentir, pero no podía hacer otra cosa en ese momento, así que respondió:

—Estamos rematando unos detalles para la firma…

Y aunque los detalles eran algo tan importante como el pasado de ella, tampoco estaba diciendo una mentira del todo porque necesitaba saber lo que había ocurrido para poder cerrar ese maldito trato.

A Camila le pareció algo de lo más normal y decidió cambiar de tema diciendo:

—Cuando te has ausentado, Mandy y Murray me han comentado que jamás te han visto así…

Killian aliviado porque Camila no quisiera saber más sobre la llamada con Connor, esbozó una sonrisa lobuna y replicó:

—¿Tanto se me nota que estoy loco de amor por ti?

Capítulo 17

Después de una cena ligera, se quedaron charlando un rato en el salón, mientras fuera empezaba a llover con fuerza…

—Ya está aquí la tormenta —comentó Camila echando un vistazo al ventanal.

—¡Qué raro! ¿Lluvia en el castillo Mackay? —bromeó Killian.

—Nos hemos ido del pub de Murray justo a tiempo. Pero me lo he pasado genial con ellos. Son una pareja tan bonita que cuesta creer que en su día llegaran a odiarse.

—Así es. No se soportaban, pero lo cierto es que tenían una tensión sexual no resuelta que era alucinante. Y por eso cuando se quedaron aquel día atrapados en el ascensor prendió la mecha ¡y hasta hoy!

—Parecen muy felices y más ahora que han logrado ser papás.

—Han sufrido mucho con los abortos, pero ya tienen lo que siempre habían soñado. Y hoy ya has escuchado que han dicho que piensan ir a por más…

Camila se quedó con la vista puesta en el fuego de la chimenea y musitó:

—Son muy valientes. En ningún momento dejaron de creer y de confiar y además ahora van a por la niña…

Killian opinaba exactamente igual que Camila y se le ocurrió preguntarle porque era algo que desconocía:

—¿Tú quieres tener hijos?

Camila se puso muy tensa, miró a Killian agobiada y respondió:

—¿Y esta pregunta?

Killian la notó tan incómoda que se apresuró a quitarle hierro al asunto con un poco de humor:

—Es una pregunta que no te compromete a nada. Tranquila que no voy a hacerte un hijo esta noche… A no ser que tú me digas lo contrario…

Camila agradeció el tono distendido de Killian, esbozó una sonrisa y aclaró:

—Como te decía antes, soy una mujer que vive el momento presente. Pero entiendo que estamos juntos y que este tema tenemos que ponerlo encima de la mesa, más que nada para no hacerte perder

el tiempo.

Killian extrañado, arrugó el ceño y le preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso de que no quieres hacerme perder el tiempo?

—Una de las cosas que hacen inviable una pareja es que uno quiera una cosa y la otra la contraria. Así que lo mejor es hablar lo importante cuanto antes para no hacer perder el tiempo. Y debes saber que yo no puedo traer bebés al mundo…

Camila tragó saliva, a ver si así se deshacía del tremendo nudo en la garganta que tenía y Killian le dijo agarrándola de la mano:

—No importa si no puedes tener hijos, lo principal es que te amo y que…

Camila le interrumpió y, con los ojos llenos de lágrimas, musitó con un deje de tristeza en la voz:

—No tengo ningún problema para tener hijos, soy fértil, mi problema es que no me siento preparada para traer niños al mundo. Es una responsabilidad muy grande para la que no me siento capacitada.

Killian entendía que, después de todo lo que había pasado, se sintiera sin fuerzas para emprender un reto tan grande como era traer hijos al mundo. Si bien lo que repuso fue:

—Yo era de los que decía que no quería traer más niños a este jodido mundo. Y mi familia aseguraba que opinaba así porque aún no había aparecido la persona correcta. Y lo cierto es que tenían razón y mira que me da rabia reconocer que me equivoco. Pero es la verdad… No me importaría para nada tener hijos contigo, señorita Gibson. Y les inculcaría los valores de mi clan, haría de ellas y de ellos unos guerreros fuertes y valientes, les enseñaría a luchar por lo que es suyo, a defender lo que aman y sobre todo no dejaría ni un solo día de repetirles lo afortunados que son por tener una madre tan maravillosa.

Camila no pudo soportar ni una palabra más, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar:

—¡No sigas, Killian, por favor!

Killian la abrazó fuerte por detrás y le preguntó pegándola contra su pecho:

—¿Qué sucede, preciosa?

Camila se retiró las lágrimas con los dedos, se mordió los labios y luego le dijo:

—No quiero hablar de esto. Y si tu deseo es tener un hijo, lo mejor es que te busques una mujer que…

Killian horrorizado con lo que estaba escuchando, le colocó un dedo sobre los labios y le pidió, pues entendía que con lo que había vivido tan duro aún no se sintiera preparada para dar un paso tan importante como ser madre:

—Estoy enamorado de ti y no quiero buscar a nadie más.

—Yo también estoy enamorada de ti y tampoco podría estar con nadie que no fueras tú.

—Como yo. Los Macpherson cuando entregamos nuestro corazón lo hacemos para siempre.

—Y para mí la fidelidad es algo sagrado en una relación. Si amas, respetas. No hay más.

Camila se quedó callada y Killian cometió la torpeza de pensar en voz alta para pasmo de Camila que escuchó cómo él decía:

—Y tampoco estarías con un viejo que te triplicara la edad solo por dinero…

Camila le miró horrorizada y le preguntó porque no sabía a cuento de qué venía eso:

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? Jamás me he sentido atraída por alguien que pudiera ser mi padre y en la vida he estado con un hombre por dinero.

Killian se pasó la mano por la cara de lo mal que se sentía por haber metido la pata y se justificó:

—¡Olvídalo! Ha sido una estupidez, lo que en verdad quería decir es que eres una persona íntegra, decente y desinteresada.

—Jamás podría estar con alguien por interés y mucho menos ser infiel porque detesto las mentiras. Si una relación no funciona, hay que largarse, pero eso de poner cuernos me parece una hipocresía y una crueldad.

—No hace falta que insistas, Camila. Sé cómo eres. Y en cuanto a lo de tener hijos, respeto tu decisión y siempre voy a estar a tu lado para apoyarte en todo.

Camila pensó que a lo mejor Killian tenía esa opinión porque estaba convencido de que cambiaría en el futuro. Sin embargo, ella no lo tenía tan claro por lo que matizó:

—Pero es que Killian no sé si mis heridas cerrarán en el futuro y me veré algún día capaz de afrontar ese desafío.

—Yo solo sé que quiero amarte y que no voy a hacer otra cosa.

Killian se giró, la agarró por la nuca y la besó con pasión y todo su amor en la boca.

—¿Por qué eres tan maravilloso, Killian Macpherson? —preguntó Camila tras el beso.

—No lo soy, pero te adoro y confío en que algún día podrás cerrar esas heridas. Ya lo verás…

—Un buen amigo solía decirme que quien te ama, hace todo lo posible para que te quieras a ti misma. Y eso es justamente lo que tú estás haciendo conmigo. Gracias a ti siento que me estoy queriendo más, que estoy empezando a mirar la vida con confianza, que soy fuerte, que soy valiosa y que tengo que luchar. Mi amigo, el que me regaló esta pulsera que hoy me he puesto, quiso ayudarme en su día, me pidió que me quedara en Escocia para luchar por lo que era mío, pero no soporté la presión y me fui.

Killian se quedó mirando la pulsera de oro rosa y diamantes de Tiffany, y que conocía bien porque era el regalito que solían pedirle las modelos y actrices que frecuentaba en el pasado, y replicó:

—Tu amigo es muy generoso. Esa pulsera vale más de treinta mil dólares…

Camila acarició la pulsera con sus dedos largos y finos y le confesó a Killian:

—Es tan bueno y generoso que, cuando se enteró de que me iba a Estados Unidos, quiso ayudarme económicamente. Yo no acepté. Y él lo que hizo fue, el día que me marchaba, meterme esta joya en el bolsillo. Me rogó que la vendiera si necesitaba dinero. Pero no necesité hacerlo…

Killian no tenía ni idea de quién estaba hablando, pero era obvio que tenía que ser alguna de las personas que estuvieron de su lado durante el juicio. Posiblemente, ese amigo al que ella se refería, que le

había animado a seguir luchando, a no abandonar el país y que luego quiso ayudarla económicamente, era su abogado.

Pero de ahí a que fuera su amante, como decían las malas lenguas, iba un trecho…

—Eres una mujer muy valiosa. Tu amigo tiene razón —dijo Killian, abrazándola de nuevo.

—Tuve suerte de encontrar trabajo a los tres días de llegar a Nueva York. En Escocia yo cuidaba ancianos para pagarme los estudios y una de esas personas tenía una sobrina en Harlem que no solo me alojó hasta que pude buscarme un apartamento en su casa, sino que me recomendó para trabajar en el supermercado donde aprendí tanto.

Camila poco a poco se iba abriendo a él y a Killian le iban encajando las piezas del puzle.

Ella cuidó ancianos en el pasado y lo debió a hacer tan bien que esa anciana no había dudado en darle una buena recomendación…

—Siempre hay personas en el camino que nos ayudan —aseguró Killian.

Camila se recostó en el pecho fornido de Killian, respiró hondo y replicó:

—Siempre, pero en mi caso tuve la mala fortuna de toparme con una mala persona.

—Estamos juntos. Ya no puede hacerte daño, preciosa.

Camila cerró los ojos y dos lágrimas cayeron despacio por su rostro porque sabía que Mackay tenía algo con lo que no había dejado de hacerle daño desde hacía más de siete años.

Pero no dijo nada, no podía, era absolutamente incapaz, aunque no había parado de intentarlo.

Killian se merecía que se lo contara todo, con él sabía que podía abrir su corazón sin temor a ser juzgada o criticada, él iba a entender sus razones, de eso estaba segura, pero cada vez que había intentado contarle ese secreto que llevaba tan dentro de su corazón, un temor horrible se apoderaba de ella y le impedía hacerlo.

Justo como sucedió aquella noche, en la que tronaba otra vez con fuerza, y que se limitó a quedarse en silencio y a sentir las caricias reconfortantes de Killian en su espalda…

Capítulo 18

Los días en el castillo Macpherson fueron tan felices para Camila y Killian que cuando ella despertó el viernes junto a él, la mañana en que tenían que firmar el contrato y después regresar a Nueva York, lo primero que dijo aún con los ojos entrecerrados fue:

—No quiero regresar a Nueva York. Estoy tan a gusto aquí…

Camila que había despertado abrazada a él, como siempre, abrió los ojos y sintió una punzada en el sexo de solo recordar lo que habían hecho la noche anterior.

Killian era un amante tan extraordinario que le iba a extrañar muchísimo en su cama.

—Quedémonos. ¿Qué nos lo impide? Para algo soy el jefe, ¿no te parece?

Killian sonrió con esa sonrisa suya arrebatadora y Camila no pudo evitar soltar un suspiro de lo más tonto.

Es más, raro era el momento del día en que Camila no dejaba de preguntarse si aquello sería cierto.

¿De verdad que ese tío tan bueno era el que le hacía el amor como un auténtico dios del sexo?

Y encima no solo era un amante virtuoso, es que ese hombre, que la estaba mirando con una mezcla de deseo y amor, también la quería.

Y le decía unos «te amo» que se le clavaban en lo más profundo y que hacían que ella ya no pudiera estar más enamorada.

Por lo que dijo, pegándose a él más todavía y aspirando su olor a hombre que no podía ser más bueno:

—Lo que me parece es que va a ser muy duro despertar sola en mi cama después de esto. Voy a echarte demasiado de menos…

Killian se giró, la miró con esa mirada de un azul salvaje y profundo y le dijo sin prolegómenos:

—Vente a vivir conmigo.

Camila soltó una risita nerviosa porque aquello era lo que menos esperaba escuchar de buena mañana:

—¿Qué? ¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

Killian se encogió de hombros y respondió porque para él era algo más que obvio:

—Nos conocemos desde hace cinco años. Sabemos perfectamente cómo somos. No necesitamos un noviazgo largo antes de irnos a vivir juntos. ¿O sí? Ahora como me digas que sí me matas…

Camila se echó a reír, ya que Killian acababa de decir esto último de un modo muy gracioso y replicó:

—Lo normal es irse a vivir juntos después de unos meses de relación.

—Ya, pero nosotros no somos normales —repuso Killian batiendo una mano.

Camila se tronchó de risa, se incorporó un poco, colocó una mano debajo de la cabeza y le pidió:

—A ver, explícame eso por favor.

—Joder, Camila, tenemos una complicidad tremenda y a estas alturas los dos nos conocemos a la perfección. ¿Qué necesidad hay de hacer esto más largo? Yo creo que ya hemos esperado demasiado y que nos merecemos disfrutar de esto tan bonito que tenemos. O ¿no te apetece que despertemos juntos cada mañana y que te vuelva a hacer el amor?

Killian colocó una mano en las nalgas de Camila y la estrechó contra él para que sintiera la erección hinchada y durísima.

—¡Madre mía, Killian, tú sí que sabes ser persuasivo! —musitó Camila, frotándose contra la polla y poniendo los ojos en blanco.

Killian le dio un mordisquito en el cuello con el que le arrancó un gemido de lo más excitante y luego dijo:

—Responde a mi pregunta, preciosa.

Y por si todavía le quedaba alguna duda, Killian descendió a besos y mordisquitos desde el cuello hasta el sexo mojado de Camila que empezó a devorar a conciencia…

—Killian no seas tramposo. Eres el puto amo de los cunnilingus, como sigas haciendo eso solo voy a responderte que sí.

Killian apartó la cara del sexo húmedo, la miró y la penetró con dos dedos un poco encorvados hasta el fondo.

—Es que solo me vale el sí.

Y tras decir esto, comenzó a estimularle ese punto que solo él había encontrado y con la que la tenía siempre a su merced.

—¡Dios, Killian, esto no es justo! —exclamó Camila, aferrándose a las sábanas.

Killian la besó en la boca y luego le dijo al oído de un modo *sexy* y descarado:

—Si lo prefieres, lo dejo.

Luego se apartó para mirarla, Camila puso una cara de pánico muy simpática y exclamó:

—Como me dejes a medias, ¡me va a dar algo!

Killian comenzó a follarla con los dedos duro y contundente y cuando sintió que la tenía en ese justo punto en el que su sexo estaba completamente licuado por la excitación, bajó otra vez y recorrió con la lengua, con los labios e incluso hasta con los dientes de forma sutil cada pliegue y cada recoveco del sexo henchido por el placer.

Luego, cuando la tenía justo donde quería, volvió a penetrarla duro con sus dedos, a estimularle el punto G, y cuando los gritos de ella ya anunciaban que el orgasmo era inminente, acercó el rostro a la vulva, rozó el clítoris con los dientes muy suave, una vez, dos veces, tres veces… y a la sexta ella sucumbió a un orgasmo tan fuerte que su grito se escuchó en media Escocia.

—¡Dios mío, Killian! ¿Me quieres explicar qué es lo que ha pasado?

Killian que seguía con los dedos dentro de la estrechez y estaba sintiendo los fuertes espasmos orgásmicos respondió:

—Sucede que te deseo como a nadie y que me pone muy cachondo sentir cómo aprietas fuerte mis dedos con tu orgasmo.

Camila cerró los ojos para sentir más aún el orgasmo maravilloso que Killian le había regalado una vez más y luego cuando los espasmos cedieron, él sacó los dedos del estrecho interior y los chupó como si fueran el manjar más delicioso.

—Eres un diablo. ¡Y me encanta! —exclamó Camila ante la contemplación de la imagen de ese tío tan bueno chupándose los dedos con una cara de vicio que era como para orgasmar otra vez.

Luego, él sacó de la mesilla de noche un condón, lo abrió, se lo enfundó, abrió con la rodilla las piernas de Camila que permanecía tumbada sobre la cama y se colocó entre ellas.

Camila le miró con ganas de todo y levantó una pierna que colocó

sobre el poderoso hombro del guerrero.

Y la sangre de Killian ardió entera porque intuía qué era lo que Camila le estaba pidiendo:

—¿Quieres que te folle duro y profundo?

Camila asintió y él se hundió hasta el fondo de una embestida rotunda y seca. Ella gritó al sentirle tan dentro, llenándole hasta el último de sus espacios, y le pidió sin dejar de mirarle:

—Necesito sentirte. Quiero tenerte muy dentro…

Killian le dio lo que pedía y comenzó a penetrarla profundo y lento, mientras ella gemía y se tiraba de los pezones para poder soportar tanto placer.

Y así estuvieron hasta que Camila necesitó más y subió la otra pierna también…

Y en esa postura la penetración era tan profunda que cuando él se la metió otra vez, duro y sin concesiones, ella gritó con una mezcla de sensaciones que ya iban más allá de todo.

—¿Es así como quieres que te lo haga, preciosa?

Camila sintió que iba a quebrarse, pero solo pudo gritar que sí, que la follara como nadie lo había hecho.

Y él la complació. Se lo hizo tal y como deseaba, la penetró implacable y duro y, al poco, de la intensidad de la fricción ella volvió a estallar en otro orgasmo brutal.

Y Killian al sentir el orgasmo de Camila de esa manera tan bestial, solo tuvo que hundirse unas cuantas veces más dentro de ella, para correrse también descargándose por completo.

Y fue algo tan íntimo, tan intenso y tan especial que cayó exhausto y saciado al lado de Camila y solo pudo musitar:

—Te amo.

Y cuál no fue su sorpresa que Camila, tras mirarle conmovida, le dijo latiéndole el corazón muy fuerte:

—Y yo, Killian. Te amo…

Capítulo 19

Y Camila se lo dijo porque ya no pudo más, porque lo que sentía por Killian era tan fuerte que ya no podía acallar ni por un instante más lo que le estaba abrasando en la garganta.

Amaba a Killian. Y era absurdo seguir guardándose por más tiempo eso que no paraba de decirle con sus caricias, con sus besos, con sus gestos, con su cuerpo entero…

Y Killian se quedó tan alucinado de escuchar a Camila decirle que le amaba por primera vez que masculló:

—Joder, ¡me va a dar un infarto! ¿De verdad que me has dicho que me amas?

Camila le agarró por el cuello, le besó en la boca, dándoselo todo, y luego respondió:

—Te amo.

Killian con los ojos llenos de lágrimas de la emoción, la abrazó y luego le dijo:

—Soy el tío más jodidamente feliz del universo.

Camila se echó a reír y replicó porque Killian se merecía una explicación:

—Y no te amo desde este justo momento, tal vez lo haga desde mucho antes de lo que fui consciente. Pero sí, Killian Macpherson, te amo con todo mi ser. Y perdona por no haberme atrevido a pronunciar estas dos palabras hasta este momento.

Killian la miró atónito porque lo que menos tenía que hacer Camila era pedir perdón:

—Has expresado lo que sientes cuando te ha aparecido oportuno. No me tienes que pedir disculpas, Camila.

—Está bien. Pero sí que quiero que sepas que lo que siento por ti va más allá de la amistad y del sexo… Vamos, que es amor… Y aunque esto está empezando…

—¿Vas a seguir justificándote? Es lo que sientes y punto.

—Es que desde fuera esto podría parecer una locura —musitó Camila.

—La locura era haber estado tanto tiempo callándonos lo que sentíamos. Y a mí me pasa como a ti, posiblemente empecé a amarte

mucho antes de lo que pienso. Y desde luego que tengo claro lo que siempre supe, desde el primer momento en que pisaste mi despacho: eres la mujer más especial que he conocido en la vida. Eres tan diferente a todas, tienes un corazón tan bonito, un alma tan noble y eres tan jodidamente *sexy* que me tienes a tus pies señorita, Gibson.

—Y yo a los tuyos. Así que a ver qué hacemos… —dijo Camila risueña.

Killian arqueó una ceja y replicó sintiendo que en su vida había sido más feliz…

—¿Qué tal si nos vamos a vivir juntos?

Los dos se echaron a reír y luego Camila comentó mientras acariciaba el torso fuerte de Killian:

—¿Sabes una cosa? ¿Te acuerdas de aquello que me dijiste el día en que nos conocimos de que ibas a hacer que amara a Escocia, los escoceses y los tartanes?

Killian asintió, pues lo recordaba como si hubiera sucedido en ese mismo instante:

—Ese día me dejaste tan impresionado que ya empecé a enamorarme de ti.

—Yo también tengo que confesarte que me quedé alucinada cuando te vi por primera vez. En la vida había visto a un tío tan imponente… Y ya cuando me dijiste que estaba contratada, lo primero que pensé fue que iba a ser duro trabajar con un tío tan escandalosamente atractivo y no caer en la tentación.

—A mí es que no me dio tiempo a pensarlo porque te repito que creo que me pillé por ti desde el primer minuto.

—Pues yo casi que también —confesó Camila tras resoplar un poco —. La atracción desde luego que fue brutal desde el principio y, ya cuando te conocí, me enamoré hasta las trancas porque eres un tío maravilloso. Y te puedo asegurar que has logrado tu objetivo y a día de hoy puedo decir a boca llena que amo a Escocia, a los escoceses y a los tartanes.

—Ámame a mí. ¡Y al resto de escoceses que les den! Y en cuanto a Escocia, no sabes cuánto me alegro de que te hayas reconciliado con las Tierras Altas.

Camila apoyó la cabeza en el pecho fornido y comentó sintiéndose mejor que nunca:

—Ha sido gracias a ti, que me has traído al lugar de donde procedo y que me has hecho recordar lo mucho que amaba estas tierras. Estar aquí contigo ha supuesto volver a sentir la magia y la fuerza de este lugar que siempre va a estar dentro de mí. Y ahora te voy a contar algo que no me he atrevido a hacerlo hasta ahora por si te parecía una estupidez.

Killian le acarició la espalda y le dijo ansioso por saber qué quería contarle:

—Tú nunca dices estupideces. Si me lo quieres contar, es porque es algo importante para ti.

—De niña vine unas cuantas veces a este lugar, estuvimos por el pueblo haciendo unas compras, fuimos al pub de Murray, que entonces imagino que regentaría su abuelo, y, en todas las ocasiones, papá paró en la loma que hay a la entrada para que contempláramos el castillo Macpherson. Te confieso que la primera vez que lo vi me quedé impresionada y, como leía muchas novelas románticas a escondidas, se me echó a volar la imaginación. Y tal vez por eso tuve el pálpito de que en ese castillo habitaba el *highlander* que estaba destinado para mí.

Killian, que no podía creer lo que estaba escuchando, le dijo emocionado:

—¿Y esto te parece una estupidez? A mí me parece algo tan bonito que me has emocionado…

Camila alzó la cabeza para mirarlo y la verdad era que Killian estaba con la mirada empañada:

—Te prometo que miraba el castillo y tenía la corazonada de que ahí vivía un *highlander* que era para mí. ¡Y mira tú por dónde, años después, estoy en el castillo Macpherson abrazada a un *highlander* increíble!

—Que es todo tuyo —le interrumpió Killian.

—Y yo soy toda tuya, Killian. Y no imaginas el bien que me ha hecho pasar estos días contigo en Escocia. Me he reconciliado con muchas cosas de mi pasado y creo que estoy preparada para contarte

eso de lo que siempre me he negado a hablar.

—Siempre te he dicho lo mismo. La paciencia es una de mis pocas virtudes…

—No seas modesto. Tienes muchas virtudes. Y la comprensión es otra de ellas. Te agradezco que hayas respetado mi silencio y ya cuando estemos en Nueva York, hablaremos tranquilamente.

Killian estaba feliz de que Camila hubiera tomado la decisión de abrirse del todo y dijo:

—Tenemos todo el tiempo del mundo por delante para hablar. Pero no olvides nunca que yo siempre voy a estar a tu lado.

Camila le agarró por el cuello, le besó en los labios y repuso:

—Lo sé. Y ahora me encantaría seguir en la cama contigo, pero me temo que tenemos que firmar un contrato a las doce…

Killian agarró el teléfono móvil para ver qué hora era y así descubrió que tenía un wasap de Connor.

Dejó el teléfono sobre la mesilla de noche, besó a Camila y después musitó:

—Pues sí, señorita Gibson, me temo que nos va a tocar salir de la cama.

—Además, tengo unas ganas tremendas de tener enfrente de nuevo a Mackay y mirarle con la fuerza interior que tengo ahora mismo. Necesito mirarle a los ojos, que sepa que no me venció y que estoy de vuelta. Bueno, esto ya lo entenderás cuando te cuente, en Nueva York hablaremos de esto.

Killian asintió, entrelazó los dedos con los de ella y habló con el corazón en la mano:

—Detesto a ese tío y que no te quepa duda de que voy a comprar su cadena porque tú me lo has pedido.

Camila respiró hondo y apretando la mano de Killian dijo emocionada:

—Lo entenderás todo muy pronto. Ya solo te ruego un poco de paciencia más.

—Toda la que necesites…

—¡Eres un amor, Killian! Yo no sé por qué tienes esa fama de borde en la oficina.

—Deja, deja, solo faltaría que en la oficina empezaran a verme como si fuera un tierno peluchito. ¡Así que no des cuenta de mis debilidades, por favor!

Camila rompió al reír y luego se excusó para ir al cuarto de baño, momento que Killian aprovechó para agarrar el teléfono y leer el wasap de Connor.

CONNOR:

Ya tengo contrastada la información. Hay algo muy importante que debes saber antes de ir a esa reunión. Llámame en cuanto puedas…

KILLIAN:

Estoy con Camila. Mejor llámame tú en cinco minutos. Y me inventaré algo para salir del castillo y poder llamarte. No imaginas lo que me jode mentirle, pero no me queda otra.

Y cinco minutos después, justo cuando Camila regresó del cuarto de baño, Killian recibió la llamada de Connor…

—Killian Macpherson al habla. Ya… Sí… De acuerdo… Ahora mismo voy para allá…

Killian colgó y Camila preguntó extrañada de que él tuviera que salir con esas prisas:

—¿Quién era?

—Me van a pasar algo que necesitamos para la firma. Están ya esperándome en los jardines, voy a salir un momento y regreso enseguida.

—Diles que pasen. El cielo está de un plomizo que debe faltar poco para que caiga otra buena.

—No te preocupes. Será algo rápido.

—Yo voy a aprovechar para ducharme. Me habría encantado hacerlo contigo, pero el deber te llama.

Camila le besó y Killian se sintió fatal por tener que mentirle, pero saber la verdad de una vez era la única manera que tenía de protegerla…

Capítulo 20

Killian salió de la casa y caminó, a grandes zancadas, hasta el arroyuelo para asegurarse que nadie pudiera escucharlo.

Una vez allí y rodeado de ese paisaje increíble, compuesto por el arrullo del río, el verde del prado, el azul rabioso del mar y el gris plomizo del cielo, sacó su teléfono y llamó a Connor:

—Connor, Killian al habla. Cuéntame…

—Te he pedido que me llames porque he confirmado algo que explicaría por qué Camila tiene tanto interés en que te quedes con la cadena Mackay.

Killian se pellizcó la barbilla y preguntó con una punzada de ansiedad en la boca del estómago:

—No sé de qué diantres me estás hablando, pero desembucha de una vez.

Connor soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y masculló del tirón sabiendo el impacto que iba a causar la noticia en su amigo:

—Camila tuvo un hijo con Angus Mackay.

Killian que no podía creer lo que estaba escuchando, sintió retumbar el corazón en las sienes y replicó hablando atropelladamente:

—¿De dónde has sacado esta ridiculez de noticia? ¡Esto debe ser más mierda que esparció Mackay para destruir a Camila! Por favor, ¡no hay quien se lo crea!

Connor tenía que abrirle los ojos a su amigo como fuera porque estaba mucho en juego y le dijo:

—Uno de los primeros rumores que me llegaron en cuanto empecé a investigar fue que Camila y Angus tuvieron un hijo y que luego tras la muerte de aquel, Mackay no paró hasta que le arrebató la custodia a Camila.

—Joder, Connor. ¿Pero qué me estás contando? ¿Un cuento para no dormir?

—Te estoy contando la verdad. He consultado archivos y Camila dio a luz un niño hace ocho años cuyo padre es Angus Mackay. Te puedo mandar toda la documentación ahora mismo. Tengo la partida de nacimiento y el libro de familia.

Killian sintió que se le helaba la sangre porque había cavilado mucho sobre qué era lo que Camila podía ocultar bajo capas y capas de dolor en lo más profundo de su corazón y en la vida podría haber imaginado que fuera esto.

Un hijo.

Camila era mamá de un niño de ocho años y por eso ella decía con esa pena profunda en la mirada que se fue de Escocia después de que se lo arrebataran todo.

Ese todo era su hijo.

Y su embarazo seguramente fue la causa de que rompiera con su familia y de que ella sintiera que los había decepcionado y que no había cumplido con sus expectativas.

Camila se había quedado embarazada de su novio muy joven, con apenas veinte años, luego él se quitó la vida y Joseph Mackay acabó por darle el golpe definitivo: le arrebató el hijo hundiéndola en una pena infinita.

Killian de solo pensar en lo mucho que le había tocado padecer, sintió tal agobio que necesitó respirar profundo y luego decir:

—¿Y el crío dónde está?

—Después de que Camila se librara de la cárcel en un juicio rápido, Mackay emprendió una nueva batalla legal esta vez para quitarle la custodia del niño. La acusó de llevar una vida desordenada, tener problemas con el alcohol, desatender al niño y ser incapaz de generar los ingresos suficientes para darle una vida digna.

Killian se apretó el puente de la nariz con fuerza y dijo odiando más que nunca a Mackay:

—¿Y está vez no la defendió el abogado que la salvó de la cárcel?

—En esta ocasión tuvo un abogado de oficio que hizo una pésima argumentación de su defensa y le quitaron al niño rapidísimo. Aportaron pruebas de todo, seguramente falsas, y Camila perdió la custodia de su hijo.

—Joder…

Killian estaba destrozado y le dolía tanto aquello como si se lo hubieran hecho a él mismo.

Él no era padre, pero podía hacerse una ligerísima idea del

sufrimiento que se debía sentir cuando alguien te arrebata a un hijo.

—Y su hijo debe ser la razón por la que Camila quiere que compres la cadena Mackay. El hijo de Camila, William Mackay, es el único heredero que tiene el viejo Mackay. No hay nadie más y supongo que Camila preferirá que la cadena que heredará su hijo caiga en tus manos y no en las de cualquier otro inversor que en pocos años posiblemente habrá echado a perder el negocio.

Killian, sintiendo que ahora más que nunca iba a luchar por hacerse con la cadena Mackay y llevarla a lo más alto, replicó digiriendo aún la noticia:

—En la vida habría imaginado que ese fuera el interés de Camila, pero ahora más que nunca voy a esforzarme al máximo para que ese crío herede todo un imperio hotelero.

—Así será, porque tienes la habilidad de convertir en oro todo lo que tocas. Pero aún me queda por contarte algo importante…

Killian resopló y se revolvió el pelo con la mano de los nervios que tenía ante la nueva información:

—Te juro que no sé cómo Camila no se volvió loca…

—Ha tenido que soportar cosas terribles, desde que la acusen de asesinato del padre de su hijo, a que le quiten su hijo, por no hablar de que Mackay se encargó de destruir su reputación y no paró de hacer circular bulos en los que la pintaba como una mujer fatal, interesada y caprichosa que seducía a vejestorios por dinero. Y según su versión, cuando Angus descubrió estas infidelidades, la amenazó con contarlo a la familia de Camila y ella para evitarlo lo envenenó.

—No me creo nada. Camila jamás se iría con un tío por dinero. Ella es una mujer con principios. Detesta las mentiras. Y…

Connor le interrumpió porque Killian tenía que saber algo importante antes de seguir hablando:

—Y lo principal es que no pudo engañar a Angus porque era gay.

Killian sintió que le iba a explotar la cabeza de tanta información como estaba procesando:

—¿Angus Mackay era homosexual? ¿Esa información está contrastada?

—Absolutamente. Angus tenía una relación con un chico de la

universidad llamado Paolo, un italiano del que se enamoró locamente. Estuvieron juntos un año, hasta que Paolo se enamoró de otro y le dejó. Cuentan que Angus estaba desolado, que no pudo superar el abandono y se suicidó tragándose el tubo de pastillas.

—Y conociendo lo estrecho de miras que es Mackay imagino que jamás aceptó la homosexualidad de su hijo —dedujo Killian, que estaba horrorizado con el drama que le había tocado vivir a la pobre de Camila.

—Jamás lo aceptó. Por eso cuando se suicidó lo primero que hizo fue tapar la verdad y la perjudicada de todo ello fue Camila. Y es que Mackay, para que nadie supiera la verdad de lo que había pasado, decidió utilizar a Camila, acusarla de asesinato e inventarle un currículum de mujer fatal que le destrozó la vida. Le arruinaron la reputación, le quitaron el hijo y la única salida que tuvo fue marcharse del país.

Killian estaba tan espantado con lo que estaba escuchando que no le extrañaba que Camila aún no pudiera hablar de lo sucedido.

No obstante, había algo que Killian aún no entendía y se lo hizo saber a su amigo:

—¿Y tienes alguna idea de por qué Camila se quedó embarazada de Angus?

—Al parecer eran muy amigos. Mis fuentes me cuentan que se conocieron en la universidad y estaban siempre juntos. Posiblemente, lo que pasó fue un desliz en alguna fiesta, un rollo de una sola noche, que trajo unas consecuencias imprevistas. Pero Angus estuvo a su lado durante todo el embarazo. Según me he informado no la dejó sola en ningún momento. Y eso que a los tres meses del embarazo fue cuando conoció a Paolo. No obstante, pasaba mucho tiempo con ella y se hizo cargo de las costosas facturas del hospital más caro de Escocia.

—Pero ¿Mackay sabría que no eran pareja?

—Lo sabía perfectamente. Es más, Angus intentó presentarle a Paolo muchas veces, pero él siempre se negó. No asumía que su hijo fuera gay y lo que contaba a todo el mundo era que su hijo salía con Camila. Pero Camila nunca fue más que eso, una muy buena amiga, con la que tuvo una noche loca.

—Para Camila tuvo que ser terrible también la pérdida de su gran amigo.

—Estaba tan rota que ni pudo asistir al entierro. Y al día siguiente, Mackay la acusó de asesinato…

Killian sintió de pronto una necesidad tan grande de abrazar a Camila, a la que admiró más que nunca por la fortaleza que había tenido para no hundirse ante tanto horror, que le dijo a Connor:

—Muchas gracias por tu investigación, amigo. Necesitaba saber todo esto antes de reunirme con Mackay, al que pienso hacerle pagar todo el daño que ha hecho. Y ahora te dejo, tengo una necesidad más que urgente de abrazar a Camila…

Capítulo 21

Cómo no sería el abrazo que le dio Killian a Camila que, cuando caminaban detrás del joven mayordomo que les conducía al despacho de Mackay, ella aún lo estaba sintiendo en cada célula de su cuerpo.

El abrazo había sido tan sentido, tan sincero, tan de verdad, tan protector que Camila no recordaba haberse sentido más reconfortada en su vida. Y, sobre todo, querida, cuidada, protegida y en casa.

Sí, por muy extraño que sonara, ya que ella no era una Macpherson, pero por primera vez en mucho tiempo, abrazada por ese hombre que la miraba con tanto amor, se sintió que estaba en casa.

Que estaba por fin a salvo y que Killian la aceptaba tal y como era. Con todo. Que respetaba sus silencios, que estaba a su lado a muerte, que su amor era incondicional y que siempre iba a estar ahí, para ella.

Y ella para él.

Porque el amor que estaba sintiendo por Killian jamás lo había sentido por nadie. Y a esas alturas si algo tenía claro era que Killian Macpherson era el hombre de su vida.

Por eso se alegraba tanto de que esa mañana por fin hubiera podido verbalizar el «te amo» que se le quedaba siempre pegado en la punta de la lengua.

Esas dos palabras que hasta ese momento no se había atrevido a decir, pero que después de una semana intensa y maravillosa junto a Killian habían acabado brotando solas.

Y esa magia solo la podía hacer posible él. Killian era el único que había conseguido que su corazón anestesiado por tantas capas y capas de dolor volviera a latir con fuerza.

Y se sentía con tantas ganas y tanta ilusión, tenía tanto amor dentro que estaba empezando por fin a perdonarse a sí misma y a creerse merecedora de cosas buenas.

Cosas tan increíbles como el amor de Killian, su *highlander* guerrero, que estaba a su lado en la lucha.

Porque ahora quería luchar…

Atrás quedaron los tiempos en que el dolor era tan grande que hasta le quitó las ganas de gritar al mundo la injusticia que estaban cometiendo con ella.

Aquellos días en que la acusaron de todo, en que no la creyeron, en que la juzgaron y la condenaron, en que su familia la rechazó y no le quedó más remedio que huir, ya pasaron, afortunadamente. Y ya no estaba sola, además.

A su lado estaba su *highlander* que caminaba con paso firme junto a ella, dispuesto una vez más a enfrentarse al tío que más daño le había hecho.

Por eso cuando se quedaron frente a la puerta, aguardando a que el mayordomo regresara para hacerles pasar, le dijo:

—Gracias Killian. Luchar con un guerrero como tú a mi lado hace que la batalla se enfrente con más coraje y más fuerza.

Killian le dio la mano, la miró con una cara de enamorado tremenda y masculló:

—Voy a luchar contigo y te juro que se va a hacer justicia.

Camila se emocionó al escuchar las palabras de Killian, le apretó la mano y al momento el mayordomo les hizo pasar.

Entraron, Mackay les saludó forzando una sonrisa de lo más desangelada y después les pidió que tomaran asiento.

Killian, que estaba loco por cerrar la operación, quedarse con la mayoría de las acciones de la empresa y empezar a mover sus hilos para que Mackay recibiera su merecido, le pidió a Camila que sacara los contratos.

Ella lo hizo, se los pasó a Mackay que los colocó sobre la mesa y le dijo a Killian:

—Sé que contigo la cadena Mackay volará muy alto y muy lejos.

Killian apretó las mandíbulas y arqueando una ceja dijo, mirándole muy serio:

—Mucho más alto y más lejos que lo que tú has logrado en estos años.

Mackay no acusó el golpe y se limitó a agarrar la estilográfica y a firmar el contrato que ya había leído cuidadosamente con sus abogados.

Y si firmaba era porque sabía que era lo mejor que podía hacer por su único nieto y heredero William Mackay.

En esas horas en las que su empresa estaba cotizando a la baja, lo

mejor era vender a un grupo fuerte como Macpherson Inversiones y que inyectaran el suficiente dinero como para hacerla crecer y situarla, en un mercado tan competitivo como el hotelero, en el lugar que merecía.

La única pega a ese acuerdo tan redondo que estaba firmando era la estúpida que tenía enfrente: Camila Gibson.

Esa auténtica mosca cojonera que, cuando ya pensaba que se la había quitado de encima para siempre, de repente había aparecido y encima blindada por el amor de alguien tan poderoso como Killian Macpherson.

No obstante, él estaba convencido de que Killian se hartaría pronto de ella. Esa mujer para él no valía nada, era una pura escoria y Killian enseguida se daría cuenta de ella.

Un hombre de posición, de clase social alta, multimillonario y al que las mujeres se lo rifaban no podía caer tan bajo de revolcarse con una piojosa como ella.

La hija de una limpiadora y un jardinero, la chica que se las apañó para que Angus le hiciera un hijo y así garantizarse una vida de lujos y caprichos.

Pero su plan le salió fatal, porque él no era tan bobo como Angus y desde el primer día la caló.

Siempre supo que era una trepa que se dejó embarazar para cazar a su hijo. Y Angus picó el anzuelo y a partir de ahí perdió el norte y empezó a hacer y a decir tonterías como que era gay.

Algo que él nunca aceptó y por eso fue capaz de todo para taparlo, aunque el pato lo pagara la desgraciada de Camila. Pero bien merecido se lo tenía por haber llevado a su hijo por el camino de la perdición.

Y por supuesto que si de algo se enorgullecía era de haberle quitado a su hijo William, al que estaba educando con mano dura y firme para que siempre fuera por el camino correcto.

Así que, con esa convicción tan fuerte, Mackay firmó los documentos y al acabar le dijo a Killian:

—Listo.

Camila, al ver que ese cerdo estampaba la última firma, respiró

aliviada porque sabía que el legado de William por fin estaba a salvo.

Si bien cual no fue su sorpresa que, cuando estaba con esos pensamientos, de repente la puerta del despacho se abrió y apareció un niño rubio, guapo, de preciosos ojazos azules y sonrisa increíble, que con una voz alegre y cantarina gritó:

—¡Hoy nos han soltado del colegio antes, abuelo!

Camila al escuchar esa voz, se giró y por poco no le dio un infarto ahí mismo cuando vio a ese niño que era idéntico a ella.

—¡Largo de aquí, William! ¿Cuántas veces tengo que decirte que hay que llamar a la puerta antes de entrar en el despacho? —gritó Mackay, poniéndose de pie, furioso, y haciendo aspavientos con las manos.

William que tenía una cara de pillo tremenda y que no parecía que los gritos de su abuelo le amedrantaran demasiado, soltó una carcajada y replicó:

—¡*Tranqui*, abuelo! ¡Que te va a dar un chungo!

Luego, cerró la puerta y Mackay con un cabreo monumental se excusó:

—Perdón por la interrupción, ¿por dónde íbamos?

Killian, que se había dado cuenta de todo y que estaba sufriendo de ver a Camila aferrada fuerte a los reposabrazos y haciendo esfuerzos titánicos para no salir corriendo a abrazar a su hijo, respondió:

—Íbamos por la parte en que me has vendido la mayoría de las acciones de la cadena y a partir de este momento puedo decir que la cadena Mackay es mía. Y desde ya te adelanto que esto es solo el principio de lo que te voy a arrebatar…

Mackay arrugó el ceño y preguntó tras pestañear muy deprisa:

—¿Qué dices? No te he escuchado bien. Ya tengo mis años y no tengo el oído muy fino.

Killian batió las manos y replicó porque aún no había llegado el momento de mostrar sus cartas:

—Nada, no tiene importancia. Nosotros nos vamos ya. En breve, recibirás noticias de mis abogados donde te comunicarán todos los pormenores de la adquisición y cómo es el procedimiento para el traspaso de poderes.

—Estoy deseando que asumas el control para que esto empiece a despegar como se merece —habló Mackay.

Killian esbozó una sonrisa de lo más fría, le retó con la mirada y le dijo en un tono de guerrero implacable que habría hecho helar la sangre a cualquiera:

—Desde luego que te voy a dar lo que mereces, Joseph Mackay. Ni más ni menos que eso…

Capítulo 22

En cuanto Killian arrancó el coche y se dirigió al camino de salida del castillo Mackay, lo primero que dijo Camila fue:

—¡Qué momentazo cuando le has dicho a Mackay que le vas a dar lo que se merece!

Killian apretó fuerte las mandíbulas y le dijo para que se preparara para lo que iba a venir:

—Es que eso es lo que va a suceder, preciosa.

Camila no pudo evitar mirar atrás, antes de perder de vista al castillo, y para su más absoluta sorpresa vio a William pegado a uno de los ventanales de las habitaciones del primer piso.

Seguramente, ese era su cuarto, uno de los mejores del castillo y al verle otra vez no pudo evitar exclamar:

—¡Dios mío!

Killian miró por el espejo retrovisor y también pudo ver al niño.

—Otra vez ese niño —dijo Killian que podía hacerse una idea de lo muchísimo que Camila estaría sufriendo en ese momento.

Luego, Camila volvió a fijar la vista al frente, cuando el castillo quedó definitivamente atrás y a pesar de que llevaba luchando por mantener el tipo desde que había vuelto a ver a su hijo, años después de que la obligaran a apartarse de él, no pudo contenerse más y rompió a llorar.

Lloró desconsolada, como una niña, rota de dolor, al tiempo que entre hipidos no paraba de pedir perdón a Killian:

—Discúlpame, por favor. Ya se me pasa enseguida…

Killian que no podía verla así, se adentró por un pequeño camino de tierra que conducía a unos campos y detuvo el vehículo para abrazarla.

—Ven aquí, Camila. Y llora cuanto necesites. ¡Sácalo todo afuera!

Camila se abrazó fuerte a su *highlander* y lloró como hacía tiempo que no se permitía hacerlo.

Lloró mucho, con la cabeza apoyada en el hombro de Killian y sin dejar de abrazarlo.

Y así estuvo hasta que se sintió agotada y casi sin poder respirar…

—Esto es demasiado, Killian. No puedo más.

Killian la agarró de las manos y le pidió para evitar que hiperventilara:

—Respira despacio, preciosa. Mete el aire por la nariz y suéltalo despacio por la boca…

Camila hizo unas cuantas respiraciones lentas y profundas y cuando se sintió mucho menos ansiosa le dijo:

—Tienes que saber algo, Killian. Algo que no he podido contarte hasta ahora, pero ese niño es…

Camila sabía que Killian merecía saber la verdad, tenía que saberlo para que supiera por qué estaba rota de dolor, pero fue pronunciar las dos últimas palabras: ese niño. Su niño. Ese bebé hermoso del que no le dejaron ni despedirse y de solo recordar aquel día de nuevo se rompió.

Y Killian al verla tan desconsolada y tan desbordada por el reencuentro con su hijo, le quiso facilitar las cosas diciéndole:

—Sé quién es ese niño.

Camila, que tenía la cabeza enterrada en el cuello de Killian, le miró atónita y le preguntó para enterarse de qué era lo que realmente sabía:

—¿A qué te refieres? ¿A que sabes que es el nieto de Mackay?

Killian tragó saliva y le dijo mirándola con todo el amor que tenía en su pecho:

—Me refiero a que sé que William Mackay es tu hijo.

Camila le miró horrorizada, lanzó un grito de dolor que a Killian se le clavó en lo más profundo de su alma y luego chilló:

—¡Eres como todos! Dios mío, ¡yo confiaba en ti, Killian! Tú me aseguraste que ibas a respetar mi silencio y no lo has hecho. ¡Qué decepción más grande! Tú tampoco crees en mí…

Killian con un agobio tremendo, la agarró por los hombros y le dijo para que comprendiera:

—Estoy contigo a muerte, Camila. Creo y confío en ti. Y he respetado tu silencio hasta que he llegado a ese maldito castillo y me ha tocado plantar cara a Mackay. Necesitaba armas para hacerle frente y…

Camila le miró con una mezcla de rabia, decepción y desprecio y luego replicó:

—¡Tú lo que necesitabas era saber si las barbaridades que te contó Mackay eran ciertas!

Killian roto de pena, porque no podía soportar que Camila dudara de él, replicó:

—¡Sabía que eran calumnias! Pero necesitaba saber la verdad para protegerte…

Camila frunció el ceño, se apartó las lágrimas con rabia y soltó:

—¡Yo me sé cuidar sola! No necesito tu protección…

—Ya sé que te sabes cuidar sola, pero estamos juntos en esto y yo necesitaba saber por qué Mackay te tiene esa inquina. Y le pedí a Connor que investigara…

Camila le miró con una decepción infinita y le gritó con unas ganas tremendas de salir del coche:

—¿Le pediste que investigara si soy una asesina que mató a Angus para que no contara a mis padres que me follaba a viejos por pasta?

Killian que sentía que aquello se le estaba yendo de las manos y que estaba a punto de perderla, respondió para intentar reconducir la conversación:

—En ningún momento se me pasó por la cabeza que tú pudieras envenenar a ese chico, ni que te relacionaras con esos hombres por dinero. Pero entiende que necesitaba ir al fondo de la cuestión y conocer la verdad…

Camila le desafió con la mirada y le preguntó sintiendo una rabia infinita:

—¿Y qué verdad te han contado? No respondas. Déjame adivinar. ¿A que te han contado que me quedé preñada para cazar a Angus, que soy una zorra asesina y que me quitaron a mi bebé porque era una puta borracha que no podía darle una vida digna a mi hijo?

Killian negó rotundo con la cabeza y, con la mirada empañada de la angustia que tenía de verla así, replicó:

—Camila, por Dios, ¡estoy contigo! ¡Te amo! Y sé perfectamente qué clase de persona eres.

Camila le miró con una decepción infinita en la mirada, alzó la barbilla y le dijo con toda la rabia que tenía dentro:

—¡Tú no me amas, Killian! Si me amaras, no te habrías puesto a

escarbar en mi pasado. Habrías esperado a que yo te contara lo que sucedió, pero ya no sé ni qué hago hablando de esto…

Camila abrió la puerta del coche y Killian, muy apurado, la agarró del brazo y le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Adonde vaya a ti te tiene que importar un bledo.

Killian que no podía creer que estuviera pasando eso entre ellos, después de lo que habían vivido y después de lo que se habían dicho, replicó:

—Camila, te lo ruego, sé razonable.

Camila se zafó del brazo de Killian y le dijo clavándole la mirada que estaba llena de dolor:

—No puedo ser razonable con alguien que no ha sabido respetarme y que me ha mentido. Tú me aseguraste que ibas a ser paciente, que ibas a aguardar el momento en que yo te contara ese secreto que llevaba tan dentro de mí. Y yo te creí. De hecho, no solo te creí, sino que llegué a amarte… Y justo antes de que me confesaras que me has investigado a través de Connor, pensaba contártelo todo. Pero lo has echado todo a perder. Y cuando digo todo es absolutamente todo. No quiero volver a verte más, Killian.

Killian con los ojos llenos de lágrimas y viendo a Camila tan segura de lo que estaba diciendo exclamó:

—¡Joder, Camila! Yo te amo y si recurrí a Connor fue porque necesitaba conocer la verdad para enfrentarme a Mackay. No podía plantarme delante de él sin saber qué es lo que había pasado. Y ahora lo sé. Es un hijo de puta que arruinó tu reputación, te ultrajó y te arrebató de una manera horriblemente cruel a tu hijo. Y va a pagarlo, te juro que no voy a parar hasta que ese cabronazo reciba su merecido.

Camila se mordió los labios, negó con la cabeza y le dijo justo antes de salir del coche:

—No necesito a un vengador justiciero. Sé muy bien qué es lo que tengo que hacer. Ya no soy aquella chica a la que sus padres echaron de casa por llegar con un bombo, ni la que luego tuvo que soportar que la acusaran de haber matado al padre de su bebé, ni la que

después le quitaron su bebé a fuerza de mentiras porque se cansó de luchar. Después de tanto dolor, tanta injusticia y tanto sufrimiento me he convertido en una mujer muy fuerte. Y ahora sé lo que quiero. Y voy a luchar… Voy luchar hasta que no me queden fuerzas, pero te juro que voy a recuperar lo que me han quitado. Y en cuanto a nosotros, no necesito a mi lado alguien que duda de mí. Así que no quiero volverte a ver más en la vida.

Y tras decir esto, y al tiempo que Killian gritaba el nombre de Camila desesperado, ella dio un portazo y se marchó corriendo de allí…

Capítulo 23

Una semana después, Killian recibió en el castillo Macpherson la llamada de Anne porque no había tenido fuerzas ni para volar a Nueva York.

—¡Hola, Killian! ¿Cómo va todo?

Killian que estaba encerrado en la biblioteca intentando trabajar un poco, bufó y se sinceró con su cuñada:

—De puta pena, ¿y tú?

—Trabajando. Ambos tenemos mucho curro y aunque nos habríamos quedado en aquel paraíso tres meses, tuvimos que regresar. Y te llamo porque anoche estuvimos de cena con el clan Macpherson y solo se habló de una cosa…

Killian resopló porque sabía perfectamente de lo que habían hablado:

—De que la he cagado con Camila y no quiere saber nada de mí.

—Pero es que ningún Macpherson sabe lo que ha sucedido. Lo único que has comunicado es eso, que la cagaste el día de la firma con Mackay y que desde entonces no has vuelto a saber nada de Camila.

—Es que básicamente es lo que ha sucedido. Y estoy tan jodido, Anne, que no tengo ganas de salir de este jodido castillo.

—Pero algún día tendrás que salir…

—¿De eso hablaban anoche los Macpherson? ¿Temen a que me quede a vivir aquí como el jodido fantasma en que me he convertido?

—Están muy preocupados por ti. Es la primera vez que haces algo semejante y todos saben lo que Camila significa para ti.

Killian se levantó del sillón giratorio y se dirigió al ventanal desde donde se veía el mar…

—Joder, Anne, iba todo tan bien entre nosotros y por gilipollas la cagué… —se lamentó Killian.

—Si quieres hablar de ello…

Killian que llevaba una semana rumiando en soledad todo lo que había sucedido, ya no pudo cargar un segundo más él solo con esa losa y le contó a Anne:

—Camila tiene un secreto. Me pidió que no la presionara y me aseguró que llegado el momento, cuando se sintiera preparada, ella

me lo contaría todo. Pero resulta que no pude aguardar ese tiempo que ella me pedía y acudí a Connor para que hurgara en su pasado.

Anne conocía lo suficiente a su cuñado como para saber que si no había cumplido con su palabra sería por una poderosa razón:

—Supongo que porque te viste en la necesidad de hacerlo.

—Supones bien. Pero yo en vez de explicar tranquilamente mis razones, lo que hice, cuando ella estaba a punto de contármelo, fue confesarle que ya sabía cuál era su secreto.

Anne soltó una exclamación de horror porque la verdad era que la había pifiado y mucho:

—¿Por qué no esperaste a que ella te contara?

—Estaba tan destrozada que todo mi afán era decirle que sabía por lo que estaba pasando y que iba a estar siempre a su lado. Pero ella se lo tomó de la peor forma posible, empezó a reprocharme que era como todos, que no confiaba en ella y que la había traicionado. Y así hasta hoy que no he vuelto a saber nada de ella.

—¿La has llamado?

—No. Se despidió diciéndome que no quería volver a verme en la vida. Se siente traicionada y decepcionada…

Anne chasqueó la lengua y no le quedó más remedio que decirle a su cuñado:

—Tienes un buen marrón encima, Killian.

—Estoy desesperado porque la amo. Es la mujer de mi vida y te juro que no paro de pensar en qué puedo hacer para que me perdone. Y como todo lo que se me ocurre pasa por plantarme frente a ella y pedirle las veces que hagan falta perdón, he vuelto a llamar a Connor…

Anne, sin dar crédito a lo que estaba escuchando, solo pudo replicar:

—¿Tú no has escuchado eso de que no hay que tropezar dos veces con la misma piedra?

—También he recurrido a Connor porque necesitaba saber cómo se encontraba Camila: lo que pasó el viernes fue muy fuerte. Connor me ha contado que se ha refugiado a escasos cinco kilómetros del castillo Mackay, en la casa de George Bain, uno de los mejores abogados de

Escocia, y un gran amigo de ella. Y no sabes lo que me alegro de que esté con él porque sé que van a cuidarla y a ayudarla a conseguir que recupere lo que le arrebataron…

Anne, que estaba absolutamente descolocada, le preguntó a Killian:

—Me parece que me he perdido unos cuantos capítulos porque no tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—No he contado los pormenores de lo sucedido a mi familia, porque es la intimidad de Camila y yo no soy quién para ir contando sus secretos. Pero como necesito que me ayudes a recuperarla y sé que esto va a quedar entre nosotros te contaré que Camila tiene un hijo.

Anne, que lo que menos pensaba escuchar era eso, replicó alucinada:

—Jamás nos ha hablado de él…

—Se lo arrebataron cuando tenía pocos meses. Y ahora te vas a quedar muerta cuando te enteres de que el padre es el hijo de Joseph Mackay.

—¡Dios mío, Killian! ¡Lo que habrá tenido que pasar Camila al enfrentarse otra vez con esa gente! ¿Y dónde está el hijo de Mackay?

—Angus Mackay se suicidó después de que le dejara su novio. Pero como Joseph Mackay nunca quiso reconocer que su hijo era gay, decidió culpar a Camila de asesinato y arruinarle la reputación. Camila logró zafarse de la cárcel a pesar de que Mackay intentó incriminarla de todas las maneras posibles, básicamente gracias a la defensa de George Bain. Pero un poco después, lo que no pudo evitar fue que Mackay le quitara a su bebé alegando que era una borracha, de vida caótica e incapaz de mantener a su hijo.

—¡Qué terrible! ¿Y Bain no pudo defenderla?

—La defendió un abogado de oficio. Posiblemente, estaba desbordada por todo y se quedó sin fuerzas para luchar. Y después de que le quitaran a su hijo, fue cuando decidió empezar una nueva vida en Nueva York…

Anne, que estaba tremendamente conmovida con el relato, musitó:

—Y todo esto lo has sabido por Connor…

—El día de la primera reunión con Mackay, este me cogió en un aparte y me advirtió que tuviera cuidado con ella que era una asesina

Luego, me la describió como una mantis, una mujer terrible, especialista en seducir a incautos, sacarles de todo y arruinarles la vida.

—¡Pero eso no hay quien se lo crea, cualquiera que conozca a Camila sabe que es mentira!

—Por eso le tuve que callar de un puñetazo. Y por eso tuve que recurrir a los servicios de Connor. Sabía que detrás de todo el odio a Camila tenía que haber algo muy gordo. Y lo que sucedió fue que Camila tuvo un desliz con este chico, se quedó embarazada, luego este se suicidó, Mackay para taparlo culpó a Camila, no pudo meterla entre rejas, pero sí logró arrebatarle a su hijo. Al que el viernes en la firma vio después de que tuviera que separarse de él cuando era un bebé…

—¿Camila ha podido ver a su hijo?

—En un momento de la reunión, el crío abrió la puerta para saludar al abuelo y te juro que yo no sé cómo Camila pudo aguantar el tipo. Es tan fuerte que me admira… Pero ya solos en el coche, se rompió. Yo no sabía qué hacer para consolarla, para mitigar su pena y por eso me apresuré a decirle que lo sabía todo, que no se esforzara en contarme la verdad, que ya la sabía y que iba a estar a su lado para ayudarle a recuperar al crío.

—¡Cuánto sufrimiento! ¡Pobre Camila! ¡Y por las cosas del destino resulta que ahora Macpherson Inversiones tiene el control de la cadena de Mackay!

—Camila no paraba de insistir en que invirtiera en la cadena porque, además de ser un gran negocio, había una razón que no me podía contar. Ahora sé que esa razón es que su hijo es el único heredero de la cadena Mackay.

—Y no hay mejor inversor que vosotros. Desde luego, que hacer negocios con Macpherson Inversiones es la mejor forma que tiene de asegurarle el mejor futuro a su hijo.

—Yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano para sacarle la mayor rentabilidad y dejarle a ese crío una compañía fuerte. Pero estoy jodidísimo, Anne, porque la amo como jamás he amado a nadie. Y no sé qué hacer… —habló Killian que estaba tan afectado que no recordaba haber pasado una semana peor en su vida.

Apenas podía pegar ojo, ni tenía apetito, ni podía concentrarse en nada que no fuera pensar en Camila y en cómo enmendar su pifia.

Anne se quedó unos instantes en silencio y luego le dijo intentando ponerse en el lugar de Camila:

—Reencontrarse con su hijo tuvo que ser tal *shock* que Camila tenía que estar desbordada. Os he visto juntos y sé que lo vuestro es recíproco. Sé que ella te ama, pero ahora y más que nunca debes respetar sus tiempos. El tiempo lo pone todo en su sitio, Killian. Ese es mi consejo…

Killian resopló porque estaba ansioso por volver a tenerla en sus brazos y farfulló:

—Me jacto de ser un tío paciente, pero con Camila no tengo ninguna. Me muero por estar con ella.

—Pues vas a tener que esperar a que sea ella la que dé el paso…

—¿Y si no lo da? ¿Y si de verdad no quiere volver a saber nada de mí?

—Ella tomó esa determinación tan radical porque estaba sobrepasada por la situación, pero deja que lo repose y ya verás como vuelve a ti.

—¿Tú crees? —preguntó Killian que para los asuntos del corazón estaba totalmente perdido.

—Acabará dándose cuenta de que tú no pediste esa investigación porque no creyeras en ella, sino porque la amas y querías ayudarla. Ya verás como sí, Killian…

Killian se quedó mirando al cielo plomizo que pronto descargaría otra tremenda tormenta y musitó:

—Ojalá…

Capítulo 24

Pero la gran tormenta en la vida de Killian se desató cuando un mes después recibió la llamada de Connor.

Killian se encontraba en Nueva York, adónde se había marchado tras la conversación que tuvo con Anne en que le convenció de que lo mejor era que le diera tiempo a Camila.

Poco a poco se había ido incorporando a sus rutinas, aunque la verdad era que la vida sin Camila era una auténtica mierda.

Para empezar, en ese mes ya habían pasado por el puesto de secretaria de dirección cuatro personas que no le llegaban a Camila ni a la suela del zapato.

Y, para terminar, la cama se le hacía enorme cada noche y no había mañana en que no despertara abrazado a la almohada y convencido de que era el cuerpo de ella.

Pero Camila no estaba.

Y tampoco había tenido ni una sola noticia de ella en todo ese tiempo, hasta que recibió la llamada de Connor que le dijo:

—¿Te has enterado de lo de Mackay?

Killian no tenía ni idea de lo que estaba hablando, porque la documentación que había pedido sobre la compañía se suponía que estaría lista en una semana y respondió:

—Estoy esperando a unos informes muy completos sobre la cadena Mackay que me llegarán próximamente. ¿Me llamas para adelantarme algo?

Connor viendo que no tenía ni idea de la magnitud de la noticia le soltó a bocajarro:

—Mackay ha muerto de un ataque cardiaco esta madrugada en su castillo.

Killian sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y una sola pregunta le vino a la cabeza:

—Y ahora supongo que estará ardiendo en el puto infierno. No merece otro lugar. Pero ¿qué va a pasar con William?

—Como sabía que me ibas a hacer esa pregunta, he estado indagando y al parecer Joseph Mackay dejó estipulado que en caso de fallecimiento el tutor legal del chico sea uno de sus consejeros,

concretamente, Edward Roland. Es un hombre de sesenta años, viudo, con cinco hijos y la mano derecha de Mackay. Me cuentan que es un tipo estricto, duro, disciplinado y austero que supongo que Mackay encontraría perfecto para que tutele a su nieto.

Killian bufó porque lo que le faltaba a Camila era que la educación de su hijo recayera en manos de ese tío que jamás iba a poder darle lo que más necesita un niño que es amor incondicional.

—Joder, este nuevo escenario lo complica todo más todavía —le dijo Killian a su amigo.

Sin embargo, Connor se apresuró a explicarle que la realidad era bien distinta:

—Es al revés.

—¿Cómo que es al revés? —replicó Killian sin entender nada.

—Durante este mes han pasado muchas cosas…

—No he querido saber nada de Camila, porque me duele demasiado. He decidido que lo mejor es dar tiempo al tiempo y esperar a que ella pueda llegar a entender por qué recurrí a tus servicios. No me queda otra opción. Y tampoco quiero agobiarla ni presionarla. Estuve llamándola al principio, le escribí, pero no he obtenido ninguna respuesta.

—Camila ha estado muy atareada en todo este tiempo y junto a George Bain sé, por las fuentes que tengo en el juzgado, que tienen muy adelantado el procedimiento judicial por el que esperan muy pronto recuperar la custodia de William. Ya está listo el informe pericial y todo lo que demuestra que no solo le arrebataron el niño a Camila con pruebas falsas, sino que ella está perfectamente capacitada para tener la custodia de su hijo. Y con la competencia parental más que demostrada, lo único que falta es que acudan ante el juez para que le devuelvan la custodia. Y esto está previsto que sea dentro de unas seis semanas… Claro que, dadas las circunstancias, todo apunta a que el plazo se va a acortar muchísimo y lo más probable es que Camila pueda recuperar la custodia de su hijo en cuestión de días.

Killian se alegraba tanto de lo que estaba escuchando que solo pudo decir emocionado:

—¡Qué grandísima noticia!

—Por fin se va a hacer justicia y espero que después de que las aguas vuelvan a su cauce, lo vuestro también se arregle.

—No tengo ni idea de lo que va a pasar. Supongo que Camila tendrá que quedarse un tiempo en Escocia con el niño. Al menos hasta que acabe el año escolar, lo más conveniente es que no se le aparte de su entorno. Y yo me figuro que en la junta de accionistas que tenemos programada para antes de la Navidad, tendré que vérmelas con Edward Roland que deduzco que será el que se ponga al frente de la directiva de la cadena.

Connor que siempre llegaba hasta al fondo con sus investigaciones conocía un dato que iba en esa línea y así se lo hizo saber a su amigo.

—Lo que puedo contarte es que Camila no ha renovado el contrato que le vencía en el apartamento de Nueva York en el que llevaba este tiempo viviendo. Y hace una semana un camión de mudanzas lo vació entero.

Killian sintió una punzada de ansiedad en la boca del estómago tremenda y masculló con una pena infinita:

—Si no llego a joderlo todo, ahora mismo estaríamos viviendo juntos.

Connor notó a su amigo tan afectado que le dijo para que viera la realidad tal cual era:

—Aunque lo vuestro hubiera seguido, la muerte de Mackay lo habría cambiado todo igualmente.

—Sí, pero yo me habría ido a Escocia con ella y no me habría importado lo más mínimo fijar mi residencia allí.

—Ten paciencia, amigo. Todo se andará.

Killian resopló porque estaba harto de que todos, con toda la buena intención del mundo, le recomendaran lo mismo:

—Es fácil aconsejarme que tenga paciencia, cuando no os sangra el corazón como a mí.

Connor conocía a su amigo tan bien que sabía que no estaba exagerando, que si utilizaba esa imagen tan fuerte era porque estaba sufriendo muchísimo.

—Camila está inmersa en un proceso muy complicado. Y ahora su prioridad es su hijo…

Killian gruñó porque él tenía más que claro que la prioridad de ella era su hijo, no podía ser de otra manera y repuso en un tono hosco:

—¿Crees que no lo sé? Y soy el primero que se alegra de que por fin va a poder tenerlo junto a ella y a recuperar todo el tiempo que les han arrebatado.

—Pero no va a ser fácil… El niño parece que presenta ciertos rasgos del síndrome de alienación parental.

—No me extrañaría que Mackay se hubiera pasado todo este tiempo metiendo veneno al chico. A saber las cosas que le habrá contado sobre su madre. Deben ser tales barbaridades que el crío tiene que mostrar un rechazo profundo hacia ella, o incluso hasta miedo.

—He sabido que Camila va a terapia, por lo que imagino que el chico también va a necesitarla.

A Camila le había tocado sufrir tanto que a Killian le pareció lógico que hubiera pedido ayuda…

—Tenía que haber ido mucho antes. Te juro que no sé cómo pudo mantenerse cuerda todo este tiempo. Y solo espero que la terapia le ayude a encontrar la paz interior y el equilibrio que se merece.

—Y solo cuando esté bien con ella misma, podrá estar preparada para estar bien con los demás.

Killian lo sabía, pero era tan duro estar sin ella que le confesó a su amigo:

—No sabía que esto podía doler tanto… He perdido las ganas de todo, no me concentro, soy un puto zombi y…

Killian no pudo seguir sincerándose con su amigo, porque se percató de que, en su correo electrónico, que tenía abierto en la computadora, acababa de entrar un mensaje del bufete de abogados de George Bain…

—¿Y qué? ¿Por qué te has quedado callado de repente? —le preguntó Connor preocupado.

—Acabo de recibir un correo electrónico del bufete de abogados de George Bain.

—¿Y qué dice?

Killian abrió el mensaje y leyó en voz alta con el corazón que no podía latirle más deprisa:

De: Bufete Bain
Para: Killian Macpherson

Estimado Sr. Macpherson:

Por la presente le comunicamos que nuestra representada la señorita Camila Gibson causa baja voluntaria en la relación laboral que tiene con su compañía y desde este momento rescinde dicho contrato.

Y para que conste la notificación, le pido que nos envíe firmada esta comunicación y que prepare el pertinente finiquito.

Quedo a su disposición y a la espera de sus noticias, un saludo:

George Bain

Killian se quedó helado frente a la computadora porque ese mensaje solo podía significar una cosa:

—Joder, esto es el final… Ya sí que no tengo ninguna esperanza de recuperarla.

—No anticipes acontecimientos, Killian. En ese mensaje lo único que te está pidiendo es romper vuestra relación laboral.

—Joder, Connor, ¿cómo no voy a deducir que esto está muerto, si me manda a su abogado para decirme que no va a trabajar más conmigo? —inquirió Killian exasperado y con una mezcla de pena y dolor que no podía con ella.

—Lo que pienso es que en este momento que está viviendo tiene que poner toda su energía en resolver el asunto de su hijo. Y es obvio que debe dejar su puesto de trabajo en Nueva York porque ahora le va a tocar estar al lado de William.

—¿Y por qué no levanta un teléfono y me lo cuenta?

—Porque no se sentirá preparada para hacerlo. Y eso tienes que respetarlo y entenderlo…

—Claro que lo hago, pero me gustaría tanto que supiera que la extraño, que la amo, que lamento si le hice daño, pero que en ningún momento dudé de ella, y que mi vida sin ella es una auténtica porquería…

Y tras decir esto, Killian empezó a sentirse rematadamente mal, le

faltaba el aire, comenzó a ver borroso, a notar un zumbido horrible en los oídos, una debilidad súbita por todo el cuerpo y, tras tratar de balbucear algo, se desplomó sobre la mesa…

Capítulo 25

Ese mismo día, por la noche, en el cuartel general de la casa de los Macpherson en Carnegie Hill, Leopold Macpherson, el padre de Killian convocó con urgencia a los suyos para tratar el tema de Killian.

—Tú no puedes seguir así, Killian. Tu cuerpo te ha dado una señal de aviso y, como no hagas algo, la próxima puede revestir de mucha más gravedad.

En la reunión en el salón de la casa familiar además del padre estaban el abuelo, Duncan y Gare.

Rob estaba estudiando en la universidad, pero se había enterado de todo y mostraba la misma preocupación que el resto de su familia por lo que le había ocurrido a Killian.

Claro que Killian lo único que pensaba era que su familia estaba exagerando bastante la nota:

—¡Solo me ha dado un ataque de ansiedad! ¡No entiendo para qué has organizado esta reunión si yo estoy perfectamente!

El abuelo, serio, negó con la cabeza y le dijo a su nieto:

—¿Tú te has mirado al espejo, muchacho? Estás pálido, ojeroso y has debido perder unos cuantos kilos.

Killian se pasó la mano por la cara y no tuvo reparo en confesar:

—Estoy jodido por lo de Camila y no duermo bien, ni tampoco me alimento como debo. Tan solo me mato haciendo ejercicio para ver si así no pienso tanto en ella, aunque no sirve de nada. ¿Qué le voy a hacer? Pero no os preocupéis por mí que seguro que pasará.

Leopold, que era tan guapo y tan alto como sus hijos, y que a pesar de su madurez conservaba un atractivo increíble, se ajustó sus gafas redondas y le exigió:

—Te vas a venir a vivir a casa con nosotros. Y voy a encargar a Beatrice que controle que te alimentas como Dios manda.

Beatrice era la persona que trabajaba desde hacía años en la casa familiar y que para ellos era como una más de la familia, si bien Killian sentía que tenía edad suficiente como para tener una niñera:

—No necesito que una persona esté detrás de mí para alimentarme correctamente. No tengo dos años. Gracias.

Gare se echó a reír y le dijo a su hermano para que entrara en

razón:

—Nos has preocupado mucho cuando te hemos visto desplomado sobre la mesa de tu despacho. Pensaba que te había dado un ataque cardiaco…

—Es solo ansiedad. Y no me voy a morir de eso. Solo necesito dormir y comer, lo que pasa es que lo de Camila me trae por la calle de la amargura.

—¿Y no podemos hacer nada para ayudarte? —intervino Duncan que lo había dejado todo para acudir a la llamada del jefe del clan.

—A lo mejor si nos cuentas qué es lo que ha pasado con Camila, podemos hacer algo —apuntó Leopold, batiendo las manos.

Killian se quedó pensativo un rato y luego decidió que había llegado la hora de contar a su familia lo que había sucedido con Camila.

Confiaba en ellos y en su discreción absolutamente y, en verdad, necesitaba sacar fuera todo ese dolor que llevaba dentro.

Además, por Connor sabía que Camila estaba ya pleiteando por recuperar la custodia y en breve no iba a ser un secreto para nadie que tenía un hijo.

Así que se sirvió un vaso de whisky escocés y les relató absolutamente todo…

Y aquello fue tan catártico y liberador para él que cuando acabó de contarles lo que sucedió la última vez que se vieron en el coche, cuando Camila le reprochó que le había mentido, que no había sabido respetarle y que había desconfiado de ella, se rompió como nunca.

Y tuvo que encerrarse en el cuarto de baño a llorar como no lo había hecho en su vida.

Ni siquiera cuando era niño y se enteró de la noticia de que su madre había muerto…

Luego, se lavó la cara, regresó con su familia y se excusó por ausentarse:

—Perdonad, pero es que no podía más.

El abuelo se sentó al lado de su nieto, lo abrazó y le dijo para reconfortarle:

—No hay nada que perdonar. Y me siento muy orgulloso de ti porque por fin has logrado sacar afuera tus emociones.

—Y tanto que las he sacado… —masculló Killian, con los ojos hinchados y rojos.

—Y es muy bueno, Killian. Lo preocupante era que te lo guardaras todo, que fueras tan reservado, que te pasaras el día rumiando solo tus problemas… —le dijo el abuelo, agarrándole fuerte por el hombro.

—Pues ya sabéis qué es lo que estoy rumiando y a eso hay que añadir que hoy me ha enviado su abogado un correo en el que me comunica que Camila rescinde el contrato y me pide el finiquito.

Killian se tapó la cara con las manos y a Gare se le ocurrió de repente algo que consideró un plan genial:

—¡Ya sé lo que vamos a hacer! ¡Voy a ir a entregarle en mano la carta de finiquito y hablaré con ella!

Killian se apartó las manos de la cara, porque la idea de su hermano no le pudo parecer más peregrina:

—¿Tú? ¿Y en calidad de qué? ¿De mi hermano mujeriego y bocazas que seguro que me la va a liar más parda?

—¡Joder, Killian! No me he enamorado jamás y a veces hablo más de la cuenta, pero eso no me incapacita para plantarme ante Camila y decirle que la amas, que la respetas, que nunca has dejado de creer y confiar en ella y que si pediste a Connor que metiera el hocico en su pasado fue por ayudarla.

—A mí no me parece mal plan —comentó el abuelo alzando las cejas.

—A mí tampoco —opinó el padre, agitando su vaso de whisky.

Killian estuvo considerando la propuesta y podía comprarla si sacaba un elemento de la ecuación: al bocazas de Gare. Por lo que les dijo tras revolverse el pelo con la mano:

—Podríamos intentarlo, pero si enviamos a Anne con la carta de finiquito.

Duncan contrarió el gesto y le faltó tiempo para decir, negando con la cabeza:

—¡Con Anne no puedes contar! ¡No puede viajar a Escocia!

Killian que no entendía nada, porque Anne era perfecta para la misión y estaba seguro de que estaba encantada de ayudarle, replicó:

—¿No se puede pedir un día libre en el trabajo?

Duncan apuró su vaso de whisky, se puso muy serio y dijo con voz solemne:

—Anne me va a matar… Ella quería comunicar esto con una cena en casa… Pero como conozco lo persistente que es Killian, no me queda más remedio que contaros que Anne no puede viajar porque estamos esperando un bebé y le han aconsejado reposo.

El abuelo se abalanzó sobre su nieto para abrazarlo con dos lagrimones recorriéndole el rostro y Duncan exclamó feliz:

—¡Si Dios quiere, en siete meses, habrá un nuevo Macpherson en la familia!

Los Macpherson recibieron la noticia con muchísima emoción, felicitaron a Killian, brindaron por la nueva criatura que estaba por venir y luego volvieron al tema que los había convocado.

—Entonces, Gare será el encargado de llevar la carta de finiquito —dijo el padre en un tono que no admitía enmienda.

—Madre mía. ¿De verdad que tiene que ser él? ¿Por qué no vas tú, abuelo? —replicó Killian que estaba convencido de que su hermano lo único que iba a hacer era pifiarla más todavía.

Y el que respondió fue Leopold que le dijo para que no se hablara más del tema:

—Tu abuelo está jubilado. Es mucho más serio y profesional que acuda alguien que está en activo y trabaja en la empresa a entregar esa carta.

—Sí, pero es que su misión no es solo entregar una carta. Y esa parte del plan es la que me preocupa —repuso Killian que estaba de los nervios de solo imaginar la que podía llegar a liar su hermano.

Entonces, fue el abuelo el que tomó la palabra para recordarles a todos algo que no debían olvidar nunca:

—Tu hermano es un Macpherson. Y los Macpherson lo damos todo por defender y ayudar a los nuestros.

—Ya, abuelo, pero yo lo que temo es precisamente eso, que en su afán de ayudar lo estropee más todavía.

—Confía en mí, tío —dijo Gare mosqueado ya con las reticencias de su hermano—. Y aunque no me haya enamorado en mi puñetera vida sí que puedo hacerme una idea de lo que estás sufriendo y lo mucho

que necesitas que Camila sepa lo que sientes por ella. Por eso voy a ir a Escocia y voy a contarle a Camila que cuando un Macpherson entrega su corazón lo hace para siempre. Y el tuyo hace muchísimo tiempo que le pertenece…

Killian se quedó tan alucinado al escuchar las palabras de su hermano que le chocó la mano y le dijo agradecidísimo:

—Joder, ¡me has convencido, cabrón! Y deja de decir tanto que no te has enamorado, porque tú acabarás cayendo como todos.

Gare soltó una carcajada tremenda y le dijo a su hermano con una seguridad pasmosa:

—¡Por ahí sí que no paso! ¡Ni de coña! ¡El amor os lo dejo para vosotros!

Capítulo 26

Dos días después, Camila estaba mirando desde el ventanal del salón de la casa de los Bain, mientras esperaba a que Brenda, la hija de George Bain, acabara de retocarse ante el espejo antes de irse juntas a hacer unas gestiones al centro, y creyó que estaba alucinando.

Porque no podía ser.

Gare Macpherson no podía estar paseando por la acera de la calle de los Bain y mucho menos tocar a la puerta como de hecho hizo.

—¡Dios, Dios, Dios! ¡Gare Macpherson está tocando el timbre de la puerta de casa! —chilló Camila, sin dar crédito.

Brenda que estaba terminando de retocarse con la barra de labios, miró a Camila que estaba horrorizada y le dijo:

—¿Qué dices?

—Que el hermano de Killian está tocando a la puerta. Y yo por supuesto que no pienso abrirle…

Brenda guardó la barra de labios en el bolso, se ahuecó el pelo con las manos y echó un vistazo con discreción a través de la ventana.

Y se quedó impresionada ante la visión de un tío alto, fuerte, moreno, guapísimo y al que el traje a medida le sentaba de maravilla.

—Joder, ¡qué bueno está!

—Es de familia. Los Macpherson están buenísimos. Pero ¿qué coño hará aquí? ¿Su hermano habrá recurrido otra vez a Connor para que meta las narices en mi vida privada? —inquirió Camila, con rabia.

Brenda, que seguía con la vista puesta en ese pedazo de tío que no tenía intención alguna de largarse, replicó:

—Vamos a averiguarlo.

Camila miró a su amiga espantada porque no podía estar haciéndole eso:

—¡Yo no estoy preparada para enfrentarme a un Macpherson! Mi terapeuta me ha dicho que necesito tiempo.

—Pero yo sí que estoy preparada y no tengo terapeuta que me de ninguna recomendación —repuso Brenda divertida.

Brenda era la hija de George Bain y también era abogada como su padre. Era hija única, y conoció a Camila cuando entró a trabajar en la casa en calidad de cuidadora de su abuela.

Allí pasaba muchas horas y poco a poco fue ganándose el cariño y el respeto de todos, hasta el punto que Camila acabó siendo como una más de la familia.

Por eso no dudaron en defenderla cuando Mackay la acusó de asesinato, por eso la acogieron con los brazos abiertos cuando Camila llamó a su puerta después de la bronca con Killian y por eso la estaban ayudando a recuperar lo antes posible la custodia de su hijo.

Y estaban a punto de conseguirlo porque George Bain era el mejor abogado de Escocia y su hija Brenda, abogada también, estaba siguiendo la senda de su padre y a pesar de su juventud, tenía a sus espaldas una trayectoria profesional envidiable.

Trabajaba en el bufete de abogados de su padre por méritos propios y tenía fama de que ganaba absolutamente todos los casos. Y eso que ella ponía siempre especial empeño en elegir los más difíciles.

Porque si algo le gustaba a Brenda Bain eran los retos.

Y esa mañana fría, en la que llovía a chuzos, abrir la puerta a Gare Macpherson se convirtió en un desafío de lo más interesante. Y más cuando su amiga le advirtió:

—Y tú no sabes quién está detrás de esa puerta. Gare es un mujeriego empedernido que jamás sentará la cabeza.

—Entonces, es de los míos, porque yo ni creo en el amor…

—Tú no sabes lo que es tener enfrente a un Macpherson. Consiguen que pierdas la cabeza y que te chorreen las bragas.

Brenda soltó una carcajada y le dijo a su amiga porque tampoco ese hombre se iba a tirar la mañana ahí fuera y con la que estaba cayendo.

—En serio, voy a ver qué quiere. Tú quédate escondida detrás de la columna…

—Tía, te estoy hablando en serio. No bromeo. El magnetismo y el carisma de los Macpherson son altamente peligrosos.

—¿Qué es lo peor que me puede pasar? ¿Qué me folle en el vestíbulo? —replicó Brenda divertida.

—Lo peor que te puede pasar es que te enamores de él.

Brenda dio un manotazo al aire, porque si algo tenía claro era que eso no iba con ella para nada:

—Tranquila, que estoy vacunada contra el amor. ¡Y ahora voy a abrir!

Brenda no se lo pensó más, abrió la puerta y Camila se escondió detrás de una columna desde donde podía escucharlo todo.

—¡Hola! ¡Buenos días, señorita! Soy Gare Macpherson y estoy buscando a Camila Gibson… —se presentó Gare a la chica que abrió la puerta y que le dejó absolutamente fascinado.

Era una pelirroja de melena ondulada, de unos veintitantos años, ojazos azules, alta, espigada y estilosa, que lo primero que hizo fue retarle con la mirada y replicar:

—¿Y para qué la buscas, Gare Macpherson?

A Gare le gustó tanto la forma desafiante con la que le miró, pero al mismo tiempo juguetona que respondió:

—Esa información solo puedo dársela a ella. Y sé que está aquí. Ayer por la tarde me comuniqué con el bufete Bain y me dijeron que esta era su dirección y que estaría en este lugar a primera hora de la mañana.

A Camila, que estaba con la oreja puesta, le gustó saber que esta vez Killian había decidido ir de frente y preguntar directamente al bufete. Pero ¿por qué quería que Gare hablara con ella?

No tenía ni idea, aunque en seguida salió de dudas cuando Brenda habló:

—Soy Brenda Bain. La hija de George Bain. Soy también abogada y Camila no quiere saber nada de los Macpherson.

A Gare ni le extrañó que esa chica tan segura y descarada fuera abogada, ni que Camila no quisiera saber nada de Killian, si bien él tenía una misión y le dijo mostrándole el maletín que sostenía en la mano:

—Vengo a entregarle la carta de finiquito y a transmitirle un mensaje urgente.

Brenda ni se lo pensó y le dijo con un gesto de la cabeza:

—Pasa al recibidor, que no quiero que el documento se moje.

Gare cerró el paraguas y le pareció muy divertido que le importara más el documento que él.

Mejor dicho, que le importara un bledo que él pudiera mojarse. Eso

era algo tan nuevo para él que le resultó provocador y fascinante.

Esa chica no se parecía a nadie que hubiera conocido jamás. Ni intentaba resultar seductora, ni agradarle, ni embaucarle, ni hacerle descaradamente la pelota, que era lo que él estaba acostumbrado que le sucediera con las mujeres.

Brenda Bain pasaba olímpicamente de él. Y eso era tal novedad que replicó encantado de la vida:

—Te agradezco tu amabilidad y gentileza.

—¡Déjate de chorradas y vete al grano! Ni soy amable ni mucho menos pretendo ser gentil.

Gare abrió el maletín y replicó con toda la ironía del mundo:

—No me había dado cuenta.

Luego, sacó el sobre con la carta del finiquito, se la entregó a Brenda y le habló esta vez muy serio porque lo siguiente que tocaba era la parte más difícil de la misión.

—Y ahora me gustaría que le transmitieras algo a Camila de parte de mi hermano. ¿Podrías tomar nota?

Brenda negó con la cabeza, se cruzó de brazos y respondió mordaz:

—¿Me has tomado por tu secretaria?

—Necesito, por favor, que Camila sepa algo. Es muy importante.

—Habla. Tengo buena memoria. Aunque tampoco abuses y te pongas a soltarme un rollo de quince folios.

Gare sonrió porque lo de esa chica era tan inusual que lo encontró de lo más estimulante y le dijo clavándole la mirada:

—Dile que Killian la ama, que siempre ha creído y confiado en ella, que lamenta todo lo ocurrido, que le pide sus más sinceras disculpas, y que si recurrió a los servicios de Connor solo fue para ayudarla. Jamás desconfió de quién es y nunca va a dejar de amarla.

Brenda al escuchar esas palabras en boca de ese tío tan *sexy* y tan buenorro y con esa voz tan profunda y varonil, se quedó tan impactada que pensó que su amiga tenía razón y esos Macpherson eran unos auténticos *mojabragas*.

Pero hasta ahí llegaba la cosa, por lo que borde como ella sola, inquirió:

—¿Eso es todo?

Gare negó con la cabeza y respondió sintiendo una extraña atracción por esa tía que pasaba de su culo:

—Dile también que Anne y Duncan están esperando un bebé. Sé que le encantará saberlo.

Y cuál no fue la sorpresa de Gare, que de repente apareció en el vestíbulo Camila y, con los ojos llenos de lágrimas por la emoción, preguntó:

—¿Anne y Duncan van a ser papás? ¿Cuándo?

—¡Hola, Camila! —le saludó Gare, que estaba felicísimo de verla.

—¡Hola, Gare!

Camila le dio un beso en la mejilla a Gare, pero disimuló la alegría que le dio verle.

Y Gare por su parte, sin que se le cayera la sonrisa de la boca, le dijo:

—Estás más delgada…

Y también tenía la mirada triste, pero prefirió callárselo y eso que tenía fama de bocazas.

Pero no lo era. Había sabido callarse y escuchar cómo Camila le pedía:

—Háblame de Anne y Duncan…

—Van a ser papás en siete meses. Están felices. Todos lo estamos. Pero el que nos tiene muy preocupado es Killian. He venido para decirte que te ama, te admira, te respeta y te pide perdón por la cagada. No era su intención hacerte daño y mucho menos lo hizo porque no se fiara de ti. Te adora… Eres la mujer de su vida. Y está que no levanta cabeza desde que te fuiste. Y en cuanto al trabajo, ya ha echado a cuatro secretarias. Dice que ninguna te llega ni al tobillo y…

Camila, que estaba con el corazón que se le iba a salir por la boca y los ojos llenos de lágrimas, interrumpió a Gare para pedirle:

—¡Basta, Gare, por favor! Te agradezco que te hayas tomado la molestia de venir, pero no puedo seguir escuchándote. Vivo centrada en recuperar a mi hijo y en mi vida no hay espacio para nadie más.

Gare que no pensaba marcharse de allí sin soltar la bomba incendiaria, replicó al tiempo que Brenda no le quitaba el ojo de

encima:

—Lo entiendo, pero no me voy a ir de aquí sin decirte que en la vida de mi hermano solo estás tú y que cuando un Macpherson entrega su corazón, lo hace para siempre.

Y tras decir esto, agarró el maletín, abrió la puerta y se marchó de allí dejándolas boquiabiertas…

Capítulo 27

Por mucho que asegurara Gare que Camila se había quedado muy impactada al escuchar su mensaje y que le aconsejara que fuera paciente, que al final todo acabaría solucionándose, Killian lo único con lo que se quedaba era con que Camila no estaba a su lado.

Que en ese momento de su vida prefería estar sola y quién sabía hasta cuánto se iba a alargar.

A él desde luego que se le estaba haciendo eterno, a pesar de que todo el mundo le animaba y le decía que no se agobiara que todo pasaría.

Pero es que no pasaba.

Cada día era peor que el anterior y el dolor de la ausencia cada vez era más grande.

Eso sí, desde que se había mudado a la casa de los Macpherson en Carnegie Hill para que le dejaran tranquilo, Beatrice le estaba cebando con guisos caseros exquisitos y aunque aún no dormía como solía hacerlo antes, sí que estaba logrando descansar un poco más.

Y luego tenía a Anne que le estaba ayudando mucho a sobrellevar la situación, porque desde que Camila se enteró que estaba esperando un bebé la llamaba a diario.

Y aunque en esas conversaciones Camila evitaba hablar de ella misma, por lo menos Killian tenía noticias de ella y sabía que seguía en Escocia con los Bain luchando por recuperar a William y tratando de poner orden en su cabeza, su corazón y su mundo.

Y el consejo de Anne era siempre el mismo, como el de todos, que tuviera paciencia, que el tiempo lo curaría todo y que confiara en el poder del amor.

Killian se aferró a eso, y así fueron pasando las semanas, lentamente, entregado al trabajo duro, al ejercicio, a la meditación, a la lectura, a estar con los suyos, a comer rico y a pensar en ella.

Porque no podía hacer otra cosa que pensarla y masturbarse a diario pensando en su olor, en su piel, en sus caricias, en sus besos…

Joder. Era tan difícil vivir sin ella…

Pero eso era lo que había y tocaba ser paciente, esperar y confiar.

Y una vez más, donde encontró fuerzas para inspirarse y seguir

adelante fue en el tatuaje que llevaba en la cara interna de su muñeca y que le recordaba quién era.

Un Macpherson. Un *highlander*. Un guerrero que con valor y voluntad iba a salir victorioso.

Porque no le valía otra cosa.

Amaba a Camila con todo su corazón y nadie iba a ocupar su lugar.

Era ella o ninguna.

Y la esperaría lo que hiciera falta…

Y así, con esa profunda y fuerte convicción, fueron pasando las semanas, hasta que llegó la junta general de accionistas de la cadena Mackay que se celebraba justo un par de días antes de Nochebuena y sucedió que todo dio un giro inesperado.

Porque cuando Killian apareció en la biblioteca inmensa del castillo de Mackay, que era el lugar donde se solía reunir la junta, y vio quién estaba allí se quedó muerto.

Más que nada porque quien estaba presidiendo la larga mesa no era Edward Roland, la mano derecha de Mackay, y la persona elegida por este para que tutelara a su nieto, sino la mismísima Camila Gibson.

Y estaba tan cambiada que parecía otra.

Llevaba el cabello recogido en un moño tirante y bajo, un traje sastre oscuro de buena calidad, taconazos altísimos y maquillaje sutil que le resaltaba los rasgos lo justo como para proyectar una imagen de mujer fuerte y emprendedora.

Y se la veía mejor que nunca. Empoderada, segura, confiada, con un control absoluto de la situación y más guapa que nunca.

Tenía un brillo especial en la mirada y una serenidad y una presencia de ánimo que no le había visto en la vida.

Ya no tenía nada que ver con esa chica que tenía un doloroso secreto oculto en lo más profundo de su corazón.

Ahora era una mujer valiente y fuerte que había luchado por lo suyo y estaba justo en el lugar que merecía.

Con su hijo y velando por sus intereses como una auténtica pantera.

Y sintió tanta admiración y orgullo por ella, que la sonrió y le dijo en cuanto hicieron contacto visual:

—¡Buenos días, señorita Gibson!

Camila le saludó con un gesto de la mano y luego replicó sin perder ese rictus de directiva seria y profesional:

—¡Buenos días, señor Macpherson!

Y tras saludarle a él, continuó dando la bienvenida al resto de recién llegados, pero sin poder dejar de pensar en que Killian estaba más guapo y *sexy* que nunca.

Ese día llevaba un traje de chaqueta a medida azul marino, con una corbata roja muy bonita, y se le veía con un aspecto inmejorable, aunque tenía la mirada bastante apagada.

En sus ojos había un poso de tristeza que le impactó mucho al verlo. Porque una cosa era lo que pudieran contarle los demás y otra comprobar por ella misma cómo se encontraba.

Se le veía tocado y le dolía en el alma, pero en ese momento tenía que volcar todas sus energías en la junta que tenía con los accionistas.

Además, ya habían llegado todos y decidió empezar cuanto antes, por lo que les invitó a sentarse y lo primero que hizo fue explicar por qué ella estaba allí:

—Bienvenidos a la junta general de accionistas. Soy Camila Gibson y estoy en la junta en calidad de representante y tutora legal de mi hijo William Mackay, el único heredero de Joseph Mackay. También deben saber que Edward Roland presentó hace días su dimisión en el cargo de presidente del consejo de administración, puesto para el que me postulo en esta junta. Pero vayamos por partes…

Camila siguió explicando el orden del día y Killian sintió una emoción infinita al enterarse en ese justo instante de que había recuperado a su hijo y que quería ponerse al frente de la presidencia del consejo de administración de la cadena Mackay.

Desde luego que su voto lo tenía desde ya y dado que él era el que contaba con la mayoría de las acciones, la presidencia era suya.

Y sabía que lo iba a hacer genial. A pesar de que Camila no había podido terminar los estudios por las circunstancias, sabía tanto de negocios y finanzas que estaba seguro de que lo iba a hacer mejor que nadie.

No había mejor candidata que ella para el puesto y no se merecía nada menos después de tanta lucha.

Luego, Camila pasó a cerrar el ejercicio, a mostrarles el balance, la cuenta de resultados y la propuesta de distribución.

Después, le presentó su plan para la compañía para los próximos cinco años, contando con la inyección de capital del fondo de Macpherson Inversiones y con el que tenía proyectado incrementar considerablemente la cuenta de resultados.

Camila tenía previsto reformar hoteles con solera y ampliar la presencia de la cadena en destinos de lujo de todo el mundo.

En suma, estaba dispuesta a llevar a la cadena Mackay a lo más alto, su apuesta era fuerte y propuso que se votara.

Hubo unos cuantos consejeros, de la misma cuerda que Joseph Mackay, accionistas conservadores y cortos de miras que se negaron en rotundo a los cambios.

Pero llegó la hora de las votaciones y Killian dijo sí.

A todo. No solo a los cambios sino a que Camila Gibson ocupara la presidencia del consejo de administración y que a partir de ese instante liderara el proyecto que a él le resultó apasionante.

Camila tenía muchas ideas, ambición, ilusión, ganas…

Era perfecta para el puesto y actuó en consecuencia, aun cuando le tocó soportar las miradas reprobatorias de la pandilla de vejestorios afines a Mackay que estaban en la junta.

Pero le dio lo mismo, sabía perfectamente lo que estaba haciendo y que estaba dejando la presidencia y el rumbo de la cadena en las mejores manos.

Y tras ser nombrada presidenta y aprobadas sus propuestas, se dio la junta por terminada y todos los consejeros y accionistas fueron abandonando la biblioteca alucinados y muchos sin disimular su enojo.

Él único que estaba feliz y exultante con lo ocurrido en la junta fue Killian que decidió ser el último en salir porque necesitaba felicitarla y decirle que había estado sencillamente maravillosa…

Capítulo 28

Sin embargo, fue Camila la que se acercó a él que estaba aguardando a que todos se fueran junto a la sección de Ciencias Naturales de la biblioteca y le dijo muy emocionada:

—Muchas gracias por apoyarme, Killian. Sin tu voto no podría haberme hecho con las riendas de la cadena.

El último accionista salió de la sala y, ya solos, Killian, negó con la cabeza y replicó:

—No tienes nada que agradecer. Es al revés. Soy yo el que te estoy agradecido por tus magníficas propuestas para la cadena Mackay. Tu plan de negocio es viable y sé que vamos a tener estupendos resultados incluso antes de lo previsto.

Camila le mostró un par de sillones de lectura que estaban junto a una estantería de maderas nobles atestada de libros antiquísimos y le preguntó:

—¿Tienes prisa? ¿Podemos hablar?

—No tengo nada hasta la hora del almuerzo, que he quedado con un cliente que está por la zona. Así que hablemos, pues estoy muy interesado en que profundicemos en más detalles sobre tus propuestas para la cadena.

Ambos se sentaron en los sillones, uno frente a otro, y Camila le preguntó que si quería algo...

—Puedo traerte café, agua, lo que desees…

Killian sintió que le daba un vuelco al corazón porque esas palabras le retrotrajeron a aquellos tiempos en que ella era su secretaria y no pudo evitar decir:

—Y sé que, si te pido un café, me lo traerás justo como yo quiero.

—Cortado en taza pequeña. ¿Quieres uno?

—No. No me apetece nada. ¿Te traigo yo a ti algo?

Camila sonrió, negó con la cabeza y le confesó tras morderse los labios:

—No te he pedido que te sientes para hablar del plan de negocio de la cadena Mackay. Ya tendremos tiempo de hablar de trabajo. Te he pedido que te quedes porque quiero hablarte de mí.

Killian que lo que menos esperaba era que Camila fuera a salir con

eso, carraspeó nervioso y masculló:

—Llevo esperando, con una paciencia que no sabía que tenía, que quieras hablar conmigo. Así que hazlo, háblame de ti…

Camila respiró hondo, le clavó la mirada y le dijo sintiendo que el corazón le latía muy fuerte:

—Me habría encantado tener esta conversación tranquila después de la firma con Mackay…

Killian se revolvió el pelo con la mano, bufó y reconoció arrepentidísimo:

—Pero yo la cagué y lo estropeé todo. Y no sabes lo que lo lamento. Te juro que no hay día que no me arrepienta de haber hecho las cosas de esa manera. No obstante, tienes que saber que no lo hice porque desconfiara de ti, ni porque quisiera contrastar las mierdas que me contó Mackay. Yo sé quién eres, yo…

Camila le interrumpió porque no tenía sentido seguir hablando de ello:

—Me habría encantado que hubieras esperado a que yo te contara lo que pasó. Cuando me enteré que habías recurrido a Connor para saber la verdad me sentí profundamente decepcionada, traicionada, triste, enojada… Pero ya en frío, y ahora que el tiempo ha pasado, puedo llegar a entender que, como no has dejado de insistir, lo hicieras porque necesitabas toda la información para batirte el cobre con Mackay.

Killian, que no podía creer que por fin estuviera escuchando aquello, replicó:

—Nunca he dejado de creer en ti, Camila. Te admiro tanto, no imaginas lo que he sentido cuando me he enterado en esta junta que has recuperado la custodia de tu hijo y que te has puesto al frente de la cadena Mackay para velar por sus intereses.

Camila le miró emocionada porque el camino hasta llegar hasta ahí había sido muy largo y duro, y decidió que había llegado el momento de contarle tal y como a ella le hubiera gustado hacerlo aquel día en que todo saltó por los aires:

—Estoy dispuesta a todo por mi hijo. Y ahora quiero que escuches mi historia. Es la de una chica que estaba en la universidad y que

tenía un grandísimo amigo que se llamaba Angus Mackay. Era un chico brillante, inteligente, divertido y deportista con el que congenié desde el primer día de clase, a pesar de que veníamos de mundos diferentes. Él era rico y yo era una pobretona que estudiaba con beca. Pero nos hicimos inseparables. Y enseguida me contó su drama. Era gay y su padre no lo aceptaba. Angus sufría muchísimo por eso. Y se desahogaba conmigo. Juntos pasamos grandes momentos. Teníamos una complicidad tremenda. Y una noche, en una fiesta, bebimos más de la cuenta y acabamos liándonos. Fue una tontería de lo que nos arrepentimos al día siguiente. Pero que tuvo unas consecuencias inesperadas. Me quedé embarazada y mi familia en cuanto se enteró lo primero que hizo fue ponerme en la calle. Así que me fui a vivir a la residencia de Angus y empecé a trabajar como cuidadora de ancianos para ganarme mi propio dinero. Angus quería ayudarme, pero a mí siempre me ha gustado ganarme la vida por mí misma. Y así fue como conocí a George Bain. Estuve cuidando a su madre hasta que murió y gracias a eso, cuando Mackay me acusó de haber envenenado a su hijo, me defendió y logró librarme de la cárcel. Y en cuanto al rumor que circulaba por aquel entonces de que yo era amante del juez era otro bulo más. Me veían entrar en el portal de su edificio porque yo cuidaba a una anciana que vivía en ese mismo bloque. Pero ese chisme se difundió como otros tantos… Y lo que pasó realmente fue que Angus se enamoró perdidamente de un chico que le partió el corazón y no lo superó. Estaba tan roto y tan mal que perdió toda esperanza, se deprimió y decidió quitarse la vida.

Killian que estaba escuchando el relato con suma atención, la interrumpió para decir:

—¡Qué horror! ¡Qué desesperado hay que estar para hacer eso!

—Creo que se le juntó todo, que su padre no aceptara su condición y el abandono de su gran amor hicieron que se hundiera en una depresión muy profunda de la que no logró salir.

—Y no quiero ni imaginar el dolor que te produciría su muerte.

—Angus era como de mi familia. Estuvo a mi lado en el embarazo, en el parto cortó el cordón umbilical y estaba feliz con su bebé. Adoraba a William y sé que luchó con todas sus fuerzas, pero perdió la

batalla. Me dejó una carta preciosa de despedida en la que me decía que nos quería a mi bebé y a mí y que no iba a dejar nunca de cuidar de nosotros desde el cielo.

Killian con los ojos empañados, solo pudo decir con unas ganas infinitas de abrazarla:

—Y seguro que lo está haciendo…

—Él desde luego que me ha dado la fuerza para tomar el mando de la empresa y para instalarme aquí.

—¿Vives en el castillo?

—De momento voy a seguir aquí, gestionándolo todo desde el castillo, como hacía Mackay. William estudia en un colegio de la zona, tiene aquí sus amigos… Tengo que quedarme. Él ya ha tenido suficientes cambios en su vida.

—Pero lo importante es que estáis juntos otra vez.

—Mackay me lo arrebató porque yo estaba hundida tras la muerte de Angus. Y me cansé de luchar. Cuando emprendió las acciones para arrebatarme la custodia, George Bain se ofreció otra vez para ayudarme, pero yo me negué. Estaba agotada. No quería pelear más. Y Mackay se aprovechó de ello, aportó un montón de pruebas falsas, me acusó de borracha y de no poder mantener a mi hijo y perdí la custodia. El resto de la historia ya la conoces… Y bueno, durante todo este tiempo, George y Brenda Bain, que son para mí como familia, jamás dejaron de animarme para que recuperara la custodia de mi hijo. Ellos además me tenían informada de todo. Tienen tantos contactos que sabía hasta cuando se le caía un diente. Pero yo no me veía con fuerzas para iniciar el proceso. Me sentía fatal. Mi familia me dio la espalda, la gente hablaba cosas horribles de mí y ¿sabes qué es lo peor? Que llegué a creerme que no valía demasiado y que merecía lo que me estaba ocurriendo. Que lo mejor que podía pasarle a mi hijo era estar lejos de mí. Pero dolía tanto su ausencia… He llorado tanto aferrada a las fotos que los Bain me enviaban de mi niño que no sé ni cómo pude salir de ese pozo. Bueno, sí que lo sé fue por ti…

Killian sintió que le daba un vuelco al corazón, la miró con un amor infinito en la mirada e inquirió:

—¿Por mí?

Capítulo 29

Camila tomó aire, asintió y luego dijo llevándose la mano al pecho y con la voz tomada por la emoción:

—Tú confiaste en mí desde el principio. Apostaste por mí, a pesar de que tenía la carrera sin terminar y no tenía experiencia en el puesto. Y siempre me hiciste sentir especial, valiosa e importante. Tú me ayudaste muchísimo a recuperar la autoestima dándome una gran oportunidad laboral y creyendo en mí desde el primer día. Gracias a ti empecé a quererme otra vez, a aceptarme y me fue cambiando el chip. Poco a poco dejé de tratarme tan mal, de autoflagelarme, de castigarme y ya cuando empezamos a salir juntos sentí que estaba incluso perdonándome. Y todo gracias a ti, a tu confianza, a tu apoyo, a tu amor incondicional… Y eso me dio tantas fuerzas que no solo pude plantarme frente a Mackay, sino que comencé a tener la certeza absoluta de que había llegado el momento de recuperar lo que me habían quitado. Y cuando estaba justo en ese proceso, cuando estaba a punto de abrirme a ti y contarte mi secreto, descubro que ya lo sabes y me lo tomé de la peor manera. Y no fui justa. He hablado mucho de esto en terapia. Estoy con ayuda profesional. Era algo que tenía que haber hecho hace mucho, pero siempre me negaba. Era una forma más de sabotearme. Estaba tan destruida que rechazaba cualquier ayuda.

—Hay que acudir a que nos ayuden cuando se necesita. No siempre se puede salir solo de las vicisitudes.

—A mí me ha ayudado tanto mi terapeuta que me ha hecho darme cuenta de que cometí un grave error contigo. Curiosamente, el mismo que los demás han cometido tantas veces contra mí. Te prejuzgué, Killian. Y no está bien, por eso necesitaba esta conversación contigo. Porque quiero que sepas que debo pedirte excusas…

—No tienes nada de lo que excusarte, Camila. Yo debí haber esperado a que me contaras tu secreto.

—Tú lo que hiciste fue intentar ayudarme, como siempre, con la mejor de las intenciones. Y yo lo decodifiqué fatal. Por eso te pido perdón. Y aprovecho también para darte las gracias por tu apoyo en el día de hoy. Gracias a ti voy a poder hacerme con las riendas de la

empresa y sé que con tu participación en la cadena vamos a hacerla llegar muy alto. Quiero que mi hijo herede un imperio sólido y solvente.

—Y así va a ser, Camila. Te lo prometo. Estamos juntos en esto y vamos a dejar a tu hijo un gran legado.

—Me he perdido tantas cosas con él. Nos han arrebatado tanto… Y lo peor es que el viejo Mackay se empleó a fondo para que William me odie. Piensa que como poco soy una bruja desalmada. Por eso también vamos a terapia… Espero que, con el tiempo, mi hijo pueda llegar a quererme…

Killian fue a replicar algo, pero justo en ese instante irrumpió William en la biblioteca y al verlos exclamó:

—¡Perdón! Pensé que no había nadie. Luego vengo.

Camila sonrió y le pidió con un gesto cariñoso de la cabeza que entrara:

—Pasa. Estoy con un amigo, Killian Macpherson… Killian, este es mi hijo William —dijo Camila con orgullo.

Si bien el crío contrarió el gesto y replicó porque sabía muy bien quién era:

—Le vi aquel día que estabais reunidos con el abuelo. Le pregunté quién era y me dijo que un tío que iba a meter mucha pasta en el negocio. ¿Ya la has metido?

Killian se echó a reír y Camila se apresuró a decir sin saber dónde meterse:

—No creo que tu abuelo te lo dijera con esas palabras.

—Lo estoy explicando con las mías —farfulló William cruzándose de brazos y con el ceño fruncido—. Y mejor ya me voy…

—Habrás venido a la biblioteca a algo —habló Camila.

—Obvio. A por un libro —respondió William, bastante borde.

—Dime qué libro es. No te vayas sin él —le dijo Camila, hablándole con mucho cariño.

—*Roverandom* de Tolkien —dijo el niño, encogiéndose de hombros.

La biblioteca de Mackay era enorme, antiquísima y como estaba organizada por temática era muy fácil ubicar un libro.

—Esa zona de la izquierda es literatura moderna. Busca por la T —

le indicó Camila a su hijo.

William se fue hasta esa zona donde no encontró absolutamente nada:

—El abuelo no tenía ni un libro de Tolkien —musitó apenado.

—Pero yo sí que lo tengo —replicó Killian, arqueando divertido una ceja.

—¿Dónde? —preguntó William que estaba ansioso por leer ese libro.

—En mi castillo. Leí ese libro cuando tenía tu edad y me fascinó. Aún conservo ese ejemplar en la biblioteca.

—¿Y tu castillo es el castillo Macpherson? ¿El que está junto al acantilado y es chulísimo? —replicó el niño que lo conocía bien.

—¿Lo conoces? —inquirió Killian, gratamente sorprendido.

—He hecho excursiones con mi abuelo, le encantaba visitar castillos. A mí también. El tuyo es uno de mis favoritos.

—Estáis invitados a venir cuando queráis —dijo Killian, con una sonrisa enorme porque ese crío no le pudo caer mejor.

—Yo necesito ese libro ya. Así que quiero ir lo antes posible —repuso William sin cortarse ni un pelo.

—Pero a lo mejor Killian tiene cosas que hacer y… —apuntó Camila que no quería que Killian se sintiera presionado para recibirlos.

A Killian, de repente, se le ocurrió una idea que a lo mejor era un poco loca y apresurada, pero era lo que más le apetecía del mundo:

—Pues una cosa que tengo que hacer es celebrar la Nochebuena y es dentro de dos días. ¿Qué tal si venís a pasarla mi castillo?

Y a William le faltó tiempo para acercarse a él, tenderle la mano y decirle:

—¡Trato hecho! ¡Choca!

—Antes de chocar tendremos que saber qué es lo que opina tu madre. A lo mejor tiene otros planes…—sugirió Killian que tenía que hacer esfuerzos para no troncharse con ese crío.

—Íbamos a pasarla con los Bain, pero si Will prefiere que vayamos a tu castillo, yo…

Camila no pudo seguir hablando porque el niño gritó exultante y luego le pidió a Killian:

—¡Genial! ¡Vamos a pasar las Navidades en el castillo Macpherson! ¡Choca!

Killian le chocó la mano y entonces William se fijó en el tatuaje que tenía en la muñeca:

—¿Y eso qué tienes en la muñeca qué es?

Killian le mostró el tatuaje y le explicó lo que era mientras el niño le escuchaba con suma atención:

—Es el lema de mi clan. Valor y voluntad. Todos los Macpherson lo llevamos tatuado para no olvidar nunca ni de dónde venimos ni lo que somos.

—Sois unos guerreros increíbles. Me lo dijo el abuelo cuando estuvimos viendo el castillo por fuera. Y yo quiero ser uno de los vuestros. ¿Me puedo tatuar también lo mismo? —preguntó con la vista puesta en el tatuaje.

Killian miró a Camila que se estaba mordiendo los carrillos para contener la carcajada y le respondió a su hijo:

—Me temo que eres demasiado pequeño para tatuarte.

—Pues lo haré de mayor —replicó William, con una sonrisa de trasto que no podía con ella—. Y me pondré lo mismo que Killian. Yo quiero ser un guerrero como él. Y ahora os dejo que a los novios les gusta estar a solas…

Y se marchó de allí dejándoles a los dos muertos de risa…

—¿Tú has visto cómo es mi hijo? —inquirió Camila que no podía parar de reír.

—Listo como el hambre.

—Su padre era muy inteligente.

—Y la madre también lo es.

—¡Ay, Killian! Deseo tanto hacerlo bien con él…

—Eres una mamá fantástica. Y te felicito por el hijo que tienes, no me ha podido caer mejor.

—Cuando ha dicho que éramos novios me he quedado estupefacta. Supongo que cuando nos vio en el despacho, Mackay le contaría que éramos pareja. Si no, no entiendo de dónde ha sacado eso de que somos novios.

—A lo mejor de la cara de tonto con la que te miro… —replicó

Killian, risueño.

Camila se rio y le preguntó a Killian feliz de la sintonía que había surgido con el crío:

—¿Me quieres explicar cómo has hecho para que te hayan bastado apenas unos minutos para ganarte a mi hijo?

—Los *highlanders* tiran mucho. Ya sabes…

—Te miraba con una cara de admiración tremenda. Pero no te sientas obligado a invitarnos a tu castillo. De hecho, el libro se lo puedo comprar ahora mismo en Amazon y…

Killian le interrumpió y le dijo con unas ganas infinitas de agarrarla por el cuello y besarla hasta quedarse sin aliento:

—Quiero pasar la Navidad con vosotros. No hay nada que desee más.

Camila sonrió, respiró hondo y luego dijo porque el plan no podía ser más perfecto:

—Pues allí estaremos, señor Macpherson. Y ahora tengo que dejarte. Tengo una reunión en cinco minutos con el diseñador que he escogido para que se ocupe de la nueva decoración de interiores de la cadena.

—Vas como un tiro —comentó Killian.

—Voy a trabajar muy duro. Y te juro que no te vas a arrepentir de haber invertido en nosotros.

—Siempre lo he sabido, Camila. La cadena Mackay de por sí era un buen negocio, pero contigo a los mandos es un exitazo seguro.

Camila sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo entero y solo pudo decir:

—Gracias, Killian.

Killian se acercó a ella, aspiró ese aroma suyo tan inconfundible a rosas que le puso duro al instante, le dio un beso en la mejilla y le dijo al oído con su voz tan profunda y varonil:

—Te dejo. Y os espero en Nochebuena. Sé que estas van a ser las mejores Navidades de mi vida.

Y Camila, obviamente, sintió como las braguitas se le empapaban…

Capítulo 30

Después de una cena de Nochebuena maravillosa, se sentaron frente a la chimenea y William que estaba fascinado con la decoración navideña del castillo Macpherson le preguntó a Killian:

—¡Tío, no dejo de fliparlo con tus luces y tus adornos!

Killian, que había pedido al personal del castillo que le ayudaran a decorarlo como cuando su madre vivía, replicó:

—Eran de mi madre. Le encantaba la Navidad y le gustaba decorar la casa de esta manera tan recargada.

—¿Y dónde está tu madre? —preguntó el niño arrugando el ceño.

Killian dio un sorbo a su copa de champán y respondió con nostalgia, porque no había día que no la echara de menos:

—En el cielo. Se me fue cuando tenía más o menos tu edad.

—Yo tengo a mi padre en el cielo también. Pero no le conocí —dijo William con la vista perdida en el fuego.

Camila, recordando a Angus con mucho cariño, le contó a su hijo:

—Tu padre era increíble. Era muy divertido, siempre nos estábamos riendo. Y le encantaba cantar, lo hacía fatal, pero cantaba a todas horas. Y era muy inteligente. Y le fascinaba leer como a ti. Era muy buen estudiante. Y además se le daban bien todos los deportes…

William se quedó mirando a su madre y recordó algo que le dolió mucho a Camila:

—El abuelo siempre decía que papá solo tuvo la mala suerte de conocerte.

Camila se quedó sin palabras, como siempre que William decía cosas parecidas, pero el que sí que habló fue Killian:

—Tu abuelo nunca conoció a tu madre, pero yo sí y puedo decirte que es la persona más maravillosa que he conocido jamás.

Killian se quedó mirando a William y le preguntó algo que a Camila le sentó como una puñalada:

—Y ¿si es tan maravillosa porque no quiso saber nada de mí hasta hace poco?

Camila con los ojos llenos de lágrimas, se mordió los labios para no llorar y Killian respondió:

—Tu madre siempre ha sabido de ti, que estuviera lejos por las

circunstancias no significa que no te tuviera presente en todos y cada uno de los días de su vida, y que conociera todo lo que te pasaba a través de lo que le contaban los Bain.

William, que no tenía ni idea de lo que Killian le estaba contando, inquirió:

—¿Y los Bain cómo sabían de mí?

—Tenían sus contactos —respondió Killian misterioso.

—¿Me espiaban? ¡Jo, cómo mola! Y yo sin enterarme…

—Tu madre estaba enterada de todo. Pero no podía acercarse a ti porque sucedieron cosas con tu abuelo que algún día conocerás, cuando seas grande.

William se enroscó el dedo en un mechón de pelo y le confesó a Killian:

—Mi abuelo lo que me contó fue que mi madre no me quería y que por eso se fue.

Dos lágrimas corrieron por el rostro de Camila que no podía ni articular palabra y Killian le explicó al crío:

—Tu madre se fue porque después de que tu padre se muriera tu abuelo le puso las cosas muy difíciles. Y no le quedó más remedio que irse muerta de la pena y queriéndote a más no poder. No obstante, en cuanto se ha sentido con fuerzas otra vez, ha peleado como una leona para recuperarte.

William, que tenía una mirada muy viva y escuchaba a Killian con mucha atención, preguntó:

—¿Y por qué debería creerte a ti y no a mi abuelo?

Killian le mostró todos los cuadros de sus antepasados que les rodeaban y respondió:

—¿Ves a todas estas personas? Son mis antepasados y si por algo nos distinguimos los Macpherson es porque somos gente de palabra. En mi clan aborrecemos las mentiras. Nos repugnan. Y yo te estoy diciendo la verdad, Killian. Te doy mi palabra de *highlander*…

El crío se quedó mirando a Killian y solo pudo musitar con la boca abierta:

—¡Guau! ¡Qué serio te has puesto, tío! Hasta he llegado a acojonarme…

Killian, que estaba sentado al lado del niño, le agarró por los hombros y le dijo:

—Tienes una madre magnífica, que te ama con todo su ser y que ha peleado como una auténtica guerrera para poder estar contigo. Créeme si te digo que jamás he conocido a una persona tan valiente, tan buena y tan luchadora como tu madre.

Camila no pudo evitar romper a llorar y William al verla así, se levantó para sentarse a su lado y decirle:

—¿Qué te pasa? Killian está hablando cosas muy bonitas de ti. Y mira lo que dice: los de su clan nunca mienten. Así que tiene que ser verdad. No llores, por favor…

Camila se tapó el rostro con las manos de la vergüenza que le estaba dando, luego intentó calmarse un poco y por fin retiró las manos y le dijo a su hijo:

—Nos separaron cuando eras un bebé, no he podido hacer de mamá por cosas que pasaron, pero te prometo que yo nunca he dejado de serlo y ahora me encantaría que me dejaras que lo fuera.

William se encogió de hombros y agobiado por ver a su madre llorar replicó:

—Yo no tengo que darte permiso para ser mi madre. Ya lo eres, mamá.

Y tras decir esto, William abrazó a su madre por primera vez desde que se habían reencontrado…

—¡Es la primera vez que me llamas así! —exclamó Camila que una vez más estaba agradecida a Killian, por haber sido el artífice de ese milagro.

William se apartó de ella, sonrió y le dijo sacando un clínex del bolsillo:

—Es que esta es la primera vez que por fin alguien me ha explicado que tú siempre me has querido. Y ¡sécate esas lágrimas, que tenemos que estar contentos!

Camila cogió el clínex, se enjugó las lágrimas y le explicó a su hijo:

—Tu pensabas que era una bruja piruja y yo no sabía cómo hacer para que te dieras cuenta de que no lo soy.

—¡Menos mal que tenemos a Killian que nos ha aclarado un poco el

tema! ¿Verdad, Kill?

Killian se partió de risa, porque ese crío era lo más, y luego replicó:

—Menos mal que os tengo a vosotros, que me estáis haciendo disfrutar de una Navidad sencillamente perfecta.

—¿Perfecta? —replicó William torciendo el morro—. Pero sí mamá está llorando a moco tendido y aún no hemos abierto los regalos.

—Es que aún no son las doce… —le recordó Killian, divertido.

—¿Y qué tal si cantamos un poco hasta que llegue la hora? —propuso William que, de pronto, se puso de pie y se dirigió al piano que tenían en el salón.

—¡Por mí perfecto! —exclamó Killian.

—Yo no sabía que a mi padre le gustaba cantar. Yo soy igual. Lo he debido heredar de él. Canto también de pena, pero me encanta. Y como estamos en Navidad, ¿qué tal si cantamos un villancico?

A Camila y a Killian les pareció una idea estupenda y William se sentó frente al piano y empezó a tocar *Noche de paz*.

Y tocar lo hacía de maravilla, pero cantar…

—¡Dios, vaya si canta mal! —le cuchicheó Killian a Camila mientras le escuchaban dar esos berridos.

—¡Es igual que su padre! —exclamó mirando a su hijo, con una sonrisa enorme.

—Pero qué bonito es todo esto. ¿No te parece? —replicó Killian.

Camila asintió porque en la vida podía haber llegado a imaginar que iba a tener una Navidad tan preciosa.

Luego, después de los villancicos abrieron los regalos que Killian había dejado junto al árbol y William con lo que más enloqueció fue con:

—¡El libro de Tolkien que quería! ¡Y está sobadísimo! ¿Es el tuyo, Kill? ¡Me vas a regalar tu libro! —exclamó William emocionadísimo con el regalo.

—Ya es tuyo.

William besó el libro de la ilusión que le hacía que Killian le hubiera regalado ese libro que significaba tanto para él. Y acto seguido les dijo:

—Yo también tengo unos regalos para vosotros. Para Killian tengo

esto…

William se arremangó la camisa y le mostró a Killian el lema de su clan que había pintado a bolígrafo en su muñeca:

—El lema de los Macpherson —dijo Killian emocionado, con el gesto tan bonito que había tenido el niño.

—Quiero ser un guerrero como tú. Y como mi madre… Y por eso me he pintado esto. Quiero que sepáis que quiero ser uno de los vuestros. Y que me encanta que hayas cuidado a mi madre todo este tiempo, Killian. Y a ti, mamá, no tenía pensado regalarte nada, pero esta noche me he enterado de lo más importante y es que me quieres, y mi regalo es decirte que ahora que nos vamos conociendo más, ya no pienso que seas la bruja pirulí.

Camila se echó a reír, abrazó a su hijo entre lágrimas y musitó:

—¡No podías hacerme mejor regalo!

—¿Lloras y ríes a la vez? —le preguntó William tras mirarla extrañadísimo porque jamás había visto a nadie con esa capacidad.

—¡Es que soy muy feliz! ¡Y estoy desbordada! Ya no sé ni lo que hago…

—Si quieres me pongo a cantar otro poco a ver si se te pasa.

—Cantar, mejor que no… —dijo Camila, muerta de risa.

—¿Le pedimos a Alexa que nos ponga música electrónica? —propuso Killian, que tampoco podía parar de reír.

—¡Anda, Kill, no disimules que yo voy a pedirle a Alexa lo que realmente quieres! ¡Alexa! —gritó William al aire—. ¡Pon música de bailar agarrado!

Killian soltó una carcajada y luego reconoció que William tenía razón, que se moría por bailar pegado junto a Camila…

Capítulo 31

Después de una noche que ninguno iba a olvidar jamás, se retiraron a sus habitaciones, si bien Camila, antes de echarse a dormir escribió un wasap a Killian para darle las gracias por todo:

CAMILA:

Killian infinitas gracias por regalarme las Navidades más bonitas y mágicas de mi vida, y por conseguir que William no me vea como la bruja del cuento. ¡Has logrado en una noche mucho más que un montón de sesiones de terapia!

Killian que ya estaba metido en la cama, en cuanto escuchó la notificación, abrió el wasap y leyó feliz el mensaje de Camila al que replicó:

KILLIAN:

Gracias a ti por querer pasar las Navidades junto a mí. Jamás olvidaré esta noche. Y de tu hijo, qué te voy a decir… ¡Ya es uno de los nuestros! ¡Es estupendo! Y estoy deseando que cumpla dieciocho años para que se tatúe de verdad nuestro lema. Es un crío increíble. Y hoy me ha demostrado que no solo es inteligente y que las caza al vuelo, sino que tiene un corazón grande y generoso, con el que ha sabido ver tu verdad. Yo no he hecho nada esta noche. Ha sido él el que se ha dado cuenta de que tiene una madre maravillosa y no sabes cuánto me alegro…

Camila no pudo evitar emocionarse al leer las palabras de Killian y le escribió al momento:

CAMILA:

¡Estoy llorando otra vez! ¡Menuda noche llevo! ¡Pero qué bonita! Estoy tan feliz que ni tengo sueño…

Killian también estaba feliz y tampoco tenía sueño, así que se le ocurrió algo…

KILLIAN:
¿Tú sabes que en este castillo hay puertas ocultas?

Camila que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando, se apresuró escribir:

CAMILA:
¿Puertas ocultas? ¿Dónde?

Killian sonrió divertido con su ocurrencia y le escribió antes de que se arrepintiera:

KILLIAN:
Hay unas cuantas. La que tú tienes más cerca es una que se encuentra al final del pasillo a la izquierda.

Camila, que estaba más que intrigada con lo de las puertas ocultas, preguntó:

CAMILA:
¿Y adónde conduce esa puerta?

Killian esbozó una sonrisa lobuna y le escribió con unas ganas locas de jugar…

KILLIAN:
¿No prefieres descubrirlo por ti misma?
Camila sonrió y le faltó tiempo para saltar de la cama y mirarse en el espejo del cuarto de baño.
Lucía un conjunto de lencería roja de lo más *sexy* que se había puesto por lo que pudiera pasar.
El beso en la mejilla del otro día le había hecho mojar las braguitas y ella decidió que tenía que estar preparada para todo.
Por eso le había pedido a Brenda que la acompañara a comprarse un modelito para la ocasión. Y asesorada por ella acabó llevándose el

vestido más corto y más escotado de la tienda y un conjunto de lencería que era para poner cardiaco a cualquiera.

Pero el vestido ya se lo había quitado y, como no era plan vestirse otra vez, decidió ponerse encima de la lencería la bata de cuadros de franela que se había traído de casa para estar calentita.

Un horror de bata y desde luego que la menos apropiada para seducir a todo un señor *highlander*. Pero Camila era muy friolera y no pensaba recorrerse los pasillos del castillo en lencería fina y casi transparente.

Así que se puso la bata, se colocó un poco de *gloss* en los labios, se ahuecó la melena con las manos y salió de la habitación para adentrarse hasta el final del pasillo.

Y allí encontró una puerta que abrió y apareció otro pasillo mucho más estrecho y oscuro que tuvo que iluminar con la linterna de su teléfono móvil para poder adentrarse en él.

Y lo que vio le dio un agobio tremendo, pues no solo tenía pánico a los espacios cerrados, sino que además tenía auténtica fobia a las arañas y ese jodido pasillo estaba repleto de telarañas.

Pero tenía que cruzarlo…

Tenía que meterse sus miedos en el bolsillo y llegar al final como fuera.

Y así, mientras Camila hacía unas respiraciones profundas y luchaba como la guerrera que era contra sus miedos, Killian decidió dejar su teléfono móvil sobre la mesilla de noche, convencido de que ella se habría quedado dormida y que por eso no respondía.

Luego, se tapó hasta arriba con la colcha, cerró los ojos y le sobrevino un dulce sopor que provocó que se quedara dormido al instante.

Y en tanto que Killian sucumbía a ese sueño cada vez más y más profundo, Camila, hiperventilada y con el corazón que se le salía por la boca, se adentró por ese pasillo estrechísimo que parecía no acabar nunca.

Y así continuó caminando por él, hasta que, después de librarse de otro montón de telarañas, atisbó una puerta que abrió ansiosa por escapar de ese tortuoso pasillo.

Y lo que apareció ante sus ojos fue Killian que dormía plácidamente cubierto hasta arriba con la colcha:

—¡Killian! —gritó Camila que no daba crédito.

Killian siguió durmiendo como un tronco porque era de los que cuando cogía el sueño no le despertaba ni una banda de música y, como Camila lo sabía, se sentó a su lado en la cama y le zarandeó divertida:

—¡Killian, maldita sea! ¡Despierta!

Killian abrió los ojos y mirando alucinado a Camila preguntó…

—¿Camila? ¿Eres tú? ¿Estás aquí o estoy soñando?

—¡Claro que estoy aquí!

—¿Y cómo has acabado metida en mi cama? Lo último que recuerdo es que nos intercambiamos unos mensajes y que tú no respondiste al último.

—Me has preguntado que si me atrevía a descubrir adónde conducía la puerta y mi respuesta es esta. Claro que lo que menos pensaba era que iba encontrarte sobadísimo.

Los dos se echaron a reír y luego Killian la miró todavía sin creer lo que estaba pasando:

—No me puedo creer que estés en mi cama.

—Ni yo me creo que haya sido capaz de atravesar ese pasillo. ¡Soy claustrofóbica y me dan pánico las arañas! ¿Tú sabes lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí?

Killian se incorporó, le quitó unos restos de telarañas que tenía en el pelo y respondió:

—¡Mi valiente guerrera! ¡Cuánto te admiro!

Y los dos se quedaron frente a frente, mirándose a los ojos, luego a las bocas, y Camila solo pudo musitar con el corazón desbocado:

—El ataque que no me ha dado en el pasillo, me temo que me va a dar ahora.

—¿Por qué? —preguntó Killian que se acercó más a ella, hasta que casi los labios se rozaron.

Camila con la vista puesta en la boca de Killian que se moría por besar dijo agónica:

—Porque necesito que me beses…

Capítulo 32

Killian la agarró por la nuca, se apoderó de la boca jugosa y la besó con todas sus ganas. Pidió pasó con su lengua, Camila entreabrió los labios y el beso se hizo muy húmedo y profundo, con las bocas perfectamente acopladas.

Y después de ese beso, Killian le dijo acariciándole por el cuello:

—¡Estas tan jodidamente *sexy* con esa bata!

Camila se echó a reír y replicó al tiempo que se desanudaba la bata:

—Si la bata te parece *sexy*, no sé qué te parecerá esto…

Camila se despojó de la bata y le mostró su conjunto de lencería en rojo, de encaje y casi transparente que provocó que Killian dijera:

—¡El que va a sufrir un paro cardiaco voy a ser yo!

Luego, la miró como si fuera una auténtica divinidad y se lanzó al cuello blanco y largo para mordisquearlo hasta que le arrancó un gemido.

Acto seguido, descendió a besos hasta los pechos, que acarició a través de la tela del sujetador, y luego mordisqueó los pezones duros que tanto le gustaban.

Y así siguió bajando a besos hasta que llegó al ombligo donde hundió la lengua.

Camila, entonces, se tumbó y empujó a Killian hacia abajo, para que siguiera en su descenso.

Killian le concedió su deseo, descendió hasta el pubis, aspiró su exquisito e inconfundible olor a través de la tela de las braguitas, le abrió las piernas y atrapó su sexo con la boca.

Camila gimió al sentir cómo Killian tomaba con la boca su sexo mojado y luego lo mordisqueaba sutilmente…

—¡Cuánto te he echado de menos, Camila! —musitó Killian, que la empujó delicadamente para que se diera la vuelta.

Y ya bocabajo, le acarició la espalda y después las nalgas redondas y prietas que lucían perfectas con ese encaje tan excitante.

Camila se dejó llevar por esas caricias y confesó mientras deseaba que aquello no acabara nunca:

—¡No he dejado de soñarte, Killian! Me he masturbado tantas noches pensando en ti…

Killian le dio un mordisco en la nalga, después la palmeó, la giró otra vez, le bajó las braguitas y, tras mirarle con un hambre infinita, masculló:

—No ha habido noche ni día en que no haya soñado con tenerte entre mis brazos otra vez. En hundirme muy dentro de ti y en follarte como un auténtico salvaje…

Y tras decir esto, enterró el rostro en la vulva y comenzó a devorar sus pliegues, a saborearla a fondo, a hundir la lengua en su estrechez, a estimular sutil y hasta con los dientes el clítoris que estaba durísimo.

Y cuando Camila ya no podía más, cuando tiraba del pelo de Killian para soportar tanto placer, él enterró dos dedos dentro de su interior, los curvó lo justo para estimularle su punto del placer y comenzó a follarla con sus dedos.

Y lo hizo como él sabía que le gustaba, como le estaba pidiendo con sus jadeos y con su cuerpo entero.

Killian lo hacía tan bien que llegó un punto en que Camila sintió que no podía más y gritó:

—¡Dios, Killian! Voy a correrme…

—Espera. Tengo una auténtica y urgente necesidad de sentir cómo me aprietas con tu coño…

Killian retiró los dedos del estrecho interior y se giró para sacar un condón de la mesilla de noche, pero de repente notó la mano de Camila sobre su hombro que le dijo:

—Por mí no hace falta que uses condón.

Killian, que estaba sorprendido con la propuesta de Camila, le recordó:

—Yo estoy sano. Me hago controles…

—Lo sé. Y yo también estoy sana.

Killian, sintiendo unas mariposas increíbles porque la propuesta de Camila implicaba algo tremendamente fuerte y profundo, replicó:

—Y yo desde luego que estoy dispuesto y preparado a asumir todas las consecuencias.

—Y yo necesito sentirte sin que nada nos separe. Ni siquiera un condón de látex. Te quiero a ti y solo a ti. Y mi grado de compromiso con esto que tenemos llega al punto que deseo hacerlo así y con todas

las consecuencias.

Killian la besó en la boca, hundiendo hasta el fondo su lengua, se colocó sobre ella y se hundió de una embestida dura y seca.

Camila gritó con esa exquisita invasión, él la miró y se convenció de que no se podía sentir más amor dentro de su pecho:

—Somos uno, Camila.

Camila sintiéndose más conectada que nunca con él, sintiendo efectivamente que eran uno, le besó y le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—Te amo, Killian. Te amo con todo mi corazón.

Killian volvió a entrar y a salir un par de veces en su interior y le dijo:

—Y yo, preciosa. Te amo y nunca voy a dejar de hacerlo…

Volvieron a besarse y seguidamente Killian comenzó a hacerle el amor como solo lo puede hacer un *highlander*.

Se entregó a fondo, dándolo todo, clavándose una y otra vez en el estrecho interior, arrancándole tales gemidos que Camila ya sí que no pudo aguantar mucho más…

—Me corro, Killian…

Killian al sentir cómo los músculos internos de Camila comenzaban apretarle muy duro tampoco pudo resistir mucho más, empujó varias veces dentro de ella, contundente y profundo, y masculló…

—Yo también, ¿quieres mi leche?

Camila gritó que sí, que la necesitaba dentro de ella, toda, hasta la última de sus esencias, y Killian sucumbió a un orgasmo brutal que descargó por completo en el estrecho y palpitante interior.

Y así se quedaron unos instantes, con los cuerpos pegados, jadeantes y sudorosos, y cuando los espasmos de Camila cedieron, él se salió de la estrechez y se tumbó a su lado…

—Qué fantasía poder llenar tu coño de leche… Y perdona que sea tan vulgar, pero ha sido un sueño Camila. Y lo que implica. Porque para mí esto ha sellado algo…

Camila recorrió el perfil de Killian que tanto le gustaba con el dedo índice y musitó:

—Para mí ha significado lo mismo que para ti, Killian. Es la primera

vez que hago el amor sin protección. Y si lo hago es porque sé que estoy con la persona con la que quiero pasar el resto de mis días.

Killian, que no podía creer lo que estaba escuchando, replicó para cerciorarse de que no era un sueño:

—¿De verdad?

—Absolutamente.

Killian soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y le confesó:

—Este tiempo que hemos estado separados han sido durísimos para mí. Todos me decían que tuviera paciencia, que tú necesitabas tiempo y que precisamente sería ese tiempo el que pondría todo en su sitio. Pero yo no tengo paciencia para el amor.

—Y enviaste a Gare para que lo supiera —musitó Camila, mirándole de un modo muy dulce.

—Envié a mi hermano para que te pidiera disculpas por mi cagada y para que supieras que te amo y que cuando un Macpherson entrega su corazón lo hace para siempre. Y el mío hace mucho que es tuyo. Posiblemente, lo es desde el día en que apareciste por primera vez en mi despacho y supe que no te parecías a nadie.

—Yo sentí algo parecido aquella primera vez, pero mi vida ha sido tan complicada que ha hecho que nuestra historia no sea fácil. Tenía tantos miedos y tantas inseguridades, necesitaba tanto reconstruirme que, aunque sufrí muchísimo y no había día ni hora que no te extrañara, me ha venido muy bien ese tiempo de separación. Además, la terapia me ha ayudado mucho para darme cuenta de demasiadas cosas. Y una de ellas es que tú siempre has estado a mi lado, desde aquella primera oportunidad que me diste, hasta cuando decidiste amarme a pesar de todo. Venciste todas tus resistencias por mí y apostaste por nuestro amor. Y como te dije he acabado entendiendo que pediste ayuda a Connor porque no querías que Mackay tuviera ventaja. Y luego me has apoyado en la junta y sobre todo en lo que más me importa: has conseguido que deje de ser una bruja pirulí para mí hijo… Así que por todo esto, por lo que me gustas, por lo que te deseo, por lo que te admiro y por miles de cosas más, ¿cómo no te voy a amar? Es imposible… Te amo, Killian. Te amo tanto…

Capítulo 33

Tras despertar después de una intensa y salvaje noche de amor, se fueron a la ducha juntos y cuando ya estaban vestidos para ir a desayunar con William, Killian le dijo a Camila muy serio:

—Antes de bajar, me gustaría decirte algo.

Camila le miró extrañada porque no entendía a cuento de qué se había puesto tan circunspecto de repente y preguntó:

—¿El qué?

—Algo que he comprado y que me hace muchísima ilusión entregarte precisamente el día de Navidad.

—Anoche ya me diste un montón de regalos. ¡No necesito nada más! —exclamó Camila batiendo las manos.

—Sí que necesitas una cosa. O al menos me gustaría que la necesitaras. Un momento, por favor…

Camila contempló con suma curiosidad cómo Killian abría la mesita de noche y sacaba una cajita roja de terciopelo con la que regresó junto a ella.

—¡Qué intriga, por favor! ¿Qué traes ahí? —preguntó Camila, tirando de las mangas de la sudadera enorme de Killian, que se había puesto para bajar al desayuno.

Killian abrió la caja, apareció un anillo precioso de oro blanco y diamantes y le respondió sintiendo que no podía estar más seguro de lo que estaba haciendo:

—Es un anillo con el que te quiero pedir que te cases conmigo.

Camila se quedó estupefacta, miró a Killian y, sin dar crédito, solo pudo farfullar:

—¿En serio?

Killian se estaba tomando aquello tan en serio que clavó una rodilla en el suelo y le preguntó con la mirada azul más brillante que nunca:

—Camila Gibson, estoy enamorado hasta las trancas de ti, te amo y no concibo mi vida sin tu sonrisa, sin tus besos, sin tus caricias… Eres mi principal certeza, tal vez la única. Y por eso me pregunto si querrías casarte conmigo…

Camila temblando entera, se quedó mirando a Killian que estaba muy emocionado y replicó muy nerviosa:

—¡Madre mía! ¡Killian Macpherson me está pidiendo matrimonio!

—Sí, ¡soy Killian Macpherson! ¿Preferirías que fuera otro Macpherson el que te pidiera la mano? —replicó Killian divertido.

—No. Yo solo quiero que me lo pidas tú. Pero es que es tan increíble que va a ser cierto lo de la magia de la Navidad. Yo estaba convencida de que después de lo que pasó entre nosotros, poco a poco iríamos retomando la amistad y tal vez algún día y, si tú no estabas con nadie, a lo mejor hasta podía surgir otra vez la chispa…

Killian puso un gesto de espanto tremendo porque Camila no se estaba enterando de nada:

—¿Estar con alguien? ¿Pero aún no te ha quedado claro que cuando un Macpherson entrega su corazón es para siempre? Yo si quieres te lo repito en bucle…

Camila se partió de risa y luego le explicó lo siguiente:

—Lo que estoy queriendo decirte es que lo que menos esperaba era que fueras a pedirme matrimonio. Esto me pilla tan de sorpresa que me cuesta hasta creerlo…

—Yo lo que sé es que cuando volví a verte en la junta tuve tan claro lo que quería que fui a comprar el anillo de pedida. No necesito pensarlo más, ni más tiempo, ni nada por el estilo. Eres tú. Eres la mujer de mi vida, pero si tú necesitas más tiempo, yo…

Killian hizo el amago de levantarse, pero al momento Camila le gritó en un tono muy simpático:

—¡Quieto! ¡No te muevas de ahí!

Killian sonrió, arqueó una ceja y le preguntó ansioso por conocer su respuesta:

—¿Quieres que siga de rodillas? ¿Para qué, Camila?

A Camila le faltó tiempo para tenderle la mano y replicar…

—Porque quiero el anillo. Yo en ningún momento he dicho que necesite tiempo, sino que te he comentado cómo yo creía que iban a ir las cosas entre nosotros después todo lo que había pasado. Ni en mis mejores sueños me imaginé que iba a suceder esto, pero qué quieres que diga: ¡estoy feliz! Y no necesito ni un segundo más para pensarlo porque sí, Killian, ¡sí, quiero casarme contigo!

Killian sintiéndose el hombre más feliz del mundo, le puso el anillo,

luego se incorporó, la estrechó entre sus brazos y tras darse un beso de película le dijo:

—Me temo que vas a ser una Macpherson…

—Y yo me sé de alguien al que le va a hacer una ilusión tremenda porque…

Camila no pudo acabar la frase, pues de repente se escuchó cómo alguien tocaba la puerta y luego decía:

—Tío, Killian, perdona, pero es que…

Killian al escuchar la voz de William abrió la puerta y le preguntó:

—Dime, ¿estás bien?

William se encogió de hombros y respondió con mucha guasa:

—Todo lo bien que puede estar alguien que lleva esperando como una hora más o menos a que bajéis a desayunar. A ver, que yo puedo pasar a la cocina, coger una fruta y servirme un vaso de leche. Pero como es Navidad, he pensado que es mejor que desayunemos en familia.

Killian, que no podía sentir más simpatía por ese crío al que estaba cogiendo cariño por momentos, replicó:

—Tú lo has dicho. Es lo que somos. Familia. Los tres. Tu madre a la que acabo de pedir matrimonio, tú y yo.

William abrió los ojos como platos, miró a su madre que apareció detrás de Killian y que alzó la mano para que viera el anillo y exclamó:

—¡Has hincado la rodilla, Kill! ¡Qué huevos, tío! Eres mi héroe. Y me alegro un montón por vosotros. Y por mi porque esto ¿qué significa? ¿Nos vamos a quedar aquí en el castillo Macpherson o qué planes tenemos?

Camila y Killian se echaron a reír y luego ella le dijo a su hijo:

—Tu colegio está al lado del castillo Mackay y allí sería donde tendríamos que vivir…

—A mí no me importa desplazarme, solo estamos a cincuenta kilómetros. Y este castillo mola más que el otro… Y ya sé que soy un Mackay y no tendría que decir esto, pero es que el castillo Macpherson es tela de guapo. ¿Sabes que he abierto una puerta y he aparecido en la otra punta del castillo?

Camila qué le iba a contar a su hijo de esas puertas ocultas, si una de ellas le había llevado a la felicidad absoluta y respondió:

—Lo sé. Y tienes toda la razón. Este castillo es la bomba. Pero Killian tiene su vida en Nueva York. Así que, de momento, él estará allí y nosotros…

Killian la interrumpió porque no tenía pensado separarse más de ella bajo ningún concepto y afirmó:

—Perdona, pero Killian tiene su vida donde esté su futura esposa y su hijo William. Así que ni de coña vais a estar vosotros aquí y yo allí en Nueva York muerto de asco. Yo me vengo a Escocia con vosotros y lo del tema de en qué castillo vivimos lo iremos resolviendo sobre la marcha.

A William le pareció tan fantástico que propuso ya sin más:

—Genial. Y si no te importa, cuando vengamos para acá, me pido ya para siempre la habitación donde he dormido esta noche. ¡Tiene unas vistas que lo flipas! Y Ralph me ha contado que es desde la que más se escuchan las pisadas del fantasma del castillo.

—Perfecto. Esa será tu habitación. Y cuando vengan tus hermanos, pues… —comentó Killian.

—¿Hermanos? ¿Estáis esperando mellizos o algo así? —preguntó William tras revolverse el pelo.

—No. De momento. Pero si Dios quiere aumentaremos la familia… —respondió Camila que desde luego que deseaba tener más hijos con Killian.

—¡Me viene genial! —exclamó William levantando los pulgares—. Yo estoy harto de ser hijo único. Es tan aburrido no tener a quien darle la turra… Y llevo pidiendo un perro al abuelo desde que recuerdo. Adoptar un perro sería ya lo máximo. Así que, por mi parte, no hay problema. Podemos ampliar la familia lo que queráis…

Killian levantó la mano para que el crío se la chocara y tras hacerlo replicó:

—¡Trato hecho, campeón! Adoptaremos un perro y en cuanto a los niños… ¡A ver con qué nos sorprende la vida…! De momento, me ha traído a ti. Ya sé que jamás podré ocupar el lugar de tu padre y que cuida de ti desde el cielo, pero siempre me vas a tener a tu lado para

lo que necesites. Y aunque seas un Mackay, para mí ya eres uno de los míos…

William se sintió tremendamente especial con las palabras de Killian y dijo con orgullo:

—Digamos que soy un Mackay-Macpherson… ¿A que suena bien?

Todos rompieron a reír y Camila pensó que esa familia que acababa de formarse, no podía ser más bonita…

EPÍLOGO

Un año y un día después, tras pasar unas Navidades increíbles en el castillo de los Macpherson, tuvo lugar la boda de Camila y Killian.

Se celebró en la capilla del castillo y ella entró del brazo de su hijo William Mackay-Macpherson que no podía estar más orgulloso de su madre.

Y ella de su hijo.

Atrás ya quedaron los tiempos en que William pensaba que su madre era una bruja y muchísimo más atrás los otros en que los separaron de la manera más cruel.

Ahora estaban juntos, formaban una preciosa familia junto a Killian, y estaban recuperando poco a poco todo el amor y el cariño que en su día les arrebataron.

Por eso ese día Camila no pudo sentir más amor al caminar hacia el altar del brazo de su hijo al que adoraba y al ver que quien le esperaba, con unos nervios increíbles y rabiosamente guapo con la vestimenta de gala de *highlander,* era Killian Macpherson.

El hombre de su vida.

Ni más ni menos.

El *highlander* con el que soñó de niña y con el que tuvo la corazonada de que estaba destinado para ella.

El que había creído en ella, el que la respetaba, el que la quería, el que la apoyaba, su amigo, su confidente, su amante y cuando acabara la ceremonia también su esposo.

Y Killian al verla llegar con un vestido de estilo medieval de larga cola, con el que estaba bellísima del brazo de William al que ya quería como si fuera su hijo, se sintió el hombre más dichoso del mundo.

Luego, cuando ella se situó junto a él, se dieron un beso y Killian le cuchicheó al oído:

—Estás a punto de casarte en Escocia, con un escocés y su tartán. ¿De verdad que sabes lo que estás haciendo?

Camila sonrió, con esa sonrisa preciosa que a Killian le volvía loco y respondió:

—Tú tienes la culpa de que cambiara de opinión. Y sí, sé absolutamente lo que estoy haciendo y voy hasta el final. ¡Contigo,

siempre!

Killian le agarró de la mano con una emoción que no le cabía en el cuerpo y empezó la ceremonia que los invitados siguieron expectantes desde sus bancos.

En primera fila estaban el abuelo de Killian, Leopold, William, Anne, Duncan y Archie, el bebé precioso de la pareja que les tenía con unas ojeras hasta los pies, pero felices como ellos solos.

Detrás de ellos estaban Rob, Gare, George Bain y su hija Brenda que sostenía otro bebé que apenas tenía tres meses.

Su nombre era Bonnie y fue concebida el día de Navidad, aquella noche que fue tan especial para sus padres.

La noche que lo cambió todo y en la que después de que su madre venciera los miedos adentrándose por ese pasillo estrecho y oscuro repleto de telarañas se encontró con el hombre de su vida. Y tuvieron una noche muy mágica que nueve meses después dio el fruto más hermoso.

Aunque a ellos les costó creerlo, porque no esperaban que esa criatura fuera a llegar tan pronto, la recibieron con los brazos abiertos y todo el amor del mundo.

Para Camila era un sueño volver a ser mamá otra vez y emprender esa aventura sabiendo que era una mujer fuerte y poderosa que iba a ser capaz de hacer frente a lo que viniera.

Y más teniendo a Killian a su lado, su guerrero fiel y leal siempre dispuesto a luchar por los suyos a brazo partido.

Y para Killian el nacimiento de su hija significó sentir el amor más especial y más puro que había conocido en su vida.

Un amor que extendía a William, porque, aunque tuviera un padre en el cielo, sentía que ese chico también era parte de él.

Y en lo que respecta a William adoraba a su hermana y ya estaba deseando que creciera para leerla cuentos de Tolkien, corretear por los prados con su perro Yak y enseñarle lo que significaba ser un Macpherson.

Porque, aunque él no lo fuera, se sentía como uno de ellos.

Luego, había muchos más invitados, personas que los apreciaban y que los querían como Mandy y Murray que iban por su segundo

embarazo o como Connor, o como la gente del trabajo de Macpherson Inversiones que fueron testigo de ese amor o los empleados de la cadena Mackay que estaban encantados con el cambio de aires de la compañía y sentían un gran aprecio por su nueva jefa.

Y la ceremonia siguió su curso, hasta que llegó el momento de darse el «sí, quiero» que emocionó a más de uno…

Porque a Gare se le puso tal nudo en la garganta que tuvo que fingir un ataque de tos, aunque la estirada de Brenda Bain le echara una mirada de las suyas cargadas de desprecio.

Claro que lo Gare no sabía era que Brenda estaba haciendo verdaderos esfuerzos para aguantar el tipo, porque tenía unas ganas de llorar que no podía con ellas.

Y es que, aunque ella creyera que el amor era algo que no iba con ella, era más que evidente que lo que tenían Camila y Killian era algo tan hermoso que conmovía.

Y como conocía su historia, sabía lo que habían sufrido para estar juntos y lo que había costado que ese amor triunfara, estaba muy emocionada.

Pero no quería que Gare Macpherson la viera llorando…

No quería que se pensara que era la típica chica romántica que fantaseaba con la llegada de su príncipe azul en las bodas ajenas.

Ella ni soñaba con casarse, ni mucho menos con encontrar a su gran amor.

Exactamente lo mismo que Gare que era alérgico al compromiso y que si algo tenía claro era que él no se iba a poner la soga que tan gustosos se habían puesto sus hermanos.

Claro que una cosa son los deseos y otra lo que el destino nos tiene deparado.

Y a Brenda y a Gare el destino, aunque ellos aún no lo supieran, les tenía preparada una buena…

Pero eso es otra historia.

La de Camila y Killian acaba aquí…

Con el beso que se dieron tras darse el «sí, quiero» y con la promesa de amor eterno que los dos supieron que iban a cumplir.

Porque Camila amaba a Killian con toda su alma y porque Killian

era un Macpherson y ellos aman para siempre…

No te soporto, highlander

dINA reed

©Dina Reed, marzo, 2023

©Todos los derechos reservados

Foto de portada:

iStock by Getty Images iStock.com/PeopleImages

Diseño de portada: DR

Queda prohibido, dentro de los límites establecidos, reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin el permiso expreso y por escrito de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

SINOPSIS

Gare es el tercero de los hermanos Macpherson y el más mujeriego de todos. Es guapo a rabiar, *sexy*, divertido, canalla, multimillonario y tiene clarísimo que, a pesar de que todas suspiran por él, jamás sentará la cabeza.

Bueno, en realidad todas están locas por él, menos una pelirroja que le ignora.

Brenda Bain es una joven abogada, fuerte, segura y descarada que ni sueña con enamorarse, ni con encontrar el amor, más que nada porque no cree en él.

Es algo que no va con ella, hasta que se muda a Nueva York y su mundo se pone del revés.

Sobre todo, cuando descubre que el maravilloso apartamento que ha alquilado solo tiene un terrible inconveniente, y es que su vecino de enfrente es Gare Macpherson, al que no soporta. Le parece un tipo vanidoso, creído, arrogante y no quiere nada con él.

O sí. Solo una cosa. Sexo.

Justo lo mismo que desea Gare, que siente una atracción brutal por esa pelirroja estirada y borde que no se parece a ninguna.

Ambos ponen las cartas sobre la mesa y la pasión se desata, pero con una condición que ambos pactan: no enamorarse bajo ningún concepto.

Todo un reto, provocador y fascinante, en el que está en juego mucho más de lo que imaginan, porque el amor no entiende de pactos ni de planes.

¿Se atreverán a enfrentarse al desafío más excitante de sus vidas y caerán en las redes del amor?

Capítulo 1

Brenda echó un vistazo por el fabuloso ventanal de su apartamento en la Quinta Avenida, aquella mañana fría de febrero, dio un sorbo a su café humeante y pensó que tenía mucha suerte.

Y todo se lo debía a Anne, la esposa de Duncan Macpherson, que era agente inmobiliaria y le había conseguido esa maravilla a un precio increíble.

Además, había logrado crear unas estancias tan acogedoras que, a pesar de que Brenda solo llevaba un día instalada, ya se sentía como en casa.

Así que antes de empezar con las primeras llamadas de trabajo, decidió telefonear a Anne para agradecerle que le hubiera hecho tan fácil la mudanza:

—¡Anne, te llamo para decirte que no puedo ser más feliz! ¡Tengo el apartamento más bonito de Nueva York y es gracias a ti! ¡Eres lo más, amiga!

—¡Cuánto me alegro! Hemos trabajado muy duro para que todo estuviera listo para tu llegada —comentó Anne que estaba encantada con que Brenda estuviera satisfecha.

—¡Está todo perfecto! ¡Y hasta me habéis ordenado el vestidor, que para eso soy un desastre!

—Claire ha sido la responsable de organizar tu ropa y ha hecho un trabajo estupendo. La decoración es moderna, funcional y con carácter, muy a tu estilo, y yo creo que ha sido otro acierto.

—¡Completamente! Me siento mejor que en mi casa de Escocia. ¡No te digo más! —exclamó Brenda, exultante.

—¡Te creo! Hemos peleado una barbaridad para que este apartamento fuera tuyo. Tenía un montón de pretendientes, pero al final nos hemos llevado el gato al agua. Tenía que ser tuyo, no había más opciones.

—Camila me dijo que eras la mejor agente inmobiliaria de Nueva York y no se equivocó. ¡Es una preciosidad de apartamento! Y si no hubiera visto el vuestro, diría que es el mejor de Nueva York.

Camila era la mejor amiga de Brenda y estaba casada con Killian Macpherson, el segundo de los hermanos y tenían una ricura de bebé

llamada Bonnie.

Killian se dedicaba a las finanzas, trabajaba en Macpherson Inversiones, la compañía multimillonaria que fundó en su día el abuelo y que hoy era un referente en todas las escuelas de negocio.

Se dedicaban a comprar empresas sólidas, pero en horas bajas, reflotarlas y hacerlas tremendamente rentables.

La familia provenía de Escocia, de un antiguo clan de *highlanders*, tenían su castillo en las Tierras Altas, pero la residencia se radicaba en Nueva York, donde se ubicaba su mansión.

Los Macpherson eran cuatro hermanos y todos se dedicaban a las finanzas menos Duncan, el mayor, que era un atractivo y *sexy* actor de éxito.

Duncan estaba casado con Anne que era agente inmobiliaria y tenían un precioso bebé llamado Archie.

El segundo de los hermanos era Killian que, como ya hemos contado, estaba casado con Camila, que era la directora del grupo hotelero Mackay, tenía un hijo de una relación anterior llamado William y luego estaba Bonnie, el bebé que había tenido junto a Killian.

El tercero de los hermanos era Gare, que era un soltero empedernido, y el pequeño era Rob que estaba terminando la universidad.

—¡Están a la par! Pero te entiendo porque la primera vez que visité este apartamento me quedé deslumbrada —confesó Anne que estaba refiriéndose al lujoso apartamento que compartía con Duncan también en la Quinta Avenida.

—Aunque me temo que te quedarías más deslumbrada todavía con Duncan —habló Brenda, con un tono de voz de lo más divertido.

Anne suspiró y dijo la pura verdad, porque no había otra:

—Los Macpherson son imponentes.

Brenda se echó a reír y le comentó con la misma sinceridad:

—¡Siempre le digo a Camila que los Macpherson son unos auténticos *mojabragas*!

Anne soltó una carcajada, pues Brenda estaba en lo cierto; pero había algo más:

—Para qué te voy a decir lo contrario. ¡Lo son! ¡Y además son unas personas extraordinarias!

Brenda había tenido la oportunidad de conocer a los Macpherson al completo en la boda de Camila y Killian, que se había celebrado apenas un par de meses atrás en el castillo Macpherson de las Tierras Altas, y creyó conveniente matizar con guasa:

—Lo son todos los Macpherson menos la oveja negra de Gare. Ese solo debe tener extraordinaria la polla porque lo demás…

Anne no pudo evitar partirse de risa, si bien salió en defensa de su cuñado al que adoraba:

—Gare tiene un gran corazón que es puro fuego. Como los Macpherson es noble, generoso y capaz de todo por los suyos. Lo que pasa es que le gustan demasiado las mujeres y encima tiene a Nueva York entero suspirando por él.

Brenda chasqueó la lengua y creyó más que conveniente precisar:

—A Nueva York entero no, porque yo estoy aquí y no suspiro por él. ¡Es que ni borracha perdida lo haría!

Anne se tronchó de risa y, como se había percatado de la química que había entre ellos cuando estaban juntos, le aconsejó:

—No lo digas muy alto, a ver si te vas a arrepentir.

Brenda arrugó el ceño y aclaró una vez más para que Anne no se llamara a engaño:

—¿Yo? ¡Ni de coña! Ni aunque estuviera atrapada en una isla desierta. ¡Antes me lo monto con una palmera!

—Pues yo creo que…

Anne no pudo terminar la frase, porque Brenda escuchó el timbre de la puerta y la interrumpió para decir:

—¡Están llamando a la puerta! ¿Quién será? Yo no he pedido nada.

—Nosotros te enviamos ayer las flores de bienvenida y la cesta de frutas. No obstante, tiene que ser algo para ti porque de lo contrario el portero no le habría dejado subir.

Brenda, muy intrigada, exclamó al tiempo que se dirigía hasta la puerta:

—¡Voy a ver quién es!

—¡Perfecto!

Si bien Brenda se quedó de piedra cuando a través de la videocámara comprobó quién estaba al otro lado de la puerta:

—¡No puede ser! ¡La madre que lo parió!

Anne notó a Brenda tan alterada que le preguntó preocupada:

—¿Qué pasa, Brenda? ¿Está todo bien?

—¿Me quieres decir que hace Gare Macpherson recién duchado y en albornoz en la puerta de mi casa?

Anne estalló en risas y respondió para que se tranquilizara:

—Supongo que habrá ido a darte la bienvenida.

Brenda sin dejar de mirar a Gare por la videocámara, replicó mientras pensaba que ese *highlander* era un auténtico escándalo de tío: uno noventa, moreno, pelo abundante, mirada de canalla, cejas espesas, nariz recta, boca en su justo grosor, sonrisa de dientes blancos y perfectos, mandíbula cuadrada y un cuerpazo que dejaba sin aliento.

—¿La bienvenida? —inquirió Brenda—. ¿Y se planta en mi casa así? Porque seguro que no lleva nada debajo. ¡No me jodas que se ha venido en la moto vestido de esa guisa!

Llegados a ese punto, Anne decidió contarle un pequeño detalle que hasta ese momento había obviado por el bien de Brenda:

—¡No le ha hecho falta coger la moto para plantarse en tu puerta porque vive justo enfrente de ti!

Brenda abrió los ojos como platos, se puso muy nerviosa de repente y replicó:

—¡Esto tiene que ser una broma! ¿Gare vive en los apartamentos de enfrente?

Anne soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y respondió temiéndose la reacción de Brenda:

—No. Vive en tu mismo edificio y en tu misma planta. ¡Es tu vecino de enfrente!

Brenda se apretó el puente de la nariz, mientras observaba cómo Gare estaba sonriendo de oreja a oreja frente a la puerta y repuso ofuscada:

—¿Y se puede saber por qué no me lo has contado antes?

—Porque si lo llegas a saber, habrías renunciado al mejor apartamento de la ciudad. Y tenía que evitarlo como fuera.

—¿Ocultándome el pequeño gran detalle de que soy vecina del tío que más aborrezco del universo?

—¡Qué exagerada! ¡Gare es encantador!

—¡De serpientes! Por si no tenía bastante con que fuera el cuñado de mi mejor amiga, ahora resulta que también lo tengo de vecino.

Anne entendió a Brenda, puesto que ella también tuvo los mismos reparos con su marido Duncan al principio.

—Yo también estaba convencida de que Duncan era un mujeriego, engreído e insoportable, pero tuve la oportunidad de conocerle durante un viaje a las Highlands y descubrí quién era realmente.

Brenda resopló, puesto que si algo tenía claro era que Duncan no se parecía en nada a su hermano Gare.

—Tú tenías prejuicios hacia él por los inventos de la prensa. Pero es que Gare es realmente un golfo —le recordó Brenda—. ¡En la boda de Camila y Killian le vi besarse con tres tías! Y me imagino que aquello acabaría como poco en orgía.

—Es soltero. Ya le llegará la hora de sentar la cabeza.

Brenda soltó una carcajada porque aquello le parecía tan imposible como que las ranas volaran.

—¡Gare se va a pasar la vida entera saltando de cama en cama!

Sin embargo, Anne no era de la misma opinión ya que había visto cosas en Gare que le hacían pensar lo contrario:

—Es un chico cariñoso, familiar, generoso, protector… Y tengo la intuición de que va a acabar cayendo como el resto de los Macpherson. ¡Y más ahora que te tiene de vecina!

—¿Cómo que me tiene de vecina? ¿Qué estás insinuando? —habló Brenda, con un mosqueo tremendo.

Anne no se anduvo con rodeos y exclamó convencida de que entre ellos se podía liar la más grande:

—¡Eres perfecta para él!

Brenda prefirió tomárselo a risa, porque aquello era tremendo y repuso:

—¿Cómo tengo que decirte que paso de él?

Y justo en ese instante volvió a sonar el timbre de la puerta, pero esta vez con una insistencia de lo más irritante:

—Tenéis mucho en común. ¡Y a Gare le encantan los retos! —aseguró Anne.

—¡Pues conmigo va listo! Y ahora voy a abrir porque me está taladrando los tímpanos con el puñetero timbre…

Capítulo 2

Brenda se despidió de su amiga, colgó, abrió la puerta con un cabreo considerable, le clavó la mirada al *highlander* y soltó:

—¿Qué pretendes, Macpherson? ¿Quemarme el timbre?

Gare se carcajeó a la vez que no podía quitar la vista de encima de la pelirroja más *sexy* que había conocido en su vida.

Brenda Bain era una chica alta, esbelta y estilosa, de melena ondulada, ojos de un azul profundo como el mar, pómulos altos, nariz respingona y boca carnosa en forma de corazón.

Llevaba puesto lo mismo que él, un albornoz blanco que le sentaba de maravilla, y solo pudo exclamar divertido:

—¡Vengo a darte la bienvenida, vecina!

Brenda bufó, frunció el ceño y le dijo para que le quedara claro lo que había:

—Si Anne me hubiera dicho quién es mi maldito vecino, no habría alquilado este apartamento.

—¿De verdad que habrías renunciado a tener el mejor apartamento de Nueva York con tal de no tenerme de vecino?

Brenda alzó una ceja y respondió batiendo las manos:

—¿Todavía lo dudas? ¡No te soporto, *highlander*!

Gare se lo tomó a risa y replicó en un tono de lo más burlón:

—¿Por qué aún no has estado en mi cama?

—¡Gilipollas! —bufó Brenda, exasperada.

—¡Estaba bromeando! —le aclaró Gare encogiéndose de hombros.

Brenda resopló, se echó la melena hacia atrás y repuso muy seria:

—Tu sentido del humor me parece patético. Así que abstente de hacerme bromitas. No sé si todavía no te has dado cuenta de que no tengo nada que ver con las tías que te ríen las gracias.

Para Gare, que estaba acostumbrado a que todas las tías babearan por él, esa situación era tan novedosa y desconcertante, que decidió ser sincero:

—Todas las chicas se ríen conmigo. De hecho, tú eres la primera que considera que soy patético.

Brenda no quiso ser injusta y matizó para que quedara constancia:

—Tu sentido del humor es patético.

Gare le clavó la mirada, intensa y profunda, y dijo con una sonrisa de lo más lobuna:

—Y yo te caigo como el culo.

Brenda pensó que Gare Macpherson era posiblemente el tío más bueno que había visto en su vida, pero eso no le iba a anular el juicio ni el sentido crítico y replicó:

—¡Qué listo eres, *highlander*! ¡Has acertado! ¿Quieres una zanahoria?

Gare se fijó en que había una cesta con frutas sobre la mesa del salón y no se le ocurrió nada mejor que apartar a un lado a Brenda y entrar en la casa diciendo:

—Zanahorias, no. Gracias. Pero sí esa manzana roja que tienes en la cesta y que está pidiendo a gritos que me la coma.

Brenda se quedó alucinada al ver cómo ese tío había tenido no solo el morro de meterse en su casa, sino de robarle una manzana así sin más:

—¿No sabes lo que son los modales, Macpherson? —inquirió Brenda, que estaba que se subía por las paredes.

Gare dio un buen mordisco a la manzana y respondió tan tranquilo:

—Me has ofrecido una zanahoria y prefiero una manzana. ¿Qué problema tienes con mis modales?

—No te he invitado a que entres en mi casa.

Gare se dirigió de nuevo hasta la puerta y, ya fuera de la casa, le explicó con esa mirada canalla suya:

—Me conozco tu casa de maravilla. Samantha Bright, la antigua inquilina, es una chica muy divertida y muy loca, que daba unos fiestones increíbles. Me lo he pasado muy bien en esta casa y espero seguir haciéndolo.

Brenda se cruzó de brazos, esbozó una sonrisa triunfante y le aseguró rotunda:

—¡Pues te vas a quedar con las ganas!

—¿Tan aburrida eres, señorita Bain? ¿No piensas dar ni una sola fiesta en tu apartamento? —le provocó Gare.

Si bien ella no cayó en la trampa y le dijo mirándole desafiante:

—Lo que haga o deje de hacer a ti te tiene que importar un bledo.

—Pero resulta que eres la mejor amiga de mi cuñada, le caes genial a mi familia y no han dejado de pedirme que te haga tu estancia lo más llevadera posible.

—Tu familia es genial. Adoro a tu abuelo, a tu padre, a tus hermanos, a tus sobrinos…

—Ya, ya sé cómo va a acabar la frase: a todos los Macpherson, menos a mí —le interrumpió Gare.

—¡Exactamente! ¡Bingo! —exclamó Brenda, alzando los pulgares.

—De todas formas, aunque me detestes, quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras. Estás recién llegada a Nueva York y está ciudad impone.

—A mí no me impone para nada. Ni esta ciudad, ni nada, ni nadie. Sé cuidarme sola —aseguró Brenda, que una seguridad que no era impostada: estaba diciendo la pura verdad.

Gare dio otro mordisco a su manzana al tiempo que pensaba en que esa chica no se parecía a ninguna que hubiera conocido antes y no solo era por esa seguridad aplastante, su fortaleza y su determinación, era que pasaba tanto de él que era algo de lo más novedoso.

Es que ni se esforzaba lo más mínimo ni en seducirle, ni en coquetear, ni en ni siquiera caerle bien.

En fin, que realmente le importaba un rábano a esa chica. Y eso era tan deliciosamente nuevo para él que estaba encantado:

—Pero también te gustará desconectar y divertirte —insistió Gare.

—La última persona con la que lo haría sería contigo. Así que ya sabes lo que hay —repuso Brenda, encogiéndose de hombros.

Y Gare, tras terminarse la manzana, exclamó asombradísimo con esa chica que le había impresionado desde el primer día que se conocieron en Escocia, cuando fue a llevar un mensaje importante para Camila:

—¡Me encantan las personas que van al grano! No me gusta que me hagan perder el tiempo.

—Ni a mí. Así que demos por finalizada esta absurda conversación.

Brenda empujó la puerta y, cuando estaba casi entornada, Gare puso la mano para evitar que se cerrara y le dijo:

—Me parece que estamos teniendo una conversación de lo más interesante.

—Es obvio que somos completamente diferentes, Macpherson —insistió Brenda.

Gare pensó que sí, que eran muy diferentes pero que eso era lo que lo hacía tan divertido y único:

—Si todos fuéramos iguales el mundo sería muy aburrido. ¿No te parece?

Brenda bufó y le explicó para que entendiera de una vez por todas:

—A las ocho y media tengo una reunión en mi despacho. No soy una mujer ociosa como las que estás acostumbrado a frecuentar.

Gare sonrió y le dijo mirándole con una admiración que Brenda encontró de lo más sincera:

—Eres la mejor abogada de Escocia.

No le estaba haciendo la pelota, ni quería agradarle, lo decía porque sentía que era la verdad. Y lo cierto era que Brenda había trabajado tan duro en el bufete de abogados de su padre, donde se había especializado en los casos más difíciles, que podía decir sin temor a pecar de falsa modestia que era una de las mejores de Escocia, a pesar de que solo tenía veintiséis años.

Pero aún le quedaba mucho por demostrar y esa era la razón que le había llevado a Nueva York:

—Y ahora tengo el reto de ser la mejor de la Gran Manzana.

Gare se quedó impresionado con la convicción y la seguridad con la que hablaba y, con una admiración que iba en aumento, repuso:

—Has sido muy valiente por abandonar tu zona de confort en el bufete de abogados que fundó tu padre y empezar sola desde cero, en una ciudad donde tienes muchísima competencia.

—Me gustan los desafíos. Y necesitaba un cambio. En Escocia toqué techo y decidí que había llegado el momento de volar sola. ¡Y aquí estoy!

—Y yo te doy la bienvenida. La pena es que tenga la nevera vacía y no pueda ofrecerte nada. Por cierto, ¿no tendrás por ahí leche, cereales, naranjas y café? —inquirió Gare, con una sonrisa de lo más diablesca.

Brenda se echó a reír, pensó que ese *highlander* tenía la sonrisa más *sexy* que había visto en su vida, y le preguntó pensando que no podía

tener más morro:

—¿Lees en alguna parte que ponga que esto es un supermercado?

—Son cosas normales entre vecinos. Con Samantha lo hacía. Unas veces yo le pedía café y otras ella me pedía un… plátano.

Gare había dicho la primera fruta que se le había pasado por la cabeza, sin embargo, Brenda se partió de risa y aseguró:

—Tu plátano.

Y Gare decidió que lo mejor era ser sincero con Brenda, porque sí, su inconsciente le había traicionado:

—Mi plátano también, pero éramos dos personas solteras y sin compromiso, que decidían libremente tener sexo.

Brenda pensó que no le extrañaba que esa chica se tirara a su vecino cuando le viniera en gana porque estaba buenísimo. Tenía un cuerpazo de empotrador que era como para perder el sentido, pero ella lo tenía todo tan claro que le dijo:

—Tú tranquilo, que yo no te voy a pedir nunca nada. ¡Y mucho menos tu plátano!

Gare con la tontería, sintió que su plátano despertaba, se ponía durísimo y masculló:

—Nunca digas nunca.

Brenda no pudo evitar que la vista se le fuera al tremendo bulto que de repente había aparecido bajo el albornoz del *highlander* y pensó lo que debería ser follar con ese cañonazo de tío.

Si bien apartó al instante ese pensamiento absurdo de la cabeza y afirmó:

—Yo sí que lo digo: nunca va a pasar nada entre nosotros.

Y sin más, le dio con la puerta en las narices…

Capítulo 3

Una semana después, y tras unos días de trabajo durísimos, Brenda decidió aceptar la invitación de Anne para asistir al estreno de la película de su marido Duncan.

Se puso un vestido rojo entallado, unos buenos tacones, se recogió la melena en un moño elegante y se plantó en el estreno dispuesta a desconectar un rato con una buena película de acción y luego con la fiesta posterior.

Pero nada más llegar a la gran sala de cine donde se estrenaba la película, en el corazón de Manhattan, se percató de que habían acudido todos los Macpherson.

Incluido él.

Gare.

Su vecino al que no había vuelto a ver desde el rocambolesco recibimiento con su pedazo de plátano en ristre y que esa noche estaba más guapo que nunca con un esmoquin negro que lucía como nadie.

—¡Buenas noches, vecina! —exclamó Gare, después de que Brenda saludara a toda su familia.

—Buenas noches, Gare —replicó sin mostrar la más mínima emoción.

—¡Menudo recibimiento! ¡Soy el único Macpherson al que pones esa cara!

—No tengo otra para ti —murmuró Brenda, frunciendo el ceño.

Gare se acercó a ella, y con un olor amaderado de lo más cautivador, le cuchicheó al oído:

—¿Es por lo del plátano?

Brenda al sentir el cálido aliento de ese cañonazo de hombre en su oreja no pudo evitar sentir un estremecimiento que la recorrió entera, tragó saliva y respondió muy seria, apartándose un poco de él:

—Me importa un bledo lo que hagas con tu maldito plátano.

—Ya, ya sé que pasas de mi plátano. O eso es lo que tú dices —bromeó divertido.

Y a Brenda la bromita le sentó como una patada en el estómago y replicó enojada:

—¿Cómo puedes ser así de engreído y arrogante? ¿Crees que todo el universo suspira por tu platanito?

Gare soltó una carcajada, se revolvió el pelo con la mano, se mordisqueó los labios en un gesto que no pudo resultar más *sexy* y repuso:

—¿Platanito? Es la primera vez que una mujer llama a mi polla de esa manera. Lo normal es que me digan que tengo un pollón y descripciones semejantes.

Brenda puso una cara de asco tremenda y le exigió cruzándose de brazos:

—¡Ahórrate las descripciones! No quiero seguir con esta conversación tan ridícula, más propia de una adolescente en celo que de un hombre hecho y derecho.

Sin embargo, Gare seguía sin entender qué estaba ocurriendo con esa chica que no se parecía a ninguna:

—Solo quiero saber por qué eres así de dura conmigo. Con mi abuelo, por ejemplo, te deshaces, pero a mí no paras de darme caña.

Brenda batió las manos y le interrumpió para que no tuviera dudas de que:

—Tu abuelo es un amor de hombre. Y toda tu familia. Pero tú… Tú eres tú. Y no te soporto. ¿De verdad que voy a tener que tatuármelo para que lo asimiles?

Gare sintió que Brenda no estaba siendo justa con él, que le estaba prejuzgando y refunfuñó:

—Joder, ¡pero no me conoces!

Brenda sonrió, pues era obvio que no había más que conocer a uno de su especie para conocerlos a todos y afirmó:

—Sí, sí que te conozco. Todos los canallas como tú sois iguales. ¡Todos!

Gare entornó la mirada, al empezar a percatarse de lo que estaba ocurriendo:

—Ah, ¡o sea que es eso!

—¿Qué estás queriendo decir? —inquirió Brenda a la defensiva.

—Que me evitas porque te recuerdo a alguien que te hizo daño en el pasado —respondió Gare, lamentando que ese tío, quienquiera que

fuese, la hubiera dejado tan trastornada.

Y Brenda, por su parte, pensó que había acertado de lleno, pero como por nada del mundo iba a contarle su vida a Gare Macpherson, habló con suma ironía:

—¡No sabía que le dabas también a la psicología!

—Me dedico a las Finanzas, pero es obvio que respiras por la herida. Alguien te hizo daño en el pasado y ahora me toca pagar el pato.

Brenda le miró con desdén, nerviosa, batió las manos y solo pudo exclamar furiosa:

—¡Eres tan egocéntrico, *highlander*!

—Yo solo intento ser amable contigo, pero tú te muestras siempre borde y esquiva.

Si algo le gustaba a Brenda era llamar a las cosas por su nombre, por lo que le exigió:

—¡Déjate de rollos, Gare! ¡Tú solo quieres llevarme a la cama!

A Gare se le encendió la mirada, compuso una sonrisa lobuna y dijo con un tono de voz entre canalla y *sexy*:

—Si tú me lo pides, yo encantadísimo.

Brenda, con un cabreo que iba en aumento, farfulló:

—¡Te vas a quedar con las ganas!

—¿Por qué? ¿No soy tu tipo? —preguntó Gare, alzando las cejas.

Brenda pensó que era un cañonazo de tío, que podía ser el tipo de cualquiera, pero ella no pensaba tirárselo ni loca y respondió:

—De verdad, Gare, ¿tanto te cuesta aceptar que hay mujeres en el universo que no suspiran por ti?

Y tras decir esto, por megafonía anunciaron que la proyección estaba a punto de empezar, y Brenda aprovechó el momento para dejar a Gare con la palabra en la boca y dirigirse hasta donde estaba el abuelo Macpherson, luego se enganchó de su brazo y con él entró al patio de butacas.

Acto seguido, se sentó junto al abuelo, pero lo que no pudo evitar fue que Gare se sentara en el asiento contiguo a ella con un refresco y unas palomitas gigantes.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Brenda, alucinada al verle

sentarse a su lado.

Gare, convencido de que se estaba refiriendo al tamaño del refresco y de las palomitas, se justificó:

—Soy un hombre grande. Todo lo tengo grande.

—¡Dios! —masculló Brenda, mientras pensaba que lo de ese tío no tenía remedio.

—Me refiero a mis extremidades —precisó Gare, con cierto tono de guasa.

Sin embargo, Brenda no estaba para bromitas y le exigió en un tono seco y cortante:

—Mira, ¡déjalo!

No obstante, Gare quiso explicarse y no se le ocurrió nada mejor que decir:

—No estoy hablando de mi polla, aunque…

—¡Por favor, Gare! ¡No sigas! —le interrumpió Brenda, lanzándole una mirada furibunda.

Pero, con todo, Gare insistió en continuar con su razonamiento y habló encogiéndose de hombros:

—Lo único que quería decirte es que no sé de qué te extrañas. Es normal que me pida la bebida y las palomitas gigantes.

Brenda, pensando que ese tío era un paleto, que no conocía el protocolo ni las buenas maneras, inquirió:

—¿En un estreno de cine? ¿Y vestido de esmoquin?

—¿Y qué más da como vaya vestido? No concibo el cine sin refresco ni palomitas. ¿Tú sí?

—No pruebo las palomitas desde que era pequeña —respondió Brenda entre bufidos.

—¿Me estás llamando inmaduro? —repuso Gare, divertido.

Brenda se apretó el puente de la nariz y respondió tras resoplar:

—Mejor no quieras saber lo que pienso de ti.

Gare fue a replicar algo, pero no pudo porque el abuelo tomó la palabra para decir:

—Gare, dale tus palomitas y la bebida a Brenda y tú vete a por otras para nosotros.

—Pero abuelo, ¿no la estás escuchando? ¡Comer palomitas en el

cine le parece algo vulgar, ridículo, patético…!

—Vete al bar. ¡Echando leches! —le ordenó el abuelo, que le paró en seco.

Gare obedeció, le pasó la bebida y las palomitas a Brenda, y se marchó al bar. Entonces, el abuelo miró a Brenda con cariño y le explicó:

—Mi nieto es un buen chico, aunque a ratos parezca un cretino.

Brenda se echó a reír y le confesó al abuelo que le parecía entrañable:

—¿Solo a ratos?

—No está acostumbrado a tratar con mujeres como tú.

—¿Cómo yo? —preguntó Brenda, arrugando la nariz.

—Una mujer fuerte, independiente, decidida, que sabe lo que quiere y que no muestra ni el más mínimo interés por él. ¡Es algo tan nuevo para Gare que le está volviendo loco! —exclamó el abuelo, al que no se le escapaba una.

—No puede pretender que todas las mujeres del planeta caigan rendidas a sus pies —opinó Brenda, que agradecía que el abuelo le viera de esa manera.

Más que nada porque ella se sentía que era así. Y no era una creída, ni una soberbia, es que se tenía por una mujer fuerte, luchadora, independiente y que tenía muy claro que no quería a un Gare Macpherson en su vida.

Si bien el abuelo la dejó de piedra cuando le confesó con una seguridad pasmosa:

—A Gare ya no le interesa ninguna mujer más que tú.

Brenda pestañeó muy deprisa, se revolvió en el asiento, le clavó la mirada y masculló:

—¿Qué? ¡A tu nieto le gustan todas!

—Conozco muy bien a mi nieto. Y sé que eres la primera mujer en su vida que le impresiona de verdad. Está fascinado contigo y te estás convirtiendo en todo un desafío para él. Y, como sabes, a los Macpherson nos apasionan los retos.

El señor Macpherson se quedó mirándola, con esos ojos verdes que, a pesar de la edad, seguían chispeando y eran un pozo de sabiduría y

Brenda habló tras respirar hondo para librarse un poco de la ansiedad que estaba sintiendo:

—Ya, pero es que yo no quiero ser un reto para ningún hombre. Más que nada porque ni creo en el amor.

—¿No crees en el amor? —inquirió el abuelo extrañado.

Brenda era consciente de que no era políticamente correcto decir que no creía, si bien era la conclusión a la que había llegado:

—Adoro a mi familia y a mis amigos, sin embargo, no creo en el amor de pareja. Me da un agobio tremendo pasarme la vida entera atada a una persona. Me parece imposible que una sola persona me pueda llenar tanto como para compartir mi mundo con él.

El señor Macpherson se llevó la mano a la barbilla y se sinceró también con ella:

—A lo mejor es porque no has encontrado a la persona adecuada. Yo te advierto que pensaba como tú hasta que apareció Bonnie, mi esposa, y me rompió los esquemas. Me habría pasado la vida entera a su lado. Esta y mil vidas más que tuviera. La echo tanto de menos que estoy deseando encontrarme con ella en el cielo.

Al abuelo se le llenaron los ojos de lágrimas y Brenda sintió tanta ternura por él que le agarró de la mano y le aseguró:

—Pero aún queda para eso. Tu familia te necesita muchísimo.

El abuelo respiró hondo y luego dijo con la voz tomada por la emoción:

—Dios puede disponer de mí cuando quiera. Y puedo asegurarte que mi mayor logro en esta puñetera vida no ha sido crear una gran compañía de inversiones, ni ganar muchísimo dinero, sino amar. Amar ha sido mi gran logro y de lo que más orgulloso me siento. El dinero y el poder no valen nada comparado con el amor. El amor es lo más grande. Pero exige una grandísima valentía y arrojo.

—Yo no es que sea cobarde, es que… —se justificó Brenda, porque ella opinaba así del amor no porque tuviera miedo. O eso era lo que creía.

—Sé que eres una mujer con agallas —le interrumpió el abuelo que la miraba con cariño y admiración—. Hay que ser muy valiente para dejar atrás tu gente, tu trabajo, todo, con el fin de perseguir tu sueño.

Tienes valor y voluntad, querida Brenda. Eres como los Macpherson.

«Valor y voluntad» era el lema de los Macpherson que todos llevaban tatuados en el cuerpo. Y en ese instante al escucharlo de los labios del jefe del clan, Brenda sintió como una especie de corriente eléctrica que la atravesó entera y murmuró, porque ella jamás sería una Macpherson:

—Pero yo jamás seré uno de los vuestros. Es imposible.

El abuelo la miró, la sonrió, colocó una mano sobre la de Brenda y le aseguró:

—No sabes lo que el universo te tiene preparado, señorita Bain. Y, créeme, que va a ser algo muy grande…

Capítulo 4

Lo que Brenda constató que eran muy grandes, fueron las palomitas y el refresco que se zampó enteritos de los nervios que tenía encima.

Pasarse una hora y media sentada al lado de Gare Macpherson viendo una película no entraba en sus planes de viernes noche y estaba con una inquietud que le recorría todo el cuerpo.

Porque entre que se rozaban las piernas, o los brazos o que ambos no paraban de mirarse por el rabillo del ojo, aquello fue de lo más… ¿excitante?

Brenda no tenía ni idea de lo que le estaba pasando, pues lejos de sentir incomodidad se estaba erotizando de sentir esos roces sutiles en la piel, de aspirar el hipnótico y cautivador aroma de Gare y de escucharle susurrar al oído con esa voz grave y *sexy* los comentarios que le iba haciendo sobre la película.

Comentarios que la verdad que cuando no eran pertinentes, eran muy graciosos.

Y aquello no podía ser.

Gare no podía estar haciéndole pasar ese rato tan agradable y además tenerla con las bragas mojadas.

Por eso, en cuanto encendieron las luces, lo primero que hizo Brenda fue abandonar la sala a toda prisa, también porque estaba que se meaba encima con todo el líquido que había bebido y luego decidió irse en la limusina de Camila y Killian hasta la fiesta que iba a celebrarse en el elegante y enorme apartamento del productor, James Bank, en Central Park Tower.

Un apartamento que, sin duda, los superaba a todos. Era tan impresionante que Brenda le comentó a su dueño al tiempo que disfrutaba de las vistas de la terraza a Central Park y a los dos ríos:

—Este apartamento debe ser el mejor de todo Nueva York.

James Bank, un hombre de treinta y cinco años, calvo, con gafas de pasta negras, alto, fuerte y vestido con un esmoquin a punto de estallar replicó, quitándole importancia:

—Posiblemente, porque solo me gusta lo mejor.

Y le lanzó una mirada a Brenda, como si quisiera comérsela. Sin embargo, a Brenda esa mirada le dejó indiferente porque ese tío no

era su tipo.

Y no era que fuera feo. Al contrario, era el típico calvo *sexy*, con unos preciosos ojos oscuros, nariz recta y sonrisa perfecta.

Y además era un tío con muchísimo dinero, que no solo producía cine, sino que también tenía inversiones en un montón de sectores estratégicos.

Era uno de los solteros de oro de la ciudad más deseados y codiciados, pero a Brenda le daba lo mismo.

Lo que le hacía mucho más atractiva a los ojos del productor que estaba acostumbrado a que las mujeres se les aflojaran las bragas en cuanto le veían.

—Desde luego este apartamento es en un sueño —comentó Brenda que con lo que realmente estaba impresionada era con las vistas a la Gran Manzana.

Tenía la ciudad a sus pies, y era una sensación tan poderosa y mágica que sintió vértigo.

—Es como estar colgado en el cielo de un tríplex del mejor ladrillo, acero y vidrio.

Brenda, dio un sorbo a su champán y mirándole alucinada, replicó:

—¿Es un tríplex?

—De casi dos mil metros. ¿No has visto la escalera de Paul Brill que comunica las tres alturas? ¡Es una obra de arte!

Brenda arqueó una ceja y repuso con los ojos brillantes de la emoción, porque ese escultor era un genio:

—¿Paul Brill? ¿Tienes una escalera de Paul Brill?

—¡Es mi escultor favorito! ¡No paré hasta que logré que me diseñara una escalera!

—¡No me extraña! Pero claro es también uno de los más cotizados. No quiero ni imaginar lo que te costaría.

—No me gusta hablar de dinero, si bien estaba dispuesto a pagar lo que fuera. Cuando deseo algo, no paro hasta que lo consigo —dijo James, clavándole la mirada y luego sonriéndole como un auténtico tiburón.

Sin embargo, Brenda no se sintió para nada su presa, pues ese tío por muy *sexy* que fuera y por mucho dinero que tuviera, le daba

exactamente lo mismo.

Así que limitó a sonreír y a opinar sobre lo que pensaba de su anfitrión:

—Eres como todos los que viven en Billonaire Row's.

Billonaire Row's era la zona en el sur de Central Park donde estaba ubicado ese apartamento de megalujo. Y obviamente estaba habitado por billonarios del mismo perfil que el productor, personas ambiciosas, exigentes y exitosas que siempre se salían con la suya.

No obstante, James Bank se tenía por un tipo único y muy especial, y replicó recortando aún más la distancia que los separaba:

—No me parezco a nadie, Brenda. Y desde que has chocado conmigo a la salida del cuarto de baño, con tus pezones duros y disparados, no dejo de pensar en lo maravilloso que tiene que ser hacerlo contigo.

A Brenda no le extrañó que James Bank fuera directo al grano, porque los hombres como él eran lo que solían hacer y replicó divertida:

—Los pezones son muy traicioneros. Sobre todo, los míos. Puesto que a pesar de que me puesto un sujetador de encaje: no paran de delatarme.

James se acercó a su oreja y le cuchicheó en un tono de voz que la dejó igual que como estaba:

—Y yo estoy deseando tenerlos entre mis dientes.

Brenda dio un sorbo a su copa de champán, se encogió de hombros y le dijo para no hacerle perder el tiempo:

—Seguro que eres un dios del sexo. Pero no soy tu chica.

James, que no estaba acostumbrado a que le dijeran que no, replicó:

—¿Tienes pareja?

—No. Ni tengo, ni quiero, ni creo en el amor. ¡Estoy libre como una pajarita!

—¿Entonces? ¿Eres lesbiana?

—No. Soy *hetero* —respondió Brenda.

—¿No te gusto porque voy rapado al cero? —dedujo James.

—No. Para nada. No se trata de eso —aseguró Brenda tras dar otro sorbo a su champán.

—¿Tú sabes el morbazo que te daría sentir mi calva en tu pelirrojo coño mojado? —le susurró de nuevo al oído.

Brenda estuvo a punto de escupir el champán, negó con la cabeza y contestó risueña:

—Jamás he estado con un calvo. Pero supongo que tiene que ser… ¿interesante?

—¿Interesante? Puedo hacerte gozar como jamás lo ha hecho nadie —dijo James, mirándole a la boca y luego a los ojos.

—No dudo que seas un gran amante, pero es que no eres mi tipo. Eres un hombre atractivo y *sexy*, si bien yo no vibro por ti.

James soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se pasó la mano por la calva y replicó:

—Te agradezco la sinceridad. Y no sabes lo que lo lamento, porque eres la chica más inteligente y bonita con la que me he cruzado en los últimos tiempos.

—A mí también me pareces un tipo brillante, *sexy* y con un gusto exquisito. Pero no hay conexión.

James apuró su champán y le dijo entornando la mirada:

—Porque con quien has conectado hasta el punto de que tus pezones te han delatado es con el hermano de Duncan.

Brenda se puso roja, tragó saliva, negó con la cabeza y farfulló:

—¿Con Gare Macpherson? ¡Qué va! ¡Le detesto!

—No te he quitado ojo de encima desde que has puesto un pie en la sala de cine. Me has llamado poderosamente la atención, además soy un tío muy observador y perceptivo y me dado cuenta de cómo Gare te hacía arder la mirada.

Brenda sintió que le burbujeaba la sangre y replicó nerviosa:

—¡Madre mía! ¿Tú crees?

—Cuando nos hemos tropezado en el baño, he pensado que a lo mejor tenía una oportunidad. Y que yo también podía encender ese fuego dentro de ti. Pero es evidente que no. Te miro a los ojos y no encuentro esa chispa que él sí ha sabido encender.

Brenda no sabía ni qué decir, más que nada porque se negaba a hablar de Gare y de la atracción tan brutal que estaba sintiendo por él, si bien replicó con el que era su mantra:

—No soporto a Gare Macpherson.

—Pero es el único que logra que los pezones se te pongan como puntas de flechas.

Brenda puso una cara muy graciosa, James soltó una carcajada y ella reconoció:

—¡Es algo que no puedo controlar!

James dejó la copa sobre la mesa auxiliar y le habló para que se relajara:

—¿Y para qué quieres controlarlo? Tan solo tienes que dejarte llevar y sentir.

—Es todo mucho más complicado. Aparte de que no le soporto, Gare es el cuñado de mi mejor amiga y además mi vecino.

—¿Y qué problema hay? Conoces a su familia y sabes dónde vive. ¡Eso es fantástico!

—No puedo tener una relación meramente sexual con un tío que voy a encontrarme a todas horas.

—¿Temes enamorarte de él? —quiso saber, James, arrugando el ceño.

—¿De Gare Macpherson? ¡Imposible! Además, yo no creo en el amor. Ya te lo he dicho. Estoy vacunada contra ese virus. Lo que no me apetece es ser una más de la larga lista de conquistas de ese mujeriego.

—¿Quieres ser la única? —preguntó James, divertido.

—¡No! No quiero nada. Y no sé por qué estamos hablando de esto, ya que no va a pasar nada entre Gare y yo. Tengo cabeza suficiente como para saber controlar mis instintos y no voy a caer en la red de ese golfo.

—No se puede controlar una pasión devastadora y salvaje, señorita Bain. Perdona que te lo recuerde.

—No siento esa clase de pasión por Gare.

—Yo es lo que he visto en tus ojos. Y te recuerdo que no se me pasa ni una. Soy muy observador.

Brenda resopló, se agarró del brazo de James y le pidió para cambiar de tema porque ya no podía más:

—No quiero hablar más de Gare Macpherson. ¡Estoy agotada!

¿Serías tan amable de enseñarme tu maravillosa escalera? ¡Me muero por conocerla!

—Preferiría haberte tenido en mi cama, pero me siento un privilegiado por contar con el tesoro de tu amistad.

Acto seguido, ambos entraron en el apartamento, enganchados del brazo y muertos de risa, mientras Gare que no les había quitado ojo durante la conversación, no podía dejar de mirarlos con la cara hasta los pies y con la bilis trepándole por la garganta…

Capítulo 5

Gare dio un trago al vodka con hielo que tenía en la mano y sin poder dejar de mirar a esos dos, escuchó cómo alguien se plantaba a su lado y le decía:

—¡Jamás había visto que te picara así!

Gare se giró y comprobó que era su hermano Killian que le miraba con una guasa tremenda:

—¿De qué cojones hablas? ¿Qué es lo que me pica?

—Hablo de los celos. ¿De qué va a ser?

Gare, que no entendía para nada lo que estaba diciendo su hermano, replicó más ofuscado de lo que ya estaba:

—¿Celos?

—Sí. Celos. Tú estás que te mueres de celos de ver a Camila con el productor de la película.

Gare apretó fuerte las mandíbulas, negó con la cabeza y replicó haciendo como si no le importara nada:

—¿Por qué voy a tener celos de ese tío? Brenda puede hacer lo que le dé la gana.

—Obvio. Pero tú no puedes dejar de mirarla y lamento comunicarte que estás verde.

Gare miró a su hermano molesto, arqueó una ceja y masculló:

—¡Vete a la mierda, tío!

Killian fue a replicar algo, si bien apareció Duncan que les preguntó intrigado:

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué estáis peleando?

Gare negó con la cabeza y le explicó a su hermano para acabar cuanto antes con aquello:

—Killian dice que estoy celoso y yo le he mandado a la mierda.

—La verdad es que se te ve jodido. No lo puedes negar. La cara es el espejo del alma, y tú tienes un careto que estás como verde —aseguró Duncan en tanto que Killian se tronchaba de la risa.

Sin embargo, Gare más exasperado que nunca, casi que gruñó:

—¡No me jodas, Duncan! ¿Cómo voy a estar verde? ¡Dejad de decir gilipolleces! No soy un tío celoso. Y lo más importante, es que entre Brenda y yo no hay nada.

—De momento —dijo Killian, levantando las cejas.

Gare bufó porque le estaban poniendo de los nervios y replicó:

—Ella pasa de mi culo. No sé si os habéis dado cuenta.

Duncan puso la mano sobre el hombro de su hermano y se sinceró con él:

—De lo que nos estamos dando cuenta es de que esa chica te importa mucho más de lo que tú crees.

—No sé por qué dices esa chorrada, Duncan —repuso Gare a la defensiva.

—¿Tal vez porque no puedes dejar de mirarla? —inquirió Killian, risueño.

Gare pensó que tenían razón, no sabía qué le pasaba que no podía dejar de mirarla, si bien había una explicación:

—Es la pelirroja más *sexy* que he visto en mi vida. Y la miro, sí. Pero no significa nada. ¡No os hagáis películas!

Sin embargo, los hermanos no le creyeron para nada y fue Killian el que tomó la palabra:

—No, claro que no. No hay más que mirarte la cara que tienes de rabia de solo ver cómo Brenda no para de reírle las gracias a James Bank.

—No me extraña porque James es un tío muy divertido, aparte de uno de los solteros de oro más deseados del mundo —apuntó Duncan metiendo aún más el dedo en la llaga.

Gare echó otra ojeada a esos dos, que estaban parados frente a la escalera y masculló:

—¿Brenda puede desear a ese puto calvo?

Los dos hermanos se echaron a reír y fue Killian el que replicó:

—¿Tú te acuerdas cuando insistías en que estaba pillado por Camila y yo no dejaba de negarlo por activa y por pasiva?

—Claro que me acuerdo. ¡Para olvidarlo! Si hasta me tocó ir a Escocia para decirle a Camila que la amabas. Y fue entonces cuando conocí a la pelirroja que me trae de cabeza —confesó Gare, que tras decir esto se mordió los labios.

—¡Toma ya! ¡Lo has reconocido! ¡Te estás pillando por Brenda! —exclamó Duncan, tras dar unos golpecitos en la espalda de su

hermano.

Gare se envaró, se apartó de su hermano para que le dejara tranquilo y replicó:

—¡No me he pillado por ella! Tan solo siento una atracción puramente sexual. Y, por supuesto, que no entiendo qué ha podido ver Brenda en James Bank.

—¿Tal vez que es un tipo talentoso, inteligente, deportista, vigoroso e indecentemente rico? —apuntó Duncan.

—Y además es el dueño de este impresionante apartamento. ¡Yo mismo podría enamorarme de él si no estuviera enamorado de Camila! —bromeó Killian.

Gare apretó las mandíbulas y, con un cabreo considerable, les exigió:

—¡No me toquéis más los huevos! ¡Demasiado tengo con ver a Brenda de risitas con ese tío! ¿Y qué coño hacen plantados delante de esa puta escalera? ¡Y encima agarraditos del brazo! ¡No entiendo nada!

Los dos hermanos estallaron en risas de nuevo, porque era obvio que el que no entendía qué era lo que estaba ocurriendo era Gare, y Duncan le contó:

—Esa escalera es obra de un famoso escultor, tiene un precio incalculable y Brenda está enganchada al brazo de James porque parece que están haciendo muy buenas migas. Él desde luego que en cuanto la ha visto llegar a la sala de cine lo primero que ha hecho ha sido preguntarme quién era esa pelirroja tan espectacular. Se ha quedado muy impresionado al verla, y luego, cuando se la he presentado, le ha caído fenomenal. James me ha comentado que le ha parecido una chica muy inteligente, divertida, auténtica, independiente, sincera…

Gare bufó y le exigió a su hermano, pues no podía escuchar ni un adjetivo más:

—¡Me importa una mierda la opinión que ese tío tenga de Brenda!

—Se ha quedado flipado con ella. Y me ha confesado que además le pone muchísimo que sea abogada y de las buenas —reveló Duncan.

—No es buena —puntualizó Gare—. Es la mejor. Y dile a James se

ponga a la cola de sus admiradores. Porque yo también la admiro muchísimo, pero eso no significa nada. ¡No me toquéis las pelotas! ¿De acuerdo?

Duncan volvió a tomar a su hermano por el hombro y le recordó también:

—¿Te acuerdas cuando os confesé que me había enamorado de Anne y tú decías que jamás ibas a caer?

—Y no he caído —aseguró Gare, convencido.

—No, ¡qué va! —habló Killian muerto de risa—. Has caído como lo hicimos nosotros en su día. Lo siento, ¡pero tú no te vas a librar!

—¡Os juro que no sé en qué os basáis para decir semejante estupidez! —exclamó Gare, que estaba mosqueadísimo con tanta risita.

—¡No hay más que verte! Solo tienes ojos para Brenda y te estás poniendo malísimo de solo pensar en que esta noche ella podría estar en la cama de James Bank y no en la tuya —aseveró Duncan.

Gare pensó que lo cierto era que hubiera preferido que Brenda se colgara de su brazo y no del de ese tío, pero no había más.

Así que les ordenó muy borde:

—¿Me queréis dejar tranquilo?

Killian le pidió a Camila, que estaba conversando con un grupo de personas, que se acercara un momento, luego regresó con su hermano y le comentó:

—¡No te sulfures, hermanito! ¡Estamos aquí para ayudarte! Y para eso nada mejor que contar con la opinión de la mejor amiga de Brenda.

Camila se acercó a ellos y su marido le preguntó sin más rodeos:

—¿Tú crees que es posible que surja algo entre Brenda y James Bank?

Camila abrió los ojos como platos y negó rotunda porque conocía muy bien a su amiga:

—¡No tiene ninguna química con él! ¡Salta a la vista!

Gare sintió que le daba un vuelco al corazón de la alegría y le preguntó nervioso:

—¿Estás segura? Porque no se desengancha de su brazo y no para

de partirse la caja con él.

—Le cae bien, pero cuando le mira no le brillan los ojos del mismo modo que cuando te mira a ti—habló Camila, para pasmo de Gare que creyó que le iba a dar algo.

—Pero tu amiga me detesta —le recordó Gare.

—Hombre, Gare, es que tienes unos antecedentes terribles. ¡Y además presenció con sus propios ojos cómo en nuestra boda te liaste con tres tías!

—Soy soltero. Mi deber es divertirme.

Todos se echaron a reír y Duncan le dijo para que empezara a currárselo desde ya:

—Si quieres tener algo con Brenda te vas a tener que poner muchísimo las pilas, porque no te lo va a poner nada fácil.

Gare se revolvió el pelo con la mano, del agobio y de la ansiedad que tenía y les dijo:

—Jamás tendré nada con Brenda porque me odia. Así que dejaros de chorradas porque entre ella y yo jamás va a pasar nada.

Anne se incorporó al grupo y no pudo evitar comentar tras escucharlo:

—Yo también decía lo mismo, que jamás me enamoraría de Duncan Macpherson y mira dónde estamos. ¡Casados y con un bebé!

—¡Igual que nosotros! —exclamó Camila—. Yo también era de las que decía que lo mío con Killian era imposible y zas. ¡Boda al canto y bebé!

Todos se echaron a reír, menos Gare que con una mezcla de agobio y de cabreo decidió salir a la terraza a tomar el aire…

Capítulo 6

A las nueve en punto de la mañana, Gare ya no pudo aguantar más y tocó el timbre de la puerta de su vecina.

Brenda, que estaba aún durmiendo, se despertó sobresaltada con los timbrazos, miró la hora que era en el teléfono móvil y saltó de la cama para comprobar quién era el que llamaba con tanta insistencia.

Porque no paraba de llamar al timbre de un modo tan irritante que cuando vio por la mirilla que era Gare, bufó, abrió y le advirtió:

—Más vale que tengas una buena excusa para llamar a mi puerta, Macpherson.

Gare al verla con los pelos revueltos, los ojos hinchados y luciendo una camiseta blanca de tirantes que dejaba a la vista unas bragas del mismo color, repuso:

—¿Estabas durmiendo?

—¿Tú qué crees? Anoche estuve de fiesta hasta las tantas, he pasado una semana infernal trabajando como una bestia, hoy es sábado y me apetecía dormir un poco.

Gare pensó que era *sexy* hasta con esas pintas de recién levantada y preguntó temiéndose lo peor:

—¿Sola?

Brenda que estaba aún empanada y medio dormida, replicó porque no entendía:

—¿Con quién quieres que duerma? ¿Con mi osito de peluche?

Gare decidió no andarse por las ramas y responder aun a riesgo de que Brenda se pensara lo que todos: que estaba celoso.

Y no. No lo estaba. O por lo menos eso era lo que él creía.

—Anoche en la fiesta no te separaste del anfitrión.

Brenda abrió los ojos de repente y replicó echándose el pelo hacia atrás:

—¿Te importa algo?

—No, claro que no. ¿Está en tu cama?

Brenda se echó a reír, porque para no importarle hacía demasiadas preguntas:

—¡No sabía que también eras cotilla, Macpherson!

Gare que estaba vestido con una camiseta blanca y unos Levi’s que

le marcaban todo, se revolvió el pelo con la mano y reconoció:

—No sé lo que me está pasando contigo. Es horrible.

Brenda se percató de que tenía unas ojeras hasta los pies y una cara de agobio que le llevó a preguntar:

—¿Conmigo?

—Me jodió verte con James en la fiesta, agarrada de su brazo y sin parar de reír.

—¿Preferirías verme triste y llorando por las esquinas? —replicó Brenda, risueña.

Gare le clavó la mirada profunda y salvaje, se mordió los labios y respondió:

—Preferiría tenerte en mi cama.

Brenda, tras sentir un acaloramiento súbito y una punzada fuerte en su sexo, inquirió:

—¿Para esto has venido a mi casa?

—Me fui pronto de la fiesta porque no soportaba verte con él. Me vine solo a casa y no he pegado ojo en toda la noche pensando en ti.

Gare clavó la vista en la boca jugosa de Brenda, luego le miró a los ojos y ella sintió un estremecimiento tan grande que los pezones se le pusieron de punta.

—¡Dios! —masculló Brenda, al percatarse de que Gare acababa de posar la vista en sus pezones.

—Tú me odiarás, pero a tu cuerpo parece que le gusta saber que he pensado en ti.

—Mi cuerpo va por libre.

—A tu cuerpo a lo mejor también le gustaría saber que me he masturbado mientras fantaseaba con que te follaba tan duro que no ibas a poder sentarte en una semana.

Brenda sintió que sus pezones se ponían más duros todavía y que se humedecía por ese tío que le estaba diciendo las mayores burradas que había escuchado en su vida.

Y lo peor era que le encantaba y que se estaba erotizando de tal manera que se sorprendió a sí misma confesando:

—¡Madre mía, Macpherson! ¡Me estás haciendo perder la cordura!

—Tengo la polla a punto de reventar los pantalones —reconoció sin

poder quitar la vista de encima de esos pezones pequeños y durísimos pegados a la tela fina de la camiseta.

Y ya que estaban de confesiones, Brenda decidió seguir abriéndose:

—Esto es una locura. Y es la razón por la que me pegué a James en la fiesta.

—¿Para huir de mí? —preguntó Gare alzando una ceja.

—James Bank no me gusta. Me parece un hombre brillante, pero no me hace arder la sangre.

Gare, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba por momentos, le preguntó:

—¿Y yo sí?

Brenda se mordió el labio inferior, luego se colocó detrás de la oreja un mechón de pelo y respondió estremecida de deseo:

—¿De verdad que tengo que responderte a esa pregunta?

Gare ni se lo pensó, la cogió por la cintura, la pegó contra él y con los labios rozando los de ella le confesó:

—Esto que me está pasando contigo es nuevo para mí. Te juro que en la vida me había importado que una tía coqueteara con otro.

—Yo no estaba coqueteando con James.

—Te veía tan divertida que estaba convencido de que te gustaba y de que ibas a terminar en su cama. Y no imaginas lo que ha llegado a joderme la sola idea de que fuera otro el que te follara.

Brenda le miró a los ojos y le preguntó con el corazón bombeando muy fuerte:

—James no me hace sentir esto…

—¿El qué? —preguntó Gare, apretándose más a ella y clavándole la potentísima erección.

Brenda fijó la vista en la boca perfecta de Gare, recortó la pequeña distancia que los separaba, le miró a los ojos y le besó presionando fuerte los labios contra los de él.

Gare entreabrió los labios, las bocas se acoplaron, Brenda gimió, las lenguas chocaron, se enredaron, se exigieron y se devoraron, mientras ambos sentían que todo lo que les rodeaba desaparecía.

No había nada más que ellos dos y el deseo urgente de apagar el fuego que los estaba consumiendo por dentro.

—Me muero por follarte —le susurró Gare al oído después del beso.

Brenda, que deseaba tener a ese tío muy dentro de ella desde la primera vez que lo había visto, le agarró por la muñeca y le empujó para que pasara.

Luego, cerró la puerta y le confesó a Gare para que supiera lo que había:

—Esto que estoy haciendo contigo es nuevo para mí. Jamás traigo a tíos a casa.

Gare la empujó contra la estantería blanca de libros, la agarró por las muñecas, le levantó los brazos y los colocó encima de la cabeza:

—Jamás en la vida me había pasado una noche en blanco pensando en una mujer.

—Lo pasé fatal durante la proyección de la película. Me puse malísima con esos roces sutiles. Me pones demasiado, *highlander*. Y sé que debería resistirme, pero no puedo.

Gare se apoderó de la boca de Brenda, ella abrió los labios, él deslizó la lengua con dureza, con avidez, con ganas y el beso se volvió una locura total.

Brenda se entregó a ese beso salvaje, abrasador y exigente que no quería que acabara nunca.

Pero terminó y Gare con ganas de todo, exclamó con los labios pegados a los de ella:

—Joder, pelirroja, ¡qué bien besas!

Brenda temblando de deseo, le miró con los labios entreabiertos y después gimió para pedirle que lo hiciera otra vez.

Él la agarró por la nuca, le lamió los labios, luego los apresó y con la lengua en punta penetró la boca dulce y jugosa de Brenda hasta el fondo.

Las lenguas se deslizaron la una contra la otra y se enredaron para devorarse con auténtica hambre, como si llevaran toda la vida deseando comerse a besos con la avidez y la pasión con la que lo estaban haciendo.

Luego, él le soltó los brazos y ella los dejó caer sintiendo que ya no le importaba nada.

Ya había pensado demasiado y en ese instante solo quería seguir

con aquello.

Y Gare pareció leerle el pensamiento porque la agarró con ambas manos por el cuello y la volvió a besar con posesividad y urgencia.

Brenda respondió al beso, le lamió los dientes, le succionó la lengua, mordisqueó esa boca que le estaba haciendo gozar como nunca y comenzó a frotarse contra la entrepierna durísima de Gare, implorando por más.

Porque ya no le valía nada más que sentirle muy dentro…

Capítulo 7

Después de unos cuantos besos ardientes y salvajes, Gare la besó en el cuello, sobre la piel que quemaba, y descendió a besos de lo más excitantes hasta los pezones duros que mordisqueó.

Brenda gritó de placer y él tras amasar ambos pechos, le arrebató la camiseta que acabó tirada en el suelo.

Luego, se quedó mirando los preciosos senos pequeños, altos y redondos, y tomó los pezones con los dedos para pellizcarlos de un modo exquisito.

Brenda cerró los ojos, se dejó llevar por las sensaciones y entonces él se llevó uno de ellos a la boca.

Luego, lo succionó, le dio un lametazo y lo sopló, mientras no dejaba de pellizcar sutilmente el otro pezón durísimo.

Y así estuvo con uno y otro pezón a la vez que Brenda no podía parar de jadear de tanto placer como estaba sintiendo.

Después, él descendió hasta el sexo de Brenda, coló una mano por debajo de las braguitas, ella separó las piernas y él hundió dos dedos hasta el fondo.

—Eres muy estrecha y estás empapada —musitó Gare, que empezó a penetrarla con los dedos.

Brenda le miró a los ojos y le besó en la boca con exigencia para que supiera que necesitaba que se lo diera todo.

Y él lo hizo.

Al poco incrementó el ritmo, añadió un tercer dedo y comenzó a dar tironcitos a los pezones.

Brenda gritó, sintiendo que ya no iba a aguantar mucho más, y se entregó a lo que el *highlander* le estaba dando.

Y que era más de lo que nadie le había dado en la vida, porque ese tío sabía perfectamente dónde tenía que tocarla para hacerla gritar de puro placer.

Estaba en sus manos y más cuando curvó un poco los dedos y tocó ese punto que nadie le había encontrado en la vida.

—¡Dios, voy a estallar en mil pedazos! —exclamó Brenda, sintiendo que el orgasmo era inminente.

Gare le mordió el cuello, ella se envaró al sentir esa boca exigente

contra su piel que ardía, y luego le exigió en un tono que hizo que Brenda se excitara más todavía:

—Córrete para mí, preciosa. Necesito sentir cómo tu coño chorreante aprieta muy fuerte mis dedos.

Brenda sintiendo que su sangre entera era pura lava, cerró los ojos y se concentró más todavía en las infinitas sensaciones de placer que la estaban invadiendo por completo:

—Voy a correrme.

Gare le lamió la boca y le pidió con los labios pegados a los de ella:

—Mírame, pelirroja. Necesito tu mirada clavada en la mía.

Brenda abrió los ojos, y sintió que le daba un vuelco al corazón, porque en la vida un hombre la había mirado de esa manera.

Con tanta pasión, con tanto deseo, con tantas ganas y con algo más que ni se atrevía a ponerle nombre.

Porque ni podía ni debía…

Tan solo era sexo.

Por eso le suplicó deseando explotar y que se liberara de una vez la energía sexual que tenía contenida:

—¡Dámelo, por favor!

Gare la miró estremecido, le agarró el rostro con una mano, la besó de un modo salvaje y ya solo tuvo que golpetear duro con el pulgar el clítoris henchido para arrancarle un orgasmo que ella silenció mordiéndose con fuerza una mano.

Sin embargo, Gare le apartó la mano de la boca y le pidió para que disfrutara plenamente del orgasmo:

—Grita, preciosa. No reprimas nada. Nadie puede escucharnos. El apartamento está perfectamente insonorizado.

Brenda con los ojos llenos de lágrimas, obedeció y dejó escapar un grito desde lo más profundo de su ser:

—¡Gare!

Gare se conmovió por completo, al escuchar a esa chica pronunciar su nombre como nadie jamás lo había hecho, con verdad, con pasión y con entrega, y luego notó perfectamente cómo los espasmos del orgasmo se hacían aún más intensos y fuertes.

—Así, pelirroja. Disfruta de tu orgasmo. Es para ti. Y solo para ti.

—Dios… ¿Lo notas?

—Perfectamente. Ninguna mujer me ha apretado de esta manera. Joder, ¡lo que debe ser sentir esto con mi polla metida hasta el fondo de tu coño tan estrecho!

Y tras decir esto, le volvió a golpetear el clítoris de nuevo con el pulgar y ella sucumbió a otro orgasmo más intenso todavía.

Luego, cuando él dejó de sentir los espasmos, sacó los dedos, se los llevó a la boca, los chupó como si fuera el manjar más exquisito y la besó hundiendo la lengua hasta el fondo.

—Eres tan salvaje —le dijo Brenda, tras saborear sus esencias de la boca de Gare.

—Y a ti te encanta —repuso Gare con la mirada más lobuna que Brenda había visto en su vida.

—Nunca he estado con un tío tan soez como tú. Pero tengo que reconocer que me pones cachonda perdida.

Gare echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón, sacó un condón de la cartera y se lo mostró diciendo:

—Esto solo acaba de empezar. Si quieres, por supuesto.

Brenda se mordió el labio inferior, muerta de deseo, colocó una mano sobre la portentosa erección, la apretó y replicó en tanto que él gruñía de placer:

—Necesito sentirte dentro, muy dentro de mí.

Después, le desabotonó el pantalón, metió la mano en el calzoncillo y agarró la polla más tremenda que había tenido en la mano.

—Es toda para ti —masculló Gare, al tiempo que rasgaba el condón.

Brenda deslumbrada con lo que estaba viendo, sacó fuera el miembro erecto y lo estimuló con la mano hasta hacerle gemir.

Acto seguido, Gare se puso el condón, la agarró el rostro con ambas manos y la besó con una exigencia y una voracidad que hizo que los dos se desataran por completo.

Gare la levantó del suelo, ella rodeó el cuerpo fornido con las piernas y notó cómo la erección se clavaba fuerte contra su vientre.

Luego, él le alzó las caderas con una mano y con la otra tanteó la entrada en el estrecho interior en el que se hundió lentamente.

Brenda gimió contra la boca de Gare cuando llegó hasta el final y él

le lamió los labios, fascinado…

—Me llenas como nadie lo ha hecho jamás, *highlander*.

Gare sintió que la sangre le ardía más todavía y le susurró al oído:

—Llevo deseando empotrarte contra esta estantería desde la primera vez que abriste la puerta de tu apartamento.

Gare se salió y volvió a entrar otra vez despacio en el estrecho interior hasta el fondo.

Brenda gritó con la invasión y él la besó con una exigencia extrema.

—¡Dios! —musitó Brenda, con el corazón que se le iba a escapar por la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó Gare.

Brenda asintió y le rogó con los ojos brillantes de puro fuego:

—Sigue, por favor. Te necesito muy dentro…

Gare la penetró de nuevo de una embestida seca y profunda, la espalda de Brenda chocó contra las baldas de la estantería y varios libros cayeron al suelo.

—¡Vas a tirarme la estantería abajo! —le dijo Brenda alucinada con el ímpetu y la pasión del *highlander*.

—La estantería no se va a caer porque está bien afirmada, pero de los libros no respondo.

Y, acto seguido, Gare empezó a hacérselo con un ritmo lento y profundo que duró hasta que el interior de Brenda cedió y decidieron ir más allá.

Ella le suplicó que se lo hiciera más fuerte y más duro y Gare le complació follándola como no lo había hecho nadie.

Se hundió una y otra vez, implacable y duro, mientras ella clavaba las uñas en los hombros fuertes, le arañaba la espalda y le pedía más.

Porque Brenda quería llegar hasta el final, aunque estuviera sintiendo que estaba a punto de partirse en dos.

Y así siguieron haciéndolo, desatados y salvajes, con los libros de la estantería cayendo sin parar, hasta que de la fricción de los cuerpos ella estalló en un orgasmo brutal.

—Así, preciosa, disfrútalo. ¡Permite que tu orgasmo apriete fuerte mi polla!

Brenda se dejó llevar por el orgasmo y cuando los espasmos eran ya

muy sutiles, Gare se salió y volvió a entrar muy duro.

Brenda gritó de placer, él la besó con fiereza y la penetró con contundencia unas cuantas veces, hasta que ya no pudo más y se corrió tras unas fuertes sacudidas.

Luego, la dejó en el suelo, se abrazaron exhaustos, con las frentes perladas por el sudor apoyadas una en la del otro y ambos con la misma sensación:

—Joder, pelirroja, ¡no me va a bastar con un polvo!

Brenda, con la respiración aún agitada y el corazón latiéndole muy deprisa, repuso:

—Ni a mí.

Gare, que no recordaba cuando había sido la última vez que se había sentido tan bien abrazado a una mujer, replicó:

—¿Entonces qué hacemos?

Brenda, que estaba loca por volver a repetir aquello porque el *highlander* era el mejor amante que había tenido en la vida, respondió:

—Somos adultos. Podemos tener sexo y solo sexo cuando nos plazca.

Gare también ansiaba volver a repetir aquello las veces que hicieran falta, por lo que afirmó para dejar las cosas claras desde el principio:

—Sexo sin complicaciones ni compromisos. Piel y solo piel. ¿Te parece?

Brenda sonrió y le respondió para que se quedara tranquilo:

—No puede haber otra cosa entre nosotros. Yo jamás podría enamorarme de ti.

A Gare no le gustó para nada escuchar esa contestación. Y era todo muy extraño. Se suponía que tenía que estar feliz porque esa chica tuviera muy claro que no quería pillarse por él, pero de repente, sintió como una especie de vacío de lo más angustioso.

Y esa sensación era también nueva para él.

Pues en la vida se había comido tanto el coco después de un polvo, ni había tenido la necesidad imperiosa de seguir abrazado a la mujer a la que acababa de follar como un salvaje.

Y como no entendía nada, no se le ocurrió nada mejor que replicar:

—Yo siempre seré libre. Jamás me ataré a ninguna mujer.

Brenda sintió un nudo de lo más extraño en el estómago y unas ganas de lo más absurdas de seguir aferrado al tío con el que no quería tener nada más que sexo. Pero, con todo, le dijo al *highlander*:

—No creo en el amor. Ni en la pareja. Pero me encanta el sexo contigo.

A Gare le había gustado tanto follar con ella que le propuso sin pensarlo:

—Podemos repetir cuando quieras.

Brenda estaba loca por repetir, si bien creyó necesario pactar algo que para ella era muy importante:

—Pero con una sola condición: no enamorarnos bajo ningún concepto.

Gare la besó en el cuello y le susurró al oído con una voz tan profunda y *sexy* que Brenda creyó que se corría otra vez:

—Eso está hecho, preciosa. El amor no es para mí.

Brenda le miró y afirmó con la misma convicción que él:

—Ni para mí.

Luego, ambos se miraron y sintieron una especie de vértigo de lo más extraño.

Pero ninguno dijo nada…

Capítulo 8

Gare regresó a su casa y Brenda no volvió a saber nada de él hasta que el lunes se plantó en su bufete a primera hora.

Y, por supuesto, que no dio crédito cuando Lorreine, la recepcionista, le anunció quién acababa de llegar:

—Tengo la agenda hasta los topes. Dile al señor Macpherson que no puedo atender a nadie sin cita.

—Es que dice que es muy urgente —replicó Lorreine, apurada.

A Brenda le entró un acaloramiento súbito, pues no podía jugar a eso con Gare.

Una cosa había sido un polvo a salto de mata en su apartamento un sábado por la mañana y otra que se presentara sin más en su bufete.

No podía consentirlo. Ella era una chica seria que sabía diferenciar perfectamente trabajo de placer.

Y ni de coña estaba dispuesta a que ambos aspectos de su vida se mezclaran.

Así que le exigió a la recepcionista bajando el tono de voz para que él no lo escuchara:

—Dale una cita para el primer hueco que encuentres libre y sácalo cuanto antes del bufete.

—Pero es que…

Brenda se apretó el puente de la nariz, soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y le habló a su recepcionista:

—¡No quiero escuchar un pero! ¡Quiero que lo hagas!

—Se le ve muy agobiado al pobre hombre. Yo creo que deberías atenderlo.

—¡Calla! A ver si te va a escuchar.

Lorreine comprobó que no podía escucharle y le contó a su jefa:

—Se ha ido al baño. Igual tiene cagalera. Se le ve muy pálido. Yo creo que está metido en una movida bien chunga.

Brenda había contratado a Lorreine porque le había parecido una chica viva, despierta, proactiva, intuitiva y con mucho don de gentes. Si bien en ese instante le dio por pensar que a lo mejor había metido la pata porque, en momentos como ese, se pasaba de intuitiva y de espontánea.

—Vamos a ver, Lorreine, ¿tú qué eres: recepcionista o adivina?

—Hazme caso, sé que ese tío está en apuros. Y aparte te digo que está como un queso.

—Sé que está como un queso, porque es el cuñado de mi mejor amiga —le recordó Brenda.

—Y el hermano de Duncan Macpherson. ¿Qué tal por cierto el estreno? ¿Fue todo bien? Y ahora que lo pienso: ¿no acabarías liándote con Gare y por eso le tienes al pobre enamorado perdido llamando a tu puerta?

Brenda pensó que en qué hora le había contado a su recepcionista que iba a acudir a esa fiesta…

—¿Enamorado perdido? ¿Qué chorradas estás diciendo? ¡Gare pasa del amor!

—Porque aún no te había conocido —replicó Lorreine, entre risitas.

—¡No seas lianta, Lorreine! Y quítame este marronazo de encima…

—¡Yo lo que quisiera es tener a ese tiarrón encima de mí! ¿Tú has visto el cuerpazo de empotrador que tiene? ¿Te imaginas lo que tiene que ser que este tío te levante, te agarre fuerte de las caderas y te la enchufe hasta al fondo?

Brenda sabía bien lo que era porque aún tenía las marcas de los dedos de Gare en las caderas y su sexo estaba un tanto sensible de tan duro como se lo había hecho.

Tan duro y tan bueno…

Pero no era el momento más adecuado para ponerse a rememorar el polvo más increíble que había tenido en su vida. Por lo que le exigió a Lorreine:

—¡Deja de decir bobadas y dile a Gare que no puedo atenderle!

Luego colgó y se puso a despachar unos correos electrónicos, convencida de que la recepcionista iba a hacer su trabajo.

Si bien, cuál no fue su sorpresa cuando al cabo de tres minutos, la puerta se abrió y Gare se metió en su despacho con Lorreine detrás:

—¡Brenda, le he dicho que no podías atenderle, pero él se ha colado como una flecha!

Brenda se puso de pie, miró a Gare al que encontró bastante desmejorado y después le pidió a la recepcionista:

—Déjanos solos, por favor.

Lorreine se disculpó una vez más y, cuando se quedaron ya a solas, Gare le habló cariacontecido:

—Perdona el atraco, pero no tenía más opciones. Necesito que hablemos.

Brenda, segura de que lo que tenía que decirle era algo relacionado con lo que había sucedido el sábado, le dijo:

—No me gusta mezclar las cosas. Este es mi lugar de trabajo. Si quieres que hablemos de un tema personal, mejor que lo hagamos en mi apartamento.

Gare arrugó el ceño, carraspeó un poco y replicó con un gesto de tremenda preocupación:

—A mí, en cambio, me parece muy excitante mezclar negocios y placer. Pero no estoy aquí para follarte encima de la mesa.

Brenda sintió una punzada en el clítoris que por poco no se corrió y masculló:

—Ah, ¿no?

—Si quieres, podemos follar… Pero el motivo de mi visita es estrictamente profesional.

Brenda cada vez más confundida, pestañeó muy deprisa y repuso:

—¿Cómo que profesional?

Gare se aflojó un poco el nudo de la corbata roja, se mordió los labios y respondió:

—Estoy aquí porque necesito contratar tus servicios como abogada.

Brenda abrió los ojos como platos, pues, a tenor de la cara que tenía Gare, posiblemente estaba metido en un lío bien gordo y preguntó:

—Dios, ¿qué has hecho, Gare?

Gare se revolvió el pelo con la mano, negó con la cabeza y matizó:

—Perdona, mejor pregúntame qué es lo que me han hecho. Concretamente, qué es lo que me ha hecho Martha Seone.

Brenda al escuchar el nombre de una mujer lo entendió todo y le soltó en un tono que sonó a regañina:

—¡Si no estuvieras metido siempre en líos de faldas no te pasarían estas cosas!

—Soy un tío soltero que tiene derecho a divertirse. Y siempre

practico el sexo seguro. Por cierto, se me olvidó comentarte que me hago controles periódicos y que estoy limpio.

—Yo también practico el sexo seguro y estoy limpia. Pero te agradecería que no habláramos de estos asuntos en el trabajo.

—Es que todo está relacionado —aseguró Gare.

—¿Qué quieres decir, Gare? —convencida de que la estaba vacilando.

—¡Eso! Yo siempre follo con condón, pero resulta que cuando regresé a casa después de nuestro polvo maravilloso que no paro de revivir una y otra vez en mi mente…

Brenda se llevó las manos a la cabeza y le exigió para que no siguiera por ahí:

—No sé qué parte no entiendes de que no quiero mezclar trabajo y placer. ¡No me apetece ponerme a hablar del sexo que tuvimos justo aquí, en mi lugar de trabajo!

—Solo lo he mencionado para que te ubiques en el tiempo. Después de estar contigo, me fui a casa y descubrí que tenía un mensaje en mi teléfono de Martha Seone que me dejó muerto. ¿Lo quieres escuchar?

Brenda negó con la cabeza y respondió con lo que le parecía lo más sensato:

—Cuéntame antes el contenido del mensaje, por favor.

—Me comunica de un modo frío y amenazante que tiene un bebé de un año y que es mío.

Brenda se quedó de piedra, le miró perpleja y replicó:

—¿Qué?

—Lo que oyes. Y me pide un millón de dólares por mi silencio.

Brenda tragó saliva, se echó la melena hacia atrás y no pudo evitar reprocharle:

—Esto es lo menos que te puede ocurrir cuando te pasas la vida de cama en cama.

—He venido a tu bufete buscando asesoramiento legal, no a que me eches la bronca como si fueras mi madre —repuso Gare a la defensiva y bastante molesto.

—¡Es que tienes que ser más responsable cuando vas por ahí regalando tu esperma!

—¡Joder, Brenda, te estoy diciendo que siempre follo con condón! Por eso llamé a Martha en cuanto escuché su mensaje para decirle que se dejara de chantajes absurdos, que ese crío no podía ser mío, pero ella insistió en que sí. Que el condón debió romperse y que por esas fechas no se acostó con nadie más que conmigo.

—Tienes que hacerte las pruebas de paternidad —afirmó Brenda, porque era la forma más madura de afrontar esa situación tan espinosa.

—Ella está tan segura de que es mío que se ha ofrecido para que nos las hagamos cuanto antes. Y después me pide que le dé un millón de dólares para que el bebé y ella salgan de mi vida para siempre.

Brenda convencida de que Gare iba a aceptar el chantaje para librarse de la responsabilidad de la paternidad, sintió de pronto un asco tremendo por él.

Le encontró tan cretino, tan inmaduro, tan cruel y tan irresponsable que se arrepintió de haber tenido sexo con él.

¿Pero cómo podía haber caído tan bajo y enrollarse con un tiparraco como ese?

Alguien que, ante una noticia como esa, estaba dispuesto a pagar lo que fuera con tal de no responsabilizarse de algo tan sagrado como era un hijo. ¿Pero qué clase de persona era?

Aquello era tan asqueroso que sintió náuseas y luego solo pudo advertirle de que:

—No pienso participar de ningún modo de este trato tan repugnante y lamentable.

Gare se envaró, le miró extrañado de que pudiera llegar a creer que él fuera esa clase de tíos que evaden sus responsabilidades y repuso ofuscado:

—Joder, Brenda, ¿cómo puedes pensar que sería capaz de algo tan cruel y tan sucio? Estoy aquí porque si ese crío es mío, quiero luchar con uñas y dientes por tener todos mis derechos como padre…

Capítulo 9

Brenda se quedó muy impresionada al escuchar a Gare hablar de esa manera y tener esa actitud tan madura.

No lo esperaba la verdad. Y tenía que reconocer que le había prejuzgado, por eso le pidió que se sentaran para hablar del asunto:

—Toma asiento, por favor. En un cuarto de hora llegará mi próximo cliente, pero pienso que es tiempo más que suficiente para dejar planteado el tema.

Brenda se sentó en la silla giratoria de cuero blanco y él ocupó el asiento de enfrente, mientras le agradecía que quisiera escucharle:

—Gracias, Brenda. Este asunto es tan escabroso y complicado que necesito tratarlo con suma discreción y con la mejor abogada de Nueva York.

Brenda negó con la cabeza y replicó porque ese título aún le venía grande:

—Acabo de llegar a la ciudad, todavía no he demostrado nada.

—Ya lo has demostrado en Escocia. Allí llegaste a ser la primera, la top uno.

Brenda, convencida de que Gare le estaba haciendo la pelota descaradamente, le recordó:

—Nueva York es diferente. Y lo que no entiendo es por qué no recurres a los abogados de la compañía Macpherson que me consta que son buenísimos.

Gare se cruzó de piernas y le dijo con una cara de preocupación que no podía con ella:

—No quiero que mi familia se entere de nada de esto, al menos hasta que no descubra si ese crío es mío. No quiero escuchar reprimendas, reproches, ni que me digan que ellos sabían que esto iba a pasar.

—Tu familia no es así. Los Macpherson sois una familia muy unida y si les cuentas lo que te ocurre, te apoyarán y te ayudarán a encontrar soluciones.

Gare conocía tan a fondo a su familia que no quería para nada involucrarlos en el asunto:

—No me apetece aguantar las chapas de Killian, ni que Duncan me

diga que ese crío solo es el primero de los muchos hijos que me van a salir por ahí.

Brenda no pudo evitar echarse a reír, porque Gare estaba exagerando demasiado:

—¡No te van a decir nada de eso! Te escucharán y te propondrán un plan de acción para enfrentar esta situación del modo más inteligente posible.

—Quiero que se mantengan al margen. No tengo cuerpo tampoco para escuchar a mi padre decirme que estas cosas me pasan por ser un mujeriego empedernido, ni tampoco quiero preocupar a mi abuelo. Espero que lo entiendas. No pienso hablar con mi familia de esto. Ni con mi familia ni con nadie. Solo contigo. Y, por favor, Brenda, te exijo discreción.

Gare le clavó la mirada intensa y profunda, y Brenda sintió un estremecimiento que la recorrió entera.

Era horrible. Gare le ponía como nadie y por eso no podía tenerlo de cliente. Así que, sin más, le soltó a bocajarro:

—No puedo ser tu abogada.

—¿Por qué? ¡Eres la mejor abogada que conozco!

A Brenda no se le ocurrió nada mejor para quitárselo de encima que recomendarle los servicios de un gran profesional:

—Te agradezco que hayas pensado en mí, pero lo mejor es que empieces cuanto antes a buscar indicios probatorios de la supuesta paternidad de ese crío. Y para eso lo más conveniente es contratar los servicios de un detective. Y el mejor es sin duda Connor James, al que tuve la suerte de conocer en la boda de Camila y Killian.

Connor James era el dueño de una de las mejores agencias de detectives de Nueva York, si bien Gare se negaba en rotundo a recurrir a sus servicios:

—Connor James es un magnífico detective, pero también es uno de los mejores amigos de Killian y acabaría enterándose de todo. No puedo correr ese riesgo. Porque como Killian descubra por lo que estoy pasando, le va a faltar tiempo para ir con el cuento al resto de la familia. Y me niego a que eso suceda.

—Entonces, lo primero que tendrás que hacer será someterte a las

pruebas de paternidad —le aconsejó Brenda.

—Esa es la idea. Pero no quiero que sea Martha la que marque los tiempos. Necesito descubrir si ese bebé es mío ya mismo, y para eso he estado hablando con un laboratorio que me garantiza tener los resultados en apenas diez días.

—¿Y cómo vas a obtener la muestra de ADN? —preguntó Brenda con curiosidad.

Gare lo tenía todo planeado y le explicó porque contaba con ella para llevar a cabo su plan:

—Tan solo tenemos que esperar a que Megan, la persona que trabaja en la casa de Martha, saque la basura. Después, nosotros iremos a por ella y nos haremos con un pañal usado. Los del laboratorio me han dicho que el pañal es lo mejor.

—¿Por qué hablas en plural? —inquirió Brenda, perpleja.

Gare le clavó la mirada otra vez, pensó que era la abogada más *sexy* que había visto en su vida y respondió:

—Porque cuento contigo.

Brenda solo se pudo tomar a risa lo que acababa de escuchar:

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué planazo! ¡Hurgar en la basura ajena para hacerme con un puñetero pañal usado!

—Luego nos iremos a cenar a un sitio bonito —comentó Gare, con la mirada encendida de solo pensar en lo que iba a venir después de la cena.

Sin embargo, Brenda no estaba por la labor…

—No, gracias —dijo rotunda.

Gare contrarió el gesto y reconoció, ya que sin ella estaba perdido:

—Joder, Brenda, ¡es que solo no puedo hacerlo!

Brenda alucinó con que se atreviera a hacerle semejante propuesta:

—¡No me puedo creer que me quieras endilgar el marrón de meter la mano en la basura y sacar el pañal cagado de mierda! ¡A mí me da el mismo asco que a ti!

—No te estoy pidiendo eso. ¡Yo haré el trabajo sucio! Lo que te pido es que te quedes vigilando para avisarme si apareciera Martha.

—Seguro que tienes un montón de amiguitas dispuestas a hacerte ese favor —repuso Brenda, con retintín.

—No me fío de ninguna —afirmó Gare, apretando fuerte las mandíbulas.

—¿Y de mí sí? —inquirió Brenda, enarcando las cejas.

—Tú eres una tía legal —respondió Gare, asintiendo con la cabeza.

—Soy abogada y tampoco es que los de mi gremio seamos muy de fiar —le recordó Brenda, con una sonrisa sarcástica.

Si bien Gare tenía muy claro quién era la mujer que tenía enfrente y replicó:

—Eres una persona íntegra y decente y sé que jamás me la vas a jugar.

Brenda batió las manos y dijo a la defensiva porque su objetivo era mantener bien separadas las distintas esferas de su vida:

—No me conoces.

—Eres la mejor amiga de mi cuñada. Y Camila solo habla maravillas de ti. Así que, aunque tengas todo el aspecto de la típica abogada cabrona, en el fondo sé que eres una buena persona.

Brenda negó con la cabeza, se mordió los labios y luego sentenció:

—Soy una abogada cabrona.

—Por eso si el test resulta positivo y el bebé es mío, te voy a contratar para demandar a Martha y lograr los derechos que me corresponden como padre —le anunció Gare.

Pero Brenda no estaba por la labor y volvió a insistir una vez más:

—Ni puedes contratar mis servicios como abogada, ni pienso hacer de vigilante mientras tú sacas un pañal cagado de un cubo de basura.

Y a Gare, que no sabía ya qué hacer para convencerla, se le ocurrió comentar:

—No sabes lo que te pierdes, porque Martha vive en Malba, en la zona exclusiva de las mansiones.

—No conozco esa zona —repuso Brenda, negando con la cabeza y poniendo unos morritos que Gare encontró de lo más sugerentes.

—Está en Queens y allí vive gente de muchísimo dinero: deportistas, actores, empresarios, políticos… —contó Gare.

A Brenda le chocó tanto lo que acababa de escuchar que replicó:

—¿Y cómo una tía que posee una mansión tiene que recurrir a un patético chantaje para sacar dinero?

—La mansión la heredó de sus padres que fallecieron hace un par de años. No obstante, tiene un agujero en la mano, se ha pulido la fortuna que le dejaron en gastos absurdos y caprichos lujosos y ahora está a verlas venir. No tiene ninguna fuente de ingresos.

—Pero tendrá alguna profesión —supuso Brenda.

—Gastar. Lo único que sabe hacer en la vida es fundirse las tarjetas de crédito. Y ahora que se le ha terminado la pasta de los papás lo que pretende es vivir de mí y chuparme la sangre todo lo que pueda.

—¡Menudas amiguitas tienes! —farfulló Brenda.

—Con Martha estuve liándome unos cuantos meses. Pero sin compromiso ninguno. Cada uno podía hacer lo que le diera la gana. No éramos pareja. Solo *follamigos*. Y así estuvimos hasta que ella me pidió más y yo me negué. No estaba enamorado. Y jamás le di esperanzas de que esa situación fuera a cambiar. Siempre le dejé claro lo que había. Pero Martha se lo tomó fatal. Y no volví a saber de ella hasta el sábado que me envió ese mensaje.

Brenda comprobó que apenas faltaban un par de minutos para que llegara el cliente con el que se había citado y le aconsejó porque esa mujer le daba muy malas vibraciones:

—Hazte el test de paternidad cuanto antes.

—Te vengo a buscar a las ocho de la tarde y nos piramos para Malba.

Brenda abrió los ojos como platos porque ese tío no había entendido nada:

—Caray, Gare, ¿cómo te tengo que decir que no quiero mezclar las cosas?

Gare se levantó al percatarse de que estaba a punto de expirar el tiempo que le había concedido y le preguntó con una sinceridad brutal en la mirada:

—¿A qué es lo que tienes miedo? Me muero por follarte, pero jamás haría nada que pusiera en riesgo tu honor, tu reputación o tu trabajo. ¡Confía en mí, te lo ruego!

Gare se dirigió hasta la puerta y Brenda sintió que ese hombre estaba diciendo la verdad, que jamás haría nada que pudiera perjudicarla.

Y a Brenda ese sexto sentido que tenía para calar a las personas jamás le fallaba.

Aparte de que era cierto que Gare no tenía a nadie más a quien recurrir, así que Brenda se ablandó y le pidió justo antes de que él abandonara el despacho:

—Ven a las ocho a buscarme.

Capítulo 10

Con todo, mientras estaban sentados en el deportivo último modelo de Gare, haciendo tiempo a que saliera Megan con la basura, Brenda le confesó:

—Te juro que aún no sé qué hago aquí.

—Ayudar a un amigo —le dijo Gare, agradecido.

—No somos amigos, Gare —le recordó Brenda, con una sonrisa enorme.

Gare pensó que tenía una sonrisa preciosa, posiblemente la más bonita que había visto en su puñetera vida y repuso:

—Pues yo soy de los que cree en los hechos. Y tú me estás demostrando que eres una amiga. Aunque con tus palabras digas lo contrario.

Brenda echó un vistazo por la ventanilla para ver si Megan salía de una vez de la impresionante mansión de los Seone y matizó:

—Soy una imbécil. No es lo mismo.

Gare se acercó a ella, la tomó por la barbilla para que le mirara a los ojos y le aseguró:

—Tú sabes mejor que nadie que no eres ninguna imbécil. Y que si estás aquí es porque puedes confiar en mí, a pesar de que sea un capullo.

Brenda sintió una especie de corriente eléctrica por la columna vertebral y le aclaró para que no se confundiera:

—Confío en ti porque después de todo eres un Macpherson y desde pequeña me enseñaron que los de tú clan son de fiar.

A Gare le dolieron sus palabras, pero intentó disimularlo lo mejor que pudo y replicó:

—O sea que no confías en mí por lo que yo soy, sino por el clan del que formo parte.

Gare retiró la mano del rostro de Brenda y ella lo lamentó porque no había nada más maravilloso que el roce de la piel de ese hombre sobre la suya, pero no se lo dijo y en su lugar le confesó:

—Te voy a contar una historia, Gare. Todos los años, mi padre y yo siempre íbamos de excursión hasta la loma del castillo Macpherson y yo por aquel entonces era una niña muy romántica. Leía novelas

románticas de *highlanders* a escondidas y soñaba con que algún día acabaría casándome con un Macpherson, después de vivir intensamente aventuras de lo más increíbles.

Gare que estaba escuchando con suma atención, dio un respingo en el asiento y exclamó:

—¡Joder, tu sueño se está haciendo realidad!

Brenda soltó una carcajada y le preguntó porque no podía estar hablando en serio:

—¿Esto te parece una aventura alucinante?

—Tiene emoción, riesgo, intriga…

—Estar aguardando a que salga una persona de servicio para robar un pañal cagado es lo menos parecido a una aventura que conozco. Y aunque lo fuera, es que ¡ni loca me casaría contigo!

Gare ofuscado, arrugó el ceño y masculló sin poder disimular sus sentimientos:

—Ah, no claro. ¡Tú prefieres a un Macpherson más serio como Killian!

—Killian es un amor de hombre. Serio, responsable, centrado, fiel y está felizmente casado con mi amiga Camila. Así que, no sé qué tonterías estás diciendo, ¡yo jamás le robaría el marido a una amiga! —exclamó Brenda, molesta porque le hubiera tomado por una vulgar levanta-maridos.

—A lo que me refería es a que tú jamás elegirías a la oveja descarriada de la familia —precisó Gare, retándole con la mirada.

Brenda se echó la preciosa melena pelirroja a un lado, pestañeó deprisa y aseguró:

—¿Por quién me tomas? Por supuesto que jamás te elegiría, me quiero demasiado como para caer en las redes de un picaflor sin escrúpulos.

Gare se pasó la mano por la cara, bufó y le dijo porque aquello le pareció demasiado fuerte:

—No soy un tío sin escrúpulos. Soy un soltero al que le gustan mucho las mujeres y disfruto de lo bueno de la vida. Pero jamás he engañado a nadie, ni he jugado con los sentimientos de ninguna mujer. Siempre dejo claro lo que hay, que no quiero compromisos, ni

implicaciones y ellas aceptan. Como tú has aceptado. Tú has decidido tener sexo conmigo sin más, si te enamoras de mí: no es mi problema.

Brenda le miró con desdén, alzó las cejas y le preguntó perpleja:

—¿No te das cuenta de lo chulo y prepotente que suenas?

—Estoy diciendo la verdad y me la bufa cómo suene. He hecho un pacto contigo para tener sexo y nada más que sexo. Si tú te enamoras, el problema es tuyo. Y tendrás que gestionar ese sentimiento que no puede surgir entre nosotros —habló Gare en un tono duro y cortante.

Brenda se envaró en el asiento y replicó para que no se viniera arriba:

—Desde luego que no va a surgir en la vida. Jamás podría enamorarme de un tío tan terco y tan cuadriculado.

—¿Soy terco y cuadriculado por saber lo que quiero y estar cerrado al amor? —inquirió Gare a la defensiva—. Y entonces tú, ¿qué eres? Como poco lo mismo, ¿no te parece?

Brenda negó con la cabeza porque no tenía nada que ver con ese tío tan pagado de sí mismo y matizó:

—Yo no voy por la vida advirtiendo a la gente de que no se enamore de mí. Doy por hecho que la gente es adulta y que sabe muy bien dónde se mete.

Gare pensó que le gustaba muchísimo que Brenda tuviera tanta personalidad y defendiera con esa vehemencia sus ideas. Era algo que le hacía mucho más atractiva todavía y tal vez por eso le preguntó:

—¿Y tienes muchos *follamigos*?

—Ninguno.

Gare sin dar crédito, le preguntó tras comprobar que Megan aún no salía de la mansión:

—¿Yo soy tu primer *follamigo*?

—Quita de la ecuación la palabra amigo, por favor. Y sí, tú eres el primer hombre con el que acuerdo tener una relación puramente sexual.

Tras esa confesión, a Gare le entró una duda que decidió que lo mejor era despejar cuanto antes, porque de lo contrario no podrían seguir con aquello:

—Solo espero que no hayas pactado esto porque tengas pánico a

enamorarte. Que hayas optado por una relación así para evitar tener que enfrentarte a lo que más temes.

—Yo he decidido meterme en esto por la misma razón que tú. Hay una atracción brutal y salvaje entre nosotros y punto. ¿O tú has aceptado porque tienes miedo a enamorarte? —inquirió Brenda que sabía defenderse como gata panza arriba.

A Gare le fascinó la explicación, porque si había algo que le ponía era una mujer con agallas y Brenda le hacía frente como jamás nadie se había atrevido a hacerlo.

Ella decía siempre lo que pensaba, sin importarle lo más mínimo cómo iba a sentarle a él. Y era algo tan excitante que le estaban entrando unas ganas locas de agarrarla por el cuello y meterle la lengua hasta el fondo.

Si bien optó por seguir abriéndose con ella y repetir su mantra favorito:

—Yo ya te lo he dicho, me gusta disfrutar del sexo y no quiero atarme a nadie. No he nacido para que me pongan sogas. Amo demasiado mi libertad.

Brenda le entendió a la perfección porque ella estaba en completa sintonía:

—Pues yo lo mismo. Me pasa igual.

Sin embargo, a Gare le costaba creer que ella fuera exactamente como él:

—¿Estás segura? Porque si fuera así yo no sería la primera persona con la que acuerdas tener una relación de puro sexo.

Brenda se fijó en que de la mansión aún no salía nadie y decidió abrirse con Gare para que la entendiera de una vez:

—Solo he tenido un novio en mi vida. Empezamos a salir con diecisiete años en el bachillerato. Yo estaba convencida de que era el amor de mi vida y el padre de mis hijos, pero después de siete años de relación y cuando ya teníamos las invitaciones de boda enviadas, me dejó plantada.

Gare odió de repente a ese cabrón de tío que había sido capaz de jugarle esa mala pasada y preguntó arrugando el ceño:

—¿Cuántos años tenías?

—Veinticuatro. Esto fue hace dos años…

Gare apretó las mandíbulas y solo pudo farfullar lamentando que Brenda hubiera tenido que pasar por aquello:

—Dios, ¡qué hijo de puta! ¿Y qué explicación te dio?

—Se había enamorado de un compañero de trabajo.

Gare, que no salía de su asombro, no pudo más que farfullar:

—¿Qué?

—Me confesó que había descubierto hacía ocho meses que era bisexual y ya no podía seguir fingiendo más. Se había enamorado de su compañero y acto seguido me deseó lo mejor.

Gare, con unas ganas absurdas de abrazar a Brenda, replicó:

—¡Joder! No quiero ni imaginar lo que sufrirías.

—Fue muy duro. Creía en él y destruyó mi confianza y mi autoestima. Estuvo meses mintiéndome. ¡No podía creerlo! Charlie, el chico adorable y encantador con el que llevaba saliendo toda la vida, no podía estar traicionándome de esa manera. Fue un palo muy grande. Si bien decidí volcarme en el trabajo y jurarme a mí misma que nadie volvería a hacerme daño jamás.

A Gare, de pronto, le encajaron todas las piezas del puzle y habló:

—Y desde entonces, ¿no has vuelto a estar con nadie?

—He tenido unos escarceos sin importancia.

Gare resopló y concluyó intentando poner un poco de humor al asunto:

—Y ahora has caído en las redes del crápula mayor de Nueva York.

—No he caído en tus redes. Solo me interesas por el sexo —repuso Brenda, risueña.

No obstante, había algo que a Gare no le cabía en la cabeza:

—¿Y estás dispuesta a renunciar a que un hombre pueda amarte como mereces?

—Es que no creo en el amor. Después de lo que sucedió con Charlie ya no puedo creer ni confiar en nadie. Si él que era bueno, dulce y cariñoso me hizo tanto daño, ¿qué no me podrán hacer los demás? —preguntó Brenda, en un tono neutro, porque ni quería dar pena ni buscaba la compasión de Gare.

—A lo mejor el problema estriba en que Charlie no era como tú

creías. Aparte de que estoy seguro de que hay un hombre bueno esperando por ti en alguna parte.

—No creo en esos cuentos —masculló Brenda, dando un manotazo al aire.

A Gare le costaba comprender que una chica que había sido tan romántica renunciara a tantos sueños y replicó:

—¿Y pasas de tener familia? ¿Ya no quieres tener niños?

Brenda suspiró, le clavó la mirada azul y le confesó algo que no había hablado con nadie:

—Si te digo la verdad, cuando estoy con Bonnie se me despiertan muchos sentimientos.

—No me extraña, porque mi sobrina es maravillosa. ¡Me los despierta hasta a mí!

—¿En serio? —replicó Brenda con una sonrisa enorme, porque aquello solo podía ser un chiste.

—Sí, ¡pero a las horas se me pasa!

Brenda, ya que estaban con las confidencias, decidió ir un poco más allá y contarle algo que tampoco había revelado a nadie:

—Poseo un fuerte instinto maternal y lo que tengo pensado dentro de unos años es inseminarme con un donante anónimo y ser mamá soltera. ¿Y tú?

—¿Yo? Yo no quiero inseminarme, gracias —bromeó Gare.

Brenda se echó a reír y le recordó por si lo había olvidado:

—Tú estás a diez días de descubrir si ya eres papá. ¿Te encuentras preparado para afrontar el reto?

—A los Macpherson no hay nada que nos ponga más que un reto.

—¿Incluido el de la paternidad? —inquirió Brenda, arqueando una ceja.

—No estaba en mis planes ser padre. Pero no pienso declinar la responsabilidad, si ese crío resulta ser mío.

—Ser padre te cambia la vida completamente. Si es que decides criarlo tú y no meterlo en buen internado suizo —comentó Brenda, porque la verdad era que no consideraba que Gare estuviera preparado para el reto.

Sin embargo, Gare se tomó de la peor manera el comentario y

exclamó:

—¡Jamás haría eso con un hijo! Pelearía por tenerlo a mi lado y criarlo conmigo, bajo mi mismo techo. No delegaría mi responsabilidad de padre en otros.

—Pero eres un tío muy ocupado, con un trabajo exigente y una afición terrible por las mujeres y las fiestas —insistió Brenda.

—Tendría que dejar aparcadas a las mujeres y a las fiestas.

Brenda se quedó patidifusa, porque no le pegaba para nada escuchar semejante cosa de los labios de Gare Macpherson:

—¿Antepondrías tu hijo a todo?

—Ya sé que tienes una imagen penosa de mí, pero te juro que soy un tío protector capaz de darlo todo por los míos y si ese bebé es mío: se lo voy a dar todo.

Brenda, tras escucharlo, sintió por un instante que estaba frente a uno de los portentosos *highlanders* con los que había fantaseado desde niña. Un guerrero, duro y protector, capaz de darlo todo por los suyos. Y notó un mariposeo tan absurdo en la tripa que se sintió ridícula y se le escapó un:

—¡Dios!

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Brenda, porque no tenía sentido comentar lo que se le había pasado por la cabeza.

Luego, Gare se percató de que Megan acababa de salir de la mansión y exclamó:

—¡Ya sale! ¡Comienza la misión…!

Capítulo 11

Después de dejar la prueba de ADN en el laboratorio, Gare le propuso ir a cenar al restaurante de un amigo, pero Brenda declinó la invitación y le pidió que la llevara a casa.

Y ya cuando estaban en la puerta del apartamento de Brenda, él le dijo antes de despedirse:

—Sé por qué has rechazado mi invitación para cenar.

—¿Por qué? —replicó Brenda, haciéndose la sorprendida.

—Porque no quieres intimar demasiado conmigo, no vaya a ser que te enamores.

Brenda soltó una carcajada, metió la llave en la cerradura de la puerta y replicó:

—¿Y no serás tú el que tienes miedo a enamorarte de mí?

Gare se puso serio, se acercó a ella y respondió clavándole la mirada intensa y profunda:

—Lo que te estoy es enormemente agradecido por haberme acompañado esta noche.

—Ha sido divertido.

—Ah, ¿sí?

—Sobre todo cuando te has puesto a escarbar en la basura y has cogido con dos dedos el pañal cagado. ¡Qué estampa! ¡Jamás la podré borrar de mis retinas!

—Me parece que con esa imagen voy a tener muy difícil que te enamores de mí.

—Tú estás obsesionado con que me enamore de ti —aseguró Brenda, muerta de risa.

—En serio, quiero que seas feliz y que encuentres un hombre que esté a tu altura.

Brenda sonrió, él se acercó más a ella, se miraron a los ojos, luego a las bocas y era tal la atracción que ambos tenían que sucedió lo inevitable.

Se besaron con una voracidad que los dejó sin aliento y luego se quedaron mirándose de nuevo.

—Mientras ese hombre llega a mi vida, puedo pasármelo bien contigo, *highlander* —musitó Brenda con los labios pegados a los de él.

Gare le cogió el rostro con las manos, la besó con fuerza y pasión y Brenda gimió al sentir la tremenda erección presionando contra su vientre.

—Quiero follarte hasta que se te pongan los ojos del revés.

Brenda se echó a reír, le devolvió el beso y después le empujó para que entrara en su apartamento.

Una vez dentro, Gare la cogió en volandas y la llevó hasta el dormitorio donde la arrojó sobre la cama.

Luego se quitó la corbata, se sentó en el borde de la cama, le pidió a Brenda que subiera los brazos y le informó:

—Voy a atarte al cabecero de la cama.

Brenda gimió de anticipación, se mordió los labios y musitó con el corazón que se le iba a salir por la boca:

—Nunca me han atado.

—Si te agobia, no lo haremos. Era solo una sugerencia. Tú pones los límites. Tú decides hasta dónde llegamos.

Brenda se moría de ganas por probarlo todo con Gare, así que le ofreció sus muñecas y le pidió:

—Hazlo.

Gare, con una excitación que estaba a punto de romperle los pantalones, le ató las muñecas al cabecero con la suave corbata de seda italiana y le preguntó:

—¿Te tira? ¿Estás cómoda?

Brenda comprobó que el nudo estaba atado lo justo para que no le hiciera daño y contestó:

—Estoy bien.

Luego, lanzó al aire los tacones y Gare se acercó a ella para quitarle la falda, las medias de seda y las braguitas.

Después, le abrió las piernas y le lamió los muslos hasta llegar al vértice húmedo que estimuló hasta arrancarle a Brenda unos gemidos que inundaron la atmósfera de la habitación.

Era increíble.

Gare sabía hacerlo como nadie y a Brenda la sangre entera le ardía con esas caricias tan excitantes en su sexo.

Era brutal. Gare sabía estimularla como nadie con su lengua que era

una auténtica maravilla. Tocaba justo donde Brenda quería que lo hiciese y con la intensidad que necesitaba, chupaba, estimulaba, exigía…

Aquello era una tortura exquisita que llegó a un punto en que no pudo resistir más atada como estaba.

Brenda necesitaba las manos para acariciarlo, para retorcer las sábanas, para tocarse y pellizcarse muy fuerte los pezones.

Tenía una necesidad apremiante de liberarse de las ataduras y le rogó a Gare:

—¡Desátame, por favor! Necesito tocarte, necesito sentir tu piel en la yema de los dedos.

Gare levantó la cabeza del sexo que ardía y le dijo con una voz profunda y *sexy*:

—Concéntrate en tu placer. No pienses en nada más que en gozar. ¡Entrégate a mis caricias!

Y tras decir esto, empezó a follarla con la lengua y ella creyó que se moría.

La sensación era tan fuerte y tan electrizante que solo podía gritar suplicándole por más y más todavía.

Y él se lo dio todo, se empleó a fondo con la lengua y cuando sintió el clítoris tan duro que estaba a punto de estallar, lo golpeteó implacable con la lengua lo justo como para arrancarle un orgasmo que la dejó exhausta.

Luego, vio cómo Gare se quitaba la ropa y enrollaba un condón sobre la polla más enorme que había visto en su vida.

Y gimió de expectación, justo antes de que él se tumbara sobre ella y la besara con voracidad.

—Mi lengua sabe a ti —musitó Gare, tras darle un lametón en la boca jugosa en forma de corazón.

Brenda jadeó contra la boca de ese tío que la estaba llevando al séptimo cielo y luego gritó cuando él se metió en la boca un pezón duro y lo mordisqueó.

Después, hizo lo mismo con el otro y, acto seguido, se tumbó sobre ella hundiéndose hasta el fondo de una embestida dura y profunda.

Brenda gritó al sentir esa invasión tan bestial y tiró fuerte de la

atadura de forma instintiva.

—¡Necesito tocarte! Por favor… ¡Déjame sentir tu piel! —le pidió Brenda, jadeante.

—Aún no, preciosa. Quiero que me sientas muy dentro de ti. Quiero dártelo todo. Y quiero que lo sientas más que nunca.

Y tras decir esto, comenzó a penetrarla una y otra vez, mientras Brenda gemía entregada y sometida a ese placer que no quería que acabara nunca.

Y ya no volvió a pedirle que la desatara porque entendió que tenía que ser así, que de esa manera estaba sintiendo más que nunca en su vida, porque Gare se lo estaba dando todo.

Y aceptó ese placer infinito que la hizo estallar de nuevo cuando Gare la notó tan excitada que le presionó duro el clítoris con el pulgar y le arrancó un orgasmo descomunal que él sintió perfectamente.

—¡Córrete para mí, preciosa! ¡Dámelo!

Brenda gritó en tanto que su cuerpo convulsionaba y apretaba la polla dura con sus músculos vaginales de un modo exquisito.

—Gare. Dios. ¡Gare! —gritó Brenda, entre lágrimas.

Gare al escuchar su nombre en los labios de esa mujer que estaba orgasmando para él, la desató y ella le abrazó tan fuerte que los dos sintieron que eran uno.

Pero no dijeron nada.

Tan solo se miraron, se besaron los labios que abrasaban y luego Gare empezó a follarla de nuevo.

Y esta vez fue más duro que nunca, implacable, salvaje, animal…

Brenda sentía que iba a partirse, que no iba a poder soportar más tanto placer, y ya solo podía gritar y arañarle la espalda a la vez que le suplicaba que no parase, que siguiese dándole lo que jamás ningún hombre le había dado.

Y Gare se lo dio.

Y tras unas cuantas embestidas profundas se corrió gritando el nombre de la mujer que le estaba volviendo loco:

—¡Brenda!

Porque lo que estaba sintiendo por ella no lo había experimentado en la vida. Quería poseerla, la necesitaba en su cama entregada y

dócil, pero también la necesitaba fuera de la cama tal y como era: independiente, indómita, con carácter, fuerte, luchadora y sin pelos en la lengua.

Era perfecta.

Jamás había conocido una mujer así, que fuera tan asombrosa en la cama y que fuera de la cama le sorprendiera siempre.

Una mujer que le decía la verdad, aunque doliera y que siempre le ponía en su sitio.

Una mujer de la que perfectamente podría enamorarse, pero no iba a hacerlo.

O eso fue lo que se dijo a sí mismo…

Capítulo 12

Dos días después, Brenda quedó para almorzar con Camila en un coqueto restaurante de Little Italy:

—¡Se te ve estupenda! ¡Nueva York está sentándote muy bien! —exclamó Camila, mientras disfrutaban de la ensalada.

Brenda se retiró un mechón de pelo, asintió y le dijo a su amiga:

—Sí, Nueva York me ha acogido muy bien.

Y al alzar la mano, Camila se percató de la marca que tenía en la muñeca y se echó a reír:

—¿Y eso que tienes ahí?

Brenda sin saber a qué se refería, pestañeó deprisa y preguntó:

—¿El qué?

—¡La marca de la muñeca! ¿Es lo que me imagino?

Brenda se tocó la marca con el dedo de la otra mano y no le quedó más remedio que decir:

—Tu cuñado es un animal.

—¡Y te encanta! Ja, ja, ja, ja.

Brenda se echó a reír también y le confesó a su amiga tras dar un sorbo a la copa de vino:

—Es la primera vez que permito que un tío me ate. Con Charlie teníamos un sexo dulce y tierno.

—Uf. ¡Qué aburrimiento! Perdona que te diga, pero ¿a quién le puede gustar un sexo así?

—Para mí era maravilloso porque estaba enamoradísima y no había conocido otra cosa. Pero tu cuñado me está poniendo el listón tan alto que voy a tener muy complicado encontrar un amante mejor que él.

—¡Dios! ¡Los Macpherson son cosa fina! ¿Estáis juntos? —preguntó Camila, con suma curiosidad.

—Nos liamos al día siguiente del estreno de la película de Duncan. Resulta que se plantó el sábado en mi casa para saber si me había enrollado con James Bank. Estuvimos hablando y la pasión se desató. Es más fuerte que nosotros. Sentimos una atracción bestial. Pero nada más. No puede haber nada más entre nosotros, así que acordamos que lo nuestro va a ser sexo y punto. Sexo cuando nos apetezca, sin compromisos, ni implicaciones emocionales. ¡Es sencillamente

perfecto!

Camila miró a su amiga, dio un sorbo a su vino que estaba delicioso y replicó haciendo de abogada del diablo:

—¿Y hasta cuando crees que vas a poder estar liándote con él sin sentir nada?

Brenda abrió mucho los ojos y respondió porque para ella era más que obvio:

—¡Siempre! ¿Cómo me voy a enamorar de Gare Macpherson?

—Porque es un Macpherson y es imposible no caer. ¡Doy fe! Yo me resistía ¡y mira si caí!

—Killian luchó por tu amor. Pero Gare, ¡jamás lucharía por el mío! ¡Y ni falta que hace! Esto que tenemos es perfecto. El otro día volaron los libros del empotramiento contra la librería. Y la última vez me ató. Yo nunca le había permitido a nadie que lo hiciera. Como eran rollos de una noche, no me fiaba de ninguno de esos tíos. Pero con Gare me siento segura y decidí probar. ¡Madre mía! ¡Qué locura! ¡Fue un polvo antológico!

Las dos chicas se echaron a reír y luego Camila comentó porque los *highlanders* eran hombres fuera de serie:

—Los Macpherson tienen la habilidad de hacerte sentir segura.

—¡Y de qué manera! Y luego Gare es muy primitivo. ¿Pero te cuento un secreto? Me encanta que él mande en la cama, me pone muchísimo someterme a sus caricias y a sus juegos salvajes. Estar a su merced, entregarme, ser dócil… ¡Algo que jamás le permitiría fuera de la cama! ¡Ahí no hay nadie que me mande!

Las dos chicas se volvieron a partir de risa y luego Camila le confesó también:

—Debe ser cosa de familia, porque Killian en la cama es un auténtico guerrero.

—Son de sangre caliente. ¡Qué gusto! —exclamó Brenda que puso los ojos en blanco de solo recordar las caricias de Gare sobre su piel.

—¿Y ya has descubierto dónde tiene el tatuaje con el lema del clan? —preguntó Camila divertida tras trinchar varios trozos de brotes tiernos de lechuga.

—¿Qué tatuaje? —inquirió Brenda que estaba perdida.

—Todos los Macpherson llevan tatuados en el cuerpo el lema del clan: «Valor y voluntad». ¡Gare lo tiene que tener en alguna parte!

—Pues yo no se lo he visto aún. ¿Será porque lo tiene en la espalda? La verdad es que no le he visto la espalda, lo único que he hecho ha sido arañársela como una gata furiosa.

—Ja, ja, ja, ja.

—Tienes que encontrarlo. ¡Te dejo tarea! —exclamó Camila, sin parar de reír.

—La primera vez que nos liamos se fue enseguida a su casa y el otro día pasó igual. Después de hacerlo, se vistió y se largó. Y no me dio tiempo a ver nada.

—Ya tendrás tiempo. Y pronto empezarás a pasar las noches enteras con él —vaticinó Camila.

—¡Ni de coña! Estamos bien así. No lo hemos hablado, pero estoy convencida de que él debe pensar lo mismo. Dormir juntos implicaría una confianza y una intimidad que ninguno de los dos queremos. Hemos pactado tener solo sexo, y dormir juntos podría abrir la puerta a algo que queremos evitar a toda costa.

—Pero si los dos tenéis claro que no queréis complicaros la vida, ¿qué podéis temer? —preguntó Camila encogiéndose de hombros.

—Somos lo suficientemente adultos como para saber que no hay que tentar a la suerte.

—Pues hacéis una buena pareja. Tú tienes la sensatez y la cordura que a Gare le falta y él te aporta espontaneidad y locura. Tú le pones los pies en la tierra y él te hace volar.

—Somos una buena pareja sexual. ¡Y para de contar! No hay nada más. A Gare le gustan demasiado las mujeres, tanto que…

Brenda se mordió los labios, pues por poco no largó lo de Martha, si bien su amiga le preguntó mosqueada:

—Tanto ¿qué? ¿Se ha liado alguna?

—No, nada… ¡Tanto que le salen las chicas hasta de los armarios!

Si bien para Camila eso no era ninguna novedad y repuso batiendo las manos:

—Ah, bueno. Pero eso era antes. Ahora solo le interesas tú.

—No sé yo. No hemos hablado en ningún momento de exclusividad

sexual. Igual se está viendo con más mujeres —supuso Brenda, sin darle importancia.

—¿Y tú te verías con más hombres? —inquirió Camila, entornando los ojos.

—Yo no. Demasiado tengo con Gare que me deja con las piernas dobladas cada vez que lo hacemos.

—Ja, ja, ja, ja. Y tú también le tienes que dejar tan loco que no debe tener ganas de coquetear con nadie más. Los Macpherson cuando dan su corazón, lo hacen para siempre —le recordó Camila.

—Gare Macpherson no me ha dado su corazón —le recordó Brenda divertida—. Solo su polla y para usarla durante un rato.

Camila se tronchó de risa y luego decidió ponerse seria para decir:

—Gare me cae genial. Es divertido, cariñoso, protector y con mi hija es tan tierno… ¡Sé que va a ser un padre fabuloso!

Ahí a Brenda no le quedó más remedio que darle la razón y comentó:

—Fíjate que, aunque piense que es una cabra loca, sé que va a ser un padre fantástico. Es un hombre generoso, que lo da todo y estoy segura de que a ese crío no le va a faltar de nada. Es más, la paternidad le va a ayudar a que ponga los pies en el suelo y se centre.

Camila dio un respingo y le dijo después de escucharla con muchísima atención:

—Hablas como si Gare fuera a ser padre en unos meses. ¿Hay algún capítulo que me haya perdido de su azarosa vida?

—No, hablaba de un modo hipotético —musitó Brenda, que no podía traicionar a Gare.

Le había pedido que fuera discreta y por supuesto que no iba a contar a nadie que estaba a días de descubrir si era el padre de una criatura.

—Pero has utilizado el presente, como si fuera un hecho constatado —insistió Camila.

—Me he equivocado. Hablo en un futuro —masculló Brenda, echando los balones fuera.

Camila sonrió y dijo con un convencimiento tan grande que a Brenda le entró un escalofrío de lo más tonto:

—Creo que tú serías la única mujer capaz de que Gare sentara la cabeza loca que tiene.

—¿Yo? No le soporto, amiga.

—A medida que le vayas conociendo más, irás descubriendo la clase de hombre que es. Y será difícil no enamorarte —aseguró Camila.

Brenda se envaró y le preguntó a su amiga porque no podía estar diciéndole semejantes cosas:

—¿Tú crees que me conviene enamorarme de un mujeriego?

Pero Camila apreciaba en su cuñado por un montón de cualidades que Brenda aún no era capaz de ver, pero que estaban ahí. Y se lo dijo:

—Gare es una persona con una gran capacidad de amar. Lo da todo por los suyos. Y yo desde luego que jamás olvidaré lo que hizo por Killian y por mí para que acabáramos juntos. Desde el principio estuvo de mi lado. Es leal y generoso. Y sé que está deseando amar a lo grande y que le amen. Pero aún no ha aparecido la persona adecuada y tan solo se divierte.

—¿La persona adecuada? —inquirió Brenda arrugando la nariz.

—Lo hablo a menudo con Killian. Gare sintió muchísimo la pérdida de su madre cuando era un niño. Fue el que peor lo llevó de todos. Era el más sensible, el más cariñoso, el más dulce… Y le costó muchísimo asumirlo, tanto que creo que a día de hoy teme implicarse a fondo con alguien porque se niega a volver a sufrir. Su lógica es que, si evita el amor, evita el sufrimiento. No obstante, estoy convencida de que habrá alguien que le empujará a enfrentar ese temor y superarlo.

Brenda se quedó con el corazón helado, porque ella sabía muy bien lo que era ese miedo. Aunque se negaba a reconocerlo y replicó con un punto de tristeza en la voz:

—Lo único que sé es que yo jamás seré esa persona…

Capítulo 13

Tres días después, como Brenda no había vuelto a tener noticias de Gare y se moría por estar de nuevo en sus brazos, decidió tocar al timbre de la puerta del apartamento del *highlander*, en cuanto regresó del trabajo.

Y Gare abrió con unas ojeras hasta los pies y una cara de agotamiento terrible:

—¡Dios mío, Gare! ¿Qué te ocurre? ¿Estás enfermo?

Gare negó con la cabeza, sonrió a Brenda que estaba más preciosa que nunca y respondió:

—Llevo unos cuantos días que ni duermo, ni apenas pruebo bocado. Pero estaré bien pronto. No te preocupes por mí.

Brenda lamentó que estuviera pasándolo tan mal y le propuso para que soltara lastre:

—¿Te apetece que charlemos? Podemos cenar juntos en tu casa.

Gare se revolvió el pelo con la mano y le confesó porque era un desastre:

—No tengo nada que ofrecerte. Mi nevera está pelada.

—Yo sí que tengo cosas. ¡Enseguida vengo!

Gare, que no quería molestarla lo más mínimo, le pidió tras aflojarse el nudo de la corbata roja:

—No hace falta. Hoy además he tenido un día muy duro en el trabajo. Voy a darme una ducha, me tomaré un vaso de leche y después me meteré en el sobre, a ver si logro dormir algo.

—Date una ducha y ahora vengo. ¿Cómo vas a estar sin comer? Anda, anda…

—¡Ni que fueras mi madre! —replicó Gare, divertido.

—¡Tú déjame hacer! Date la ducha que enseguida regreso…

Gare, a pesar de que estaba agotado, agarró de la muñeca a Brenda, la estrechó contra él y le susurró al oído:

—¿Por qué no te duchas conmigo?

—Porque no quiero que te desmayes. Come primero y luego ya veremos lo que pasa.

Gare la agarró por el cuello, la besó en la boca con ganas y le dijo:

—Está bien. Cogeré fuerzas para follarte como mereces.

Brenda sintió una punzada en el sexo de puro deseo y se marchó a su casa a buscar la cena.

Si bien antes, se quitó el traje sastre entallado rojo que había llevado durante su extenuante jornada laboral, también se dio una ducha rápida, se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta y sacó del frigorífico el pastel de pescado que había hecho el día anterior, una bolsa de ensalada, aguacates, tomates, queso fresco y varias piezas de fruta.

Lo metió todo en una bolsa y con ella se plantó en la puerta de su vecino que le abrió como Dios le trajo al mundo.

—¡Madre mía! —exclamó Brenda, tras mirarle de arriba abajo.

—Me he demorado demasiado en la ducha, pero me ha venido bien para descontracturarme. Tenía los músculos muy tensos.

Brenda pensó que tenía un cuerpo de empotrador que era como para ponerse a orgasmar de solo contemplarlo y replicó:

—¿Me dejas pasar?

Gare se echó a un lado, sonrió de un modo espectacular y *sexy* y respondió:

—Por supuesto, ¡estás en tu casa!

Brenda entró en el departamento moderno y funcional que para su sorpresa estaba muy ordenado:

—No esperaba encontrarme tanto orden y limpieza. ¡Claro que supongo que no es obra tuya!

—¿Qué esperabas encontrarte?

—Una pocilga —respondió Brenda, sin dudarlo.

—Solo soy un cerdo en la cama. Para todo lo demás soy ordenado y limpio. De hecho, la casa la limpio yo. No cuento con ayuda de ningún tipo. ¡Yo lo hago todo! ¡Me relaja muchísimo!

Brenda se quedó mirándole alucinada porque lo que menos podía imaginar era que Gare fuera todo un amo de casa.

—¡No me lo puedo creer!

—Te estoy diciendo la verdad…

—Yo detesto las tareas domésticas. Lo único que disfruto es de la cocina.

—Si quieres hacemos un trato: yo te limpio y tú me cocinas.

Los dos se echaron a reír y Brenda le preguntó dónde estaba la cocina. Él se lo indicó y una vez dentro de la cocina espaciosa, luminosa y enorme y con una isla central, él le cogió las cosas que traía y al girarse para dejarlas sobre la encimera, Brenda pudo ver el tatuaje que tenía justo al final de la espalda.

—¡Valor y voluntad! —masculló sin poder apartar la vista de las nalgas redondas, duras y perfectas.

Gare se giró, sonrió travieso y le contó tras situarse frente a ella:

—Es el lema de los Macpherson. Me lo tatué ahí porque me gusta tumbarme bocabajo después de una sesión de sexo duro, que las mujeres se apoyen en mi espalda y que al final descubran el lema de mi clan. Entonces les cuento que soy un *highlander*, que pertenezco a un clan antiguo y legendario, y de solo rozarlo con la yema de los dedos se corren otra vez.

Brenda que estaba tan excitada que no podía ni disimularlo, miró con el rabillo del ojo cómo Gare se había puesto duro como una barra de titanio y farfulló:

—¡Tú siempre tan pretencioso!

—No te estoy vacilando. Te digo la verdad. Es lo que siempre ocurre.

Brenda soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y se fue directamente a lavarse las manos para preparar la cena:

—Voy a alimentarte para que dejes de decir tantas tonterías.

—Vas a alimentarme para que te folle como nadie —aseguró Gare que se colocó detrás de ella y le clavó la polla en el trasero.

Brenda dio un respingo, cerró el grifo del agua, se giró y habló con el corazón latiéndole bien fuerte:

—Nadie me ha follado como tú. Es verdad. Pero también me preocupa verte tan desmejorado. Imagino que son los nervios por el resultado de la prueba los que te tienen así de inquieto.

Gare se apartó un poco de ella, se revolvió el pelo con la mano y reconoció:

—No puedo dejar de pensar en ello. Me tiene con los nervios destrozados. Y lo único que me relaja es pensar en ti, en tus besos, en tus caricias y en tu precioso coño chorreante en el que solo deseo

hundirme una y mil veces.

Brenda se quedó boquiabierta porque en la vida había conocido un tío tan salvaje y replicó:

—Me siento como si un cromañón me hubiera invitado a su cueva.

Gare la cogió fuerte por el cuello, la besó con posesividad, apoderándose con dureza de su boca y, tras besarla con un hambre infinita, le dijo:

—Tú provocas esto. Eres muy *sexy*, pelirroja. Me pones como ninguna.

Brenda, con la respiración agitada y los pezones disparados, replicó convencida de ello:

—Supongo que esto es parte del guion que les sueltas a todas.

Gare la miró molesto, negó con la cabeza y le aclaró para que no se confundiera:

—Me jode mucho que pienses así de mí. Yo no soy un vulgar seductor que va repitiendo lo mismo una y otra vez a todas las tías que pasan por mi cama. Lo que te acabo de decir es la pura verdad. Me pones como ninguna. De hecho, desde que estás en mi vida, no he vuelto a sentir deseo por nadie que no seas tú. Y no deseo más que follar contigo…

Brenda sintió un estremecimiento brutal por todo el cuerpo, tragó saliva y le confesó también:

—Yo solo deseo estar en tus brazos.

Gare se acercó a ella, le desabrochó varios botones del pantalón, coló una mano dentro de las braguitas y acarició el sexo jugoso y palpitante:

—Me fascina cómo te humedeces por mí.

Luego, hundió un par de dedos hasta el fondo, ella gritó de placer y Gare los sacó y los chupó cerrando los ojos, como si fuera una ambrosía.

Brenda, con las piernas temblando y con unas ganas infinitas de que la empotrara contra el frigorífico y le hiciera gritar su nombre, le confesó:

—Jamás un hombre me ha hecho sentir tanto.

Gare se apoderó de la boca suave y dulce, la besó con pasión y le

dijo rozando con los labios duros, los de Brenda:

—Ni a mí nadie me ha hecho sentir lo que tú, preciosa.

Luego, se apartó de ella y se marchó a su habitación para vestirse para la cena…

Capítulo 14

Después de una cena deliciosa, Gare le agradeció lo que estaba haciendo por él:

—Muchas gracias por esta cena maravillosa y por tu compañía que es siempre un placer.

Brenda sonrió, se limpió la boca con la servilleta y le dijo:

—Me alegro mucho de que por fin hayas probado bocado.

—¡Y qué bocado! ¡Cocinas de vicio!

—Ya compartiré más platos. Porque entiendo que tengas una gran preocupación estos días, pero tienes que alimentarte y descansar.

Gare se apretó el puente de la nariz y se sinceró con Brenda que era la única que estaba al tanto de la situación tan angustiosa que estaba viviendo:

—No puedo parar de dar vueltas al tema. Si ese crío es mío, mi mundo va a cambiar radicalmente.

—Y es normal que eso te inquiete —dijo Brenda, que empatizaba perfectamente con él.

Gare bufó, porque había algo que hacía mucho más compleja la situación:

—Y que Martha sea la madre pone las cosas más difíciles todavía. Es una mujer caprichosa, voluble, ociosa y retorcida. Si ese bebé es mío, sé que nos va a tocar discutir mucho sobre la crianza y la educación. Y ahí solo espero que estés a mi lado.

—Quieres que sea tu abogada —dedujo Brenda.

Gare asintió y aun a riesgo de estar pidiéndole demasiado también le propuso:

—Y también me encantaría que fueras mi amiga, para que el crío crezca con un referente femenino íntegro, firme y admirable. Me gustaría que supiera que hay mujeres que estudian, que se esfuerzan, que trabajan, que tienen metas y que son profesionales. Me horrorizaría que creciera pensando que lo de su madre es lo normal. Una mujer que no tiene más ambición que fundirse las tarjetas de crédito y pasarse el día gastando el dinero en caprichos ridículos.

Brenda entendía su preocupación, pero también quiso ponerle los pies en el suelo:

—Los críos son mucho más listos de lo que pensamos. Se dan cuenta de todo. Aparte de que no deberías agobiarte tanto por algo que a lo mejor ni llega, Gare. Estás muy ansioso y anticipas situaciones que todavía no sabes si van a llegar a darse.

Gare frunció el ceño y le habló como un guerrero dispuesto a darlo todo en la batalla:

—Necesito estar preparado para lo que pueda pasar. No quiero que me pille con el pie cambiado. Debo visualizar todos los escenarios posibles.

Brenda le notó tan afectado con el tema que le aseguró para que se tranquilizara:

—Es imposible tenerlo todo bajo control. Siempre habrá cosas que se te escapen. Pero si te ayuda, quiero que sepas que puedes contar conmigo para defender tus derechos de paternidad. En el supuesto de que seas el padre, ¡obviamente!

Gare respiró aliviado, sonrió con una sonrisa que Brenda encontró deslumbrante y habló llevándose la mano al pecho:

—Joder, ¡muchas gracias! No te figuras lo que significa para mí. Me da mucha tranquilidad saber que vas a estar ahí velando por mis intereses.

Brenda sonrió también y decidió ir un poco más allá todavía, al sentir que tenía que ayudar a ese hombre que estaba muy perdido. Era una cuestión de empatía. Nada más que eso. Por lo que le dijo:

—Y si resulta que es tu hijo, también cuenta conmigo para ir al parque y demás. ¡Me encantan los bebés!

Gare sintió una cosa extraña en la barriga, pero decidió achacarlo a los días tan malos que estaba pasando:

—Te estoy agradecidísimo, porque sé que contigo a mi lado, las cosas solo pueden salir bien.

—Y tienes a tu familia, Gare. Ellos siempre están ahí para apoyarte. Y si ese bebé es tuyo, lo acogerán en el seno de la familia con una alegría inmensa.

—Eso será después de que me echen la bronca del siglo —masculló Gare que se imaginaba perfectamente lo que le iban a decir.

—Das demasiadas vueltas a las cosas, Gare. Espera primero a los

resultados de las pruebas y no adelantes acontecimientos.

Gare respiró hondo y le confesó clavándole la mirada profunda y brillante:

—Me haces mucho bien, pelirroja.

Brenda sonrió y le dijo quitándole importancia, porque ella sentía que no estaba aconsejándole más que cosas sensatas:

—Es solo sentido común.

Gare le agarró de la mano, le miró a la boca jugosa y masculló con una voz arrebatadora:

—Nos queda el postre.

Brenda entrelazó los dedos con los de él y le dijo ajena a lo que se le estaba pasando por la cabeza a Gare:

—He traído fruta.

Gare se levantó, cogió el bol de fresas que Brenda había traído, se sentó de nuevo junto a ella, agarró una fresa y la acercó a la boca carnosa.

Brenda sintiendo una punzada de deseo muy fuerte en su sexo, entreabrió los labios y él empujó con una sensualidad exquisita la fresa dentro de la boca.

Brenda la masticó, mientras que Gare cogía otra fresa y le confesaba:

—No he dejado de fantasear con la sensación de tus labios sobre mi polla.

Brenda jadeó y justo en ese instante Gare le colocó otra fresa entre los labios.

—*Mmmm.*

—Me encantaría que hicieras esto con mi polla. Me muero por sentir tus labios carnosos alrededor de mi miembro y luego follarte hasta que me corra en lo más profundo de tu garganta.

Brenda atrapó con los labios la fresa y él comenzó a meterla y sacarla de la boca, hasta que ella la agarró con los dientes, masticó y se la tragó.

Después, con una excitación que la tenía con las piernas temblorosas se levantó y le besó con todas sus ganas a la vez que le desabrochaba el pantalón vaquero.

Luego, sacó la erección dura, ancha y enorme y cayó de rodillas ante ella.

Gare, que no podía creer lo que estaba haciendo, la agarró por el cuello, deslizó los dedos en el pelo sedoso y le empujó ligeramente la cabeza contra el miembro.

Brenda lo agarró por la base y tras lamerlo de arriba abajo, se lo metió en la boca.

Gare gruñó al sentir los labios dulces de esa chica alrededor de su pene y solo pudo exclamar:

—Eres una diosa.

Brenda le miró con un deseo infinito en la mirada y comenzó a estimularle el miembro con la boca, a aceptarlo dentro de ella poco a poco y cada vez más, hasta que rozó el pubis con la nariz.

Gare entonces le agarró fuerte del pelo, le dio un tirón para apartarla y luego volvió a empujarla para que se lo tragara entero de nuevo.

Brenda contuvo la arcada y Gare volvió a salir entero otra vez.

—¿Estás bien, preciosa?

Brenda asintió y Gare volvió a hundirse hasta el fondo sin hacer ninguna concesión. Duro, exigente, implacable…

Como a Brenda tanto le gustaba y, entonces, la agarró fuerte por el cuello y empezó a follarle la boca.

Primero fue lento y profundo y cuando sintió que Brenda ya estaba preparada y no paraba de pellizcarse fuerte los pezones, decidió incrementar el ritmo.

Y se hizo frenético, trepidante, salvaje y rabiosamente irresistible.

Brenda lo quería todo. Necesitaba a ese hombre muy dentro de ella y con las mandíbulas en suma tensión lo aceptó una y otra vez, hasta que aquello ya no tuvo vuelta atrás.

—Tienes una boca que es un sueño, preciosa. Y como sigas haciendo eso voy a correrme. ¿Lo quieres?

Brenda asintió con la cabeza, porque era justo lo que necesitaba, porque era lo que se había ganado y porque sencillamente aquello era suyo.

Era su premio, su recompensa, lo que más ansiaba.

Y él se lo dio. Pues de una embestida profunda, se derramó hasta la última gota en lo más profundo de la garganta.

Luego, levantó a Brenda que temblaba entera, la abrazó con fuerza, la besó con pasión y con ternura a la vez, al tiempo que le desabrochaba los pantalones.

Acto seguido se los bajó, quedaron enroscados en los tobillos y ella se liberó al fin de la prenda dando unos cuantos puntapiés.

Después, él la cogió en volandas, la sentó en la encimera donde le abrió las piernas y le susurró al oído:

—Voy a devolverte el placer que me has dado, pelirroja.

Y tras decir esto, hundió la cabeza en el sexo chorreante y empezó a devorarlo con una maestría que al poco puso a Brenda al borde del orgasmo.

—¡Dios! ¡No puedo más!

Gare siguió estimulándola, lamiéndola, chupándola, hundiendo la lengua en lo más profundo, follándola sin parar de ese modo, hasta que sintió el clítoris muy duro y deliciosamente henchido, lo mordisqueo suave con los dientes y le abocó a un orgasmo que le hizo llorar.

Pues en la vida había sentido un placer tan intenso, tan profundo y tan fuerte.

Un placer que solo sabía darle él.

Su *highlander*.

Y el hombre del que nunca podría enamorarse.

O eso era lo que Brenda creía…

Capítulo 15

Después del orgasmo brutal, Gare la bajó de la encimera y la abrazó con fuerza.

Brenda se sintió tan segura y tan poderosa entre los brazos fuertes de ese hombre que le dijo:

—Me siento tan bien cuando me abrazas…

Gare le acarició el pelo y le pidió con el corazón latiéndole deprisa y las respiraciones acompasadas:

—No te vayas.

Brenda levantó la mirada, arrugó la nariz y le preguntó extrañada:

—¿Cómo dices?

—Que duermas conmigo esta noche. No te marches a tu casa. Quédate en mi cama y hagamos el amor hasta que caigamos rendidos y saciados.

—¿Quieres que me quede para que puedas dormir del tirón? ¿Y no será mejor que te tomes una pastilla? —replicó Brenda, risueña.

Gare también sonrió, negó con la cabeza y musitó sin dejar de abrazarla:

—Soy un espíritu libre. Y soy de los que después de follar, sale por piernas.

—Evitando la intimidad.

—No soporto que me miren esperando cosas que saben de sobra que no puedo decir, prefiero largarme y no volver a quedar, puesto que no puedo darles eso que esperan. Pero contigo es diferente.

—¿Por qué? —inquirió Brenda, sintiendo que el corazón iba salírsele por la boca.

—Porque no quiero separarme de ti esta noche. Porque te necesito en mi cama y porque quiero despertar sabiendo que estás a mi lado.

A Brenda había algo que le preocupaba y se lo hizo saber sin más rodeos:

—¿Y no tienes miedo a que esa intimidad provoque que sintamos algo más?

Sin embargo, para Gare las cartas estaban puestas encima de la mesa:

—Los dos sabemos lo que hay.

—Entonces, lo que necesitas es que me quede a tu lado para disipar tu angustia y tu ansiedad —concluyó Brenda, alzando una ceja.

—Es mejor que tomarse un Lexatin. ¿No crees? —bromeó Gare, tras darle un mordisco sutil en el cuello.

Brenda gimió de placer y luego le confesó tras morderse el labio inferior:

—Solo sé que quiero seguir con esto…

—Quédate a pasar la noche conmigo.

Brenda que no tenía ninguna gana de largarse a su casa, reconoció también sin dejar de abrazarlo:

—No me apetece tampoco marcharme a casa. Mi cama es demasiado grande. Y sé que, si me largo, voy a acabar masturbándome mientras pienso en que eres tú el que me toca.

Gare le clavó la mirada de guerrero, dura y exigente, y le dijo con un tono de voz que era terriblemente *sexy*:

—Entonces, quédate. ¿Para qué te vas a masturbar cuando yo puedo follarte hasta dejarte agotada?

Brenda que por poco no se corrió otra vez, batió las pestañas y le preguntó:

—¿Pero tú no estabas cansadísimo?

Gare sonrió de oreja a oreja y dijo convencido de que la noche iba a ser muy larga:

—Después de la cena tan increíble que hemos disfrutado, me siento lleno de energía.

Y tras decir esto, la agarró en volandas y la llevó así hasta el dormitorio donde la dejó encima de la cama más enorme que Brenda había visto en su vida.

—Eres como un cavernícola —musitó Brenda, a la vez que se quitaba la ropa que llevaba encima y la arrojaba a una silla.

—No te debe desagradar mucho cuando te estás desnudando para mí.

Gare también se despojó de la ropa al tiempo que Brenda le decía:

—Estoy aquí por puro vicio, que no se te suba a la cabeza, *highlander*.

Brenda desnuda ya, se metió debajo de las sábanas y él hizo lo

mismo en cuanto se liberó de la ropa que llevaba puesta.

—¿Sabes que eres la primera mujer que traigo a mi apartamento?

—¿En serio? —replicó Brenda, alzando una ceja.

—No traigo mujeres a casa para que no se hagan ilusiones.

—Suenas tan presuntuoso y engreído —le soltó Brenda, puesto que le gustaba ir de frente y decirlo todo a la cara.

—Soy multimillonario, no imaginas el interés que eso despierta en ciertas mujeres —dijo Gare, con un poso de tristeza profunda en la mirada.

—A mí el dinero me da exactamente lo mismo. A mí me importan las personas —aseguró Brenda, que pensó en lo triste que tenía que ser que te quisieran solo por la pasta.

—Siempre tengo la sensación de que yo les importo una mierda y que lo que en realidad quieren de mí es mi dinero.

—Y tu cuerpo —dijo Brenda, risueña.

—Así es. Y no se preocupan de conocerme realmente. Es todo demasiado superficial y frívolo —se lamentó Gare.

Si bien Brenda tenía una explicación para que aquello fuera de esa manera:

—A lo mejor es así porque no das tiempo a que te conozcan. Si sales corriendo cada vez que ellas piden más, es imposible que haya una conexión profunda.

En cambio, Gare tenía una forma completamente opuesta de ver aquello:

—No se trata de eso. Las mujeres que suelo frecuentar no tienen el más mínimo interés en conocerme a fondo. Solo quieren mi cuerpo y mi dinero. No hay más.

—Es horrible tal y como lo cuentas —reconoció Brenda, que además pensó que tenía que sentirse muy solo.

Gare asintió, apretó fuerte las mandíbulas y le confesó:

—Por eso te he traído a mi apartamento, porque eres la primera mujer que se preocupa verdaderamente por mí.

—Yo he hecho lo que haría cualquier persona que viera a un ser humano tan fastidiado como te he encontrado esta noche —replicó Brenda.

—Eres la primera que me trae pastel de pescado —le recordó Gare con una sonrisa preciosa.

—No tiene ninguna importancia —insistió Brenda, que estaba sintiendo un cosquilleo de lo más raro por el cogote.

—Para mí sí que la tiene, a la gente se le llena la boca con grandes palabras, pero luego no tienen ni un solo gesto. Tú eres al revés. No paras de demostrarme con tus actos que te importo. Como cuando me acompañaste a ir a buscar la prueba para el test de paternidad o cuando te ofreciste para ir con el crío al parque. Esas cosas me llegan muy adentro —aseguró Gare, llevándose la mano enorme y fuerte al pecho.

Brenda sintió un escalofrío que la recorrió entera, le clavó la mirada y le dijo:

—Soy así. Lo hago con todo el mundo.

Gare la besó en los labios, le acarició las pecas de las mejillas y farfulló:

—Me importa una mierda todo el mundo. A mí me gusta que seas así conmigo.

—Hablas de una manera que resulta demasiado primitiva —le reprochó Brenda.

—¿Por qué es primitiva? ¿Te incomoda que no sea políticamente correcto? Porque si es así, lo cierto es que no sé ser de otro modo. Digo lo que pienso. Y a mí lo que me conmueve es que seas así conmigo. Obviamente, me parece estupendo que seas amable con la gente, pero a mí lo que me impresiona es que lo seas conmigo. Sobre todo, me alucina que a pesar de que sea un capullo integral hayas decidido quedarte en mi cama.

—Así no tengo que masturbarme —repuso Brenda, risueña.

Gare le recorrió los labios con el dedo índice, al tiempo que decía con los ojos brillantes de deseo:

—¡Cuánto me gusta tu boca, pelirroja! Y lo que me has hecho gozar con ella…

Brenda abrió los labios, atrapó el dedo y él lo hundió hasta el fondo de la boca.

Brenda cerró los ojos, chupó el dedo excitadísima y luego él lo sacó

y lo llevó hasta el sexo de Brenda donde lo enterró completamente.

—Dios, Gare.

—¡Me pone muchísimo cuando dices mi nombre! —le susurró Gare al oído—. Di mi nombre, preciosa.

Brenda derretida con la invasión, puso los ojos en blanco y musitó:

—Gare. ¡Oh! Dios. ¡Gare!

—Así. ¿Y te gusta lo que te hago?

Brenda asintió y musitó con una excitación que la impedía casi hasta hablar:

—Me gusta que me toques. Nadie me ha tocado como tú.

Gare empezó a penetrarla con el dedo, luego incorporó otro y seguidamente estimuló el punto que a ella le hizo retorcerse de placer.

—¿Nunca nadie te ha tocado aquí? —preguntó Gare, tras dar un tironcito del labio inferior de Brenda.

—Nadie. Solo tú.

—¡Menudos patanes!

Y Gare siguió estimulándola, como solo él podía hacerlo, hasta que la llevó otra vez al borde del abismo.

—Voy a correrme, Gare. ¡No puedo soportarlo más!

Gare sonrió como un diablo, le agarró por el rostro para obligarle a mirarlo, presionó el clítoris con dureza, la cogió por el cuello, se apoderó de la boca jugosa y ella estalló en un orgasmo feroz, jadeando contra la boca exigente de Gare.

Después el cuerpo de Brenda que había estado en tensión, se desmadejó por completo y Gare se tumbó bocabajo sin dejar de mirarla.

Brenda le acarició la espalda, sudorosa y ardiente, y dejó la mano justo encima del tatuaje que acarició.

Luego, apoyó la cabeza en la espalda del hombre que le hacía sentir más que nadie y musitó:

—Soy como todas. Estoy aquí exhausta, acariciándote el tatuaje y ya solo falta que me hables de tu clan escocés para que me corra de nuevo.

Gare le acarició el cabello rojo que tanto le fascinaba, sintió un mariposeo en el estómago y le dijo:

—No te pareces a ninguna, Brenda. Contigo todo es especial y diferente. Por eso estás aquí…

—Estoy aquí porque estás en un momento vulnerable y necesitas descargarte para poder dormir del tirón.

Gare la tomó por la barbilla, la miró con una verdad en la mirada que era conmovedora y le aseguró:

—Estás aquí porque eres la mujer más extraordinaria que conozco…

Capítulo 16

Brenda siguió durmiendo en la cama de Gare los siguientes días y aquello fue increíble para los dos.

Brenda tuvo el mejor sexo de su vida y Gare logró serenarse después de esos maratones sexuales en los que se quedaban exhaustos.

Y así estuvieron hasta que por fin llegó el resultado del informe y Gare fue a recogerlo personalmente al laboratorio.

Y sin abrirlo, lo primero que hizo fue plantarse en el bufete de Brenda porque no podía hacer aquello solo.

—Dile a Brenda que tengo algo muy importante que comunicarle —le dijo a Lorreine, la recepcionista.

Lorreine que no quería meter la pata, a pesar de que vio a Gare muy preocupado, llamó a su jefa y le susurró:

—Gare Macpherson está en las oficinas y dice que tiene algo muy importante que contarte. Ya sé que tienes la agenda hasta los topes y que me has dicho mil veces que sin cita no pase a nadie, pero es que tienes que ver la carita que tiene el pobre hombre.

Brenda interrumpió a su recepcionista porque se olía lo que estaba ocurriendo

—¡Hazlo pasar cuanto antes!

Eran las doce en punto de la mañana, cuando Lorreine le pidió a Gare que pasara al despacho de su jefa.

Gare se levantó del cómodo sofá de piel en el que estaba esperando y se fue directo al despacho al que entró sin llamar.

Brenda se sobresaltó, y solo tuvo que verle la cara para darse cuenta de que había llegado la hora de la verdad.

—¿Conoces el resultado? —le preguntó en cuanto él entró en el despacho y cerró la puerta.

Gare negó con la cabeza, ella se levantó y se dirigió a él que llevaba un sobre en la mano.

—Aquí está el resultado. No me he atrevido a abrirlo solo.

—¿Quieres que lo abra yo? —replicó Brenda que estaba bastante nerviosa.

—Estoy atacado —respondió Gare al que no le gustaba mostrarse vulnerable con nadie.

Pero con Brenda era diferente y se permitió mostrarse sin fingir una serenidad que en ese momento no tenía.

—Es normal que estés nervioso. El resultado de ese sobre puede cambiar tu vida radicalmente —le dijo Brenda.

Gare la miró con el corazón latiendo muy deprisa y le confesó con la voz tomada por la emoción:

—Me gustan los retos, pero me da una fuerza increíble saber que tú vas a estar ahí, pase lo que pase.

Brenda le agarró de la mano y le dijo convencida de ello:

—La paternidad es una responsabilidad muy grande, pero sé que lo vas a hacer genial, Gare.

Gare le acarició el dorso de la mano con el pulgar y habló agradecido:

—Gracias por la confianza, preciosa. Valoro mucho tus palabras, porque a pesar de que nos conozcamos desde hace poco tiempo, me estoy abriendo a ti como no lo he hecho con nadie.

Brenda se mordió los labios, le miró emocionada también y le confesó:

—Cada día voy descubriendo cosas de ti que me gustan, pero…

—No me soportas —le interrumpió Gare, que se olía lo que le iba a decir.

Brenda se echó a reír y le exigió porque ya no podía esperar ni un segundo más:

—Abre el sobre, Gare. Enfrentémonos a lo que sea.

Gare la miró con un brillo increíble en los ojos, pues que hablara en plural le gustó muchísimo.

—¿Somos un equipo? —inquirió alzando las cejas.

—Tampoco te vengas arriba. Estoy a tu lado. ¿O no me ves? —repuso Brenda, risueña.

Gare pensó que no solo la veía, sino que le gustaba muchísimo lo que estaba viendo y afirmó:

—Veo que eres la pelirroja más *sexy* de todo el planeta.

—Quédate con que estoy a tu lado y que no voy a dejar de estarlo. ¡Así que abre el sobre! —le ordenó para que salieran de dudas de una vez por todas.

Gare se revolvió el pelo con la mano y justo antes de abrirlo se sinceró con Brenda:

—Estos días no he parado de darle vueltas y más vueltas al asunto y me he percatado de algo.

—¿De qué? —inquirió Brenda, sin saber por dónde iba a salir.

—Ya sabes que siempre digo que soy un espíritu libre, que nadie me va a echar el lazo y…

—No hace falta que sigas hablando. Me lo sé de memoria —le interrumpió Brenda.

—Lo que quiero contarte es nuevo.

—¡Dispara! —le exigió Brenda.

Gare tomó aliento, ya que estaba bastante ansioso y le confesó algo que en la vida pensó que podría llegar a pasarle:

—Estos días he llegado a la convicción de que me ilusiona la idea de tener un hijo.

Brenda dio un respingo, puesto que era lo último que pensaba escuchar de los labios del soltero de oro de Manhattan y farfulló:

—¿Te ilusiona?

—Ya sé que no estaba en mis planes y que me va a cambiar la vida. Pero siento que no solo estoy preparado para el reto, sino que me haría ilusión que ese crío fuese mío. Estoy como una cabra, ¿verdad? —preguntó mirándole desconcertado.

Brenda, en cambio, lo encontró muy humano y además muy revelador:

—Dice mucho de ti que quieras responsabilizarte de ese niño y que lo recibas en tu vida con entusiasmo.

Gare le clavó la mirada y le dijo con una sinceridad absoluta:

—Jamás podría evadir mi responsabilidad ni darle la espalda. No soy de esa clase de tíos.

Brenda le sonrió, respiró hondo y le pidió porque ya no podía más:

—Lo sé. Así que abre el sobre, Gare.

Gare exhaló profundo y rasgó el sobre con un ligero temblor de manos, luego sacó el informe y se le demudó el rostro.

—¡Joder! —farfulló Gare.

—¿Qué pone? ¿Por qué tienes esa cara? —preguntó Brenda que

estaba con el corazón que se le iba a salir por la boca.

—¡No es mío! El informe dice que ese crío no es un Macpherson —dijo muy impactado.

A Brenda no se le ocurrió otra cosa más que abrazarle con fuerza y hablarle sintiendo cómo a él también le latía muy fuerte el corazón:

—No sé qué decir, Gare. Pero estoy aquí. Quiero que lo sepas. Y también que me siento orgullosa de ti por cómo has gestionado el asunto. Eres un buen tipo.

Gare con los ojos llenos de lágrimas, la miró y murmuró con un nudo en la garganta tremendo:

—Me había hecho ilusiones, pelirroja.

Brenda empatizaba tanto con él, que sus ojos también se llenaron de lágrimas y musitó:

—Lo sé.

—Y en todas mis proyecciones aparecías tú con nosotros. Quería que ese crío creciera junto a nosotros. Soñaba con ir al fútbol, al cine, a museos, a nuestro castillo familiar… Quería enseñarle todo lo que sé y convertirlo en un Macpherson. En un Macpherson de los buenos, no en una calamidad como yo.

Gare pronunció estas últimas palabras convencido de que lo suyo no tenía remedio, si bien Brenda sentenció:

—Tú no eres ninguna calamidad, Gare.

Gare supuso que dado lo delicado del momento, Brenda solo estaba siendo amable con él. No obstante, él sabía muy bien lo que había y le confesó:

—Lo soy. Y estoy triste porque tal vez esta sea la última oportunidad que he tenido de ser padre.

Sin embargo, Brenda arrugó el ceño y replicó para que entrara en razón:

—Gare, por favor, tienes a todo el universo deseando tener un hijo tuyo. ¿Qué bobadas dices?

Gare se apartó de Brenda, tragó saliva y decidió ser brutalmente sincero con ella:

—Quieren mi dinero, mi posición, pero a mí realmente no me quieren. Y yo no pienso reproducirme con una mujer que esté

conmigo por el interés. Así que lo tengo chungo, porque ¿quién se va a enamorar realmente de un tío como yo?

—La autocompasión no te va para nada, Gare —le reprochó Brenda, que se negaba a verle así.

Sin embargo, Gare no estaba victimizándose ni nada por el estilo, tan solo estaba siendo sincero y terriblemente honesto:

—Te estoy diciendo la verdad.

Brenda sintió un nudo en la garganta, le miró y sintió que estaba ante un buen hombre del que se podía enamorar perfectamente. Si bien lo que replicó fue:

—No sabes lo que la vida te tiene deparado.

Y por supuesto que no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Pero es que ni lo sabía Gare, ni tampoco lo sabía Brenda…

Capítulo 17

Después de la noticia, que fue un jarro de agua fría para Gare, acordaron que Brenda sería la que contactara con Martha en calidad de abogada para zanjar de una vez el asunto.

Y esa misma tarde, Brenda llamó a Martha a la que no le gustó para nada que se comunicara con ella.

—Buenas tardes, señorita Seone. Soy la abogada del señor Macpherson y le llamo para abordar el asunto de la paternidad de su hijo.

Martha con una voz que Brenda encontró muy desagradable, replicó sin disimular su enojo:

—Llámame Martha y dile a Gare que tenga las narices de hablarme él directamente. ¡No pienso aceptar interlocutores para un tema tan delicado!

—Es un tema tan delicado que prefiere dejarlo en mis manos —insistió Brenda, que no pensaba dejarse amilanar por esa mujer insufrible.

—Quiero negociar directamente con él —exigió Martha, desafiante.

Brenda respiró hondo y por supuesto que no permitió que la intimidara:

—¿Negociar o chantajearlo? Y esto último te recuerdo que es un delito.

Martha soltó una carcajada de lo más histriónica y replicó a la defensiva:

—¿Chantajearlo? Perdona, lo que estoy haciendo es quitarle el marrón de encima de criarle a su hijo por una cantidad de dinero que para él no es nada.

Brenda pensó que esa mujer no podía ser más indecente por hablar así de su propio hijo y pretender sacar una buena tajada de la situación y replicó:

—¿Y qué te hace pensar que Gare es un tipo de hombre que aceptaría un pacto tan asqueroso?

Martha más ofuscada todavía, gritó tanto que Brenda tuvo que apartarse el teléfono para que no le reventaran los tímpanos:

—Yo conozco a Gare. ¡Y tú no! Esa es la maldita diferencia.

—Como no bajes el tono, me vas a obligar a colgar —le advirtió Brenda.

—¡Estoy nerviosa porque este tema me desquicia! ¡Gare Macpherson siempre lo hace! Es un maldito demonio…

A Brenda le dolió que esa mujer hablara con esa inquina y ese desprecio de Gare y le ilustró:

—Me parece que la que no conoces a Gare eres tú. Él jamás declinaría una responsabilidad semejante.

Sin embargo, Martha encontró una explicación para que tuviera esa imagen de él:

—¿Tú quién eres? ¿Su abogada? ¿O su nuevo coño favorito?

A Brenda le sentó fatal que esa mujer odiosa la catalogara de ese modo tan soez y burdo y dijo cortante:

—No pienso responder a tus provocaciones.

No obstante, Martha siguió haciendo suposiciones y le advirtió:

—Porque estás con él y piensas que es un tío que merece la pena. Sin embargo, yo te voy a decir la verdad: ¡no vale una mierda! Es un cabrón que en cuanto se canse de follarte como un puto salvaje te mandará a la mierda.

Brenda tuvo que morderse los labios para no soltarle una burrada, se recordó a sí misma que estaba llamando en calidad de abogada de Gare y logró replicar con frialdad, como si las palabras de esa tía le resbalaran completamente:

—Tu opinión no me importa nada. Estoy llamándote porque quiero que sepas que mi cliente ya se ha sometido a una prueba de paternidad.

Martha, muy descolocada, preguntó porque no entendía nada:

—¿Qué? ¿Y cómo ha conseguido la muestra?

—Cogió un pañal del contenedor de basura y ya tenemos los resultados. Son inapelables —sentenció Brenda.

Martha, muy nerviosa, porque su plan se estaba yendo a la porra por momentos, masculló:

—¿Y cómo sé que cogieron un pañal de mi hijo y no de otro?

Brenda ya más tranquila, y sintiendo que por fin era ella quien llevaba las riendas de la conversación, respondió:

—Lo cogió de la basura que sacó Megan al contenedor. De todas formas, si quieres repetir la prueba: por mi cliente no hay ningún problema. Está dispuesto a someterse a todo lo que haga falta. Lo que sí puedo adelantarte es el resultado: y Gare no es el padre.

Martha se quedó en silencio unos segundos y luego gritó desesperada:

—¡Y tú tan contenta!

—¡Céntrate en ti, Martha! Y no me chilles más porque voy a colgarte —le advirtió Brenda, por última vez.

—Estás contenta porque no querías que un puto mocoso se interpusiera en tus planes.

—¿Cómo te atreves a hablar así de tu hijo? —replicó Brenda, que no podía sentir más repugnancia por esa mujer.

—No te hagas la buena. Los críos son un estorbo. ¡Y más si son de otra mujer! No hay madrastra buena… —aseveró Martha, con una dureza extrema.

—No todo el mundo tiene el corazón duro y frío —le recordó Brenda.

—Es más, hay gente que no tiene corazón, como Gare Macpherson. No en vano, es el tío más egoísta que he conocido en mi vida. Así que no te hagas ilusiones con él, abogadita, porque jamás será tuyo. Gare no se quiere más que a sí mismo.

—Gare estaba dispuesto a asumir su paternidad y a responsabilizarse del crío —le reprochó Brenda con rabia, porque le estaba doliendo muchísimo que hablara de Gare de ese modo tan despiadado e injusto.

—¡Y debe seguir responsabilizándose! —exclamó Martha, rotunda.

—¿Qué estás diciendo, Martha? —inquirió Brenda, convencida de que esa mujer no estaba bien de la cabeza.

—Lo que oyes. Aunque Gare no sea el padre biológico, debería responsabilizarse de igual forma del mocoso, porque él tuvo la culpa de que yo me quedara embarazada.

Brenda que alucinaba con que esa mujer fuera capaz de llegar tan lejos inquirió:

—¿Cómo dices?

—Me enamoré de Gare como una colegiala, pero él es un desalmado. Sufrí muchísimo por su culpa y acabé cayendo en los brazos del hombre equivocado. Un tipo con muchas adicciones, que lo único que quería era sacarme el dinero, a cambio de unas migajas de amor.

—¿Y Gare qué culpa tiene de que acabaras enganchada a ese tío? —replicó Brenda que no salía de su asombro.

—Él me abocó con sus desprecios y su falta de amor a los brazos de ese hombre. Y durante un par de meses simultaneé a los dos. Me acostaba con Gare y luego me refugiaba en los brazos del otro hombre para no sentirme tan utilizada y tan vacía. Así que, aunque el bebé no sea suyo, debería responsabilizarse de él porque fue el culpable de que ese error fatídico sucediera.

—¿Qué madre define a su hijo como error fatídico? —inquirió Brenda, que no entendía cómo esa mujer podía hablar así de su bebé.

—Una que vive en el mundo real y no en el universo Disney. Tú eres abogada, parece mentira que no sepas de qué va la vida.

—Lo que sé es que no puedes pedirle a mi cliente que se haga cargo del hijo de otro.

—¿Cómo que no? Me engañó. ¡Tendrá que apechugar! —exclamó Martha que estaba que se subía por las paredes.

Sin embargo, Brenda sin perder la calma le puso los puntos sobre las íes:

—Gare no te engañó. Sabías cuáles eran sus condiciones. Y aceptaste.

—¡Qué fácil es decirlo! Acepté sus condiciones como todas, pero con la esperanza de que cambiara. ¿O acaso tú no te lo tiras con el convencimiento de que Gare va a acabar enamorándose de ti?

—Te exijo que no hables de mí —le exigió Brenda, muy dura—. Y que tuvieras esperanzas respecto a vuestra relación, es un problema tuyo.

Pero a pesar de pedirle que no hablara de ella, Martha siguió haciéndolo:

—No quieres hablar de ti, pero te va a pasar como a todas. Gare siempre hace lo mismo con sus conquistas. Aunque aceptemos no

enamorarnos, él se vuelca al máximo para que lo hagamos. Y cuando estamos enamoradas como perras, no hay nada que le guste más que desecharnos como si fuéramos trapos sucios. He hablado con un montón de amantes suyas y con todas ha actuado igual. No pienses que contigo va a ser diferente. Te mostrará partes de él tan irresistibles que acabarás perdiendo la cabeza por ese cerdo. Y un día no te quedará más remedio que confesarle que le amas. Ese día por supuesto que estarás perdida, porque jamás volverás a saber nada de él. Así es Gare Macpherson, el tío más narcisista, cruel y dañino que he conocido en mi puñetera vida.

Brenda se mordió fuerte los labios para no decirle a esa mujer lo que pensaba de ella y replicó manteniendo en todo momento el control:

—Esa es tu opinión. El motivo de mi llamada es comunicarte que mi cliente no piensa aceptar tu chantaje. Así como también necesita que sepas que está dispuesto a hacerse la prueba de paternidad.

—¿Qué te parece que no tenga huevos para decirme esto a la cara? —le soltó Martha con una rabia tremenda.

—Soy su abogada. Es mi trabajo tratar este asunto contigo —precisó Brenda.

—Te tiene bien adiestrada. Pero te dará la patada, como a todas. Tan solo eres una más. Y ya me llamarás llorando más pronto que tarde —vaticinó Martha con una frialdad que estremecía.

Y Brenda no pudo más, decidió colgar porque además de que esa mujer era odiosa estaba todo dicho:

—Martha, voy a colgar. No pienso seguir escuchando más estupideces. Si quieres que mi cliente se haga la prueba de paternidad, comunícate conmigo a este mismo teléfono desde el que te llamo.

Y Martha aprovechó esos últimos momentos para seguir escupiendo su veneno:

—Te estoy contando verdades como puños. Habla con el resto de sus amantes y verás qué es lo que te cuentan. Ese hombre es horrible y te va a hacer mucho daño. Cuídate de él, Brenda Bain.

Brenda colgó, con unas ganas de llorar tremendas, porque la conversación le había tocado demasiado.

Le había dolido mucho escuchar a Martha hablar de Gare de esa manera, porque ella no creía que fuera un tipo narcisista y cruel.

Tan solo era alguien que sabía lo que quería y marcaba bien sus límites. Si las tías se enamoraban de él, ¿qué culpa tenía?

Él no las engañaba.

Como tampoco le había engañado a ella.

Desde el primer momento le había dejado claro lo que había.

Claro que a ella le había dicho que era especial y lo estaba demostrando con hechos.

Brenda era la primera mujer con la que se permitía el lujo de pasar las noches y compartir el mismo techo.

De hecho, llevaban días conviviendo como si fueran una pareja.

Aunque no lo fueran.

Así que Brenda se repitió a sí misma que ella no tenía nada que ver con esas mujeres.

Ella era distinta.

Más que nada porque no estaba con él por su dinero, ni por el mero interés.

Ella se ganaba muy bien la vida por sí misma y no necesitaba a un tío para que le financiara los caprichos.

Si tenía un antojo, se lo compraba ella misma.

Y, sobre todo, a diferencia de todas esas mujeres a las que había hecho alusión Martha, ella sabía lo que había y tenía muy claro que jamás iba a cruzar la última línea.

Y no solo porque él no pudiera enamorarse y hubieran estipulado el pacto de no amarse, era que Brenda también estaba incapacitada para hacerlo.

Y es que, desgraciadamente, Brenda tenía el corazón tan hecho trizas que era imposible que volviera a enamorarse de nadie.

Ni siquiera de un hombre tan formidable como Gare Macpherson.

O eso era de lo que Brenda estaba convencida…

Capítulo 18

Un mes después, Brenda seguía durmiendo cada noche en la cama de Gare y no solo eso.

Salían juntos a tomar copas, a bailar, a estrenos, a musicales, a restaurantes de moda, e incluso un fin de semana se fueron juntos a los Hamptons a la casa de un amigo de Gare.

Y todo el mundo daba por hecho que eran pareja, si bien ellos continuaban con el mismo pacto con el que parecía irles muy bien.

Y así fueron pasando las semanas, una tras otra, hasta que llegó mayo y un sábado, cuando estaban disfrutando de los postres en un restaurante de moda en Tribeca, Gare le confesó:

—No recuerdo haber sido tan feliz en mi vida.

Brenda soltó una carcajada y lo achacó a las bolas de helado de fresa que se estaba comiendo:

—Porque eres un goloso. Y luego tienes la suerte de que lo quemas todo.

—Y además me mato a hacer deporte.

Brenda que también estaba disfrutando del helado, sonrió porque cada noche y cada mañana disfrutaba de ese cuerpazo y musitó:

—Y a mí me vuelve loca tu cuerpo.

Gare sintió que la sangre se le iba a la entrepierna y casi que gruñó:

—¿Cómo lo haces para tenerme siempre empalmado?

Brenda estuvo a punto de escupir el helado que tenía en la boca y respondió:

—¡Yo no hago nada! ¡Eres tú que eres un pervertido!

—¡Y tanto! Tengo ganas de hacértelo a todas horas y en todas partes.

Brenda se mordió los labios y sintió cómo la mirada lobuna del *highlander* la incendiaba por dentro.

—Y yo no me sacio nunca de ti. Es horrible.

—¿Horrible? —replicó Gare, entre risas.

—Supongo que esto en algún momento aflojará.

—La atracción entre nosotros es tan fuerte que nos veo de viejecitos haciéndolo sin parar.

—¡Estás como una cabra, Gare! —exclamó Brenda, divertida.

—Disfruto tanto cuando te la meto hasta el fondo y tu vagina se ensancha al máximo…

Brenda se acaloró, temiendo que los hubieran escuchado y replicó:

—Gare, por favor, el restaurante está hasta los topes. Nos van a escuchar.

—Es que tenía que soltarlo. Me quemaba por dentro. Me tienes a tus pies, pelirroja. Y el helado me encanta, pero me gusta mucho más devorar tu sexo que siempre chorrea para mí.

Brenda tragó saliva, se ruborizó y le reprendió sin saber dónde meterse:

—¡No seas cavernícola!

—Lo soy. Porque ¿sabes de lo que tengo ganas ahora mismo?

—Me temo lo peor.

—De arrastrarte hasta el primer cuarto que encontremos abierto y metértela con fuerza mientras me exiges que te dé mucho más.

Brenda sintió que la piel le ardía, puso los ojos en blanco y le susurró derretida de placer:

—Como sigas así vas a conseguir llevarme al orgasmo sin tocarme.

Gare sonrió como un diablo, se quitó un zapato, estiró la pierna, separó las de ella con la punta del pie y Brenda gimió al sentir el pie enorme del *highlander* presionando contra su sexo.

—Gare, ¡por Dios!

—Nadie ve nada. Estoy tapado por el mantel.

—¡Vas a matarme!

Gare cogió un trozo de helado y le dijo justo antes de pasar la lengua en punta por encima de él con la peor de las intenciones:

—Imagina que es mi lengua la que recorre tu clítoris húmedo y henchido.

Brenda de solo contemplar cómo hacía ese gesto, se erotizó más todavía, se le escapó un gemido y musitó:

—No me puedes hacer esto.

Gare empezó a darle golpecitos con la punta del pie sobre el sexo al tiempo que decía:

—Tienes las bragas empapadas. ¡Me gustas tanto, Brenda!

—Solo tú eres capaz de llevarme a este extremo, Gare. Solo tú.

Y tras decir esto, cerró los ojos y se entregó a esas caricias intentando disimular lo máximo posible.

Si bien la cosa estaba difícil porque una parte de su anatomía la delató:

—Tienes los pezones tan duros que se marcan incluso por debajo del sujetador —le comentó Gare que tenía la polla a punto de reventar.

Brenda se mordió el labio inferior, Gare presionó con fuerza el clítoris con los dedos del pie y aquello ya no tuvo marcha atrás.

—Dios, no puedo más.

Brenda se agarró a la mesa con ambas manos, miró a Gare y sucumbió a un orgasmo que soportó mordiéndose muy fuerte los labios.

—Así es, preciosa. Dámelo. ¡Córrete para mí!

Brenda acabó de sentir los espasmos del orgasmo y luego exclamó porque aquello no tenía nombre:

—¡Esto no puede ser, Gare!

—¿El qué? ¿Disfrutar del placer?

—¿En mitad de un restaurante atestado de gente?

—Necesitaba sentir tu sexo. No podía soportarlo más. Y ahora nos vamos a encerrar en el primer cuarto que encontremos abierto y te la voy a meter hasta el fondo. Como a ti te gusta.

Brenda bebió un poco de agua, se abanicó con la mano y le preguntó con la frente perlada de sudor:

—¿Ahora?

Gare que no podía esperar más, la cogió de la mano y la llevó por un pasillo estrecho que recorrieron hasta llegar al final donde había un despachito abierto.

Entraron, él cerró la puerta, la agarró con una mano por la cintura, la estrechó contra él y los dos jadearon cuando las bocas se encontraron.

Se devoraron y sin más demora, Gare sacó un condón de la cartera que se enfundó con pericia.

Luego, empujó a Brenda contra una mesa de madera de roble, le dio la vuelta y él se situó a su espalda.

Brenda se echó un poco hacia delante, él tanteó la entrada y se

hundió hasta el fondo.

Brenda se mordió la mano para no gritar y luego él volvió a entrar y a salir del estrecho interior con fuerza.

—Siempre tengo ganas de ti, pelirroja. Unas ganas infinitas —le susurró al oído.

Brenda sintió cómo el miembro durísimo se acoplaba en su sexo, tensándolo al máximo y él empezó a hacérselo.

Y no fue para nada cuidadoso.

La folló con dureza, rápido y fuerte, con un ritmo trepidante que por momentos fue a más y más.

Brenda acabó con el cuerpo aplastado contra la mesa, Gare arremetía contra ella agarrándola fuerte de las caderas y así estuvo penetrándola hasta que, del golpeteo del sexo contra la mesa, ella se corrió de nuevo.

Y Gare no pudo más, y se fue también, convulsionando contra el cuerpo de ella como un animal y derramándose hasta vaciarse por completo.

Luego, la levantó, se abrazaron y con los corazones agitados y las respiraciones aceleradas, él le dijo:

—Jamás voy a cansarme de ti, pelirroja.

—Ni yo —confesó Brenda, aún jadeante.

—Es la primera vez que me pasa esto con una mujer. Nunca había estado tanto tiempo con una chica. Siempre acabo aburrido de todo, pero contigo es muy diferente. No sé cómo lo haces que siempre quiero más, que te tengo ganas a todas horas y que estoy ansioso por llegar a casa para encontrarme contigo. Y no solo es el sexo…

Brenda pestañeó deprisa, sintió que el corazón se le aceleraba más todavía y replicó:

—Me pasa algo parecido. Estoy a gusto contigo. El sexo es maravilloso y a tu lado me lo paso genial. Quién me lo iba a decir, pero creo que estamos empezando a ser buenos amigos.

—¿Ya me soportas un poco más? —preguntó Gare, risueño.

—Te soporto bastante y esta relación que tenemos es perfecta. Sin exigencias, ni compromisos. Tenemos sexo cuando nos da la gana, nos divertimos, disfrutamos de lo bueno y somos confidentes. ¿Quién

quiere más?

Gare la miró, sintió un mariposeo fuerte en el estómago y pensó que él estaba empezando a querer más, muchísimo más.

Pero prefirió no decir nada, tan solo se limitó a agarrarla por la nuca y a besarla como si su corazón estuviera gritando que la amaba…

Capítulo 19

Dos meses después, Brenda y Gare estaban celebrando en el local de copas de Henry Zank, gran amigo de Gare, los éxitos del bufete.

—Al paso que vas, te vas a convertir en la número uno —le dijo Gare, tras alzar su copa y brindar con ella.

Brenda se echó a reír, brindó y luego tras dar un sorbo a su champán, reconoció:

—Estoy teniendo mucha suerte.

—No es suerte, preciosa. Es que tienes talento, capacidad de sacrificio y ganas. Sin eso no se llega a ninguna parte.

—Pero también cuento con grandes amigos que me recomiendan, como es tu caso, el de Anne, el de Camila, o el de James Bank que anunció a bombo y platillo en un programa estrella de la televisión que soy su nueva asesora legal.

A Gare no le agradó para nada que le pusiera a la altura de James Bank, pero lo disimuló como pudo y masculló:

—Con tener buenos contactos no basta. Hay que tener resultados. Y los tuyos son magníficos.

—De momento estoy ganando un montón de demandas.

—Y toda Nueva York sabe que, si quieren ganar un caso, tienen que contratar tus servicios. Yo desde luego que es lo que no paro de contar a todo el que me pregunta.

—Muchas gracias, Gare.

—Gracias a ti por ser la mejor. Si no llegas a interceder en el caso con Martha no sé qué habría sido de mí. Porque esa mujer es muy venenosa y podía haberme hecho mucho daño.

—Cuando me dijo que debías hacerte responsable del hijo que no era tuyo, ya que tú le habías abocado a los brazos de otro, pensé que en la vida había conocido a una mujer más interesada y descarada.

—Lo que quería finalmente era librarse de la responsabilidad de sacar adelante a su hijo. Por eso llamé a Margaret, la tía que tiene Martha en Canadá.

—Fue una gran idea.

—No hay lugar mejor para que ese crío crezca, que rodeado de cariño y cuidados. Me consta que Margaret es una gran persona y sé

que va a hacer de él un gran hombre.

—Sin duda, es lo mejor para esa criatura.

—La madre quería desentenderse de su custodia y lo mejor es que se quede con Margaret que sí que le quiere y le va a dar la posibilidad de que tenga un buen futuro.

—Dice mucho de ti que te preocuparas tanto por ese crío, Gare.

—Hago lo que habría hecho cualquiera.

—Por experiencia sé que a la gente no suele preocuparle más que sus propios problemas. No es frecuente encontrarme con personas tan generosas como tú.

—Soy un tío normal —insistió Gare.

—No lo eres. Y si no, mira cómo te estás comportando conmigo. Vivo como quien dice en tu casa, no me dejas que pague ni las naranjas del desayuno y siempre me invitas a todo.

—Perdóname si te resulto un jodido hombre primitivo. No sé actuar de otra forma.

—Anne se parte de risa siempre que sale a colación este tema y me dice que para qué estoy pagando un apartamento si me paso el día en el tuyo.

—La verdad es que la apreciación de Anne es más que sensata.

—Pero yo me siento mejor así. Es bueno que cada uno posea su espacio. Me hace sentir independiente y libre —aseguró Brenda.

—No obstante, te pasas el día en mi apartamento.

—Porque así lo decido cada día, sin compromisos ni ataduras. Es fantástico. Estoy muy feliz con esto que tenemos.

Brenda dio un sorbo a su copa de champán, sonrió a Gare, si bien él se puso muy serio porque había algo que le estaba comiendo por dentro:

—Pues yo lamento decirte que el pacto que hicimos en su día ya no me sirve.

Brenda se quedó muerta, abrió los ojos como platos y replicó, pues no esperaba para nada esa confesión:

—¿Qué quieres decir, Gare?

Gare apretó fuerte las mandíbulas, dejó la copa sobre la mesa y respondió con un gesto de preocupación:

—Que lo que tenemos ya no me llena.

A Brenda se le vinieron de golpe las palabras de Martha, cuando le dijo que ella era una más y que Gare más pronto que tarde se aburriría de ella y se sintió fatal.

No se lo esperaba.

Estaba todo tan bien entre ellos, que era imposible que Gare afirmara que lo que tenían no le llenaba.

Porque lo tenían todo.

El mejor sexo, complicidad, risas, amistad, lealtad, cariño, buena sintonía y un montón de aficiones que compartían.

Juntos veían series, iban a estrenos, disfrutaban de los mejores restaurantes, jugaban al pádel, corrían por Central Park y ella estaba tan integrada en la vida de los Macpherson que parecía una más.

Brenda era una asidua a las reuniones de la familia en Carnegie Hill y no se perdía un partido de fútbol con la pizza y la cerveza en la mano.

Como uno más de ellos.

Como si fuera la pareja de Gare.

Aunque realmente no lo fuera.

Por eso cuando escuchó las palabras de Gare se quedó blanca y masculló:

—Pensé que estábamos bien.

Gare se revolvió el pelo con la mano, la miró con los ojos muy brillantes y le confesó:

—Yo no estoy bien. Yo quiero mucho más.

Brenda se envaró y lo primero que pensó fue que Gare le estaba proponiendo que se atrevieran mucho más en el sexo.

Y como estaban en el local de Henry Zank, donde sabía que se practicaba el intercambio de parejas, replicó:

—¿Quieres que participemos de tríos? ¿O estás pensando en una orgía?

Gare la miró alucinado, puesto que él lo que quería era completamente diferente.

Y no había surgido así de repente, era algo que había meditado muchísimo y que ya no podía postergar más.

Lo había hablado además con sus hermanos y los dos le habían dado el mismo consejo.

Y ahí estaba él, frente a la mujer que le había vuelto el mundo del revés y con la que ya no le bastaba lo que tenía.

—No estoy hablando de tríos. Ni de orgías. Ya no me interesa. Solo quiero hacerlo contigo. Mi polla no tiene más dueña que tú.

Brenda se río porque Gare era sencillamente incorregible y replicó:

—¿Entonces? ¿Qué es lo que quieres?

Gare le agarró de la mano, la miró a los ojos y le dijo sintiendo un estremecimiento por todo el cuerpo:

—Te quiero a ti.

Brenda se quedó rígida, porque lo que menos podía esperarse por parte de Gare era una declaración.

¿O no lo era?

Muy nerviosa, se mordió los labios, le miró agobiada y preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso, Gare?

—Que ya no puedo seguir respetando el pacto. Que quiero mucho más que sexo.

Brenda hiperventilando, solo pudo farfullar creyendo que se iba a desmayar ahí mismo:

—Dios, Gare. No puede ser. Tú no.

Porque no podía ser. Tenían un pacto y él era un mujeriego empedernido. No podía haberse enamorado de ella.

Y ella desde luego que tampoco podía permitirse el lujo de amar. El amor implicaba siempre dolor y sufrimiento. Y Brenda no quería sufrir más.

Brenda quería seguir como estaban. Sin expectativas, sin lazos, sin nada.

Joder, pensó.

¿Por qué Gare quería estropearlo todo?

Y mientras Brenda estaba con estas cavilaciones, Gare replicó:

—Estaba convencido de que jamás me enamoraría. Pero he caído como todos. Cuando se lo conté a mis hermanos se partieron la caja. Yo que tanto me descojonaba de ellos por dejarse poner la soga, estoy deseando que tú me la pongas a mí.

Brenda, que estaba escuchando los latidos de su corazón retumbar en las sienes, dijo con una angustia increíble:

—¿Yo?

Gare la miró con una mezcla de deseo y amor que a Brenda la desarmó por completo y confesó:

—Sí, tú, pelirroja, tienes que saber que no solo te metes cada noche en mi cama…

Pero ella no podía permitir que fueran más allá, Brenda sentía que debía autoprotegerse y le interrumpió para decir:

—No sigas, Gare. Te lo suplico.

—Tengo que seguir, Brenda. Debo dejar de una vez que hable mi corazón. Soy un Macpherson. Mi clan lo exige. Tengo que tener valor y voluntad. Por eso estoy frente a ti diciéndote que te tengo muy dentro de mí, preciosa. Estás en mi cabeza, en mi corazón y en todas partes. Y estoy cansado ya de morderme los labios para que no se me escapen las dos palabras que más deseo decirte.

Brenda sintió que el local empezaba a darle vueltas y, con unas nauseas horribles, farfulló:

—¿Dos palabras?

Gare ni se lo pensó, la agarró fuerte de las manos y le dijo sintiendo que en su vida no había dicho una verdad más grande:

—Te amo, Brenda Bain.

Brenda convencida de que le iba a dar un síncope, se soltó de la mano de Gare, agarró el bolso y lo único que pudo hacer fue salir pitando del local…

Capítulo 20

Gare salió corriendo detrás de Brenda, pero la perdió de vista. La llamó por teléfono hasta la desesperación y luego decidió ir a casa a esperar a que regresara.

Pero no lo hizo.

Por eso, desesperado, decidió telefonear a Camila para ver si sabía algo:

—Disculpa que te llame a estas horas de la madrugada.

Eran las tres de la mañana y Camila se sobresaltó, pues si Gare llamaba a esas horas tenía que ser por algo importante:

—¿Qué ha pasado, Gare?

Gare con un nudo en la garganta que le dificultaba hablar, carraspeó un poco y respondió:

—Se trata de Brenda. Ha desaparecido.

Camila se quedó lívida y Killian que estaba a su lado y que se había despertado también con la llamada, le preguntó preocupado:

—¿Qué sucede, cariño? ¿Está todo bien?

Camila puso el teléfono en manos libres y le contó a su marido:

—Es Gare. Dice que Brenda ha desaparecido.

Killian contrarió el gesto y sin pensarlo lo primero que hizo fue echar la bronca a su hermano:

—¿Ya la has liado parda? ¿Qué has hecho?

Camila agarró del brazo a su marido y le pidió para que escucharan la versión de Gare:

—Killian, por favor, deja que hable. Y no te precipites.

—¿Cómo no me voy a precipitar, si acaba de provocar que la pobre Brenda salga por piernas? ¿Te ha pillado con otra? Joder, Gare, ¿cómo puedes ser tan capullo? ¡Esa chica es de las buenas!

Gare que estaba que ya no podía más, estalló furioso contra su hermano:

—Porque sé que es maravillosa, esta noche le he confesado que estoy enamorado de ella y que la amo.

—¿Y tras declararte ha desaparecido? ¿Por qué será que no te creo? —masculló Killian enojado.

Si bien Camila miró a su marido y le dijo lo que pensaba porque

conocía muy bien a su amiga:

—Debes creer a Gare: está diciendo la verdad. Él no ha hecho nada más que abrir su corazón. Es Brenda la que se ha asustado y ha salido corriendo.

—He dado la orden al portero de que me avise cuando llegue. Pero de momento ni responde a mis llamadas ni a mis mensajes. ¡Solo espero que se encuentre bien! —exclamó Gare que estaba desesperado.

—¿En su despacho no está? ¿Has llamado a las oficinas? —preguntó Killian.

—Brenda necesita estar sola. Habrá buscado refugio en algún lugar donde pueda serenarse y pensar bien qué hacer —comentó Camila, convencida.

—¿Podrías llamarla? A lo mejor a ti te lo coge —le pidió Gare.

—No creo, pero espera, por favor…

Camila agarró el teléfono móvil de su marido y llamó a su amiga, si bien no obtuvo tampoco ninguna respuesta.

Luego, le puso un mensaje y por fin le dijo a Gare que estaba que se moría de los nervios:

—Tampoco me responde. Pero es normal. Como te digo necesita espacio y tiempo para poner orden en su cabeza. La conozco muy bien y sé que ahora mismo está tan desbordada que necesita estar sola para digerir lo que le está pasando.

—Pero al menos podía decirte algo para que sepamos que está bien —comentó Gare, que no podía soportar estar sin noticias.

—Es muy lista. Sabe que si llamo con el teléfono de mi marido es porque tú estás en línea con el mío. No me va a responder ahora. Y no te preocupes porque ella está bien.

—¿Estás segura? Lo que me preocupa es que con el arrebato cometa cualquier estupidez —dijo Gare, mientras dejaba la vista vagando por el ventanal de su apartamento.

—Brenda está sobrepasada, nada más. Y necesita estar tranquila. Actuó de la misma manera cuando Charlie la dejó plantada. Desapareció y al día siguiente escribió a su padre para decirle que necesitaba estar sola unos días. Esta vez pasará lo mismo, ya lo verás

—habló Camila, convencida de que iba a ser así.

—Su teléfono está operativo. Indica que está en línea —informó Gare, que no veía la hora de volver a hablar con ella.

—Es lo primero en lo que me he fijado. Brenda está bien, Gare. Pero no quiere hablar. Dale tiempo, por favor —le suplicó Camila, aunque sabía que era muy difícil para él entender la situación.

—¡Maldita sea! Si lo llego a saber, hubiera cerrado el puto pico. ¡No tenía que haberme declarado! Joder, con lo bien que estábamos. ¡La he pifiado como un cretino! —exclamó Gare invadido por una mezcla de rabia, pena, dolor y frustración.

—Gare, por favor, no te fustigues. Tú has hecho lo que debías. Y has sido muy valiente.

Killian miró a su mujer atónito porque pensaba que se estaba pasando:

—Ni que hubiera ido a la batalla de Culloden. Solo le ha abierto su corazón a una chica.

Camila sonrió y le replicó a su marido que parecía haber olvidado lo que le había costado a él declararse:

—¿Solo ha abierto su corazón? ¿Tú te acuerdas de lo que te costó abrir el tuyo?

—Vale, está bien. Lo reconozco. Pero ya era hora de que Gare sentara la cabeza —comento Killian.

—¡Olvídate, hermano! Brenda ha salido huyendo de mí —aseguró Gare con una pena que no le cabía en el cuerpo.

—No ha huido de ti, Gare. Brenda está huyendo de sí misma. Pero al final tendrá que afrontar sus miedos y tomar las riendas de su vida —le aseguró Camila.

—Estoy tan agobiado que te pediría que fueras más clara, Camila. ¿Cómo que está huyendo de sí misma? —replicó Gare, que estaba que le iba a estallar la cabeza.

—Después de lo de Charlie, Brenda se prometió a sí misma que jamás volvería a sufrir por amor —respondió Camila, sintiendo mucho que Gare estuviera pasándolo tan mal.

Porque realmente él no tenía culpa de nada, él estaba pagando los platos rotos de otro hombre, y no era justo.

—Pero yo no quiero hacerla sufrir. ¡Yo solo deseo amarla y que sea la mujer más feliz de la tierra! —exclamó Gare, exasperado.

Camila suspiró y le aconsejó a su cuñado para que sobrellevara la situación de la mejor manera posible:

—Ya lo sé, Gare. Pero Brenda quedó muy dañada después de que Charlie la dejara. Fue un trauma tremendo, ella dice que es agua pasada, pero es obvio que no. Si ha reaccionado así es porque tiene pánico a enamorarse, porque teme volver a pasar por lo mismo que pasó con Charlie.

—¡No tengo nada que ver con ese tío! —insistió Gare, apretando fuerte las mandíbulas.

—Tienes que darle tiempo. Ella no estaba preparada para que le pasara esto. Ella vino a Nueva York para trabajar duro, y enamorarse no estaba en sus planes.

—Su bufete es un éxito. Y conmigo parecía muy feliz. De hecho, solía decirme que no recordaba haber sido más feliz en su vida —contó Gare, que no entendía cómo podía estar viviendo esa situación tan angustiosa.

No obstante, Camila con mucho tacto intentó que comprendiera por lo que estaba pasando su amiga:

—Porque había un pacto de por medio en vuestra relación y eso le hacía sentirse segura. Pero una vez roto el pacto, todo cambia y ella no sabe cómo gestionarlo. Y… Espera, un momento que acabo de recibir un mensaje de ella.

Gare sintió que le daba un vuelco al corazón y le pidió ansioso por conocer lo que tenía que comunicarle:

—Léemelo, por favor, Camila. Sea lo que sea, necesito saberlo.

Camila abrió el mensaje, lo leyó rápidamente y decidió que lo mejor era que su cuñado conociera el contenido.

—Te lo voy a leer, Gare. Más que nada porque ella me pide que lo haga.

BRENDA:

Amiga, supongo que a estas horas estarás al tanto de todo lo que ha pasado entre Gare y yo. Estoy bien. Perdona, que no te diga dónde

estoy. Necesito estar sola. Necesito tiempo para pensar. Esto que me está pasando me tiene trastornada. Y necesito mi espacio. Me voy a refugiar en este lugar hasta que me encuentre con fuerzas para volver a retomar mi vida. Teletrabajaré desde aquí. Y, por favor, dile a Gare que estoy bien, que no se preocupe por mí, que estoy en un lugar confortable y seguro y que me disculpe por salir corriendo. Pero estaba con un ataque de pánico tremendo y no encontré mejor forma de salir airosa del trance. No puedo decirle más. No sé lo que va a pasar de ahora en adelante. Charlie me hizo tanto daño, rompió mi corazón en tantos pedazos que a ratos pienso que no seré capaz de amar de nuevo. Y Gare no se merece una mujer a sí a su lado. Gare necesita una mujer como él, con valor y voluntad, como una Macpherson. Y yo no lo soy. Esta noche le he demostrado que no estoy a la altura y que no soy capaz de afrontar el reto. Y no imaginas lo que estoy llorando, querida amiga, mientras te escribo esto. Solo espero que el tiempo lo ponga todo en su sitio y que pueda volver a sentirme pronto bien. Gracias por ser mi amiga, comprenderme y quererme, y no dudes de que, en cuanto reúna fuerzas, volveré a contactar contigo. Un beso grande para ti y tu preciosa familia.

Camila terminó de leer el mensaje y Gare se quedó callado sintiendo el dolor más grande que había padecido en la vida.

¿Pero cómo Brenda podía decir que no estaba a la altura? ¿Cómo podía asegurar que él no se merecía una mujer como él?

Joder, pensó. Si era la mujer más fascinante que había conocido jamás y aún no entendía cómo había tenido la suerte de tenerla en su cama y sobre todo en su vida.

Después soltó el aire que tenía contenido en los pulmones y le dijo a su cuñada:

—Gracias, Camila. Me quedo mucho más tranquilo al saber que está bien y respetaré su decisión. No me queda otra.

Camila, que estaba muy emocionada, dijo con la voz temblorosa porque lamentaba que dos personas que quería tanto estuvieran sufriendo así:

—Ten paciencia, Gare. Dale tiempo y ya verás como todo acaba poniéndose en su sitio…

Capítulo 21

Pasaron un par de semanas, Gare seguía sin tener noticias de Brenda y estaba desesperado.

No podía concentrarse, no comía, no dormía y tenía tan preocupada a su familia que enviaron a Camila a su apartamento para darle un ultimátum.

—Nos tienes muy preocupados, Gare —le confesó Camila, aquella noche. Dos semanas después de que Brenda hubiera salido de su vida.

Gare que estaba pálido, más delgado y ojeroso le dijo a su cuñada para que le dejara en paz:

—Estoy pasándolo mal, pero no voy a morir de esto.

Camila resopló, se sentó a su lado en el sofá y replicó porque ella también lo estaba pasando fatal:

—Para mí esta situación no es nada fácil. Ella es mi mejor amiga y tú mi cuñado. No es agradable veros a los dos sufrir tanto.

Gare dio un respingo en el sofá y le preguntó arqueando una ceja:

—¿La has visto en estos días?

—Ni la he visto ni he hablado con ella, pero es mi amiga y me hago una idea de cómo debe estar. Sin embargo, no puedo hacer más, tan solo…

Gare la interrumpió porque sabía lo que iba a decir y no lo soportaba:

—No me pidas que tenga paciencia, Camila. Soy un *highlander* y los guerreros no tenemos paciencia. Somos tíos de acción y no sabes lo duro que se me está haciendo esto.

Camila podía hacerse una idea, si bien le advirtió para que supiera lo que había:

—Tu familia me ha enviado para que te lleve a la mansión familiar de Carnegie Hill.

—Como hicieron con Killian cuando estaba que se moría porque creía que te perdía —recordó Gare.

Camila de solo recordar aquellos días, se puso más triste todavía y confesó:

—Estaba muy confundida y me costó mi tiempo aceptar lo inevitable. Porque Killian y yo estamos hechos el uno para el otro.

Como Brenda y tú.

Gare la miró emocionado, negó con la cabeza y le confesó:

—No lo tengo tan claro. Por mi parte sí. Yo sé que Brenda es la mujer de mi vida. Pero no sé si yo seré el hombre que ella necesita. Y a medida que pasan los días lo único que tengo son más dudas.

Camila que sabía bien de lo que hablaba, ya que ella también había necesitado su tiempo para aclararse le dijo:

—No interpretes su silencio como indiferencia o rechazo. Brenda está poniendo orden en su mundo interno. No debes anticipar nada, Gare.

—Me gustaría tanto hablar con ella y decirle que no tiene nada que temer. Joder, ¡no tengo nada que ver con ese cabrón que la dejó hecha mierda!

—Sé que no. Pero me temo que por lo que está pasando Brenda no tiene tanto que ver contigo como con ella misma. Ella tiene que darse el permiso para amar y ser amada otra vez, tiene que superar sus miedos y lanzarse.

Gare se apretó el puente de la nariz, bufó y le preguntó a su cuñada:

—¿Y cuándo crees que sucederá?

—No lo sé, Gare. Cada uno tiene sus tiempos. Quédate con que está bien, en un refugio seguro y que cuando esté preparada hablará contigo.

—Estoy tan descentrado que no sé cuánto tiempo podré aguantar con esta maldita incertidumbre.

—Lo mejor es que salgas de este apartamento, Gare. Te trae demasiados recuerdos y no haces otra cosa más que rumiar y rumiar sin que te aporte nada bueno. Vete a la casa familiar y deja que te cuiden. Debes tener unos horarios, unas rutinas, comer a tus horas y comida sana, dormir y dejar de pensar en otra cosa que no sea Brenda Bain.

Gare negó con la cabeza, se cruzó de brazos y le confesó:

—No quiero salir de este apartamento porque hasta las sábanas aún huelen a ella. Quiero seguir recordando los momentos tan maravillosos que vivimos juntos, las risas, las confidencias, los bailes en la cocina, las series que nos quedábamos viendo hasta las tantas

bajo una manta.

Por no hablar del mejor sexo que había tenido jamás con una mujer, pero eso no era plan de contárselo a su cuñada.

No obstante, la extrañaba muchísimo. No dejaba de pensar en ella y de masturbarse muy fuerte recordando los polvos más salvajes que había experimentado en su vida. Recuerdos que le provocaban orgasmos brutales mientras gritaba el nombre de la única mujer a la que había amado en su vida y a la que estaba convencido que iba a amar por siempre.

Brenda.

Ni había habido otra antes y ni la habría después.

Sin embargo, su cuñada no veía las cosas bajo el mismo prisma y le advirtió:

—Es bonito y romántico lo que cuentas. Pero cuando los recuerdos empiezan a hacer daño, lo mejor es tomar distancia y centrarse en uno. Tienes que pensar en ti. Comer, dormir, cuidarte y tener una vida normal.

—¿Tú crees que puedo tener una vida normal cuando no sé nada de la mujer a la que amo?

—Es normal dentro de lo que cabe. Pero tienes que seguir viviendo hasta que ella tome una decisión.

—¿Te digo algo? Decida lo que decida voy a seguir amándola igual. Jamás podré sentir por otra lo que siento por Brenda Bain.

—¡Caray, Gare! ¡Una vez más se confirma que cuando un Macpherson da su corazón lo hace para siempre! —exclamó Camila, admirada.

—Estaba convencido que mi corazón jamás sería de nadie. Pero estaba terriblemente equivocado. Mi corazón pertenece a la pelirroja más *sexy* y más talentosa que he conocido en mi vida. Y siempre seré única y exclusivamente suyo —sentenció Gare, con una convicción absoluta.

—Estoy deseando que abandone su refugio y se decida de una vez a hacer lo que sé que está deseando.

—¿Mandarme a la mierda? —replicó Gare, arqueando una ceja.

—No. No hay más que ver la conexión tan potente que hay entre

vosotros para saber que estáis enamorados. Pero entre que tú estabas obsesionado con que no te pusieran la soga y ella que está traumatizada por su pasado, lo vuestro es sumamente complicado.

—Lo mío no tiene complicación ninguna, porque he caído en las redes del amor —dijo Gare en un tono que sonaba a que había caído en una trampa mortal.

—Lo dices de un modo que pareciera que has caído en algo malo y peligroso.

—El amor es maravilloso, pero estoy sufriendo muchísimo. Este silencio entre nosotros me está matando. Necesito saber cómo está, qué piensa, qué necesita, qué quiere y dárselo todo. Todo lo que me pida se lo quiero entregar a manos llenas —afirmó Gare, batiendo las manos y sintiendo una pena que le dolía.

—Gare, quién te ha visto y quién te ve —musitó Camila, que le abrazó porque le vio destrozado.

—Me he transformado en un puto moñas, pero me importa un huevo. Cuando uno ama tiene que decir cursiladas y estupideces, es lo que toca. Y yo la amo, Camila. Estoy enamorado hasta las trancas de una mujer que a lo mejor elige quedarse sola.

Camila sonrió a su cuñado, se sintió muy orgullosa de él y después le aseguró:

—Brenda es una mujer lúcida y racional que sé que sabrá elegir lo correcto.

—¿Se puede elegir lo correcto con miedo? —inquirió Gare, porque él estaba convencido de que no.

—Brenda es valiente. Tú lo sabes también.

—Pero en el amor está muy herida y no sé si encontrará la fuerza para enfrentarse a sus temores —reconoció Gare, dejando traslucir el mayor de sus miedos.

—La encontrará porque tú le estás demostrando que estás ahí, luchando por su amor, contra viento y marea. Y eso es algo formidable, al ser lo que necesita sentir. Después de lo de Charlie perdió la confianza en ella misma y en los demás. Él le hizo un daño psicológico tremendo, pero tú le estás devolviendo la confianza, Gare. Contigo se está dando cuenta de que puede volver a creer y confiar, de

que hay alguien que está dispuesto a darlo todo por ella. Tú haces que ella sienta que merece la pena.

—¿Cómo no va a merecer la pena si es una mujer increíble? —inquirió Gare, que no daba crédito. Porque para él esa chica era sencillamente perfecta.

O al menos era perfecta para él.

Y eso era lo único que le importaba.

—Charlie le hizo mucho daño en su autoestima —recordó Camila—. Ella creía que estaba fuerte de nuevo, pero la reacción que ha tenido de desaparecer solo me hace pensar que aún no está bien.

—Dios, si pudiera hacer algo para ayudarla —farfulló Gare.

—Ya lo estás haciendo, Gare. Estás respetando su decisión y con eso estás haciendo muchísimo. Y tú prométeme que te vas a cuidar, por favor. O si no, yo mismo tendré que llevarte a la casa familiar.

Gare asintió y pensó que a pesar de lo que acababa de decirle su cuñada, él sentía que tenía que hacer algo más.

Y, al día siguiente, lo hizo…

Capítulo 22

Gare no pudo esperar más y decidió que lo mejor que podía hacer era llamar a Connor James, el detective, para saber de una maldita vez dónde se encontraba Brenda.

Y no era que no la respetara, era que necesitaba que supiera que estaba dispuesto a todo para luchar por ella y por su amor.

Y luego, una vez que lo supiera, que se tomara el tiempo que necesitara, pero tenía que hacerle saber su verdad.

Que él estaba ahí, esperando, y que iba a estar siempre.

Porque la amaba con todo su ser.

Así que con esa motivación tan fuerte llamó a Connor James, le contó todo y le exigió por contrato que no revelara nada a nadie.

Lamentó incluir esa cláusula, porque Connor era amigo y parecía que estaba poniendo en duda su discreción y confianza, pero no le quedaba otra.

Connor era muy amigo de Killian y en su afán de ayudar podía irse de la lengua.

Por lo que se sentía más seguro con esa cláusula de por medio y Connor James era tan buen detective que a la semana obtuvo resultados:

CONNOR:
Ya sé dónde está tú chica. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

Gare que estaba almorzando, y comida sana, como le había prometido a su cuñada, sintió que le daba un vuelco al corazón y respondió:

GARE:
Necesito que me digas ya dónde está. No puedo soportar más este puto tormento.

Si bien Connor creyó mucho más prudente quedar y que tomara la decisión de lo que hacer en frío, por lo que le dijo:

CONNOR:
Dime dónde te encuentras y yo acudiré ahora mismo.

Gare que estaba muy ansioso y no entendía por qué no le podía dar la puñetera dirección escribió:

GARE:
¿Tanto te cuesta escribir la dirección? Es facilito…

Connor conocía lo impulsivo que era Gare y por su bien prefirió optar por:

CONNOR:
Mándame tu ubicación y voy para allá ya mismo. Créeme. Esto es lo mejor.

Gare de mala gana le envió la dirección y a los quince minutos, Connor se presentó en el restaurante con una cara de lo más extraña.

Gare al verle se puso más nervioso todavía, porque lo que menos podía imaginar era que Connor fuera a venir con malas noticias:

—¿Qué ocurre? ¿Brenda está bien? ¿Está en un hospital? ¡Joder, no me tengas más en ascuas, cabrón!

Gare se sentó frente a él, le pidió un café al camarero que apareció para preguntarle si quería algo y ya a solas le respondió a Gare:

—Brenda se encuentra bien. Y está viviendo en el apartamento de James Bank.

Gare sintió que le daba un vuelco al corazón, miró a Connor muy preocupado y preguntó:

—¿Están juntos?

Connor se encogió de hombros y le dijo todo lo que sabía:

—Llevo una semana haciéndole el seguimiento y lo único que puedo decirte es que durante estos días ella ha estado sola. Sale para reunirse con clientes, para hacer trámites relacionados con el trabajo, para correr por las tardes, para ir al gimnasio, para hacer la compra… Pero él no ha aparecido en todo este tiempo por el apartamento.

Gare sintiendo una angustia tremenda, pero al mismo tiempo feliz por saber de ella, replicó:

—¿Y cómo se la ve?

Connor sacó fotos de una carpeta y se las pasó a Gare para que las vieran:

—Tú mismo.

Gare echó un vistazo a las fotos y sintió un mariposeo en el estómago al ver a la mujer de la que estaba enamorado.

—¡Joder, es tan guapa! —musitó sin poder apartar la vista de ella.

—Tío, tú estás pillado hasta las trancas —opinó Connor que en la vida había visto a su amigo así.

—Jamás pensé que me fuera a pasar eso. Los enamorados me parecían unos gilipollas y ahora mírame… No concibo mi vida sin ella, pero no sé si ya será demasiado tarde —dijo con un deje de tristeza en la voz.

Connor dio un sorbo al café que el camarero dejó sobre la mesa y repuso:

—Por eso quería darte la noticia en persona. Lo mejor es que pienses en frío qué hacer con esta información que tienes. De momento, solo sabemos que está viviendo en el apartamento de James Bank, pero desconozco la relación que le une a ese tipo. Él no está en esa casa.

—James Bank es su cliente. Y en su día me dijo que no se sentía atraída por él. Él sí por ella. Pero ¿quién no se siente atraído por Brenda Bain?

—Tío, ¡lo tuyo es muy fuerte! Es que te juro que te escucho y no lo creo. ¡Pareciera que te han dado un filtro de amor! ¡O un bebedizo de esos!

Gare soltó una carcajada y se sintió muy bien. Después de tantos días de tensión como llevaba encima, le vino de fábula relajarse con un buen amigo.

—Ya te digo que ni yo mismo puedo entender qué es lo que me ha pasado. ¡Pero amo a esa mujer! Y necesitaba saber dónde se encuentra para decirle que voy a estar siempre ahí, que mi amor es incondicional y que podrá siempre contar conmigo. Decida lo que decida.

Y Connor como buen amigo que era, creyó oportuno preguntarle para que no diera un paso en falso:

—Ella te ha pedido que respetes su silencio. ¿No te preocupa que si te plantas en el apartamento Brenda pueda sentirse presionada? Y es lo que menos te conviene en este momento. Después de todo lo que llevas pasado, no me gustaría que lo echaras a perder. Yo aguantaría un poco más. Esperaría a que ella contactara conmigo y me comunicara lo que tenga decidido, porque, amigo, presentarse en un lugar donde no te han invitado, nunca es una buena opción.

A Gare le pareció que su amigo no podía ser más sensato, pero había algo importante que desconocía:

—Tienes toda la razón, Connor. Pero hay algo del pasado de Brenda que ignoras y que creo que es importante que lo sepas para me acabes de entender. Resulta que tenía un novio que la plantó cuando tenían las invitaciones de boda enviadas y para irse con otro. Ella se quedó tan mal que se juró a sí misma que jamás volvería a sufrir por amor. Por eso aceptó conmigo un pacto en el que acordamos que tendríamos una relación puramente sexual. Ella no quería enamorarse y yo ya sabes cómo era antes de conocerla. Acepté sin pensarlo el acuerdo, pero ella es tan especial y única que acabé enamorado hasta las trancas. Y al abrir mi corazón, Brenda salió huyendo, porque no quiere sufrir. No quiere que la vuelvan a herir como lo hizo ese cabrón que la trató como si no valiera nada.

—Pobre chica. Un palo así deja secuelas muy grandes.

—Desconfía, tiene miedo, duda, por eso quiero presentarme en su casa para que sepa que a mí sí que me importa, que yo estoy dispuesto a luchar por su amor lo que haga falta, e incluso a dar mi vida por ella. Porque, joder, la amo con todas mis fuerzas.

A Gare se le llenaron los ojos de lágrimas y a Connor no le quedó más remedio que decir:

—Haz lo que te dicte tu corazón, amigo. Si tú consideras que tienes que ir a contarle a esa chica lo que te late por dentro, hazlo. Yo lo que puedo decirte es que no estoy enamorado de ti y me has conmovido, ¡cabrón! Y mira que yo soy duro…

Ambos se echaron a reír y luego Gare agradeció a Connor todo lo

que había hecho por él:

—Necesitaba esto. Una charla sincera contigo y un buen consejo como el que me acabas de dar. Voy a seguir el dictado de mi corazón.

Connor dio un sorbo a su café, mientras escuchaba a Gare con atención y luego concluyó:

—Eres un Macpherson. De eso no hay duda. Tienes huevos, tío. Y me da esperanza saber que tú has encontrado el amor. Quién sabe si yo algún día también caeré.

—Todos lo hacemos —aseguró Gare, con una sonrisa franca.

—Desde luego que, si has caído tú, podemos caer cualquiera. Yo pensaba que en la vida abandonarías la soltería.

—Yo también lo creía, pero no sabemos qué es lo que nos depara el destino. Yo era un estúpido engreído que estaba convencido de que podía tenerlo todo bajo control. Y no. Brenda Bain apareció en mi mundo y lo desbarató todo. ¿Y sabes una cosa, amigo?

—Dime —respondió Connor que no perdía detalle.

—Que, aunque no sepa qué pasará finalmente con Brenda, te juro que soy feliz de saber que la voy a amar siempre. Haga lo que haga, decida lo que decida.

—Supongo que porque el amor es así. Es dar sin esperar nada. O eso es lo que dicen. Yo no tengo ni puta idea —repuso Connor encogiéndose de hombros.

—Pues algo de razón deben llevar porque eso es justo lo que estoy sintiendo. Así que deséame suerte que ahora mismo me voy a ir a verla.

Connor deseó suerte a su amigo, se despidieron y Gare se dirigió a la casa de James Bank, con la convicción de que estaba ante el reto más importante de su vida y de que por supuesto estaba haciendo lo que debía…

Capítulo 23

Cuando Brenda recibió la llamada del conserje para comunicarle que Gare Macpherson acababa de llegar se quedó lívida.

—¿Gare Macpherson está aquí? ¿Y a qué ha venido? —preguntó sintiendo que se le iba a caer el teléfono de las manos de los nervios que tenía.

—Dice que ha venido a hablar con usted, señorita. Y que no piensa marcharse hasta que lo haga.

Brenda que no tenía ni idea de cómo se había enterado dónde estaba, pero que conocía lo suficiente a Gare como para saber que podía quedarse allí siete años esperando a que bajara, le indicó al conserje que le dejara pasar.

Luego, colgó y se fue corriendo al cuarto de baño a retocarse el maquillaje que llevaba puesto desde esa mañana en que había salido de casa a primera hora para atender varias reuniones.

Se puso un poco de *gloss*, añadió máscara a las pestañas, se pellizcó las mejillas y se ahuecó el pelo con las manos para darle más forma.

Se miró al espejo otra vez para comprobar el resultado y le gustó ver a una mujer fuerte y decidida que estaba a punto de hacer frente a uno de sus grandes temores.

Ella hubiera preferido esperar un poco más, pero Gare había forzado esa situación y ya no le quedaba otra que hacer acopio de valor y tomar de una vez por todas las riendas de su vida.

Por eso respiró hondo ante el espejo, se repitió a sí misma que era fuerte y se fue hacia la puerta a abrir a Gare que ya estaba tocando al timbre con insistencia…

—¡Gare! —exclamó en cuanto le vio, mucho más delgado y ojeroso. Y mirándola de una manera como jamás lo había hecho nadie.

En la mirada de Gare había pasión, fuego, ternura, amor, cariño… Era una mezcla explosiva y a Brenda le temblaron hasta las pestañas.

—¡Brenda! —musitó Gare, con el corazón que se le iba a salir por la garganta y unas ganas infinitas de agarrarla por las caderas, estrecharla contra él y besarla como si no hubiera un mañana.

Pero se contuvo y más cuando Brenda le preguntó en un tono de lo más aséptico:

—¿Cómo me has encontrado?

Gare fue sincero, aun a riesgo de que lo mandara a la mierda por no haber respetado su decisión de que le dejara tiempo y espacio.

—He contratado los servicios de Connor. No podía más, Brenda. No podía dejar que pasara un día más sin que supieras que estoy dispuesto a esperar lo que haga falta, lo que necesites, porque te amo y eres la mujer de mi vida.

A Brenda se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se contuvo para no llorar y replicó:

—¿Estás dispuesto a esperar y estás aquí? Es un poco contradictorio, ¿no crees?

—Necesitaba decirte que estoy esperándote, que te amo y que lo voy a hacer siempre.

Brenda se mordió los labios de los nervios que tenía, le miró y musitó:

—Yo necesitaba tiempo, Gare.

—Lo sé, preciosa. Y lo respeto. Solo quiero que sepas que me importas, que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, que eres una mujer maravillosa, por la que estoy dispuesto a darlo todo. Incluso la vida si hiciera falta… Estoy aquí por ti, Brenda Bain. Estoy aquí porque te amo.

Brenda vio tanta verdad en la mirada del *highlander*, que se llevó la mano al pecho y habló un tanto aturdida:

—No estaba preparada para tener esta conversación. Quería que fuera un poco más adelante, pero tú has precipitado esto y ya no hay vuelta atrás.

Gare encontró a Brenda tan fría y tan distante que se temió lo peor y replicó con el ceño fruncido:

—¿Qué es lo que tratas de decirme, Brenda? Soy un adulto. No le des más vueltas y dime qué es lo que está pasando. ¿Por qué estás en casa de James Bank? ¿Estás con él? Si estás con él, dilo. Me dolerá, porque te amo y lo voy a hacer siempre. Pero respetaré tu decisión y no te molestaré más.

Brenda negó con la cabeza, se llevó la mano al vientre y respondió:

—James es un amigo. Justo el día que hui del local, recibí una

llamada suya por trabajo y acabé contándole todo. Estaba destrozada y él me ofreció su casa para que me instalara. Él además no iba a estar, está rodando fuera del país varias películas. Y llevo este tiempo sola en esta casa que se ha convertido en un refugio para mí. James ha estado todo este tiempo pendiente de mí. Me llama a diario y me ha dado muy buenos consejos.

Gare respiró aliviado al saber que Brenda no estaba con James y replicó porque lo cierto era que estaba preciosa:

—Estás radiante, pelirroja.

—Lo he pasado fatal, Gare. He tenido problemas con el sueño, no tenía apetito, me costaba centrarme…

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Se te ve más delgado.

—Y llevo unos cuantos días cuidándome más porque vino Camila en representación de los Macpherson para darme el ultimátum. O me cuidaba o me llevaban a la casa familiar. Pero yo no quería abandonar el apartamento donde tú estás en cada rincón.

Brenda sonrió y le pidió que pasara para seguir hablando dentro.

Gare se lo agradeció con una sonrisa y luego ella le indicó con un gesto de la mano que se sentara en un sofá enorme.

Gare se sentó, ella lo hizo a su lado y luego le dijo en un tono tan neutro que él no supo a qué atenerse:

—Tenemos que hablar, Gare.

Gare que ya no podía más con la intriga, decidió que lo mejor era ir al grano y le preguntó sin más prolegómenos:

—¿Quieres que salga de tu vida? ¿Es lo que quieres decirme?

Brenda negó con la cabeza y, con los ojos muy brillantes, respondió:

—Estos días han sido muy duros, pero me han venido muy bien para darme cuenta de muchas cosas. Una es que no he dejado de extrañarte ni un solo día, ni en mi cama ni en todas partes.

—Joder, Brenda…

—Y he descubierto que puedo vivir sin ti, pero que no quiero hacerlo. Que la vida tiene mucho más sentido, más sabor y más color, si tú estás a mi lado.

Gare le agarró ambas manos, la miró emocionado y masculló:

—Brenda, dime que no estoy soñando.

—No imaginas lo mal que me he sentido por lo que hice la noche en la que te declaraste. Pero es que me dejé llevar por el pánico y no pude controlarlo. Fue algo instintivo. Me sentí acorralada y tuve que huir. No obstante, durante estos días me he dado cuenta de que jamás superaré lo de Charlie si sigo evitando enamorarme, si sigo huyendo de la felicidad, si continúo llevando una existencia a medias, por temor a que me lastimen, por miedo a que me hagan sufrir otra vez.

—Y tú eres muy valiente, pelirroja.

—Estoy yendo a terapia. James me aconsejó una terapeuta muy buena y está siendo de muchísima ayuda también. Ella también ha hecho que me percate de que la vida hay que vivirla intensamente, que hay que disfrutarla al máximo, y para eso hay que afrontar los miedos. No puedo seguir pretendiendo tenerlo todo bajo control, no correr riesgos y no enamorarme para evitar que me hagan lo mismo. Tengo que superar lo de Charlie de una maldita vez, y para eso lo que tengo que hacer es vivir la vida con todo. Sin pactos, sin condiciones, sin temor a enamorarme para que no me destrocen el corazón. Vivir así es una mierda, Gare. Y yo no quiero vivir esa vida, no deseo eso para mí. Yo quiero sentir, quiero amar, quiero disfrutar y lo quiero hacer con todas las consecuencias. Y si sale mal…

Gare que la estaba mirando con un orgullo y una admiración enormes, negó con la cabeza y le aseguró:

—No va a salir mal. Yo te amo tanto que jamás haría nada que pudiera hacerte daño. Y sé que tengo una fama tremenda de mujeriego, pero te juro que desde que estás en mi vida no tengo ojos más que para ti. Soy tuyo, absolutamente tuyo. Y estoy lleno de defectos, pero voy a amarte con todo lo que tengo y voy a hacer lo imposible para que seas feliz. Si es que eso es lo que deseas…

Brenda le miró, sonrió y dijo sintiendo que por fin se estaba liberando de un lastre que ya pesaba demasiado:

—¡Bésame, *highlander*!

Gare la agarró por el cuello, la besó en la boca, ella entreabrió los labios, las lenguas se enredaron y se desató la locura.

Se devoraron las bocas, las ropas volaron y Gare acabó tumbándose

sobre ella en el sofá y hundiéndose dentro, lento, profundo y desesperado.

Le hizo el amor como nunca y cuando ella le pidió más, se lo hizo arrebatado y salvaje.

El salón se llenó de gemidos, de gritos, de jadeos y de promesas…

Gare le prometió que la iba a amar para siempre.

Y Brenda por primera vez se permitió decir las dos palabras que se había negado a pronunciar.

Le dijo que le amaba, justo después de tener un orgasmo brutal.

Y él se corrió detrás de ella, gritando su nombre y sintiendo que estaba con la mujer que iba a amar para siempre…

Capítulo 24

Después de hacerlo, se quedaron abrazados en el sofá y Gare solo pudo musitar:

—¿De verdad que no estoy soñando?

—James no viene hasta dentro de dos semanas. Si quieres, puedes quedarte aquí —replicó Brenda, risueña.

Gare negó con la cabeza y le dijo con unas ganas tremendas de volver a despertar todos los días con ella a su lado:

—Prefiero que te vengas a casa.

—¿A la tuya? —inquirió Brenda, arqueando una ceja.

—O yo me voy a la tuya. Lo que prefieras.

Brenda soltó una carcajada y le explicó mientras le acariciaba la espalda fornida de guerrero:

—No te he llamado en todo este tiempo porque necesitaba estar fuerte.

—Eres la mujer más fuerte que conozco, pelirroja.

—Soy abogada. Si no fuera fuerte me comerían. Y en lo profesional decidí salir de mi zona de confort porque necesitaba retos. Sin embargo, en lo personal no era tan fuerte como pensaba. Presumía de que el amor no era para mí, que no creía en él, cuando en realidad lo que me sucedía era que aún no había sanado la herida que tenía por el abandono de Charlie. Y tenía que curarla antes de empezar contigo algo serio. No podía meterme en una relación con los miedos y las dudas que tenía. Y lo mejor que pude hacer fue alejarme de ti, aunque no imaginas lo duro que ha sido.

Gare la besó en los labios y le dijo mirándola con orgullo:

—Puedo hacerme una idea, porque yo lo he pasado de pena. Pero una vez más me demuestras lo valiente que has sido, porque la decisión que tomaste no ha tenido que ser fácil.

Brenda apoyó la cabeza en el pecho duro y musculado y reconoció escuchando los latidos de su corazón:

—No quería empezar una relación contigo y vivirla con miedo. Tú no te mereces eso, tú te mereces una mujer que te quiera con todo.

Gare le acarició el pelo y, sintiendo unas ganas inmensas de cuidarla y protegerla, replicó:

—La que no se merece vivir un amor así eres tú. Tú eres la primera que tenías que permitirte volver a creer y confiar en alguien.

Brenda alzó la cabeza, le miró y repuso con la voz tomada por la emoción:

—Así es. Porque cuando se vive con miedo, no se disfruta de una vida plena. Y estos días de separación me han venido muy bien para darme cuenta de lo que quiero.

Gare la estrechó en sus brazos con fuerza, como si así quisiera asegurarse de que aquello era verdad, que Brenda de nuevo estaba en sus brazos y contó:

—Yo sabía lo que quería, pero estar sin ti no ha hecho más que reafirmarme. No concibo la vida sin ti, preciosa. Cada vez que veo algo bonito, cada vez que me sucede alguna cosa divertida, lo primero que hago es pensar en ti, en que quiero compartirlo contigo.

Brenda le miró, esbozó una sonrisa que Gare encontró preciosa y exclamó:

—¡Madre mía, Gare! Te escucho y me parece increíble. Pero si tú eras el tío que no quería que le pusieran la soga.

Gare contrarió el gesto, negó con la cabeza y exclamó espantado:

—¡Qué frase tan horrible! Lo decía porque no sabía lo que era estar enamorado. Pero ahora que lo sé, lo que puedo decirte es que estoy deseando que vuelvas a mi cama y que no salgas de allí en mucho tiempo.

Brenda soltó una carcajada y luego le regañó mientras pensaba que era incorregible:

—¡Gare! ¡No seas troglodita!

—Es una forma de hablar. Pero tú me entiendes —dijo Gare, tronchado de risa.

Brenda pensó que era incorregible, pero también que le volvía loca que fuera tan pasional y tan atrevido y confesó:

—Te entiendo tanto que no he parado de masturbarme pensando en ti.

—No me hables de eso que estos días he estado como cuando tenía quince años —reconoció Gare, para que supiera que lo suyo tampoco había sido fácil.

—Ja, ja, ja, ja.

Gare se puso serio y decidió abordar otro tema que para él era importante:

—Y en cuanto a esto que ha sucedido…

—¿Te refieres a que lo hayamos hecho sin condón? —preguntó Brenda y Gare asintió—. Nos hemos mirado y los dos nos lo hemos dicho todo, Gare. Por eso ha sucedido, los dos necesitábamos que fuera así. Y no han hecho falta ni palabras.

Gare la abrazó con fuerza, porque había leído su mente a la perfección y replicó:

—Tampoco he dicho nada porque solo he tenido que mirarte para saber que lo deseabas tanto como yo. Que necesitabas que ni un puñetero condón nos separara. Y tienes que estar tranquila. Eres la primera mujer con la que hago esto, he sido el tío más casto del universo desde que te fuiste, y lo más importante: me encantaría que fueras la madre mis tropecientos hijos.

Brenda al escuchar esto último no pudo evitar soltar otra carcajada y farfullar:

—¿Tropecientos? ¡Con un par me parece más que suficiente!

—En serio, me encantaría formar una familia contigo. Y llevar a los pequeños Macpherson a nuestra Escocia querida y contarles quiénes fueron sus ancestros y enseñarles lo que son: los hijos de la mujer más valiente y fuerte que he conocido en mi vida.

Brenda le miró con orgullo y admiración y dijo enamorada hasta las trancas del hombre con el que quería pasar el resto de sus días:

—Tú también has sido muy valiente, Gare. De hecho, has sido más valiente que yo. Y fuiste el primero en dar el paso, a pesar de que también tenías miedo. Y me refiero a que te tocó perder a tu madre cuando eras muy pequeño y marca muchísimo. Te hace vulnerable y sin que lo puedas evitar hace que vincules el amor al dolor. Y tal vez por esa razón tú no querías comprometerte con nadie, por eso rechazabas tener algo serio.

A Gare no le gustaba mirar al pasado, era algo que le provocaba nostalgia y no le dejaba avanzar. Prefería centrarse en el aquí y ahora, más que nada porque esa era la manera con la que había logrado salir

adelante. Pero tal vez no le faltaba razón a Brenda, por lo que reconoció:

—No era consciente, pero podría ser perfectamente. Aparte de que hasta que llegaste tú, ninguna mujer logró ponerme el mundo del revés, como tú lo has hecho, pelirroja.

—Y te lanzaste, como un Macpherson —dijo Brenda, orgullosa a más no poder del hombre del que se había enamorado.

—Es que cuando amas no tienes otra opción. Yo no lo sabía, pero ahora que sé lo que es el amor lo puedo gritar a los cuatro vientos: amo y no puedo hacer otra cosa más que amar a la pelirroja más *sexy* del planeta.

Se besaron con pasión y, luego con los labios pegados y las respiraciones acompasadas, Brenda confesó:

—Yo también te amo, Gare.

Gare sintiendo que no podía ser más feliz, le preguntó porque ya no había otra:

—Entonces, ¿qué hacemos en la casa de este tío? Vámonos adónde quieras a discutir si nos quedamos en tu casa o en la mía.

—A mí me gustaría conservar mi apartamento. Me siento muy cómoda, tengo un despacho perfecto y un vestidor de ensueño. Y no quiero renunciar a mis espacios. ¿Lo entiendes? —inquirió Brenda, arqueando una ceja.

—Lo entiendo tanto que yo tampoco quiero renunciar a las vistas de mi dormitorio —respondió Gare, encogiéndose de hombros.

Y como ninguno quería ceder, no había más que una opción para que aquello funcionara:

—Que cada uno conserve su apartamento y nos encontramos a mitad de camino —propuso Brenda.

Gare entornó la mirada, se pellizcó la barbilla y dijo con una sonrisa enorme:

—Se me ocurre algo mejor.

—¿El qué? —inquirió Brenda, que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—¿Sabes que tu apartamento tiene opción a compra? —le informó de repente y Brenda se quedó patidifusa.

—No. No tenía ni idea. Anne no me dijo nada —musitó sin dar crédito.

—Me llamó hace unos días para contármelo. Tu casero está interesado en vender. Y Anne no te ha llamado porque estaba respetando tu silencio.

Brenda chasqueó la lengua y pensó que daba lo mismo porque su situación financiera no le permitía esos dispendios:

—De cualquier forma, yo no puedo pagar lo que vale el apartamento.

Gare con una sonrisa lobuna que no se le caía de los labios, replicó feliz de poder darle todo a manos llenas:

—Yo sí. Soy asquerosamente rico. Y no sé qué hacer con mi dinero.

—¡Venga, Gare! —le exigió Brenda, divertida—. Deja de fanfarronear. Ya me tienes en el bote, no hace falta que hagas esos alardes conmigo. No se me van a caer las bragas por escucharte decir ese tipo de cosas.

—Más que nada porque ya te las he quitado con mis dientes —gruñó Gare, descendiendo con la mano hasta el sexo mojado de Brenda que apretó.

Brenda puso los ojos en blanco con la caricia y antes de que volviera a llevarle al orgasmo, porque le estaba viendo las intenciones en la mirada, repuso:

—Lo que quiero decirte es que me he enamorado de tu corazón. ¡No de los ceros de tu cuenta corriente!

Sin embargo, Gare la miró muy serio y le dijo clavándole esa mirada suya profunda y muy intensa:

—Te estoy hablando en serio. No es mi intención hacer alardes estúpidos. Quiero comprar ese apartamento y que toda la planta sea nuestra. Así mantendrás tu despacho, tu vestidor y tus espacios, y yo mi dormitorio. Esa caverna confortable a la que te llevaré todas las noches para hacerte gritar de placer. ¡Y además habrá espacio de sobra para cuando lleguen los niños, los perros y los gatos!

Brenda solo se lo pudo tomar con humor y estalló entre risas:

—Gare, ¡estás como una cabra!

Pero Gare no había hablado más serio en su vida, así que le siguió

informando de cuáles iban a ser sus planes:

—Lo voy a comprar. Y como sé que te vas a forrar en cuestión de unos pocos años, para entonces me comprarás tu parte. Sé lo importante que es para ti la independencia y la igualdad.

Brenda asintió porque Gare la conocía muy bien, esos eran sus valores y no pensaba jamás renunciar a ellos:

—Es muy importante. Desde niña siempre tuve claro que jamás dependería de un hombre. La independencia económica es clave para tener libertad. Y la libertad es lo más valioso que tengo. Así que tienes razón y bien mirado tu plan no está nada mal. Ahora que confías demasiado en mí, no sé si el bufete me hará ganar tanto dinero.

Gare no tenía ninguna duda y confiaba tanto en su pelirroja que le aseguró: —Lo hará, porque eres la mejor. Tú no te has llevado al mejor de los

Macpherson, pero voy a enmendarme para estar a la altura de ti.

Brenda negó con la cabeza, le besó con amor y replicó susurrándole en la boca:

—Para mí eres el mejor. No te cambio por nadie, *highlander*.

—¿Eso significa que me soportas un poco más? —preguntó Gare, que empezó a estimularla con los dedos.

Brenda cerró los ojos, se entregó a esas caricias tan excitantes y solo pudo replicar:

—¿Qué puedo responder si sigues haciéndome eso? Dios, Gare, soy tuya. Solo tuya, *highlander*…

Capítulo 25

Desde ese día, Brenda y Gare no se separaron y se dedicaron a vivir su historia de amor plenamente.

Ya no se escondían y en todas partes se presentaban como lo que eran: una pareja.

Pero su relación dio un paso crucial, unos cuantos meses después…

Y fue justo cuando Gare le propuso a Brenda pasar unas Navidades diferentes:

—Llevamos un año trabajando muy duro, creo que nos hemos ganado unas vacaciones. ¿Qué te parece? —le preguntó Gare un día que iban paseando por Central Park.

A Brenda le pareció una idea estupenda y respondió sin pensárselo dos veces:

—Tengo unas cuantas gestiones pendientes todavía, pero podría terminar de sacarlas adelante esta semana. ¿En qué has pensado? ¿Quieres que vayamos a Escocia? ¡Papá está loco por vernos! No para de preguntar que cuándo iremos por aquellas tierras.

—Había pensado en una sorpresa, pero si lo que quieres es que visitemos a tu familia…

Brenda negó con la cabeza, miró a Gare divertida y replicó:

—Llevo toda la vida pasando las fiestas navideñas con mi familia. Por un año que me las pierda no pasa nada. Este prefiero la sorpresa…

—Podemos acercarnos unos días, después de que disfrutemos de la sorpresa.

—Me parece un buen plan.

—Y también me encantaría enseñarte el castillo Macpherson por dentro. Más que nada, lo que me gustaría sería encerrarme contigo en una habitación y no salir en un montón de días.

—Gare, ¿tú no puedes dejar de pensar en el sexo?

—¡Me tienes loco! ¿Qué quieres que haga?

—Y tú me tienes loca a mí también. Y que sepas que adoro el planazo para estas Navidades. Pero ahora, dime, ¿adónde vas a llevarme para darme una sorpresa?

—Si te lo digo, no es sorpresa.

—Al menos dime qué tengo que meter en la maleta. Ropa de abrigo,

bikinis… Necesito saberlo para incluir unas prendas u otras.

Gare se detuvo, la agarró por la cadera, la estrechó contra él y le dijo justo antes de besarla:

—Lleva de todo, preciosa. Te prometo que merecerá mucho la pena. Confía en mí.

Brenda confió y días después se subió en el avión privado de los Macpherson con destino a un lugar incierto.

Aquello era tan divertido y excitante que no recordaba haberse sentido más feliz en su vida.

Feliz y amada porque Gare, que se desvivía por ella a cada momento, le hizo el amor en el camarote del avión con mucha pasión y quedó tan saciada y exhausta que se despertó justo cuando aterrizaron.

—Ya hemos llegado, preciosa —le susurró Gare al oído.

Brenda abrió los ojos y vio que Gare estaba con una venda negra en las manos:

—¿Qué es eso que tienes ahí? ¿Vas a atarme?

Luego, se incorporó, Gare se situó detrás de ella y le tapó los ojos en tanto que le decía:

—Quiero que confíes en mí. Déjame que te sorprenda, preciosa.

Brenda con el corazón latiéndole muy fuerte, porque en la vida le habían dado una sorpresa semejante, confió en Gare y dejó que le tapara los ojos.

Luego, abandonaron el avión, se subieron a un vehículo, recorrieron una distancia de una media hora y se bajaron por fin.

—¿Ya puedo quitarme la venda? ¡No soporto más esta intriga! —exclamó Brenda que no podía estar más inquieta.

—Confía en mí, pelirroja. Agárrate a mi brazo y déjate llevar. Te retiraré la venda cuando llegue el momento.

Brenda se agarró del brazo de Gare y se echaron a andar mientras ella escuchaba a personas hablar en un montón de lenguas diferentes.

Y además se percató de que hacía un frío tremendo y que estaba empezando a llover:

—¡Dios, Gare! Aquí hace un frío tremendo y llueve. ¿No me habrás traído a Escocia? A ver, que me hace mucha ilusión, pero hacer todo

este despliegue para llevarme a casa, sería como una tomadura de pelo.

Gare se echó a reír, luego entraron en un lugar, subieron unas escaleras, atravesaron unas cuantas puertas y por fin accedieron a una especie de habitación en la que olía a flores frescas y hacía una temperatura de lo más agradable.

Y una vez allí, la condujo frente a un ventanal, se situó detrás de ella, la besó en el cuello y le retiró la venda de los ojos:

—Este es mi regalo para ti, pelirroja.

Brenda abrió los ojos, miró por el ventanal y creyó que estaba soñando cuando vio la torre Eiffel.

—¿Me has traído a París? —preguntó Brenda, con los ojos llenos de lágrimas.

—Es la ciudad del amor.

Brenda se quedó fascinada mirando por la ventana, suspiró y luego le confesó a Gare:

—Toda mi vida dije que vendría a París enamorada…

Llegados a ese punto, a Gare no le quedó más remedio que contarle la verdad:

—Lo sé. Me lo contó Camila. Le pedí que me ayudara a elegir un lugar bonito con el que sorprenderte y no lo dudó. Me dijo que París era el sitio perfecto. Aunque…

Brenda sabía perfectamente lo que iba a decir y le interrumpió para musitar:

—Supongo que Camila te advirtió de que corrías el riesgo de que París pudiera despertarme algún que otro fantasma.

—Me dijo que era el lugar que tú habías elegido para tu luna de miel con Charlie. Te hacía muchísima ilusión… Desde niña… Y me contó que siempre decías que solo irías a París con el amor de tu vida. Así que ese fue tu destino para pasar la luna de miel. Si bien cuando todo se frustró, lo que te prometiste a ti misma fue que jamás pondrías un pie en París, puesto que ya no creías en el amor.

—Lo has resumido a la perfección. Esa ha sido mi relación con esta ciudad.

—Tú tenías el sueño de venir a esta ciudad enamorada, y como me

parece que lo estás…

—¡Estoy enamorada de ti hasta las trancas!

—Me pareció que este era el destino perfecto.

—No solo lo es, sino que ahora pienso que lo de Charlie no funcionó porque mi destino no era venir aquí con él. Mi destino eras tú, *highlander*. Y no te puedes figurar lo feliz que me hace estar por primera vez en esta ciudad con el amor de mi vida.

Gare sintió que le daba un vuelco al corazón, como cada vez que le llamaba de esa manera, el amor de su vida, y para que ese momento fuera más inolvidable todavía, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita de terciopelo rojo.

—Pues como tú también eres el amor de mi vida, tengo que hacer algo con carácter de urgencia.

Brenda se quedó mirando la caja, luego Gare la abrió y apareció un anillo de compromiso de oro blanco y diamantes que hizo que se quedara boquiabierta:

—¡Gare! ¡Es un anillo!

Gare se echó a reír, agarró el anillo, clavó la rodilla en el suelo y con la torre Eiffel de testigo, en la suite presidencial del mejor hotel de París, le preguntó:

—Brenda Bain, amor de mi vida, ya sé que no me soportas del todo, pero…

Brenda soltó una carcajada y replicó muerta de los nervios:

—¿Qué dices? Ya te soporto muchísimo… ¡Así que déjate de peros y sigue!

—Está bien. Pues ya que me soportas muchísimo, te he traído hasta París para preguntarte algo que me quema en la garganta.

—Pregunta, por Dios… ¡Qué ansiedad!

—La pregunta es muy sencilla: ¿te quieres casar con este *highlander* que te va a amar toda la vida?

Dos lágrimas corrieron por el rostro de Brenda que le tendió la mano temblorosa para que le pusiera el anillo que era una preciosidad y respondió sin pensárselo:

—¡Sí, quiero! ¡Deseo casarme contigo, Gare Macpherson!

Gare le colocó el anillo sintiendo que no podía ser más feliz, luego

se puso de pie, la abrazó, se devoraron las bocas y él musitó con los ojos que le ardían de amor y de deseo:

—No me puedo creer que esto sea cierto. Y si es un puto sueño, no me despiertes, pelirroja.

Brenda se apartó las lágrimas con los dedos, sonrió y le dijo para que no le quedara ninguna duda:

—Es tan real que en la vida me he sentido tan viva como en este momento.

—Quería pedirte matrimonio en un lugar que fuera muy especial. Pero sé que estaba corriendo un gran riesgo al elegir París. Era el lugar al que prometiste que jamás volverías…

—Hice esa promesa cuando estaba convencida de que el amor no era para mí. Pero ahora que estoy enamorada no solo creo en el amor, sino que me siento muy afortunada de que tú seas el hombre de mi vida.

—Yo sí que tengo suerte…

Gare la estrechó contra él, la besó con exigencia y Brenda susurró tras quedarse casi sin aliento:

—Has hecho la mejor elección. Me has pedido la mano en el sitio perfecto. Me muero por conocer París, pero temo que va a tener que esperar un poco.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Porque antes vas a tener que hacerme el amor, *highlander*. Y como solo tú sabes hacerlo…

EPÍLOGO

Dicen que los niños vienen de París, y en el caso de Brenda y Gare fue así, porque concibieron al pequeño Tom durante aquellas vacaciones en París.

Por lo que cuando Brenda le dijo «sí quiero» a Gare, en la capilla del castillo Macpherson, ya estaba embarazada de cuatro meses.

Ella eligió un vestido de corte princesa para que no se le notara la barriguita incipiente, pero dio lo mismo porque irradiaba tal felicidad que no podía disimular lo que le estaba pasando.

Simplemente era feliz, con el hombre que le había hecho volver a creer y a confiar, el *highlander* que había logrado que no solo amara de nuevo, sino que lo hiciera como nunca.

Porque Brenda se casó con su *highlander* sintiendo que no podía querer más a ese hombre, que había luchado por su amor como nadie.

Gare, el soltero de oro, el tío que decía que jamás permitiría que le pusieran la soga, había dejado atrás sus prejuicios y sus temores, para entregarse a ella en cuerpo y alma.

Y ella había hecho lo mismo…

Y se dieron el sí quiero delante de todas las personas que los querían, con la convicción de que aquello iba a ser para siempre.

Porque un Macpherson cuando entrega su corazón lo hace para siempre, y porque Brenda no podía hacer otra cosa más que querer al hombre que le demostraba cada día que el amor no solo existe, sino que además merece muchísimo la pena.

Y después de la ceremonia en la que los hermanos Macpherson leyeron textos muy sentidos y emotivos, tuvo lugar el convite en el que se lo pasaron en grande.

Estuvieron bailando hasta las tantas y a eso de las cinco de la mañana, la pareja se sentó exhausta en las escaleras del castillo y él le dijo con una cara de enamorado que no podía con ella:

—Me parece que como no nos retiremos ya, no vamos a poder disfrutar de nuestra noche de bodas.

Brenda le dio la mano y se quedó mirando las alianzas que ambos lucían en los dedos:

—Todavía quedan un par de horas para que amanezca. Pero qué

increíble, ¡nos hemos casado!

—¿No me digas que estás arrepentida? —inquirió Gare con una mueca muy graciosa.

Brenda se echó a reír, le besó con todo su amor y replicó:

—Ahora soy una Macpherson, y cuando entregamos nuestro corazón lo hacemos para siempre.

Gare que no podía sentir más orgullo, la besó apasionado y le confesó algo que jamás le había contado a nadie, porque le parecía ridículo. Pero esa noche lo encontró tan bonito y especial que inquirió:

—¿Tú sabes que yo cuando era pequeño fantaseaba con que me casaría con una princesa pelirroja?

—¡No me lo puedo creer! ¿Tú soñando con princesas y bodas? —replicó Brenda sin dar crédito.

—Era un niño muy romántico, luego me perdí y por fin has llegado tú para poner las cosas en su sitio. Y gracias a ti he logrado hacer realidad aquella fantasía… Mi bella y valiente princesa pelirroja…

Brenda suspiró, dejó vagar la vista por las paredes del viejo castillo y también le dio por recordar:

—Este castillo es muy inspirador. Y ya te conté que, de cría, cuando contemplaba sus sólidos muros desde lo alto de una loma, siempre me hacía fantasear con un *highlander* de novela. Un hombre valiente, fuerte, noble, bueno, generoso y terriblemente *sexy* con el que viviría muchas aventuras y con el que sería rematadamente feliz. Pero ¿sabes qué?

—No, no tengo ni idea —replicó Gare al tiempo que pensaba que ella sí que le hacía feliz a él.

—Eres muchísimo mejor que aquellas fantasías.

—¿Estás segura? Mira que tengo un montón de defectos —le recordó Gare, levantando una ceja.

—Como yo. Como todos. Y, precisamente, tus defectos son los que acaban de hacerte rematadamente irresistible.

Gare la besó en la boca y luego con el corazón que se le iba a salir por la garganta tuvo que decirle algo que jamás se cansaría de repetirle:

—Joder, Brenda, ¡eres un sueño! Eres lo que siempre pensé que jamás encontraría. Una mujer que me acepta y que me quiere tal y como soy. Una mujer que no quiere cambiarme y que no le importa una mierda mi dinero y mi posición.

Brenda le miró a los ojos profundos y salvajes y dijo sintiendo que había elegido al mejor hombre del mundo:

—Y tú eres el hombre que ha hecho que me enfrente a mis miedos y que por fin pueda tener una vida plena.

Gare le colocó la mano en el vientre y acariciándolo con amor habló fascinado:

—Y en unos meses seremos uno más.

—Recuerdo el día que tu abuelo me dijo que el universo me tenía preparado algo muy grande. ¡Vaya sí acertó!

—Mi abuelo es genial y no para de decirle a todo el mundo que está feliz de que seas una Macpherson y que venga otro en camino.

—Adoro a tu abuelo. Y cuento ya los días que quedan para verle la cara a nuestro bebé —musitó Brenda, poniendo las manos sobre las de Gare.

—Me lo imagino como tú —aseguró Gare, entrelazando los dedos con los de ella.

—¿Pelirrojo y abogado? —replicó Brenda divertida.

—Pelirrojo y con más agallas que todos los *highlanders* de Escocia juntos.

Los dos se echaron a reír, luego Gare se levantó, la cogió en volandas y así la llevó a su habitación, donde disfrutaron de una noche de bodas que duró varios días.

Y que resultó ser salvaje, *sexy*, dulce, tierna, amorosa, divertida y sencillamente perfecta.

Y así empezó su vida de casados, una vida en la que pusieron todo su empeño para hacerse felices el uno al otro.

Y que disfrutaron muchísimo en compañía del clan Macpherson.

Ese clan cuya insignia era un águila, para recordarles siempre que hay que volar muy alto.

Y Brenda y Gare lo hicieron.

Volaron tan alto que lograron éxitos en todos los terrenos que jamás

pudieron llegar a imaginar, continuaron inculcando a las siguientes generaciones de Macpherson que con valor y voluntad todo es posible y se amaron para siempre…

Como no podía ser de otra manera…

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a todas las personas que leen mis historias y que me animan y me apoyan a que siga haciendo lo que más me gusta en la vida que es escribir.

Me hace mucha ilusión cuando me decís cosas bonitas y me animáis a que siga contando historias de amor, con muchísima pasión.

Gracias de corazón y ya solo me queda pediros que, si os gustó esta historia, dejéis por favor un comentario en Amazon.

Es un pequeño gesto con el que me ayudáis muchísimo a dar visibilidad a mis historias.

https://www.amazon.es/review/create-review/?ie=UTF8&channel=glance-detail&asin=B0C14HR6NK

LA SERIE DE LOS HERMANOS MACPHERSON

Cada una de las novelas que componen la serie de los hermanos Macpherson son autoconclusivas y todas tienen su propio final.

Las he publicado en el orden que aparecen a continuación, pero podéis empezar a leer la que queráis:

EL RETO DEL HIGHLANDER (Donde cuento la historia de Anne y Duncan).

EL DESAFÍO DEL HIGHLANDER (Es la historia de amor de Camila y Killian).

NO TE SOPORTO, HIGHLANDER (La historia de Brenda y Gare).

EL RETO DEL HIGHLANDER

Duncan Macpherson es un actor de cine, guapísimo y *sexy*, que lo tiene todo: fama, dinero, mujeres…

Es el mayor de cuatro hermanos y la oveja negra porque todos se dedican a las finanzas, menos él que decidió seguir su vocación y volcarse en la interpretación.

Duncan está muy unido a su familia, pero considera que el castillo que poseen en las Tierras Altas de Escocia, y al que apenas visitan dadas sus muchas obligaciones, se ha convertido en un gasto absurdo del que es mejor liberarse y convence al resto de la familia para que lo pongan a la venta.

Anne Brown, una joven que trabaja en una exclusiva agencia inmobiliaria, está más interesada que los propios Macpherson en vender el viejo castillo, pues si lo logra, su jefa le ha prometido el ascenso por el que lleva tanto luchando.

Y así es como se conocen el actor por el que todas suspiran y la chica que está absolutamente centrada en su trabajo.

Y no se caen nada bien. Anne piensa que Duncan es un arrogante y un engreído y Duncan que Anne no puede ser más borde y estirada.

Si bien se necesitan para conseguir su objetivo y juntos emprenden un viaje a las Highlands que lo va a poner todo del revés.

Porque el lugar les atrapa de una manera más que poderosa y el deseo y la pasión irrumpen de forma inesperada en sus vidas.

Claro que ellos no están en Escocia ni para enamorarse de esas tierras, ni mucho menos para encontrar el amor.

Ellos están ahí para vender el castillo y seguir con sus vidas, como si nada…

Sin embargo, ¿es posible dar marcha atrás cuando la pasión cala bien hondo y abre la puerta al amor?

EL DESAFÍO DEL HIGHLANDER

Killian es el segundo de los hermanos Macpherson y en apariencia lo tiene todo. Es guapo, *sexy*, multimillonario y tiene un montón de mujeres ansiosas por librarle de la soltería.

Sin embargo, él solo sueña con una: Camila.

Camila es su secretaria y después de cinco años de relación laboral, donde ha luchado por controlar lo que siente por ella, ya no puede más.

Tenerla todos los días a su lado, y que no pueda ser suya, es algo que le tiene atormentado. Y a ella también…

Hasta que llega el día en que no pueden reprimirse más y la pasión y el deseo se desatan dejándoles a los dos completamente desbordados.

Killian quiere mucho más que sexo y Camila también. Sin embargo, las cosas no van a ser nada fáciles para ellos y en un viaje de negocios a las Highlands, todo dará un vuelco inesperado.

Camila tendrá que hacer frente a un pasado que tiene oculto, a unas heridas que aún no han cerrado y a unos secretos terribles que no va a poder acallar por más tiempo.

Y es algo tan fuerte que podría peligrar todo su mundo. Y sobre todo su historia de amor…

¿Sabrán salir airosos del duro desafío? ¿El amor será suficiente cuando toda la verdad salga a flote?

NOVELAS DE DINA REED

Todas mis novelas están disponibles en Amazon y podéis acceder a ellas desde el siguiente enlace:

https://www.amazon.es/Dina-Reed/e/B07238X9GZ?ref=sr_ntt_srch_lnk_1&qid=1643911892&sr=1-1

No te soporto, highlander
El desafío del highlander
El reto del highlander
El beso del amor
Una boda para Vivian
Una boda imperfecta
Siempre contigo
Tú y solo tú
El regreso de Liam
El deseo de amarte
El reto de amarte
No soy tu novio
Amarte otra vez
La fórmula de un beso
Todo contigo
De repente sucedo
El sueño de amarte
Llévame contigo
Déjame soñar contigo
La tentación de tu piel
Flores para Sue
La pasión de Dylan
Perdida en tu fuego
No estabas en mi agenda
La tentación de tus besos
No puedes ser mi jefe
Mi verano más loco
No soy tu novio
El amor es un capricho

REDES SOCIALES DE DINA REED

https://www.facebook.com/profile.php?id=100009232082162

https://www.instagram.com/novelasdinareed/?hl=en